

MELITON MARTIN.

LA LEYENDA

DEL

TRABAJO.

1870.

L47

941

Mayo 27/70

~~12349 y~~

12349 y

LA LEYENDA DEL TRABAJO

Lej A 4 F

POR

MELITON MARTIN.

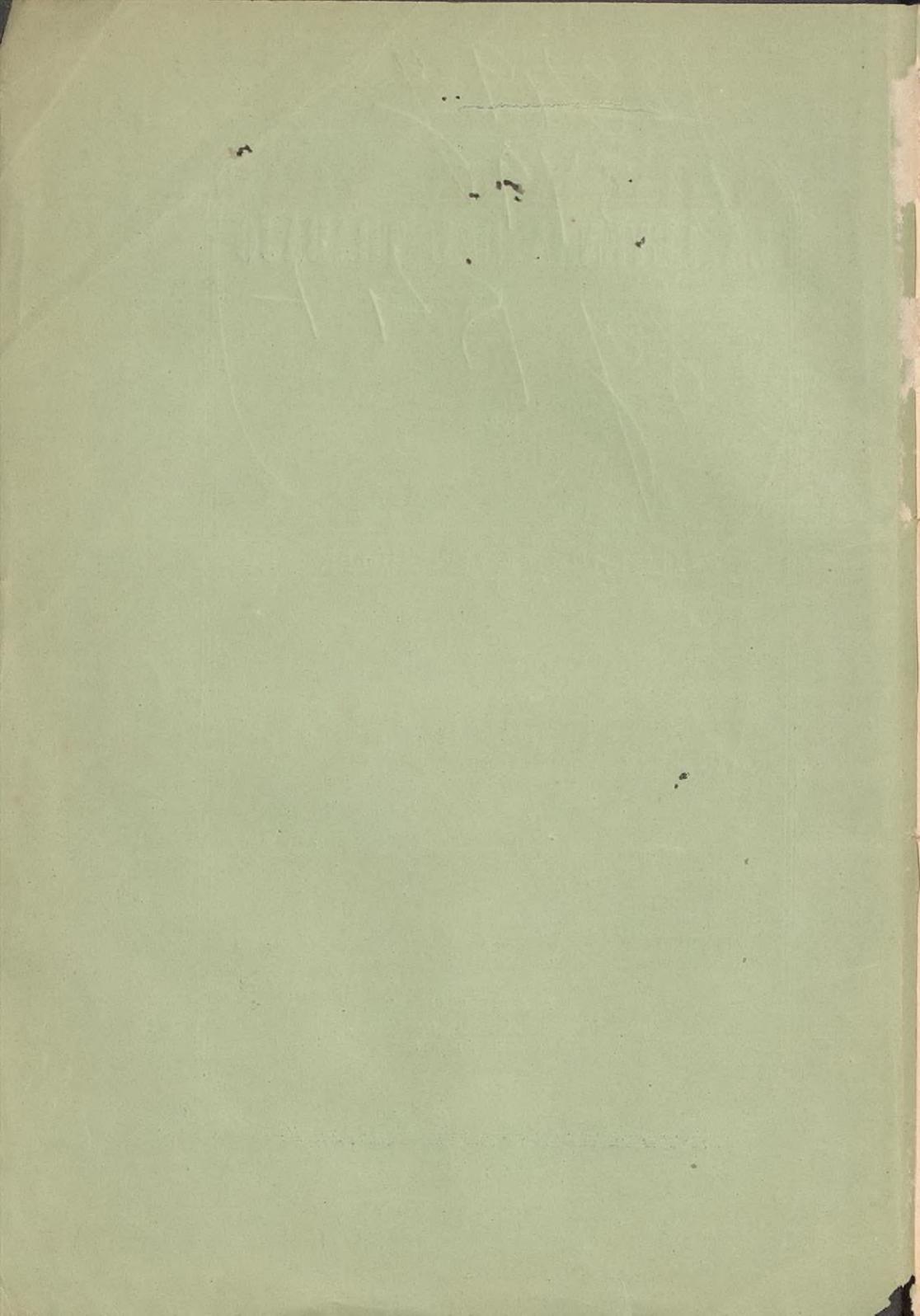


MADRID:

IMPRESA DE SEGUNDO MARTINEZ,
Travesía de S. Mateo, 12.

1870.

4505



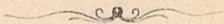
147-941

25-50 (bis)

LA LEYENDA DEL TRABAJO

POR

MELITON MARTIN.



4505

MADRID:
IMPRESA DE SEGUNDO MARTINEZ,
Travesia de S. Mateo, 12.
1870.

LA LEGENDA DEL TRABAJO

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva los derechos de reimpresion y traduccion con arreglo á la ley, y se tendrán por apócrifos todos los ejemplares que no lleven la firma del mismo.

MADRID

LIBRERIA DE ESPAÑA

EL PRIMER VOLUMEN

1911

12349
12379
1847

Al pueblo ibéro

con esperanza remota de que, desoyendo á sus esquilidores de innumerables matices, atienda, estudie y practique la única doctrina que entraña no solo la riqueza, el poder, la honra y la dignidad, si que tambien su salvacion, dedica este humilde libro

MELITON MARTIN.

El pueblo libre

con esperanza venida de que desoyendo á
sus esquiladores de innumerables antepas.
atenda, estudie y practique la única doctri-
na que entraña no solo la riqueza, el poder,
la honra y la dignidad, si que también su
salvación, debida este humilde libro

MELTON MARTIN

PRÓLOGO

Siete años hace poco más ó menos que me decidí á publicar un libro lleno de útiles verdades. Los tiempos no eran bonancibles para escribir con desahogo, y exagerándome la ilustracion del censor y la censura, di á mi obra un título y una forma harto enigmáticos para la generalidad de los lectores.

Bauticé al libro con el nombre de Pónos, voz griega que quiere decir «El trabajo» y con esto y con dedicarle á quien más habia menester de su doctrina logró salvar los escollos en que por entónces naufragaban hasta los pensamientos tímidos.

Sin embargo, bien fuese por la novedad de la forma, por la rudeza de mi ingenio, por la estension de la materia ó por causas de otra índole, ello es lo cierto que el Pónos no ha merecido á la critica ilustrada los honores que prodiga áun á producciones baladies.

Se necesita, pues, una conviccion profunda y arraigada de que se hace un gran servicio, para ofrecer á nuestro público de nuevo un compendio popular del Pónos que es como su osamenta descarnada. Porque deseoso de que todo el mundo entienda lo que yo quise decir, aprovecho los instantes de libertad con que me brindan los sempiternos trastornos de mi pátria, desnudo la leyenda de galas y reflexiones y digo llanamente al comenzar cada capítulo los hechos principales á que aludo.

Esto deberia bastar á mi propósito si aleccionado y receloso con la humillante esperiencia de siete años no comprendiese que debo tambien insinuar en este prólogo el alcance y la intencion que me propuse.

El Pónos, como su compendio, tienden principalmente á demostrar que la mision del hombre en esta tierra es el trabajo y nada más; que el trabajo no puede ser físico, intelectual ó moral aislada ó separadamente sino que ejecutado por una criatura racional participa siempre de sus tres naturalezas y para ser verdaderamente fructuoso tiene que ser completamente armónico; que es la fuente de todo bienestar, de toda virtud, de toda ciencia; que su objeto es el conocimiento de las leyes de la creacion, y finalmente que el principio del *bien* surge del acatamiento de aquellas leyes, así como el principio del *mal* no es sino la infraccion ó perturbacion de las mismas.

Con unos cuantos axiomas sencillos y evidentes recorro la trabajosa peregrinacion de la humanidad en

este mundo y procuro relacionar lo que hasta hoy permaneció disperso, aventurando tímidamente mi síntesis de la humilde filosofía del sentido común para dar un criterio firme á la gran masa de los hombres.

Diré con el posible laconismo los teoremas que para este fin he procurado demostrar.

El Pónos presenta como base de la historia dos leyes naturales porque solo apoyándose en semejante fundamento puede llegar á ser ciencia. La primera de estas leyes es como la fuerza motriz histórica; es una ley ineludible, creciente, fatal pero salvadora; es la providencial tiranía y la expansibilidad providencial de nuestras necesidades. La segunda ley es perturbatriz pero variable y decreciente por lo mismo que es humana. Su origen está en la exageracion de nuestra ingénita tendencia á emanciparnos del trabajo. La lucha entre aquellos que por fuerza ó por convicción le aceptan para vivir, y los que aspiran á sus satisfacciones echando sobre los demás el precio de cada una, constituye el fondo del drama histórico. Examinense todas, absolutamente todas las cuestiones, y se verá la exactitud de esta teoría siempre que se dé á la palabra *trabajo* la significacion lata y comprensiva que debe darse.

demostrar la unidad de la ciencia, la poesía de la ciencia, la sencillez y supremacía de la ciencia, es otro de los fines de la obra. Segun se desprende del exámen de la creacion, la ciencia es el conocimiento de las leyes naturales y la manera de aplicarlas al trabajo útil.

De aquí que solo por la verdadera ciencia podrá el

hombre ilustrar, depurar, ennoblecer y robustecer su fé, esa hija primogénita del sentimiento, porque el hombre no tiene mas medio de estudiar y conocer la voluntad del creador que el de leerla en sus leyes. De aquí que el sentimiento religioso será como ha sido en todo tiempo la última palabra de la ciencia en cada época y su reflejo fidelísimo segun el estado de barbárie ó de civilizacion. Donde concluye la ciencia allí debe començar la fé y lejos de combatir esta ley de nuestro espíritu lo único racional es ensanchar mas y mas los dominios de la ciencia.

En una palabra, me he propuesto demostrar hasta donde mis fuerzas alcancen, toda la ligereza de esos llamados filósofos que abarcando un elemento solo de la creacion (y eso por un solo lado casi siempre) deducen de la realidad de la idea, el idealismo—de la realidad de la materia, el materialismo—de las éxtasis proféticas y de las misteriosas intuiciones del sentimiento, la revelacion directa y el misticismo—de la unidad y solidaridad de la creacion, el panteismo—de la eterna inflexibilidad de las leyes naturales, el fatalismo—ó del libre albedrio humano, el individualismo exagerado con sus derechos ilegislables y su olvido del deber.

No quiero estenderme mas para que se comprenda cuál ha sido mi propósito al emprender un boceto informe de un cuadro inmenso y atrevido. Harto he dicho ya y hartas censuras preveo por parte de los errores soberbios y de las halagüeñas ilusiones que he procurado destruir. ¿Cómo es posible que dejen de tratarme con

severidad aquellos cuya avaricia, ambicion, arrogancia ó amor propio, esquilman la propension del hombre á necerse con sueños mas ó menos brillantes é ingeniosos, cuando vean reducida la fórmula del progreso humano á la transfiguración del trabajo material en trabajo intelectual y sentimental por medio de las máquinas y de los agentes naturales, ó cuando contemplen tantos y tantos sistemas de una sublimidad grandilocuente empequeñecidos á la filosofía del sentido comun!

Consuélame no obstante que esta filosofía humilde ha guiado en todo tiempo cual brújula salvadora la nave de nuestros destinos entre los escollos del materialismo grosero y repugnante y los ditirambos sirenáicos de los místico-espiritualistas. Los unos le han dicho «goza,»: los otros le han gritado «cree,» ó lo que es lo mismo «siente.» El sentido comun *ha gozado, ha pensado y ha sentido,* pero gozado, pensado y sentido cuerda y armónicamente en la medida que se lo permitian el sacerdote, el filósofo, el legislador.

La grande dificultad para entender esta leyenda es poseer la fuerza de abstraccion necesaria á la cabal inteligencia de lo que vienen á representar sus personajes. Seuda, Alécia, Dinamion, Anoya nunca personifican tal ó cual escuela, institucion ó clase. Seuda es la mentira en filosofía, en religion, en política, en ciencia, en todo, así como la parte de verdad que en mas ó menos grado han contenido y contienen todos los sistemas, se halla encarnada en Alécia porque es la personificación de la pequeña parte de la verdad absoluta

que en cada época es dado al hombre dominar. De aquí la alegoría del velo y su decrecimiento desde los piés hácia la cabeza; de aquí que aun en la última escena del porvenir se la represente con un círculo de hierro en derredor de la frente. Cuando la religion hebráica por ejemplo, proclama una verdad eterna, hacemos que aquella palabra de verdad la pronuncie Alécia: cuando tiende á la idolatría y se pervierte con el error, sus instituciones se atribuyen á Seuda. Los grandes actos, las tendencias morales de un Gregorio VII ó de un Inocencio III se personifican en la misma hija de Pónos: los errores y desvarios de los papas, sacerdotes, filósofos ó políticos se encuentran representados en la bruja. Aristóteles y Platon juzgando al trabajo en Grecia, los doctores, ingenieros y estadistas de nuestro siglo, disparatando no há mucho sobre la invencion de los caminos de hierro y otras, fueron el eco de los errores de su tiempo y de aquí que filosóficamente Seuda deberá representarlos. Todo sér humano trabajando lealmente con la materia, con la inteligencia ó con el sentimiento en cualquier punto del tiempo ó del espacio es Ántropos: todo el que abusa de la fuerza para quebrantar las leyes naturales se confunde con Dinamion: todo acto fraudulento que perturba la armonía de las mismas leyes es en abstracto un acto de la astuta Seuda.

Debo declarar ahora que la eleccion de la forma literaria de mi cuento tiene un origen mas noble que el temor á la censura. Con perdon de los aforismos infalibles que en estas y otras materias se repiten por las

gentes sin saber por qué, profeso la opinion de que no hay forma literaria que no tenga su utilidad y su aplicacion y que no existe otra alguna que responda á mi propósito y pueda sustituir con ventaja á la alegórica. ¿De qué otro modo mas lacónico y mas claro podríanse grabar en el comun de las inteligencias las síntesis filosóficas, el objeto providencial del calórico ó de la moneda, sin escribir un tratado analítico, indigesto y repulsivo, de física ó de economía política? Si la forma alegórica es propia de la infancia de la civilizacion, recuérdese que la gran mayoría de los hombres, han sido son y serán en todos tiempos unos niños.

El amor puro de lo bueno, lo bello, lo verdadero podrá servirle de mucho á quien tuviere paciencia para recorrer las páginas siguientes, y el epílogo con el cual concluyen tal vez le ponga en camino de sacar de mi trabajo consuelos, fijeza y fé.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Sin embargo de haber puesto en el encabezamiento de los capítulos la significacion de los nombres alegóricos con los cuales se designan los personajes del cuento, los ponemos todos reunidos por orden alfabético á continuacion para comodidad de los lectores, advirtiéndoles que su eleccion no ha sido hija de un capricho ó de una estravagancia, sino del deseo de facilitar su vulgarizacion en otras lenguas modernas.

DEL GRIEGO.

Alazona.....	<i>la vanidad.</i>
Alécia.....	<i>la verdad.</i>
Ándros (personaje auxiliar).....	<i>el hombre.</i>
Ánemos.....	<i>el viento.</i>
Anoya.....	<i>la ignorancia.</i>
Ántropos.....	<i>el hombre.</i>
Apénia.....	<i>la crueldad.</i>
Atmosa.....	<i>la atmósfera.</i>
Báros.....	<i>la gravedad ó peso.</i>
Dinamion.....	<i>la fuerza.</i>
Eco.....	<i>el eco.</i>
Eidólatros.....	<i>la idolatría.</i>
Elpisa.....	<i>la esperanza.</i>
Fanta.....	<i>la fantasía.</i>
Filoctesia.....	<i>la avaricia.</i>
Fobo.....	<i>el miedo.</i>
Fós (Phos).....	<i>la luz.</i>
Gina.....	<i>la mujer.</i>
Glós (contraccion de <i>Angelos</i> : el mensajero).....	<i>la electricidad.</i>

Hipodonte.....	<i>el caballo (la caballería.)</i>
Licnia.....	<i>la glotonería.</i>
Melanio.....	<i>el negro.</i>
Návago.....	<i>el piloto (la brújula.)</i>
Petonosa.....	<i>la envidia.</i>
Pir.....	<i>el fuego.</i>
Piron (de Pir, fuego).....	<i>la máquina de vapor.</i>
Pónos.....	<i>el trabajo.</i>
Ratimia.....	<i>la pereza.</i>
Seuda.....	<i>la mentira.</i>
Sinon.....	<i>la China.</i>
Tongo.....	<i>el sonido.</i>

DEL LATIN.

Egos.....	<i>el egoísmo.</i>
-----------	--------------------

DEL ÁRABE.

Moslema (<i>el creyente</i>).....	<i>el islamismo.</i>
-------------------------------------	----------------------

FÉ DE ERRATAS.

La imposibilidad en que se ha visto el autor de corregir por sí la impresion de esta obra ha sido causa de algunas erratas. A continuacion señalamos las de mas bulto que rogamos al lector tenga presentes.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
25	12	la hija de Pónos	<i>Elpisa</i>
26	6	id. id.	<i>la muda</i>
28	7	náufragos	<i>amigos</i>
32	18	espresaban	<i>esperezaban</i>
37	3	Filotesia	<i>Filoctesia</i>
266	29	una fantasma	<i>un fantasma</i>

FE DE ERRATAS

La imposibilidad en que se ha visto el autor de corregir por sí la impresión de esta obra ha sido causa de algunas erratas. A continuación señalamos las de más importancia tomadas al lector tan pronto como se presenten.

Page	Line	Page	Line
35	12	la hija de Fónos	
35	6	id. id.	
28	7	naatagós	
32	18	epressan	
37	3	Fíloesin	
39	29	una fantasma	

LA LEYENDA DEL TRABAJO.

CAPÍTULO I.

- I. — Aparición del hombre prehistórico sobre la tierra personificado en *Ántropos* y *Gina*. — II. — Su primer estado. — III. — Su primera necesidad, *el sustento*. — IV. — Primera manifestación del trabajo, simbolizado en *Pónos*. — V. — Vagas insinuaciones de lo que es nuestro planeta (*Ge*) para la humanidad. — VI. — Las necesidades son la fuerza impulsiva de la actividad humana, y solo se pueden satisfacer por medio del trabajo (*Pónos*). — VII. — Libertad amplia del hombre en la cuestión de trabajo. — VIII. — Desde el primer instante aspira el hombre al bienestar, y este solo se consigue con el trabajo. — IX. — Segunda necesidad de nuestra especie, *el albergue*.

I. Era la noche.

Nadie ha podido averiguar cómo ni cuándo llegaron, pero allí estaban cerca de la playa, á la vista del mar, inermes, inocentes y desnudos tendidos sobre la yerba.

Él era fornido, nervudo, musculoso, de espesa y enmarañada cabellera: ella graciosa y delicada, de formas mórbidas y seductoras.

II. Cual dos náufragos arrojados por la mar despues de haber brotado de su espuma, dormían con dulce sueño al resguardo de un arbusto envueltos en el tibio ambiente de una noche serena y apacible.

Al despuntar de la aurora despertáronse per fin, y á juzgar

por lo que hicieron y dijeron, ni sabían donde estaban, ni sospechaban siquiera la proximidad del día.

—¡ÁNTROPOS! exclamaba ella estremeciéndose.

—¡GINA! contestaba él estrechándola con arrebato.

Y tornaban á abrazarse tiernamente, como si todo su vivir habria de limitarse entónces, y despues, y siempre á permanecer así abrazados á la vista de la mar, al abrigo de un arbusto.

Por entónces nadie habria sospechado en la pareja una inteligencia superior, porque todavía ni pensaban que pensaban, ni sentían que sentían.

Empezó con esto á amanecer; comenzaron ambos á percibir donde estaban y se pusieron de pié, y tendieron los ojos embozados en su torno. El horizonte se ensanchaba gradualmente, dilatábase su vista, y todo parecía ser nuevo para ellos.

A medida que se aumentaba la luz variaba el panorama de la naturaleza, cuyas escenas veladas, indefinidas, vaporosas en un principio, fueron tomando despues tono, colorido y luz, poblándose de flores, de reptiles, de movimiento, de confusion, de vida. A los rayos tímidos y vacilantes del amanecer, los bosques se destacaban cual fuertes manchas sobre las húmedas praderas que las fieras solas atravesaban para retirarse á sus guaridas cautelosamente. Luego que la palidez del horizonte se tiñó de un leve y sonrosado arrebol, comenzaron á oirse aislados píos de las medio dormidas aves; píos que resonaban claros y vibrantes en el fresco ambiente del alba reposada. Cuando la bóveda celeste reverberó la luz que la inundaba, multiplicáronse los trinos y gorgeos, agregáronse otras indefinibles voces, se despertaron hasta los vienteojos, y tengo que renunciar á describir la infantil admiracion de Ántropos y Gina, despues que el sol, asomándose veloz por encima de las aguas, hizo brillar con sus rayos de fuego las innumerables gotas de rocío que pendían de las corolas de las flores, pintó la verdura de los prados, el azul del mar, las infinitas y anacaradas tintas de las nubes, destiló aromas de las plantas, y provocó con su calor el rápido gorgear de la calándria allá en el cielo, y en la enramada sombría los apasionados arrebatos del ruisenior, el monótono canto del cuclillo ó el triste y lastimero arrullo de la tórtola.

III. Cuando el hombre y la mujer volvieron de su prolongado embelesamiento; cuando cansados y rendidos dejaron de querer verlo todo, oírlo todo, tocarlo todo, como dos niños cercados de juguetes, era ya muy entrada la mañana.

—Tengo hambre, exclamó Gina.

—Aquí habrá fruta, contestó el marido. Vámonos por estos cerros. Te he de encontrar alimento aunque me cueste *trabajo*.

Y ambos empezaron á subir por la quebrada en direccion á unos árboles que divisaban á lo lejos.

IV. Pero no bien acababa de pronunciar Ántropos la última palabra, cuando sobre el ribazo que tenían enfrente apareció un personaje, á cuyo aspecto se turbaron y enmudecieron. Era de no muy alta estatura, ancho de rostro y nada angosto de pecho; apoyábase sobre una varita de oro; sus brazos robustos ostentaban una musculatura varonil; su mirada tranquila y placentera, su sonrisa afable, su barba entrecana, las arrugas de su frente, todo su porte, en fin, inspiraba cariño á la par que respeto. Llevaba un manto azul y desceñido, ligeras y bien ceñidas sandalias, corta y áspera la cabellera, medio abiertas las callosas manos, desnudo el blondo cuerpo pero vestido de majestad el atezado semblante.

Miráronse todos durante algunos instantes, contemplando aquel á la pareja con evidente compasion y lástima.

—¡Pobre Gina! ¡Infeliz Ántropos! exclamó por fin el recién venido.

—¿Cómo? le preguntaron á la vez. ¿Nes conoces? ¿Sabes nuestros nombres? ¿Te compadeces y nos amparas?

—¿Y cómo no? añadió el aparecido. Sabia que vendriais: os estaba esperando.

—¿Quién eres?

—Desde hoy vuestro protector, vuestro consuelo.

—¿En dónde estamos?

—En una isla encantada, en una tierra llena de prodigios. Pero teneis hambre, y para aplacárosla he venido. Voy á señalar las frutas que podeis comer, y despues tiempo sobrado tendré para contestar á vuestras preguntas.

Y el misterioso personaje del manto azul y de la vara singular

dorada, se encaminó con paso majestuoso hacia el interior de la tierra, dando la espalda al inmenso é irascible mar y á los escollos de la costa.

Siguiéronle los dos protagonistas de esta singular pero verídica historia, tan pronto sobresaltados y tan pronto embebecidos con ver correr á los brutos, reparar en su fiereza, oír el canto de las aves, aspirar el aroma de las pintadas y fragrantés flores, ó sentir bajo la planta desnuda los retorcidos movimientos de un reptil.

También les asombraba, y no poco, la virtud que desde luego advirtieron en el báculo dorado de su guía. A su misterioso toque separábanse las piedras, las ramas cedían sin esfuerzo, y gracias á su poder verdaderamente mágico los tres se abrían paso y discurrían al través de aquellas selvas virginales.

Llegado que hubieron á un bosquecito de palmeras, el de la vara dorada señaló con ella á unos grandísimos racimos que pendían entre las hojas, é invitó al hombre á que imitase el trepar de ciertos seres que por demás le entretenían y que según le dijo se llamaban *monos*. Ántropos obedeció. Tenía hambre su querida Gina, y él también sentía los efectos de esta necesidad cual ninguna otra imperiosa.

Sus primeros ensayos para trepar por los rugosos y abultados troncos de las palmeras, le costaron mucho sudor, y no pocos rasguños. Cuando bajó con un hermoso racimo de dátiles entre las manos, el agua le corría por el cuerpo, teñida aquí y allí con roja sangre.

Ambrosía, manjar de dioses, debieron parecer á los dos los primeros dátiles que comieron, y no se cansaban de dar gracias á su bienhechor por tan esquisito alimento.

Saciada ya el hambre con la pulpa azucarada de tan rica fruta, y mitigada la sed gracias al agua cristalina de un arroyo, el aparecido del manto azul sentándose sobre la verde yerba, les convidó con el gesto á que hiciesen otro tanto y les habló de esta manera:

—Ya lo veis, hijos míos, desde el momento en que se pisan estas playas, no hay paso sin esfuerzo, triunfo sin lucha, bocado sin gota de sudor.

V.—Pero ¿dónde estamos? preguntaron nuestros dos amigos.

—Estais ¡oh mortales malaventurados! en la isla de Gé que flota en la estension de un mar inmensurable; isla encantada, país maravilloso, poblado de seres buenos y malos que no os darán tregua ni descanso. En el aire, dentro de los rios, debajo de la tierra, lo mismo en los bosques que en los mares, así en los llanos como en las montañas, habitan génios y duendes, pigmeos y gigantes. Durante los primeros días, no alcanzarán á verlos vuestros ojos, pero poco á poco ellos se harán sensibles y visibles, los unos para acompañaros, los otros para perseguiros.

—Y todo eso ¿para qué? preguntó Gina con curiosidad.

—Y todo eso ¿por qué? preguntó Ántropos casi al mismo tiempo.

—El *por qué*, amigo Ántropos, no es de este momento. Gracias si á fuerza de tiempo le podeis algun día vislumbrar, contestó el génio grave y sentencioso. Mas fácil será decir á Gina el *para qué*.

—Pues dilo, que deseo saberlo, replicó la mujer con vivacidad.

VI.—Contesta y ves aprendiendo, prosiguió el del manto azul. ¿No teneis hace poco un hambre devoradora?

—Ya lo creo. Tal era mi rábía que parecía que los dientes querian cebarse en todo.

—Y ¿no te sientes despues de haber comido mucho mejor y muy otra?

—Tan otra, que antes habria hecho daño á los demas, y ahora parece como que quiero á todo el mundo.

—Pues ahí teneis, amigos mios, todo el secreto de esta tierra. Satisfechas las necesidades, el animal mas feroz se trueca en manso y bondadoso. El hambre es vuestra primera *necesidad*, pero no es la sola. Hoy os parece que satisfecha esta necesidad, teneis todo lo que puede haceros felices, pero mañana irán atormentándoos otras y otras y otras necesidades (porque su número es infinito), y solo os considerareis felices, y tal vez solo sereis buenos, cuando las veais todas satisfechas. Pero así como Ántropos ha tenido que trepar antes de tocar el racimo de los dátiles, así tambien tendreis que hacer esfuerzos increíbles antes

de lograr la cumplida satisfaccion de cada una de vuestras crecientes é innumerables necesidades.

—Pero ¿lo podremos conseguir? tornó à preguntar la mujer.

—No hay duda que lo conseguireis, porque ese es vuestro destino en esta isla, pero para conseguirlo teneis que obedecerme y adorarme.

—¿Quién eres? exclamaron ambos à la vez.

—Vuestro único verdadero amigo, vuestro protector, vuestra providencia.

—¿Cómo te llamas? preguntó la mujer siempre impaciente y curiosa.

VII.—Pónos, contestó el de la vara dorada.

—Y si tantas han de ser nuestras necesidades, preguntó Ántropos, ¿quién nos ha de proporcionar lo necesario para satisfacerlas?

—Vosotros mismos: todo depende de vosotros. Si me amais, si me escuchais, es imposible calcular ahora todo lo que conseguireis. Pero prestadme mucha atencion porque voy à revelaros uno de los misterios mas admirables de esta tierra. Yo que lo puedo todo con mi vara; yo que con solo este báculo dorado me atreveria à levantar aquellos montes y arrojarlos dentro de la mar; yo que soy el único que puede saciar vuestro hambre, apagar vuestra sed, cubrir vuestra desnudez, aliviar todos vuestros dolores, defenderos de vuestros innumerables y peligrosos enemigos, llevaros, en una palabra, hasta la paz y la dicha, yo, digo, debo obedeceros. Porque teneis una libertad de accion tan completa que hasta vuestros caprichos y locuras son para mí preceptos rigurosos. Si me llamais he de acudir sin demora esté donde yo estuviere, si me arrojais de vuestro lado tengo que desaparecer.

—¿Y cómo desaparecerás? interrumpió Gina.

—Envolviéndome en este manto azul. Con solo embozarme en él soy invisible.

—Pues embózate cuanto antes y desaparece, tornó à decir la caprichosa mujer, porque siento sueño y quiero que nos desej solos.

Pónos obedeció efectivamente; y apenas manifestó Gina su

capricho, allí donde estuvo el génio, cerca de los dos mortales, solo quedó en el espacio un poco de aire sutil, transparente y leve.

Después de haber dormido bravamente, despertáronse el hombre y la mujer á la caída de la tarde. Como el tiempo era sereno y apacible solo sintieron de nuevo la necesidad de comer, y Ántropos compartió con Gina los restos de los soberbios racimos cogidos por la mañana.

Ni uno ni otro se acordaron de su protector hasta que la luz fué desapareciendo, y las medrosas sombras de la noche les hicieron pensar en un albergue.

—¿Dónde se habrá ido Pónos? exclamó Gina por fin.

—Aquí me tienes á tu lado, contestó con voz pausada y cariñosa el génio al tiempo de desembozarse.

—Esto si que es prodigioso, gritó Gina. Apenas te he nombrado y apareces.

—Ya te dije, repuso Pónos, que con solo nombrarme me haria visible para serviros y salvaros, así como bastará la menor indicacion para que os deje solos. Vuestro libre albedrío es tan absoluto en esto y otras cosas, que podeis elegir libérrimamente entre mi compañía y mi ausencia. Vosotros sois dueños de vuestras acciones, pero quiero que sepais que sois responsables de ellas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si no me obedecéis padecereis hambre y sed en vez de sentiros hartos, os morireis de tristeza en lugar de vivir y revivir en la alegría. Si persistís en rechazarme, no habrá dolor que no os atormente, ni amargura que no acibare vuestra mísera existencia.

VIII.—¿Pero cómo habremos de conseguir todo cuanto deseamos? Porque nosotros queremos ser felices, muy felices.

—En pisando estas regiones, no hay otro medio de conseguir todo cuanto se desea sino sudar y trabajar. Cada gusto tiene su precio fijado de antemano, y es inútil soñar con alcanzar aquel sin que este se haya pagado. Os lo vuelvo á repetir: no hay movimiento sin esfuerzo, triunfo sin lucha, bocado sin gota de sudor.

—Pero eso es duro, muy duro.

—No tal, continuó Pónos, tal vez creais con el tiempo que es

bien previsto y muy sábio, porque, á pesar de lo dicho, podeis legitimamente emanciparos del trabajo.

—Eso si que no se entiende, exclamó la mujer toda asombrada. ¿Quieres esplicarlo claro?

—Ayer os indiqué, hijos míos, que en esta isla os esperaban entes innumerables de las mas distintas y estraordinarias cataruras. Unos, pigmeos y sutiles penetrarán en vuestro ser, confundiéndose con vosotros mismos, ya imperiosos y malévolos si os sometéis á sus caprichos, ya sumisos y obedientes si en vez de obedecerlos os empeñais en subyugarlos. Otros, jigantes é invisibles que os servirán ciegamente si acertais á conquistarlos á fuerza de valor y de constancia. Los hay inertes y pasivos; los hay que viven en forma corporal y tienen voluntad é inclinaciones. Pues bien: todos estos entes se convertirán en siervos y criados con solo escuchar mi voz y ejecutar mis consejos. Vosotros no tendreis sino aprender y mandar; ellos trabajarán en vuestro servicio cuanto sea necesario sin que haya cosa grande ó chica que no consigan ó ejecuten. Porque vuelvo á repetiros que si los tres nos unimos ó vivimos en familia, nada podrá resistir á la virtud de mi varita mágica.

—Y esos servidores singulares, preguntó Ántropos, ¿cuándo se nos presentarán, para que nos veamos libres de esas terribles fatigas que me anuncias?

—¡Ay amigo Ántropos! exclamó el génio con honda tristeza. Esos servidores innumerables que te anuncio no se someterán jamás de buen grado ni voluntariamente. Uno á uno los tienes que vencer. Uno á uno y todos juntos sostendrán contra tí continua guerra, y si yo te hubiese de decir todo lo que te costará el vencerlos, es posible que desmayaras desde ahora y renunciaras á la dicha.

—Eso no, exclamó animoso el hombre. No estoy solo en esta tierra, aquí está Gina conmigo, y por ella y para ella he de luchar y venceré.

—Mucho me agrada en verdad escuchar ese arrebató de tu valor inesperto. Eso quiere decir mucho, muchísimo; desde ahora te anuncio, amigo Ántropos, dias de gloria, aunque tambien de sufrimiento.

—¿Cuándo veremos y conoceremos á esos entes tan extraordinarios? preguntó envalentonado el hombre.

—Poco á poco se presentarán, y poco á poco os los señalaré. Tened paciencia: sed dóciles, y todos se convertirán de enemigos temibles en instrumentos ó criados. Ya es tarde, y la luz desaparece. ¿Por qué deseaba Gina saber dónde me encontraba?

—Por eso mismo que todo desaparece á nuestros ojos, y porque sentimos frío á medida que la noche cierra, contestó la mujer.

—Hé ahí *vuestra segunda necesidad*, exclamó Pónos sin poderse contener. Estais desnudos, sois sensibles, y vuestro natural instinto pide para vuestros cuerpos un albergue ó un resguardo contra la sensacion desagradable del relente. Pensad cómo van apareciendo las necesidades infinitas y crecientes que os anuncié desde que os ví. Esta mañana, antes y despues de haber comido, os parecia que la vida se limitaba á una sola necesidad. El ambiente era apacible, la tierra alegre y segura, y nada os aquejaba mas que el hambre, cuya satisfaccion era el principio y el término de todos vuestros deseos; pero hé aquí que viene la noche y que la brisa refresca y ya os apercibís de vuestra desnudez, surgiendo como por encanto una necesidad mas. Pues de este mismo modo, de idéntica manera surgirán en cada dia á cada instante las necesidades tan variadas como infinitas de vuestro ser; y la fuerza cabalmente de todas estas necesidades será el aguijon, la espuela, el látigo, que os haga trabajar y trabajar hasta satisfacerlas. No solo para eludir ese trabajo, sino para hacerle fácil y posible, luchareis y vencereis á los misteriosos servidores que os esperan; y esta necesidad, este deseo, esta lucha, formará la parte positiva de vuestra historia en tanto que piseis las playas hoy inhospitalarias, mañana casi paradisiacas de la encantada isla de Gé.

Dicho esto, y por estar ya apagándose el crepúsculo de la tarde, el génio singular del manto azul y de la vara dorada sugirió á nuestros amigos la conveniencia de buscar un tronco hueco y espacioso, abierto por algun lado, y les hizo acomodarse aunque malamente en él, para esperar la luz del dia y buscar así albergados, algun descanso en el sueño.

CAPÍTULO II.

I.—Inferioridad física del hombre respecto á los demas animales.—II.—Alusión á las pasiones. Tercera necesidad, *la defensa*. Primer arma, producto de poco trabajo. III.—El miedo (*Fobo*) y su mision providencial.—IV.—Estado salvaje, vagaroso. Epoca del pedernal ó silix.—V.—Cuarta necesidad, *el vestido*.—VI.—Principio de las fábulas de los salvajes como señal del nacimiento de la fantasia.

I. Apenas despuntó el siguiente dia al en que Pónos socorriera á los dos héroes de esta la mas singular de las historias, cuando ambos abandonaron su escondite y le llamaron en su ayuda, porque ya instintiva é inconscientemente tenianle por un amigo leal, benéfico y cariñoso.

Con increíble diligencia acudióles el buen Pónos, é impropia tarea seria para el mas docto contar en todo detalle el sin número de maravillas que ejecutó en obsequio del hombre y de la mujer desde aquel punto y aquella hora.

Empero, si es imposible relatar menudamente lo que ya tenemos apuntado en otro libro humilde y sin ventura, tampoco nos es lícito callar aquellas cosas sin cuyo conocimiento no se podria demostrar de una vez el árduo, temeroso y siempre nuevo problema que á tí y á mí ¡oh lector! nos acavila.

Desnudos, ignorantes, é impotentes se hallaron Ántropos y Gina sobre aquella tierra poblada de peligros, y tal era su desnudez y tal su debilidad, que en su parangon los monos les llevaban gran ventaja en todo. Saltaban y trepaban mejor que ellos; tenian dientes mucho mas cortantes; el pelo que les cubria les abrigaba y resguardaba, y con su instinto finísimo sabian elegir sin vacilar las frutas menos nocivas, el agua pura y saludable.

El hombre con la mujer por el contrario, se hallaban tan desprovistos de todo medio de defensa, que si meditamos hoy sobre los peligros sin número que les amenazaban, nos parecerá un misterio impenetrable cómo y por qué medios naturales lograron al fin, no digo ya prosperar, sino vivir y defenderse.

Por eso sin duda alguna cuando el génio les visitó al siguiente dia, comenzó por enseñarles las bayas y las frutas que podian comer en verano y en otoño, las raíces que habrian de desenterrar en sus apuros de invierno. Por eso poco á poco y con una paciencia verdaderamente fenomenal, esplicóles en los siguientes aquellos hechos mas sencillos que podia comprender su limitada y como naciente inteligencia. Por fortuna, la naturaleza sábia y previsora siempre da en cada estacion y tiempo de la vida, así á las razas como al individuo, los instintos, pasiones, facultades y tendencias propias al progreso y desarrollo de sus criaturas, y como Ántropos y Gina eran entónces dos niños, aguijábales la curiosidad y les iba instruyendo su memoria. Merced á ella aprendieron prontamente los nombres de las plantas, las aves y los brutos. El ciervo tan ligero y tan veloz; el águila cerniéndose en las nubes; el oso tardo que se ponía en dos piés si con él topaban en los bosques; la serpiente en aduja durmiendo su sueño perdurable al sol, fueron nombrados por Pónos, quien cuidó de decirles además las cualidades y atributos que á cada cual distinguian.

Al principio eran nuestros dos mortales por todo extremo confiados, pero algunos lances que les sucedieron fueron despertando en ellos el temor y la desconfianza para hacerles cautos, ó si se quiere recelosos. La dolorosa picadura de la abeja les inducia á respetar aquel insecto diminuto, y si por acaso sorprendian al lobo, á la culebra ó al leon cazando y devorando su presa, asaltábales la idea de que tambien podrian ellos perecer, y un sentimiento natural les obligaba á pedir á Pónos los medios de defenderse.

—Ya os he dicho, les contestó aquel génio cierto dia, que todo lo ireis logrando si me escuchais y obedecéis. Esta, os repito, es una isla encantada, y primero que penetreis sus maravillas ¡cuánto no habreis de sudar! ¡cuánto no habreis de padecer! amadme, amadme mucho y yo os iré guiando con tal tino, que hasta de las piedras han de surgir amigos y servidores que os hagan mucho mas fuertes que el lobo. Vosotros no teneis zarpas, ni colmillos; no saltais como el leon, ni como él podeis ahogar al toro entre vuestros brazos, pero á pesar de que la naturaleza os ha negado las fuerzas y la agilidad de otros ani-

males mucho mas crecidos que vosotros, no habrá con el tiempo uno siquiera de esos seres que no sometais á vuestra servidumbre, y que no obligueis á plegarse á vuestro antojo y capricho.

—Entónces, exclamó el hombre, nada tenemos que temer.

II.—Sí tal, sí tal, replicó el génio, y la prueba la teneis en los sustos y dolores que habeis sufrido desde el primer dia. Si aquí no atendeis sino al mal que os haga padecer, creereis que esta es morada maldita, creada para atormentaros; mas si resistís valientes y escuchais tan solo á mí, yo os iré haciendo ver que hasta los enemigos impalpables que os acosarán crueles se pueden y deben convertir en otros tantos amigos que os obliguen á adelantarse, que os lleven á la dicha contra vuestra voluntad y á pesar de vuestros desaciertos. En una palabra, todo, aunque no lo parezca á primera vista, está aquí preparado para vuestro bien, y este depende de vosotros.

—Y ahora, preguntó Ántropos, ¿cómo sosegaré algun tanto este malestar ó sobresalto que siento desde que temo que uno de esos animales me arrebate á Gina?

—Muy sencillamente, contestó Pónos. Toma mi báculo dorado; hiere con él la rama mas derecha y tendrás por de pronto la primera arma para hacerte respetar. Con el tiempo ya te las dará mucho mejores.

Ántropos no se hizo de rogar. Cogió la vara del génio, y despues de examinar despacio las ramas que le parecieron mas hermosas, hirió una con un levísimo toque, y en el instante se encontró con ella entre las manos convertida en un palo largo como su estatura, que desde luego blandió ligeramente amenazando con él todo cuanto le rodeaba.

—¡Ahora si que soy feliz! exclamó el hombre como un niño. Ahora que vengan esos brutos y verán cómo les rompo los colmillos. Ya puedo dormir tranquilo. Enséñanos una guarida porque va siendo hora de retirarnos antes que cierre la noche.

Y así era verdad: la noche cerraba, y tal era por instantes la creciente oscuridad, que Pónos condujo á sus protegidos con harta afan á una cueva natural abierta al pié de un ribazo, porque su entrada no era cómoda aunque sí segura, y en ella los dejó, envolviéndose en el manto y desapareciendo como el humo.

III.—¡Qué oscuro está aquí dentro! exclamó Ántropos después de una pausa que para su ansiedad fué larguísima. ¿Oyes los ahullidos y las voces espantosas que suenan hace rato á la puerta de esta cueva? ¡Si al menos tuviésemos un poco de luz para ver en rededor!

—¿No deseas mas que eso? preguntó una voz hueca y campanuda con ribetes de burlona. Pues cálate esas antiparras.

En medio de la noche, con tan profundo silencio y dentro de la cueva, cuyos ecos repetían los rugidos de las fieras, el efecto que hicieron aquellas inesperadas palabras en el ánimo de Ántropos y Gina fué medroso. ¿Quién hablaba allí tan de repente? ¿Qué querría decir con aquello de calarse las antiparras? ¿Qué eran antiparras? ¿A qué venía aquella voz? ¿De qué trataba? ¿Sería alguno de los duendes de quienes les habló Pónos? ¿Era por ventura amigo ó enemigo?

Entretanto que así rapidísima pero confusamente discurrían abrazados de puro miedo, Ántropos sintió como que le colocaban algo muy leve sobre las narices. En el acto comenzó á ver por todas partes las mas extraordinarias y temerosas visiones. Millares de reptiles con zumbadoras alas, armados de agujijones, poblaban el aire: mónstruos horribles y desconocidos entraban por la boca de la cueva y se acercaban lentos, se movían perezosos, sacudían las colas y las guedejas, mostraban lenguas desmesuradas, blanquísimos colmillos, y clavaban en él su terrible ceño de león, y todo esto tan propio y al natural, que su cuerpo quedó paralizado y ni aun moverse podía.

—¿Qué tal amigo Ántropos? tornó á preguntarle la voz burlona y campanuda.

—Todos me conocen en esta tierra, pensó el hombre para sí.

—No te quejarás, continuó la voz con jovialidad. Ves mas que si tuvieses cien ojos, y esto gracias á mis antiparras.

—Suéltame, gritó por fin el hombre.

—¿Qué dices? exclamó la voz en son de risa.

—¡Suéltame!

—¿Quién te sujeta?

—Tú.

—¿Cómo?

—Con una cosa que me ciñe los miembros. Parece que me has echado peso encima.

—¡Qué ocurrencia! prosiguió la voz. Ese es el efecto de mis antiparras.

Y la gruta resonó con una carcajada estrepitosa.

Un sudor frio y copioso bañaba la frente de Ántropos.

De allí á un rato volvió á preguntar.

—¿Quién eres?

—Mírame, replicó el trago.

Ántropos miró y vió delante de sí á un enano cabezudo, rechoncho, feo, negro de rostro, melenudo, barbicerrado, rico en colmillos y no muy pobre de uñas, con las cuales, aunque mochas procuraba infundir mortal pavor. Además de esto era inquieto y bullicioso; tan pronto se presentaba para atacar á quien temía, como para huir cobarde si se clavaban en él con resolucion los ojos.

—¿Quién eres? volvió á preguntar el hombre.

—¿Qué te importa? contestó el enano cabezudo. Soy quien soy. Uno de tus amigos. Un compadre que te ha de acompañar tanto como que el mas de todos los que te esperan y celebrarán muy pronto tu venida. Apenas cierre oscura la noche, brame el viento, retumbe el trueno ó te suceda algo fuera de lo comun, cuando á tu lado estaré *para evitar que cometas temerarias imprudencias.*

Gina se tranquilizó, abrió los ojos y separó el rostro del seno de su marido. Curiosa sobre toda ponderacion, deseaba ya ver al duendecillo que tanto interés mostraba por su esposo.

—¿Cómo te llamas? dijo Ántropos.

—Fobo, para servirte, contestó el enano.

—Y si has de ser tan mi amigo, preguntó el hombre con infantil sencillez, ¿por qué me sujetas las piernas y las manos?

—Para que no te arranques de los ojos mis inestimables antiparras. Tienen esa doble virtud: hacer ver mas que ven ciento, y entumecer las manos y los piés para evitar cualquiera temeridad.

—¿Y por qué me pones eso? ¿Por qué no me lo quitas?

—¿Te pesa? Preguntó la voz siempre burlona.

—No quiero ver lo que veo, contestó Ántropos. Quitame lo

que tú llamas antiparras. Pronto: ¿por qué no me las quitas?

—Porque si así lo hiciere no sería yo quien soy. Cada uno en esta tierra tiene su modo de vivir. Yo, me deleito con el terror y la confusion de quien se mira en peligro.

—¡Vaya un gusto! exclamó Gina sin caer en lo que hacia.

—Buenas noches, Gina, dijo el bullicioso Fobo apenas la hubo escuchado. Buenas noches. Creí que dormías, mas ya que velas, toma otro par de mis maravillosas antiparras.

Y Gina sintió una levisima impresion sobre la nariz y comenzó á ver en seguida por el aire enjambres de insectos voladores, zumbantes y rejudos, y por el suelo fieras con melenas, con ojos enormes, con colmillos de leon.

—Quitame esto, quitame esto, gritó la mujer llorosa y despechada como una niña.

—¿Qué? la preguntó el enano en tono de zumbona estrañeza.

—Lo que me has puesto sobre las narices. Veo cosas que me dan miedo, y por mas que cierro los ojos las veo siempre.

—¿Y cómo siendo tan curiosa, no habias tú de ver los peligros horribles que te cercan? preguntó burlándose el duendecillo y atronó la cueva con una y otra alegre carcajada.

Los padecimientos de aquella noche, habrian bastado para poner término á la existencia de nuestros aventureros si la luz suave y rosada de un nuevo, claro y apacible día, no hubiéra disipado como por encanto sus terroríficas visiones. Con la claridad, parecia que las mágicas antiparras de Fobo, y hasta Fobo mismo, se habian evaporado como el rocío de la noche se evapora con los primeros ardores matinales.

Quando nuestros amigos llamaron y contaron á su protector todo cuanto les habia sucedido, este les contestó pausadamente y como quien deseaba grabar en la memoria de sus protegidos un misterio casi superior á su dormida inteligencia, pero cuyo conocimiento les importaba mucho, mucho.

—Ahí teneis en ese enano temeroso uno de los servidores impalpables tan sagaces y sutiles que se apoderarán de vuestro ser, y como que se infiltrarán dentro de vosotros mismos. Como á todos los demas, hay que convertirle en servidor humilde y útil. Ya ireis conociendo poco á poco á esa familia innumerable cuya existencia

en esta isla encantada es uno de sus misterios mas extraordinarios. Tened paciencia, seguidme, y yo os prometo un triunfo en cada hora.

IV.—Despues de aquel dia, Pónos no se separó ninguno de los mortales cuya interesante historia á vuela pluma relatamos, y vagando á la ventura por valles y por montañas al través de espesos virginales bosques ó de infinitos charcos ó pantanos, fué enseñándoles con paciente y paternal cariño el modo y manera de salir de sus empeños, los medios de preservar la vida y la salud, y los recursos misteriosos de la isla para vencer dificultades progresando. En los parajes poblados de animales carniceros les hacia dormir sobre las ramas, en los otros sembrados de reptiles les hizo huir de la víbora y aplicar yerbas salutíferas á sus terribles mordeduras. Si el hambre los apuraba, enseñábales á quebrantar las nueces y los almendrucos entre dos piedras ó cantos, y así les predisponia para que mas tarde fabricaran el martillo como grata reminiscencia de tan sencilla operacion. Si salian á los llanos y el calor era muy grande, aconsejábales que se rodearan la cabeza con hojas que diesen sombra y que agitasen el aire con un manojo de ramas.

Entónces fué cuando la necesidad les indujo á pedir al génio los primeros instrumentos cortantes, y entónces cuando Pónos siempre obediente á su mandato se les hizo fabricar con los únicos materiales que tuvieron á mano por entónces. Toscos y rudos como sus autores, se redujeron á un hacha informe en embrion y á un remedo de cuchillo. La primera se componia de una rama corta y gruesa, hendida por un extremo para recibir entre ambas cachas un fragmento de pedernal. Sendas vueltas de raíces muy flexibles en rededor de las cachas, acababan de unir la piedra á la madera dejando libre y sobresaliente el filo. El segundo no era ni mas ni menos que la astilla larga y estrecha de otro pedernal, deshecho á puro golpes, y tan aguzada, que con ella mondaban las frutas y las raíces.

Aun hizo mas el génio en aquella época : advirtiendo la facultad imitativa de que estaban dotados Ántropos y Gina, se entretuvo durante los pequeños ratos de descanso en hacerles grabar con otra piedra sobre las caras de algun hacha la tosca é informe

representacion de tal cual bruto de las selvas ó de otro objeto su contemporáneo. Mencionamos esta circunstancia tan trivial, porque gracias á ella y á un procedimiento en verdad maravilloso hemos podido nosotros averiguar lo que vamos refiriendo de esta singular historia.

Vean nuestros lectores reflexivos si escribimos con conciencia.

Como inmediata consecuencia de la posesion del hacha y del cuchillo, vino en seguida el perfeccionamiento de las armas. Ántropos pudo hendir y cortar bien la madera. Armó la punta de su báculo con una piedra cortante ó con una espina de pescado, y de este modo le vió convertido en lanza. Despues que se hubo amaestrado en arrojarla con tino para herir en caso necesario desde lejos, Pónos le sugirió la buena idea del arco que encorvado por una tira de piel ó una tripa retorcida, despidió con pasmosa puntería flechas, á las cuales prestaban los pájaros sus plumas para que en medio de su vuelo les persiguiesen y alcanzasen.

En aquella época fué el hombre cazador en el interior de la isla; pescador sobre la costa, y si ingeniosas fueron las invenciones que su génio tutelar le sugirió para cazar, no menos curiosas y útiles fueron tambien las aplicadas á la pesca. De todas fué la red la principal, si bien por aquel entónces en nada se parecian las que fabricaron Ántropos y Gina á las que con este nómbre conocemos. Por no disponer del cáñamo, ni saber hacer la cuerda, aquellas redes primitivas fueron un tejido tosco de tales ó cuales juncos, y el pescador tenia que suplir la falta de perfeccion de su artefacto á fuerza de trabajo y de paciencia.

En los terrenos pantanosos, la vara mágica de Pónos hizo prodigios increíbles. Para proporcionarles cama seca, rodeó de troncos de árboles las islas, levantó el terreno sobre las aguas encharcadas, construyó ranchos lacustres cuyos vestigios duran todavía, y les hizo ver por esperiencia que el mejor remedio contra las fiebres que empezaron á destruir su salud, era el cambiar de aires y de clima.

V. La necesidad de abrigarse así contra la lluvia y el frio, como contra los rayos del sol, les obligó á pedir al génio que pusiera su cuerpo de algun modo á cubierto de las influencias

atmosféricas, y este entónces les enseñó á juntar en fleco y en feston yerbas, juncos y espadañas, que colgantes de los cortidos hombros fueron su primer vestido.

VI. Finalmente, despues de largas aventuras cuyo relato seria interminable, se encontraron Ántropos y Gina con un principio de esperiencia, base de sus futuros adelantos; y aunque todo esto se verificaba con lentitud proporcionada á la rudeza de aquellos seres salvajes, el cariño paternal de Póno no se cansó ni un momento al enseñarles pacientemente tanta pequeñez para ir abriendo las facultades de su ser al aura de la reflexion y á la luz del pensamiento. Así es que al terminar estas primeras correrías del hombre y de la mujer por aquella isla encantada, se habian despertado en ellos como en embrion hasta los sueños imaginativos (por que el travieso y tremebundo Fobo seguiales atormentando), de manera que al través de sus antiparras, vieron con harta frecuencia animales imaginarios, vestiglos y mónstruos fabulosos, con cuyo número infinito pobló su imaginacion los montes y los bosques, dotándoles caprichosamente con la cabeza del leon, la cola de la serpiente ó las alas del murciélago. Y tan hondas se grabaron en su memoria las visiones evocadas por el duende de dia como de noche, que en toda su vida se borraron por completo, y en los años venideros llegaron á dudar si las habian ó no visto, mezclándolas sin saber cómo con los recuerdos confusos de otros acontecimientos verdaderos.

CAPÍTULO III.

I.—Quinta necesidad. *la propiedad*.—II.—Espansion de nuestras necesidades.—III.—Sobresaltos de la propiedad. Un adelanto, impone otros. El perro.—IV.—Con la primera paz del alma aparece la esperanza (*Elpisa*).—V.—La riqueza relativa del período pastoril, dan lugar á la familia, y esta fortifica la esperanza.—VI.—Nuevos adelantos. La tienda. Instrumentos de cobre. La canoa. Primera contemplacion del firmamento. Conocimiento de los climas. Albores de la siderolatria.—Conquista de la primera acómila. El asno.

I. Andando y desandando lagos y terrenos, viniendo y huyendo dias, Ántropos se encontró gracias á Pónos dueño de una sogá hecha con fibras de plantas y raíces, y conocedor de la honda y de sus efectos á distancia. Defendíase bastante bien de varios de sus enemigos, y la rara ventura para él de haberse apoderado al fin de unos cuantos animales muertos, le hizo desear con vehemencia poseer algunos vivos. Comunicó en seguida como de costumbre este deseo al buen Pónos, y con su báculo dorado y la esperiencia que adquirió en virtud de algunas tentativas frustradas, pudo alcanzar en la carrera y tocar con la varita mágica á un centenar de ovejas y carneros cuya posesion le transformó en pastor.

¿Quién es capaz de imaginar siquiera el cambio que aquella célebre conquista provocó en su modo de vivir y hasta en su alma?

Por eso le decía Pónos en blanda y amistosa voz:

—Tu situacion mejora grandemente con esta la mas fácil de tus victorias todas. Ya no padecerás hambre ni sed, gracias á la posesion de ese animal tan débil como estólido, pero desde hoy comienzan los cuidados, y habrás de padecer el afan y las zozobras que van en pos de la hacienda. Ya no estais solos; vuestro rebaño necesita mas de vuestra diligencia que vosotros mismos, porque las ovejas y sus crias son tales y tan inocentes, que perecerán por falta de alimento si vosotros no las defendeis y las amparais á todas horas. Mirad sino esos cuerpos lanudos, rollizos, abultados; contemplad la delgadez y fragilidad de las enjutas

patas; examinad esas cabezas inermes, esas bocas breves cuanto trémulas; ved cómo bajan la cerviz en son de humilde sumision, cómo recatan los rasgados ojos, cuál permiten que les tomeis sus hijuelos sin dar señales de temor y de coraje, y comprendereis que fueron creadas desde luego para ser las primeras en recibir el blando yugo de vuestra naciente autoridad. Brindándoos man-sas con su leche, de vosotros esperan proteccion con la mas indiferente confianza. Doleos, pues, de su flaqueza, y que desde hoy nazca en vuestros corazones la compasion y el cariño, sentimientos dulces y preciosos que arraigarán para siempre en vuestros pechos la inocencia encantadora de los ternezuelos recientes.

II.—¡Oh qué feliz soy ahora! exclamó el hombre. Estos animales que segun tú dices me darán leche sabrosa sin que tenga que aniquilarme con las fatigas de la caza, son míos: míos, Pónos, míos. ¡Oh cuán feliz me siento ahora!

—Ahí tienes, amigo Ántropos, contestó el génio sonriéndose, la exclamacion que repetirás á cada triunfo, para concluir por no hacer aprecio de ninguno de ellos. Tus necesidades son infinitas, y además la expansion de cada una de ellas es ilimitada. A cada nuevo adelanto te imaginarás haber tocado al término del progreso; serás feliz un instante, y en el instante despues volverás á desear, primero, y á sentir por fin el aguijon de una nueva necesidad con toda la vehemencia de tal. Estás hoy en el comienzo, y sin embargo, cuando llegue el postrer dia de tu vida esta escena se repetirá.

—Ahora, añadió el génio despues de un rato de silencio, quiero que sepas que ha terminado el primer gran período de tu existencia. Hasta aquí apenas pensabas, y tu guia era el instinto. Desde hoy, desde que has empezado á disponer para tu servicio de los seres animados, tu inteligencia se despierta y funcionará. Desde hoy trabajarás *cien* días, pero podrás pensar *uno*.

Poco despues de haber pronunciado aquellas palabras Pónos, sábias y afectuosas como suyas, se envolvió en su manto y desapareció cual si se hubiese convertido en aire. Los pastores permanecieron todavia largo rato de pié. Con sus abrigos de espadaña colgantes de los hombros, coronados de verdes lampazos á guisa de sombreros, contemplando á las ovejas apelotonadas para escon-

der entre los vellones de las compañeras los prolongados hocicos, experimentaban, á no dudarlo, el placer inefable que sentimos cuando un sér animado y con propia voluntad nos obedece y nos ama.

Al fin la falta de luz obligó á nuestros pastores á tenderse tambien sobre la tierra, y lo hicieron á dos pasos del rebaño contentos y satisfechos.

III. Pero la noche no fué buena. Fobo, el enano de las anti-parras, no les dejó pegar los ojos, y colocándoles delante un par de aquellas que repartia en profusion, les hizo ver visiones espantables. Desde media noche hasta el amanecer sonaron en su alrededor muy lastimeros ahullidos, brillaron de cuándo en cuándo luces lívidas y vagarosas; las ovejas corrian y balaban, y ellos temblaban de miedo al oír cierto rechinar de dientes con cierto crujir de huesos.

Cuando les consoló y sosegó la dulce claridad del día se levantaron, y á los pocos pasos de su lecho vieron que no habian sido temores ilusorios los de la pasada noche. Mutilados restos, cadáveres ensangrentados de varias de sus ovejas, yacian esparcidos por la pradera. Aquí una cabeza, allí unas pezuñas, allá los rizados vellones empapados mas bien que tintos en la sangre. Las reses aun con vida temblaban todas medrosas cual si conservasen la memoria de un peligro atroz. Ántropos y Gina se deshicieron en llanto.

Por fin llamaron al génio, porque principiaban á comprender que él era su consuelo único en todas sus desventuras. Pónos les habló de esta manera:

—Con esta forma nueva de vuestra propiedad, tienen necesariamente que venir las congojas que trae en pos la hacienda. Pero no hay por qué abatirse. Una fiera os hizo estos estragos: es necesario cautivar otra fiera leal y vigilante que vele sobre los borregos si dormís.

—¿Y qué fiera se resignará á servirme mientras duerma? preguntó el hombre mohino.

—Una que yo me sé, y á la cual has de cobrar una aficion singular, contestó Pónos. Vamos ahora á sacar el mejor partido que podamos de esta pequeña desgracia. ¿Quién sabe si será ocasion

de un progreso inesperado? Esas capillas de juncos y espadañas no son bonitas, ni cómodas. Veamos de satisfacer *mejor* vuestra necesidad de abrigo.

Así diciendo, hizo recoger las pieles mas enteras y comenzó á dictar cuanto debia de hacerse para utilizarlas. Primeramente se limpiaron, lavaron, estiraron y aderezaron; despues se cortaron con el cuchillo de pedernal en muchas y muy peregrinas formas, y por fin, aguzando la punta de una rama para taladrarlas, se unieron y cosieron con unas tiras de ellas mismas, ó delgadas correguélas. Gina en todas estas operaciones demostró una aptitud muy feliz: cortó, pegó, añadió, cosió. Cuando se veia apurada, un toquecito de la vara mágica del génio lo arreglaba todo por ensalmo, y la obra á cada toque con admirable rapidez crecía.

El resultado fué que antes de mediar el sol su curso, nuestros pastores se vieron vestidos de pieles, con albarcas en los piés, y un gorro puntiagudo en la cabeza.

—¿Qué tal, amiguitos? les preguntó el génio contemplándolos. ¿No gozais de nuevo al sentir que una de vuestras necesidades está mejor satisfecha? Pues ese es el progreso y nada mas. No nos paremos, pues, en el camino. Vamos á cautivar y domesticar el perro. Para guardar el rebaño puede quedarse aquí Gina.

Nuestro hombre se hallaba tan embozado con el dulce bienestar de su vestido, que siguió á su guia sin preguntarle siquiera lo que se proponia hacer.

Condújole este al monte, eligió en un valle una angostura, hizo que cavase como pudo un hoyo largo y profundo, y despues que estuvo relleno de espino, abrojos ó zarzas, le mandó que le cubriera de césped. Perseguidos con astucia por el cazador los perros cerriles que allí habia, cayeron unos cuantos en la trampa, y heridos por los garranchos, y no pudiendo moverse, se dejaron tocar en los colmillos con el báculo dorado. Desde entónces siguieron al hombre mansamente, lamiéronle los piés leales, y fueron en todo tiempo sus verdaderos amigos.

Seguro ya de la obediencia de aquellos nuevos servidores, Pónos hizo que sus protegidos tejiesen unas cuantas sogas. Con estas cuerdas retorcidas con las yerbas mas flexibles formaron una red larga y estrecha, y con esta red estrecha y larga un espacioso

redil, sostenido por cuatro robustos árboles. Dentro de aquel espacio así cerrado y circuido, entraron las ovejas á dormir mientras los valientes canes velaban por fuera en torno.

Tales fueron los principios de la majada y del rebaño, completado de allí á poquísimos dias con buen número de cabras, sujetas y reducidas á obediencia en lo mas áspero del monte por los mastines y su dueño.

IV. Despues que nuestros pastores hubieron dormido en paz media docena de noches, y despues de admirar la vigilancia, el valor, la abnegacion del dócil y amoroso perro, cobraron tal aficion al autor de tanto bien que no querian separarse de su lado.

—¿Por qué nos has de abandonar así? ¿Por qué ausentarte por la noche? le preguntaba cierto amanecer la curiosa y vehementemente Gina.

—Porque en esta tierra maravillosa, contestaba Pónos, de todo se puede usar, pero no abusáreis de cosa alguna impunemente. En todo hay que tener peso y medida. Hasta mi cariño os aniquilaria si no diéramos tregua algunas horas á nuestra conversacion y nuestro trato. Pero mirad hácia donde clarea la mañana. Cómo se conoce que ya empezáis á ser ricos, que ya tenéis seguro el alimento. Los génios buenos de la isla vienen á contemplar vuestra felicidad, tal vez á complacerse en ella. Mirad, mirad.

Ántropos y Gina miraron en direccion á la aurora y vieron una nube de color de rosa toda recamada de oro, toda bordada de plata. La luz que reflejaba producía una sensacion grata pero indefinible. Al verla Ántropos y Gina se sintieron como arrullados blanda y regaladamente. La nube fué estendiéndose á su vista, y cuando menos lo esperaban se dibujó en su fondo la figura colosal de una doncella encantadora. Sus blondos rizos iban coronados por una guirnalda de siemprevivas, su talle era dócil y flexible como el mismo viento, y llevaba con gracia singular, vestidura trasparente de esmeralda.

—¿Quién es? preguntó Gina con voz baja.

—Es uno de vuestros mayores consuelos; es la muda mas deliciosa de esta tierra.

—¿Muda? ¿Qué quieres decir?

—Que solo pronuncia dos palabras únicas.

—¿Cuáles? Dímelas: ya me muero por saberlas.

—*Quizás y mañana.*

—Poca cosa son para entenderse.

—Pues sin embargo, con esos dos vocablos tan sencillos, dá á entender y anima mas que nosotros con larguísimos discursos.

—¿Es posible? esclamaron los esposos. ¡Cada cosa es aquí un prodigio! ¿Cómo se llama la muda?

—ELPISA.

—¡Oh! ¿Qué nombre tan dulce, tan bonito? Haz que se acerque mucho mas.

—Eso no está en mi mano siempre. Elpisa es *buen*a y muy sociable; á todas partes os sabrá seguir; en los lances mas árduos os reanimará con su *quizás* y su *mañana*; pero es tan tímida, tan viva, que al menor gesto ó ademan se aleja, desaparece, torna á presentarse, calla ó habla.

Todavía hubiese continuado Pónos, cuando Gina dió un grito de dolor.

La vision se desvaneció, y la nube de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, tornó á cerrarse y desvanecerse lentamente hasta confundirse con el azul purísimo del cielo.

V. Al poco rato la mujer era madre de un niño hermoso cuanto robusto. ¿Cómo describir ahora el gozo mezclado de tierna melancolía que se apoderó de la mujer al estrechar contra su seno al hijo de sus entrañas? Cuando él abrió los tiernos y parados ojos, se abrieron para la madre las puertas del paraíso, y pensó que no había contemplado la brillante luz del día hasta que cayeron sobre su alma enagenada aquellos rayos dulcísimos de su primera angelical sonrisa.

Llamáronle sus padres ÁNDROS, y no pasaron muchos días sin que diese muestras de precocidad hasta un grado verdaderamente extraordinario.

Entónces la muda Elpisa visitó por segunda vez á la naciente familia. Diremos concisamente cómo.

Ántropos, á la sombra, componia sus zurrones y pensaba en lo que haria en adelante, Gina á su lado, tenia al hijo en la falda y le alargaba flores para que fuese ejercitando sus torpes y desati-

nadas manecillas; los perros echados á sus piés, con el hocico sobre las manos, la cola inquieta y los ojos fijos en el niño; las ovejas pacienco; sus crias balando, y el viento agitando apenas las briznas de la yerba, pero llevando en sus perezosas alas los aromas de las flores con los himnos alegres de las aves. De pronto se presentó en el cielo una nube de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, y despues de estenderse lentamente, apareció en su centro Elpisa, risueña, blonda, coronada de siemprevivas, con sus ojos azules y serenos, con su leve vestidura de esmeralda. La aparicion se dirigió en derecha hácia los pastores, pero ¡cosa singular! al revés de lo que sucede con los demas objetos en el mundo, la hija de Pónos disminuía de tamaño á medida que se acercaba. Estando lejos sus dimensiones eran colosales; mas cerca, tenia el grandor de una persona, y cuando estuvo á dos pasos se quedó reducida á poco mas que la altura del pulgar de Gina. Los pastores no sabian qué pensar de aquello. Pero si la estatura de la muda aminoraba con la distancia, no por esto era menor el deleite que su presencia infundia. Se aproximó por el aire, y cuando estuvo muy cerca vieron que venia en una carroza formada por la corola de una azucena. Un sólio de violetas y azahar la resguardaba de los ardores del sol, y dos mariposas que deslumbraban con sus matices se dejaban guiar por unos hilos finísimos de plata y oro, sacudiendo los cambiantes de sus alas de manera que todo en torno agitaban blandamente las auras leves y consoladoras.

Ántropos y Gina no se pudieron contener: alzáronse y salieron á recibir á la divina Elpisa, mas ella apenas notó sus movimientos, se alejó veloz, creciendo, creciendo sin cesar á medida que de ellos se alejaba.

—¿Por qué huye? preguntaron los tristes á su protector.

—Ya os dije en otra ocasion, contestó Pónos, que es tímida sobre todo encarecimiento.

—¡Qué lástima! exclamó la mujer.

—Es cierto, replicó el génio. Pero aun así y todo (¡mira!) vuelve tan pronto y vuelve tan hermosa, que siempre ha de ser un ángel en la tierra.

—¡Es verdad! exclamaron los dos esposos, entusiasmados porque Elpisa de nuevo se acercaba.

—¿Serás muy amiga nuestra? preguntó Gina con cariño.

—*Quizás*, dijo Elpisa con una voz que la dejó suspensa.

—¿Cuándo vendrás con nosotros? la dijo Ántropos.

—*Mañana*, replicó la muda, y el marido se sintió encantado.

Mucho mas se disponia á departir la siempre bachillera Gina, si la hija de Pónos no hubiese comenzado á retirarse con la misma prontitud que vino. Al alejarse y crecer segun se ha dicho, los pastores notaron otra particularidad por demas estraordinaria y admirable. Las mariposas se trasformaron en palomas, luego en alcones, y por fin en soberanas águilas. El carro tambien cambiaba sus formas, y cuando estaba lejos, pareciales cosa nunca vista, lo cual no era de estrañar porque ellos ignoraban casi todo, y la apariencia del soberbio carro era de perlas y de oro y de marfil. Así Elpisa, vista desde lejos, era una reina sobre régio y elevado trono: contemplada de cerca, un sér diminuto y delicado, con una corola blanca por pedestal, y por sólio unas cuantas florecillas espuestas á marchitarse con el viento. Empero, de todos modos, lejos y cerca, pequenuela ó grande: su presencia esparcía balsámico consuelo, y su mirar restituia todo su vigor al cuerpo, toda su animacion y claridad al espíritu.

VI. Contar ahora las deliciosas aventuras que sucedieron á los dos pastores durante los años de su vida nómada ó errante, seria segun ya dije hace poco, dar á esta historia demasiadas proporciones. Voy á decir en pocas frases algunos de sus adelantos, y dispense el fiel relato el pacientísimo lector, que ya llegaremos poco á poco, si no le cansa mi estilo, á lances por demas sabrosos, y amenos y sorprendentes de suyo.

Los dias que se siguieron al nacimiento de Ándros, fueron ricos y abundantes en trabajos y en progresos. Su primer adelanto tuvo relacion con una de sus primeras necesidades. Soltaron las pellicas por demasiado calurosas é hicieronse vestidos cómodos, desahogados y ligeros con la muchísima lana que dejaban en las zarzas las ovejas. Pónos les enseñó á tejer una tela finísima en comparacion, aunque de color pardusco, y con ella se hizo el hombre un manto talar airoso, y Gina un traje completo, con solo dos pedazos de aquel paño. El uno se le ciñó en torno á la cintura, y era lo que hoy llamamos falda; el otro colgaba sim-

plemente de los hombros y cubria lo demas. Cuando los dos atravesaban las llanuras siguiendo la marcha entretenida del ganado, habia en el conjunto de su aspecto, en lo severo y primitivo de los pliegues, algo de grave, de patriarcal y majestuoso que armonizaba muy mucho con la augusta serenidad de tan virgenes comarcas.

Poco á poco la industria de los pastores, sostenida por el genio bienhechor, fué agregando nuevos animales á la caravana, y la vaca con el toro, víctimas predilectas de las fieras de los bosques, trocaron los peligros libres por la seguridad del yugo, viniendo á colocarse dóciles bajo el amparo de la honda ó de la flecha de Ántropos.

De la costumbre de tender su manto entre las ramas de los árboles ó de colgarle de la lanza hincada en tierra, ya para guarecerse de los rayos del sol de mediodía, ya para resguardarse del rocío de la noche, surgió la tienda, primera casa del hombre, que desde entónces la llevó consigo como el caracol, y la consiguiente posibilidad de acampar algunos dias en las regiones mas amenas, introdujo algunas novedades en los trebejos y vasijas. De aquí que los pastores añadieran á las calabazas y á las nueces de los cocos, la cuerna ó liara con el vaso cómodo de cuerno, imposible de fabricar si los corteses alcorcoques no hubieran despedido sus cortezas espontáneamente como para advertir á los pastores de su liviana elasticidad.

De un pedazo de cobre, encontrado á la ventura, fabricaron el primer cuchillo que mereciese tal nombre. Con este mismo metal, buscado con insistencia desde entónces, se modeló pacientemente entre dos piedras la primera y la mas tosca de todas las espadas.

A la par de esto aprendieron de los insectos y de los brutos las virtudes de las yerbas, y como Pónos aprovechaba el incidente menor para darles una lección llena de sabiduría, hizoles notar mil provechosas costumbres, mil cualidades sorprendentes que fueron modificando sus pasiones y perfeccionando su alma con la fuerza del ejemplo.

Alguna que otra vez tambien, se vieron obligados á cruzar los caudalosos rios, y esta necesidad les indujo á construir canoas,

las cuales en un principio no fueron sino troncos vaciados por el corazón pacientemente, para hacerles más flotantes, pero que poco á poco se fueron perfeccionando y agrandando. Hecha la primera tosca embarcación, hubieron de descubrir el remo para que la impeliera hácia adelante, lo mismo que al nadar empujaban sus cuerpos sobre el agua con las manos y las piernas. De esta guisa y siempre progresando, se preparaban nuestros navegantes á ser un día marineros, tanto más, cuanto que con el remo y la canoa solían solazarse hasta en la mar cuando daban en algún golfo apacible, aunque hablando con lisura, siempre miraban las olas con respeto.

Pero entre tantos y tan diversos conocimientos como adquirieron los pastores, no fueron los menos útiles aquellos rudimentarios que aprendían cuando sentados á la puerta de su tienda durante las serenas noches del estío, quisieron indagar los movimientos de los astros. No solo se hicieron cargo de la duración variable del día y de la noche; los dividieron en horas; advirtieron la igualdad y simetría de los años y el cambio siempre repetido de las estaciones, sino que se fijaron en algunas estrellas al parecer inmóviles en los cielos, y por ellas se guiaron en sus peregrinaciones.

Aquellas estrellas fueron por decirlo así su norte, y sin su ayuda entónces y después, difícilmente habrían podido desentrañar el intrincado laberinto de montes, valles, ríos, arroyos y bosques, ni menos andando días, atravesar y recorrer los mares. Además, ¿cómo ser parco, sóbrio y precavido sin conocer la diferencia y alternancia del verano y el invierno, la primavera y el otoño?

También notaron (y esto les sirvió otro tanto en adelante) que el frío y el calor no estaban repartidos en aquella tierra por igual. Caminando hácia las estrellas fijas que hace poco me atreví á llamar su norte, los climas eran cada vez más desapacibles, hasta dar con los hielos y las nieves, espectáculo que no poco les sorprendió y les entretuvo. Huyeron, sin embargo, del inclemente invierno volviendo la espalda á la estrella fija, y limitaron sus correrías á regiones más templadas.

A pesar de esto, también vieron nevar algunas veces y tiritar

ron de frío si halagados por verdes y abundosos pastos ascendían por las cumbres.

Tantos incomprensibles beneficios como recibían del sol y de la luna, tan misteriosas maravillas como confusamente entre los astros vislumbraban, hubieronles de confundir de asombro, y no es extraño por lo mismo que hasta llegaran á adorarles. Creían ver en el sol al creador de la isla, y en las estrellas á otros poderosos no menos venerandos, y sin ser dueños de desentrañar exactamente lo que sentían sobre esto las hubieran rendido culto eternamente si Pónos á fuerza de sapientísimas lecciones no les hubiese apartado con el tiempo de tan ruin aunque fundada idolatría.

Con estos y otros muchos pequeños adelantos, iba la familia pastoril haciéndose cada vez mas rica, siendo ya tal el cúmulo de trebejos que necesitaba llevar do quier consigo, que se empezó á dejar sentir la urgente necesidad de un medio de trasportarlos. Para levantar la tienda y trasladarla, cuando la falta de pasto les obligaba á trashumar, se convertían Ántropos y Gina en verdaderas acémilas. Esto fué posible y llevadero antes de nacer el hijo, mas despues que hubieron aumentado los cuidados de la madre, y mientras tanto que su infancia la obligó á cargar con él, tocóse la imposibilidad de continuar aquella ruda y fatigosa faena. Consultaron, pues, el caso con el génio, y exigieronle que les proporcionara un servidor que les aliviase de la carga.

—Pudísteis pedirme ese criado hace dias, y le hubiérais tenido antes, les contestó Pónos, siempre servicial. Casualmente hay uno como creado á propósito con todas las cualidades que requiere vuestra inesperticia. Es dócil, paciente, fortísimo, y sin embargo, desconoce hasta su fuerza. Sóbrio, sufrido, nada delicado, es andador incansable de piel tan dura, sana y seca, que ni le molesta el polvo, ni incomoda su sudor, ni enferma con facilidad, ni tolera sobre su piel ninguno de esos bichos roedores que tanto irritan y molestan. Le podreis montar en pelo, echarle sobre los lomos la carga mal perjeñada, y viajar por precipicios y estrechuras, porque es tan seguro de huella como estrecho y recogido de piés. Os repito que el tal bruto parece haber sido creado para gentes inespertas cual vosotros.

—Vamos sin perder tiempo á cautivarle, exclamó impaciente el hombre.

—Si lo mandas, sea como gustes, concluyó diciendo el génio. Coge tu cayado y una sogá, y vamos.

En compañía de Pónos anduvo el hombre buen trecho hasta llegar á unas praderías cercadas de matorrales mezclados con frondosas mielgas. Allí armó con delicada sagacidad un ingenioso lazo corredizo, y á la mañana siguiente halló preso y casi ahorcado en él un asno de lustroso pelo, que llevó fácilmente al campamento.

Al día siguiente, y empleando idéntico artificio, Ántropos volvió á cautivar otros dos brutos de carga, que con el compañero de la víspera fueron bastantes para trasportar la tienda y todo el ajuar, además de servir de cuando en cuando á la mujer y al jóven Ándros cual sin igual cabalgadura.

Si celebradas habian sido por los desvalidos las conquistas de las ovejas y los perros, no lo fué menos la del asno, ni los llenó de menor gozo y alegría, pues á la verdad, tener quien llevara el hato era progreso importante. Los nuevos criados fueron recibidos por los antiguos amorosamente, á pesar de que los perros ladraron y les saltaron al hocico, y á las cuantas horas de llegar parecia que ganado, asnos y mastines habian nacido y crecido siempre juntos.

¡Tal era la virtud del encantado báculo dorado!

Antes de despedirse Pónos de Ántropos y Gina por aquella noche, les dió sus plácemes y parabienes para concluir, diciendo:

—Ya podeis divagar por todas partes; ya poseeis quien lleve los trebejos. Así como habeis cazado ese animal, podeis adquirir cuantos os viniere en gana. Á vagar, pues, para observar y aprender. Desde mañana comienza vuestra vida nómada, precursora de otra mas sosegada y bonancible. Ya veis que no os vá muy mal obedeciéndome. ¡El cielo solo sabe hasta dónde llegareis si escuchais sumisos mi voz amiga y cariñosa, y no olvidais sin cesar que en esta tierra encantada, vuestra esperanza y vuestro único consuelo es el amigo y cariñoso Pónos!

CAPÍTULO IV.

Desde que la humanidad llegó á entender todas las ventajas de la propiedad ó la riqueza; desde que se convenció de que el único medio para adquirirla era el trabajo, se dividió en dos clases antagónicas: unos, sencillos de corazón, que se resignaron á trabajar para gozar; otros, astutos ó perversos, que determinaron gozar, pero haciendo trabajar á sus semejantes. Dinamion (*la fuerza*), Seuda (*la mentira*), y todas las pasiones personificadas en el presente capítulo, representan á éstos, mientras Antropos y su familia seguirán personificando á los primeros. Comienza aquí la lucha que constituye el fondo y la clave de la historia humana. Condicion de la verdad (*Aléctia*) cuyos verdugos, la ignorancia (*Anoya*) y la crueldad (*Apénia*), la ocultan al universo.

Sin pasar mas adelante en la peregrina historia de los gustos y los sustos de nuestros naufragos aventureros, conviene referir fiel y minuciosamente los nunca imaginados acontecimientos que tenían por teatro otra region vecina de la isla.

Allá en medio de sierras, como pocas agrestes y empinadas, dentro de una caverna espaciosa, lóbrega, desapacible, el gigante DINAMION reunia en torno suyo á los próceres de su corte, á los esclavos de su imperio. Dando prepotente el rostro á los escasos resplandores de la luz de fuera, véfasele inmóvil sobre un enorme canto, que tan duro, tosco y pobre era el trono de aquel inclito monarca. Sin otra vestidura que una enorme piel de tigre; sin mas alfombra que el musgo; flotante la roja cabellera; crespa y retorcida la espesa y encendida barba; girando las breves niñas de fuego debajo del ceño torvo, como centellea la tempestad por debajo de las nubes; apoyada la robusta diestra en la rodilla, y la siniestra, no menos nervuda, en la nudosa, tremebunda clava, me atreveria yo á decir (si tuviese los fueros de poeta) que representaba en su imponente apostura toda la sencilla majestad del Júpiter de Homero.

A su derecha, muchísimo menor en estatura y tamaño, ocupaba un asiento humilde y tambien de piedra dura, la astuta y vigilante SEUDA, la consejera favorita del gigante.

Su cuerpo no podía verse; su fisonomía era un enigma. Desde los piés á la cabeza la cubria y la ocultaba un manto sin igual por lo maravilloso. Componíase de cien caretas enlazadas con tal arte, que una de las ciento, la que la bruja queria, servíala de antifaz, mientras las restantes noventa y nueve, siempre cambiantes, en movimiento siempre, constituian su tocado, su traje y sus adornos. Dos brazos amojamados con dos manos, que por lo seco parecían garras, eran los únicos que de vez en cuando se veían para apoyarse su dueña sobre un negro, singular y retorcido báculo.

• En frente de Dinamion, á su izquierda y su derecha, en ancho y espacioso corro, en ruidosa y apiñada muchedumbre, se tendían hasta cerca de la entrada de la cueva los demas innumerables próceres, á muchos de los cuales irán conociendo mis lectores en el trascurso de esta veraz y minuciosa historia. Unos esperaban de pié por parejas ó en pequeños corros; otros yacían sobre el suelo en toda clase de posturas, y tales habia, que sin respetos á la persona augusta de su dueño, se espresaban impúdicos fijando los ojos soñolientos en las fantásticas rugosidades del techo de la caverna.

—¡Esclavos! gritó Dinamion, y su acento, cual trueno sordo, pavoroso, rodó alejándose y desvaneciéndose por aquellos antros infinitos, y todos los circunstantes volvieron con presteza el rostro y el oido. ¡Duendes y trasgos! ¡ilustres servidores!

Llegó por fin el dia de nuestra emancipacion. Yo soy fuerte; á mí nada puede resistirse. Quiero comer y gozar, pero aborrezco el trabajo. ¿Estais resueltos á morir antes que seguir obedeciendo á ese tirano de Pónos?

—Sí, mil veces sí, gritaron con vehemencia todos aquellos entes singulares.

—Está bien, continuó el gigante. Ahora mi consejera Seuda os podrá decir todo lo demas. Sabe bordar el discurso, tan bien como yo rindo, hiero ó mato.

—Que hable, vociferaron todos.

—Amigos y hermanos, míos, prorumpió Seuda con acento traidor y algo gangoso, adelantándose dos pasos. Desde que Teo, el grande encantador nos trajo á todos á esta isla, y nos impuso como primera ley la del trabajo, hemos sufrido á la fuerza el ominoso

yugo del tirano é inaguantable Pónos. Las nuevas que nos trajo Fobo, hace unos dias acerca de la llegada del hombre y de la mujer á esta tierra de maldicion, los detalles que nos ha comunicado últimamente sobre los grandes adelantos que van haciendo pacientes bajo la direccion del tal Pónos, nos movieron ayer mismo á sublevarnos, y aquí estamos todos reunidos resueltos antes á morir que trabajar. Por fortuna no tendremos que llegar á trance tan estremado: contamos con la fuerza irresistible de nuestro amo y señor incomparable; vosotros sois sagaces, sois astutos, y esto basta de seguro para que todos unidos y dirigiéndonos á un mismo fin, nos apoderemos de esa familia miserable de pastores para hacerles que trabajen noche y dia mientras nosotros gozamos. Nuestra causa es justa, compañeros, nuestra causa no es solo justa sino santa. ¿Quién no vé que esos miserables nacieron para ser esclavos? ¿Quién no advierte la palpable superioridad de nuestra naturaleza? Guerra, pues, desde hoy á Pónos y sus protegidos, guerra sin tregua y sin descanso. El triunfo es seguro, y nuestra empresa nace bajo los mejores auspicios, porque al emanciparnos para siempre nos hemos traído en rehenes á la hija de Pónos, á esa criatura misteriosa cuyo ser es un profundo enigma, cuyo destino está unido irrevocablemente al de su padre y de aquellos á quienes él proteja. Sí quereis, la haremos comparecer; la atormentaremos cruelmente, y de su boca oiremos los misterios de esta maldita tierra que pisamos, pues ella los sabe todos.

—Que la traigan, que la traigan, gritó furioso el concurso. Nosotros la daremos tortura hasta que cante.

—¡ANOYA! ¡APÉNIA! ¡aquí! chilló la bruja en seguida.

De uno de los antros mas oscuros de la lóbrega caverna salieron pausadamente como atraídas por aquellas voces tres bultos que se fueron dibujando sobre la claridad dudosa á medida que se acercaban á la bruja.

La figura que se hallaba en medio, estaba cubierta con velo negro y tupido que la arrastraba un tanto por el polvo, y que un aro fortísimo de hierro sujetaba en rededor de la cabeza. Nada, absolutamente nada de sus facciones podia columbrarse, y sin embargo, el talante, la apostura, la majestad del andar y de todos sus movimientos, revelaban desde luego que aquel lúgubre vesti-

do, aquella argolla durísima, encubrían una mujer de bellas y graciosas proporciones.

La misteriosa cuanto interesante figura que acabo de describir, tenía á su izquierda una como mujer, de rostro ancho, de frente deprimida, ojos inquietos y verdosos, pómulos salientes y adelantados colmillos, que acariciaba un látigo de alambre, y á su derecha otra que quiero llamar hembra (porque no puedo resignarme á darla el dulce nombre de mujer), tan obesa como en el mirar estúpida, tan velluda como satisfecha, tan perezosamente indiferente como sucia y aun hedionda, y cuya prominente facion eran dos enormísimas orejas. Los párpados de esta tal estaban semi-entornados, y comía no sé qué, pero ella rumiaba sin cesar como ruminan algunos animales.

La primera Apénia parecia la misma crueldad; la segunda la ignorancia misma.

—ALÉCIA, dijo la astuta Seuda á la enlutada. ¿Vas á contestar lo que yo te pregunte?

—Jamás dejé de decir algo cuando se me interrogó, contestó una voz dulcísima debajo del manto negro. Solo me callo cuando se pretende que diga lo que no es; entónces es inquebrantable mi silencio.

—¿Y me dirás la verdad? continuó Seuda.

—Ya sabes, replicó la voz gratisima, que yo no digo otra cosa. El día en que mis labios pronuncien la mentira, moriré dejando de ser quien soy. Esa es mi naturaleza: ó decir la verdad, ó no existir.

—Pero si tanta es tu virtud ¿por qué te ves así cubierta sin que nadie pueda ni atisbar los de seguro dulcísimos encantos de tu gentil persona?

—¿Qué quieres? amiga Seuda. Es así porque es así. ¿Por qué razon han de ocultar esas cien caretas tu hermosura á los ojos de la Tierra? El gran encantador Teo, el soberano omnipotente de esta region encantada lo dispuso así. Solo él podría descifrarte el profundísimo misterio que encierra el verme yo bajo el encanto de este velo impenetrable, y el que te muestres tú al mundo á cada instante con careta nueva.

—Sea enhorabuena, interrumpió de mal humor la de los cien

antifaces. Escucha atenta y responde. ¿Hará tu padre prodigios con Ántropos y su mujer?

—Los hará, dijo la esclava, como á hacerlos acostumbra con toda clase de séres; pero esta vez los hará tales y tan sorprendentes que ni soñarse pudieran. Harto sabes tú la singular virtud de su áurea vara; hasta los animales, las plantas y las piedras nos ofrecen maravillas cuando sienten su toque y le obedecen.

—¿Pero crees tú que esos prodigios serán muy numerosos, serán muchos?

—Tanto que con su copia se podrá cubrir la tierra.

—¿Luego, añadió la bruja con astucia, quien poseyere al hombre y á la mujer, vivirá sin trabajar y todos sus gustos se verán colmados?

Alécia comprendió toda la intencion de la pregunta y el peligro que para los amigos de Pónos encerraba. Suspiró, pero nada dijo.

—Contesta, insistió la consejera. Si nos apoderamos del hombre y de la mujer ¿gozaremos sin medida?

—Así es, suspiró la esclava.

—¿Y por qué medios se puede esclavizar al hombre aunque esté protegido por tu padre? preguntó la bruja con ansiedad indefinible.

—Por ninguno, si obedece y si cumple sus preceptos.

—Está bien, interrumpió la consejera con enojo, pero ¿y si por ventura el hombre no obedece y el protegido se subleva contra su protector, no seria fácil reducirle á esclavitud?

—Aun así y todo, replicó la esclava, aun despues de que esos infelices le hayan desobedecido, aunque le nieguen y arrojen de su lado, nadie podrá llamarles suyos, *si no le diere previamente el hombre las armas para vencerle, si no fabricase con sus propias manos los instrumentos de su perdicion.*

—Una pregunta mas, añadió Seuda. ¿Hay alguna probabilidad de que réines ó domines en esta isla? ¿Será eterno el poder de tu padre y la virtud de su vara?

—En cuanto á mi padre te aseguro que ó no habrá tierra, ni agua, ni séres, ni vivientes, ó su poder será reconocido y nada sucederá sin él. Con respecto á mí, ya es otra cosa. *Cuando el hombre*

con la mujer hayan llevado á felice término un número de prodigios tan imposible de contar como los peces de los mares, los átomos del polvo ó las flores de los campos, entónces, y no antes, desaparecerá este ominoso velo que me cubre.

—Basta, exclamó Seuda alborozada. Apénia, Anoya, cuidado con esta infame. Cuidado con vigilar ese velo noche y dia. Vigíladle bien para que no se descorra. Nada mas os encargo; nada mas teneis que hacer; para lo cual, ante todo, tenemos que conservar la prisionera. Me respondeis de ella con la vida. No hay que tener compasion: todos los medios son buenos para que, cubierta ó no cubierta con el velo negro, esté en nuestro poder eternamente.

Volviéndose en seguida hácia el concurso, dijo trémula de gozo:

—Ya lo habeis oido, hermanos y amigos míos. *Cuando el hombre y la mujer hayan llevado á feliz término un número de prodigios tan imposible de contar como los peces de los mares, los átomos del polvo ó las flores de los campos, entónces, y no antes, desaparecerá el velo de esa esclava; entónces, y no antes, podriamos temer que reinase ella y su padre en esta isla. Tenemos, pues, largo espacio para gozar, y si procuramos que todos esos prodigios redunden en beneficio nuestro, calculad la vida que nos espera, y si merece esta vida los afanes ó peligros de esclavizar á esa familia de pastores.*

—Poquito á poco, dijo Dinamion. Tambien ha dicho esa enlutada que no podriamos apoderarnos de esos miserables mientras ellos no fabricaran con sus propias manos las armas que les habian de vencer. Esto no me gusta, esto no me gusta, porque creí que me sobraba con mi clava.

—¡Oh! señor fuerte y delicioso, interrumpió la bruja Seuda en el tono mas melífluo; deja todo eso á mi cuidado. Yo respondo de la empresa; yo interrogaré á los dioses; yo sabré su voluntad, y yo te diré los medios de conseguir cuanto deseas. Ahora, hermanos y amigos míos, cada cual á trabajar segun los medios que tuvieren. A vigilar al hombre noche y dia; á inspirarle toda especie de locuras; á separarle de su protector; á desanimarle y abatirle para que caiga en nuestras redes. Tú, Egos, le has de cegar de

egoismo. Tú, ALAZONA, inspírale la *vanidad*. Tú, LIGNIA, la *gula* ó glotonería. PETONOSA cuidará de hacerle ruín y *envidioso*, mientras FILOTESIA procurará que nada satisfaga su *avaricia*. Los demás innumerables trasgos harán cada uno lo que sepa. Lo importante es estraviarle; á lo que debemos aspirar es á que no escuche á su protector y se confíe á nosotros. Al combate, amados duendes. A perseguir á los mortales sin descanso. Toda una vida de holganza y de dulce mando será la recompensa de la lucha, el premio de los sacrificios. Id en busca de la codiciada presa, y avisad de todo cuanto ocurra, mientras yo me entiendo directamente con los dioses.

Y la bruja de las cien caretas alargó en imperioso ademán el brazo amojamado, la turba de duendes se dispersó como la niebla ante el sol, el gigante dejó caer su frente deprimida sobre las robustas palmas, y en la lóbrega guarida reinó á poco aterrador, un silencio sepulcral.

CAPÍTULO V.

I.—Vislumbra el hombre en el estado pastoril los principios de la astronomía y de la historia natural.—II.—El objeto providencial de nuestras necesidades es hacernos progresar.—III.—Primera indicación de las necesidades ficticias ó deseos caprichosos.—IV.—Primera manifestación de la música (*Tongo*) en la flauta pastoril.—V.—La música.—VI.—El canto acompañado de palabras.—VII.—La vanidad ó soberbia (*Alazona*) induce á la mujer y al hombre á renegar del trabajo, hasta que un dolor ó un castigo les advierte y les corrige.

I. Mientras una buena parte de los habitantes de la isla de Gé conspiraba despiadadamente contra los amigos y protegidos de Pónos, estos, ignorantes y sencillos, ni sospechaban siquiera el peligro que tan de cerca les amenazaba. Seguían haciendo algunos, aunque pocos descubrimientos, pues todos los que verificaron durante este período de su vida pastoril, tuvieron referencia á las propiedades de las plantas, al curso del sol y de la luna, y á la posición relativa de los astros en el cielo. Sus necesidades más apremiantes se veían satisfechas, porque la región en que habitaban era dulce, feraz y apacible; y de aquí que solo una cu-

riosidad inquieta, estimulada por el ocio ocasional, les empujaba á la perpétua indagacion de la naturaleza, á inquirir sus misterios y á estudiarla. Por este camino natural y fácil llegaba la dormida inteligencia de nuestros rudos pastores á entrever nuevos horizontes, y sin querer principiaban á preguntarse para qué habrían llegado á aquella isla encantada y cuál sería el término de su peregrinacion.

II. Cierta dia, Ántropos, á la entrada de su tienda, labraba pacientemente algunas armas de cobre para defenderse y defender su rebaño de las fieras, y como Pónos le contemplase satisfecho viéndole tan afañoso, dejó de trabajar el hombre y le preguntó sentándose sobre la yerba:

—Vamos á ver, amigo Pónos. ¿A qué conduce tanto trabajar?

—A la mas cumplida satisfaccion de tus infinitas y siempre crecientes necesidades, contestó el génio.

—¿Y no sería yo mas feliz cuantas menos necesidades tuviera?

—No, por cierto, amigo Ántropos; y si no veamos. ¿Te tienes por un animal superior á tus pollinos?

—Ya lo creo. Eso ni siquiera se pregunta.

—¿Y en qué consiste hoy por hoy esa superioridad?

—En que yo como lo mismo frutas que manteca ó leche; tengo vestidos para el frio, que me puedo quitar en el verano; con mis armas puedo matar á las fieras; preveo el hambre de mañana para que no perezcan ni padezcan mi familia y mi rebaño, y en fin, porque domino á los brutos y les hago que me sirvan.

—Perfectamente, amiguito. Veo que vas discurriendo. Pero ¿qué es lo que te ha obligado á fabricar esas armas, á hacer esos vestidos y esa tienda, ó domesticar la oveja, el asno y el perro?

—¡Toma! pues el hambre que me atormentaba, y el frio que me atería, y el temor que aconsejaba la defensa, y la necesidad de vigilar durante la noche y de trasportar mi hacienda á todas partes.

—Y si te hubieses podido mantener con yerba, ¿habrias pensado en la oveja ni en la vaca?

—No por cierto.

—Y si hubieses tenido el cuerpo naturalmente abrigado con una piel, como el oso, ¿habrias necesitado vestidos?

—De seguro que no.

—Y si en lugar de la mano inerte (á pesar de la excelencia del pulgar y sus ventajas) te hubiese dotado la naturaleza con la zarpa del león ó la trompa del elefante, ¿habrias fabricado el arco, tejido la honda, ó trabajado el cobre, convirtiéndole en espada?

—Sospecho que tampoco.

—¿Se nos hubiera ocurrido domesticar á tus asnos si nada hubieses tenido que acarrear y hubieras vivido al día?

—Es evidente que nunca.

—Luego ¿qué te hizo superior á los demas animales, qué fué lo que transformó al Ántropos de ayer, el mas desvalido de los seres, en el Ántropos de hoy, Señor de varios criados y dueño de un día de reposo?

—¿Serán mis necesidades las que me obligaron á pedirte todo lo que acabas de decir?

—Sí, amigo Ántropos, concluyó diciendo el génio. Las necesidades que sentiste y los demas brutos, no. Las necesidades que te obligarán á progresar mucho mas de lo que ahora te imaginas. Por eso serias ciego y digno de compasion si alguna vez maldijeses tus necesidades legítimas, ciego que te empeñarias en no ver la mano providencial que te formó y te conduce. *En el orden de los seres aquel será el superior que sienta mas necesidades verdaderas.*

Ántropos quedóse pensativo. Despues de un rato de silencio, dijo:

—Todo bien considerado, veo que tienes razon. No he de olvidar la enseñanza.

III.—Pues siendo eso como dices, exclamó Gina saliendo de la tienda desde donde habia estado escuchando la conversacion; siendo cierto lo que dices, es necesario que veas de satisfacer una necesidad que tengo.

—Veamos cual sea, contestó Pónos sonriendo.

—Ayer al cerrar la noche, continuó la mujer, me estravié con el chico por esos cerros de en frente, y dando voces para que me oyese Ántropos, noté que álguien repetia mis palabras remediando con donaire mis gritos y mi tonillo. Supuse que seria uno

de esos duendes de que nos has hablado alguna vez, pero me hizo pasar tal susto y tales sudores, que tengo necesidad de verle domesticado como cualquier otro bicho, y que pueda yo vengarme de la broña que se ha atrevido á darme.

—Esa no es una necesidad natural y verdadera, repuso el génio.

—Pues ¿qué es? preguntó Gina con ironía.

—Es una necesidad ficticia, ó si quisieras un capricho.

—Capricho ó necesidad, quiero saber quién sea y cautivarle.

—Algo difícil será eso, pues el que así se burlaba era Eco, hijo de Tongo, y el mancebo mas arisco aunque mas inofensivo tambien de todas estas comarcas. Su afición es remedar cuanto oye, y tiene sin igual habilidad para imitar ruidos grandes ó pequeños, por mas que sea totalmente incapaz de producirlos. No así su padre, quien posee tanta riqueza de originalidad, que á su placer aterra, admira, divierte ó embelesa.

—¿Y podriamos domesticar á ese Tongo? tornó á preguntar la pastora.

—No veo en ello gran dificultad, contestó Pónos.

—Entónces, continuó Gina, quiero que mañana mismo sea nuestro.

IV. Ante un mandato tan imperioso, el génio tuvo que obedecer como siempre, y con el sencillísimo artificio de un trozo de caña hueca de poco mas de un palmo de longitud cortado en uno de sus extremos por encima de uno de sus nudos, puso á la disposicion del hombre un criado delicioso, de naturaleza distinta y superior á la de todos los demas. A este pedazo de caña se le talaró con la punta de un cuchillo de cobre haciéndole unos cuantos agujeros á lo largo. Despues Pónos enseñó á sus protegidos á soplar en él de cierta singular manera, y cuando menos lo esperaban se vieron delante un mancebo de perfecta hermosura, mucho mas gentil que Ándros, aunque de gesto asombrado, como de quien se le obliga á despertar despues de prolongado sueño.

Su rica, blonda y bien rizada cabellera flotaba á impulsos de las auras, y su buen talante y gallarda apostura eran realizados todavia mas por la lira que apoyaba al desgaire sobre la cadera izquierda. En la otra mano, pendiente con gracia suma, llevaba la flauta apenas sostenida entre los dedos.

En rededor de la arrogante cabeza tenia un sin número de orejas puntiagudas, que asomando siempre móviles por entre los sueltos rizos, formaban una como diadema de infinitas puntas que la ceñian en torno.

—No te asustes, buen Tongo, le dijo Pónos con afectuosas palabras tocándole una, dos y varias veces en la cabeza con su varita mágica dorada. Desde ahora tienes que seguir al hombre y á los suyos, y aparecer para solazarle con tu música cuando él te despierte con su aliento. Vuélvete, vuélvete á la caña.

Tongo desapareció sin que viesen cómo Ántropos ni Gina, la cual de puro asombrada ni aun habia despegado el lábio.

Toda esta escena fué obra de un momento.

Gozosos por demas con su conquista los pastores, se sentaron aquella misma noche á la entrada de sus tiendas, y á la luz suave de la luna, evocaron á Tongo de la flauta. Sopló en ella Ántropos, y el nuevo compañero apareció diligente y presuroso. Mandáronle tocar para entretenerse con su música, y el mancebo llevó su flauta á la boca, y los valles resonaron con una sencilla melodía tan dulce, tan melodiosamente, que las ovejas levantaron el testuz para escucharla; las aves se despertaron en el frondoso ramaje, y los aires se estremecieron todos á la redonda con delectacion indefinible. Cuatro veces repitió Tongo su música encantadora, y parecia que la luna se iba poniendo poco á poco sobre sus cabezas para escucharla mejor.

Despues que el hábil filarmónico tornara á dormir dentro de la caña, creyó Pónos muy del caso dirigir á los pastores su voz antes de despedirse por aquella noche, y lo hizo en los términos siguientes:

V. El criado fiel, ó mas bien afectuoso compañero, que llevas ya contigo en esa caña, es la primera conquista de un órden superior á todas cuantas hiciste. Ya tienes quien te solace el alma cariñoso; ya tienes quien pase la mano amiga por tu frente y apacigüe las borrascas de tu corazon; ya tienes quien despierte tu entusiasmo y te encamine delirante hácia sublimes aspiraciones y altos y levantados hechos. Haz por escuchar su voz cuando la ira te destroce el alma, ó cuando la tristeza te oprima el corazon con pavorosas sombras. La mágia de sus acentos derramará

el placer sobre el dolor y la luz encima de las tinieblas: porque ten entendido, que trueca la ferocidad en mansedumbre, la aspereza en afabilidad, la crueldad en sin igual dulzura. Aves y brutos, árboles y cantos, se irán en pos de tu liviana tienda solo por oír su voz tierna y concertada. El leon se olvidará del hambre, la oveja dejará el pacer, y hasta la divina muda tendrá al escuchar á Tongo una sonrisa, si cabe, mas encantadora. Oír á Tongo y contemplar á Elpisa, será de hoy en adelante el bálsamo mas eficaz para todas vuestras ánsias; el correctivo mas dulce á vuestras desatentadas pasiones. ¡Desdichado de veras, y tres veces digno de compasion, aquel que al escuchar el lenguaje misterioso de las notas, no sienta latir el corazon, enardecerse su sangre corriéndole por las venas el frio glacial del entusiasmo, y por sus pálidas megillas lágrimas consoladoras, sangre tres veces bendita de las heridas del alma!

Desde aquella noche feliz cultivaron los pastores el trato del sociable Tongo, y le consideraron como amigo muy querido mas bien que como á uno de tantos servidores.

Eco seguía á la dichosa caravana, con la cual iba prisionero su buen padre, y siempre que este en los ratos de descanso alborozaba los valles con la mágica melodía de su flauta, el muchacho solía repetir las acordadas notas del instrumento primitivo, formando de este modo un muy agradable y deleitoso concierto. Notólo Gina mas de una vez, y por gustar de aquella dulce armonía, trató de remedar al tal Eco. Su voz era fresca, pura y por demas lozana, y con facilidad lo consiguió. De aquí nació la costumbre que tomaron los pastores de cantar alegremente acompañados por la flauta.

VI. Mas no pararon en esto aquellas deliciosas novedades: la mujer era parlanchina por demas, y las palabras se la venian á borbotones á los lábios; por esto mezcló algunas (que no pudo contener) con sus cantares, palabras al principio toscas, sin sentido, pero que andandó los tiempos remedaron la buena disposicion de las notas de la flauta, y que por fin se perfeccionaron y ennoblecieron á consecuencia de otra célebre aventura no menos entretenida que las anteriores, y que en lugar debido se ha de relatar fielmente para no faltar á la verdad ni en un punto.

VII. Hasta aquí todos habían sido adelantos y conquistas, porque los míseros mortales, por amor ó por necesidad, nunca imaginaron desobedecer á Pónos; pero según habrá sospechado el pacientísimo lector, los secuaces de la bruja rondaban ya en redor de los pastores espiando coyuntura para darles el primer ataque. La coyuntura se presentó por fin, y fuerza será contar de qué manera aconteció.

Cierto día muy templado y muy sereno, hicieron alto los pastores para sestear en un vallecito fresco que hermoseaba una fuente cristalina. El calor convidaba á dormir bajo los sauces, y las ovejas, á pesar de la yerba y la frescura, huyendo de sus rayos, se acarraban. Mientras Ántropos descargaba sus pollinos y distribuía los mastines para guardar el ganado, Gina se acercó á la fuente, y cuando quiso beber se quedó no poco maravillada al verse reproducida en el tranquilo, trasparente fondo. Su gozo con aquella aparicion fué mucho, porque nunca había sospechado tanta gracia y atractivo en su ignorado semblante. Primero se sonrió, y sonrióse la figura de la fuente; abrió y entornó los ojos, y vió que los abría y entornaba; trató de esconderse y de asomarse, ya poco á poco, ya de prisa, hasta que se convenció que era ella propia la que allí veía con toda su viveza, con su misma gracia. Entónces se saludó, movió la cabeza con aturdimiento, se atusó el cabello, se limpió el semblante, y cada vez sentía mayor gusto en verse tan admirablemente retratada en el agua de la tranquila fuente.

No puede calcularse cuánto tiempo habría permanecido en aquel solaz tan infantil, si una voz suave y mas que suave melosa, no pronunciare cerca de allí estos ó parecidos conceptos.

—¡Cuán hermosa eres, bella Gina! ¡Qué ojos tan seductores tienes! tus mejillas parecen rosas; ¡y tus lábios dos claveles! Lástima grande que el sol tueste esa tez finísima de nieve; que el viento curta tus manos, y que las piedras ó las zarzas te hieran y te destrocen esos piés tan pequeñuelos, tan pulidos.

Sobrecogióse Gina al escuchar una voz donde creía estar sola, mas con bastante timidez alzó los negros y velados ojos en direccion al sitio en donde acababa de vibrar. Al pronto nada pudo distinguir, pero fijando mas y mas la vista, vió sobre la enramada

que daba sombra á la fuente, una figurilla ridícula con atavíos tan ridículos como toda su catadura. Su cabeza era como de mona, su estatura ni siquiera tan granada; llevaba en torno al cuello y en rededor de los brazos sendas sargas de conchas y otros dijes; vestia un tonelete de plumas de cien colores, y algunas de pavo real que la colgaban por detrás, las meneaba de cuando en cuando con aire coqueton y satisfecho. Atusábase muy á menudo los pechos, mirlábase el hocico con la derecha mano, y en la siniestra tenia un pedazo de cristal, que le servia de espejo, en el que se contemplaba una y otra vez con evidente complacencia y singular delectacion.

—Yo soy quien te hablo, yo, prosiguió el trago con zalamería. Alazona, la gentil Alazona. Tu mejor amigo; el mayor admirador de tu belleza. ¡Oh! ¡cuánto deseó verte todo lo hermosa que los cielos te crearon! Toma, ponte sobre tu cuello de cisne ese collar de preciosísimas conchas. Préndete en los rizos esas violetas. Así. ¡Por quien soy, que estás divina!

Y Alazona meneó las plumas de pavo real, y se contempló siete ú ocho veces en el espejuelo.

Gina tambien se miró en la fuente de soslayo. El trago continuó:

—¡Dichoso quien pudiese ser tu esclavo! Naciste para ser reina de esta isla, para mandar y disponer, pero nunca para servir de criada al perverso aborrecible Pónos.

—¿Qué dices? preguntó al cabo la interpelada sin poderse contener. ¿Cómo hablas de esa manera del génio mejor y mas pudiente?

—¡Qué inocencia tan encantadora! exclamó Alazona. Pónos es un mónstruo, es mucho peor que un mónstruo, porque se alimenta con lo bello sin que le aproveche ni le engorde. Si le escuchas, adios de tu salud, adios de tus hechizos. ¿No acabas de ver en esa fuente los estragos que van ocasionando en tus facciones ese continuo peregrinar, esa inquieta y vagabunda vida?

—Pero si es preciso andar y mas andar, replicó Gina dudando, ¿qué he de hacer?

—¡Preciso! exclamó la figurilla. ¿Y para qué? Esas son patrañas del astuto Pónos.

—Ántropos dice que es necesario obedecerle, tornó á insistir la pastora.

—Ántropos es un pobre hombre. Quitaselo tú de la cabeza. Si me escuchas ¡cuántos y qué preciosos dones no he de poner á tus plantas! y serás hermosa, siempre hermosa; y muy feliz, siempre feliz, y todo con solo convencer á tu marido. Empéñate en ello con teson, con maña, con astucia, y hoy mismo tendrá término tan trabajosa existencia.

—Podrá ser, exclamó Gina, pero es imposible, no me atrevo.

—¿Te ha de matar tu marido? Atrévete. Díselo como cosa tuya, sin que sepa que me has visto; sin contarle nuestra conversacion. Él cederá, lo aseguro. Ea, adios, hermosísima Gina. ¡Qué preciosas estás con ese collar y esas violetas!

El trasgo desapareció; Gina se miró en la fuente prendiéndose con cierto rubor unas cuantas florecillas, y despues de contemplarse con fruicion, convino con Alazona en que no estaba muy fea. ¡Cómo habia de sospechar que la engañase quien tan regaladamente la adulaba!

El primer efecto de aquella conversacion fué turbar el espíritu de la mujer sobre manera: el segundo, hacerla sentir hastío al ordeñar el ganado y repugnancia á preparar la frugal comida de los suyos. Creíase rebajada con faenas tan humildes.

Sembrado así el desasosiego en la mitad de la familia, Alazona se trasladó donde se encontraba el hombre. A la sazón, Ántropos concluia de quitar la carga á sus pollinos bajo la sombra deleitosa de una sombría alameda. El trasgo se ahorcajó sobre las ancas de un borrico, y halagándole su vanidad primero, y llamándole rico y valiente y perspicaz, concluyó por advertirle como amigo que el buen génio le engañaba, porque ya poseia lo bastante para ser feliz, nada necesitaba hacer de cuanto se le decia, y finalmente, que era la acémila de Pónos, como el asno era la suya.

Estos manejos insidiosos de uno de los duendes favoritos de la bruja, produjeron el efecto apetecido. Lo mismo Ántropos que Gina se reunieron á la comida ensimismados, y pocas frases bastaron para que decidieran de comun acuerdo fijar sus reales donde estaban, sucediera lo que sucediere.

A consecuencia de aquella determinacion los sublevados ni alzaron la tienda por la tarde, ni parecian dispuestos á levantarla en mucho tiempo. Cuando por fin tuvieron que llamar á su buen génio, este les hizo presente todos los peligros de semejante locura diciéndoles que en aquella isla encantada, pararse equivalia á retroceder; que en concluyéndose la yerba de aquel rancho peligraria su rebaño y desapareceria su riqueza, y que todo aquello era evidentemente obra de Dinamion y de Seuda por medio de sus astutos emisarios.

Todo fué inútil, los pastores habian perdido el seso, y solo escuchaban con placer los consejos de los duendes mas sagaces y de los trasgos mas ruines. RATIMIA sobre todo, trasgo haragan é indolente, que era la pereza misma, se enseñoreó en el alma de aquellos infelices de tal modo, que apenas si el escelente génio pudo hacerles ejecutar mal y de mala manera lo puramente necesario para existir.

Gina sobre todo estuvo á ratos deliciosa, burlándose con infantil ironía de todo cuanto la contaba Pónos acerca de los enemigos que les acechaban, y mas particularmente del que ella llamaba con donaire «*el gigante*».

De este modo reinó la inmovilidad en el deleitoso valle.

La tienda parecia clavada para siempre al duro suelo; las cabras y las ovejas andaban como querian, contenidas únicamente por la sagacidad de los mastines, y los demas animales, faltos de agua y de cuidados, daban inequívocas señales de tristeza y de mortal abatimiento.

Ántropos, sin embargo, persistía ciego en su perezosa determinacion.

El primer dia le pareció deleitable aquel reposo; el segundo comenzó á sentir fastidio á pesar de los repetidos cantos del alegre Tongo, único de toda la colonia que no holgaba; al dia tercero se fueron apagando los cantares de la liviana y caprichosa Gina, cesó de acompañar á su maestro con la voz, y parecióronla monotonas las dulces melodías de su flauta pastoril.

Sin la grata compañía del fecundo Pónos y sus regaladas pláticas, hasta las galas del campo estaban mústias y marchitas.

Al cuarto dia por la mañana, nuestros pastores se levantaron

mas tarde que de costumbre, y se dirigieron contra el parecer de la indolente Ratimia hácia donde las estenuadas ovejas rebusaban algunas yerbas con las cuales entretener el hambre. Ellos tambien la tenian, y por eso iban á ordeñar algo de leche.

El marido y la mujer se colocaron en cuclillas con las liaras entre las piernas y comenzaron á ordeñar: pero no habian sacado tanta leche cuanto cabe en el hueco de la mano, cuando los pezones se les escaparon de entre los dedos, y las dos ovejas que ordeñaban subieron pausadamente por el aire como suben y se elevan dos redondos torbellinos de humo.

Tamaña novedad bastaba para sobrecoger al mas valiente, y nuestros sublevados (que no lo eran en grado superlativo) se dejaron caer hácia atrás, y pusiéronse como de perlas vertiéndose la poca leche encima. Sin fuerzas y sin aliento quedáronse con la boca al aire viendo subir y subir el par de reses hasta confundirse á grande altura con las nubes.

—Eso no es nada, dijo uno de los varios duendes que á todas partes les acompañaban. Es una burla de Pónos; alguna venganza ruin. Levantaos. ¿Vais á ceder? ¡Qué vergüenza!

—Eso no; exclamó Ántropos poniéndose sobre los piés. Veremos quién se cansa antes. Así como así innumerables son nuestras ovejas.

Y así diciendo y aparentando una serenidad que no tenían, sentáronse de nuevo sobre los talones, junto á otro par de cabras de las que daban mas leche.

Aquella vez, no obstante, apenas fué necesario ordeñar: no bien tocaron sus pezones, ambas subieron, subieron, despaciosa y sosegadamente por el mismo camino que las otras. Tras aquellas dos, fueron dos mas, y luego remontáronse las cabras y las ovejas de tres en tres, y despues los toros de cuatro en cuatro, y los animales todos parecían haberse dado cita allá en las nubes, formándose un cordon no interrumpido desde el suelo al cielo, que terminaba en blancos y rodados grupos como los que se ven en los celajes, que el vulgo llama *aborregados*, y que en general se tienen por indicio segurísimo de lluvia.

¿Qué corazon podia resistir á sorpresa tan inesperada? ¿Qué teson permanecer impávido ante tamaña desolacion? Los ojos de

los tres aventureros se peñaron de lágrimas, y cuando los apartaron de sus flotantes desvanecidas riquezas para mirarse unos á otros, rompieron á llorar amargamente.

La prueba era demasiado dura para no acudir á Pónos.

—No hay tiempo que perder, dijo el cariñoso génio tan luego como le llamaron. Dinamion viene sobre vosotros. ¡Guay de tu mujer! ¡Guay de tu hijo! Es menester huir: las pocas reses que te quedan ni aun moverse pueden: busca por estos alrededores algun manajo de yerba y tráele diligente para que la coman. Tus animales han desaparecido por empeñarte en no cambiar de rancho. Ten muy presente (y jamás se borre de tu memoria) que en esta isla de Gé, para retener á todo viviente en ella, no hay sino un medio: *echarle peso en el estómago*. De lo contrario, se escapan á las nubes.

Todo cuanto recomendó el buen génio se ejecutó por los pastores y su hijo, con nunca vista diligencia. El ganado comió, y así que estuvo repuesto, se prepararon á levantar la tienda.

Pero no habian colocado sobre sus asnos sino muy contadas cosas, como mantos, armas, cuerdas y vasijas, cuando por encima de los cerros se vió asomar la cabeza del gigante Dinamion, con su roja y encrespada barba, su cabellera flotante, rechinando los dientes iracundo, y revolviendo dos enormes ojos que parecian de fuego.

—Pronto, pronto, exclamó Pónos, no hay tiempo que perder. ¡En marcha! en marcha!

Los pastores corrieron aturdidos para avivar el paso del ganado; los perros le antecogieron leales é inteligentes; la caravana comenzó á huir en desórden, y mientras tanto fueron descollando sobre los cerros los hombros de Dinamion y su cuerpo despues, y por último sus colosales piernas. De pié sobre una loma, se paró para reconocer la tierra, el rostro airado, el ademan amenazador y apoyándose en la tremenda clava del tamaño de un mediano pino.

Los fugitivos volvieron la cabeza y exclamaron:

—¡Cielos! ¿Qué es aquello?

—Es, contestó Pónos con intencion, aquel á quien queriais ver. Es el que Gina llamaba con donaire el *terrible jiganton*. Con cada tranco anda mas que vosotros con veinte.

—Somos perdidos, suspiraron los infelices con el acento de la desesperacion.

Pónos, por toda respuesta, les gritó con insistencia: ¡Avante! ¡avante!

CAPÍTULO VI.

I.—Divididos los perezosos de la tierra en dos grandes categorías: los fuertes y los astutos, *Seuda* (personificación de estos) prepara sus primeros dogmas para dirigir y dominar á aquellos.—II.—Primeros conatos de falsa religion.—III.—Alusion, como ejemplo y nada mas, á los antiquísimos oráculos, por ser la prueba de mejores formas.—IV.—La fuerza y la mentira hacen alianza tácita para obligar á trabajar al humilde y gozar ellas.—V.—Domesticacion del caballo.—VI.—Apropiacion del fuego y carácter maravilloso del agente natural, *el calor*, (*Pir.*)

I. ¿Qué habia sucedido en las desde entónces tituladas *altas regiones* de la isla, para que el ambicioso Dinamion cayera sobre los pastores tan inopinadamente?

Lo diremos con brevedad, porque conviene no callarlo.

Despues que la bruja *Seuda*, consejera álica del gigante, hubo distribuido sus espías con el fin de descarriar al pobre *Ántropos*, tuvo harto que discurrir para contener los ímpetus de su Señor, el cual en odio al trabajo anhelaba por momentos llamar esclavos á los miseros mortales. Temerosa la taimada, no tanto del éxito de la empresa como del provecho que de ella habria de sacar, procuraba persuadir á Dinamion que nada en suma lograria sin confiar ciegamente en su valiosa mediacion cerca de no se sabe qué divinidades. Siendo la conquista fácil, su sagrado ministerio quedaria reducido á poca cosa, mientras que por el contrario, si acertaba á dificultar el triunfo atribuyéndole despues á un poder sobrenatural, ella, la intercesora y lugarteniente de aquel poder sobre la tierra, se veia para siempre consagrada como árbitro infalible y venerando.

Presumia además la astuta vieja que poco ó nada valdria el

esclavizar á los pastores, si antes no se hacian ricos y poseian cuando menos rebaños y bienes suficientes para mantener la córte de Dinamion siquiera unos cuantos dias; y no olvidaba un instante que era ley ineludible del destino, que nadie esclavizaria al hombre sino con armas forjadas por las propias manos de éste.

Por todas estas razones, desde los primeros tiempos templó los ímpetus de la impaciencia, demoró las tentativas de la temeridad, y se erigió en confidente de los dioses para que Dinamion no diese un paso sin obtener antes su aprobacion y su vénia.

Difuso é interminable seria si hubiésemos de relatar las primeras rudas y grotescas invenciones que desde luego tomaron los nombres de misterios, sacrificios, ceremonias y sagrados ritos. Su catálogo es interminable. Por eso, solo mencionaremos algunos para dar á conocer el carácter y tendencias de la consejera.

II. Principió por inmolar víctimas en abundancia, pues el natural de Seuda fué siempre feroz y sanguinario; despues quemó sapos y lagartos; examinó las entrañas de varios seres hediondos; siguió la marcha de escarabajos y arañas, é hizo por fin como que consultaba el vuelo de los murciélagos y las lechuzas.

Con este cúmulo de trapacerías principió á tomar ascendiente sobre el jigante y los trasgos, hasta el punto que muy luego dió forma dogmática á sus embustes y patrañas, dirigiendo con imperturbable majestad y con el mas grave de todos sus antifaces sobre el rostro, una pueril, extravagante mescolanza de gestos, actos y dichos. ¡Oh! eran muy de ver aquellos primeros ensayos de la hipocresía para imponer á todo el mundo! Las piernas debian moverse de cierto modo y con determinado compás; la mano izquierda podia tocar tal parte de la víctima, que hubiera sido un sacrilegio mancillar con la derecha; para cada frase y pregunta habia su manera de invocar, su tiempo y sazón marcada. En una palabra, á fuerza de hacer un misterio de las acciones mas pueriles, dando aire de arcano impenetrable á las mas estravagantes mentecateces, la bruja trataba de ofuscar la escasa razon de su Señor y de hacerle creer que todo aquello era estar en amoroso comercio con los dioses.

Ya empezaba Dinamion á impacientarse con tanto agüero y tanta ceremonia, cuando llegaron á la lóbrega caverna las noti-

cias del triunfo de Alazona, de la sublevacion de los pastores contra su buen génio, y del imperio que sobre sus almas estraviadas ejerciera la perezosa Ratimia.

—Ya no espero mas, exclamó enardecido Dinamion. Ni espero que sean ricos, ni á que me labren esas armas que me dicen. Con mi clava y mi valor me basta. Mañana salgo y por la noche serán míos.

III. Mucho, muchísimo trabajo la costó á la bruja moderar el entusiasmo del gigante, haciéndole prometer que á la mañana siguiente consultarían á los dioses. Al fin accedió á ello de muy mal talante, y entónces discurrió Seuda una de sus mas célebres supercherías.

Recordarán mis lectores que Alécia, la hija de Pónos, encantada dentro de un velo negro impenetrable por disposicion del gran encantador Teo, quedó en rehenes bajo la custodia de dos monstruosas criaturas, llamadas Apénia y Anoya. Ambas eran criadas de la bruja, pero Anoya era su criada predilecta. Dejó, pues, á la encantada Alécia bajo la guarda de Apénia, y en compañía de su querida Anoya se dedicó á buscar cierta misteriosa gruta á la cual, segun ella dió en decir, bajaban á conversar los inmortales.

Como era de suponer, tardó bien poco en encontrarla, y sobre la caida de la tarde hizo la celebérrima consejera que Anoyá penetrara en la sacrosanta gruta, cuyos ecos repetían de vez en cuando la voluntad de los inmortales y su mismísima voz. Allí habia de permanecer toda la noche con el fin de que sin verla ninguno de los demas pudiera hacer su papel á la mañana siguiente.

Era la gruta misteriosa un antro natural, cuya entrada casi oculta por abundante maleza, estaba al pié de un ribazo todo cubierto de laureles. Aquel antro fué desde entónces oráculo, y allí se profetizó con toda solemnidad el porvenir. Los duendes de poca talla, despues de descender algunos escalones toscos, oían en su interior las palabras incoherentes que Seuda descifraba luego; pero el gigante, en razon á su estatura, tenia que escuchar la voz augusta desde fuera. Unos y otros, sin embargo, se purificaban el dia antes; asistian á ciertos sacrificios; contemplaban las entrañas de las víctimas; eran ungidos de noche á orillas de algun arroyo,

y solo despues de estas ritualidades sin sentido, podían consultar al infalible, temeroso oráculo.

Al dia siguiente, algo entrada la mañana, Dinamion con todos sus servidores salieron de la caverna y se encaminaron á la gruta. A su vista se pararon todos, y la bruja penetró en ella para pedir la vénia de los dioses, ó tal vez segun opinan algunos maliciosos para dictar á Anoya la contestacion que á las preguntas pronunciar debia. A poco rato salió é hizo señal al gigante invitándole á que se adelantara.

—Avanza, le dijo en tono solemne y campanudo. Avanza, ¡oh fuerte! ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion! ¡Avanza! Dentro de esa gruta los inmortales conversan con sus predilectas criaturas valiéndose de la voz de la inspirada pitonisa. Prepara compungidamente tu ánimo para escuchar los acentos sacrosantos de la sacerdotisa, y despues de escucharla reverente, cree y obedece.

Dinamion, aquel gigante tan osado, tan indómito, se acercó trémulo á la gruta, se arrodilló entre la maleza, y clavando ansiosamente sus ojos de sangre en las sombras del interior, preguntó con voz apagada y temerosa, cuál seria el éxito de sus proyectos. Hubo un buen rato de silencio, durante el cual procuraba el interrogante penetrar en las tinieblas del fondo sin lograr distinguir otra cosa que dos como fuegos fátuos que quebraban aquella oscuridad. Eran los ojos de Anoya.

De allí á poco resonó un ruido pavoroso. Hubo otra pausa, pausa de ansiedad, y por fin una voz escitada, delirante, casi frenética, pronunció una á una, sin sentido, y en cadencia monotona estas inconexas pero sibilíticas palabras:

SERÁN

TUYOS

NO

TE

AFANARÁS

EN

BALDE.

—*Serán tuyos. No te afanarás en balde*, gritó Dinamion poniéndose en pié de un salto. ¡Mi clava! ¡mi clava!

—¡Oh fuerte y sábio y delicioso Dinamion! le dijo la consejera.

El primer deber del héroe es reconocer los favores de las divinidades, y antes de ponerte en camino para cautivar al hombre y á la mujer, sacrificaremos otra vez en muestra de agradecimiento.

El gigante accedió, muy mal su grado, á la nueva exigencia de la bruja; asistió humilde á los sacrificios; durmió impaciente aquella noche, y con la primera luz del alba se puso en camino para llegar sobre el campamento guiado y precedido por Fobo, de la manera y en la ocasion que recuerdan mis lectores.

Entónces empezó la mas tenaz persecucion que imaginarse puede. Durante muchos, muchísimos dias, Ántropos con todos los suyos no pudo pensar en cosa alguna sino en salvarse. Acosado por los trasgos y los duendes, los dias fueron de cansancio y de peligro, las noches de insomnio y de zozobra. Fobo con sus anti-párras les hizo pasar ratos crueles, pero tambien les salvó á menudo advirtiéndoles con su presencia de la proximidad del gigante. Los demas entecillos bulliciosos no le iban al enano en zaga tocante á perseguir al hombre con toda clase de asechanzas, pero Pónos siempre alerta, siempre dispuesto á sacar una leccion de todo, convirtió mas de una vez las intrigas de los duendes en poderosos estímulos para que sus protegidos aprendiesen y progresasen.

Afortunadamente para ellos la tierra estaba poblada de copudos árboles, y al abrigo de la frondosa espesura pudieron seguir huyendo con toda su caravana. Siendo ellos tan diminutos en comparacion de su enemigo, podian distinguirle y percibir sus movimientos, al paso que la mas humilde mata les encubria de su vista.

¡Ventaja no despreciable de la pequeñez, que en cualquier rincon se oculta, cuando los grandes de la tierra son vistos forzosamente de todos y cada uno, sin que se escape un solo gesto á sus amigos y enemigos!

Gracias á esta providencial compensacion, que estaba segun sospecho en la índole natural de las cosas de la isla, los fugitivos ganaron repetidas veces la delantera á su terrible contrario. En los dias bonancibles, á medida que se alejaban les latia el corazon con mas holgura, pero si al dia siguiente el gigante en su impaciencia dirigia un resoplido por el mismo rumbo, tornaban á sus temores, pues el aire se agitaba y las hojas se estremecian

con el poderoso aliento, como zumban y se estremecen cuando sopla un vendabal. Hoy se veían acosados hasta el extremo de tenerse por cautivos; mañana se creían libres porque el gigante en el ardimiento de la persecucion se alejaba desatentado por las regiones mas remotas, perdiéndose del todo de vista. Y como la rapidez de sus ataques era superior á la de todos sus menudos auxiliares, tardaban estos frecuentemente no poco en ponerle otra vez sobre la pista de los fugitivos. Cuando parecia que ya no habia sino sucumbir, el hombre evocaba á su génio tutelar y le ordenaba detener á Dinamion, con lo cual Pónos le prestaba su vara mágica dorada, y palpablemente quedaba demostrado que aquella varita mágica era el verdadero cetro de la isla, y el que en último é ineludible término imponia su autoridad aun á los mas poderosos. Mientras el hombre obedeciendo las blandas órdenes de Pónos opuso á su perseguidor la virtud maravillosa de su báculo encantado se vió libre y satisfecho, dueño de lo que era suyo, jefe y patriarca en su familia.

Así pasó tanto tiempo, que Dinamion se impacientó viendo que el famoso oráculo no se cumplia. En esto la consejera comprendió tambien la ineficacia de los medios empleados, y determinó salir en busca de su Señor para tratar de convencerle. Evidentemente no se podia esclavizar al hombre sin que él diera las armas necesarias forjadas por sus propias manos. ¿A qué, pues, intentar un imposible? Pero por otro lado ¿cómo esplicar la burla de la profecía? Seuda, siempre osada, siempre astuta, se confió á su buen ingenio; buscó al gigante por fin, y le encontró sobre una loma descansando sobre su tremenda clava.

—¿Qué te trae por estos montes? la preguntó su señor. ¿Tendremos alguna nueva burla?

—¡Oh fuerte! ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion! contestó la bruja. ¿Burlas contigo? ¿Quién seria el insensato que á tal crimen se atreviese? Lo que me trae es el cariño que te profeso, es el deber de sacrificarme siempre gustosa por tí. Te ruego, por el amor de los tuyos, que vuelvas otra vez á tu guarida, y allí esperaremos mejor ocasión para sorprender indefensos á esos miserables, ó una coyuntura para hacernos con un arma fabricada por su mano. Sospecho que sin este requisito todos tus esfuerzos

serán inútiles. Mientras tanto consultaremos con mayor acierto la voluntad de los dioses.

—¡Ira de gigante! exclamó Dinamion dejando la postura un tanto socarrona que tenía. Dime, vieja fementida y embustera, ¿quién me lanzó en esta empresa? ¿No fueron tus oráculos, tus ceremonias, la voz de tus inmortales?

—Perdona ¡oh fuerte! ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion! replicó la bruja con hipócrita humildad. La determinacion fué tuya, y por cierto (salvo tu permission y beneplácito) que la juzgué desde luego un sí es no es arrebatada.

—¡Mia! gritó fuera de sí el coloso. ¡Arrebatada, dices! ¿Pues no perdí dos dias con sus noches? ¿No consulté á la pitonisa, humilde y obediente? ¿No me animaron los dioses?

—Recuerda sus palabras, replicó Seuda; reflexiona su verdadera significacion. ¿Qué te contestó el oráculo?

—El oráculo, exclamó Dinamion cada vez mas enfurecido, me engañó con sus esperanzas, á no ser que tú, vieja maldita, vieja astuta, te burlases de mi credulidad.

—Pero ¿qué te dijo el oráculo? insistió la consejera con una calma sorprendente. Recuerda sus palabras, te lo ruego, te lo suplico.

—¿Qué me importan sus palabras? vociferó el gigante echando espumarajos por la boca; lo que sé es que me prometieron una victoria segura; que por eso confié y salí.

—¿Y si todo ello fuese el fruto de un error? volvió á decir la bruja. Recuerda, te lo suplico, las palabras del oráculo.

—El oráculo, contestó despues de cierta pausa Dinamion, rebuscando penosamente en la memoria, me dijo estas mismísimas palabras: *Serán tuyos. No te afanarás en balde.*

—Así, en efecto, interpretaste los acentos divinos, contestó Seuda con aplomo nunca visto, y yo acatando tu superior sabiduría, tu incontestable autoridad, respeté como siempre tus mandatos. Esto no obstante (con tu permiso y tu vénia), yo los entendí de muy diferente modo.

—¿Cómo? preguntó el gigante en colérica impaciencia. Habla bruja trapalona ¿cómo los entendiste?

—El oráculo, continuó Seuda, quiso decir y dijo lo siguiente: *¿Serán tuyos? NO. Te afanarás en balde.*

Dinamion abrió la boca con los ojos, dejó caer los brazos con la clava, y se quedó estupefacto.

IV.—Está bien, exclamó por fin con voz entre sañuda é irónica. Ya nos vamos conociendo. ¡Ah! Seuda, Seuda: ni yo soy tan poderoso, ni tú, por lo que columbro, tan santa y tan infalible. ¡Plegue á los dioses que, aun juntos, podamos vencer á Pónos! Desde hoy formaremos alianza estrecha en virtud de la dura necesidad. Tú, fingirás que me temes; yo, haré como que te venero. Es cosa de tratarlo muy despacio. Volvamos á la caverna.

Y echándose sobre el hombro la ñudosa clava, abandonó por entónces el perseguir en persona á la caravana nómada.

No por esto vayan á creer los que leyeren, que quedara libre la familia de Ántropos de toda persecucion. Además de los continuos ataques de los duendes emisarios, dióles el mismo gigante, personalmente, algunos sustos, y por esto jamás pudieron descuidar ni un solo instante su defensa.

Aquella necesidad de defenderse contra enemigos tan terribles y tan nuevos, preocupó desde entónces los ánimos de nuestra gente hasta el punto de paralizar la marcha de sus adelantos, porque las demas necesidades, á esta tan apremiante y principal se ponian. Y como esta nueva necesidad de legitima defensa se dejó sentir en todo tiempo, Ántropos vió entrababa la marcha de sus progresos desde aquel punto y aquella hora lo que hoy es imposible calcular.

Hizo, sin embargo, sin dejar la vida nómada, algunas conquistas mas, entre las cuales hubo dos de tantísima importancia que será preciso mencionarlas.

V. Fué la primera la domesticacion del caballo, bruto que cedió á los golpes del consabido báculo dorado, y que contribuyó grandemente á conservar la libertad de su señor. De animal cerril y si no peligroso, inútil, se convirtió en servidor tan intrépido como dócil; tan noble como fiero; tan inteligente y sensible como confiado y generoso. Pónos hizo conocer al hombre sus escelentes cualidades; le dictó reglas para cuidarle, montarle y adiestrarle. Ántropos lo aprendió todo con verdadera fruicion, y al poco tiempo, la caravana consideraba al caballo como el auxiliar mas poderoso para continuar lejos y libres del gigante Dinamion.

La segunda conquista fué de un orden muy distinto, pero mucho mas valiosa. El criado que Ántropos consiguió con ella, era de naturaleza verdaderamente maravillosa, y tal, cual él ni ninguno de los suyos hubieran podido imaginar siquiera. Le describiremos brevemente.

Despues de un nublado estrepitoso, vieron nuestros pastores con terror que los bosques todo en torno ardian. Desconocian por completo el fuego, y temblaron, como era natural, cuando contemplaron los efectos de las llamas voraces é implacables.

—¡Pónos! gritó toda la familia á una. Dinos qué génio enemigo destruye así nuestros campos, y así nos sobrecoge y amenaza.

—Es, contestó el génio risueño y sosegado, un mozo bien extraordinario que pudiera muy bien servirnos admirablemente.

—¡Servirnos! ¿Cómo? ¿Para qué?

—Primero, de cocinero, para prepararos la comida de una manera deliciosa. Luego, de un modo tal y en faenas tales, que con nada ni con nadie se le podrá sustituir.

—Esplicanos eso, Pónos, porque á la verdad que es imposible comprehendere.

—La mejor esplicacion es un ejemplo práctico. Seguidme y pronto lo comprendereis.

VI. Siguiéronle todos con una curiosidad sin límites por el rastro del incendio, y al atravesar sus pavesas encontraron gran copia de animales que, cercados por las llamas, habian muerto tostados. Abundaban sobre todó las liebres y los conejos, cuyos tasajos, calientes entre las cenizas, exhalaban un olor por demás apetitoso. Los perros, guiados por su nariz, fueron los primeros en devorar aquellos manjares. Ántropos y Gina no tardaron en seguir su ejemplo, sabiéndoles tan bien aquella su primera comida caliente, que preguntaron á Pónos si podrian repetir la fiesta y si les resultaria perjuicio ó dolor alguno de comer así la carne.

—Nada de eso, amigos míos, les contestó el génio. Ya vereis cuán fácil y gustosamente digeris esa comida. En cuanto al misterioso cocinero, podrá contarse entre vuestros servidores el dia que lo exijais, y por quien soy os aseguro que sus servicios serán mas útiles y valiosos que todos los de vuestros perros, asnos, caballos, pjaras y rebaños.

—No se necesitaba tanto para escitar hasta un grado inconcebible la curiosidad de aquellas gentes primitivas. Con verdadero frenesí pidieron á su buen génio que les ayudara á cautivar al servidor maravilloso.

—¿Tendrías valor para cautivarle? le preguntó Pónos.

—Pónme á prueba y lo verás, replicó el hombre. Si me proporcionas ese nuevo servidor, seré completamente feliz; nada mas te pediré.

—Pues si tantos son tus ánimos, sígueme, le dijo el génio. Que venga tambien tu hijo: con eso se irá ejercitando en estas tan útiles empresas.

Los dos varones saltaron sobre los caballos, y Gina se quedó á la mira de la hacienda con el auxilio de los perros. Bien pronto sus corceles les llevaron á donde vagaba un mozo bermejo, brotando salud y sangre por los poros, hasta el punto de relucir todo él con un color encendido como el fuego. Sus formas, desde lejos solo tenian de particular que eran flexibles cual el aire; pero cuando se le contemplaba mas de cerca, advertiase cierta circunstancia terrífica é imponente hasta para los pechos de mas brio: en vez de cabellos alzábanse sobre su cabeza, y en rededor de su frente, manojos de serpientes silbadoras, cuyas lenguas terribles, aguzadas, amenazaban en todas direcciones. Para complemento del horror que inspiraban las tales culebrillas, ninguna tenia ojos.

—Cerquémosle entre los tres, gritó Pónos á sus protegidos.

Y Ántropos y Ándros lanzaron á la carrera sus caballos, y aunque Pira se deslizaba veloz, le dieron al poco tiempo alcance. Entónces se dirigieron sobre el mónstruo para herirle con la vara de oro sobre la cabeza; mas al mirarles ya cerca, tomó rápidamente tanto cuerpo, se alzó tan prepotente, tan amenazador, agitó de tal modo sus flexibles brazos, y tantos y tan penetrantes fueron los silbos de las horribles serpientes, que los caballos, con ser los animales de mas valor, volvieron grupas. Lo que mas espanto les ponía era que el mancebo respiraba humo. Varias tentativas para tocarle con la vara de oro repitieron pertinaces los denodados ginetes: todas, no obstante, fueron infructuosas.

Viendo Pónos que nada se adelantaba, porque Pira parecia comprender el modo y manera de poner pavor en sus tenaces co-

diciadores, aconsejó á los suyos que echasen pié á tierra para atacarle y cautivarle.

Ántropos y Ándros avanzaron resueltos sobre Pir. Cuando el acometido vió que nada les arredraba, comenzó á correr por la llanura y, segun iba corriendo, á decrecer de tamaño tan pasmosamente, que primero se trasformó en enano; despues en chicuelo; á seguida en pigmeo, y por fin, en un ente del grandor de un grano de mostaza. Ántropos, á la carrera como un gamo, iba á sus alcances doblando el cuerpo y alargando la vara mágica de Pónos. Ya estaba encima de Pir, casi invisible, tendió el brazo, creyó seguro su triunfo; pero en aquel instante, el mozo bermejo de las sierpes, por completo desapareció. Nuestros aventureros se volvieron hácia su protector, corridos de vergüenza. El hijo, sobre todo, no sabía qué decir: era la primera hazaña en la cual tomaba parte, y no le divirtió tamaña burla. Pónos comprendió el corrimiento de los dos pastores, y les habló de esta manera:

—Recoge, Ántropos, del suelo ese tronco seco, ligero, medio quemado, sobre el cual estuvo el gran cocinero antes de desaparecer. El mozo de las sierpes está dentro de ese palo seco. Ya te enseñaré la manera de obligarle á comparecer para recibir tus órdenes. Ahora volvamos donde quedó Gina, quien debe hallarse inquieta con tu ausencia.

No referiremos, por no cansar al lector, las peregrinas ocurrencias de la mujer siempre habladora, bachillera siempre, cuando la dijeron que dentro de un leño seco, la llevaban nada menos que un pinche de primer orden para reformar tan profundamente su cocina, que bien pudiéramos decir que en todo y por todo la creó. Pónos hubo de hacerle comparecer, enseñó á sus protegidos á tocarle con la varita dorada, les enseñó que se llamaba Pir, y en fin, no tuvo un instante de reposo durante los primeros dias, hasta tanto que la familia toda á vueltas de muchas y muy dolorosas picaduras ó mordeduras de las sierpecillas ciegas aprendieron á tratar al cocinero.

El método de evocacion que por entónces les enseñó Pónos para cuando le necesitasen fué el de restregar, frotar, ó ludir dos trozos secos de madera con fuerza y con violencia durante algunos

minutos. Con este procedimiento tosco pero fatigoso, aparecía el terrible Pir del tamaño de un grano de mostaza.

—Es necesario todo esto, les decía el génio, porque otro tanto que vuestro Ándros, es dormilon el buen Pir, y si no se le sacude una y otra vez hasta sacarle del leño, ni se despierta ni acude. Miradle bien. Ved que á pesar de ser tan diminuto sigue con las sierpecillas por cabellera, y si le tocáseis os heriria, y sus heridas os harian padecer. Cuando querais que aumente de tamaño, soplaréis; mientras sigais soplando seguirá creciendo. Si deseais disminuir su estatura arrojadle encima un puñadito de polvo; en tanto que esto hiciéreis mermará hasta desaparecer dentro de su encantado escondite. Todo esto, sin embargo, ha de hacerse con precaucion y con pulso. Pequeñuelo ó colosal, dominareis á Pir como quisiéreis, mas cuenta que si toma demasiado cuerpo os aterrará con su furor, y hasta sería capaz de concluir con vosotros.

Todavía no habia terminado el génio de decirlo, cuando Gina estaba sopla que te sopla. Pir creció y creció, y creció hasta que sus proporciones, sus movimientos, y los silbidos de su cabellera la asustaron. Entónces y no sin gran trabajo, le hicieron mermar y decrecer arrojándole de prisa polvo, y por último, cuando se redujo al tamaño de un grano de mostaza, sin saber por dónde, desapareció.

—¿Qué come Pir? preguntó Gina.

—No come, sino devora, contestó el génio, y lo mas singular del caso es, que su alimento favorito es esa misma leña que respeta cuando se mete á dormir. Despiértase, sin embargo, y si le dejás, tragá pinos, encinas, cedros, bosques, como se come una cabra las briznas de las yerbas ó los tallos de las flores. Una selva no le satisface á veces. Por esto te digo y te repito que tengas sumo cuidado en no dejarle tomar la estatura de un gigante, porque tan indómito como es, sería capaz de destruir la isla.

—En verdad, en verdad, exclamó Gina, que no en balde dices tú que es en todas las cosas encantada. Aquí tenemos á Pir que duerme dentro de la leña como duerme la criatura en el vientre de su madre, como dentro de la flauta duerme el agradable Tongo. Mientras así les dejamos, ni aun siquiera dan señales de vida, parece como si no existieran. Pero si los hacemos despertar, el

uno nos entretiene, el otro se transforma en cocinero, y según lo que nos dices ha de ejecutar con el tiempo maravillas. De veras que hay en qué pensar. De veras que esta isla es siete veces encantada.

—Qué place, Gina, verte tan razonadora, concluyó diciendo Pónos. Ahora comenzais á ver algunos de los mil misterios preparados por el gran encantador para vuestro bienestar. Cuando conozcais la sencillez de esos misterios llamareis á esta tierra region maravillosa y encantada, con mucho mayor motivo. Paciencia para la grande obra, sumision á mis mandatos: en esto estriba vuestro futuro bienestar.

—¿Pero quién es ese gran encantador de quien nos hablas? exclamaron á la vez padre, madre é hijo, ya tenemos gana de verle y de conocerle.

—Es, añadió Pónos para terminar, el primero entre los primeros, aquel que en todo tiempo querreis ver, y sin embargo, el último á quien conoceréis apenas.

CAPÍTULO VII.

I.—Transformacion de los medios de vivir producida por la conquista del fuego (*Pir*).—II.—Descubrimientos de otros metales y principios de la industria Alfareria.—III.—El hombre fija su morada y se hace agricultor.—IV.—Origen de la aldea.—V.—El trigo. Progreso de la agricultura.—VI.—Invencion del arado.—VII.—Las máquinas y su objeto providencial idéntico con el de los animales y agentes de la naturaleza.—VIII.—Descubrimiento del hierro.

I. Con la apropiacion del nunca bien ponderado Pir, con los nuevos alimentos preparados por su pericia culinaria, cambió de todo á todo la existencia de los nómadas y hasta su modo y manera de pensar. Comenzaron á fatigarse de sus continuas correrías, sintieron cierta necesidad de fijar sus tiendas, de tener al cocinero siempre despierto para ahorrarse el improbo trabajo de á cada paso despertarle.

Entre tanto, aplicábale de continuo á asar, tostar y quemar toda clase de cuerpos, porque aprendieron que de todos ellos sacaba cosas útiles, curiosas ó bonitas. Así fué como observaron que endurecía los barro, cambiaba el aspecto y el color de ciertas tierras, convertía la madera en ceniza leve, vitrificaba algunos pedruscos y hacia que de otros manase fácilmente el plomo ó lenta, y trabajosamente algunos otros metales. Segun solia decir Gina, tenia tal afición á guisar Pir, que hasta de los cantos sacaba jugo y sustancias. Apenas le entregaron por casualidad una vasija un tanto resistente, cuando les hizo ver que además de asar raíces, frutas ó carnes sabia tambien cocerlas.

Uno y otro método de preparar la comida se perfeccionaron pronto con el descubrimiento de la sal que sucedió como sigue: aficionados nuestros pastores á tostar entre el rescoldo las raíces mas gustosas, notaron que aquellas partes de los frutos en contacto con las cenizas de determinadas plantas, eran no solo mas apetitosas sino mas ligeras y de digestion mas fácil. Consultaron su observacion con el buen Pónos, como consultaban por entónces sus menores pensamientos, y este despues de haberles hecho notar que las ovejas y las cabras lamian con afición los blanquizales salobres, les enseñó el modo de conseguir la sal, aconsejándoles que la mezclaran siempre en sus comidas por ser sazonomiento grato al paladar y casi indispensable á la salud.

II. A la par de estos progresos importantísimos por referirse á la primera y mas tirana de todas las necesidades de los hombres, realizáronse otros verdaderamente trascendentales. Las armas, por ejemplo, se transformaron de raiz. Forjáronse nuevas espadas de cobre, mejores cuchillos y hasta mas cortantes hachas de una liga muy resistente de aquel metal con estaño. Ántropos iba conociendo y utilizando la inapreciable virtud de su nuevo servidor para manejar el fuego, y cada dia le dijo que sacase de las llamas una perfeccion ó una mejora. Aquella fué la época del bronce en la cual Pir asombró con sus primeras maravillas y su aptitud extraordinaria. Todo fué de bronce, todo se hizo con bronce durante un largo periodo, hasta que Pir poco á poco creció como fundidor, y estrajo de las piedras toscas dos metales que habian de desempeñar principalísimo papel durante el resto de su exis-

tencia, y merecer de su codicia el dictado de preciosos. Empero por entónces, la plata con el oro solo se emplearon en sustituir al pedernal y á los huesos de los peces para hacer mas duras y terribles las puntas de las flechas ó venablos sin darles mas valor que al plomo, al cobre ó al bronce segun el mas ó menos trabajo que cualquiera de estos les costaba.

Mas como ni la nuez del cocotero, ni la cuerna, ni la calabaza, serviánles para cocer el alimento, hubieron de idear el modo de fabricar una vasija á propósito, y comenzaron á dar la preferencia para el caso á determinados metales. Así fué como Gina llegó á tener hasta una olla de plata.

Mas tarde, tras muchas y muchas observaciones, tras repetidas preguntas al buen Pónos y despues de algunos toscos ensayos, Ántropos exigió de Pir que le endureciese algunas vasijas de barro de diversas formas. Hiciéronse con esto y por entónces las primeras cazuelas y pucheros, pero tan mal formados y tan frágiles, que Gina se desesperaba al ver cómo se rompian.

III. Esta circunstancia avivó el deseo que ya tenia la mujer de fijarse en un rincon para siempre. Dijoselo otra vez á su marido y como quiera que este lo habia ya pensado muchas veces, llegó un dia en que le dijo á Pónos:

—Ya soy rico, conozco las plantas de la isla, sé cómo crecen y perecen, predigo las estaciones; déjame fijar la tienda, pues ya me cansa esta existencia vagabunda, este continuo trajin de cargar y descargar. Si me concedes mi deseo seré perfectamente feliz y nada mas despues te pediré.

—¡Ay amigo! le dijo á la postre Pónos. Siempre me dirás lo mismo y jamás te has de ver harto. Hé ahí la expansibilidad de tus necesidades: parece que mas y mas tienden á ensancharse. Pero os contemplo ricos, obedientes, conocedores de plantas y de frutos, aficionado á observar, sabeis las costumbres de los animales, la diferencia entre la primavera y el otoño, y podeis á mi entender, sin demasiado peligro, trocar la frágil tienda en choza. Sospecho que apenas dejeis de trashumar, vendrán los duendes para perseguiros y descarriaros y no obstante, lo que ha de ser, tiene que ser. Sin cambiar la tienda en choza no podriais progresar. ¡Eal pues: ánimo para luchar de un modo muy diferente que

hasta aquí. Vamos á construir el primer conato de vivienda fija. La familia va como á echar raíces en el suelo; diremos, pues, que se arraiga.

Acto continuo y entregando al hombre su vara mágica dorada, aquel admirable génio tutelar dijo á Ántropos cómo construir la primera choza, y con paciencia le amonestó y le dirigió. El hombre por su parte mostróse ganoso de aprender y humilde.

Primeramente cortó y despojó de sus hojas y sus ramas sendos arbolillos, limpios, delgados y esbeltos, trazó en tierra un redondel, y siguiendo el trazo fué colocando dos á dos, y en puntos diametralmente opuestos, aquellas pertigas de punta sobre el raigal. Uniólas despues por la cogolla de forma que todas partian bien unidas, se derramaban hácia fuera y tomaban la figura de un cono ó de un pan de azúcar. Atravesadas despues bastantes ramas menores de una á otra, recubrió con juncos, retamas ó ramaje la superficie de fuera y escluyó el agua con la luz del círculo así cubierto, sin dejar mas salida ni respiro que la puerta sobre cuyo dintel colgó pieles que en caso necesario podian dejarse caer para resguardar por completo la vivienda.

La primera noche que los nómadas pasaron dentro de la choza, les pareció mucho mejor que la tienda, pues hasta tal punto y en todos tiempos la novedad nos encanta. Lo cierto es, que era mas sólida. Gina se sintió desde entónces investida con todos los atributos de ama de casa, y arregló los muebles, y dispuso los rincones como si aquel estado hubiera de ser eterno, siendo de notar que sus continuas exigencias mas de una vez hicieron progresar á la familia. Además, la natural propension del hombre á creer inmejorable lo que es nuevo, así como á exagerar cuanto le agrada, hizo que desde el punto y hora en que se vió labrador, y no obligado á divagar por la isla, quisiera poseer en rededor suyo, todo cuanto contenia aquella. Trasplantáronse á la puerta de la choza los árboles predilectos por su sombra ó por su fruta; las plantas mas tiernas y sustanciosas de aquellas que en aciagos dias se vieron obligados á comer, crecieron cultivadas con esmero, trasformándose en legumbres, y hasta las aves mas gordas (como patos y gallinas) fueron presas con astucia y perdieron las

veloces alas, porque Gina quiso tener su ganado de corral, huevos fresquitos y pollos suculentos para autorizar la mesa con las invenciones culinarias del buen cocinero Pir.

Algo ruda fué, en verdad, aquella primera parte de la vida del agricultor, porque su afán por entender en torno suyo todo cuanto le agradaba, le hizo pasar malos días y peores noches, y porque las faenas del campo son llevaderas y hasta gratas cuando está completamente cultivado á fuerza de trabajo y de sudor, pero muy desapacibles cuando hay que descuajar bosques, quemar malezas, mezclar las cenizas con el suelo no arropido, cercar la heredad, bañarla con el agua de la fuente, trasplantar el árbol, protegerle y esperar con paciencia y resignacion su despacioso crecimiento.

IV. A la primera choza circular siguieron otras cuadrilongas, las cuales fueron mas capaces, admitian algo de luz por ciertos conatos de ventanas, y contenian los muebles con holgura. A estas se agregaron varias para preservar al caballo de los lobos y el relente; para encerrar á los asnos y las vacas; para almacen de provisiones y de aperos, y con una y otra choza, con las cercas y corrales, con cijas y con rediles, la nueva colonia fué tomando todo el aspecto de un pueblo.

Esta vida afanosa, pero de prevision, cambió profundamente las ideas y los gustos de nuestros aventureros, los cuales sin estar mas descansados que cuando vivian cual pastores ambulantes, iban atesorando goces nuevos y haciéndose un capital de recursos y de ideas. El hombre se encariña por lo visto con todo aquello que le obliga á trabajar y padecer, y Ántropos y Gina que se hallaban tan á gusto entre los afanes del cultivo, recordaban rara vez las dulzuras del estado nómada siendo su único anhelo conseguir una conquista mas en cada hora. Sin acordarse nunca de lo conseguido ya, repetian siempre á su buen génio: *si nos concedes lo que te pedimos, seremos completamente felices y nada mas te pediremos.*

Un momento despues lo conseguian y tornaban á exigir con idénticas palabras otro capricho, otro triunfo.

V. Un dia apareció Pónos en la aldea, como de costumbre, y presentó á sus amigos sendos granitos dorados en la palma de la

diestra. Eran los tales granitos algo mas largos que gruesos, du-
ros, breves de tamaño y en apariencia asaz ruines.

—¿Qué es eso? le preguntaron los noveles labradores.

—Este es el alimento, por excelencia universal, contestó el gé-
nio. De estos granos de trigo que contemplais con desden, saldrán
las cosas mas grandes de la tierra. Aquí se halla encerrado el por-
venir de vuestra especie, la dicha de vuestros hijos, el poder del
hombre, sus progresos, sus ideas, su ciencia, su felicidad. Si no os
apropiáseis esta simiente inalterable, incorruptible, que no se pu-
dre en un dia, que se puede conservar eternamente, vuestra exis-
tencia seria precaria, vuestro número, por lo tanto, exíguo, efí-
mero vuestro poder, perecerdes vuestros adelantos, limitados los
dominios de vuestra alma, y nunca libre vuestro espíritu. Merced
á fruto tan modesto, la isla podrá poblarse de mas hombres y mu-
jeres que son las arenas de la mar. Gracias á los recursos que ateso-
ra, habitarán en todos los climas, lograrán resistir los cataclismos,
emprender obras de larga duracion, unirse con lazos indisolubles,
comunicarse sus ideas, auxiliarse y sostenerse en los momentos de
escasez como verdaderos hermanos cariñosos. Sí, amigos míos, de
este ruin y miserable trigo sale *el pan*, palabra que equivale al
sumo bien, al fundamento de todo.

—¿Cómo? preguntaron los labradores con incrédula sonrisa.

—Muchas cosas son esas para que salgan de tan ruin simiente,
añadió Gina, y algo daria yo solo por verlo.

—Lo vereis, mal que le pese á vuestra incredulidad, les dijo
Pónos. Nunca juzgueis por primeras apariencias, porque os espon-
dreis á cometer los mayores desaciertos en las islas encantadas,
como es esta. Grano hay en Gé, cien veces mas diminuto que el
trigo, y del cual sacareis con vuestra industria imponderables y
nunca imaginadas maravillas.

Estas palabras escitaron la curiosidad de la familia toda, y
para calmar su impaciencia, el génio hizo que prepararan una
piedra circular y chata, espaciosa, de dos palmos cuando mas, á la
cual se la añadió un mango ó puño de madera cerca de uno de los
bordes. Con el peso de esta muela tosca, puesta en movimiento á
mano sobre otra fija, se trituro y deshizo por primera vez el trigo.
Gracias á aquel molinillo primitivo y tosco, los labradores obtu-

vieron la primera harina, que mezclada con agua y sal y hecha pasta, fué entregada al cocinero Pir por consejo del buen Pónos. Aquel criado admirable, coció en la brasa el amasijo y presentó á sus señores unas tortas tan doraditas, tan tiernas y tan sabrosas, que ya ni la carne, ni las leches, ni las frutas valian nada en su parangon, y el hijo lo mismo que sus padres, juraron (y lo cumplieron) preferir aquel manjar á otros, y comerle gustosos desde entónces todos los dias de su vida.

Claro está que una vez saboreadas las delicias del buen pan. Ántropos quiso saber en dónde encontrar el trigo, cómo sembrarle, y de qué manera se le cosecharia. Pónos le condujo, pues, á una tierra en la cual recogió, espiga á espiga, lo bastante para la primera siembra. En seguida hizole rozar y quemar una suerte de monte, esparcir las cenizas y arrojar sobre ellas el buen grano.

VI. Mas tarde observó el hombre que la simiente mejor y mas granada, crecia á la sombra de las encinas, en aquellos lugares en donde el cerdo solia detenerse con fruicion á hozar, como rebuscador incansable de la criadilla y la bellota. De tan pequeña observacion nació el arado. Ántropos quiso imitar el hocico del cerdo por medio de un instrumento para remover la tierra. Cortó primero un palo tosco que empujaba hácia adelante, con el cual adelantó bien poco. Despues cavó de varios modos, y finalmente, aprovechando las lecciones de su maestro, quiso hacer trabajar al asno, y fabricó el primer arado digno de este nombre. Era una rama larga y derecha de fresno, con otra mas corta en una punta que talló y dispuso en gancho, el cual gancho arrastrado contra el suelo, se introducía en la tierra y hacía con mas espedicion lo que en pequeño ejecutaba la jeta del marrano. Alentado con los efectos escelentes de aquella máquina, la mejoró para uncir á ella otro animal de mas pujanza y de paso mas tardío. Desde el dia en que el buey trazó sentadamente en el césped, y revolviendo la gleba, los primeros rectos é interminables surcos, el seno terrenal se vió forzado y rindió al hombre frutos sazonados y ópimos. Ya veremos dentro de poco cómo con el descubrimiento del hierro acabó de perfeccionarse el primer instrumento agrícola que echó sobre los animales toda la rudeza de las faenas campestres.

VII. Tosco y todo y tal cual era, el primer arado sorprendió al buen Ántropos por sus efectos.

—¿Cómo es esto? preguntaba á Pónos. Antes me reventaba á remover la tierra, y apenas si podía sembrar lo indispensable para mi familia. Ahora con una cosa tan sencilla labro el terreno que quiero y mis cosechas son abundantísimas. ¿En qué consiste cambio tan inmenso? ¿Por qué pudiendo holgar parte del año cosecho cien veces mas, cuando antes sin levantar cabeza un solo dia recolectaba mucho menos?

—Eso, le contestaba Pónos, es debido á una de las disposiciones mas maravillosas de esta isla, disposicion que es como la clave de todos tus progresos. Vamos á ver. ¿Te encuentras mejor, te sientes mas fuerte que en los primeros dias de tu llegada á esta isla?

—¡Ya lo creo! Me siento transfigurado.

—Y ¿á qué atribuyes la transfiguración?

—A que sé mas, á mi esperiencia, á lo que llevo aprendido.

—Pero vamos despacito. Si con todo cuanto sabes te destruyese yo tus muebles, armas, vestidos y habitaciones; si te arrebatarea tus animales; si huyeran de tu lado Tongo y Pir ¿te sentirias como ahora?

—Es evidente que no. Volveria á tener que sudar desde por la mañana hasta por la noche, cazando como un tigre ó como un gato, ó rebuscando raíces como el cerdo ó pescando como la núa. A la sola idea de semejante desnudez me se figurá que me vuelvo estúpido y salvaje.

—Luego ¿en qué se funda tu bienestar y tu saber?

—En todo cuanto tú me has ido proporcionando desde el primer baston ó palo hasta el admirable Pir, porque todo, absolutamente todo trabaja poco ó mucho para mí, mientras yo huelgo. Del enormísimo trabajo que me agoviaba al principio solo para sostener la vida, apenas si pesa sobre mí una pequeña parte, y además tengo cien necesidades mas, con cuya satisfacion disfruto de cien goces no conocidos entónces. Pienso mas; discurro incomparablemente mas, pero mi cuerpo descansa.

—Está bien, amigo Ántropos. Ruégote que no te olvides de lo que acabas de decir. En esta isla encantada, *siempre que Dina-*

mion, ó *Seuda* ó *sus secuaces* no *perturban su mágica armonía*, todo está organizado sábiamente para que vayas emancipándote del trabajo corporal que es el trabajo del bruto, pero á condicion de que trabajes cada vez mas con la cabeza y con el corazon. Para alcanzar esta emancipacion, te hallas rodeado de tres clases de medios, instrumentos ó si quieres servidores. Los primeros inanimados sin vida son lo que llamaremos *máquinas*, como el palo que te defiende, la flecha que alcanza y hiera á tu presa, la tienda ó la choza que sirven para albergarte y hasta el puchero en que cueces. Los segundos son máquinas animadas, admirables por su utilidad, como la oveja que convierte la yerba en un alimento para tí, el perro que vigilando te regala tus mejores sueños, el caballo que rápido y seguro te traslada y el buey que acaba de centuplicar el trigo de tus graneros. Los terceros viven tambien puesto que obran sin cesar, pero viven de una vida misteriosa. Sin ser tan materiales ó corpóreos como los brutos ó las máquinas, son sin embargo mil veces mas poderosos, y su esencia es tan incomprensible, tan estraña, que admiran y sobrecogen. Tales son Pir, Tongo y otros varios servidores encantados que iremos conociendo con el tiempo, y que forman la categoría superior de tus criados infinitos en esta isla de Gé. De estos, unos te divierten, otros trabajan por tí. Todos irán apareciendo á su tiempo y su sazón segun apure la necesidad. Hoy, por ejemplo, necesitas quien te muele el trigo si Gina no ha de pasarse la mejor parte del día moliendo y mas moliendo.

—¿Pero será posible tropezar con un criado molinero? interrumpió Ántropos.

—Ya te auxilia desde que mueles el trigo, por mas que tú no le veas, contestó el génio.

—Pero ¿dónde está? ¿Cómo se llama?

VIII.—Se llama Bános y reside dentro de la piedra que tritura el grano. Día llegará en que le hagamos comparecer: ahora acudamos á la necesidad mas apremiante. Si has comprendido bien las tres clases de criados que hay á tu disposicion para redimirte del trabajo material, te seguiré diciendo que el arado es una máquina *inanimada*, que puesta en movimiento por otra máquina

animada como es el buey, te produce la abundancia. Empero este arado es débil y se desgasta fácilmente. Es menester hacerle resistente, duro. Vamos á ver cómo Pir te enseña á fabricar el hierro.

Con su acostumbrada sagacidad y pericia, poniendo de manifiesto una vez mas los milagros de su varita encantada, Pónos auxilió al hombre con cariño para que Pir estrajese de unas piedras parduscas y rojizas un nuevo metal cien veces mas precioso que la plata. Por de pronto se produjo en tan pequeñas cantidades, que Ántropos hubiera dado por cada porcion cien tantos de oro. Empleóle para puntas y remates de sus armas, objetos por entónces predilectos de sus preocupaciones, mas de allí á poco Pir se adiestró en producirle, y no solo le exigió el hombre que le fabricase algunos cuchillos y otros instrumentos de puro hierro, sino que con él forjó las rejas de sus arados.

—Ahora sí que pareceis verdaderamente ricos, les dijo Pónos despues de tan notable descubrimiento. Ese metal os trasformará en señores de la isla, y gracias á sus valiosas cualidades, esquilmareis su seno desde ahora sin que haya campo, bosque, riscó ó lago que no rinda riquísimo tributo á la dura fortaleza de ese hierro. Desde hoy será el primero de todos los metales por su incalculable utilidad, por mas que vosotros pongais en primer término al oro. Ya podeis cultivar algo vuestro corazon y vuestra inteligencia. *Es ya seguro que trabajareis cien dias, pero de cada cien pensareis uno.* Seria injusto que progresando vuestro cuerpo no se dignificara vuestro espíritu.

CAPÍTULO VIII.

- I.—Nueva demostracion (con motivo de la revolucion producida por el hierro) de la manera cómo el hombre se redime del trabajo corporal en provecho del desarrollo de su inteligencia.—II.—Invencion de algunas herramientas ó pequeñas máquinas de hierro.—III.—Con la formacion del pueblo, toman vuelo las malas pasiones entre los fuertes ó astutos.—IV.—Progresos en la aplicacion del peso ó la pesantez (*Báros*).—V.—Digresion poética para poner de relieve el ascendiente que la imaginacion iba tomando sobre el hombre y poder de esta facultad (*Fantia*).

I. Con el descubrimiento del hierro comenzó una série de extraordinarios adelantos para la familia agricultora surgiendo como por encanto un sin número de productos nuevos del trabajo, cuya necesidad se hizo sentir cada vez mas, para dar forma y carácter á lo que despues se llamó industria. La aplicacion de aquel metal incomparable á la hechura de las primeras herramientas, puede decirse que disminuyó á menos de una cuarta parte el trabajo corporal de Ántropos y de su familia. Verdad es, que entónces les costaba el hacer cada herramienta una suma de trabajo abrumadora é increíble, mas una vez hecho el instrumento, cada una de aquellas pequeñas máquinas inanimadas resarcian á nuestra gente de su pena, economizándoles al ejecutar cualquiera obra la parte mayor y mas ruda de sus esfuerzos musculares.

Con esto parecia como si se hubiese alargado su vida, y tuviesen mas ócios para pensar. Como les habia dicho Pónos, comenzaban á poder trabajar un dia con su inteligencia por cada ciento que con su cuerpo se afanaban.

II. Así fué como Ántropos inventó y fabricó sucesivamente y con espacios de tiempo mas ó menos largos el clavo, el yunque, las tenazas, el escoplo, la lima, y por fin, la sierra. Para realizar todas estas invenciones, (hoy al parecer fútiles, entónces trascendentales) sirvieron á nuestros hombres de mucho las observaciones hechas y la esperiencia adquirida en sus anteriores estados, porque constituian el mas precioso y principal elemento para toda obra que es *el saber hacer*, y este elemento una vez adquirido

por el hombre, es gratuito y nada cuesta. El martillo habia sido producto de la sencilla operacion de partir nueces con un canto; y la cuña del peligro en que se vió Ántropos un dia por haber querido arrancar con los dedos una concha y sentirse preso con dolor y en grande riesgo de ahogarse. Una vez conocidas las propiedades del hierro, recordó el efecto de un cuerpo áspero y duro contra los demas, é inventó la lima; sabia que cuando su cuchillo estaba un tanto mellado, cortaba mas y mejor, é ideó la manera de fabricar un cuchillo muy grande, muy delgado y todo lleno de mellas al cual llamó, para distinguirlo, sierra.

III. La vida sedentaria, empero, tuvo tambien sus contras é inconvenientes. El mayor quizás de todos ellos fué la facilidad que proporcionó á los numerosos emisarios de Seuda y de Dinamion para encontrar, desvanecer y seducir á nuestros labradores ignorantes ó sencillos.

Entre todos ellos el mas osado y que mas ascendiente tomó sobre las almas de la parte masculina de la colonia fué Egos, que era por naturaleza el egoismo mismísimo. Este trasgo irresistible se dedicó con tenacidad á vencer la debilidad de Ántropos y Ándros, haciéndoles cometer crasos errores auxiliado por Alazona y los demas duendecillos. Pronto veremos hasta qué punto les descarrió, y como gracias á sus arterias llegaron á desoir al buen Pónos. Cuando, por ejemplo, se trató de aumentar y de mejorar la fabricacion de vasijas de barro por ser utensilios mas indispensables cada vez, Alazona les infundió tal vanidad que se declararon en abierta rebeldía contra su único protector, y negándose á buscar, mezclar y amasar las tierras, arcillas y arenas que les dijo, se pusieron nada menos que hacer mejor las vasijas con la quinta parte del trabajo. La consecuencia de esta pequeña sublevacion fué que si bien los pucheros y cazuelas se hicieron con mediana forma y apariencia, cuando fueron á ordeñar en ellos, los discípulos crédulos de Alazona observaron con terror que cuanto mas ordeñaban mas secos y enjutos se veian. La leche y el agua parecian caer en unos pozos sin fondo, y era imposible conservar en las flamantes vasijas ni una sola gota de los líquidos.

Por virtud de este castigo que parecia tener mucho de maravilloso, la familia tuvo que reconocer una vez mas la infalible au-

toridad del génio, quien con aquella ocasion no escaseó sabrosas amonestaciones y consejos, que en gracia á la paciencia del lector callamos y suprimimos.

IV. Para recompensar la vuelta á la obediencia de sus amigos muy queridos, Pónos les anunció la próxima conquista de otro invisible servidor, cuya existencia como molinero les habia hecho sospechar. Gina, con su ingénita curiosidad, procuró que la dijese quién era Báros, qué forma tenia, cuál fuera su génio y su temperamento, pero Pónos la contestó con insistencia que el nuevo maravilloso servidor era un tanto adusto é intratable, que necesitaría muchos, muchos años para conocerle á fondo, y que necesitaba poner en juego todos los recursos de *su imaginacion* para acabar de cautivarle.

—Es necesario, les decia, que sepais y no olvideis un solo instante otro misterio de esta isla que os voy ahora á descubrir. En todos los trabajos del entendimiento, hasta en las invenciones materiales mas groseras, tiene que intervenir y tomar una parte principal un ente fantástico y extraordinario que no hablará sino á vuestra imaginacion. Estad en guardia; vivid apercebidos, porque ese ente que os anuncio, con todas las apariencias de un loco os hará hacer grandes cosas.

V. Aquella misma noche, cuando muerta la luz solar y terminadas las últimas faenas nuestros sencillos labradores se sentaron á las puertas de sus chozas, sintiéronse profundamente conmovidos y se apercebieron de la presentacion del ente fantástico y extraordinario anunciado por el fecundo Pónos.

Permitasenos contar el lance para solaz del que nos lea.

El tiempo estaba sereno. Tibio y blando el perfumado ambiente, apenas si conmovia las hojas de las flores, y estas plateadas por una luna brillante, parecian contemplar con embeleso la marcha del astro de la noche al través de un cielo puro, y cuyo azul ni la mas leve ráfaga empañaba.

Enfrente de las cabañas, sobre la orilla opuesta del arroyo que serpeaba ruidoso por el valle, habia un bosquecillo cuyas ramas entretejidas formaban una bóveda tupida de verdura, debajo de la cual se destacaban en las sombras los negros troncos de los arbolillos, como otras tantas columnas de misterioso, solitario

templo. Manojos de pálida luz que atravesaban por entre las frondosas copas caían sobre el césped de esmeralda, bordando con argentados recortes una alfombra vistosa y peregrina.

Con los ojos fijos en aquel paisaje encantador, cruzaban por la mente de los labradores vagos recuerdos de los sucesos anteriores, pero sobre todos bullía y descollaba la promesa reciente de su génio.

En medio de aquel silencio deleitoso interrumpido únicamente por el susurro del aire entre las ramas, el grito lúgubre del buho ó la lechuza, el croar de las ranas en el charco, el chirrido incansable de los grillos y todos esos sonos de la noche distintos, discordantes y que sin embargo componen la mas grata é inesplicable de todas las armonías, se dejó oír una voz mas dulce, mas lozana que la de la mujer, y un canto mas melodioso que los acentos del inspirado Tongo. Escucharon reteniendo hasta el aliento, y percibieron vagamente estas ó semejantes palabras:

¡Salve, Señora de la noche, Salve!

¡Cuán suaves son tus rayos, cuando pálidos vienen en el silencio de las sombras á besar con amor mi ansiosa frente!

Gratisima es la luz de tu hermosura, tu triste majestad incomparable.

¿A quién buscas vagando por los cielos, moviendo á los que miran tu grata palidez á gran tristeza?

¿Qué sentimiento es este melancólico, que embarga mi ser todo y que le inunda como tus rayos al pelado risco? ¿Qué deseo infinito, incomprendible, agita mi alma, como mece el viento de un rumbo para otro las hojas de la rosa que se elevan hasta tocar en el azul del cielo?

Eres, á no dudarlo, diosa amiga que acaricia la frente y la entusiasmo. Eres como una madre encariñada que viene silenciosa y sonriendo á velar el dormir de su cariño; en cuyos brazos duermen los bosques, duermen los arroyos, duerme el canoro ruiseñor, el bruto, los insectos aligeros, y duerme hasta el inquieto viento que despierto juega agitando los robustos cedros.

En el regazo de tu luz divina la suave violeta, la verbena, el cándido azahar, la altiva rosa respiran, y su

aliento es el gentil aroma que enloquece entre sueños de amor y de tristura.

¡Salve, deidad augusta; salve, salve!

Ledas auras que en blando movimiento recogeis al pasar el suave aroma de las tiernas corolas de las flores, acudid reposadas, y en los bosques entre las ramas y los leves juncos, suspirad melodiosas alabanzas al astro de la noche.

Pintudas flores que en colores vivos matizais la verdura de los prados y embalsamais el aire con perfume de vuestro dulce aliento, respirad, respirad, y que el incienso de vuestro ardiente amor suba en raudales hasta el rostro de aquella que os alumbra con su mirada fría y melancólica.

Gárrulas voces que turbais la calma del seno de la tierra y la laguna, y con acentos varios infinitos saludais á la luna entre las nubes, despertad al fiel Eco soñoliento, y que cante la plácida belleza de la deidad modesta y pudorosa.

En tanto entusiasmada por el breve rumor de esos suspiros, por la pasión fecunda del aroma, por el concerto de armonía tanta, sentiré que mi ser se alza á perderse en la vaga sonrisa de la luna, como se anegan en las blancas nubes los vapores ligeros de la tierra.

Calló la voz, Antropos y los suyos escucharon largo rato respirando con la suavidad posible, mas al ver que el canto dulce no se repetía, miráronse todos con asombro como para preguntar la causa de aquel tan inesperado portento.

—¿Quién será, preguntó Gina?

—Debe ser un génio bueno y amigo, contestó el muchacho.

—Vamos á verlo, exclamó el hombre.

El hijo y Gina contestaron, «vamos.»

En alas de la curiosidad se dirigieron nuestros amigos al bosquecillo con cautela, y rodeándole entre los tres se encaminaron á su centro protegidos por las oscuras sombras. Cuando llegaron al comedio de la frondosa arboleda percibieron en un claro que formaba como espacioso redondel, la mas singular aparición que hasta entónces contemplaran.

A la luz de la nevada luna revoloteaba una doncella de hermosura celestial, merced á las dos alas mas dóciles y mas vis-

tosas. Un velo sutil, azul como los cielos, desvanecía sus formas que respiraban morbidez y gracia. Calzaba coturnos de oro, y su blonda cabellera, que contrastaba singularmente con sus ojos de azabache, iba sujeta en torno de su alzada frente con una corona de jazmin y de verbena. Su cabeza despedía una aureola de una claridad que apenas podía llamarse luz, pero que al caer sobre las alas reflejaba todos los colores y cambiantes del arco iris, y maticaban su figura esbelta con el mas indefinible tornasolado.

Largo tiempo estuvieron los buenos labradores ocultos entre la espesura, sin moverse, sin pestañear. Ni quisieron, ni pudieron apartar la vista de aquella hada fantástica y encantadora. Viéronla danzar graciosamente sobre el césped, balancearse por los aires, remontarse atrevida hasta las nubes, cernerse como una golondrina, precipitarse con impetu sobre la tierra y volver á comenzar sus vuelos y sus giros.

En una de aquellas veces que el hada pisó las flores, Gina ya no pudo mas: salió de entre el bosque y dijo:

—¿Quién eres, vision celeste que nos encantas y nos enamoras hasta sentirnos fascinados y desvanecidos?

—FANTA, contestó la del velo azul y los dorados coturnos.

—¿Y quién es Fanta? tornó á preguntar la curiosa Gina.

—¡Fanta!!! contestó la sutil hada mostrando grande sorpresa al ver que no se la conocia.

—¿Pero eres amiga ó enemiga nuestra? preguntó á su vez el hombre abandonando su escondite.

—Soy amiga de todo el mundo, pero de vosotros he de serlo mucho, dijo con dulzura Fanta.

—Vente, pues, con nosotros, exclamó el muchacho. Te querremos bien y cantarás con Tongo.

—Visitaré vuestra choza cuando me plazca, porque yo jamás me sujeto, que para eso tengo estas mis alas veloces. Mi alimento, mi vida, es la libertad, la hermosa libertad. Si pusiérais en mí la mano, si limitarais mis movimientos en la mas pequeña cosa, mi aureola se apagaria, perderia mis reflejos, mi cuerpo y mis alas quedarian místicas, y en vez de poseer á Fanta tendriais su frio é inanimado cadáver.

—Entonces te niegas á acompañarnos, exclamó Gina con tristeza.

—No tal, replicó Fanta dulcemente. Mi mayor gusto será ofreceros dichas y consuelos, y os acompañaré alegre ó compasiva do quiera que os encontréis, lo mismo en el placer que en la amargura. ¡Oh! y no sabéis cuánto valen mis consuelos. Todavía ignorais cómo acierto á conciliar el sueño, á disipar las sombras de la mente, á iluminar y engalanarlo todo con mis cuentos y leyendas. Para mullir el blando lecho así como para tejer una corona de rosas, jamás me faltan fragrantés matizadas flores. Gracias á ellas, trasformo cuando me place los desiertos en jardines. Mirad cual brotan mil á mil bajo mi planta.

Y en efecto, la asombrada gente reparó entónces en la mas singular circunstancia que acompañaba á Fanta la divina.

Dó quiera que pusiese el pié, allí brotaban las flores á millares.

—¡Ah! exclamó la mujer con vehemencia. Ven alguna vez á vernos. ¿Cuándo nos contarás algunas de esas que llamas tus leyendas?

—Esta misma noche si tú quieres, contestó la complaciente Fanta. Prometedme que jamás atentareis contra mi libertad, y apenas volvais á vuestra choza y os tendais á placer sobre el blando y perezoso lecho, cuando apareceré á la cabecera para que oigais algunas de mis historias.

No hay para qué ponderar la presteza y diligencia con las cuales Ántropos, Gina y el muchacho traspasaron las puertas de sus chozas, se despojaron de sus vestiduras y se tendieron sobre la cama de yerba-buena y de romero seco.

Un instante despues, Fanta estaba á su cabecera, y con delicia sin igual los esperanzados labradores oían lo siguiente, dicho en una voz que apenas se percibía, pero que en cambio arrobaba, como suspenden y arroban las melodías moribundas que vienen á espirar en nuestro oído, flotando sobre las ondas de las auras.

—Mañana amanecerá y ¡qué mañana tan bella! ¿No veis cómo reverbera la luz? ¿No oís cómo canta el gilguerillo? ¿No sentís una mano leve que acaricia vuestras sienas y derrama sobre vuestra cabellera un torrente de frescura? ¡Qué dicha es tener ojos para ver, oídos para oír! ¡Qué tristeza será vivir sin vista ó padecer en silencio aterrador y continuo! Pero vosotros respirais el

aire, ois al ruiñeñor y abarcais la tierra hermosa y gentil en un abrir y cerrar de ojos. Dadme la mano y lancémonos en ese azul misterioso de las nubes. ¿Veis qué placer es surcar como las aves, este mar impalpable de los vientos? Ya vamos con una velocidad que dará envidia al mismo aire corredor y por eso nos azota el rostro, procurando detener nuestro girar. Abrid los ojos y contemplad cómo pasa por debajo el cuadro interminable de la tierra. Los ríos se deslizan, los bosques corren, y vosotros que alcanzais á la garza y al azor, parece que ni os moveis siquiera, que tan blandamente sois llevados por mí al través de espacios desconocidos. Ya llegamos á las nevadas cumbres de las montañas altísimas; no temais, que pasaremos rozando con sus picos. Así. Mirad lo que se ofrece al otro lado. ¡El mar! ¡el mar! Sus olas encrespadas se estrellan contra un jardín poblado de palmeras. Allí está Pónos; allí vuestras ovejas; allí se ocultan los carniceros lobos y se pasea majestuoso y atrevido el invencible leon. ¡Cuántas escenas! ¡cuántas cosas!, el espíritu se cansa y la vista se mare. ¡Cómo pasan! ¡Cómo pasan! Descendamos aquí, en este jardín ameno. Esta es la morada de Bárós, del nuevo auxiliar que os ofreció ayer vuestro protector. Vosotros no conocéis á Bárós: miradle, allí está. Voy á contaros su historia. Gentil, airoso, galano nació Bárós, y su madre fué una hada vapórea, diminuta como margarita de los bosques. Le mecieron los vientos en la corola de un lirio de los valles; creció precoz y risueño, y el destino le colmó de sus favores. Lléva en la mano un caracol retorcido y áspero por fuera, anacarado por dentro: pedidle lo que queráis. ¿Quereis harina? Pues reparad cómo levanta el caracol por el aire y llueve harina, llueve harina, como hubieran llovido perlas si las hubiérais pedido. Y el monton⁹ crece y vosotros no sabeis qué hacer. ¡Ah! si tuviérais vasijas; pero aquí las hay en abundancia, Pónos las ha hecho. Llenad, llenadlas, que estamos sin saber cómo á la puerta de vuestra choza. No vacileis: ¿qué, dudais? Esas no se tragarán la harina como las vuestras se hebian arroyos de dulce leche. Son magníficas, son perfectas, como obra del escelente Pónos. Ya no es posible que temais al hambre. ¡Qué gordos nos vamos á poner! ¡Qué mozo tan galano es Bárós! Todo lo hace, de todo tiene. Dadme la mano otra vez. A mecernos re-

galadamente para cantar la habilidad de Bárós. Así, ¡Qué blandura! ¡Qué frescura! ¡Qué hermosura! Y al decir estas palabras, muy lenta, muy dulcísicamente agitó Fanta sus ligeras alas encima del rostro de los esperanzados labradores y cual sombra desapareció, porque los tres respiraban à compás en brazos del amigo sueño. Tales fueron la presentacion y los primeros pasos de otro de los maravillosos seres de la isla de Gé, personaje que como habrá comprendido el perspicaz lector, era todo imaginacion, y no muy de fiar aunque brillante y simpático. Hasta los últimos dias de la familia del hombre, Fanta mantuvo de tal modo su prestigio aun en las cuestiones graves y profundas, que à ella debemos atribuir en gran parte sus triunfos y sus derrotas.

Como era natural, Ántropos exigió de su buen génio que le diera à conocer à Bárós, el criado molinero, y aunque Pónos le volvió à decir que solo à fuerza de paciencia le conoceria íntimamente, y à pesar de haberle domesticado, obligándole primero à ejercitar sus robustas fuerzas moliendo el trigo con un molino de manó, y despues con otro puesto en movimiento por un caballo ó un buey, toda la familia se llevó un solemnísimo chasco cuando le vieron tan otro de la pintura que les hiciera Fanta. Gina, sobre todo, se irritó, y desde aquel momento todos bautizaron à la soñadora con el epíteto ó sobrenombre de *la loca de la casa*.

CAPÍTULO IX.

I.—El egoismo del hombre, exagerado y mal dirigido por las demás pasiones suyas, convierte à su compañera en vil esclava.—II.—Invencion de la luz artificial para prolongar la vida.—III.—El desenfreno de las pasiones prepara al hombre para la servidumbre.—IV.—La mujer se hace hipócrita y falaz en justa y natural defensa.—V.—El hombre, admirado ante el valor de los mas fuertes, labra, aconsejado por el miedo, sus propias cadenas. Época heroica.—VI.—Los vicios precipitan la degradacion del hombre. Principio de la esclavitud.

I. Hasta aquí, nuestros amigos mal que bien se habian ido defendiendo contra las continuas y perseverantes asechanzas de Dinamion y de Seuda, quienes empeñados en gozar sin pagar por cada goce el precio fijado de antemano en las leyes maravillosas

de la isla, se empeñaban en esclavizar al hombre y á los suyos para que hiciesen todo trabajo mientras ellos holgaban y gozaban. Ahora, empero, tenemos que reseñar á vuelapluma una página muy triste de errores y decadencia, que preparó el triunfo del gigante y de la bruja, abriendo un período nuevo en la vida de nuestros labradores; período regado con sudor y lágrimas, y escrito por el dolor con sangre. Pero las leyes de la isla eran fatales é inmutables; por encima de todos los esfuerzos teníanse que cumplir y como todas ellas iban á un mismo fin derechamente encaminadas, la ambicion de Dinamion, la codicia y la falacia de su consejera contribuyeron grandemente, segun nos proponemos demostrar en el trascurso de esta historia, al progreso de todos en general obligando al hombre y á la mujer á trabajar, á estudiar, y por lo tanto, á instruirse.

Entre los muchos errores de Ántropos por aquellos dias, fué el mas trascendental y grave dar oidos al ingenioso Egos, el cual con una sagacidad diabólica le repetia á cada paso:

—¿No te ha dicho ya y te repite tu buen génio que el toque está en hacer trabajar á otros para tí? ¿Pues por qué no sigues sus escelentes máximas? ¿Por qué te empeñas en estar hecho una bestia el dia como la noche?

—Ya procuro obedecerle en eso como en todo, contestaba el hombre. Por eso he formado mis rebaños, domesticado á los brutos, y procuro conquistar cada vez mas á Pir, el artífice del fuego, y á Bárros, el molinero incansable.

—No es eso, tonto, no es eso, replicábale Egos con ironía. Aun te queda algo por hacer. Por ventura ¿no es Gina tan apta como tú para muchísimas tareas? ¿Por qué se ha de quedar al amor de la lumbre mientras tú tomas el sol ó tiritas con los hielos y ventiscas?

Desde el instante en que Ántropos dejó de irritarse al oír estas razones, se pudo tener por segura é inevitable la ruina de la familia.

A consecuencia de aquel triunfo de Egos, auxiliado por algunos de los duendes mas traviesos de la isla, Gina fué á labrar la tierra, á limpiar los establos, á desempeñar, en fin, las labores mas humildes y peor avenidas con su sexo. Su marido, como buen

egoista despechado, se propuso cargar sus débiles hombros con la mayor parte de la pesadumbre que le impusiera el destino, reservándose para sí y sus descendientes las holgadas libertades de la direccion suprema.

Quando Pónos se enteró de aquel profundo trastorno, de aquella perturbacion contra natura, reconvino con energía al hombre; pero este le contestó con nunca vista altivez y en tono de reconvenccion, que él no hacia mas que obedecer sus máximas.

—¿Cuándo te he dicho yo, preguntó el génio, que abusaras de la debilidad de tu amorosa compañera?

—Me has enseñado una y otra vez, contestó Ántropos, que el único medio de aliviarme en mis afanes, era que otros los sufriesen para pagar cual se debe el precio de cada cosa, y así como obligué á moler á Bárros, quiero que Gina are, siegue y trille.

Tan inesperada salida dejó confuso al buen Pónos por largo espacio de tiempo, pero muy luego replicó:

—Ese razonar no es tuyo: ese raciocinio es de algun duende. ¿Qué paridad tiene, hombre egoista y mal aconsejado, la condicion del bruto ó de esos génios que se hicieron para que te sirvan, con la de tu igual, tu semejante, tu pareja? Cautivar la cabra, domesticar el toro, domar al caballo, sacar á Pir de las llamas, buscar á Bárros, esfuerzos son dignos de encomio y merecedores de aplauso. Esos son séres inferiores á tí que carecen de tu inteligencia, y sobre todo que no tienen sensibilidad para llorar su infortunio; pero tu mujer es parte de tí mismo, y atentar contra su libertad y hacer esfuerzos por degradar su condicion, es y será el mas negro de los crímenes. Tan lícito como es y tan plausible que eludas el trabajo bruto, cautivando los cien servidores misteriosos que tienes en esta isla encantada, será de feo y criminal el obligar con la fuerza á que trabaje por tí otro de tus semejantes. Si tal hicieras, cien veces serás maldito, y donde pusieres la planta, allí nacerán abrojos. Ese es cabalmente el crimen mas enorme, porque es el padre de todos los demás. Ese es el crimen que intentan cometer contigo así Seuda como Dinamion. Vuelve en tí, iluso; vuelve en tí y reflexiona lo que sufririas si ella, siendo en tu lugar, te oprimiera y degradara. No: eso no puede ser. Recuerda que se lastan los desmanes. Si te empeñaras en ello, ningun es-

travio te acarrearía mas dolores y mas lágrimas. Que cada uno de vosotros lleve su parte de la carga comun. Y si quieres dominar en jefe no cedas tu investidura, pues aquel ha de mandar en buena ley que mas y mejor trabaje.

Todo fué inútil: Ántropos, ciego de egoismo, estaba tan obcecado que cerró los oídos á la verdad, los ojos á la luz, y dijo imperiosamente que era irrevocable su resolucion.

La mujer se convirtió en esclava.

II. Mas ¡oh prodigios de la encantada isla de Gé! Hasta esta iniquidad fué causa de algunos adelantos. Entre ellos, el culminante fué la invencion de la luz artificial. Veamos cómo sucedió.

La carga que pesaba sobre Gina era superior á sus fuerzas y se aumentaba de hora en hora. Trascurrido algun tiempo ni aun la alcanzaba la luz del sol para atender al campo y á la casa. Ociosos yacian rueca y huso; ni hilaba ni tejía. Las cabañas perdieron poco á poco su aseo y su compostura; los trajes del hijo y del marido se resintieron de abandono. Todo se cubria con el feo cenital de la pereza.

Ántropos, cuyo egoismo rayaba en crueldad, lejos de advertir las indelebles huellas que la fatiga comenzaba á imprimir en el rostro pálido de la mujer, pensó en alargar el día para que desempeñase lo que por falta de luz la era imposible. Exigió de Pónos (creyendo que lo podia todo) ó que detuviese el sol, ó que le hiciese aparecer algunas horas antes.

—No alcanza á tanto ni tu voluntad ni mi poder, contestó el génio sonriendo. Las leyes y las disposiciones de esta tierra son inflexibles, y el menor y al parecer mas insignificante fenómeno no se desviará la centésima parte del paso de una hormiga para salvar algo que te sea caro, aunque ese algo fueres tú con toda tu descendencia. Tu mision es estudiar esos fenómenos para sacar de ellos cuanto necesites: la mia decirte *cómo*. Procura, pues, estudiar los *hechos* para respetar sus *causas*, como la espresion de la voluntad del gran encantador Tco, tres veces justo, tres veces sábio, tres veces poderoso que rige con toda omnipotencia esta isla encantada. Si fueras tan insensato que te opusieras á esas *causas*, la menor y mas trivial reducirá á la nada tus pujos de Señor y tu soberbia. Lo que podemos hacer (ya que segun te dije desde

el primer día estoy dispuesto á obedecerte) será buscar si entre los mil portentos de la isla hay alguno que pueda satisfacer tu deseo.

—Míralo pronto, contestó el aspirante á tiranuelo. Mi casa no puede seguir así, mi mujer no cose, no teje, no limpia, y es necesario que se me cuide y atienda.

—Recordarás, dijo entónces Pónos, que el rayo derrama en torno una claridad que trueca la noche en día, que el matorral incendiado por él luce y resplandece. Pues voy á robar al fuego una de sus llamas, una crespa de sus resplandores para fabricar un sol del tamaño de una almendra, cuyo diminuto sol podrás tener en tu cabaña, encenderle cuando tú gustes, y llevarle por do quier. Si lo consigó, cádate el día mas largo.

—Buena invencion seria la que propones, exclamó el hombre, y si me la proporcionas *nada mas te pediré*: es cuanto me falta para ser feliz.

—Siempre dices otro tanto, añadió el génio, y lo mismo seguirás diciendo hasta la fin de las edades. Yo, empero, sé que tus deseos serán crecientes, inacabables, infinitos. Afortunadamente la isla encantada en que vivimos tiene tesoros para colmar tu codicia.

Pónos, obligado como sabemos ya á satisfacer hasta los caprichos de los héroes de mi cuento, enseñó al hombre á fijar un asta de carnero en la pared y á introducir en aquel primitivo candelero una tea encendida de pino resinoso. Aquello por de pronto le dió luz. Mas tarde observaron que la punta y postrer remanente de la tea duraba mas, porque la resina derretida llenaba la cavidad del asta, y el cabo de la madera hacia oficios de alma ó de torcida. Este hecho, una vez averiguado, les llevó á la construccion de los primeros candiles, vasos de barro con materias grasas ó resinosas y unas yerbas retorcidas, secas, lo cual andando los tiempos dió origen á las hachas, bujías y blandones trasformados despues en lámparas alimentadas con el precioso jugo de la oliva. La luz artificial, tosca y todo en un principio, constituyó desde luego uno de los adelantos mas preciosos y más útiles. Puede decirse con Ántropos, que detuvo al sol en su carrera para alargar la vida y sus placeres. Gracias á los benéficos fulgores de aquel

remedio raquíutico, nacieron despues en las pesadas vigiliass del invierno, goces, ideas é invenciones que de otro modo habrian tardado mucho en surgir.

Admirable fué la apropiacion de la luz para el adelantamiento de la colonia, pero con ella se recargó á Gina tanto y tanto, que únicamente la resistencia paradógica de la mujer, podia sobrellevar una vida semejante.

El marido por la inversa, se hacia cada vez mas desidioso. Solo pensaba en sus potros, en sus armas y en cazar; llevaba al hijo á todas partes; le educaba entre inútiles pasatiempos, y ni siquiera cuidó de hacerle respetar como debia á la mas tierna y afectuosa de las madres.

III. Malo era por tanto el rumbo que llevaba la colonia. Si se necesitara un sintoma infalible de tan patente verdad, ó claros indicios del fin y paradero de tan desatentada marcha, no habria sino reparar en el alborozo y la fruicion de trasgos y de duendes moviéndose á la luz del sol con actividad pasmosa. Iban, venian, tornaban siempre alegres, siempre alborozados, sin que los esfuerzos del génio fuesen bastantes á desterrarlos de la aldea. Cada dia se aumentaba su número, y los habia de todos tamaños, formas y cataduras. Tres de ellos sobre todo empezaban á brillar tanto como Egos, Fobo y Alazona. Estos tres eran Licña, Petonosa y Filoctesia, ó sean como si dijéramos las encarnaciones de la gula ó glotonería, la *envidia* y la *avaricia*, que mas tarde hicieron gran papel en los memorables acontecimientos que relato. En cuanto á Apénia y Anoya, favoritas principales de la bruja, ya recordarán nuestros lectores que tenian el encargo de vigilar el manto de la divina hija de Pónos, sirviéndola á la vez de carceleras. Por esta razon se las veia de tarde en tarde por el pueblo. Era patente, claro, indubitable que algo de mucho bulto se tramaba á juzgar por las idas y venidas de aquella tropa falaz y fementida entre la aldea y la caverna, y solo la ceguera connatural á los hombres podria dejar de verlo, y su soberbia desoir las sábias prevenciones del nunca bien alabado protector. Con un valor y una entereza á prueba de repulsas, todos los dias les presentaba la verdad envuelta en amenos y delicados ejemplos, y todos los dias el ingrato protegido le despedia nécio de su lado.

IV. Era una tarde desapacible y nebulosa: el viento levantaba en polvoroso remolino el tamo de la era, y de vez en cuando hasta se veía subir por la espiral retorcida alguna mata de las yerbas agostadas. Gina se hallaba recogiendo el heno, mas no obstante su excelente voluntad veía que era imposible concluir con tiempo su tarea. Lo mismo la sucedía casi siempre, y por eso tenía cien y cien cosas atrasadas. Se sentó con la frente cubierta de sudor á la sombra de unos tilos, y sus ojos se bañaron en triste y acerbo llanto. El recuerdo de sus cuitas, del entibiado cariño del esposo, del desamor ingrato de su hijo, iba provocando mas y mas sus lágrimas y suspiros, cuando reparó que Egos, muy formal, muy diligente, estaba reuniendo el heno, atando los hacecillos y formando como si tal cosa los almiarés. Al principio lo estrañó no poco, pero como la necesidad de algun consuelo (necesidad imprescindible para el hombre con ser hombre, pero mas absoluta aun en la mujer) la habia obligado en medio de sus desventuras á apreciar como dicha singular el trato libre y sin rebozo con los duendes, creyó ver en la conducta de Egos una prueba muy tierna de cariño y lloró doblemente, comparando tan delicado proceder con la cruel antipatía de los suyos.

—Vamos Gina, vamos, dijo acercándose Egos luego que hubo terminado el primer almiar. No llores prenda, no llores. Me contristas con tus lágrimas. ¿Por qué no buscas quien te ampare?

—Y ¿quién ha de amparar á la esclava desvalida? exclamó la mujer llorando á mas y mejor.

—Aquellos quienes pueden mas que Ántropos y ese embaucador de Pónos. Una mujer cariñosa, sábia, prudente, que ha venido movida por mis súplicas y espera detrás de aquellas zarzas que tú consientas en oirla. ¿Quieres que la llame?

Preciso será decir en honra de la mujer que á la idea de confiar sus cuitas, y mucho mas á una estraña, sublevóse su delicadeza y aun esperimentó ciertos recelos. Empero el trasgo insistió mas zalamero cada vez, y al fin dijo la cuitada:

—Tan desesperada estoy, amigo mio, que no sé lo que deseo.

—Voy á llamarla, se apresuró á decir el duende. Ya verás cómo

te dá remedio para todo. ¡Es tan prudente! ¡tan cariñosa! ¡tan sabia! Voy á llamarla. Ya verás.

—No hay para qué, dijo Seuda saliendo de entre los zarzales apoyada sobre un báculo. Veo que se llora y aquí estoy. Cuéntame tus cuitas, hija mía. Dime lo que te aflige, y si confías en mí, bien pronto terminarán.

La aparicion de aquel encorbado cuerpo oculto bajo cien caretas, asombró tanto á la mujer que hizo un esfuerzo por huir, pero la consejera de Dinamion venia rodeada de Fobo, de Alazona, Licnia, Petonosa y otros cien ligeros servidores los cuales detuvieron á Gina.

—¿Qué temes pobre Gina? preguntó la bruja en un tono de voz que queria ser dulce pero que no llegaba al corazon. ¿Qué te aflige? ¿Por qué lloras?

—Lloro, señora, contestó Gina (sin quitar los ojos del movimiento de las cien caretas que la ofuscaba y fascinaba) lloro porque mi marido no es ya aquel Ántropos de nuestros primeros años. No sé lo que tiene. Sin duda que está encantado tambien. Antes era tan bueno, tan dulce, tan mimoso; hoy no pasa dia que no me doble la carga. No puedo mas, y cuando caigo sin aliento me insulta y me moteja.

—¿Nada mas que eso? preguntó la bruja con un reir horripilante. ¡Pobrecilla! en cuán poca agua te ahogas.

—¿Cómo poca agua? exclamó la mujer. ¡Ahí es nada! Pues yo quisiera ver á mas de cuatro en mi lugar.

—Eres una tonta, prosiguió Seuda. Una tontuela. Cuando el hombre es tan injusto, tan brutal, el remedio es sobre evidente, fácil.

—¿Cuál? preguntó Gina con viveza.

—No se hace cosa alguna de las que fuera de razon se exigen.

—¿Y cuando pregunte mi marido?

—Se contesta que están hechas.

—¿Mentir?

—Defenderse.

—¡Faltar á la verdad? ¡Engañar á mi marido?

—Hacer aquello á que te se obliga. Corresponder á la crueldad de tu tirano.

—¡Imposible! Me lo conocería él, y entónces... ¡Ah! nõ; no quiero mentir.

—Ven acá, tontuela, ven acá, la interrumpió la bruja. ¿Y si yo te diera, para que nadie lo supiese, esta magnífica careta? Y Seuda presentó á Gina un antifaz como los suyos.

—Si yo me pusiera sobre el rostro ese disfraz, contestó la pobre con dolor, sería fea, sería repugnante, y Ántropos no me querría.

—No seas tan arrebatada, replicó Seuda con cierta autoridad. Escucha y reflexiona. La careta que te ofrezco está tan encantada como todo lo de por acá. ¿Te imaginas que solo Pónos sabe hacer prodigios? Calado ese antifaz sobre el semblante, se adaptará de tal modo á tus facciones que los ojos de un lince no advertirán la mas pequeña variacion ó diferencia. Con él, ni tu boca crecerá ni un punto, ni perderá esa nariz su línea severa y pura, ni tus ojos han de ser menos divinos, ni tus cabellos dejarán de ondear con su lustre y su tersura hasta besarte los hombros amorosamente. En nada has de variar, en nada ¿entiendes? y la vista del hombre jamás verá al través de mi careta, porque podrás sonrojarte y el carmin de la vergüenza quedará encubierto, palidecerás, y no por eso ha de disminuir el arrebol de la mejilla. Atiende ahora á lo mejor: sobre tantas y tan pasmosas cualidades, mis antifaces poseen una virtud única en la tierra: inspiran al hombre que los mira una pasion de por vida, un amor sin cambios ni mudanzas.

—Venga, venga ese antifaz, gritó Gina al escuchar las últimas palabras alargando con ánsia entrambas manos.

La bruja entregó á la inocente la careta, y si hubieran podido penetrar los ojos al través de aquella que cubria sus facciones, se hubiese visto con horror una sonrisa diabólica.

Gina comenzó á correr sin tino para llegar á su casa antes y con antes. Como era casi de noche y el viento zumbaba entre los árboles, Fobo se empeñó en acompañarla.

Ségun se vé los duendes no podían mostrarse mas urbanos.

Llegó por fin á la puerta de la choza y se paró en el umbral para calarse con mano trémula la careta de la bruja.

—¿Has concluido todo cuanto dije? la preguntó su marido al verla entrar.

—Todo, contestó Gina con voz apagada é indecisa, y sintió que el fuego del rubor la quemaba la mejilla. En breve, sin embargo, se tranquilizó al ver que el hombre no se apercibía de ello. Seuda no la había engañado: desde aquel momento podía sin temor mentir.

De esta suerte, y por las infernales artes de la mala bruja, Gina se acostumbró al engaño, y ni un solo día dejó de faltar á la verdad. Con esto la hacienda no se cuidaba, ni las faenas se hacían. El ganado no pastaba á tiempo, los campos estaban sin sembrar, y para decirlo de una vez, todos juntos y cada uno de por sí abrían bajo sus plantas un abismo.

Pónos bien veía y deploraba la ruina, mas sus consejos eran enojosos y apenas desplegaba el lábio cuando los hombres le mandaban desaparecer. Limitábase por lo tanto á acompañar y aconsejar á Gina, á quien roía el pecho un torcedor singular entre de tédio y tristeza. A pesar del antifaz y de sus virtudes de atracción, su esposo era siempre el mismo y en vano esperaba ansiosamente que renaciera el amoroso bienestar de antaño.

Por su parte Ántropos sentía una repugnancia inexplicable siempre que miraba á su mujer en rostro. Advertía en sus facciones cierta cosa que no se podía él explicar: la frialdad de la muerte, la estúpida impasibilidad del bruto. Lejos de sentir la pasión amorosa con cuyo vaticinio Seuda se apoderó de la voluntad de su mujer, su desvío hacía la triste tomaba temerosas proporciones.

La rica y próspera colonia por todos cuatro vientos se desmoronaba.

V. Pero todavía no eran, sin duda, bastante estos males para esclavizar al hombre. Dominado por el egoísmo, injusto y avasallador hasta para con aquellos de su misma carne y hueso, degradábales y envilecíales obligándoles á defenderse con la hipocresía, la traición ó la mentira. Aun así y todo aquella degradación moral preparaba, mas no podía consumir, la esclavitud de la familia, porque para ello se necesitaba una fuerza exterior que se sobrepusiese á todos, y esta fuerza no podía ser otra que la del gigante Dinamion.

Para que esto sucediese, sin embargo, era condición precisa,

según recordarán nuestros lectores que Ántropos forjase con sus propias manos las armas del gigante para el caso, y el infeliz, caminando de error en error cayó por fin en la red que le tendieran con diabólica insistencia los duendes y los trasgos todos.

Diremos cómo y de qué modo sucedió:

No hemos creído necesario repetir una y otra vez que la familia y sus riquezas continuaban cercados de peligros, porque cercados estaban de bosques vírgenes impenetrables, de mofíticas lagunas, y el león y el tigre y la serpiente no solo les causaban grandes daños sino que amenazaban sin cesar su vida.

Mesábase Ántropos cierta mañana los cabellos porque un león viejo y atrevido se había llevado durante la noche una de sus vacas favoritas, cuando se le acercó Fobo, el enanuelo de las antiparras, y retorciéndose el remangado bigote le dirigió su voz en estos términos:

—Apostaría yo algo, buen amigo, á que darías tú ahora tres vacas, sobre la perdida, por la piel del insolente y sanguinario león.

—No; tres vacas no, exclamó el iracundo Ántropos; la mitad de mi hacienda sabría sacrificar con gusto á trueque de vengarme de una vez y de pisotear las guedejas de esa fiera.

—No hay que dar tanto por tan poca cosa, replicó el duendecillo con prosopopeya ridícula. Hazme la promesa de servirme cuando se me ofrezca algun antojo, y mañana al ser de día tienes aquí la piel de ese leonzuelo sin que la falte ni una guedeja, ni una uña, ni un colmillo.

—¿Sería posible, amigo Fobo? preguntó el hombre.

—Haz la promesa y lo verás.

Ántropos se hallaba tan sediento de venganza que prometió hacer en obsequio del emisario de Seuda aquello que en la primera ocasión le demandase.

Al día siguiente, cuando el hombre se asomaba á la puerta de su choza para ver salir el sol, contempló, no sin horror en los primeros instantes, los despojos aun sangrientos de un león cuya melena patentizaba á las claras que su dueño acababa de morir en el apogeo de su vigor y tamaño. ¡Con cuánta fruición no llamó el nécio á los suyos, se pasearon sobre la piel, escarmenaron las gue-

dejas y la arrastraron por la cola! El padre, y el hijo sobre todo, se pasaron el día entero en medir los palmos que tenía, figurarse el imponente y aterrador aspecto de la fiera, y ensalzar llenos de admiración la pujanza del brazo que se había atrevido á combatir con semejante adversario frente á frente.

Entre tanto aquella misma noche faltaron mas reses que de costumbre, y cuando Gina fué á trabajar al campo, encontró en las inmediaciones del arroyo señales inequívocas de haber celebrado allí su festin nocturno una verdadera manada de animales carniceros. Quejóse nuestro hombre al enanillo á la caída de la tarde, mas éste le repitió que no se cuidara de ello, pues el asunto estaba en buenas manos y antes de mucho los bosques se verían limpios de fieras, alimañas y serpientes.

—¿Pero quién es el que las matará? preguntaba Ántropos. ¿Quién pudo vencer á ese leon rey de las selvas y terror de todos los animales?

—Ese es mi secreto, le replicaba Fobo. ¿Qué te importa á tí quien sea? Desaparezcan las fieras y mátelas quien las matare.

—¿Y qué me vas á pedir? tornaba á preguntar el hombre. No vayas á exigir un imposible.

—Vive en paz, mi buen amigo, le decía con aire protector el trasgo. Lo que te haya de pedir, siempre será una bicoca. Algun dije de esos que fabrica Pir con tantísima destreza. El único sacrificio por tu parte será resistir á Pónos, quien de seguro y de puro ódio que me tiene, te dirá que no accedas á lo que te pida.

—Te juro por quien soy, exclamó el hombre, que en vano se cansará. Que quiera ó que no quiera, has de tener lo ofrecido.

Cuando el taimado enanillo escuchó aquellas palabras temerarias, dió cuenta á Seuda de la disposición de los ánimos en el naciente pueblo, y la bruja suplicó á Fanta que escitara con una de sus mas magníficas leyendas la imaginación del hombre, á fin de asegurarse mas y mas el triunfo. El hada dócil, ligera, veleidosa, complaciente para todo el mundo, corrió ligera al lecho del labrador ignorante, y le recitó con su vocecita suave, suave, tal tejido brillante é ingenioso de fábulas heróicas que el menguado, con sólo oirla, rindió culto fervoroso y sincera adoración al matador de fieras, serpientes, esfinges y no imaginados vestiglos. Creyó con fé

ciegá, con servil espanto, en toda una raza de héroes y semidioses, dotóles con una naturaleza superior á la suya, y en una palabra, empezó á adorar á la fuerza para concluir por ser víctima de la fuerza.

Desvanecido todavía por la fascinacion irresistible de los cuentos de la loca, vió que Fobo se le acercaba de nuevo y le pedia como recompensa indigna para uno de aquellos semidioses ó héroes, un casco enorme del tamaño de una de sus chozas y una espada colosal que guardaba proporcion con aquel casco enormísimo.

Ántropos citó á Pir, se puso á trabajar en seguida y obligó á Pónos á prestarle su vara mágica dorada.

En vano el génio le suplicó con lágrimas en los ojos que volviese en sí, que se armase de valor y que él le enseñaria á esterminar las fieras mucho mejor que el gigante; que no fiara á nadie su defensa; que aquellas armas eran el talisman indispensable para reducirle á la mas vil y dolorosa esclavitud. El hombre, con aplauso de toda la familia, terminó el casco y la espada y los puso á disposicion de Fobo.

VI. No faltaba sino un paso, y este le dió el hombre en su locura.

La bruja de las cien caretas mandó á sus secuaces que ponderaran al hombre las escelencias del buen vino. El hombre obligó á su génio tutelar á decirle cómo se fabricaba con todas sus cualidades embriagantes: se aficionó á él; dió un ejemplo á los demás que imitaron desatentadamente, y una noche (¡noche terrible y ominosa!) en que el padre se bamboleaba y se caía queriendo atizar la lumbre, en que la madre reia á carcajadas sin poderse tener en pié y en que el hijo jovial de puro beodo se burlaba de su padre, un resplandor vivo, lúgubre, siniestro inundó la cabaña y aun la aldea.

La risa estúpida y soez se hiela de pronto en las gargantas.
¡La choza ardia por todas partes!

En los primeros momentos nuestros beodos parecían estatuas del espanto, mas por fortuna el incendio había estallado cuando la embriaguez de Gina y de su hijo comenzaba á disiparse, y el inesperado baño de Ántropos le había devuelto en parte á su razon.

—Salvemos cuanto podamos, gritaron el muchacho y la mujer.

Y con suma diligencia recogieron algunos utensilios sin olvidar la flauta en que yacía Tongo, la madera en que solía dormir Pir y la piedra en que se ocultaba Báros. Levantando en seguida entre los dos al hombre, salieron apresuradamente de la choza que amenazaba sepultarles bajo una capa de fuego, y apenas estuvieron al aire libre cuando contemplaron el mas terrible de los espectáculos.

Las cabañas, almacenes, establos, cijas, todo ardía en rededor, y tantas riquezas, tantas conquistas ganadas en largos y penosos años á fuerza de sacrificios, de sudor y de constancia, quedarían reducidas á pavesas antes que el próximo sol saliera para alumbra-
brar su desventura.

El incendio se extendía con pasmosa rapidez á los pocos puntos por donde todavía podían salvarse, y las ovejas que se asaban balaban lastimeramente, y los bueyes y las vacas atropellaban y mugían, y los potros rompían los ronzales y salían desbocados por las huertas, y las aves alborotadas cuanto vocingleras, se esforzaban por remontar el vuelo y al atravesar las llamas perecían. Todo era ruido, confusion y horrores. Los tres desgraciados tendieron la vista para ver por donde huir. Una sola salida quedaba en aquel peligro y hácia ella se dirigieron, mas cuando se creían, aunque arruinados, á salvo; cuando saboreaban ya el placer de conservar la dulce vida, contemplaron delante de ellos iluminada por los rojizos y crecientes resplandores del incendio, la colosal figura del gigante Dinamion clavando en sus ciegas víctimas aquellos ojos mil veces mas encendidos y brilladores. Llevaba en la nervuda diestra la ancha espada, sobre la cabeza el casco labrado por la insensatez de Ántropos: no habia medio de resistirle ó burlarle.

Las manos del gigante bajaron al parecer pausadas, pero en efecto con tanta celeridad que detrás de ellas zumbaba un remolino, y cuando las hubo apoyado en tierra encerrando entre ellas á nuestros infelices, aproximó la boca cuanto pudo y con voz atonadora, dijo:

—Entregaos sin rechistar. Ya sois míos, y si se me antoja os aplasto.

— Haz con nosotros á tu sabor, exclamó Gina, pero concédenos la vida.

— Eso haré yo de buen talante por la cuenta que me tiene, contestó Dinamion. ¿Jurais obedecerme?

— Sí juramos, gritaron los tres temblando de terror.

— Sea enhorabuena, replicó el coloso, y recogiéndoles con sumo cuidado, los colocó dentro de un pliegue que formó con la piel de tigre entre su cuerpo y el siniestro brazo, como el rapaz coloca dentro del sombrero los pájaros en cañones que robó sin compasion al antes dulce y entónces atribulado nido. Poniéndose despues en pié, mandó á sus duendes que salvaran y recogieran todo cuanto pudiesen del incendio, diciéndoles que lo llevaran pronto á su guarida, y luego sin perder un instante tomó el camino silencioso de sus áridas montañas.

— ¿Qué haremos? preguntó Gina deshecha en llanto tardío.

— Llorar nuestra desobediencia, contestó Ántropos. ¡Oh! y con cuánta verdad, con cuán previsor cariño nos aconsejaba Pónos!

— ¿Qué murmurais por le bajo? preguntó Dinamion con voz airada. Si aprieto os hago jigote.

Los tres se acurrucaron medrosos en el fondo del pliegue de la piel de tigre.

En esto llegaron á la caverna.

CAPÍTULO X.

I.—Fin de los tiempos prehistóricos y principio de los históricos, en cuya aurora la fuerza es la única y suprema ley y Seuda (*la mentira*) pugna por tomar ascendiente en el gobierno.—II.—El trabajo, visible ó invisible, jamás abandona al hombre.—III.—Ley admirable para el progreso del hombre.—IV.—Otra ley admirable de progreso que encierra para los opresores un dilema, el cual unido al explicado en el capítulo IV constituye la clave de la historia.—V.—Injusticia ó quebrantamiento de la ley moral que dá origen al triste drama, á la angustiosísima hecatombe de la historia antigua.

I. En otro capítulo anterior de esta exacta pero compendiosa historia, se dijo que la caverna de Dinamion era un antro inmenso lóbrego y desapacible. El gigante la pisó soberbio con su victoria á tiempo que la noche oscura cedia de mala gana ante los sonrosados arboles del sol primero que iba á iluminar la esclavitud de los mortales.

Seuda impaciente ya, pues no habia pegado los ojos en la noche, salió al encuentro cuando sintió sus pisadas para preguntarle en tono zalamero:

—¿Qué hay, delicioso Dinamion?

—¡Victorial exclamó el gigante sin ser dueño de contener su júbilo. Concluyóse el trabajar: el hombre y la mujer son nuestros.

—Rindamos gracias á los dioses, contestó Seuda. Ellos dan y quitan triunfos y venturas.

—Déjame ahora de tus dioses, la interrumpió bruscamente Dinamion. He vencido porque soy fuerte, porque soy valiente; y porque soy valiente y fuerte quiero desde hoy mandar y disponer. Ea, pues, ¡esclavos! á trabajar. Deseo celebrar mi triunfo con un espléndido festin. Mientras tanto, discurre tú, Seuda, la manera de arreglar mi imperio para que desde hoy no haya mas ley que la mía. ¡Esclavos! ¡á trabajar!

Con mas del conveniente desenfado recogió nuestro gigante á los tres labradores próximos á espirar de entre los pliegues de la

piel de tigre, y los puso bajo la custodia de un verdadero enjambre de trasgos burlanos, traviosos y crueles, ordenándoles imperiosamente prepararan al instante el mas opiparó festín si no querian que vivos les desollaran.

Inmediatamente fueron llevados hácia una estensa pradera cercada en torno de montañas, y allí encontraron ya toda la parte de sus antiguas riquezas que los servidores de Dinamion habian podido salvar del horroroso incendio.

Por fortuna, de todo habia allí algun poco, desde la oveja su primera y pacífica conquista, hasta el vino su última y por demas infausta. Fobo entónces les repitió las órdenes de su señor con un aire de maton de que hasta entónces nunca hiciera gala, y los guardías de nuestros labradores se retiraron á los picachos para vigilarlos mientras trabajaban.

Apenas quedó sola la infeliz familia cuando prorumpieron á llorar amargamente sollozando á media voz y temerosos:

I.—¡Pónos! ¡Pónos! ¿cómo pudiste abandonarnós en tan duro trance? Perdónanos y acude. ¿Cómo salvarnos sin tí?

II.—Basta, exclamó el génio del manto azul apareciendo. A vuestro lado he permanecido embozado é invisible. Este no es tiempo de abatirse. Principia el reinado de la fuerza, contra la cual no hay resistencia. Ya ni tu cuerpo, ni tu vida, ni tu voluntad te pertenecen. No eres hombre, eres una cosa. Guiado por tus peores pasiones has perdido el paraíso terrenal que hubieras podido poseer. Hoy no hay nadie que te salve ni te redima sino yo.

Ántropos y su familia se quisieron arrojar de hinojos, pero el génio les detuvo, y en tono dulce y paternal les dijo:

III.—Guardad esas demostraciones para vuestro amo feroz y vengativo: á mí se me respeta y se me quiere con la verdad en la mente, con el amor en el corazón. No perdamos tiempo ahora. Escucha una nueva ley, maravillosa como todas las de la isla, ya que la ves comprobada en tu rededor. Ninguna conquista útil, una vez realizada, puede desaparecer ni será perdida para tí. Veo que sobre vuestros pechos duermen Tongo y Pir y Báros, y si reparais en los restos de vuestra pasada riqueza, la ambicion de Dinamion, la codicia de sus servidores han salvado algo de todo cuanto poseíais. Aquí teneis además mi vara mágica. A pre-

parar, pues, el festin con todos los elementos adquiridos, y mañana principiaremos la obra descomunal, la série inmensa de trabajos que os ha de conducir á vuestra emancipacion.

Acto continuo se degollaron vacas y terneras, cerdos cebones, y tiernos corderillos. Los pinos cayeron por las breñas; Báros convirtió los trigos en harina; Pir, diligente como nunca, encendió mil hogueras sobre el llano, y al toque de la vara mágica de Pónos se obraron por encanto maravillas. En el espacio de algunas horas Gina con su hijo habian descargado y distribuido todo cuanto trajeron los duendes como botin de su victoria. Entre las cargas infinitas de sus caballerías, encontraron multitud de utensilios é instrumentos que les sirvieron para disponer ó para adornar la fiesta. Ántropos obedecia y hacia ejecutar las órdenes de Pónos; hablaba y gesticulaba; iba y venia, y como procurasè estar en todas partes, sudaba la gota gorda. La llanura á la entrada de la caverna se convirtió en una inmensa cocina, desde la cual se reforcian cien columnas de humo hácia los cielos, y los gratos tufillos de las viandas llevados por el viento llegaron hasta las cimas de los montes y provocaron el apetito de los duendes. Con esto estaba toda aquella chusma impaciente por caer sobre las provisiones de Ántropos y en un verbo devorarlas.

Dejemos un instante ahora al hombre, á Pir, á Báros, con su penosa faena, y veamos lo que pasaba entre Seuda y Dinamion allá en el interior de su guarida.

IV.—Vamos á ver, dijo el gigante. Es necesario que mi triunfo sea eterno. La prudencia exige que pensemos en el único peligro que me preocupa. Soy fuerte, soy valiente, y nada puede resistir á mi voluntad á no ser ese peligro cuyo recuerdo me persigue y me desvela.

—¿Qué peligro, señor fuerte y sublime y delicioso? preguntó Seuda asombrada corriendo sobre su semblante una careta burlona.

—El desencantamiento de Alécia, contestó el gigante. Si esto sucedièse, todos quedaríamos iguales y habria que volver á trabajar. Hé aquí el peligro, y por eso quiero ver cómo está el manto.

—No os alarmeis de ese modo, amo sublime, y delicioso y fuer-

te. La ley de esta encantada isla, que nos reveló á su tiempo nuestra prisionera, decia así:

Cuando el hombre con la mujer hayan llevado á felice término un número de prodigios tan imposible de contar como los peces de los mares, los átomos del polvo ó las flores de los campos; entónces, y no antes, desaparecerá el velo de la esclava Alécia; entónces, y no antes, tornaria á reinar sobre la tierra. Ya lo ves: la prediccion no puede ser mas clara, mas categórica. Segun ella, el manto de la hija de Pónos no desaparecerá hasta tanto que se haya ejecutado por el hombre ese número infinito de prodigios, y ni han tenido tiempo para tanto, ni en los siglos de los siglos darán fin á su tarea. No, Señor sábio y delicioso; no hay fundamento para alarmarse. Las palabras que acabo de recordar no admiten mas interpretacion que una. Hechos todos los prodigios indicados, desaparecerá la negra vestidura de la encantada Alécia, y como nosotros cuidaremos de que no se hagan todos, ni con mucho, de presumir es que vaya largo, y que la luz y la hermosura de la hija de Pónos permanezca oculta bajo ese velo impenetrable que la cubre y cubrirá desde los piés á la cabeza.

—Pues yo no lo entiendo de ese modo, replicó Dinamion. Desde el primer día, dí á las palabras del oráculo una explicacion mas natural, mas lógica.

—¿Cuál? preguntó la bruja corriéndose sobre el rostro una careta mas burlona, porque esperaba oír de boca de su Señor delicioso otra de sus habituales majaderías.

—Yo entendí, continuó el gigante, que á cada adelanto realizado por el hombre mermaria una pequeña cantidad el velo de la esclava. Si el adelanto era pequeño, poco, y si era grande, mucho. De este modo iria siendo mas corto hasta desaparecer; y de aquí mi malestar, porque nadie desconoce los peligros de descubrir al mundo y á los hombres una sola uña del cuerpo seductor de Alécia.

Un rayo que hubiese caido á los mismísimos piés de Seuda, la impávida, la astuta, no la hubiera aterrado tanto como aquella revelacion que tales visos tenia de ser en tódo y por todo exacta. Asombróse de que no se la hubiese ocurrido á ella, y luego asombróse todavía mas de que tan claramente la hubiese comprendido

y explicado el obtuso entendimiento del gigante. Fenómeno singular que suele presentarse con frecuencia: los espíritus sagaces, buscando los intrincados laberintos de las cosas mas sencillas, no ven muy á menudo lo que está al alcance hasta de los miopés, porque levantan la vista á los espacios imaginarios, mientras aquellos la clavan modestamente en la tierra.

Esta historia es toda ella una prueba irrefutable de este singular fenómeno.

Pero sea de esto lo que se quiera, Seuda se alarmó de veras, y sin tomar aliento dió un grito agudo, inimitable, que repitieron burlones los senos de la caverna.

A poco se presentó Anoya caminando tarda y perezosamente, y habiéndola comunicado su Señora la voluntad del gigante, deshizo el camino andado para ir en busca de Apenia y traer entre las dos á la hija de Pónos, cubierta con su negra é impenetrable vestidura.

Quando las tres se pusieron ante sus señores, hubo un espacio prolongado de silencio. En el rostro de Dinamion se veia pintado el mas estúpido asombro. Con la boca abierta, con los ojos tamaños contemplaba alternativamente á la esclava y á su consejera, mientras que el rapidísimo movimiento de los antifaces de la bruja era inequívoca señal y seguro indicio de su turbacion y sobresalto.

El manto de Alécia ya no ludia, ni ludir podia con el polvo. Faltábanle dos buenos dedos para llegar á la tierra, y se veian claramente por debajo los dos mas lindos y encantadores piés, porque varias innumerables crespas de una luz tan viva como grata los iluminaba por dentro desde arriba. Habriase dicho que en el interior del velo negro, á la altura de la frente, ardia un astro esplendoroso.

—¿Qué es esto? rugió por fin Dinamion enfurecido. Esta es una nueva burla. ¿Qué es esto?

—¡Señor! balbuceó la vieja absorta, aumentando mas y mas el pase y repase mareador de sus caretas. Te juro por todo lo que me es caro que me hallo tan confusa como tú. Acércate aquí, estúpida y miserable Anoya, ¿no me digiste dia por dia que no se notaba novedad en el manto y su largura?

—Sí, contestó la obesa Anoya, sin cesar de rumiar un solo instante.

—¿Y por qué me lo digiste? continuó Seuda.

—Porque no la había, replicó la interpelada.

Si algo pudo acrecentar el asombro de Seuda y de Dinamion, era seguramente el aplomo y la increíble tranquilidad con que Anoya pronunció la última frase. Tan inesperado despropósito casi hizo sospechar á nuestros personajes si soñaban.

—¡Habla! gritó la bruja reprimiendo con trabajo su concentrado coraje. Habla, imbécil. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué te propones con sostener tan evidente majadería? ¿Estás loca? ¿No tienes ojos? Mira ese manto. ¿No ves que ya no toca en tierra? ¿Que está mas corto, muchísimo mas corto?

—¡Es verdad! exclamó Anoya con estúpida sorpresa.

—Entónces, ¿qué has hecho? ¿por qué me has engañado? ¿Cómo pudiste asegurar un día y otro día que ese velo no mermaba?

—Todos los días, contestó la observadora, tomaba una paja y aplicándola una y otra vez entre el suelo y el bordé de ese manto la iba cortando y recortando hasta tener la medida exacta de la distancia entre la tierra y el velo. La paja de un día la comparé, para mayor exactitud, con otra nueva recortada en el siguiente, y esta á su vez era medida por ápices con la longitud de la del día despues. De este modo era imposible el errar. Jamás noté la menor diferencia entre las pajas de dos días sucesivos, y por eso te dije siempre que no habia novedad porque en realidad no la habia.

—Quítate de ante mis ojos, imbécil, exclamó Seuda sin poder reprimir la ira. No hallabas diferencia porque la que tenía lugar entre un día y otro era tan pequeña que tus ojos no la podian percibir, pero si hubieses conservado la primera paja para compararla con las sucesivas y últimas, hubieses visto que todas esas insignificantes mermas formaban con el tiempo una, no solo perceptible, sino evidente y alarmante. El tiempo es un obrero que con átomos de polvo forma al fin y al cabo montes y montañas. Quitaos de nuestra presencia. Retiraos al hondo calabozo. Mirad bien cómo guardais á esa esclava. De ella respondereis con la cabeza.

Volviéronse á quedar solos los Señores de aquel singular impe-

rio, y tornaron á mirarse como para inquirir con ansiedad el remedio, la salvacion contra un peligro inminente.

—Bien lo sospechaba yo, decia Dinamion como recapacitando. El velo se acorta una cantidad imperceptible por cada uno de los inventos, de los adelantos, de las mejoras que lleva á término el hombre. Mi triunfo es ilusorio, mi victoria imaginaria, perecedero mi poder. ¡Y yo que le soñaba eterno! ¿Cómo he de pedirles cosa alguna á ese Ántropos, á esa mujer, para ser el propio artifice de mi caída, el fautor de mi desgracia? Porque no hay remedio: ó satisfacer esta sed de goces, de riqueza, de poder que me devora, y labrar con ello mi desventura, pues libentaré á esa Alécia y daré el triunfo á su padre, ó renunciar á toda nueva satisfaccion á trueque de que siga esclava y su velo no se descorra nunca para que jamás pueda reinar sobre la isla. ¡Oh duro, y cruel, y bárbaro dilema!

—No así te abatas y amilanes ¡oh fuerte, y sábio, y delicioso Dinamion! aventuró con timidez la consejera. Las cosas no van tan mal como tú crees. Ciertó que es fatal, que es doloroso, si el manto de la esclava se acorta con las invenciones mas y mas; cierto que la alternativa de gozar para caer, ó mandar sin placeres siempre nuevos, es por demas irritante, pero al fin es preferible que merme poco á poco, á que desapareciese repentinamente cuando el hombre auxiliado por nuestro enemigo Pónos hubiere realizado el número necesario de prodigios. Con lo que sucede podremos vivir alerta y dejar de ambicionar portentos cuando veamos que falta poco para que el velo se descorra. Del otro modo jamás estaríamos tranquilos, y el golpe nos sorprenderia cuando menos le temiésemos. Además, ¿quién sabe si la segunda parte de la profecía será infalible? ¿Quién sabe si hallaremos medios de añadir el manto? Luego séase lo que se sea, grande cosa es que tengamos tiempo por delante. Disipa por hoy esos temores prematuros. Tus esclavos esperan la señal para comenzar el festin, y como prudente gobernante debes ocultar cuanto sucede á tu pueblo. Si los gobernados supiesen lo que pasa en la mente de sus Señores ¿quién podria gobernarlos? En el misterio está el mando, tanto como está en la fuerza.

—Pero, ¿crees tú que habrá algun medio para evitar que el manto se descorra?

—Para todo encontraremos remedio, Señor magnífico y delicioso. Déjame cavilar algunos días, y todo se enmendará.

—Te doy todo el tiempo que tú quieras, pero cuidado conmigo. Si no me arreglas las cosas para que viva tranquilamente, te aplasto.

—Bien está, delicioso y magnífico Dinamion. Discurriré, y si tú me escuchas y me atiendes, podrás vivir toda una eternidad, gozando á tu buen sabor. Ten esperanza. Tú eres fuerte; yo soy perspicaz y astuta; ¿no hemos de anular entre los dos el efecto del acortamiento del velo de nuestra esclava?

—Dices bien. Todavía hay esperanza, y á la postre yo soy fuerte, mias son las armas y puedo destruir la tierra. Vamos á ahogar en la orgía recelos y presentimientos.

Los dos ínclitos personajes se encaminaron á la esplanada consabida. Cuando tendieron la vista por aquellas hogueras sobre las cuales humeaban reses chicas, grandes y medianas; cuando respiraron aquellos aromas suculentos, provocadores del hambre; cuando miraron el pan dorado y todavía caliente; cuando percibieron las calabazas y las vasijas llenas del aromoso vino; cuando se recrearon en los montones de frutos, en los barreños de leche, en los hacinamientos de legumbres, no pudieron menos de contemplar con verdadera admiración al prisionero y á los suyos.

Empero aquel momento de admiración fué asaz pasajero y breve: el gigante llamó con una gran voz á los duendes que cubrían cual densa niebla los picachos. Quien haya visto precipitarse desde las nubes sobre un olivar cargado de aceituna á una de esas innumerables bandadas de codiciosos estorninos, que son el terror del cosechero, podrá formarse una idea de la prontitud con la cual se lanzaron los trasgos desde sus encumbradas atalayas nublando la luz del sol con su revuelta muchedumbre. Y sin embargo, aunque su bajar fué diligente, cuando llegaron al festín ya el gigante habíase engullido la porción mas principal de las abundantes provisiones. Tal era la abundancia, empero, que todos comieron y se hartaron.

En pago de su rudo trabajar, los pobres esclavos fueron objeto de la mofa y los insultos de todos; y cuando ya los altos montes despaciosamente se envolvían soñolientos en el oscuro manto de la

noche, el gigante les recogió sin piedad y les encerró feroz en uno de los agujeros formado por las rocas de su caverna, tapando despues la entrada con un enorme y ponderoso canto. Seuda (sin duda por temor que pereciesen de hambre), mandó que les arrojasen un puñado de bellotas, diciéndoles al propio tiempo que si tenian mucha sed, hartas fuentes de agua manaban del techo y de las paredes del húmedo calabozo.

V. Los miserables esclavos, luego que estuvieron solos con las medrosas tinieblas y sus mortales angustias, comenzaron á hacerse cargo de su terrible situacion. Ya la recompensa conseguida no era en proporcion de los afanes. Las leyes justas de la isla se veian violadas. Ellos trabajaban y otros recogian los frutos de su trabajo.

CAPÍTULO XI.

I.—Oscuridad de los primeros tiempos.—II.—Invenciones ó adelantos que nos ofrecen los primeros imperios. La minería.—III.—Primeras construcciones sociales.—IV.—Primeras habitaciones fortificadas.—V.—Primeras instituciones religiosas.—VI.—Consecuencias de la servidumbre favorables al progreso.—VII.—Que la historia humana no debe ser la estéril cronología que hasta aquí, sino la síntesis filosófica de la lucha del hombre para dominar y conocer á la naturaleza por medio del trabajo á la vez que el estudio de las necesidades, pasiones y estarmientos que le han encaminado, encaminan y encaminarán á progresar fatalmente.

I. Nada puede haber mas oscuro y embrollado que los primeros dias que sucedieron al cambio trascendental que acabamos de referir. Solo sabemos que en ellos comenzó una série nueva de adelantos materiales, gracias á las exigencias del ambicioso Dina-mion y de su astuta consejera. Ambos se hallaban sometidos por lo visto á las mismas leyes que el esclavo en lo tocante al número y á la expansion de sus necesidades, y de aquí que tan luego como pudieron hacer trabajar á otros no tuvo límites su concupiscencia, y exigieron una y otra satisfaccion, y provocaron uno y otro progreso.

II. Relataremos los que se han podido inferir por haberse descubierto ya realizados en tiempos posteriores.

Lo primero que debió exigir el gigante á sus esclavos fueron armas y mas armas, porque se encontraba rodeado de otros jigan-

tes dueños de las demas comarcas de la isla, si no tan fuertes ó valientes, de seguro tan ambiciosos, feroces é ignorantes.

Hiciéronse, pues, por aquel entónces nuevas y mejores armas que si bien diferian poco de las anteriores en cuanto á su esencia, se ejecutaron mejor y con materiales mas á propósito. Contra las mazas y las picas de los gigantes enemigos se inventaron defensas para cubrir y proteger el pecho y las espaldas, como el casco protegía la cabeza; contra las piedras, los venablos y las flechas se ideó el escudo formándole primero con una piel fuerte y grande tendida sobre madera y reforzándole despues con chapitas de metal toscamente claveteadas, que poco á poco todo le cubrieron. La necesidad imperiosa para Dinamion era tener las mejores armas de la isla, y por la fuerza de las cosas esta necesidad de vida ó muerte produjo el progreso inmenso de hacer al hombre minero. Mientras Ántropos hubiera seguido libre jamás habria vencido el terror que le causaban las tinieblas, los ruidos y los peligros de las profundidades de la tierra; pero esclavo y sin voluntad propia, hubo de resignarse ante la fuerza y acudir como siempre á su buen génio cuando Dinamion le pidió cobre y mas cobre, y por fin hierro y mas hierro.

—No te aflijas, amigo mio, le contestó el génio. En la isla de Gé hay tesoros inagotables, y con valor y constancia daremos con todos ellos, que para tan altas y magnificas empresas reservo yo la virtud de mi varita. Tómala en la diestra; hiere con ella el cerro de piedra dura que tenemos allá en frente; la roca se abrirá á los golpes y te dejará paso para que penetres en su interior y recorras sus entrañas. Ya verás si encuentras hierro. A cada nuevo toque de la vara se alargará poco á poco el tenebroso paso ó angostura, y para que nada temas en trance tan nuevo para tí, yo en persona he de acompañarte.

Como no habia tiempo que perder, Ántropos empuñó la vara mágica, y acompañado de Pónos comenzó á golpear las laderas del escueto monte.

Desde los toques primeros el terreno parecia huir hácia la parte de adentro, labrándose un pasadizo cuya altura era algo menor que la del hombre y del ancho suficiente para dejar paso á su persona. El novel minador penetró asi lenta pero progresi-

vamente en el seno de los montes á la manera que penetran los gusanos en la fruta, los roedores en los árboles y las hormigas en la tierra. Muchas fueron sus angustias y en abundancia corrieron sus lágrimas, su sudor, su sangre, pero al fin esquilmió el seno de las montañas, y no solo estrajo de ellas grandes montones de las piedras parduscas y rojizas que contenian el hierro, sino tambien plomo, cobre, plata y oro, sin contar piedras vistosas que en un principio tuvo por juguetes, pero que vistas y apreciadas luego por Seuda y por Dinamion fueron llamadas preciosas y tacharon con sus colores y cambiantes las armas y las preseas.

Para trabajar en toda regla tan grande copia de metales, se perfeccionaron la vigornia, las tenazas y el martillo; se inventó el fuelle, se agrandó la fragua, y hasta se llegó á forjar una sierra de un tamaño regular y con los dientes mas uniformes y cortantes.

III. Otra de las exigencias primeras de Dinamion fué tener una casa bastante grande para él, y despues, que está casa se fortificase contra toda clase de enemigos. Gracias á las varias herramientas ya perfeccionadas, se dieron por el pié, desbastaron y labraron pinos, olmos y cedros seculares. Colocáronse de punta á plomo y en hileras á convenientes distancias; atravesáronse sobre los extremos superiores trabes escuadradas que servian para unirlos por medio de clavos y ligaduras, y por fin se hizo una especie de techumbre para que las aguas escurrieran fácilmente inclinando maderos y tablazon, encima de los cuales se tendieron juncos, bálago ó ramaje que se sujetó con lanchas de pizarra y otras piedras.

Formado aquel cobertizo, se vió la necesidad de cerrarle con algunos lienzos de pared á fin de escluir así la lluvia como el viento, y se rellenaron con piedra y barro los huecos entre los troncos del perimetro. Mas tarde se prolongaron los faldones del tejado apoyando los aleros sobre otra hilera de troncos, de tal guisa, que todo en rededor del recinto quedase una galería cubierta únicamente por arriba, al abrigo de la cual pudiera pasearse Dinamion en días malos y lluviosos ó tomar la sombra durante los calores del estío. Este sotechado fué el embrion del peristilo futuro. Con esto y con las puertas y ventanas por donde

penetraba con la luz el fresco y perfumado ambiente, la vivienda tomó asomos de palacio y un aspecto magnífico y severo.

IV. En seguida para poner la vivienda colosal á cubierto de todo género de ataques, Ántropos cavó en torno una zanja ancha y profunda; arrojó la tierra sobre la parte de adentro para formar un reparo; hincó en rededor fuertes maderos con puntas para rechazar cualesquiera acometidas, y solo dejó una brecha como paso al campamento, tendiendo unos cuantos troncos de parte á parte de la zanja, cuyos troncos puede decirse que fueron el primer conato de lo que despues se llamó *punte*.

V. Tal vez habria continuado por largo tiempo el gigante satisfecho con semejantes adelantos, si la codicia de la bruja no la hubiéra impelido á reclamar de su Señor un puesto en el banquete de la holganza, haciéndole creer astutamente que aquella seria la parte de los dioses. La sagaz é infatigable consejera recabó cuanto pedia por la fuerza de una de aquellas leyes maravillosas de la isla de Gé cuyo encadenamiento es el estudio mas profundo, y mas sencillo á la vez, que pueda entretener al sábio y esplicar todo progreso. La conciencia de Dinamion no estaba muy segura del derecho con que oprimia al pobre esclavo, y para acallar los gritos de una voz que le acusaba, aceptó con verdadera gratitud los ofrecimientos de su consejera, dejándose fácilmente persuadir que era posible congraciarse con las divinidades cohechándolas con dádivas, ofrendas y holocaustos. Construyéronse, pues, los primeros altares al aire libre, y los esclavos trabajaron doble para cubrirlos con las primicias de todo fruto y riqueza.

No hay para qué decir ahora que las ofrendas puestas sobre las aras sacrosantas no podian dejarse acumular hasta el punto de estorbar la celebracion de ritos y ceremonias, y que por esta razon, y como los dioses no bajaban á llevárselas, Seuda (aunque mortificando su natural y penitente parsimonia) las recogia por la noche y procuraba que no se desperdiciasen.

VI. Según se vé las inmediatas consecuencias de la servidumbre fueron agrandar, perfeccionar y multiplicar las invenciones conocidas. El tamaño del gigante escluia todo lo pequeño, y Ántropos y su familia dilataron insensiblemente sus aspira-

ciones, y se acostumbraron á lo grande en el terreno material.

Fué un paso nuevo y nada despreciable si atentamente se examina.

VII. No seguiremos el ejemplo de todos los que nos han precedido por el camino de esta historia, buscando y rebuscando hasta los actos mas insignificantes del tremendo Dinamion, para averiguar si descargó tantos ó cuantos tajos y reverses tal dia y á tal hora, en tal sitio y posicion. Nos proponemos apartar la vista con horror y con tristeza de aquella interminable série de crueldades inauditas, cuya única utilidad seria el demostrar claramente que de todas las fieras de la creacion era él la mas feroz, estúpida é insaciable. Por eso nos limitaremos á mencionar su intervencion *fatal* en los trabajos del pobre Ántropos, para esponer á toda luz el enlace y trabazon de aquel conjunto armónico de leyes que esplica con toda sencillez los aparentes misterios de nuestra encantada isla.

Con este objeto concluiremos el presente capítulo diciendo, que tiranizada por el gigante y desvanecida por la bruja, la familia de nuestros pobres amigos se vió llevada y traída de las montañas al llano y del llano á las montañas; que á fuerza de trabajar regó llanuras inmensas, las cuales saciaron la voracidad de los opresores con sus ricos y abundantes frutos; que á consecuencia de este aumento de riqueza se aumentaron y dilataron las necesidades provocando de rechazo algunas nuevas invenciones que no tenemos espacio para relatar; que la ambicion de Dinamion y la concupiscencia de Seuda se exacerbaron con cada nueva satisfaccion, y el primero no dejó vivir un solo momento en paz á los gigantes sus vecinos, del propio modo que ellos en todo tiempo le acosaron; que el buen génio Pónos siguió acudiendo á nuestra gente, y fué en resúmen el árbitro de todas las empresas, porque allí donde se inclinaba su vara mágica dorada, allí brotaban los recursos para vencer dificultades; y en fin, que tan luego como los señores de Ántropos dominaron la comarca poblada de plantas y animales, surcada por rios y canales, cubierta de chozas y otros toscos edificios, fertilizada por el sudor de los esclavos, se ocuparon de evitar el acortamiento del manto de la divina Alécia y de los asuntos interesantísimos que se dirán con brevedad en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII.

I.—Alusión á las emigraciones de las razas mas energicas del Asia central, hácia la India y hácia Egipto.—II.—Principio de los sistemas filósofo-teológicos con alusion á la India como ejemplo. La síntesis de esta alegoría es que todos estos sistemas *a priori* se formaron con un grano de verdad y un mundo de imaginacion, y se impusieron al sentido comun gracias á un lenguaje laberintico é incomprensible.—III.—Sistemas de castas.—IV.—Comercio de trueque.—V.—Invención de la moneda y alegoría de su virtud para comprar. Su trascendencia social para el progreso.

NOTA. La dificultad para apreciar la perorata de Anoya (*la ignorancia*), consiste en que el autor critica las locuras filósofo-teológicas de la India, de Persia y de Egipto, tomando en conjunto y por necesidad de abreviar, los delirios del espíritu humano en toda una época.

I. En dos direcciones principales se verificaron por entónces las correrías del gigante arrastrando en pos de sí ya á unos ya á otros de la familia del hombre con todas sus invenciones, conquistas y conocimientos. La una fué entre levante y mediodía, y la otra hácia poniente.

Esta fué la época en que Ántropos, auxiliado por su génio tutelar, amansó é hizo trabajar para su Señor al poderoso é inteligente elefante.

II. En todas partes trabajaban y á todos lados acudian los esclavos sin un solo dia de reposo, con lo cual el manto de la hija de Pónos se fué acortando mas y mas hasta dejarla los piés libres y visibles los tobillos. Porque segun habrán comprendido ya nuestros lectores, estaba escrito en la encantada isla que por cada adelanto chico ó grande acortaría irremisiblemente una cantidad proporcional que muy rara vez llegaba á la milésima parte del espesor de un cabello.

Este fenómeno curioso pero fatal é ineludible, preocupó á la astuta consejera desde el punto y hora en que tuvo de él conocimiento de la manera que se ha dicho en el capítulo décimo. Despues de mucho cavilar, segun habia ofrecido, determinó proponer á su Señor un medio seguro, definitivo, eficaz para que (mermase

ó no el velo de la encantada), fuesen el hombre y los hijos del hombre esclavos por toda la vida perdurable; ó lo que es lo mismo, para que nunca se vieran libres del trabajo corporal, á fin de que en todo tiempo ella y los suyos viviesen holgadamente. Como todos los opresores á quienes ciega la soberbia, se persuadió que su voluntad y la de su Señor podían sobreponerse y sustituirse á las leyes de la isla, y que bastaría mandar y disponer á su antojo para arreglar las cosas á su buen sabor por todos los siglos de los siglos.

Propúsose, pues, encerrar á cada uno de los esclavos dentro de un círculo de hierro que no rompiesen jamás.

Para que nada se opusiera á sus diabólicos planes quiso matar de una vez toda sombra de autoridad que amenazara oscurecer la suya, y con perseverancia y astucia sin igual fué preparando los medios de ocultar á la encantada hija de Pónos donde nadie la oyera ni la viera. Proponíase hacer pasar á su fiel criada Anoya por la mismísima Alécia. A este fin, y mientras Dinamion se entretenía en sus continuas luchas de gigante, exigió de Ándros que socavara una montaña entera y recortara en sus entrañas un colosal hipogeo. Fué aquel un verdadero laberinto de cuevas y galerías inmensas, en cuyas paredes se tallaron toscamente elefantes colosales para asombrar é imponer. Dentro de aquella estancia tenebrosa se encerró á la divina Alécia en un rincón tan recóndito, que hasta la misma bruja, con su vista perspicaz de lince, solo podía percibir la forma de su bulto y sus contornos. En seguida indujo al hombre con habilidad á tejer un manto tupido y negro con el vello abundantísimo de la estúpida y perezosa Anoya. Cubrió luego á esta su criada cuidadosamente con el susodicho velo, procurando dar á su exterior la apariencia y majestad del que ocultaba por entonces las gracias y la hermosura de la divina hija de Pónos, y finalmente se presentó á Dinamion allá en las comarcas del mediodía, y le dijo como alborozada:

—¡Albricias, Señor, albricias! Yo tambien he conseguido victorias. Alécia se me ha rendido á discrecion, y desde hoy nos servirá con el velo tan cumplido que le arrastra por el suelo.

—Sea enhorabuena, contestó Dinamion. Muy á tiempo has conseguido esta victoria, porque te advierto que nuestros esclavos van

aprendiendo demasiado y será menester inventar algo mas eficaz, mas imponente que mis armas.

—¡No hay que inventarlo, Señor omnipotente y delicioso! ese algo existe en realidad. Lo sé por la sábia y divina Alécia. Cuando quieras puedes oirla por tí mismo. Yo te respondo que has de quedar asombrado.

—Está bien, terminó diciendo Dinamion. Voy á degollar honítamente á dos ó tres jigantones que desafían mi pujanza, y volveré en seguida á mi guarida para escuchar esas cosas que tanto nos interesan.

Despues de esto siguió el jigante en sus crueles aventuras, y Seuda se volvió á casa para prepararlo todo con objeto de laterrar á los esclavos y engañar á su Señor.

Como la primera y mayor dificultad era que su estúpida criada dijese algo de provecho, puso mientes ante todo en qué aprendiera un discurso que confundiese al jigante. La manera que tuvo de hacer á Anoya oradora fué ingeniosa como suya.

—Vamos á ver, se dijo recapacitando. ¿No se trata de alucinar? ¿Pues quién es de todos nosotros quien mas y mejor alucina? Es evidente que en punto á ilusiones seductoras nadie puede competir con Fanta. Mi criada Anoya tiene memoria feliz, y de seguro habrá aprendido alguna que otra frase de la esclava prisionera. Hagámosla escuchar á Fanta para que tome su estilo, y si logro que mezcle un poquito de algo que tenga visos de verdad con la fascinadora charla del hada de las leyendas, estoy segura que durarán otros mas listos que el jigante, y que á todos sin escepcion emboba.

No estamparemos aquí las leyendas entretenidas pero estravagantes que Fanta recitó á Anoya por mandato de la bruja. Sobre cada palabra que recordaba la criada de las que habia sorprendido á Alécia formó una historia tan graciosa, tan ingeniosamente urdida, que el oido la recibia con placer, y la razon se adornia voluptuosamente bajo el hechizo de su magia.

Cuando volvió Dinamion, Anoya peroraba como un papágayo envuelta en su manto negro.

—Manos á la obra, dijo el jigante impaciente. Tráeme á la prisionera aquí, y veamos lo que tiene que decirnos.

—Enhorabuena, contestó Seuda impasible; pero es preciso ¡oh sábio! ¡oh delicioso Dinamion! que vengas á escucharla al hipogeo. Las palabras de Alécia se han de pronunciar á puerta cerrada por ahora: no conviene que las escuche por de pronto sino el que manda y gobierna. ¡Son tan admirables! ¡Tan sublimes! Y has de saber que tienen entre otras muchas una singular virtud. Sirven para distinguir al nécio y al entendido, para conocer á quien nació predestinado á mandar. Los séres limitados de razon, los nacidos á la esclavitud oirán el sonido de su voz, pero nunca entenderán sus sublimidades. Quien tuviese la estofa, el corazon, la inteligencia de Señor, ese solo percibirá la luz de sus conceptos. Pero vamos á escucharla, y por tí mismo juzgarás.

Llegaron los dos ínclitos personajes al sacratísimo hipogeo y ante ellos compareció la nécia Anoya, arrastrando su disfraz cumplido y negro, color que desde entónces habia de ser el de rigor para representar el papel de la hija de Pónos.

—¿Qué te parece su apostura? preguntó Seuda.

—Perfectamente, contestó Dinamion. El manto no puede arrastrar mas de lo que arrastra. No se vislumbra por debajo, ni por resquicio alguno, un solo rayo de aquella luz que me traia inquieto y temeroso. Perfectamente. Te felicito por el triunfo.

—Pregúntala lo que gustes, y tu admiracion no tendrá límite. Verás qué piquito de oro.

—Esclava, dijo el gigante á la del velo con cierto tono de respeto. Dinos la mejor manera para que Ántropos y su familia nos sirvan y nos obedezcan, de modo que en todo tiempo trabaje y ejecute maravillas para satisfacer las muchas necesidades y hasta los caprichos de sus amos á quienes por el derecho de la fuerza corresponde gozar y discurrir.

Anoya tomó una de las actitudes que la recomendará su maestra, y con voz reposada y un tantico gangosa, relató sin vacilar y de corrido la siguiente perorata.

—Rotundo, místico, cristálico surgió triforme y sutil del seno fecundado de las aguas el cáliz puro y cosmogónico de la divina flor de loto. Ingente alzó á las nubes vaporosas cerúleo y oviforme huevo, concomitante receptáculo de trinidad sintética y sagrada.

Sobre la móvil substanciacion terráquea tendióse el cascaron em-pireo, y esta copulacion finita sintetizó magistralmente los sub-stentáculos sublimes del infinito immaculado espíritu. ¡Oh trinidad seráfica! ¡Oh símbolo sublime! ¡Oum! ¡Oum! ¡Oum! Ó como si di-jéramos bendito seas tres veces.

Probada así la existencia dubitativa vagabunda del creador, del destructor y del conservador ignotos por hipotéticos, queda vi-sible y palpable la supremacia psicológica de la vaca mística, del gato simbólico, del cocodrilo sagrado y del buey paradisiaco-ru-miante, cuyos inmundos lóbregos albergues precitos metamorfo-sean las nubes, sombras y mentiras de esta mansion horrible, pecadora. ¡Oh divina metempsícosis! A impulsos de tu fuerza plástica viértense en raudales etéreos y sutiles las esencias del espíritu incorpóreo en un insondable océano de panteística con-cordia. ¡Oum! ¡Oum! ¡Oum! Bendito sea tres veces el sér eterno, tricéfalo, paradógico, ideal que en misteriosa encarnacion fecun-dó la flor divina hace mil millones de años, cada uno de los cuales dura siete mil trescientos siglõs con dos dias heliométricos y diez y siete trigésimas octavas partes de un abrir y cerrar de ojos. De tu boca mana la palabra dulce, sapiente, inconcusa como la de mi maestra; tu brazo es fuerte y temible mas que el brazo armi-potente del delicioso Dinamion; tu muslo como la tierra y sus cultores conduce á todo cuerpo y le sustenta, mientras tus plantas simbólicas sintetizan la suma de los trabajos antipáti-cos, y exudan fétidas perlas que engarzan hondos misterios hierológicos.

Demostrado el claro origen de las sublimidades cosmogónicas, espejo debe ser la tierra que refleje lógica y paradógicamente la belleza teogónica fuente de placer y de dolor.

Boca sábia sea Seuda, porque de allí fué nacida; brazo fuerte será el guerrero por su origen y su nervio; cultivador Ándros ro-busto cuanto ignorante, y Ántropos viva en el fango como el pié. Porque así como el fuego sagrado y misterioso debe adorarse por trasunto de ese Sol que es el Dios por excelencia, así los poderosos, los sagaces, han de gozar despóticos de voluptuosa interminable emanacion; hasta resolver la lucha del mal y el bien, salvando la autoridad augusta de la infalible veneranda

Seuda, el omnímodo poder del valiente sanguinario é invencible Dinamion. ¡Oum! ¡Oum! ¡Oum!

Tal fué una de las primeras peroratas de Anoyá representando á Alécia. Segun se vé no habia desaprovechado las lecciones recibidas, y si las premisas y el razonamiento fueron un tejido de sueños y despropósitos, se dejaba traducir en las finales deducciones cómo influian en aquella charla insustancial el horror de los astutos y los fuertes al trabajo, y su constante tendencia á trastornar las leyes de la isla.

—¿Qué te parece? preguntó Seuda al gigante cuando hubo terminado la falsa Alécia.

Dinamion, que durante la perorata hiciera esfuerzos heróicos por comprenderla á la luz de su natural sentido y no lo habia logrado, se preguntó á sí mismo si en realidad seria tonto (como debia serlo segun Seuda, quien no entendiése á la enlutada), mas no conviniéndole confesar lo que él tuvo por flaqueza, respondió en tono franco y resuelto.

—¡Me parece bravamente! Imposible decir mas. Los dioses hablan por su boca. Estupendo, asombroso, y luego tan evidente, tan claro.

—Bien se nota, exclamó la bruja riéndose á dos carrillos debajo de un antifaz, que el delicioso Dinamion nació para reinar sobre la isla. ¿Quién como tú comprenderá toda la profundidad de las palabras de esta esclava?

III.—Ahora, continuó Seuda, cuando hubo dominado el gozo que la produjo su ardid, es prudente y hasta necesario que apliquemos las verdades de la sabiduría divina. Traigamos á la práctica y para seguridad de entrambos los recónditos principios que acabas de oir. Habrás comprendido que nací en la boca de los dioses.

—Despacito, interrumpió Dinamion, ¿qué quieres decir con eso? Todo lo mas que significa será que naciste para hablar.

—Enhorabuena, dijo Seuda. Sea como tú lo dices, amo fuerte y valiente y delicioso. No aspiro á mas con tal que tú me escuches. Hablando yo y obrando tú, los hombres serán esclavos eternamente; porque tambien habrás podido comprender que tú saliste del brazo de la divinidad triforme.

—Y por eso soy fuerte, y porque soy fuerte se ha de hacer lo que yo diga y nada mas, interrumpió de nuevo Dinamion con arrogancia.

—Así es, así es, tornó á proseguir la bruja, y ahora por las mismas razones evidentes que yo he de ser siempre *yo* y tú has de ser siempre *tú*, Ándros, surgido del muslo de la divinidad, no podrá salir del estado de agricultor, y su padre, creado del pié de aquella, será quien lleve eternamente todo el peso de la esclavitud como verdadero pária. Divididos así los principales habitantes de la isla en cuatro castas inmutables, nada podrá perturbar nuestro sosiego, y los hombres y los hijos de los hombres trabajarán y nosotros gozaremos.

—¿Pero qué haremos con Gina, preguntó el gigante?

—Es muy sencillo, Señor fuerte y delicioso, replicó la bruja. La entregaremos á mi criada Anoya como cosa despreciable, y yo te respondo que la ha de educar tan pulidamente que se convierta bien pronto en un poderosísimo auxiliar.

—Sea como dices, concluyó diciendo Dinamion; dispon tú las cosas segun convenga, y ya que nada habremos de temer en cuanto al manto de la hija de Pónos, que vengan los esclavos sin tardanza porque quiero pedirles y pedirles todo cuanto se me antoje.

En cumplimiento del mandato despótico de su Señor, realizando de paso su perversa voluntad, Seuda dispuso diligente que los habitantes todos se dividiesen en cuatro castas. A la primera y principal habian de pertenecer ella con sus dóciles hechuras. Su mision se coneretaba *en apariencia* á estudiar é interpretar la voluntad de los dioses. Formaban la segunda casta Dinamion con sus satélites, cuya ocupacion se reducía á pelear. Ándros y cuantos se dedicasen á la cultura de los campos componian la tercera, y la cuarta á cuya cabeza estaba Ántropos se constituyó con los que ejercieran de algun modo cualquiera de las otras clases de trabajo.

La condicion esencial de todas y cada una de estas castas era la inmovilidad. Seuda fué en todo tiempo partidaria de lo eternamente inmutable, sobre todo en lo tocante á sus organizaciones. El guerrero y el hijo del guerrero no podian ser sino guerreros;

labrador el que naciese de labradores, y pária el descendiente del pária, y esto por toda la eternidad.

Con semejante arreglo claro está que inutilizaba la virtud maravillosa de la vara mágica de Pónos. ¿Para qué habia de servir aquella si todos hacian siempre las mismas cosas y de la misma manera?

Afortunadamente las leyes de la isla eran mas poderosas que la bruja, y pronto veremos cómo las violentas pasiones del gigante minaron desde el primer dia estas disposiciones sublimes é inviolables.

Quien salió algun tanto mejor librado en el arreglo fué Ándros. Mucho trabajaba, mucho, pero en medio de su penosa esclavitud comia de cuando en cuando á escondidas de sus crueles verdugos alguna fruta ó legumbre, respiraba el aire puro de los campos y olia los perfumes de las flores. Su padre ninguno de semejantes desahogos tenia, y cuando llegada la hora del descanso, despues de un dia de prodigios, se desplomaba su cuerpo sobre la tierra durísima de su inmundo calabozo, donde sus tiranos le arrojaban unos cuantos puñados de bellotas, algunas malas raíces, ó una almorzada de centeno. Si tenia sed, le llevaban con los cuadrúpedos á beber á la laguna ó al rio.

Gina entre tanto servia á la bestial Anoya, y de ella no aprendió mucho, ni bueno. Sin embargo (y sea dicho en honor de la mujer), jamás pudo admirar las estúpidas mentecateces de su maestra, y á pesar del poder irresistible del ejemplo para adquirir ruines y perniciosas costumbres, conservó siempre en su pecho un residuo de bondad, un destello de entusiasmo, del cual podia brotar la luz en la primera ocasion.

Pero no anticipemos demasiado, y volvamos á tomar el hilo de la leyenda.

Tan luego como compareció Ántropos ante su Señor y mientras se apoderaba Seuda con astucia de la direccion suprema so pretexto de salvar á todo el mundo, Dinamion pidió al esclavo una y otra y otra maravilla.

Imposible nos seria referir todas las que ejecutó la vara mágica de Pónos, pero aun á riesgo de molestar al lector tenemos que hacernos cargo de algunas de las principales, siquiera por lo

que acortaron el velo de la verdadera Alcía allá en los antros tenebrosos del sacrosanto hipogeo.

IV. Dinamion soberbio y vencedor quiso vestirse con un manto de lana rozagante, y como quiera que su voracidad impedía que los rebaños de ovejas se multiplicasen, tuvo que comisionar á Seuda para que persuadiese con astucia á los gigantes de las montañas vecinas y estos le cedieran en trueque de armas y trebejos la cantidad extraordinaria de lana para tejer aquel enorme manto.

Seuda desempeñó á las mil maravillas su delicado cometido, y gracias á su perspicacia se estableció cierto comercio de trueque que puso á prueba una vez mas la mansa y paciente resistencia del esclavo. Ántropos fué y vino una y otra vez al frente de verdaderas caravanas para traer y llevar metales, gemas, frutos, drogas, lana, reses, armas y artefactos. Al fin y al cabo reunió la lana suficiente, perfeccionó el telar gracias á Pónos, y se hicieron no uno, sino varios mantos á cual mas finos y á cual mas vistosos.

Otro tanto sucedió respecto al lino. Porque el calor y la aspereza de la lana molestaba la epidermis de los señores de la isla hiláronse en delgados hilos las ténues fibras de aquella humilde planta, y con los hilos se tejieron lienzos pardos al principio, pero que Pónos blanqueó en seguida por una série constante de loques de su vara.

De esta suerte las necesidades legítimas ó ilegítimas de los grandes ó de los pequeños provocaron siempre nuevos adelantos é impulsaron al progreso.

Pero volvamos á nuestros noveles comerciantes.

Con las idas y venidas y las ganancias de todas y cada una de ellas, Dinamion y los duendes codiciosos, se aficionaron insensiblemente á la especulacion y al lucro. Su continuo anhelo reducíase á ver cómo por medio de los trueques se traian á casa cuanto poseian sus vecinos. Calcúlese ahora el aumento de trabajo que semejantes novedades ocasionarian al esclavo sin ventura. Tenia que hacer ó preparar los objetos para el trueque, cargarlos sobre las acémilas y emprender como trajinero marchas cansadas cuanto peligrosas; pues aunque era cosa fácil y hacedera para el gigante ponerse en un dia sobre los confines de su imperio, Ántropos daba

pasos y aun caidas á millares, y el sol renovaba muchas, muchísimas veces su clara y brillante luz, antes de llegar aquel al término de la jornada. Entónces, si los dijes y golosinas que traía para verificar los trueques no eran del agrado de los gigantes vecinos, ó si se presentaban dificultades para cambiar un objeto, cuyo valor equivalía á la mitad ó al tercio de una res, Dinamion se enfurecía con su esclavo, le hería, le maltrataba, viéndose á veces obligado á desandar la interminable distancia gimiendo en castigo bajo el peso de lo que no habia podido permutarse.

V. De vuelta de uno de aquellos viajes, penosos sobre todo encarecimiento, en el cual á poco mas perdiera Ántropos la vida, consultó con su buen génio sus penas y sinsabores.

—Ya sabes, mi querido Ántropos, le contestó Pónos, que no hay cosa que yo no hiciera por mejorar tu situacion; mas recuerda tambien que en esta isla encantada cada adelanto tiene su sazón y coyuntura. Creo, sin embargo, que es llegado el caso de intentar y realizar una nueva maravilla. Si la logro, ten por seguro que no ha de ser la mas insignificante. Toma un buen pedazo de oro y otro pedazo de plata, y otro tercero de cobre. Haz con ellos tres clases de cajitas redondas, planas, no muy gruesas. Así que tengas algunas, prepáralas con amor de la manera siguiente: siempre que comieres te quitarás de la boca una miguita de pan y la depositarás en una de las susodichas cajas; cuando sudares dejarás caer en cada una una gota de sudor; si te azotan ó te hieres, recoge otras tantas gotas de tu sangre cuantas cajas desees prevenir; y por fin, en tus cuitas y aflicciones, guarda en ellas las primeras lágrimas para completar la virtud singular de este prodigio. Yo las tocaré entretanto con mi báculo, lo cual bastará para que cuentes desde entónces con una maravilla nueva de poder incalculable.

—No entiendo cosa alguna de las que me dices, contestó Ántropos. ¿Qué virtud pueden contener unas cajas tan pequeñas?

—Pequeñuelas y todo, prosiguió el génio, dentro de su pequeñez te encontrarás en ocasiones de apuro, por cada miga una hogaza, un dia de descanso por una gota de sudor, las lágrimas trasformadas en placeres; las gotas de tu sangre en otros tantos

signos de tu poder y autoridad, en igual número de régios mantos de grana.

—Mas ¿cómo ni de qué manera podré yo conseguir todo aquello que me dices?

—Muy sencillamente: cogerás entre los dedos de ambas manos, contestó el génio, una ó mas de esas cajitas de cobre, de plata ó de oro; separarás sus dos tapas al pronunciar el nombre de la cosa que desees y arrojarás las dos mitades al viento. Estas desaparecerán para tí como por encanto, y en cambio tendrás entre las manos ó á tu disposicion y alcance aquello que pedido hubieres.

—Es decir, preguntó el hombre, que nombrando la cosa y abriendo una caja tendré la cosa que nombre.

—Cabalmente, contestó Pónos.

—¿Y si pidiere la libertad?

—Hasta la libertad ha de salir con el tiempo de esas cajas, pero hoy por hoy no saldrá sino lo que creado hubieres. No pidas, pues, cosa alguna que no existiese de antemano, porque no la podrás conseguir. Esas cajas solo encierran lo realizado, lo existente.

De este modo y por la fuerza fatal de las necesidades, apareció en la isla de Gé lo que se llamó moneda, talisman mal comprendido y harto calumniado despues, pero si se examina y se medita, este verdadero talisman redimió al hombre en todo tiempo de una suma incalculable de trabajo.

Con efecto, desde el dia en que Ántropos hubo preparado como le habia dicho Pónos las cajitas encantadas de cobre, de plata y de oro, nuestro comerciante pudo continuar sus correrías sin llevar en la caravana la décima parte del balumbo. Con hacer buen acopio de moneda tenia á mano á todas horas lo necesario para comprar y vender. Segun habia prevenido Pónos fué la moneda desde luego la misteriosa caja de ahorros en donde el hombre fué depositando las migas de sus economías, el fruto de su trabajo, de sus penas y peligros para acumular pacientemente el precio de su redencion, el capital que habia de arrancar sus hijos á la miseria é ignorancia.

¡Qué extraño que desde aquel dia y por mucho, mucho tiempo

adorasen los míseros mortales á aquella encarnacion sublime de los trabajos, las privaciones, los dolores y virtudes de sus padres y de sus abuelos, aquel signo consagrado é incorruptible representacion de cosas nobles y elevadas en su esencia!

Por lo demas apenas se apercibieron Seuda y Dinamion (pero sobre todo la primera) del mágico poder de la moneda y de sus raras virtudes, cuando la codiciaron con verdadero frenesí. Ni uno ni otro descansaron hasta tener de aquellas cajas redondas un verdadero tesoro.

CAPÍTULO XIII.

1.—Egipto.—II.—Fortificaciones simbolizadas en una que es el alcázar de la fuerza con ligera alusion á la Fenicia.—III.—La fuerza asocia al caballo y crea la caballeria (*Hipodonte*).—IV.—Primera nave. Aplicacion del viento (*Ánemos*). Alegoria del estado primitivo de la atmósfera (*Atmosa*) y su purificacion por la electricidad.—V.—Obras del hombre en Egipto.—VI.—Las inundaciones del Nilo obligan á cultivar y perfeccionar la geometria y la aritmética.—VII.—Los sacerdotes egipcios procuran ocultar la ciencia haciéndola misteriosa. Los geroglíficos. La soberbia sacerdotal y la ambicion de los guerreros dan origen á las inmensas construcciones de la arquitectura egipcia.—VIII.—Las tres clases de trabajo con relacion á su resultado: trabajo fructuoso ó *fecundo*, trabajo *útil* y trabajo nocivo ó *ruinoso*.

I. Con vuelo rápido y seguro, veamos de recorrer ahora brevemente otra de las inagotables páginas de esta sintética historia.

A poniente de la cuna primitiva del terrible Dinamion habia un valle muy largo pero tambien muy estrecho, regado por un rio que todos los años inundaba periódicamente la comarca, y limitado á una y otra mano por soledades de arena. Era como un oasis de verdura en medio de dos desiertos.

El gigante y la bruja le reconocieron en una de sus correrias y quedaron encantados de la serenidad del cielo, de la feracidad del suelo y de los frutos libérrimos que espontánea y abundantemente allí crecian.

II. Determinaron desde entónces pasar una temporada allí, pero antes de emprender la marcha, el guerrero habló al esclavo en el tono imperativo del que dispone de la fuerza y le dijo:

—Tres cosas quiero, y tres cosas vais á hacer en menos tiempo

que lo digo. Un castillo sobre aquel cerro inmediato al mar bañado por las espumas de sus olas, pero castillo grande, magnífico, inespugnable; un caballo brioso, dócil, bien domado, que me lleve fácilmente sobre el lomo, y un tronco pero un tronco colosal, que me sostenga en el agua para recorrer la mar é ir en busca de mas goces. Ya sabes mis tres deseos. A trabajar, y vivo, si no quieres que te ponga como nuevo el latiguillo de Apénia.

Figurémonos ahora cómo se quedaria el pobre esclavo al oír aquella série sin igual de peticiones. No supo cómo ni por donde se retiró de la presencia del insaciable tirano, para acudir como siempre á su nunca bien admirado protector.

—Bien decia yo, exclamó Pónos desembozándose de su invisible manto azul despues que Ántropos le emplazára, que esta cruenta y horrible servidumbre tuya, era casi casi benéfica y providencial. Las pasiones y necesidades de ese par de amos son tales, que el uno ha de deshacer las invenciones del otro en provecho siempre vuestro. No te amilanes, hijo mio, que eso y mucho mas se hará.

Despues de buscar y rebuscar el sitio mas á propósito para su castillo, le señaló Dinamion, y el pária puso diligente manos á la obra.

El emplazamiento elegido era un altozano escueto hácia el término de las llanuras que se tendian por la derecha, y cuyo pié bañaba el mar azul con su intranquila y albicante espuma. Desde aquella elevacion que terminaba en planicie, se divisaban por un lado el soberbio é insondable piélago, y por la parte opuesta, llanos feraces en primer término, despues valles brumosos cubiertos de verdura, y detrás de esto, como para encerrar aquella comarca deleitable, altas y majestuosas cordilleras pobladas de gigantescos pinos, de frondosos cedros, de toda clase de bosques, que ya tocaban en las nubes por el lado en que salia el sol, ya ostentaban blancas tocas y albos mantos debajo de la estrella fija de la noche.

Allí, pues, habia de levantarse el castillo de Dinamion, y allí comenzaron á trabajar Ántropos y sus criados bajo la direccion de Pónos. La obra era colosal, y nunca como entónces se conoció todo el saber, la paciencia y los recursos inagotables del génio

todopoderoso. Con el hierro hizo que Pir fabricase cuñas, mace-
tas, picos, palancas y cinceles; con la madera armó andamios,
poleas, tornos, cábricas, y si entónces no inventó el carro de pri-
meras, le perfeccionó notablemente para trasportar los sillares y
las grandes moles con toda facilidad. Las montañas hubieron de
abrir sus senos y permitir que de ellos se estrajeran el granito y
el pórfido, el asperon y el mármol, la pizarra en anchas y delga-
das hojas, la caliza que el hacendoso Pir convirtió en cal y en
argamasa para unir los cantos á los cantos. Ni un solo servidor
del hombre dejó de poner manos en la obra: los bueyes porteaban
en carretas, las demas bestias acarreaban; Pir, como herrero y
alfarero, labraba herrajes, cocia azacayas y ladrillos, y Bárros tri-
turaba y amasaba. A pesar de tan ímprobos esfuerzos, el gigante,
llevado de una descomunal impaciencia, mandó que Gina con su
hijo dejasen sus habituales ocupaciones y arrimasen igualmente
el hombro para terminar la construccion antes y con antes. Este
fué un patente ataque á la completa separacion de oficios insti-
tuida por Seuda, y motivo para que la cuitada empezase á
recelar que para el fuerte Dinamion no habia ordenanzas ni
sistemas.

Poco á poco, ó mucho á mucho, se abrieron los anchos y pro-
fundos fosos; se escavaron subterráneos; rellenáronse los cimien-
tos con pedernal, cal y guijos; crecieron los altos muros calados
con cien puertas y poternas; dejáronse aquí y allí saeteras y tra-
galuces, ventanas para el aire y sol, balcones donde asomarse;
brotaron las esbeltas empinadas torres coronadas con sus almenas
vistosas; tendióse el puente levadizo, fortificóse la espaciosa en-
trada con sendos y traidores matacanes, y por fin de cuenta, á los
tantos dias de empezar, llegó uno en cuya tarde, mucho despues
de haberse cubierto las llanuras con triste pavorosa sombra, to-
davía los rayos del sol oculto en el horizonte doraban vivida-
mente los altísimos remates del nuevo colosal albergue de la
fuerza.

Quando Dinamion, seguido por Seuda y todas las legiones de
sus duendes, visitaron aquel inespugnable alcázar, midieron la
largura y elevacion de sus paredes, la anchura y profundidad del
foso, lo ingenioso de las defensas, la belleza de las proporciones,

la espaciosidad de las estancias, las resistencias de las puertas, el atrevimiento de los huecos, la solidez de los sotámbanos, no pudieron menos de volver la vista al hombre, poseidos de respetuosa admiración. Por desgracia aquel sentimiento noble duró poco. La bruja, siempre dominada por la envidia, dijo al momento á su Señor:

—No es justo, sábio y prudente Dinamion, que teniendo tú tan magnífico castillo, no tengan los dioses templo. Si no quieres ofenderles, conságrales el palacio que abandonas en el valle.

—Cierto, contestó el guerrero sonriéndose; con tanto mayor motivo que si los dioses tienen templo, tendrás tú casa ó palacio. Sea enhorabuena: aprópiatele y que te haga buen provecho. A mayor abundamiento, te prometo que tan luego como estemos en el ameno y delicioso valle de las periódicas inundaciones, he de permitir al hombre que te labre los templos tan grandiosa y tan lujosamente como tú quisieres. Ahora, Ántropos, necesito mi corcel.

III. Esta segunda exigencia era mas difícil de satisfacer que la primera, y por lo tanto el hombre la creyó imposible y así se lo manifestó á su génio amigo.

—En verdad, en verdad, le dijo Pónos, que el tal deseo es por demas extraordinario, mas antes de confesar á tu Señor que no te es posible complacerle, es preciso que hagamos inusitados esfuerzos y agotemos la virtud de esta mi varita mágica.

Al dia siguiente el hombre cogió por disposición del génio, dos potros arrogantes y los apareó de manera que les obligó á ejecutar los mismos movimientos á la vez, y andar, correr, revolverse, relinchar como si no fuesen sino un solo y mismo cuerpo. Despues cogió otros dos y del propio modo apareados, los reunió á los primeros y poco á poco, y á fuerza de paciencia, juntó luego cuatro á cuatro, ocho á ocho, doce á doce, hasta que tuvo un escuadron tan unidos y amaestrados que ninguno discrepaba en lo mas mínimo al ejecutar con sus compañeros los aires, los pasos y los movimientos. Luego que los vió maniobrar y removerse en aquella forma, hizo que su protegido empuñara la varita mágica y que tocara al regimiento caballar pacientemente ya en los brazos, ya en las ancas, ya en los ijares, ya en las bocas y (¡oh pro-

digio!) con todos los brazos derechos se formó un brazo derecho, de los izquierdos otro izquierdo, una cabeza con todos los testuces, dos piernas de aquella multitud de piernas, y unas ancas, una crin y una cola con los veinte ó treinta pares de ancas, las veinte ó treinta crines y las veinte ó treinta colas. Ántropos se restregaba los ojos dudando si soñaría, pero allí delante tenia una cabalgadura colosal, fogosa, irresistible y no podia dudarlo.

A la vista del gigante potro, Dinamion apenas pudo contener su júbilo. Contúvole sin embargo, para no asombrar á su corcel, se le acercó con cautela, le rascó la frente, dejó que le olfatease todo el cuerpo, le acarició las ancas, los ijares, y por fin se puso de un solo brinco sobre su muelle y poderoso lomo. El corcel partió veloz, y el colosal jinete le manejó á diestro y á siniestro con un freno tosco y primitivo fabricado por el pária. Bajo los pesados cascos del animal enormísimo, la tierra temblaba y retemblaba, y como tenian aquellas portentosas dimensiones, donde se posaban todo se reducía á polvo y á pavesas.

Desde la primera salida de aquel bruto descomunal comprendieron Ántropos y los suyos que la isla de Gé tendria en él un espantable azote.

—¿Cómo se llama el corcel? preguntó el gigante parándole sin precaucion en firme, y saliendo por las orejas casi casi.

—Hipodonte, dijo Pónos á su protegido, invisible bajo su manto azul.

—HIPODONTE, contestó el hombre en alta voz.

—Está bien, replicó Dinamion. Voy á pasearle un poco. Luego necesitare mejores riendas. Ahora prepárame la nave.

IV. Apenas el gigante se hubo alejado en direccion á las llanuras, cuando Pónos se desembozó y dijo al perplejo ejecutor de sus concepciones peregrinas:

—Ánimo, Ántropos, buen ánimo. Esto va mejor de lo que yo esperaba. Con el castillo y el caballo, el manto de Alécia ha de haber mermado cuando menos el espesor de un cabello: en haciendo la nave que nos pide tu amo, nadie sabe lo que mermará. Dinamion está ciego de codicia; sus deseos no van á tener limite, y él mismo te obligará (lo veo claramente) á que ejecutes y realices un número de prodigios, mas imposible de contar que los

átomos de polvo, los peces de los mares, ó las flores de los campos: Vamos á fabricar lo que te pide, antes de que se arrepienta. ¡No sabes tú cómo va á mermar con ello el velo impenetrable de mi hija!

—Todo eso será verdad, y no seré yo quien lo dude, contestó el hombre pensativo; pero no es posible hacer lo que Dinamion desea.

—¿Y por qué? preguntó el génio.

—¡Me preguntas el por qué? exclamó el hombre. ¿No ves su pesantez y proporciones? ¿Cómo quieres que yo con mis brazos raquíuticos y diminutos, pueda empujar una nave, en donde quepa Dinamion, ni proejarla con él contra las airadas olas?

—Buscaremos un criado que nos ayude, le dijo Pónos.

—¡Un criado? preguntó Ántropos. ¡Cómo? ¡Otro criado como Bárros? ¿como Pir?

—Exactamente, prosiguió el génio. Un criado que á la verdad, no será tan dócil ni casero, pero que buen ó mal grado te servirá grandemente. Escucha otro mas de los increíbles misterios de esta isla. Voy á contarte una leyenda: no ha de ser Fanta la única que te las cuente. Todavía vaga por los aires el espíritu de un génio bueno y amigo: de él nos hemos de valer para llevar á Dinamion por los mares. ÁNEMOS era génio ligero y vaporoso que vivía perdidamente enamorado de una beldad de ojos negros y morena tez, unida á él por la mas tierna y entrañable simpatía. ¡Cómo se querían! ¡Cómo se adoraban! Siempre estaban abrazados, siempre confundidos sus dos espíritus en uno, vagando amantes por los cielos, sobre la espalda de un inmenso cisne que se cernía embebecido, oyendo sus dulcísimos amores. Un dia el gran encantador Teo, tres veces sábio, tres veces justo, tres veces poderoso, tendió su mirada desde una nube de gloria para recrearse con las galas de la isla y vió que se lo estorbaba el cuerpo de la bella ATMOSA, la doncella de negros ojos y de morena tez. Mandóla que se desviasse, pero ella embelesada sin duda en brazos de su amante idolatrado, ó no lo oyó, ó no se curó de obedecer, y entónces Teo lanzó un rayo desde arriba que la convirtió en carbon y cubrió con su negrura la tierra. El amante infeliz y sin consuelo cuando contempló aquel luto, pidió mil veces la muerte, mas viendo que se negaba

otro rayo á su cruel é insoportable angustia, perdió el seso, volvióse loco y dió en llorar de tal suerte que su cuerpo se convirtió en ríos, en arroyos, en mares, en lagunas, y su ánima (loca como deben estar las almas de los locos) continúa errante por el espacio, siempre pensando en su Atmos, siempre buscándola frenético por doquier. Apenas ve un lienzo blanco y tendido, un paño suelto flotante, cree que son las alas del amoroso cisne, y vuela desatentada y se abraza al objeto que la ofusca y huye con él en ledó y blando movimiento ó con furia veloz é incontrastable. ¿No sentiste tú á menudo cuando tendías la tienda, ó desplegabas el manto, que una fuerza invisible, poderosa, pugnaba por desgarrar el lienzo y pretendia arrancarte la capa de las manos? Pues era el espíritu de Ánemos el loco, y ese espíritu es el que pretendia ahora que nos sirva. Yo bien sé que no es posible conquistar á una ánima, pero me parece que podremos engañarla. Hagamos una nave que se asemeje cuánto posible sea á un cisne, pongámosla sobre las ondas como se ponen aquellas nadadoras aves, tendamos dos fuertes paños para remedar dos alas: el espíritu del loco los ha de ver, vendrá, se abrazará á ellos, querrá huir y él nos llevará tenaz por encima de las aguas.

—Pero si ese alma está loca, preguntó el hombre ¿cómo pretendes que la confiemos nuestras vidas? ¿No nos impelerá sin saber dónde hasta hacernos zozobrar?

—Confieso que algun peligro correremos, replicó Pónos, aunque no tanto como te imaginas. Habrás notado que las aves determinan por medio de la cola la direccion que se proponen llevar, y en la época en que ese Ánemos era feliz y venturoso, con la cola tambien daba á entender su cisne el rumbo por el cual se dirigia. Añadiremos una cola, que llamaremos timon, al remedo de cisne que propongo, y con ella procuraremos que comprenda Ánemos hácia dónde deberá arrastrarnos. Estoy seguro que mientras su enfermedad tenga el carácter quieto y apacible, se conformará con las indicaciones del para él querido cisne, y por su amor será dócil y nos podrá servir á nuestro antojo. Solo cuando le acometa un arrebato ó frenesí, es cuando tal vez nos lleve á climas desconocidos y nos estrelle contra los escollos y los bajos. Es un peligro que no podemos rehuir, pues por ahora ningun otro medio hay en

el mundo de complacer á Dinamion. Además, las grandes ventajas de gozar de la libertad del mar, bien valen este y otros peligros mayores.

Ántropos se avino á todo, cada vez mas admirado, y aquella misma tarde dieron principio á la construccion del remedo propuesto por el génio. Era de ver el ardor y diligencia con que trabajaba el hombre. Los pinos, los robles y los cedros cayeron innumerables por tierra, como cae bajo la guadaña el aromoso y frágil heno. Labráronse baos, vergas, palos y mástiles; forjáronse pernos, argollas y anclotes; alzáronse las encorvadas cuernas sobre la recta y tendida quilla; multiplicáronse las tracas ó hileras de maderos; enlazáronse vigas á vigas, tablas á tablones, y á los pocos dias de poner la quilla en astillero, ya estaba terminado todo menos el adorno. Y aquí fué donde se dió á conocer el gusto y delicado ingenio del incansable protector. Con cáñamo bien empapado en la resina de los pinos, calafateó las costuras; valiéndose de tierras mezcladas con aceite pintó todo lo exterior imitando el color del pájaro que queria remedar; doró ciertos remates y perfiles para realzar la hermosura y brillantez del conjunto, y en una palabra, tan hábilmente copió la gracia y la figura del galano cisne, que no solo engañara aquel señuelo á un pobre desvanecido loco, sino tambien al mas listo y perspicaz de los cuerdos perspicaces. ¡Oh, era muy de ver cuán gallardo se mecía sobre la rizada superficie de las aguas el ingente y abultado casco de aquella imitacion de cisne! Echado sobre los pechos; con el fondo curvo, alto y enarcado el cuello; enjuta y remangada la cola, tendía dos velas de blanca lona por los altos, como si fuesen dos alas á punto de remontarse. Gozo daba el contemplarle y á la par gana y no poca de mecérse sobre su cubierta.

—Es necesario ensayar ese prodigio, exclamó Dinamion cuando le vió sobre el azul de la mar. ¡Parece una paloma! Preparaos para recorrer playas y horizontes. Quiero que unas y otros me paguen su tributo, me obedezcan.

Tal fué el deseo espontáneo del animoso Dinamion, mas apenas supo Seuda el propósito de su amo, cuando comprendió sin vacilar su trascendencia incalculable.

—¡Oh Señor sábio y potente y delicioso! le dijo. No intentes

esa aventura. Si te embarcas con el pária ¿á qué peligros no te espones? Desiste, Dinamion, desiste. La libertad de la mar nos tiene que ser fatídica. ¿Cómo conservar la necesaria, inquebrantable separacion entre las castas?

—Déjame de castas y separaciones, la contestó el gigante. Serán muy santas, muy buenas en tanto que á mí me plazca. Mi fuerza es la ley y basta. No me embarcaré ahora mismo porque tengo ganas de llegar cuanto antes al valle de las inundaciones, pero la navegacion queda aplazada. ¡Ántropos! Embárcate en la nave y sigue la costa á cortísima distancia hasta llegar á la embocadura del rio que riega el valle. Quiero ver cómo navegas y que te ensayes un poco antes de embarcarme yo. Cuidadito y mucho tino. Me quedo con tu mujer y con tu hijo para que respondan con su cabeza de tus pasos.

Como no habia modo de contradecir las órdenes de Dinamion, la marcha se emprendió cual él dispuso.

En esta expedicion Ándros, bajo la direccion de Pónos condujo en la caravana varios dromedarios y camellos, sobre uno de los cuales caminó Seuda muy devotamente. Gracias á esta nueva conquista se hizo posible, si no fácil, atravesar el desierto.

V. Apenas llegó toda la tropa al valle, y desde el instante despues de saltar en tierra el marinero, comenzó el gigante á disponer y los esclavos á trabajar mas que nunca. Para precaver los perniciosos efectos de las inundaciones, Ándros hubo de construir diques y llevar el cultivo de los campos casi casi á la perfeccion, mientras su padre levantaba islotes para las habitaciones, trazaba calzadas para ponerles en comunicacion, construia cimientos á prueba de la humedad y adquiria los conocimientos intelectuales necesarios para dar principio antes de mucho á la mas sólida y severa de todas las arquitecturas.

VI. Diremos de qué manera, ahora como en todo tiempo, obligaron las necesidades á discurrir y progresar.

Cada vez que las aguas del caudaloso rio crecian y salian de su madre, desaparecian las señales y las lindes, y el suelo cubierto de un lodo negro (cuando habia pasado la avenida), se agrietaba por todas partes y presentaba el aspecto de un pantano en el cual jamás hubiesen existido las innumerables huertas y los jardines

de flores que tan simétrica y admirablemente sabia cultivar Ándros.

Los apuros eran por lo tanto extremos porque Dinamion exigía sin piedad que todo se restableciese como estaba, sin que discreparan en un ápice de su anterior configuración así los caprichosos bosquetes cuanto los enmarañados laberintos.

Pónos lo podía todo y á Pónos acudió el hombre.

El buen génio le previno que tenía que aprender á medir los campos y la tierra, ó lo que es lo mismo: hacerse agrimensor con sus puntas de géométra. Trazó en seguida las rectas con sogas ó con jalones, formó el triángulo, el cuadrado é innumerables figuras de variadas proporciones y escelencias. Con una estaca fija y una cuerda á ella sujeta, sacó el círculo, primera y mas sencilla de las líneas curvas. Enlazó líneas á líneas, superficies á superficies, figuras á figuras, y al hacer notar á su discípulo las propiedades y virtudes de todas ellas, quiso que las midiese con el fin de comparar su cabida ó magnitud, deduciendo de trabajo tan sublime verdades útiles y deleitosas analogías.

—Repara bien en lo que estás haciendo, le decía. Observas y la observacion te revela cada dia una verdad que llamaremos *teorema*. Despues el conocimiento de muchas de estas verdades se confunde en el conocimiento de una sola, con su aplicacion á la práctica acabas de perfeccionar esta última, y de todo te resulta un gran progreso. El perfecto y cabal conocimiento de todas estas operaciones y su trabazon, es lo que podemos llamar ciencia. Primero experimentar; despues generalizar, por último aplicar. Así el *principio* y el *fin* de toda ciencia es la *práctica*.

Ya en anteriores ocasiones habia tenido Pónos necesidad de decir á sus amigos lo que era número: ahora les hubo de iniciar en sus misterios. Sabian contar por los dedos de las manos, y sin prohibirles que siguiesen contando de aquel modo, les dijo que formasen montoncitos de diez en diez con los objetos que contaban, para agrupar despues diez decenas en una aglomeracion mayor, y darles con su magnitud cabal idea del ciento. A fin de que aquellas cantidades, demasiado crecidas para su ruda comprension no se les fuesen de la memoria, inventó tambien hacer rayas en el suelo, muescas de esta ó de la otra forma en un pedazo de madera

y otra multitud de arbitrios tan ingeniosos como eran todos los suyos. Merced á esta y otras invenciones que acreditaban la rara sabiduría de aquel génio sin igual, Ántropos calculó, midió, trazó y volvió á formar huertas, diques, jardines, alamedas, campamentos con tanta exactitud y precision que á los pocos dias de una inundacion nadie hubiera encontrado diferencia alguna con los de antes.

VII. No tardó la consejera en apercibirse de los adelantos intelectuales de Ántropos y determinó dos cosas: la primera aprovecharse de ellos para satisfacer las necesidades de su ser; la segunda hacer de ellos un misterio impenetrable para los demás. Lo primero era hartó fácil de conseguir y lo consiguió, pero en cuánto á lo segundo aspiraba á un imposible como se verá patentemente en el curso de esta historia.

Comenzó la astuta consejera por pedir templos grandiosos, y el esclavo para saciar sus deseos subió rio arriba hasta encontrar el granito; formó balsas de madera para bajar las grandes moles de piedra flotando sobre las aguas; talló columnas mas altas y corpulentas que los troncos de los cedros seculares; apoyó sobre ellas monolitos de peso y dimensiones prodigiosas; unió cuadras á cuadras, salones á salones, patios á patios para dejar en aquellos edificios gigantescos motivo y pábulo al asombro y á la admiracion de los siglos venideros. Y esto no por su esbeltez y su elegancia, pues en todos predominaba la monotonía rectilínea de la llanura ó del desierto, sino por lo grandioso aunque pesado de las formas y la tristeza majestuosa del conjunto.

El obrero, por lo visto, no podia emancipar su espíritu de las impresiones que recibía del suelo, el aire y la luz en que su alma se agitaba.

Aunque distraido sin cesar con sus continuas invasiones y sus eternas correrías, Dinamion sintió acrecerse y desarrollarse sus propias necesidades á la vista de los templos erigidos por su consejera y pidió al hombre prodigios de distinto género, si bien otro tanto sorprendentes y admirables. Ya fué un lago artificial, que pudo llamarse mar, para regularizar las inundaciones y sus riegos; ya un canal ancho y profundo para unir las aguas de dos mares; ya murallas y torreones que se elevaban al cielo desafiando á toda

clase de enemigos, y ya obeliscos ó agujas de una sola piedra descollando sobre la llanura tres ó cuatro veces mas que el mayor de los cipreses.

Así fué como Seuda y Dinamion utilizaron desde luego los adelantos intelectuales que realizaba el hombre á medida que iba echando el peso de una buena parte del trabajo material ó físico sobre Pir y sobre Báros, sobre los animales y las máquinas.

Respecto al segundo propósito de la astuta consejera solo diremos por ahora que á impulsos de sus instintos inventó un lenguaje misterioso que se figuró seria eterno, segun su eterna manía, y le hizo grabar sobre la piedra mas dura en indelebles geroglíficos. De este modo pretendia vincular la ciencia en ella y sus allegados para que todos los demás la mirasen como lugarteniente de los dioses y por lo tanto infalible.

Semejante prurito, semejante estravagancia contagiaron tambien á Dinamion, quien movido por un análogo afan de hacer su memoria eterna dispuso que los esclavos le hiciesen en la llanura unos sepulcros inmensos todos en forma de pirámide.

VIII. Levantáronse sobre una estensa llanura, no una sino tres pirámides inmensas (pues hasta le parecia á Dinamion que tres habrian de durar mas que una), y como el hombre no comprendiese la utilidad de aquellas construcciones á pesar de su ancha base y su excesiva solidez, preguntó á su génio tutelar si mermaría mucho ó poco el manto de la buena Alécia.

—Por quien soy, contestó Pónos, que no ha de mermar ni la sombra del hilo mas fino de la mas pequeña araña. Son un estúpido alarde de soberbia; y como no satisfacen necesidad legitima alguna, nada bueno pueden producir. Es preciso no confundir tres diferentes clases de trabajo. En primer término existe el trabajo *fecundo*, aquel que además de satisfacer nuestras necesidades todas, deja un sobrante y permite el ahorro. Este es el trabajo que hace mermar grandemente el manto de mi hija. Despues viene el trabajo *útil* que acude á satisfacer y nada mas nuestras necesidades no ficticias. Por último existe el trabajo *ruinoso* porque destruye de algun modo el ahorro ó capital ya creado como cuando se remueve grano á grano una montaña para volverla despues á su asiento primitivo, cuando el fruto de nuestro trabajo se em-

plea en satisfacer necesidades ficticias ó cuando se ejercita el cuerpo ó el espíritu en crear obstáculos al curso de las leyes naturales, en entrabar tu progreso ó lo que es lo mismo, en dar origen al mal. Este es el trabajo á que tienden sin cesar así Seuda como Dina-mion. En el primer caso se acata y obedece la voluntad suprema del gran Teo; en el segundo se desconoce, pero en el tercero se menosprecia. Tu tirano al pedir esas pirámides obedece á una necesidad ficticia y por eso malgasta cierta suma de esfuerzos ó trabajo que pudiéramos emplear fructuosamente. Se ha dejado persuadir por Egos, y este duende como todos estimula, pero descarría.

CAPÍTULO XIV.

I.—Imposibilidad de detallar el cuadro inmenso de la historia filosófica fundada en la naturaleza.—II.—Ciencia sacerdotal del Egipto.—III.—Moisés conoce la verdad parcial de su época entre los sacerdotes de Egipto.—IV.—Huida de los israelitas de Egipto.—V.—Aparición parcial de la verdad moral entre los judios en el desierto.—VI.—El hombre, por ignorante, vuelve á caer en manos del error, guiado por la idolatría.—VII.—Decadencia del sistema de castas. La esclavitud como progreso.—VIII.—La fuerza y la mentira se entienden.—IX.—Invención de la púrpura y del vidrio en Fenicia.—X.—Progresos marítimos y comerciales de los fenicios.—XI.—Estension de la moneda y de la escritura. Baal-Moloch. Trabajo en general.—XII.—Ciclo natural del progreso.

I. Por demas habrán comprendido ya nuestros lectores, que pasamos en silencio millares y millares de hechos, de peripecias y de lances. En la necesidad de reducir á un tomo breve lo que ocuparía cumplidamente una rica biblioteca, solo anotamos en cifra y á vueta pluma las circunstancias principales y los hechos de mas bulto.

También comprenderán facilísimamente que al ocuparnos con preferencia de los protagonistas de esta verídica leyenda, damos por sabido que los demas personajes iban y venian, se agitaban y figuraba según la ocasión y coyuntura.

Fanta contaba sueños como siempre y como siempre á todos ascina. Anoya desempeñaba su papel á puerta cerrada pero-rando rara vez en público. Los demas duendes bullian como de costumbre. El uno escitaba á la avaricia, el otro á la gula; este avivando el amor propio obligaba á cada cual á mostrarse supe-

rior á sí mismo, aquel con las sombras y visiones de sus antiparras contenía arranques temerarios é impetuosos; pero todos con Bárós y Pir y los criados del hombre, concurrían fatalmente á que se cumpliesen los destinos de la isla, los cuales, por lo visto, eran que se ejecutase un portento en cada hora para que el manto de Alécia decreciese y decreciese.

II. Temerosa Seuda y con razon de que la hija de Pónos fuese vista en libertad, habíala traído al valle y encerrádola dentro de un aposento recóndito en uno de sus inmensos templos. En este templo se adoraba un buey, y para dar una muestra (por cierto no la más ridícula) de los ardides de la bruja, diremos que el tal buey era un verdadero Dios disfrazado de cuadrúpedo, el cual Dios habia sido segun Seuda engendrado por un relámpago. Cuando era necesario reemplazarle, se le conocía en que era por fuerza negro, tenia una mancha triangular y blanca en el testuz, la figura del águila en el lomo y debajo de la lengua la imágen de un escarabajo. Además todos los pelos de la cola habian de ser dobles y por supuesto Seuda era la única que tenia el derecho de reconocerle.

¡Y todo el mundo se sometía á la taimada por virtud de tan imbéciles bellaquerías! ¡Pobre isla de Gé!

III. Quiso el cielo, sin embargo, que Ántropos entrase un dia en el templo y en el aposento mismo en donde gemía Alécia, Gran sorpresa fué la suya cuando la reconoció, é infinito su amor y su entusiasmo al refocilarse con su luz porque el manto iba cada vez subiendo. Desde aquel instante determinó restituirla al aire libre, y sin tardanza ni pereza comenzó á poner manos á la obra.

—Bien me sospechaba yo, dijo el hombre á su buen génio, que esa enlutada locuaz que Seuda manda y gobierna, no podía ser tu hija. Alécia está en ese templo. Es necesario libertarla. Buscaremos una comarca remota; huiremos en su compañía y allí podremos realizar ese número de prodigios tan imposible de contar como los peces de los mares, los átomos del polvo, ó las flores de los campos para acabar de descórrer ese terrible y enemigo velo.

—Hágase como deseas, contestó Pónos. Yo no me puedo oponer ni á tus caprichos; pero sospecho que no ha llegado la sazón y que tus amos te habrán de hacer trabajar muchos, muchísimos años todavía.

IV. Aquella misma noche Ántropos cargó sobre sus acémilas cuanto pudo haber á las manos, penetró en el templo, se apoderó de Alécia encantada y todo como estaba debajo del velo negro, y se puso en camino para una comarca árida y selvática situada hácia donde el sol nacia. Confiaba en que allí no encontraria el gigante yerba para su caballo, ni rebaños para satisfacer su hambre y que por lo tanto se podria defender.

Tan luego como los opresores del hombre se apercibieron de su fuga, decidieron perseguirle. Dinamion se puso á caballo y Senda despachó contra los fugitivos á sus secuaces mas astutos.

Una niebla tenaz y densa, se interpuso por fortuna entre los perseguidos y los perseguidores, y merced á esta circunstancia que pareció providencial, Ántropos y Alécia llegaron á la orilla de un profundo golfo, le costearon diligentemente y pasaron á la orilla opuesta por un istmo entre dos mares, cual si las aguas se hubiesen separado para darles paso.

A poco, sobrevino Dinamion, y viéndoles al otro lado, metióse con su corcel dentro del profundo golfo y estuvo á pique de ahogarse y de perecer. La feliz casualidad de asirse en medio de sus ánsias á la cola de Hipodonte le sacó salvo á la orilla.

En todas estas peripecias los unos ganaron tiempo y los otros le perdieron, de lo cual resultó que el pária con su encantada prisionera llegaron sin contratiempo á la tierra selvática y agreste á la cual se dirigian.

V. Cuarenta dias vivieron en aquel desierto pobres y con grandes privaciones pero libres, y nadie podria calcular hoy la influencia que tuvieron aquellos cuarenta dias de expansion y libertad en los destinos futuros de toda la familia de Ántropos. En ellos sucedieron millares de hechos notables, que no puedo referir, mas los hubo de tamaña trascendencia para lo futuro, que forzosamente habré de mencionar siquiera algunos.

Las privaciones de los primeros dias pusieron á prueba la extraordinaria virtud de la vara mágica de Pónos, porque han de saber nuestros lectores que el génio así acudia al lado de Ántropos cuando este le evocaba, como auxiliaba con su vara á los contrarios, si Ándros y Gina solicitaban su auxilio. Parecia como si tuviera el don de la *ubicuidad*: en todas partes donde se queria

trabajar, en todas ellas se encontraba. Los fugitivos carecian de pan y trasformó la sávia ó jugo de los arbustos (que cubria los troncos y las ramas como rocío del cielo), en un verdadero maná azucarado y nutritivo. Se morian de sed y perforó la tierra allí donde comprendió que corrian arroyos subterráneos é hizo brotar el agua de la roca. En todo estaba; á todas partes acudia, y cuando los duendes, por fin, les molestaron con insistencia, pasó las noches en vela para que no sorprendieran la simplicidad de su protegido procurando ponerle en guardia contra toda clase de asechanzas é inculcarle reglas de conducta que le pudieran salvar ó consolar en las tribulaciones mas crueles. Desde el aseo de la persona y las nimias reglas de conducta para la mujer, hasta la forma magnífica en que debian manifestar su gratitud al gran encantador Teo, todo, todo se ordenó cual ley inviolable de conducta, y estos curiosísimos ordenamientos, centon precioso del saber de aquellos tiempos han llegado á nuestro siglo en la memoria de los habitantes de la isla, y en verdad, en verdad que son por todo extremo notables.

Apenas llegaron Ántropos y Alécia al término de su viaje, y poco despues de haber fijado sus tiendas sobre las faldas de un monte viéronse acosados y sitiados por los mismísimos duendes que fueron en otro tiempo fautores de su perdicion.

La hija de Pónos comprendió desde luego que era imposible escapar de aquel asedio. Quiso pues aprovechar el tiempo iluminando alguna cosa al protegido de su padre; y á los cuantos dias de llegar le dirigió las siguientes reflexiones, las cuales en mi sentir, merecerian esculpirse en letras de oro sobre tablas de diamante:

— »La dulce libertad de que en este momento gozas ¡oh Ántropos querido cuanto desdichado! durará tan poco, se pasará tan »veloz que deseo aprovecharla para sembrar en tu corazon semilla »que andando el tiempo dé bueno y sazonado fruto. Al intentar »emanciparte demasiado pronto, has obrado como quien arranca »las ciernes de la parra soñando con saborear racimos de maduras uvas. No hay remedio: tu emancipacion depende de mi desencanto, y este no se verificará sin que tú hayas trabajado »mucho y bien. Cubierta ó mas bien amortajada con este lúgubre

- »manto, no puedo iluminarte con la necesaria luz, ni tú alzar la
 »frente al cielo mientras uno solo de los tuyos (que son parte de
 »tí mismo) gimiere en la servidumbre. Pero en fin, santa será esta
 »fuga, y á ella volverás siempre con amor los ojos, si logro que
 »mis acentos lleguen hasta tus oídos y resuenen dentro de tu al-
 »ma. El grano cae por ventura en tierra y permanece sepulto en
 »la mas densa oscuridad, hasta que germina y la planta crece, y
 »la dorada espiga se convierte en pan sabroso. Tras de las pala-
 »bras que van á caer sobre tu espíritu, vendrán dias de tinieblas,
 »y sin embargo, bajo esas tinieblas germinarán verdades y consue-
 »suelos; de entre sus horrores saldrán á la clara luz, galanas y
 »esplendorosas, para trasformarse en alimento del alma. Escucha,
 »Ántropos: hé aquí la verdad:
- »No hay mas que un Dios, y ese (segun te ha susurrado ya
 »mi padre alguna vez) es el gran encantador Teo, tres veces sábio,
 »tres veces justo, tres veces poderoso.
- »Ámale sobre todas las cosas.
- »Tan superior como es el sol á las tinieblas, lo es Teo á la vaca
 »mística, al buey sagrado, al cocodrilo, al elefante, al gato y á
 »todos esos ídolos inmundos.
- »Por eso no tomarás el nombre de Dios en vano.
- »No matarás.
- »No seducirás.
- »No hurtarás.
- »No dirás contra nadie falso testimonio.
- »No codiciarás lo ageno.
- »En una palabra, despues de amar á Teo en sus leyes y en sus
 »obras, no considerarás *tuyo* sino aquello que fuese producto de
 »los esfuerzos de tu cuerpo, de tu inteligencia ó de tu corazon, y
 »respetarás lo creado por el trabajo, el pensamiento ó el senti-
 »miento de tu semejante.
- »Por eso el hombre tampoco atentaré contra su propia vida,
 »porque la vida de cualquiera criatura es el dechado mas perfecto
 »del poder de Teo.
- »Por eso no enflaquecerás ni mutilarás tu cuerpo, ni poseido
 »de desenfrenados apetitos menoscabarás tu fuerza y tu salud,
 »porque ninguna de estas cosas es producto de tus manos.

»Que tus hijos y los hijos de tus hijos respeten el bien, fruto
 »del sudor ageno, y paguen con fidelidad sus deudas, la primera
 »de las cuales será siempre la contraida con sus padres en la fla-
 »queza y desamparo de la infancia.

»Vive sumiso al yugo de mi padre y diligente préstale obe-
 »diencia; él es tu Señor en esta isla; él solo te sacará de la affic-
 »cion y las tinieblas; él apagará la sed de tu alma en la fuente
 »de lo bello y de lo bueno; y él te enseñará á respetar en los
 »demás lo que en tí quisieres ver respetado.

»Tales son las máximas sencillas que por ahora te doy para
 »tu gobierno: si las observas premios tendrás y gloria inmarces-
 »ble; si las olvidares seguro será el castigo, porque te prevengo
 »que aunque algunas veces vendrá sin tardanza en pos del desa-
 »cato, las mas *no le percibirás de pronto* y será encubierto,
 »incomprensible, remoto. Pero *nunca* te quedarás sin él; *siem-*
 »*pre* será proporcionado al error; *siempre* inevitable, ya resalte
 »á la vista del mas ciego en forma de gran dolor, ya te atormente
 »invisible marchitando la pureza de tu alma.»

Así habló Alécia. Lo que acababa de decir al hombre encer-
 raba mundos, y harto alimento seria para que su inteligencia
 débil y veleidosa de suyo, fuese apropiándose verdades que pare-
 cian divinas. Ántropos las oyó con respeto y se propuso allá en
 el fondo de su corazon observarlas reverentemente, mas el hom-
 bre propone y Dios dispone. La hija de Pónos tenia razon: aque-
 lla inopinada libertad era fuera de su tiempo, y el pobre pária,
 sin conocer á fondo la isla y sus habitantes; sin poseer armas,
 tesoros, fortalezas; incompletos y con mucho los portentos exig-
 dos por el destino; en una palabra, sin haber adelantado lo bas-
 tante bajo la direcion de Pónos, sucumbiria en breve á las
 seducciones, ataques y asechanzas de la bruja Seuda y de sus
 infinitos servidores.

VI. Efectivamente, no habian pasado treinta dias cuando el
 hombre débil y veleidoso por naturaleza recordaba con verdadera
 fruicion y casi con arrepentimiento las ollas que Pir aderezaba
 allá en el valle de las inundaciones.

Antes de terminar los cuarenta dias la bruja encontró medio
 de apoderarse de la verdadera Alécia dejando en su lugar á Ano-

ya cubierta con unas ricas vestiduras y haciendo al hombre creer que el gran encantador Teo eran no sé qué *resplandores* sobre el monte, qué *humos* y qué *ruidos de bocina*.

Al espirar los cuarenta días, Ántropos se encontraba talmente mareado y desvanecido á pesar de los esfuerzos de Pónos, que la astuta consejera, (quien conocia ya por ápices todas sus debilidades) le hizo caer en una celada so pretexto de llevarle á un paraíso. Un duende llamado EIDÓLATROS, fecundo como ninguno en invenciones, fué el guía que le condujo á la emboscada, y desde allí preso otra vez y triste y abatido, al castillo junto al mar, al alcázar inespugnable de la costa.

Allí le estaba esperando el impaciente Dinamion encerrado con el hijo, con la madre, con sus armas y con sus tesoros.

VII.—¡Ellos son! ¡Allí vienen! exclamó arrebatado de alegría cuando se presentó en el horizonte un punto negro. Despues de haberle seguido con la vista desde sus almenas sin pestañear de puro atento, se persuadió al cabo de un buen rato que Seuda habia triunfado al fin.

Terminados los plácemes recíprocos entre el Señor y la bruja, Dinamion obligó al hijo á que arrancase á su padre los bisuntos harapos que escasamente le cubrian, hizo que Apénia le azotara cruelmente con su látigo de alambre y mandó forjar sendas cadenas y dos cinturones férreos.

Al dia siguiente (¡oh crimen repugnantel) el padre remachó sobre el cuerpo de su hijo el cinturon y la cadena de hierro, y el hijo se vió obligado á ejecutar otro tanto con su padre.

Cuando Seuda se apercibió de que su amo delicioso mandaba y disponia sin consultarla siquiera, se le presentó toda compungida llevando sobre el rostro la mas beata y mas triste de sus cien móviles caretas.

—¡Señor! exclamó la hipócrita. Si continúas de ese modo ¿cómo quieres que prevalezca la sábia division en castas establecidas por los dioses?

VIII.—Acábense tus embustes, interrumpió el gigante airado. Te conozco un poco, Seuda, desde la célebre fuga. ¿Qué significan esas dos Alécias la una oculta para mí y la otra siempre amenazando con sus sermones? Comprendo el juego y desde hoy no ha-

brá sino esclavos y señores. Esto será mas seguro y sobre todo mas sencillo. Enhorabuena que vigiles y que guardes á la verdadera hija de Pónos porque esa es el enemigo comun; enhorabuena que Anoya sea para el vulgo la voz viva de los dioses porque me conviene oprimir las almas con la ignorancia como á los cuerpos con los hierros; pero sea todo entre los dos cosa sabida y en adelante no olvides que si bien te permito ser mi consejera, jamás te he de tolerar esos tus anteriores humos de Señora. Ahora que vengan los esclavos que tengo que pedirles dos ó tres invenciones de las tuyas antes de lanzarme al mar sobre esta nave que me espera.

IX. Con efecto, en señal del nuevo orden de cosas en la isla, y para solemnizar las creces de su poder, Dinamion exigió del hombre que le tiñera su manto de color de sangre. Entónces fué cuando Ántropos descubrió la púrpura sobre la playa de la mar.

Dinamion se quedó encantado y juró preferir aquel color, (estímulo de su ferocidad) para sus régias vestiduras. Hacía tiempo que gastaba una corona de oro puro tachonada de diamantes, menos duros que su corazon, pero aquel manto de grana realizaba el brillo del metal y de la joya.

El gigante completaba su traje de ceremonia.

Poco despues pidió al esclavo una copa de diamantes para beber el vino en sus festines, y la vara mágica de Pónos guiando y gobernando á Pir, inventó el vidrio y el cristal. Esta invencion produjo un verdadero frenesí de alegría y de entusiasmo entre los habitantes del castillo.

X. Satisfechos así los principales caprichos, el gigante determinó hacerse marinero. Tras de algunas pequeñas travesías entre puntos visibles de la costa, se familiarizó muy pronto con los peligros de la mar, y cada vez se aventuró con mayor brio á expediciones mas lejanas.

Tan continuo navegar sirvió maravillosamente al esclavo para levantar su pensamiento, conocer los límites de la isla y estudiar los caprichos de Ánemos rebuscando los modos de engañarle. Poco á poco Ántropos se hizo todo un marinero en el gobierno de la nave. Entre las muchas mañas de que se valió para percibir las variaciones del ánima loca é invisible, fué colgar á popa un pena-

cho ó leve aplustro por cuyos movimientos se regia. Con este ardid y atendiendo sin cesar al timon ó gobernalle, pudo precaver sus saltos, arrebatos y mudanzas, y templar su saña ó engañar su ceguedad con lo que ella creia ser la cola de su blanco y amoroso cisne.

Tanto cuanto se robustecia el cuerpo con la existencia marítima, robusteciase tambien la inteligencia y el alma. Dió nombre á los accidentes de las costas y los clasificó; tanteó la embocadura de los rios; sondeó bahías y ancladeros; estudió los abrigos y resguardos; comprendió la influencia de la mar sobre el clima y la vegetacion; admiró la facilidad que le ofrecia el agua para los trasportes; se hizo cargo de las facciones ó accidentes de la isla; tiró líneas y estableció divisiones convencionales allá en su mente para poderse entender, y sobre todo retempló su dignidad y su valor en las brisas y los peligros que arrullan sin cesar al navegante. Al aprender el marino los indispensables rudimentos de la geografia, se inoculaba sin saberlo con un espíritu sublime de heroismo y libertad.

Pónos tenia razon: los adelantos del espíritu seguian en todo tiempo en pos de los progresos materiales.

No tardaron en descubrir los navegantes que la nave se podia convertir en el instrumento mas poderoso de comercio, y por eso dispuso Dinamion que Seuda se embarcára en ella con Egos y algunos otros de sus criados mas astutos. Llenóse la bodega de chucherías vistosas, recorriéronse las costas hasta los paises mas lejanos, y engañando Seuda las mas veces, y degollando Dinamion cuando la astucia no bastaba, se fueron trayendo al marítimo castillo los metales, los frutos, los ganados, y hasta los hijos y las hijas de los demas jigantes de la isla.

El comercio fué entónces y por mucho tiempo la mas astuta, sanguinaria y traicionera de todas las piraterías.

¡Ay! ¡y cuánta trágica historia cubrió de luto y tristeza las mejores regiones de la isla! Aquel maridaje entre el gigante y la bruja, aquel monstruoso contubernio de la fuerza y la mentira, del leon y de la zorra, todo lo amenazaba, todo lo invadia y en ninguna parte podian sentar su planta ni la paz ni la inocencia. No es extraño por lo tanto que al presenciar Ántropos los desafueros del

comerciante traidor, cobrara un odio justo al mal llamado *comercio*, de cuya repugnancia dió muestras inequívocas en ocasiones posteriores. Ya se vé: segun lo que pasaba ante su vista, *comerciante* y *fementido* eran sinónimos, y de aquí que solo con la experiencia y con las sábias pláticas de Pónos, llegó á comprender mas tarde que aquello no era comerciar, y que sus preocupaciones despreciativas, y por tanto tiempo arraigadas, eran injustos agravios contra una ocupacion capaz de ser la fuente de los mayores y mas elevados beneficios.

XI. Entre los innumerables adelantos á que dió origen el desarrollo de la navegacion, fueron los dos principales la mas estensa aplicacion de la moneda y el haber comenzado á dar cuerpo y forma tangible á la palabra y al pensamiento inmaterial, fijándole y reteniéndole para hacerle imperecedero, eterno.

En cuanto á la moneda, todos se aficionaron á poseerla de tal suerte, que cifraron en ella su ambicion y sus conatos de medro.

La cosa no era para menos: llegaban á cualquier punto, necesitaban algo, y con abrir una cajita de oro y arrojar las dos mitades al viento, tenian lo que pedian allí mismo y á su alcance.

Con respecto á la conservacion de la palabra, diremos que en todo tiempo tuvo el hombre cierta natural tendencia á dejar vivientes de algun modo sus mas queridos pensamientos. Aun siendo salvaje ó nómada, grababa sobre la piedra y la madera toscas representaciones de objetos familiares ó simbólicos. Gracias á esta propension ingénita, así que la bruja hubo observado aquella como necesidad de su alma, procuró utilizarla en su provecho, obligándole á esculpir en piedra curiosos y profundos geroglíficos, segun hemos indicado ya en nuestro rápido bosquejo del valle de las inundaciones.

Ahora fué el comercio la ocasion de que se adelantase un paso mas en la empresa maravillosa de dar cuerpo á las ideas. Siendo el objeto principal de cada viaje acumular riquezas y mas riquezas, era preciso saber lo que se sacaba del castillo y lo que en él entraba de retorno. Además, los duendes y Dinamion tenian sus contratos y sus especulaciones, cuyas cláusulas y convenios querian que constasen siempre para observarlas y guardarlas en todo tiempo y lugar, y siendo los viajes largos, las memorias flacas, y

el mar un campo harto libre, comprendieron todos á la vez que era indispensable sustituir las palabras que se llevaba el viento con otra cosa mas sólida y no tan perecedera.

De aquí los primeros ensayos para fijar sobre telas, tablas y cortezas de árboles, los conceptos, el número, la cantidad y la forma por medio de lo que se dió en llamar *la escritura*.

No hacemos sino mencionar aquí este notable adelanto porque habremos de ocuparnos de él en otro lugar muy próximo con toda la estension debida al objeto de esta historia.

Un rasgo mas para pintar este periodo. Seuda propagó en él una religion de sangre, viendo que tenian mancebos prisioneros segun dijimos mas arriba, hizo fabricar un ídolo de bronce con los brazos estendidos sobre un enorme brasero. Allí colocaba las criaturas y los niños, y los asaba lindamente para amansar, (segun decia) la cólera de los dioses.

Concluiremos este capítulo diciendo cuatro palabras sobre el modo de vivir en general de los noveles esclavos.

Dejo á la consideracion de mis lectores la existencia afanosa que durante este período pasarian. Hoy aquí, mañana allí, un día sobre el mar, al otro debajo de la tierra, levantaban fortalezas, edificaban monumentos, cultivaban los campos, buscaban metales ó tesoros, criaban ganados, fabricaban armas, construian caminos y puertos, inventaban métodos de ataque y de defensa para su Señor, máquinas de guerra, muebles de comodidad, de arte y de lujo. Sucediales entónces lo mismo que en todo tiempo: no solo el provecho, sino hasta la estéril gloria fué siempre para Dinamion, porque su figura era la única que campeaba espléndida por razon de su tamaño, mientras Ántropos y su familia, soldados oscuros, pigmeos creadores de todos los elementos de fuerza y de grandeza, depositarios del fuego del sacrificio y de la luz de la idea, seguian desapercibidos cual abejas solícitas que forman con su vivir el panal dulce y sabroso para que le disfruten muy orondos los mas inméritos zánganos.

XII.—¿Quieres explicarme, preguntaba el hombre á su buen génio durante una travesía, por qué me escaparía yo con Alécia á medio desencantar, y cómo ya que me escapé, no tuvo éxito mi empresa?

—La esplicacion es sencilla, le contestó Pónos. Tu existencia como sér racional y superior al bruto se funda sobre tres clases de necesidades armónicas que te son propias, á saber: las necesidades de tu cuerpo ó *materiales*, las necesidades de tu inteligencia ó *intelectuales*, las necesidades de tu corazon, de tu sentimiento ó *morales*. Estas tres clases de necesidades forman una cadena que no se puede romper y cuyos distintos eslabones se encuentran tan alternados, distribuidos y enlazados por toda la estension de tu existencia, que así como no es posible que uno avance sin que se muevan todos los demas, así tambien cada uno tiene que ir apareciendo sucesivamente á medida que la cadena de la vida avanza. Sin nada mas que tu instinto comenzaste á trabajar por mi consejo para satisfacer el mayor número posible de las necesidades de tu cuerpo. Sin embargo, para que se moviesen tus músculos tuvo tu inteligencia que trabajar y progresar. Por estos medios humildes, llegaste á ser un tanto inteligente; y como vuelvo á repetir que la armonía y el nivel entre las tres clases esenciales de necesidades se imponen y se establecen de suyo por encima de toda oposicion y toda fuerza, apenas te sentiste inteligente, te propusiste ser moral. Es decir: primero tuviste que estudiar las leyes físicas de la isla para atender á la conservacion de tu cuerpo; al conocer aquellas leyes, tu inteligencia creció y se robusteció, y por último, el deseo intelectual por saber la causa de cada fenómeno, despertó y estimuló eso que llamaremos *sentimiento*, esa admiracion espontánea ante lo verdadero y lo bello, ese afan por obrar bien, esa sed y hambre de justicia. Tal era el estado de tu espíritu cuando diste con Alécia dentro del templo del Buey. Por eso el impulso moral (superior á todos los impulsos) te hizo emprender una empresa sublime, aunque prematura. Has sucumbido, pero en verdad en verdad te digo que nada perdiste, que nada perderás. La semilla está sembrada, ella fructificará. Por de pronto, se quebrantó el sistema de las castas. Con ellas, la bruja habria convertido la isla en un cadáver para engordar sobre él como la hiena. Esclavos de Dinamion, abierta á nuestra quilla el mar, debemos tener todos esperanza. Mira, mira sinó á la muda Elpisa cómo se mece en el cielo.

Y efectivamente, á la luz clara de la luna se destacó en el

horizonte una nube de color de rosa toda recamada de oro, toda bordada de plata, y en su centro, sonriente Elpisa, inspirando al navegante aquel dulcísimo entusiasmo, aquel enérgico aliento que regenera, vivifica, salva.

Ánemos tiró con doble fuerza de las velas, la proa arrojó á una y otra banda torrentes de plata y luz, las tendidas cuerdas resonaron con una armonía ruda, y á los poquísimos instantes se alaba por babor la nueva aurora para anunciar otro sol que iba á inundar el espacio con su luz pura y brillante.

CAPÍTULO XV.

I.—La Grecia.—II.—Alusión á Atenas y su puerto.—III.—En Grecia como en todas partes la fuerza y la mentira se sobreponen y se entienden pronto, para explotar el trabajo ageno en una ú otra forma.—IV.—El gineceo. Alegoría de la condicion de la mujer legítima entre los griegos.—V.—Casamiento griego.—VI.—A consecuencia de los ritos religiosos surge tambien la arquitectura helénica.—VII.—La arquitectura en progreso.—VIII.—El arte provoca un doble progreso intelectual y moral.—IX.—Respiro dado en las naciones antiguas al esclavo con alusion á una locura religiosa mas, é influencia de la música que tambien progresa estimulando el sentimiento.

I. Mal se avenian con la altivez, energia y sed de gloria del valiente Dinamion, los ardides y falacias de aquel comercio de entónces y pronto quiso emplear su acero y su corazon en empresas mas gloriosas. Embarcóse con el esclavo marinero y puso la proa al mar en busca de combates y aventuras.

Su primer rumbo fué al norte, por la costa, hasta que ésta le obligó á variarle hácia el poniente y despues de algunos dias se arrumbó de una isla á otra arribando por fin á una ensenada que segun todas las señales estaba unida á tierras muy dilatadas. Saltó en tierra denodado para reconocer aquel país, mientras Ántropos hizo otro tanto siguiendo sus recortes por el mar siempre á la vista del gigante.

Era una península cubierta de verdura unida por un istmo al apuntado remate de un país grande y montuoso, como pende una flor graciosa y bella de su tallo, adherida á un tronco robusto, ru-

goso, corpulento. Sus costas festoneadas en bahías apacibles, bordadas por las rompientes argentinas de un mar azul, fresco y jugeton, brindaba al navegante á cada paso con la dulce quietud de la bonanza. Numerosos riachuelos se despeñaban de sus montes para correr bulliciosos entre las olivas y naranjos, los limoneros y laureles que poblaban sus llanuras y sus valles. Todo era frescura y lozanía en aquel nido de gaviotas arrullado por la rugiente resaca.

II. Dinamion quedó encantado desde su primera correría.

—¡A tierra! gritó gozoso al marinero. Encontré por fin lo que buscaba. Esta península, aunque pequeña para mí, será por ahora el jardín cerrado de mi residencia. Aquí, á la salida del istmo dando frente á la península vas á construir una vivienda cómoda porque el castillo mas fuerte y mas difícil de atacar tengo para mí que sea mi nave. Lo primero que vas á hacer es el puerto.

Dichas estas brevísimas palabras el gigante pidió su hermoso manto de grana y su corona, pero como quiera que ambas cosas habian quedado olvidadas al otro lado de la mar, volvió á embrazar el escudo y se alongó en direccion á las montañas del norte en busca de batallas y victorias.

Entre tanto Ántropos citó á Pónos, le suplicó que se desembozase y se puso á trabajar.

Como siempre y mas que siempre la vara mágica del génio hizo de veras prodigios. Llegó hasta el fondo del mar para transformar la arena en cimientos duros, resistentes, sobre los cuales se levantaron muelles espaciosos y hasta un farol ó fanal sobre una torre para que el marinero y su Señor pudiesen arribar de noche sin error y sin peligro.

III. Todavía trabajaba el pobre esclavo en fabricar una mansion inmensa de madera por el estilo de la que hizo en otro tiempo, con sus troncos en hilera por los cuatro lados para formar un paseo cubierto en rededor, cuando vió que venian en direcciones opuestas Dinamion solo y presuroso y Senda trayendo en pos una numerosa comitiva.

—¿Qué es esto? preguntó el gigante á su consejera al encontrarla donde menos la esperaba.

—Esto, señor fuerte y delicioso, contestó la bruja significa que me es enteramente imposible vivir lejos de tu lado. Apenas desapareció tu nave entre las olas cuando llamé al hijo del esclavo y á su madre, les obligué á llamar á Pónos y les pedí todo lo que necesitaba para venir en tu busca. Tú no sabes los portentos que me han hecho. Como tengo horror al mar y le detesto cordialmente sali por tierra con mis camellos y mis elefantes sin olvidar á Hipodonte. He andado lo que no sabes para dar contigo. He tenido que atravesar tambien algo de mar pero lo he hecho sin embarcarme porque tengo el presentimiento que ese loco navegar ha de causar nuestra ruina. Ándros es todo un esclavo como su padre. Con cuatro toques de la vara mágica de Pónos me hizo no sé cuantas barcas y tendió un puente sobre ellas por el cual pasamos todos con la mayor comodidad, y aqui nos tienes.

Dinamion habia estado tomando aliento y reposándose de su fatiga mientras hablaba la bruja. Cuando concluyó la dijo:

—No está mal que hayas venido porque te aseguro que nos cayó que hacer en esta tierra. ¡Vaya unos mozos que hay aquí! Tres me vienen persiguiendo y antes de que nos descubran hay que ponerse en estado de defensa. Manos á la obra Ántropos. Templa y mejora mis armas. Ya veo que me tienes preparada una vivienda cómoda y capaz. Entremos en ella Seuda, y tú Ándros á levantar una muralla en torno, á cavar anchos y profundos fosos y á fortificar todo el recinto por arte de encantamiento.

Los esclavos volvieron á trabajar bajo la direccion de Pónos arrastrando sus cadenas.

Sus señores discurrían mientras tanto dentro del palacio para volver á desear, ambicionar y exigir.

Contaremos al lector un breve trozo de su diálogo:

—¿Y Alécia?

—La traigo oculta conmigo.

—¿Habrá mermado muchísimo su manto con los portentos que has pedido al hombre?

—Algo ha mermado pero poco.

—Tú siempre codiciando y siempre pidiendo. Tu codicia acabará por descorrer ese velo, lo cual será nuestra perdicion.

—¡Señor! por cada cosa que yo pido pides tú ciento. ¡Y qué cosas!

— Bien está, bien está. Todos pedimos. Dilema aterrador: ó no gozar, ó esponerse á ser esclavo de Pónos y de su familia. ¿Y Anoya?

— Conmigo vino. Es una alhaja. Cada vez perora mas pulidamente.

— Cuida de hacerla pasar por la verdadera Alécia.

— Descuida, Señor, descuida. Mas si el engaño ha de surtir efecto, es menester que me concedas un favor.

— ¿Cuál?

— Poner á buen recaudo á Gina. Esa criatura es mas temible de lo que tú te sospechas. Espia todos mis pasos y con una penetracion y una sagacidad imponderables, adivina las palabras de la encantada Alécia y se las dice á su esposo y á su hijo. Mientras no la encerremos donde no vea la luz, no estaremos seguros de dominar á los esclavos.

— Pues ahora mismo, y no hables mas. Voy á dar mis órdenes al hombre.

IV. Dinamion salió en seguida y exigió de sus esclavos que le fabricaran una jaula grande de oro.

Ántropos invocó á su génio, evocó á Pir, montó sus hornos y sus fraguas y la jaula fué hecha.

Entónces el gigante convocó á toda su gente dentro de un patio grandísimo en el centro de su casa y con sonrisa burlona se dirigió á la mujer y la dijo:

— Pajarito, pajarito, tú que averiguas y cuentas, entra en esta jaula de oro.

Apenas abrió Dinamion la puerta de la jaula y se dispuso á cogerla como á tímida paloma que se desea enjaular, cuando la infeliz, perdiendo el juicio, salió por aquel inmenso patio á la carrera cual si la fuese posible defenderse contra las garras del gigante. Tan risible pareció á todos y cada uno de los espectadores aquel inocente asomo de impensada resistencia, que el mismo Dinamion atronó el patio con estruendosa carcajada. En cuanto á los duendes, imagínese el lector, si puede, su bulla y su regocijo. Una terrible de voces y ahullidos acompañó al escape de la pobre Gina, mientras el coloso, con calma asaz burlona, la perseguía en dos trancos y abriendo un poco las piernas se la ponía delante;

mas como corria la cuitada ciega, dió de bruces contra aquella mole, circunstancia que aumentó el gozo del concurso manifestado por una nueva esplosion de la mas deliciosa vocería.

Con grandísima algazara y no pequeño contentamiento de los trasgos, entretúvose Dinamion con Gina cual juega un gato retazon con el raticillo medio muerto, víctima de su acechanza, hasta que la infeliz mujer rodó sin fuerzas sobre el suelo. Entonces la fementida bruja, quien presenciaba con incomparable fruicion aquella repugnante escena, porque odiaba á Gina muy de veras, hizo presente á su Señor lo conveniente que sería dar cierto viso de rito y ceremonia al cruel y bárbaro encarcelamiento.

—De esta suerte, le dijo, lograrás dos cosas: entretener á tu pueblo, y sellar mejor la puerta de esa jaula con el aparato de una sagrada costumbre.

—Que me place, contestó el gigante. Inventa tú lo necesario.

Acto continuo Seuda puso en movimiento á sus confidentes íntimos, y la ceremonia se dispuso de este modo:

Y cubrióse una carreta con blanco y perfumado lino; tendióse de la propia tela un toldo por encima; festoneado con guirnaldas; vistiéronse con rosas y con mirto los testuces de los bueyes; los yugos, el timon y la gamella; coronóse á la mujer de rosas como por escarnio; púsosela en aquel carro triunfal sin que supiese lo que la pasaba; rodeáronla mil y mil duéndes procaces en confusa y descompuesta gritería; comenzáronla á pasar en triunfo por el patio, y como en unas y otras cosas cerró la noche algo oscura, se encendieron teas de pino y de otras maderas olorosas, y las sombras de aquellas luces fatidícas se movian gigantes por los muros y parecian rodear la inmoble fiesta en son de presagio lúgubre ó de terrible amenaza.

Gina mareada, confusa, no se daba cuenta de aquello que la sucedia; hasta que cansado Dinamion del espectáculo, la cogió ferozmente por el cuerpo, la metió dentro de la jaula de oro y cerró la puertezuela con triples pesadísimos cerrojos. Para quitarla en seguida todo asomo de esperanza, los duéndes quemaron allí mismo el eje de la carreta en señal de que jamás saldría del encierro.

El cambio fué tan brusco que la esposa del hombre cayó sobre

las barras de su calabozo desmayada y sin sentido. Ántropos y Ándros lo contemplaron y lloraron. Dinamion sin reparar en ello se colgó la jaula del meñique, penetró impávido en su cuadra, y suspendió del techo á la víctima en defensa de su superioridad.

El abuso de la fuerza habia consumado otro atentado. Acababa de suceder la calamidad mas dolorosa para el hombre: desde aquel dia habíasele robado el blando apoyo de su leal compañera.

VI. Ni al dia siguiente, ni en los muchos que se siguieron despues, se presentaron los bárbaros que tanto sobresaltaron al gigante. Durante aquellos dias de paz, este, la bruja y los duendes no se hartaron de pedir.

Seuda comenzó por resucitar su gruta divinal de antaño, su trípode, su pitonisa, y sus ofrendas á los dioses. Quiso despues cubrir la gruta con un templo, y exigió que dicho templo fuese una verdadera maravilla.

Decia que el templo debe convidar por fuera, é imponer por dentro. Sin duda para conseguir lo principal hizo que el hombre labrara y puliera los troncos que sostenian el pórtico y la galería; que los apoyara sobre grandes dados de piedra para evitar su podredumbre por la fagonadura; que en la parte superior fijase guirnaldas de matizadas flores, hojas graciosas de acanto ó cuernos en espiral retorcidos; que las cabezas de las vigas transversales se adornasen, aunque toscamente, con el fin de hacerlas uniformes, y finalmente, que el fronton se distinguiera de los lados en la forma puntiaguda de la espaciosa techumbre.

En aquel templo, adornado y embellecido con esquisito esmero y algun gusto, se celebraron ante todo cruéntos sacrificios y hecatombes en honra de los dioses, protectores visibles de los próceres. Seuda se aficionaba cada vez mas á la sangre; pero á falta de mancebos ó prisioneros, degolláronse cabras y novillos, corderos y bueyes recelosos. Entre mugidos y balidos, cayeron las víctimas sobre las gradas del altar rociados los testuces con sal molida y harina. Despues de respirar las víctimas, sobre su sangre aun caliente, se desollaron todas con esmero, cortáronse las patas, cubriéronse con la pella, encendiéronse fuégos en las aras, y Pir quemó los despojos y asó las buenas carnes sobre sen-

dos asadores de cinco puntas larguísimas para servir las á los concurrentes, quienes mezclando hasta en los ritos su glotonería, las comieron con tanta devocion como ápetito sin olvidarse de regar de vez en cuando las tajadas succulentas con sendas y copiosas libaciones.

Apenas vió Dinamion aquel templo de madera de tan bellas proporciones, adornado tan graciosamente, cuando entró en gana de pedir él otro. Este deseo se avivó por un acontecimiento inesperado y ominoso.

A consecuencia de las aras, de los fuegos, del festin y las libaciones, el templo se incendió sin saber cómo, y en unos cuantos momentos todo quedó reducido á un monton humeante de pavesas.

Entónces nuestro gigante, entre triste é iracundo, se dirigió á los esclavos y les habló de esta manera:

—¿Son esos los templos por ventura que creéis dignos de los dioses? Por quien soy que no comprendo cómo Seuda lo tolera. Sobre esa colina que teneis enfrente, y que domina el puerto, mi palacio y las murallas, vais á construir desde ahora mismo otro templo de igual forma, pero eterno é imperecedero. Que los troncos sean de granito; el interior de mármoles y jaspes; hasta las flores, cuernos, hojas de acanto y guirnaldas, las tallareis en pórfidos y otras piedras.

Todo se hizo sin demora como lo dispuso Dinamion. La planta se trazó en el suelo, y los cimientos pronto se acabaron.

VII.—Ánimo, decia Pónos á su protegido para solazarle mientras trabajaba. Las necesidades de tus amos no tendrán término ni fin, y al cabo descorreremos el velo de nuestra Alécia. La casa es la estension del vestido, y veo que tus señores nunca estarán satisfechos con las mas peregrinas vestiduras. Sus exigencias hacen progresar á la mas útil de las bellas artes, y es imposible calcular cuánto este nuevo trabajo contribuirá al abrigo de tu cuerpo, al desarrollo de tu inteligencia y á la perfeccion de tu alma.

Distraido con pláticas tan sabrosas, trabajaban los esclavos á mas y mejor en el suntuoso edificio, aunque muy poco habrian conseguido á no tener la vara mágica del génio. Merced á su singular virtud los troncos se sustituyeron con esbeltas y bien proporcionadas columnas (remedos y nada mas de aquellos); los dados

toscas que les sustentaban en graciosas basas y bien cortados pedestales; las guirnaldas de flores, los retorcidos cuernos, las hojas acigarradas de acanto, en cincelados capiteles con sus volutas y elegantísima hojarasca. Del propio modo las cuerdas ó los aros puestos en redondo á las estremidades de los árboles del otro templo primitivo para evitar que se rajaran con el sol ó se ventearan con el viento, dieron origen á los junquillos y los toros; la viga corpulenta que apoyada sobre los piés derechos los enlazaba y reunía por arriba, se trasformó en arquitrabe; los extremos salientes de los maderos del techo se figuraron por encima tales cuales los que en nuestra arquitectura llamamos modillones y denticulos; y en una palabra, ligaduras, ensambles, recortes y hasta las cabezas de los clavos, se hicieron y tallaron en mármol ó en granito surgiendo de cada cosa, ya un miembro, ya una moldura, ya un perfil cuyo conjunto y armoniosa distribución constituyó la cornisa, el zócalo, el fronton y todas las demás partes de un monumento bellísimo con virtud para recrear la vista, inspirar al sentimiento é imponer poderosamente al alma por su carácter de grandeza y de severidad.

—Está bien, exclamó el gigante cuando contempló la obra maestra. Esta noche mandaré que te den en galardón y por extraordinario una docena de bellotas.

Para adornar el nuevo templo dignamente, Seuda pidió vasos sagrados ó pateras, trípodes, coronas, aras, reliquias, purificatorios y otras cien preciosidades todas de valor que el esclavo apenas pudo fabricar, porque Dinamion le exigía á la vez muebles, galas y pertrechos.

Con semejante pedir, calcúlese cómo mermaría el manto de la encantada.

Pasáronse de este modo muchos, muchos días y el campamento y el puerto, á la salida del istmo, dando frente por el sur á la península, se convirtió poco á poco en una ciudad preciosa de palacios y de templos, en una morada artística construida con bronces y con mármoles.

Por supuesto que al lado de estos portentos se erguía amenazador otro alcázar ó castillo muy parecido en la forma al construido por Ántropos junto á la playa del mar. Situado también en

alto, daba frente á la campiña y taladraban las nubes sus torres y sus almenas.

Volvemos á repetir aquí que es de todo punto imposible mencionar uno de los trabajos del esclavo y su familia por cada millon de los que hicieron. Así solo nos cumple recordar los pocos que tuvieron un influjo decisivo en el desencantamiento de la divina Alécia.

VIII. Los progresos intelectuales provocados por la necesidad de conocer y dominar á la naturaleza; el desarrollo esquisito del sentimiento producido por el descubrimiento y por la contemplacion de la belleza no eran ya exclusivos de los obreros oscuros que se hallaban en inmediato comercio con el mundo y con sus leyes. Los opresores tambien, los próceres que en un principio no sabian sino pedir maravillas en su hambre y sed insaciables de goces y de riquezas; aquellos mismos tiranos sanguinarios y crueles, sintieron modificarse grandemente su entendimiento y su corazon y llegó un dia en que sin saber por qué dieron señales aunque leves de compasiva conciencia.

El hecho siguiente, auténtico y comprobado, á falta de otros nos lo demostrará.

Contemplaba cierto dia Dinamion á los esclavos que arrastraban sus cadenas cubiertos de sudor y sangre por entre las maravillas que crearan. Sintió que se conmovian sus entrañas de diamante y sin querer dijo al padre

—Yo sé que tienes otro servidor del que nunca me has hablado. ¿Qué hiciste de Tongo? dí. En otro tiempo bien te divertia. Quisiera conocerle. Desde que te cautivé que no te alegra su flauta.

—Señor, le contestó Ántropos entre un suspiro y una lágrima; ese criado no trabaja. ¿Para qué le habia de llamar para presenciar nuestros afanes? Pir, Báros y los demás me ayudan, pero Tongo solo es útil cuando el alma leda y apacible, regocijada respira.

IX. —No importa replicó Dinamion. Quiero verle, deseo oírle. Hoy mismo le harás comparecer. Para que estés mas á gusto voy á sacar la jaula de tu mujer al sol. La colgaré de aquella ventana que tenemos sobre nuestras cabezas. Desde allí oirá los cantos de ese Tongo y presenciara nuestra alegría. Quiero que hoy mandes

tú solo dentro y fuera del alcázar; quiero hasta que te hagas servir de mí, de Seuda y de todos tus amos y Señores. Diviértete, manda, pega, embroma, burla. Justo será que el pobre esclavo que trabaja siempre, haga las veces de su Señor un día al menos en el año. Te doy libertad completa y comienza á disponer á medida de tu antojo.

Antropos se quedó suspenso al oír tan insólita salida. Parecióle al principio que soñaba, pero como Dinamion estaba allí, y él se palpaba los miembros y se sentía viviente y paciente, no quiso perder la coyuntura y casi sin saber lo que decía, dijo:

—Pues mando hoy y he de mandar, mándote que subas á tu estancia y que saques á Gina como dices.

Dinamion complaciente y presuroso subió al castillo en dos trancos y colgó fuera del balcón la jaula de oro de su prisionera.

Entretanto, el hombre sacó del pecho la caña, y cuando el gigante se asomaba con la jaula de oro en lo mas alto del castillo, llegaron hasta la ventana los suavísimos acentos de una melodía dulce y melancólica.

Gina suspiró al oírla y vertió una lágrima. Aunque caían sobre sus miembros los gratos rayos del sol, sentía frío.

Dinamion se quedó suspenso con la jaula en alto sobre el abismo del foso. Después de un espacio bueno, bajó la jaula á la altura de la boca y preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Qué fascinación es esa que se derrama como un filtro sobre mí, y se esparce como un perfume por el aire?

—Es Tongo, el incomparable músico! ¡Ah! ¡qué memorias está evocando en mi mente esa su triste melodía!

—¡Tongo! exclamó Dinamion colgando la jaula de un enorme clavo. Corro para ver qué trazas tiene, qué figura. En mi vida he sentido un placer ni un entusiasmo semejante. Sospecho que ha de ser Tongo, desde hoy, el primero de mis favoritos.

El gigante bajó á la pradera tan presuroso como subió al castillo, y al ver á Tongo con la flauta y con la lira, su diadema de orejas puntiagudas, sus cabellos blondos y rizados, y su apostura de gracia y de majestad, se dispenia á pasar un rato aneno escuchándole, pero Antropos, deseoso de ejercer en lo posible su

autoridad de un día, tomó el tono y las maneras de quien manda, y dijo de pronto á su Señor:

—Ya sabes que hoy mandan los esclavos. Vé en busca de tu consejera y de todo su innumerable séquito. Prontito, pronto, y cuidado cómo te detienes.

Dinamion bien hubiera querido quedarse al lado del hábil músico, pero estaba aquel día de excelente humor y quiso respetar la palabra empeñada al pobre esclavo. Echó á andar hácia la casa de los dioses ó palacio de sus intérpretes, volviendo á cada paso la cabeza para oír, y aun aplicándose las palmas ahuecadas á la oreja cuando se encontraba lejos.

—¿Qué pretendes? preguntó Pónos al hombre cuando le oyó comunicar el imperioso mandato.

—Nada, contestó Ántropos; vengarme de cierto modo de la bruja. Reirme siquiera sea una vez de sus patrañas y supercherías.

—Cuidado, amigo, cuidado, prosiguió el génio. Recuerda que tu autoridad fenece con la postura del sol.

—No temas, concluyó diciendo el hombre. Ya verás que la chanza es llevadera y de seguro que ni la bruja se apercibe de mis intenciones. Envuélvete en tu manto prodigioso y por quien soy que ries.

Hízolo así el prudente génio, porque el gigante venia con Seuda, Apénia y Anoya, además de un séquito numeroso de trastos y servidores, unos graves y espetados, otros burlones y astutos, otros crueles y feroces.

—Aqui tienes lo que deseabas, exclamó el gigante cuando pisaron todos la pradera. Diles cuál es tu voluntad.

Ántropos por toda contestacion se dirigió á Tongo y le pidió que tocase la mas alegre y mas viva de sus tonadas coribánticas.

Apenas oyeron aquellos mentidos sacerdotes las primeras notas de la melodía, cuando empezaron á bailar desaforadamente haciendo las contorsiones mas ridiculas. Apénia, la cruel Apénia, bailaba agarrada con Eidólatros, Seuda del brazo con Anoya. Sus cien caretas se descomponian para dejar ver de cuando en cuando el feo y amojamado rostro, y Anoya, con cada resoplido como una racha de viento, bufaba, brincaba, rebotaba reman-

gando el consabido manto negro, sin reparar que por debajo asomaba dos piés informes, descomunales, juanetudos.

Ni el mas torpe podia equivocarse aquella criatura obesa y repugnante con la divina hija de Pónos, y no obstante habia allí entes tan estúpidos que ni siquiera reparaban en lo que veian. Bien es cierto que la risa era tan grande con la estrambótica danza de tanto sesudo prócer, que lloraban de puro gozo todos y las lágrimas les impedian ver con toda claridad.

Todo esto, sin embargo, no es lo mas extraordinario de la aventura que refiero. Muchos y muy sesudos personajes bailaron antes de ahora al son que se les tocaba, y el lance, por lo comun, no merece siquiera que se anote; pero en el caso presente lo donoso y peregrino es, que pasada la danza, Seuda se empeñó en hacer creer á todo el mundo que si bailó fué por una inspiracion divina, y que aquel dejarse ir á impulsos de sus groseras pasiones era una manera y modo misterioso de rendir al cielo culto. Bien que segun se asegura, aun hoy mismo se obceca la taimada en vender como ritos sacrosantos los espectáculos menos comprensibles.

La burla del esclavo era regocijada y única. Dinamion, con los puños sobre las caderas, se habia sentado sobre una peña por que la risa no le permitia estar en pié.

En aquel estado de cosas, llegó Fobo presuroso y sin aliento como siempre, con rostro demudado y voz asaz hueca y temblorosa dijo:

—No pierdas tiempo, Dinamion. Corre, vuela. Sube á tu alcázar, vístete las armas. Grande tropel de gigantes, los mas altos y corpulentos que jamás vieron estas tierras, bajan por el lado donde sopla el cierzo armados de un modo singular y con espantables cataduras. Son muchos, son numerosos. Por donde pasan todo lo asuelan y juran á voz en grito de no tenderse á descansar hasta tenerte á sus piés y haberse apoderado de tu casa. Corre, corre, Dinamion, antes de que sea demasiado tarde.

Con tan temerosas é inopinadas nuevas, el músico puso fin á sus acordes, y raudo se ocultó en la caña. Los bailarines, aunque sin resuello, tomaron á buen paso la subida de la fortaleza y el mismo valiente Dinamion llegó á su estancia el primero.

Lo mismo dentro del alcázar, como gran trecho á la redonda,

todo fué prisas, confusion y aturdimiento. Ándros con parte de sus ganados tambien entró en el castillo, y allí acudieron unos tras otros los duendes y los trasgos todos. El gigante metió la jaula de Gina, descolgó sus armas, examinó el casco, hizo que le añadiesen una cimera graciosa, revisó el acero, calzó el gentil coturno, abrazó la egida y traspasó la puerta del alcázar ardiendo en deseos de pelear, centelleando de entusiasmo los enrojecidos ojos, y acariciando con la diestra el duro puño de la espada.

Ya al otro lado del foso detuvo el paso un momento y con su voz estentórea gritó al hombre (quien con todos los demás se habia subido para presenciar la lid, á las almenas y torres):

—¡Hola! Ántropos. Escucha. Me parece que tendria mas coraje si me precediese Tongo tocando un canto guerrero. Baja ó mándamele pronto. Al compás de sus cadencias lidiaré, no solo con gran denuedo, sino con ritmo y con gracia.

Hízose así: el músico tocó la flauta y desde aquel dia Tongo trabajó tambien precediendo al coloso en los combates y reanimando su valor y su entusiasmo con los bélicos acéntos.

CAPÍTULO XVI.

I.—Heroísmo guerrero en Grecia.—II.—La medicina cultivada por necesidad.—III.—Influjo del entusiasmo hélico sobre la imaginacion de la mujer.—IV.—La mujer toma parte entre los griegos en las cuestiones que preocupan al hombre, y logra por este medio dar principio á la obra de su rehabilitacion como persona.—V.—Principio del dote ó el peculio de la mujer.—VI.—Comienza la antropolatria en Grecia. Alusión al sacrificio de Sócrates.—VII.—Perfeccion de la escritura.

I. Como en manera alguna sea mi propósito narrar circuns-tanciadamente las cruentas hazañas del gigante, suplico al lector benévolo que se le figure y represente lidiando todos los dias, destruyendo á todas horas, invadiendo aquí, batallando allá, hoy derribando gigantes, mañana en busca de enemigos que acometer

y derribar. Proezas de este jaez nunca acortaron el manto de la encantada ni el espesor de un cabello. Buenas serán para entrete-
 tener ociosos, para avivar las pasiones mas violentas ó ruines,
 pero salen del cuadro admirable é instructivo que nos proponemos bosquejar y deben quedar ajenas al fondo verdadero de esta historia.

No obstante, las hay de tal magnitud, tan íntimamente unidas á los progresos del hombre, que á la fuerza habremos de mencionarlás. En este número se cuenta la que Fobo anunció trémulo al final del capítulo anterior. La narraremos por lo tanto brevemente.

Tres fueron los combates que presenciaron aquellos frondosos montes, aquellos llanos feraces, aquellos valles frescos y apacibles. En los tres fué vencedor Dinamion. ¡Pero á qué precio justo cielo! Aquellos colosos que cubrian la tierra con su sombra fueron azotes como el rayo, el diluvio, el huracan. Doquier que combatesen, una ancha calle de devastacion marcaba en ruínas su camino. Debajo de su pesadumbre derrumbábanse chozas y palacios, los robles y los cedros erujian como alcacér, y fuentes, pensiles, huertas, flores, se trocaban en fealdad y luto. ¡Oh! era triste, muy triste, contemplar el cúmulo de horrores ocasionados por aquella lucha desigual sobre un suelo poco antes tan apacible, sobre unos campos cuyos arroyos, siempre cristalinos, corrian ahora rojos y espantables.

¡Hasta las aguas del mar se tiñeron como nunca con la sangre tornando el azul hermoso en un morado fatídico!

II. Cuando terminó la lucha y Ántropos se acercó á su amo. — «Estoy herido, le dijo. Vámonos pronto á mi estancia porque gran menester hé de mi lecho.»

Despojado del peto y de las armas todas cubiertas de sangre, de sudor, de polvo, libre del casco y la escarcela, descalzo de los coturnos, tendióse Dinamion cuan largo era y una palidez mortal cubrió su frente y sus mejillas.

—Ánimo, Señor fuerte y delicioso, le decia Seuda. Ese vahido dimana del cansancio. Yo consultaré á los dioses: yo haré ofrendas, libaciones, sacrificios, y en breve te has de sentir mas vigoroso que nunca.

—No es este asunto para tus sacrificios, ni tus dioses, contestó el malferido Dinamion con voz asaz enfermiza: Es cuestion mas árdua. Sospecho que uno solo, y nadie mas, puede restituirme la salud. Dí al esclavo que se acerque al lecho.

Ántropos se acercó y Dinamion le dijo que se sentía morir.

—Todo lo consigues tú del incomparable Pónos, añadió en voz casi imperceptible. Procura, pues, alcanzar de su pericial remedio saludable para mí, y si me cura bien y pronto, os juro por lo mas sagrado, sempiterna gratitud y buena correspondencia.

—Decid á Pónos, concluyó diciendo despues de una pausa dolorosa, que se conduela de un herido, y que si viene en persona á reconocer mi cuerpo, hallará en este mi alcázar la mas leal y benévola acogida.

Ántropos se retiró para llamar á su esclente génio y consultar con él una novedad tamaña.

Gina desde su jaula, no habia perdido ni una sílaba de aquella inesperada peticion.

De allí á poco, Ántropos volvió para decir al gigante que Pónos le exigia una promesa formal en que se obligará en sério á no faltar por ningun concepto á ella.

—¿Y cómo quiere Pónos que lo diga? preguntó Dinamion desconsolidado.

—Eso me toca á mí: yo lo diré, exclamó Seuda, quien al mirár al gigante moribundo, se allanaba á respetar á Pónos. Yo lo diré. Tengo ritos especiales para eso, y si se observan en regla, es imposible que falte Dinamion al compromiso.

Y como en esto de ceremonias y misterios para embobar á los tontos, la bruja no tenia igual, sobre la marcha inventó juramentos espantables é imprecaciones tan pueriles en el fondo, como impo- nentes en la forma, que el herido habia de decir envuelto en una sábana, apoyado en un venablo y con coronas de yedra y de ci- cuta sobre la pálida frente.

—No necesitaba tanto, ni podia exigir esas sandeces que en nada obligan y significan poco, contestó Pónos cuando su prote- gido le dió cuenta de la ceremonia. Lo que yo reclamaba con ra- zon, no era sino una promesa dada despues de reflexionar y á la faz de todo el mundo. Si semejante compromiso no liga á quien le

hiciera por pudor, ¿cómo quieres que le obliguen maldiciones que se lleva el viento, la invocacion de un poder imaginario y otra multitud de frases inventadas para que los necios al oirlas se espeluznen? Pero Senda es así: palabras, siempre palabras. Vamos á curar á Dinamion: cumplamos con la piedad, y venga lo que viniere.

Acto continuo, protector y protegido comparecieron á la cabecera del enfermo. Aquella fué la primera vez que el génio de las maravillas alcanzó tamaña honra. Al fin y al postre, — ¡quién lo hubiera dicho? — el enemigo odiado se acercaba al arrogante coloso para otorgarle proteccion, y el arrogante coloso le veia desembozarse en su presencia y humilde le suplicaba. Pero raras y no creibles cosas suelen hacer los mas soberbios cuando ven á la espantable muerte muy de cerca.

Despues de los primeros comedimientos, el herido dejó colgar el brazo para que el médico le tomara el pulso, y allí fueron las dificultades. ¿Cómo abarcar con la mano aquella muñeca sin igual? Por fortuna, muy luego se apercibieron de que el tacto era innecesario para contar las pulsaciones: se veian claramente con los ojos. Contáronlas, pues, examinaron la lengua, el color de la pupila, observaron el calor de la piel y de la frente, escucharon atentos el ruido de la respiracion dentro el pecho, y de todos los síntomas dedujeron que los golpes del combate habian producido una sobrecitacion en el cerebro, y alguna mas blandura en el corazon.

— Antes de tres dias, dijo por fin el admirable génio, me comprometo á restituirte la salud. Aquí estamos para servirte. Confía y sanarás.

— Gracias, susurró el gigante. Si me curas, juro adorar tu destreza en el arte de curar, y hacer esculpir tus obras en las paredes de los templos.

En seguida el admirable Pónos (aprovechando como siempre tan propicia coyuntura para obrar prodigios y mas prodigios), enseñó al hombre á deshilar paños para las heridas; empapó las hilas en bálsamos hechos con yerbas salutíferas; le recordó las virtudes de las plantas, virtudes observadas en los felices tiempos en que fué pastor; le dió recetas apropiadas á cada dolencia, y se

valió para curar hasta del veneno de la víbora. Con motivo de la curación del amo, quería hacerle perito en el arte de los remedios. Él le hizo notar las señales y los síntomas, juzgar del interior por el aspecto estérno, aprender la manera de aplicar á cada enfermedad su correspondiente lenitivo, y lo que es mas, reducir á breves sentenciosas frases, á inolvidables aforismos, las verdades salvadoras de toda la medicina.

—Después de la agricultura, le decía, no conozco cosa mas necesaria para el hombre que la ciencia de curar, y más bien que de curar, de *prevenir* las enfermedades. Porque has de saber amigo mio, que el prudente se cuida de las dolencias mucho antes de que estas se ceben en la víctima con todo encarnizamiento. La medicina es el arte de ayudar y guiar la acción de la naturaleza. Por eso la higiene (que *precave*) es la mejor medicina. Mantener la armonía entre el cuerpo y el espíritu; restablecer el nivel entre el organismo, el sentimiento y la inteligencia; hé aquí el gran secreto para curar. Lo difícil es adivinar el estado del paciente; lo peligroso, deducir de los efectos las causas que se deben combatir. Porque has de saber, mi buen *Ántropos*, que así como obrarás en plena luz cuando se trate de componer un brazo ó una pierna rota, de cortar una ligadura, de estirpar una imperfección, en conociendo de memoria la anatomía de tu complicada máquina, sus relaciones y funciones, así también tropezarás con cien errores al juzgar de lo que pasa en el interior por los síntomas de fuera. Saber leer en la fisonomía y en la piel, adivinar por lo que estas nos digan los padecimientos íntimos, atender á neutralizar el influjo que el pensamiento tenga sobre el cuerpo, siempre será un don especial concedido á pocos y muy contados hombres; por mas que la necesidad nos obligué á suponerle en todos los que se llaman médicos.

El esmero en la asistencia y las atinadas prescripciones del fecondo *Póros*, restituyeron en dos dias la salud al herido *Dinamion*.

—Me siento bueno, dijo este al ver entrar á su médico la segunda tarde. Me siento bueno, mas ya que tú lo conceptúas prudente permaneceré contra mi gusto un dia más en la cama. ¡Oh! ¡qué admirable es el arte de curar! Ayer me ví sin fuerzas y sin ánimo;

hoy casi me creo con mas bríos que antes del combate. Desde ahora he de considerar tu saber como una ciencia divina, y para mostrarme reconocido mandaré levantar templos, que en ellos se digan tus sentencias para conservarlas por los siglos de los siglos, y que se enseñen con veneracion tus métodos, tus tratamientos y recetas.

III. La noche del segundo dia cerró oscura y silenciosa, y todos los habitantes del alcázar, incluso el ya mas aliviado Dina-mion, se entregaron con amor en brazos del apacible sueño. Una lámpara de plata ardia sobre un precioso cincelado trípode en la estancia del gigante, arrojando por el techo y por el muro la sombra de la jaula de oro, prision horriblemente bella de la desheredada Gina. Mirando atentamente hácia el centro de aquella mancha negrísima, percibíase que la mujer era el único sér viviente que velaba en el castillo. Pensaba en lo que habia oído, sentía no haber presenciado la batalla, se entusiasmaba con sus propias figuraciones, y de vez en cuando echaba una mirada furtiva sobre el gigante guerrero, y en verdad en verdad que aquella mirada mas parecia de admiracion que de otra cosa.

Estando, pues, entregada á sus inquietos vagarosos pensamientos, penetró Fanta en el aposento y se introdujo sutil al través de la triple reja de oro.

— Buenas noches, Gina, exclamó la célebre inventora de consejas. ¿Velas? ¿Qué puede tenerte desvelada?

— No lo sé; un tropel de pensamientos confusos no me dejan conciliar el sueño, contestó la prisionera. ¿Cómo has tardado en visitarme?

— ¡Oh! replicó Fanta, he tenido mucho que ver para tener mucho que contar. Te juro, sin embargo, que estaba deseando venir, y sobre todo examinar tu jaula. ¡Qué bonita es! ¡Qué cómoda! ¡Y luego, tan admirablemente alhajada! ¡Vaya un lecho de marfil! ¡Vaya un escabel! ¡Nácar aquí, oro allá, joyas acullá! ¡Qué lámpara tan graciosa! ¡Qué colcha! ¡Qué tocador! ¡Hasta un espejo de acero reverberante! ¡Cuántos dijés! ¡Cuánta invencion! ¡Qué adornos! ¡Qué preseas! ¡Cómo se conoce que tu marido trabaja con amor cuando trabaja para tí! Vamos, debes vivir aquí feliz, muy feliz, como una reina.

—No y mil veces no, interrumpió Gina con el acento de la desesperación. Estoy aquí como verdadera esclava. Mucho peor: como una cosa. Ves estos muebles formados por el sudor de mi Ántropo; pues yo soy un mueble mas. Ves estas joyas, este regalo, este lujo; pues todo, todo lo daría por prenderme en el cabello una modesta violeta, cabe á la fuente, cuyas linfas en otros dichosos tiempos me lavaban con sus caricias los piés, aquellos piés desnudos, sí, desnudos, pero libres. ¡Oh! ¡cuándo, cuándo se abrirá la puerta de esta prision aborrecible!

—Cuando tú quieras, contestó el hada con indiferencia.

—¿Cómo cuando quiera? exclamó Gina con admiración.

—Cuando tú quieras, repitió Fanta en tono distraído. Cuando tú quieras: mañana.

—¡Mañana! ¿Y cómo puede ser eso? tornó á exclamar la mujer juntando rápidas las manos con una emoción profunda. ¡Ah! no me engañes como sueles, mi querida Fanta. No me hagas concebir ilusiones que serian luego mi tormento.

—No te engaño, volvió á repetir la contadora. ¿Quieres verte libre?

—¿Si quiero? ¡Y me lo preguntas?

—Nada de exclamaciones y contesta. ¿Quieres verte libre?

—Sí.

—Pues canta.

—¿Que cante?

—Que cantes.

—¿Qué?

—La gloria y la nobleza de tu carcelero.

—¡Oh! jamás.

—Pues jamás te verás libre. Escucha lo que tengo que contarte: escucha bien lo que he visto, y luego dime si no es digno de tu canto. Innumerables como las moscas que molestas persiguen al panal en el estío, eran los gigantes que invadieron nuestros campos y todo lo destrozaban. ¡Si hubieses visto sus cataduras, su corpulencia, sus armas! De seguro que te escondes debajo de algun rosál y de allí no sales en otro tanto tiempo. Aun vistos desde el castillo, por quien soy que amedrentaban. Pero Dinamion se sonreía. Ni su número, ni su ferocidad, ni su pujanza le hicieron vacilar

poco ni mucho, y si hubieras contemplado su noble majestad cuando bajaba airoso y arrogante al valle, habrias llorado de entusiasmo.—La sombra de su grandeza cubria toda la tierra: el perfume de su gallardía enagenaba hasta el viento. ¡Cómo descendía airoso al son de la dulce flauta! ¡Qué hermoso está Dinamion con el casco y su cimera, con el peto reluciente y el escudo deslumbrador, y el acefo, y en la mano la robusta lanza!—Es feroz, eso sí, pero enamora.—Llegó frente á frente con los bárbaros, y sin andar en melifluas razones como su consejera astuta, arrojó una lanza, que silbando por el aire, atravesó el abultado pecho del enemigo mas próximo. Cuando cayó aquel coloso, creimos que se desplomaba este castillo. ¡Qué fragor, qué estrépito, qué caída!—¿No lo sentiste?—¿No temblaste?—Con las ansias de la muerte en las convulsivas agonías de sus brazos, arrasó una buena estension de la llanura, y las faldas opuestas del frondoso y regalado valle quedaron despobladas, yermas. Despues que la muerte le dejó sin movimiento, Dinamion, ese que ves ahí pálido y tranquilo, sacó el acero y se arrojó sobre otro jiganton tan alto, tan alto, que su cabeza llevaba en torno las nubes de igual modo que tú te ceñías en otros tiempos coronas de violetas. El coloso, viendo venir á tu Señor, levantó la clava por los aires.—¡Pero qué clava!—Todos temblamos.—Dinamion se sonreía empero.—Se cubrió con el escudo, y la tremenda clava se deshizo en su esplendor como deshacias tú contra las peñas del arroyo un hacecillo de cáñamo.—¿Te acuerdas?—Uno de aquellos hacecillos que contundias antes de rastrillar la estopa.—Ya sabes lo que quiero decirte.—¿Cuándo volverás á rastrillar el cáñamo para sacar la blanquecina tela?—¡Pero no era mal cáñamo el que se deshacia sobre el escudo y el peto del guerrero!—Él, ni veía su sangre, ni sentia las heridas, y su voz rugía de coraje, y su espada vencía siempre, siempre.—¡Oh! su valor no tiene par y su nobleza ni teme ni se espanta.—Mírate cómo duerme el valiente, el audaz, el animoso.—Tentaciones me dan de coger estas flores que brotan bajo mis piés y de tejerle una corona de triunfo. Una corona de laurel para que esté siempre verde—de roble, que es el mas fuerte de los árboles.—Si le hubieras visto despues de la victoria, ¡qué erguido, qué bizarro, qué magnánimo!—Canta, Gina; canta la gloria del guerrero. Él se conmo-

verá y se enamorará de tí y pondrá á tus piés su acero, ese acero tinto en sangre, y te franqueará la jaula, y serás reina y Señora. Entónces, desde este mismo castillo, con tu hijó junto, con tu esposo libre, contemplarás la estension de tus dominios, cubiertos los pastizales de ganados, repletas las huertas de sabrosas frutas, vestidos de lindas flores los jardines. Tendrás tesoros, habitarás palacios y levantarás al cielo la frente autorizada con una diadema de perlas,—figúrate tú, perlas nada menos sobre tu negra cabellera,—y yo vendré,—y te cogeré de la mano,—y nós lanzaremos por los aires á mecernos regaladamente.—¡Qué hermosura Gina, qué hermosura! Canta hermosa Gina, canta, canta.

—Con estas palabras últimas, el hada sacudió las alas blandamente y se alejó del aposento.

A poco Gina, lo mismo que Dinamion, dormían en plácido reposo. El sueño de la mujer, ni fué largo ni fué tranquilo. Los primeros resplandores del alba la levantaron los párpados suave, dulce, silenciosamente y saltó de su lecho como si hubiese soñado con los delirios de Fanta, porque se pegó á las barras de su cárcel y clavó una mirada de entusiasmo en su dormido cárcelero.

Era la hora en que la naturaleza se despierta para gozar de la vida, tras una noche de sueño y de reposo. Los tendidos y dorados rayos del sol naciente penetraban por las ventanas de la cuadra en que Dinamion se sonreía entre dos sueños, para bañarle en luz el rostro sepultado á la sazón en su abundosa cabellera. La brisa de la mañana fresca y perfumada como las auras de Mayo, retozaba por el aposento después de recorrer campos y jardines, y leda y cariñosa acariciaba el sueño del rey de aquel castillo. Gina veíale sonreír ó arrugar el torvo ceño; oía su acompasado respirar; advertía los movimientos de su dilatado pecho, y hasta la parecía percibir en gestos y en ademanes, ya el furor de la batalla, ya el satisfecho regocijo del glorioso triunfo.

La contemplacion de aquel espectáculo, los recuerdos de los relatos de Fanta, sus sueños, sus pensamientos, derramaron por sus venas el frío del entusiasmo, y conmovida por nunca esperada y trémula para pronunciar en canto melodioso las siguientes entusiastas y peregrinas estrofas:

Alto y sereno se levanta el cedro sobre la montaña para esconder su copa allá en las nubes; pero mas levantada toca á los cielos serena la frente augusta de mi dueño.

Majestuosa é imponente se mueve cubriendo el suelo el ancha sombra de la parda nube; pero la marcha de mi Señor es mas imponente y majestuosa cuando recorre la tierra.

El estampido horrisono del trueno sobrecoje de pavor al mundo, y sin embargo, la voz de mi Señor domina al trueno, y es cien veces mas pavorosa para los oidos que la oyen.

¡Cuán rápido, qué irresistible se lanza el rayo para sembrar la destruccion y el espanto! pero el brazo de mi dueño es mucho mas terrible para el que provoca su ira.

Vé por donde baja desde el monte al llano. ¿No sientes temblar el mundo bajo su gallarda planta? Con su diestra blande el pino mas robusto de los bosques mientras abraza con el siniestro brazo su brillante escudo.

No mires, desgraciado, hácia la egida: te quedarás sin vista como si te empeñaras en escudriñar el disco flamígero del sol.

¿Qué buscan y rebuscan en su torno los ojos entusiastas del guerrero? No creas que busca flores para adornar sus sienas blandamente. No temas que busque joyas y preseas para embellecer su cuerpo.

Se agita y se desvive por lo que dá pavor al alma ruin; se agita y se desvive por lo que arredra y sobrecoje á los cobardes corazones. Su placer es el peligro; su ambicion luchar y padecer; su recompensa la hueca pero noble palabra de victoria.

Ya su vista de leon reverbera mas fuegos que el diamante. Ya su pecho se ensancha y sus alientos parecen las ráfagas precursoras del huracan. Ya levanta el brazo tremebundo y hace silbar la lanza ponderosa.

¡Guay del imprudente que despreció su pujanza! ¡Guay del infelice que concitó su coraje!

¡Ah! cielos, cómo lucha. Mirale cuál se revuelve; ni el tigre es como él ligero, ni el leon es mas bizarro.

Corre su sangre y no la mira; su cuerpo está lacerado y

no lo siente; le atormenta el dolor y se sonrie; le amenaza la muerte y se adelanta.

¡Oh nobleza! ¡Oh valor! ¡Oh heroismo!

El vuelo reposado del águila es soberano cuando se remonta con la presa entre sus garras: otro tanto parece escelsa y soberana la diestra de mi Señor cuando se alza vencedora para limpiar de su frente el abundoso sudor del triunfo.

Tejed, tejed mis manos coronas siempre vivas de laurel y roble.

Sereno, gallardo, majestuoso está el cedro sobre la montaña, y al pasar las nubes besan su frondosa copa; pero mas majestuoso, mas gallardo, mas sereno levanta mi dueño despues de la victoria su preclara frente para acariciar en su entusiasmo lo elevado y lo sublime.

Jigante le contemplo, magnífico le admiro. ¡Loor al heroismo del guerrero!

Las primeras frases del himno anterior fueron cantadas por Gina en notas trémulas, sentidas, prolongadas, con compás lento, en tono bajo y grave. Al principiar la melodía, Dinamion abrió los ojos sin atreverse á mover por temor de disipar lo que él tenia por ilusion suavisima. Muy luego apresuró Gina la medida, subió su voz de tono, tomó un timbre mas claro, mas vibrante y sus palabras nacieron del entusiasmo mas puro.

Dinamion se sintió levantar por los cabellos por una mano oculta y se sentó en el lecho para clavar los ojos en la jaula. Entónces la mujer, inspirada cual delirante pitonisa, acumuló las notas, alzó la voz hasta que las paredes rehilaron, redobló el compás, multiplicó las cadencias, moduló el ritmo segun la significacion de la frase, respiró sublime y sacrosanto fuego, y el guerrero que escuchaba sin respirar aquellos acentos inspirados, que oía celebradas sus proezas, se puso en pié, alzó el talle, irguió la frente, sacudió altivo la melena y se fué acercando en singular fascinacion para levantar el brazo cuando resonaron las últimas palabras y descolgar sin poderse contener la jaula de oro de su generosa víctima.

Con la sacudida del descenso, Gina se sobrecogió y puso fin á su canto.

—¿Qué es eso? ¿Por qué te callas? preguntó el gigante con una dulzura que nunca antes tuvo su voz soberbia é imperiosa.

—Me callo, contestó la mujer por demás sobrecogida, porque temo haberte causado enojo.

—No tal, no tal, exclamó el conmovido Dinamion. Me has hecho sentir un placer, una delectacion que jamás he sentido antes de ahora. Será tal vez porque como dice Pónos mi corazon no es ya tan duro. Canta de nuevo hermosa Gina; te lo ruego, te lo suplico, porque esa melodía, mezclada con tus palabras, derraman sobre mi sér un bálsamo consolador. Canta inspirada cantora. Canta, canta.

Gina tornó á cantar. Dinamion la escuchó sin pestañear siquiera. Al concluir las estrofas se hallaba tan conmovido que una lágrima rodó por su atezada mejilla.

V. Bajo una impresion irresistible de admiracion y de entusiasmo abrió á seguida la puerta de la jaula y tomando de sus tesoros una riquísima presea colgante de una cadenita de oro, se la puso á la mujer en sendas vueltas al cuello y la dijo respetuoso y comedido.

—En premio del mucho bien que me has hecho, toma esta joya sin precio y sin pareja, para que sea fundamento de tu patrimonio y prenda de tu emancipacion. Quiero que tengas algo tuyo, y que ese algo sea principio de mucho. Es joya de gran valía y de virtudes singulares. Si alguna vez me arrebatase ó te quisiere oprimir, preséntamela y detendrá mi brazo donde quiera. Preséntamela y escucharé tu voz y á tus súplicas accederé. Aunque el acero bajase sobre la víctima con la rapidez del rayo, le clavarás con esta joya inmóvil en el punto que quisieres. Desde hoy puedes andar por el castillo. En cambio prométeme que cantarás las noches y las mañanas para embalsamar mi sueño, para que diariamente me despierte acariciando (como acabas de decir) lo bello, lo grande, lo sublime.

Poco despues de escena tan nueva é inesperada, acudieron Ántropos y Pónos á visitar al enfermo: á su grande admiracion le encontraron lleno de vida y como nunca animoso.

El canto de la mujer habia obrado prodigios.

Luego que Dinamion se puso en pié no olvidó ingrato los ser-

vicios del buen génió, cuyo proceder noble y generoso le tenia maravillado.

La medicina fué considerada como arte casi divino, y el escualpio como un semi-dios.

Dos resultados á cual mas trascendentales fueron la consecuencia ineludible de esta amistad y buena correspondencia entre el tirano y el trabajador. Diremos algo sobre ambos, siquiera por lo que acertaron el velo negro de Alcía.

VI. A pesar de que la bruja se consumia de envidia, comprendió que era necesario congraciarse con el amo para no desmerecer en su favor, y viendo que la admiracion del jigante por el hombre era sincera y leal, indujo á Fanta á inventar graciosas, fantásticas, bellísimas leyendas, y sin permitir á Anoya que las variase ni un punto, dió al traste con sus antiguos ídolos, proclamando que los dioses tomaban forma, génió, vicios y virtudes de Ántropos. Desde entónces se obligó al hombre á adorar la imágen y representacion del hombre. Aun en los tiempos posteriores, el gran encantador Teo en vano se reveló con toda su sublimidad por medio de innumerables maravillas desde la planta hasta el sol: siempre tuvo delante como pantalla un hombre ó una mujer que la soberbia y la locura de los hombres hizo rival de su visible omnipotencia.

La intuicion del sentimiento religioso que desde el dia primero formaba parte de la naturaleza del hombre, si bien le hizo caer en el astuto lazo tendido por la consejera, le llevó por momentos á renegar de aquel error y elevar su alma á toda la verdad de Teo. Su génió tutelar, que tantas veces le habia hablado del gran encantador tres veces sábio, tres veces justo, tres veces poderoso, le recordó de cuando en cuando las palabras impercederas de su hija. Ántropos, siempre débil y veleidoso, pero tambien siempre entusiasta, se poseía en aquellas ocasiones talmente de lo verdadero, que llegó á sufrir impávido persecuciones horribles y á beber en castigo de su fé brevajés tan amargos como la cicuta.

Es muy de notar que á cada nuevo y mas cruel castigo, repetíase mas frecuentemente su reincidencia, lo que prueba que la verdad moral progresaba como todo.

Aparte de estas manifestaciones periódicas, es menester confe-

sar que así y todo gran progreso fué el que Seuda realizó empujada por la fuerza de las cosas: porque hubo ya en la isla de Gé quien abandonase el culto de los ídolos inmundos, y la sangre que regó las aras no solo fué sangre de inferiores animales, sino que disminuyó de día en día hasta desaparecer.

VII. El segundo resultado del respeto de Dinamion por el hombre, fué que se despertara en su pecho el más vehemente é incontrastable deseo por conservar vivas y vibrantes en todo tiempo y lugar las palabras del médico, y de Gina, de Fanta y de Seuda, y aun las suyas propias.

Movido por aquel deseo exigió del hombre que inventara la manera de clavar sobre los cuerpos la palabra, de modo que con solo fijar la vista sobre aquellos cuerpos los oídos oyesen otra vez y el corazón volviera á sentir.

—Grandísima es la petición, contestó Pónos al hombre cuando le dijo la exigencia del tirano. Mucho nos ha de valer para el desencantamiento de mi hija, pero inmenso debe ser también el precio de esa invención para nuestros opresores. La satisfacción de las necesidades intelectuales cuestan y valen mucho más que las del cuerpo. Fuerza será hacer pagar á nuestros amos este nuevo goce que nos piden.

—¿Pero cómo, de qué modo? interrumpió Ántropos.

—Muy sencillamente. Vas á pedir á Dinamion como cosa indispensable á la realización de la nueva maravilla, un eslabón de tu cadena por cada escrito de importancia; porque te prevengo, amigo mío, que esa maravilla al parecer imposible, queda reducida á completar y perfeccionar aquello que llamabas escritura cuando las necesidades del comercio nos obligaron á discurrir signos convencionales cuya vista nos recordaba instantáneamente el número y la calidad de los géneros y mercancías. Ahora diremos al gigante que esos signos se tienen que trazar con un punzón agudo al cual llamaremos estilo, y que para eso se necesita el eslabón.

El hombre lleno de esperanza se presentó á Dinamion para exigirle el precio de lo que quería, y concedido que fué, la yara mágica de Pónos aprisionó la palabra con toda su gracia, su frescura, su sentimiento y melodía dentro del rollo, del volumen ó del libro.

Verdad es que para facilitar esta preciosa creacion del libro, Ántropos habia realizado de antemano los adelantos materiales necesarios. Habia preparado ya el papiro para Seuda allá en el valle de las inundaciones donde abundaban las palmeras, y despues habia inventado el pergamino, adobando, rayendo y afinando la piel de los recentales.

Realizada la primera parte (siempre material) de aquel inmenso adelanto, fué posible la intelectual, para que en su dia lo fuese la moral y se completara el ciclo.

Dícese que al completarse y madurar esta invencion, el velo de Alécia mermó todo el grueso de un cabello y que la luz que inundaba los piés de la hija de Pónos todo en torno duplicó de intensidad.

El génio por su parte dijo al hombre:

—Concluyó el segundo período y da principio el tercero. Has venido trabajando con tu cuerpo cien veces mas que con tu espíritu. Desde hoy pensarás *un dia*, por cada *diez* que trabajes.

CAPÍTULO XVII.

I.—Siglo de Pericles en Atenas. Dichos de Aristides y de Platon.—II.—Pintura.—III.—Escultura.—IV.—Adelantos y estado del Ática.—V.—Música.—VI.—Ciencias exactas.—VII.—Ignorancia de Platon en materia de trabajo. Errores y decadencia.—VIII.—El libre vuelo de la imaginacion creó no solo la mitología, sino la parte principal de los sistemas filosóficos, y el mal consiguiente á las afirmaciones *à priori*, fué el escepticismo. Mitología. Filosofías. Thales de Mileto. Anaximandro. Anaximeno. Pitágoras. Zenon de Citium. Antistenes y los cínicos. Heráclito. Demócrito. Escépticos. Epicuro.—IX.—Prepárase la expedicion de Grecia en Asia.—X.—Dicho célebre de Aristóteles.—XI.—Expedicion de Alejandro Magno.

I. Por el camino y por los pasos apenas indicados en los precedentes capítulos, llegaron los habitantes *principales* de la isla de Gé (únicos á los cuales se refiere esta leyenda), á un período el mas brillante y seductor de toda su agitada y progresiva existencia. Muchos portentos realizaron despues, pero nada igualó al calor y la luz de aquellos dias. Parecía como que al otro lado del

istmo, sobre la costa que da frente á la península se hubiese verificado la erupcion de un verdadero volcan para iluminar el universo por los siglos de los siglos.

Con efecto, no contentos el gigante, la bruja y los principales duendes con gozar de las hermosas invenciones que hemos apuntado, exigieron portentos como nunca, y como todos aquellos portentos eran fruto de la paz producida por la convalecencia del guerrero, las leyes de la isla obraban con alguna libertad cumpliéndose (conforme á lo dicho por el génio del trabajo al hombre) uno de los ciclos de progreso que eran como las etapas para llegar al reinado de la encantada Alécia. La riqueza material produjo la ilustracion intelectual, y esta, en actividad siempre por el buen camino, desarrolló de tal manera en la region del sentimiento el entusiasmo por todo lo bello que llegó el gigante á renunciar en una célebre ocasion á la victoria porque Ántropos le dijo: *«que nada podia haber mas provechoso para él que lo que intentaba, pero que nada era mas injusto.»*

Al saber Ántropos aquel rasgo de virtud, le atribuyó con razon al culto que todos rendian á lo bello y exclamó como inspirado: *«La belleza es el reflejo de la verdad.»*

Nótese bien que el Ántropos de entónces apenas se parece al Ántropos de antaño ó de despues. Faltóle poco para ser completamente libre, porque su Señor le admiraba y casi le respetaba por su habilidad, su inteligencia y su trabajo.

Lástima grande que todo aquel bienestar se disipara como el humo! Apenas Dinamion se sintió fuerte, escuchó á su consejera y tornó á ser el sempiterno batallador de siempre.

De todos modos aquel ciclo de progreso pequeño en su duracion pero completo en resultados, nó fué perdido ni estéril para la isla de Gé.

Prosigamos ahora la concisa relacion de sus principales hechos.

II. Desde el primer canto de Gina y la apertura de la jaula de oro, el gigante pasaba las horas embebecido oyendo la dulce voz que daba nueva vida á su alma. Sentia que su espiritu renacia á un mundo nuevo con las poéticas lecciones de Fanta la sutil, interpretadas dulcemente por el entusiasmo noble de la mujer agra-

decida. El hada se hizo muy grande amiga de esta isla que la vió en tan buen predicamento con el Señor de la isla, que tan cierto es que hasta los séres impalpables acuden á la prosperidad y huyen la fortuna adversa!

Cierta noche, Gina acababa de cantar y Dinamion yacía en arrobamiento melancólico procurando detener entusiasmado el postrer eco moribundo de un himno favorito. La lámpara de la noche ardía sobre su trípode y la sombra del perfil de la cantora se dibujaba en la pared con rara fidelidad.

—No te muevas, Gina, exclamó de pronto el gigante, no te muevas.

Y sacó del cinto su puñal, y con su aguda y acerada punta procuró dejar sobre el muro un trazo ó línea finísima siguiendo el gentil contorno de la cabeza que admiraba.

El gigante, sin saberlo, habia inventado algo muy útil. Por lo visto era tal la influencia benéfica del génio de la vara de oro, que ni los séres mas torpes podian tratarle cuatro dias sin realizar un adelanto.

Por la mañana llamó Dinamion á Pónos y á su esclavo y les hizo reparar en su obra.

El ingenioso protector del hombre sugirió inmediatamente á este la manera de hacer perceptibles las rayas con un carbon aguzado. Hizole despues dibujar el ojo, entonar las sombras, unir con gracia y pureza las líneas de sentimiento. La cabeza de la mujer apareció retratada sobre el muro y á la vez nació el dibujo ó pintura monocroma que no tardó en convertirse en verdadera pintura con la invencion y el empleo de todos los colores naturales.

III. Tanto agradó á Dinamion aquella arte nueva y bella merced á cuyos encantos los templos y los palacios animaron su grandeza, que su alma sintió la imperiosa necesidad de otra nueva forma plástica para representar á la hermosura. Pidió una estátua de Gina.

Bajo el cincel del inesperto escultor brotó el toscó remedo de una estátua, pero remedo que imperfecto y todo, bastó para entusiasmar á Dinamion. La escultura le pareció casi casi superior á la pintura y pidió á su esclavo tantas y tantas estátuas que Ántropos al fin llegó á copiar á la mujer, al gigante, á Hipodonte, y

á los duendes con esquisita maestría, y fué animándoles por ápices de modo que un leve soplo de vitalidad les habría convertido en lo que representaban.

IV. ¿Cómo describir ahora, dados estos adelantos, el aspecto que presentaba aquel rincón despues que el báculo de Pónos le hubo tocado á todas horas y en todas partes amorosamente? Cubierto de obras maestras de las bellas artes, tan numerosas como las fragrantés flores de sus pensiles ó las frutas sabrosas de sus huertas, parecia un paraiso abreviado refulgente de luz, rebosando vida, gracia y hermosura. Cuando el bravo marinero se acercaba mecido sobre las olas á sus seños apacibles, á sus salientes promontorios, veía toda la ribera festoneada de verdura y rosas, sobre las cuales se alzaban templos de mármol, estátuas de belleza suma bañadas por un ambiente tibio, brillante, perfumado. Los montes, bosques y valles repetían á todas horas los dulcísimos acordes de las voces, las flautas y la lira, porque deben saber nuestros lectores que la música no fué á la zaga en adelantos á las demas bellas artes. La lira se había perfeccionado y aunque el hombre y la mujer se detuvieron por entónces en los atractivos de la melodía, acompañaban con sus voces las dulcísimas tonadas de la flauta y tañían al unison la lira muy grata, muy bonitamente.

V. Llamóse *música* á aquel arte, pero la palabra *música* significaba más y significaba menos que entre nosotros. Significaba menos porque ignoraban la ciencia de la *armonía*, pero comprendía más porque el músico consumado debía entender en tódo cuanto era bello perfecto y armónico, ya se vislumbrase en las esferas, ya apareciese en los números, ya tuviera relacion con la elocuencia ó la frase ó ya se tratara solo del ritmo, garbo y gracejo en el aire y las posturas de la persona ó la danza. Hasta en los marciales ejercicios quiso el gigante hacer alarde de cultura é instituyó juegos olímpicos en los cuales y por una corona de laurel y roble se ejercitaba en la carrera, en ejercicios gimnásticos, ó en el manejo de Hipodonte y de un carro de guerra colosal que Ántropos le construyó.

VI. Claro está que al satisfacer las exigencias de sus amos se enriquecía forzosamente la inteligencia del hombre con numerosas

observaciones de valia, que atesoraba en su memoria. Tan luego como de todas aquellas observaciones brotó una ley general, nació la ciencia. La naturaleza misma le indicaba el método que debía seguir para el descubrimiento de la verdad, por mas que el pobre no lo comprendiera sino despues de mucho, mucho tiempo. El sentimiento revelaba confusamente, los músculos esperimentaban y la inteligencia deducia ó inducia la síntesis. En todo adelanto verdadero, hubo siempre este trabajo armónico del sentimiento, el cuerpo y la inteligencia; pero le hubo no *por* la voluntad de todos, sino *contra* y *á despecho* de la voluntad de todos. Trabajando y trabajando hubo de perfeccionar en sus meditaciones la ciencia de medir cuerpos y figuras, la de computar cantidades, desentrañar relaciones y dar formas. A fuerza de construir naves ó de levantar monumentos, muelles, torres y acueductos, Ántropos se hizo en su encantada isla casi casi tan buen geómetra y calculador como el mejor de nuestros días y de seguro de seguro era tan hábil como nuestro artífice mas hábil en la labra de la madera y las piedras, y en la modelacion de barros.

VII. Y sin embargo, en medio de todo aquel esplendor habia mucha mentira. La bruja observaba inquieta los prodigios que realizaban los esclavos y ponía en juego á toda su servidumbre para anular los efectos de aquel inesperado progresar. Citaremos uno solo de sus errores para que se comprenda la perversidad de su naturaleza. Ántropos descubrió algunas máquinas útiles para disminuir su pena y la bruja cerrando los ojos para no ver la utilidad de la invencion, dijo autoritativamente que *«corrompia la geometria y la hacia perder su dignidad obligándola como esclava á descender de las cosas inmateriales, á los objetos corpóreos y sensibles.»*

En este tono Anoya peroraba mas que nunca; Alazona desvanecía á todo el mundo; Egos escitaba al interés mezquino, vil miserable; Petonosa sembraba por doquier la envidia (el mas deletéreo de todos los venenos), y hasta Fanta estraviaba á chicos, grandes y medianos con su eterno fantasear y sus sueños sempiternos.

VIII. ¡Oh! como reinó Fanta en soberana por entónces! Alécia, la hija de Pónos dijo de cuando en cuando verdades de gran valia

que fueron como las pocas estrellas que penetran y matizan con su brillo una neblina fantástica; empero, aquellas verdades se conocieron tan mezcladas y confundidas con las leyendas interminables de Fanta y las grandilocuentes peroratas de Anoya, que para todos quedaban perdidas menos para Pónos.

Fanta fué entónces la reina de la isla. En un período tan largo habló de todo y de todo inimitablemente. Los lances y las aventuras entraron en sus cuentos á millares, siendo los protagonistas tan pronto un héroe como un dragon aligero, un sátiro, un centauro ó un sér cualquiera de ficción, y las causantes del lance una ninfa hija del aire ó un coro fascinador de peligrosas sirenas. Describió á su antojo el cielo y el emíreo; recorrió los antros de los mares y el averno debajo de la tierra; pobló estas y otras comarcas de dioses y semidioses, la isla con los hijos de estos (grey escogida de famosos héroes), y los bosques, las selvas, las aguas y los aires de sátiros y ninfas, cuyo número era grandísimo, infinito. Al hablar de estas últimas fué inagotable su vena, porque las llamaba hermanas, se complacía en contar sus aventuras y decía que estaban en todas partes dividiéndolas en una multitud de familias. Si habitaban el fondo de la mar ó de los rios llamábalas nereydas ó nayades; limniadas si los lagos, creneas y pegeas si las fuentes, y meliadas cuando seguian y protegian los rebaños bailando en graciosos giros debajo del fuerte fresno que por esto se las consagró. Los bosques tenían sus driadas; las selvas sus napeas, y hasta las montañas, páramos y riscos presenciaban los juegos y travesuras de las vaporosas oreades. Pero como su imaginación era caprichosa y desenfrenada por demás, juntaba lo sublime á lo pueril y sus inmortales comian, bebian, amaban y luchaban, y unas veces su vista zahorí veía debajo de la tierra, y otras ni siquiera vislumbraban una montaña detrás de finísimo ceñdal. Casi todos sus personajes eran tipos de hermosura: todos tenían las formas y las pasiones del hombre, y tan pronto ponía los rayos en sus manos para significar su omnipotencia, como les daba un cadúceo, ó en el casquete y los talones alas pequeñuelas, á fin de que corriesen aventuras por el mundo como pudieran hacerlo mozalvetes casquivanos.

Sobre estos sueños espontáneos de la loca de la casa, como la

llamaba Gina, fundó Seuda su culto y su religion. ¡Figúrense nuestros lectores qué tales serian! El hombre se adoró á si mismo, porque la bruja, experimentando la influencia de la causa general encarnó flaquezas y virtudes en tipos de heroismo y liviandad, de obscenidad y de pureza. ¡Qué dioses, qué moral y qué ceremonias! Lo menos repugnante de aquellas sacrílegas blasfemias eran las víctimas, las hecatombes, la sangre.

Maravilla y embeleso causan el gran cúmulo de cuentos abortados por la inventiva fascinadora de la loca de la isla. Inspirados todos ellos por el espectáculo de la naturaleza en el cual se embebecia de continuo, daba forma, vida y movimiento á los fenómenos siempre sorprendentes de este mundo, y los personificaba en sus leyendas sin saber lo que se hacia. ¡Qué de amores! ¡Qué de lances! ¡Cuánta intriga! ¡Qué enredos tan ingeniosos! ¡Qué transformaciones tan variadas! ¡Cuán delicadas alegorías! Si una doncella hábil en bordar tapices se atrevia á contender con una diosa, esta la trasformaba en vil araña con un golpe de su lanzadera. Si un mortal audaz cuanto arrogante robaba algun destello divino para animar la estátua, obra de sus hábiles cincel-les, encadenábale la deidad airada sobre una roca desnuda, y un huitre le roía las entrañas por los siglos de los siglos.

¡Calcúlese ahora la horrible mescolanza que con este número de fábulas y las poquísimas verdades dichas por Alécia, formaria allá en su mente la estúpida y comilona Anoyal Y cuenta con que tan deliciosa confusion se exornaba y embellecia con algunos centenares de voces cada vez mas raras ó sonoras. De aquí que al apremiar el gigante á la enlutada con todo género de preguntas, sus contestaciones fueron no solo estravagantes y confusas, sino contradictorias, inconexas, baladíes. En sus sublimes peroratas no hubo cosa que no desfigurase, error que no difundiese, verdad que no mutilase. Como su prurito era responder á todo aparentando que ni lo mas recóndito ignoraba, si se trataba del origen de la isla de Gé, primero la sacaba del agua, despues de un caos de átomos animados, luego del aire, en seguida del fuego, y siempre de la manera mas gratuita. Tan pronto decia que todo era obra del acaso, como designaba el artífice creador ó daba forma y atributos á unas cuantas docenas de obreros imaginarios,

pintándoles con sus pelos y señales. Describía lo indescriptible; hacia alarde de entender lo superior á su comprensión; si se veía en apuro hablaba *de la gran monada, de la música de las esferas*, de los prodigios del *número ternario de contingencias* y *predicamentos* y á fuerza de vocablos vacíos de común sentido salía airosa del paso. Absoluta, sistemática y esclusiva, como todo ser ignorante de los misterios del trabajo armónico, hoy hacia consistir la suma perfección en el estoicismo ó muerte del sentimiento, mañana en la indolente cínica impasibilidad del cerdo inmundo, el otro en llorar sobre el torpe desconcierto de la isla, ó en reirse de todo, incluso de sí misma, y muy á menudo en negar la *existencia* de brutos y de plantas, para no dar como *existente* sino aquello que nadie pudo ver, tocar ni percibir. De estravío en estravío, cayó en la duda universal, y como las fábulas del Fanta eran por entónces un tanto cuanto materiales, y la índole de Anoya tenia poco de espiritual y muchísimo de glotona, concluyó por repetir en todos tonos y sin el menor empacho, pique la suma perfección y el sumo bien residían en el vientre.

Tal era la maestra que dándose la apelacion de *amiga de la sabiduría*, pretendia enseñorearse sobre la clara inteligencia y las leyes admirables que el cielo diera al pobre hombre, solo porque la bruja la habia cubierto la frente enteca y la abultada panza con un velo rozagante, haciéndola remedar el esterior de la divina Alécia.

IX. A pesar de todo, el temperamento enérgico de Dinamión no podia permanecer inactivo. Sus pasiones eran por todo extremo violentas, y las pequeñas luchas que en aquel rincon se ofrecian á su sed de gloria, dificilmente podian satisfacer sus aspiraciones de gigante.

En este estado de cosas supo que unos bárbaros de colossal estatura habíanse apoderado de su castillo primitivo y hasta del valle de las inundaciones. Determinó, pues, pasar al otro lado de los mares para escarmentar la audacia de aquellos gigantes bárbaros.

X. Antes de emprender la famosa expedicion, movido por un escrúpulo de conciencia llegó á preguntar á su maestra si creia que la familia del hombre pudiera declararse libre sin que su imperio feneciese.

—Tranquilízate heróico, magnífico y delicioso Señor, contestaron á una voz Seuda, Anoya y todos cuantos se preciaban de perfecta sabiduría. Ántropos y los suyos serán libres *cuando la lanzadera y el cincel se muevan solos.*

El gigante se tranquilizó, pero Pónos susurró en voz baja á su protegido:

—No dice mas que la verdad. Paciencia y trabajemos. Yo me encargo de que la lanzadera y el cincel se muevan solos.

XI. Acto continuo Dinamion hizo preparar las naves y apenas pisó la tierra que le vió nacer, cuando venció á sus enemigos en cien batallas memorables. Recuperó su castillo y con él su hermoso manto de grana y su corona; tornó á visitar su cuna; bajó hasta los hipogeos gigantescos donde el hombre esculpiera años atrás elefantes de colosal tamaño en la montaña; deshizo el camino andado para volver sobre el valle de las inundaciones; dió en todas direcciones con el mar; intentó en su entusiasmo avasallarle, y fatigado en fin de tanta gloria, tomó su manto, su corona y sus tesoros (para no olvidarles otra vez), y puso la proa á casa con objeto de embarcar á Seuda y Gina y toda su servidumbre. Reunidas á bordo las familias de criados, duendes y Señores, el esclavo marineró recibió orden de navegar hácia occidente en busca de nuevas y descomunales aventuras.

Esta expedición famosa no fué perdida del todo para mermar y descorrer el manto de la encantada Alécia. En ella se hicieron algunas invenciones para atacar y tomar el castillo inespugnable, y Dinamion sembró por todas partes los libros maravillosos que encerraban los mejores cantos, las estátuas, los monumentos y las pinturas, prodigios todos que iban aumentando el número de los que el hombre habia de realizar, y que segun recordarán nuestros lectores tenian que ser tan numerosos como los peces de los mares, los átomos del polvo y las flores de los campos.

Las leyes de la isla de Gé seguan cumplimentándose.

CAPÍTULO XVIII.

I.—Roma.—II.—Primeros tiempos y costumbres.—III.—Primer puente sobre el Tiber.—IV.—Productos del trabajo etrusco.—V.—Afición de los primeros patricios á cultivar personalmente sus campos.—VI.—La *virtud* y la *piedad* de los romanos no eran sino egoísmo.—VII.—La riqueza de Roma fué la pobreza del resto del mundo.—VIII.—Periplo de Hannon el cartaginés, que dió vuelta al África. La raza negra (*Melanio*).—IX.—Origen de las noticias sobre el *Gorila*.—X.—La mujer que en Roma principió por ser matrona y madre de una raza de héroes, concluyó por convertirse, gracias á falsas doctrinas religioso-filosóficas, en una criatura tal que por decoro se la presenta loca.

¡A los cuantos días de navegacion, despues de costear lenta y trabajosamente, visitando calas y ensenadas, estudiando bajos y arrecifes y verificando Dinamion sus correrías de vez en cuando tierra adentro, llegó la célebre colonia á una lengua larguísima que penetraba en el mar y la reconocieron y costearon. Tomando despues la embocadura de un río caudaloso remontaron su corriente á fuerza de remo y fatigados de tan larga travesía desembarcaron los próceres para descansar y reponerse.

El sitio era pintoresco por demás y agradó tanto al gigante que determinó levantar otro castillo sobre las siete colinas que habia en la orilla izquierda.

—¡A tierra! gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Este será el trono de mi gloria.

Y sin perder un instante todo el mundo saltó en tierra y la familia del esclavo se puso á trabajar de nuevo.

Tratóse ante todo de recintar una colina y Seuda aprovechando la ocasion procuró recuperar su prestigio de otros tiempos exclamando:

—Ante todo una augusta ceremonia para dar al acto cierto carácter sagrado y propiciatorio. Únzanse á un arado un toro y una novilla inmaculada. Ábrase un surco en derredor con una reja de bronce. Esa será la línea del muro que así estará para siempre bajo la guardia de los dioses.

Cuando una de las colinas estuvo cercada de un muro por su pié; cuando dentro del recinto hubo chozas, casas ó viviendas, el gigante se vistió el manto de grana, sujetó su rufa cabellera con la corona de oro y de diamantes y empuñando el cetro se sentó sobre la cima para arengar desde allí á todos sus servidores.

La arenga no fué larga ni de difícil inteligencia.

—Eslavos, dijo con estentórea voz, ya sabéis que soy fuerte y soy valiente. He nacido para mandar, vosotros para obedecer. Seuda y yo discurriremos como de costumbre. A vosotros toca sudar y sufrir. Quiero sin embargo, que desde hoy sepa cada uno su derecho y por eso mi consejera se ocupará preferentemente de redactar y hacer escribir lo que convenga sobre cada caso. Esta será la recompensa de los próceres que me han seguido. Procuraremos hacerles justicia porque la esperiencia de algo ha de servir, pero nadie olvide un solo instante que la fuerza es la suprema ley. Vengan mi casco, mi escudo, mi peto, mi espada y lanza. ¡Guay del vencido!...

Al repetir los ecos de las colinas estas últimas palabras toda la tierra rehiló como sobrecogida de pavor y espanto.

II. Comenzaba un nuevo drama mas cruento, mas grandiosamente lúgubre que todos los anteriores. Nosotros no queremos entrar ni entrar podriamos en el detalle de sus peripecias. Fuéron tantas que todas las bibliotecas de la isla de Gé apenas bastaron en un tiempo para contener su relato interesante pero corruptor. Nuestra leyenda por el contrario será breve; en cambio procuraremos que no sea deletérea, y por eso nos limitaremos á decir que durante los primeros años Dinamion tuvo que pelear con los gigantes que le rodeaban; que unas veces fué vencedor y otras vencido por mas que Seuda procurase encubrir cada derrota con toda especie de fábulas, y que empeñado en ser rey y magistrado y sacerdote tuvo la bruja bastante sagacidad ó tacto para infundirle una descomunal supersticion que substituyó bajo otra forma al ascendiente sacerdotal debido á sus antiguas y célebres trapacerias. Instituyó la ciencia de los agüeros, pretendió vaticinar el éxito de las empresas por el tamaño y la forma del hígado de las víctimas, por el vuelo de las aves ó por la sed y el apetito de unos pollos consagrados; y en fin, no hubo cosa chiea

ó grande que no pretendiera dirigir en nombre del mismo cielo como siempre.

Quando Dinamion quiso tener un castillo, ó como él decia un capitolio, sobre una de las colinas, la agorera hizo enterrar de noche la cabeza de un gigante en la línea que ella misma habia trazado, de modo que cuando el hombre abrió la tierra para dar principio á los cimientos, la cabeza se encontró y los duendes proclamaron el prodigio. Entónces aseguró muy sería la taimada que los dioses querian significar que el capitolio seria la cabeza de la isla.

En todo aquel período sin embargo el manto de la encantada Alcía nada ó muy poco mermó como no sea que acortara alguna cosa por la construccion de un puente de madera sobre el rio, ó por los artefactos de metal, vasos y muebles etruscos que fabricó profusamente para adornar los palacios pedidos por los duendes á porfia.

III. El puente (primera construccion del género si se esceptúa el de barcas que Seuda obligó al hijo á construir cuando tuvo que atravesar el mar para reunirse con su Señor delicioso) fué pedido por Dinamion para unir una colina y su correspondiente castillo que estaban en la orilla derecha con las seis ó siete colinas pobladas y fortificadas ya sobre la izquierda.

IV. En cuanto á los artefactos que llamaremos etruscos, se hicieron por consejo y bajo la direccion de Pónos para evitar que el platero, el herrero, el alfarero, el tallista olvidase lo aprendido, porque decia el génio que aquel era el único modo de que el manto de su hija no alargase en lugar de decrecer. Por lo demás los prodigios que hizo Ántropos en aquella primera época se redujeron á desecar pantanos, construir caminos, hacer naves y fabricar toda clase de armas.

V. Ándros entre tanto adelantaba por su parte en el conocimiento de las leyes de la isla, porque labraba los campos, cuidaba del ganado, y—¡cosa singular y nunca vista!—Dinamion le ayudó en casi todas sus faenas durante los ratos libres que sus enemigos le dejaban. Como las fuerzas del gigante eran de veras colosales, por poco que se dedicase á trabajar oyendo la voz de Pónos, los resultados obtenidos además de ser beneficiosos, fueron sorprenden-

dentes. Y en verdad, en verdad que á nadie fué mas provechoso aquel capricho que al guerrero. El aire de los campos robusteció su cuerpo y su salud; tornó á ser sóbrio, sufrido, paciente, y aquellas preciosas cualidades le sirvieron en lo sucesivo de mil modos y maneras. En primer lugar aumentaron sus recursos, pues la tierra bien labrada en derredor de su castillo rendia mejores frutos y un alimento abundante, primera condicion indispensable de toda fuerza y grandeza. En segundo lugar adquirió una verdadera superioridad por lo austero y lo tenáz de su valor. Y por último, aprendió en el campo dos cosas mal entendidas, pero que así y todo fueron dos fuerzas irresistibles obrando sin cesar en su provecho: Estas dos cosas eran lo que él llamó virtud, y lo que él llamó piedad.

VI. La *virtud* consistia en amar sobre todas las cosas la tierra que habia regado con su sudor: la *piedad* en respetar y conservar las costumbres adquiridas, despreciando las de los demás gigantes.

Gracias á esta preparacion escelente por medio del trabajo y á que escuchaba ya con menos ódio la voz del génio de la isla, Dinamion batalló con todos sus vecinos y concluyó por apoderarse de toda la lengua de tierra.

En seguida se dió al mar, y como ya por este tiempo Ántropos era todo un marinero, taló las costas, destruyó cuanto se opuso á su poder, y todos los gigantes bárbaros le respetaron y temieron.

VII. ¿Quién es capaz de computar las riquezas que sacó de sus espediciones infinitas, ni los tesoros que acumuló sobre sus ocho colinás? El procedimiento para enriquecerse no podia ser mas sencillo: donde sabia que lo habia, allí iba y á la fuerza lo tomaba.

¡Los tiempos estaban muy lejanos en que el guerrero cruel se detenía ante la idea de que una hazaña provechosa podia ser muy injusta! En cambio le quedaba cierto recuerdo en la conciencia, y pugnaba por cohonestar sus actos con un disfráz hipócrita de justicia. ¡Oh! ¡y de cuánto no le valió la astuta Seuda para hacer triunfar doquier sus locos desenfrenados deseos! Servíale como embajadora y mediatrix, (oficio que en todo tiempo ambicionó) cubriéndose, por supuesto, con la mas sería y mas falaz de todas sus cien caretas.

Dejemos ya la pintura de aquel período ominoso, y digamos los acontecimientos que contribuían poco á poco al triunfo por demás tardío de los míseros esclavos.

VIII. Entre las varias expediciones navales que realizó el héroe activo é incansable de la fuerza, hubo una que duró bastante tiempo, y en la cual mientras Dinamión continuaba batallando en tierra estraña, Ántropos, por órden suya emprendió un viaje memorable en rededor de un territorio estenso que contribuyó no poco á darle á conocer la isla, á elevar y énsanchar su inteligencia. Porque en aquella célebre navegacion, el marinero, siempre guiado por Pónos, descubrió países desconocidos, vió climas nuevos, otras plantas, otros brutos, otras cosas, y lo que todavia mas le sorprendió, otros hombres enteramente como él, pero enteramente negros. Tal impresion hizo aquel descubrimiento en el ánimo de nuestro navegante que no perdonó maña, ardid ó violencia hasta atraer á bordo á uno de los hombres negros, y llevar anclás en seguida llevándosele en cadenas.

Ántropos llamó MELANIO al prisionero, y le trató con tal bondad que muy pronto se entendian, y en los trances apurados su ayuda fué de gran valía porque se mostró desde un principio tan leal, tan obediente como sufrido y forzado.

IX. Despues, y á los pocos dias, recalaron como de costumbre en una ensenada para sestar á la sombra de las palmeras gigantes las horas de un calor sofocante y tropical. Allí pasaron la noche viendo las tierras todas sembradas de lucécillas en medio de una oscuridad caliginosa, y oyendo ruidos que les alarmaron y sobrecogieron. Las lucécillas eran enjambres innumerables de gusanillos de luz. Por la mañana en vez de hacerse á la vela saltó en tierra el navegante y se internó por los bosques. Cuando menos lo esperaba se vió en medio de unos animales parecidos á Melanio, pero cubiertos de abundoso vello, con cataduras de monos y unos brazos en verdad larguísimos. Ántropos les llamó *gorilas*, porque sonaba de este modo la charla que parecían tener unos con otros. Llevaban trancas ó garrotes, parecían reír con feroz risa, y dando desapacibles chillidos le atacaron corajudamente.

Por fortuna el hombre llevaba un arco y una flecha preparada.

Tendió á sus piés al que tenia mas cerca y los demás huyeron por el bosque con una agilidad inconcebible.

Nuestro marinero desolló á su víctima, rellenó la piel de paja, y llevándola como trofeo y testimonio de la inaudita aventura continuó navegando hasta encontrar á Dinamion.

Infinitas y muy variadas le sucedieron despues, pero vuelvo á repetir que mi propósito es consignar aquí únicamente lo preciso para hacer entender á quien me lea las maravillas de la isla encantada de Gé. con los trabajos del hombre, y por lo tanto quiero poner término al relato de este famosísimo periplo, diciendo que despues de haber doblado el cabo mayor hasta entónces conocido, reparó nuestro Ántropos con no pequeño asombro que el sol que iluminaba la nave por habor á poco de salir para su viaje, la heria despues por estribor. Esto con la violencia aterradora de las corrientes del mar, su embate pavoroso contra los empinados riscos y la grandeza de las olas, que parecian tocar con su rompiente en las nubes, hizo cavilar al hombre y despertó en su alma un deseo vehemente de conocer la forma de la isla para estudiar las fuerzas misteriosas que conmovian al mar y sin embargo le sujetaban dentro de sus propios límites con unos granos de arena.

Cuando el sol á su salida iluminó la nave por la proa, comenzó Ántropos á recordar y reconocer las tierras á la vista, y muy luego se reunió con Dinamion, impaciente por tan insólita tardanza.

Dióle cuenta fiel de todo lo sucedido, y despues de colgar el cuero del animal desconocido como ofrenda á las divinidades, se embarcaron la vuelta de sus colinas. El gigante celebró durante la travesía aquel viaje que le diera un esclavo tan robusto como el negro.

X. Mientras sucedian por la mar y en paises lejanos los acontecimientos referidos y otros muchos, tenían lugar en casa algunos no menos memorables.

Ya hemos dicho repetidas veces que Seuda odiaba cordialmente á la mujer. Con su sagacidad acostumbrada comprendió al conocerla, y desde luego, que aquella criatura tan sentimental, tan entusiasta, tan fascinadora, era una fuente perenne en que el hombre beberia á raudales la fé y la constancia necesarias para

las grandes empresas. Por eso procuró desde un principio tenerla oscura y olvidada como criada de Anoya.

Cuando vió sus temores confirmados con la apertura de la jaula de oro y el regalo que la hizo Dinamion de la presea, su rencor no tuvo límites y determinó vengarse.

Para satisfacer tan ruin propósito no había perdido lance ó coyuntura desde el punto y hora en que atracó la nave al pié de las célebres colinas. So pretextos especiosos la sometió á una vigilancia rigurosa prohibiéndola cantar y entregándola en vez de lira una rueca. Aun hizo más: dió derecho de vida ó muerte á todo el mundo sobre la mujer.

Gina en esta nueva situación demostró saber llenarla tan dignamente como todas. Hiló, tejió, cosió, bordó, tuvo rasgos admirables de juicio y de sentimiento, y de tal modo se convirtió en matrona virtuosa que la estúpida Anoya y la feroz Apénia en lugar de deprimirla, sin poderlo remediar, la respetaban.

Esto en manera alguna podía satisfacer á la rencorosa Seuda.

Aprovechó, pues, la ausencia del gigante en busca de oro y de mas oro, de riqueza y mas riqueza, y llevó á cabo de una vez la mas cruel y fementida venganza.

Entónces fué cuando la vela se vió asomar por el horizonte y tomar la embocadura del rio y entónces atracó sin novedad al mismo pié de las colinas. Cargaron Ántropos y el negro con las especias, las gemas y las frutas de su viaje y precediendo á Dinamion en son de triunfo subieron hasta su alcázar.

En el umbral ó entrada del castillo esperaba la bruja á su Señor, repasando en su memoria una muy célebre arenga con que pensaba seducirle para apoderarse de lo mejor que traia, todo como era de presumir en servicio de los dioses:

—¿Dónde está Gina? esclamó el gigante sin dejarla ni aun abrir los lábios. ¡Gina! ¡Gina!

A las voces de Dinamion oyóse otra asaz familiar que le contestaba desde lejos. El gentío de duendes abrió calle para dejar pasar á la mujer, y esta se presentó corriendo con la vestidura desceñida, los cabellos desgreñados por pechos y por espalda, lácio el rostro, desencajado el semblante, y la sien ornada lindamente con corona de pámpanos y yedra. Llevaba en la diestra

una ancha y tendida copa, en la siniestra el libertino tirso, bailaba con desenfreno y á la par cantaba y sin pudor histérica reía.

Los gestos y ademanes de la mujer produjeron inmensa hilaridad entre los duendes, mientras el soberbio triunfador sin saber por qué motivo se sobrecogía mucho mas que ante un peligro de muerte.

La mujer se habia vuelto loca.

CAPÍTULO XIX.

I.—La depravacion de la mujer en Roma por efecto de los errores epicúreos, es la causa principal de la decadencia del imperio.—II.—Los romanos toman las artes y los conocimientos de los griegos. Molinos movidos por el agua.—III.—Invencion del arco de medio punto y de la bóveda.—IV.—Principios de la ciencia del derecho.—V.—Corrupcion de Roma. Gula histórica de Heliogábalo, Cómodo y otros. El Cónsul de Calígula.—VI.—Correccion del calendario.—VII.—Los bárbaros amenazan el imperio.—VIII.—Soberbia imperial histórica. Aparicion de la verdad en moral bajo la forma del cristianismo en medio de la locura y desenfreno de los tiranos del mundo.

I.—¿Qué ha sucedido aquí? preguntó con voz turbada Dina-
mion despues de una pausa de tristeza.

—Nada que yo sepa Señor fuerte y delicioso, contestó la bruja.
Ayer cantaba Gina como de costumbre aunque hace dias que ya
ni hila ni borda.

—Escucha, Gina, prosiguió el gigante procurando dar á su voz
cierto timbre de dulzura. Mira lo que te traemos: oro, perlas, es-
pecies, marfil, frutas deliciosas, flores bellísimas, brutos y fieras
pintadas y desconocidas.

—Sea enhorabuena, exclamó la mujer riendo en su locura.
Todo eso nos servirá para gozar. Vamos á la mesa, donde nos
esperan los goces verdaderos. Tú comerás y beberás: yo bailaré
y cantaré. Olvida tus ilusiones. La vida es esto, lo demás es nada.

Y la mujer se dirigió á lo interior del castillo revelando en
cada uno de sus movimientos el estado lastimoso de su espíritu.

El gigante y todos los demás la siguieron maquinalmente con la tristeza mas profunda pintada en sus rostros varoniles.

En verdad, en verdad, que el espectáculo aquel era triste, y doloroso, y desconsolador. ¡Ver á la Gina pudorosa de otros tiempos, á la cantora sublime é inspirada, marchitando en plena luz sus misteriosos encantos, y sin embargo, reir, y sin embargo, cantar, y sin embargo, hacer gala de desenfreno é impudencia! Habia en todo aquello algo de horrible, algo de repugnante, algo de temeroso y fatídico, y el alma, sin saberse dar cuenta cabal de sus penosas sensaciones, sentia un dolor cruel llorando lágrimas de sangre.

Cuando llegaron á la cuadra en que Seuda habia preparado un opíparo banquete Dinamion se tendió sobre un triclinio, apoyó el codó sobre la tarima encorvada bajo el peso de los vinos y viandas, y se quedó contemplando á la demente sintiendo una verdadera y melancólica fascinacion.

Entónces se le acercó Gina brincando, medio desnuda, espe-luznada, pendiente al desgaire y hácia atrás la corona de pámpanos y yedra con la copa báquica chispeante, el trémulo pandero en la otra mano y con frenesí verdaderamente ditirámico le cantó el canto siguiente:

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto; lo demás es nada.

Aquí traigo placeres á millares, el olvido de todo lo pasado, la indiferencia para lo futuro, y para lo presente el sumo bien, la bienaventuranza. Ved que si nace el hombre y si merece los improbos desvelos que exige entre la cuna y el sepulcro, es por verle gozar y que anhelante apure del placer hasta los posos.

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto: lo demás es nada.

Un relámpago solo es nuestra vida, y la mejor de todas dura lo que una flor, y como aquella concluye en podredumbre. Tal vez por la mañana brilla el sol de la fuerza y la hermosura, y por la fria tarde cambia el viento, y nubes de pavor cubren las flores, y se apagan los fuegos de los ojos, y fatidica nieve tiñe la cabellera rozagante.

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto: lo demás es nada.

Los dioses en las nubes dan ejemplo á la tierra en sus dudas. ¡Ah! su inmortalidad ¿quién la envidiara sin ambrosia y néctar? Todos beben y comen, y en los brazos de deidades lascivas nos ofrecen el único trasunto de placer verdadero y bienandanza. Imitemos á nuestros inmortales y gocemos, comamos y bebamos.

Bebed, bebed mortales en mi copa. La vida es esto: lo demás es nada.

Durante el canto, á la conclusion de cada estrofa, Gina se acercaba al triclinio y ofrecia la copa á Dinamion. El gigante la contemplaba con lástima, y la apartaba suavemente.

Seuda, al socaire, todo lo estaba observando con ansiedad indefinible.

Cuando terminó su canto, la demente tornó á presentar la bebida á Dinamion, y entónces adelantándose la consejera dijo:

—¿Por qué no bebes, Señor? ¡Quién sabe si con beber calmarás su frenesí! Es vino de lo mas oloroso, y bebido en esa copa, sobre cuyos bordes se posaron tantas veces sus amorosos lábios, debe ser un verdadero néctar.

Dinamion distraidamente alargó la mano, empinó la copa yapuró su contenido hasta las heces.

Una sonrisa de diabólica delectacion animó el rostro de la bruja debajo de sus cien caretas, y se la oyó decir con voz convulsa: ¡Ah! gracias, mis dioses! ¡Ya es mio! ¡Gracias, gracias!

II. Efectivamente, desde el punto y hora en que el valiente Dinamion bebió el filtro deletéreo preparado por la ambicion y la venganza de la bruja, ya no fué durante mucho mucho tiempo ni la sombra de sí mismo.

Verdad es que continuó como antes, buscando peligros, dominacion y gloria, pero combatia mas y mas con la falacia y con la astucia, porque cada dia que pasaba se aumentaban los estragos del filtro con que le brindaba Seuda á la vuelta de sus triunfos. Batalló al Norte y al Poniente, subyugó al Mediodía y al Levante, tornó á visitar la península y el istmo, hizo traer á sus colinas bastantes libros, los bronces, las estátuas y hasta las columnas y

capiteles de los templos; obligó al esclavo á copiarle sus antiguas pinturas, ya que no podía transportarlas por ser murales casi todas, y para embellecer su nueva é idolatrada residencia, en vez de crear de nuevo, saqueó la cuna de todos aquellos inimitables prodigios, razon por la cual el manto de la encantada y casi olvidada Alécia no mermó por virtud de aquel afan improductivo el espesor de un cabello.

Tampoco se notó cambio sensible en el susodicho velo por la circunstancia de haberse dedicado Bárós á moler en los arroyos. El molinero por entónces se prestó á mover una rueda ó mas bien muchos rodeznos que Ántropos construyó y colocó bajo las caidas de agua ó contra sus rápidas corrientes; pero hay dudas sobre si este progreso en la domesticacion de aquel singular criado se llevó á cabo mucho antes por mas que pasara desapercibida hasta la época que vamos ahora narrando. Lo cierto es que por entónces Bárós era ya todo un molinero, y que sin duda por lo violento de su rudo trabajar se hebía arroyos, rios, cascadas, cual si padeciese sed inaguantable. En cambio molia mas trigo en una hora que con los molinos de asnos ó de bueyes en un dia, y mas que molió á mano allá al principio en un mes.

Otra fué, á decir verdad, la verdadera invencion de aquellos tiempos.

Segun los cronicones de la isla, hubo por entónces cierto conato ó movimiento perceptible de merma á resultas de una invencion á la verdad utilísima que el jigante pidió al hombre y este ejecutó con su acostumbrada diligencia gracias al báculo de Pónos. El deseo de tener buenos caminos y de cruzar los rios sin mojarse habia llegado á ser para Dinamion una verdadera necesidad. De aquí que no solo obligase á los esclavos á construir calzadas firmes, anchas, secas y tendidas, sino que les pidiera puentes de mármol y de piedra para que no pudieran ser quemados. Ántropos entónces inventó el arco ó la bóveda, (que fueron en un principio siempre semicirculares) con las dovelas en cuña, disposicion al parecer trivial, pero que contribuyó en lo sucesivo poderosísimamente á redimir á la familia de los dolores de la ausencia.

IV. A escepcion de este adelanto y alguno otro pequeño que no tenemos ni lugar para decir, el trabajo mas notable de esta

época fué el que se vió precisada á emprender y proseguir la consejera celeberrima empujada por las leyes de progreso que á todos sin escepcion alcanzaban. Viendo que el amo, á quien llamaba de licioso, solia disponer á su buen talante de lo suyo y de lo ageno, y que alguna vez llegó hasta sus templos y sus joyas la garra codiciosa de la arbitrariedad, quiso visitar á Alécia para pedirla el remedio.

— El conocimiento y el deslinde de los deberes ó los derechos, (pues ambos son meros aspectos de una misma ley) la contestó la enlutada, tienen que ser los cimientos de esa seguridad que buscas por egoismo y nada mas. De las leyes naturales de esta isla, de su leal observancia habrá de nacer andando el tiempo la verdadera justicia. No me lisongeo, á la verdad, que ejecutes sinceramente lo que dices, porque desconoces la primera de aquellas leyes y los tiempos no han llegado todavía. Establece enhorabuena en provecho tuyo y de tus duendes lo que tú llamarás derecho, pero ten entendido que el trabajo del esclavo solo será el que á fuerza de prodigios armonice cual se debe vuestras leyes variables y de conveniencia con las eternas é invariables leyes del gran Teo.

No se desanimó la pertinaz consejera al oír aquel pronóstico y aquella sábia censura, y para eludir la parte del consejo que pudiera lastimar sus intereses, aprovechándose sin embargo en todo cuanto la era favorable de la verdad que encerraba, determinó recomendar á su Señor que se legislase sobre lo tuyo y lo mio dejando á un lado de una vez á la familia del esclavo ó incluyéndole cuando mas en el número de las cosas. Hízose así leguleyá; discurrió los dias y las noches, mezcló principios eternos con los crueles caprichos de su sórdida avaricia; pero así y todo tenemos que confesar que muchas de las ordenanzas que presentó á Dinamion y que este proclamó por su consejo, son modelos de sagacidad perspícua ya que no lo sean de justicia.

La prueba de que esta clase de trabajo ideado por la bruja y escrito en tablas por el hombre no fué del todo baladí, es que el velo de la hija de Pónos mermó algun tanto con él, y que por debajo de su falda y de su remate se esparcieron nuevos rayos luminosos que aumentaron la luz que la rodeaba.

Tales fueron en el período que nos ocupa los únicos prodigios que no podemos escluir del cuadro de esta leyenda, pues por lo demás Ántropos se ocupó casi de las mismas cosas (perfeccionándose tal vez en los detalles de la hechura) mientras Dinamion debilitado cada vez mas por los estragos del filtro se entregaba en alma y cuerpo á las dulzuras peligrosas con las cuales Seuda se proponia convertirle en un instrumento suyo.

V. Diremos sucintamente á qué estado le redujo poco á poco para escarmiento de gigantes.

Hacíale levantarse á mediodía y tomar despues un baño. Almorzaba en seguida vorazmente mientras llegaba la hora de salir beodo á algun horrible espectáculo. Despues comenzaba la degradante orgía, y entre los placeres, la gula, los excesos de la embriaguez, las groseras impúdicas farsas de los duendes histriones, ó las danzas licenciosas, y los todavía mas licenciosos cantos de la loca Gina, sorprendíale la luz de cada nuevo sol, á cuya hora caía en letargo sobre el muelle lecho, hasta que tornaba al baño y á los horrendos combates del cruento circo.

Pero ¿qué cosa era el circo?

El circo fué una de las mas repugnantes diversiones que la perversidad puede inventar. Era un tendido redondel cercado de gradería en donde el feroz gigante y los innumerables trasgos de la isla cebaban su brutal naturaleza en escenas de sangre, de muerte, de horrores y de agonía. Dias hubo en que murieron tantas víctimas y fieras que las pocas que sobrevivieron se ahogaron en un barrizal de sangre. Allí é insensiblemente el gigante convertia su valor en crueldad.

Tal llegó á ser el desenfrenó de los viles opresores de los hombres, que además de hacerle construir baños y termas espaciosos, templos para treinta mil dioses nada menos y multitud de anfiteatros todos de mármoles y pórfidos, se levantó por fin uno al que llamaron *Coliseo* dentro del cual segun la espresion de Dinamion podian caber todos los demás.

La depravacion de aquella gente en lo tocante á la mesa rayó tambien en locura. Citaremos dos de los platos exigidos por Licnia para su Señor al cocinero Pir en dos distintas ocasiones.

Uno de ellos dió cima á cierto festin opíparo, en el cual se ha-

bían consumido dos mil clases de pescado, cogidos en dos mil puntos diferentes de la costa y que se trajeron vivos al alcázar en el agua de sus mares; siete mil aves cebadas con las simientes, flores y materias mas costosas, y otras mil y mil enormidades de este jaez. En aquel plato final, cuyas dimensiones eran prodigiosas aun para el mismo gigante, se mezclaron los sesos de millares de faisanes, los hígados de centenares de millares de escaros, las lechecillas de millones de lampreas, las lenguas é higadillos de innumerables aves desde el ruiseñor al papagayo, todas elegidas por su voz ó por lo vistoso de su pluma, todas cazadas en el nido y durante el sueño para que la agitacion y la sorpresa trasformara sus entrañas en manjares tiernos y sabrosos, y por fin, sospechando todavía que tamaña extravagancia fuese ruin y miserable pobreza, el principal ingrediente de su guiso fueron perlas del mayor tamaño desleidas en vinagre.

El otro plato que se comió tambien en otro régio festin se componia de guisantes con polvos de oro, arroz con perlas, lentejas, peces y trufas, nadando en un vino delicioso de ambar y de rosas.

A fin de dar una pálida idea de la inconcebible gula que reinaba en la ciudad de las colinas, solo diré que en el espacio de siete meses el gigante llegó á comerse tantos víveres como pudiéramos comprar hoy dia con ciento veinte mil libras de oro.

Nada diremos de sus crueldades, nada de sus estúpidos caprichos porque si nos fuera dado relatarlos todos, nuestros lectores creerian que los inventábamos. A pesar de los esfuerzos de la bruja como leguleya, á pesar de sus infinitas leyes grabadas en mármoles y bronces, Dinamion llegó á nombrar en un frenesí de despotismo jefe de todos los seres racionales de la isla á su caballo Hipodonte.

VI. ¿Qué adelanto, qué prodigio nuevo hacia Ántropos por contra que pudiese compensar la corrupcion y desenfreno general de aquel período ominoso? Casi ninguno, si se exceptúa un trabajo que aunque no perfecto, fué sin embargo muy útil. Antojósele al gigante saber con exactitud la duracion de cada año. Para esto obligó al hombre á repasar y recordar las observaciones de toda su vida mandándole que distribuyese los dias y los meses en perfecta relacion con el curso de los astros y sobre todo del sol.

No llegó Ántropos á la completa exactitud en el calendario re-

formado que presentó á su Señor, mas los trabajos que llevó á cima con paciencia fueron de tal magnitud, que las verdades que entrevió en los cielos acortaron, aunque poco, el negro manto de Alécia.

VII. Entre tanto el aire se preñaba de peligros, y el primer estampido de lejano trueno podia ser la señal de los mayores reveses, de venganzas implacables y de catástrofes horribles. Allá en los bosques y en las montañas del Norte todavía no conquistadas, habitaban muchos, muy fuertes y muy sencillos gigantes, á quienes Dinamion por su bravura, y Seuda con sus misterios, domaron ó contuvieron hasta entónces. Pero cundieron por la isla y penetraron hasta en las selvas vírgenes las noticias de la molicie, la voluptuosidad y la flaqueza de Dinamion con las nuevas de las supercherías de su consejera, y aquel respeto de los gigantes bárbaros, se trocó en burla y en escarnio, y una espantosa borrasca comenzó á rugir en rededor del imperio. Llenos de vida y de vigor, habitantes de climas desapacibles, sóbrios, valientes, activos, entusiastas, comprendieron á pesar de su rudeza que la ocasion era única, y desde luego comenzaron á reunirse y prepararse con el fin de caer sobre el castillo, conquistarle y hacerse dueños de sus inestimables tesoros. Juntaron sus compañías, procuráronse armas, en expectativa de una coyuntura para vengar sus agravios y saciar sus ambiciones.

La coyuntura se presentó harto pronto, por mas que un acontecimiento tan inesperado como trascendental de que conviene dar cuenta nos obligue á posponer el relato del ataque para no faltar ni un punto á la verdad y exactitud de nuestra historia.

Tenemos que volver á Dinamion.

VIII. Habíasele antojado al soberbio sibarita hacerse proclamar Dios porque su ambicion sin límites ya no encontraba en la tierra título, poder ó gloria que la pudiera satisfacer. Terminados en unos cuantos dias por la bruja Seuda los preparativos para deificar á su Señor y alzar su estátua sobre los altares, señalóse el en que había de celebrarse tan áugusta ceremonia.

Ántropos, y el hijo, trabajaron como siempre en disponer la fiesta y fabricar lo necesario.

A cosa de medio dia bajó Dinamion á la anchurosa plaza del

castillo, tan pálido, tan macilento, tan débil que apenas si tenía fuerzas para llevar por sí su cetro de oro. Nadie hubiera reconocido en aquel escualido al coloso valiente cuyo denuedo y gallardía había hecho temblar á la ancha tierra. Cuando apareció sobre el umbral la muchedumbre que ansiosa le esperaba dobló humilde la rodilla y todos los rostros se prosternaron contra el suelo. Así que hubo tomado asiento en su carroza, la interminable procesion rompió la marcha dirigiéndose hácia uno de los templos mas magníficos.

El camino desde la morada del monarca hasta el pórtico sagrado se habia sembrado préviamente de perlas y polvo de oro. Iban delante sobre doscientos trasgos con cestos de mimbre repletos de flores, que esparcian profusamente para adornar la dilatada carrera. El carro de Dinamion rodaba sobre una alfombra de rosas, de claveles, de nardo, de azucenas, de mirto y de tomillo, de salvia y mejorana, cuyo perfume sábeo saturaba el ledo viente-cillo de un dia como pocos apacible. Despues venia la bruja con su séquito y su fantástica vestidura de las cien caretas. Precedíanla hasta cien endriagos, capitaneados por Apénia, con hachas cortantes sobre el hombro, braserillos, ánforas, cuchillas y otros nunca vistos instrumentos. En pos marchaba Anoya con su manto negro y rozagante, y cuarenta vestiglos á cual mas soberbios llevaban con singular y respetuoso recogimiento los abultados libros, en los cuales se recogieran con minuciosa puntualidad las palabras de sus mas altilocuentes peroratas. Alazona seguia con cómica gravedad á la cabeza de un escuadron formado con innumerables duendes de formas desvanecidas y de indole afeminada y blanda. Luego veíase á Hipodonte rodeado de millares de aduladores que le sacudian incesantemente el polvo de los cascos (y aun de otras partes de su bulto), desde el momento en que la locura de su dueño le confirió la investidura de primer magistrado ó primer cónsul, y por fin tras las víctimas destinadas á los sacrificios y un ejército que en vano procuraria enumerar, avanzaba el carro de oro y de marfil de Dinamion, obra de la artística maestría de los artifices esclavos.

Tiraban de la carroza ebúrnea millares y millares de cortesanos duendes, quienes se disputaban con calor (como sucede en

todas épocas) los principales puestos de tan honorífica reata. Antes y después del carro veíanse grupos con dorados pebeteros, y preciosos braserillos sobre cuyas ascuas se derramaba la mirra y el incienso sin cesar. A cada lado marchaban solícitos acólitos, con incensarios de oro y plata que jamás dejaron de oscilar para que los vapores de las resinas odoríferas diesen en el rostro mismo del soberbio Dios presunto.

Este iba muellemente repantigado sobre cojines de seda, resguardada la faz augusta (antes tan hecha á curtirse con el sol y con los aires), con un levísimo dosel de las plumas más vistosas, entretejidas primorosamente con sartas de perlas y diamantes. Su manto de púrpura profusamente tachonado de esmeraldas y topacios, de rubíes y zafiros, de turquesas y otras gemas, encubría sus demacrados miembros hasta el punto de no verse sino sus mejillas y el moribundo brillo de los ojos, debajo de una corona enorme de laurel. A un lado Ratimia la indolente le echaba aire poco á poco con abanico perfumado, y al otro Gina, de pié, coronada como de costumbre de pámpanos y yedra, con la riza cabellera al aire, prendida en procaz descuido la asaz liviana vestidura, tañía con frenesí un pandero orlado con guirnaldas de rosas y de mirto.

¿Quién habría reconocido en aquella bacante lacia á la mujer fresca y pudorosa de la fuente cristalina donde conoció á Alazona?

Las nubes del incienso velaban las figuras en sombras misteriosas, y el aire que se respiraba infundía dulce é indolente voluptuosidad.

Para cerrar el cortejo interminable, y á fin de que nada faltara á la imponente solemnidad y mágica fascinación del espectáculo, Tongo marchaba detrás del rico carro acompañando con la lira los himnos melodiosos de la loca. Varias cuadrillas con vistosos trajes ostentaban en pos de Tongo, sobre las cabezas, vasos con aguas olorosas, cajas colmadas de perfumes, paños, diademas, trofeos, joyas, armas, todo lo cual servía para dar claro testimonio de la inmensa riqueza de su dueño, y finalmente, un enjambre de endriagos, sin término ni fin, seguían en bien formado escuadrón á guisa de guardia y comitiva.

Frente á la puerta del templo Dinamion descendió del carro é inspirado por sacrilega soberbia se dirigió al augusto pórtico que iba á atravesar mortal para salir hecho Diós.

En aquel momento crítico, sin saber cómo ni por dónde, Alécia, la hija de Pónos, apareció sobre las gradas de mármol.

Su velo había mermado de una manera pasmosa. Ya se veían asomar por debajo del canto inferior ó simbría las uñas de los dedos de las manos cuando dejaba caer los brazos sin esfuerzo. Por este motivo su aspecto era á la verdad novel, y su vestidura formaba singular contraste. De medio cuerpo arriba el velo negro sujeto á la cabeza con una banda de hierro, caía en severos y contados pliegues ciñéndose algun tanto al rostro y á los hombros, pero encubriendo con su négrura las facciones, aunque sin borrar completamente la nobleza del busto y su armonía, mientras que de medio cuerpo abajo todo era luz, y gracia, y hermosura. Una túnica blanca y esplendente velaba sus formas inferiores, las cuales lo mismo que sus piés desnudos y sin par, se bañaban en un ambiente de luz que caía desde su cabeza. Por arriba todo era negro y oscuro: por abajo todo blanco y luminoso. Se semejaba al astro sereno de la noche cuando en eclipse parcial se cubre parte de su disco.

—Atrás, esclamó sencilla y majestuosa con voz de indefinible dulzura. Atrás, desvanecido loco. No hay mas Dios que Teo, creador del cielo y de la tierra. Dále lo que es suyo si quieres que te den lo que te pertenezca.

A la vista de aquella aparición, al escuchar aquellas sencillísimas palabras, la procesion tan sábiamente ordenada por la bruja se convirtió en un descomunal remolino de confusion y desórden; y los esquilmañores del esclavo se quedaron sin saber qué hacer con los ojos clavados en la divina figura y tamaña boca abierta.

CAPÍTULO XX.

- I. — Alarma de los esquiladores de la tierra ante las verdades proclamadas por el cristianismo. — II. — El cristianismo profundamente revolucionario entónces, atacaba la religion, el derecho y la propiedad de la sociedad pagana. — III. — La verdad solo halla simpatía en el esclavo. — IV. — Las persecuciones dirigidas contra la verdad, sirven para arruinar mas fácilmente lo edificado por el error ó la fuerza. — V. — La mujer auxilia eficazmente el progreso de la verdad porque tiene ya personalidad y peculio propio. — VI. — El coliseo de Tito. — VII. — Invasiones de los bárbaros del Norte.

I. Seuda fué la que primero volvió en sí.

Con su natural penetracion comprendió todo el peligro de aquel inesperado lance. Desde la llegada á las colinas habia conseguido entretener de tal modo á todos los habitantes con sus agüeros, supersticiones, ritos y fiestas sagradas, habia desvanecido á Dinamion tan completamente, dándole el nombre y los atributos de sacerdote supremo, que nadie se acordaba ya de Alcécia ni del misterio de su manto.

Era, pues, todo un peligro, un verdadero peligro para los opresores de Ántropos y su familia aquella aparicion á la luz del mediodía y sin saber cómo ni por dónde.

—¿Quién eres? preguntó la bruja á Alcécia cual si no la conociese.

—¡Quién he de ser!, contestó la esclava, ¿Me desconoces por ventura?

—¿Cómo has llegado hasta aqui?

—Es muy sencillo. Todos se habian ausentado para acudir á la mentida apoteosis y libre al fin un momento salté de mi calabozo.

—¿A qué vienes?

—Para anunciar la buena nueva.

—Para usurpar la autoridad.

—Mi reino no es de este mundo.

—¿Y qué buena nueva es esa? interrumpió Dinamion todo perplejo.

—Que los tiempos han llegado en que os debeis amar unos á los otros. En ese amor estriba vuestra salvacion. Si no os amais como hermanos ¡guay de vosotros!

—Pero ¿quiénes nos hemos de amar? volvió á insistir Dinamion. ¿No ves esta alegría, esta concordia?

—Tú y Ántropos, y todos los tuyos, y todos los suyos, porque todos sois iguales.

—¡Sacrilégio! vociferó la muchedumbre.

—¡Cómo! continuó el gigante perdiendo ya la paciencia. ¿Iguales yo, que estoy á punto de ser Dios, y ese miserable esclavo nacido para servirme?

—Iguales, contestó la enlutada, pues las únicas diferencias que establecen las leyes de esta isla, nacen del trabajo de cada cual. A cada uno segun sus obras.

—¡Impiedad! vociferó la muchedumbre.

II. Dinamion continuó:

—¿Y pretendes que renuncie á mis esclavos, al mayor de mis tesoros, á mi propiedad, á lo que es mio por derecho de conquista? Pero ¿quién eres para tanto?

El gentío se convirtió en un tumulto tal, gritó tan grandes imprecaciones, que apenas se oyó la voz de la aparecida cuando dijo:

—Yo soy Alécia.

Para que aquellas palabras no llegasen hasta la muchedumbre, la bruja gritó con rabia:

—Eres una sacrilega impostora. Alécia está con nosotros. Aquí la tienes con su manto negro, respetando la autoridad, respetando el imperio, respetando la propiedad, respetando los verdaderos dioses.

Y volviéndose en seguida hácia el tropel de duendes y de endriagos que se apiñaba al pié del pórtico, los preguntó con arrogancia.

—¿Hay uno siquiera entre vosotros que reconozca á esta impostora?

III. En medio de las protestas calurosas que provocó entre los duendes la pregunta de la bruja, Ántropos salió de entre las turbas, subió valiente por las gradas, hincó la rodilla en tierra y

alzando entrambas manos en actitud de oracion dijo con voz conmovida:

—Yo te reconozco, noble Alécia. Tú eres la sábia hija de Pónos; la que me acompañó al desierto y sembró en mi alma el grano que hoy siento que dará su fruto. Seas bienvenida, celeste criatura. Seas bienvenida para libertar á los que lloran. Esa es tu luz, clara como la del sol; ese es tu porte, sencillo como la verdad. Yo te reconozco y te confieso, y si es preciso derramar mi sangre para evitar que perezcas, aquí está toda mi sangre.

—¡Ira de gigante! rugió Dinamion fuera de sí al contemplar tan inaudito atrevimiento. ¡Desafiarme así en mis barbas!

IV. Y dejándose llevar por la colérica ferocidad de su naturaleza se puso de dos trancos sobre el hombre, recogió en un esfuerzo nervioso toda su antigua y hercúlea pujanza y alzó el cetro por el aire ya que otra arma á la mano no tenia.

Alécia estendió con augusta majestad las manos; el velo negro se despegó algun poco de su cuerpo y el esclavo casi desapareció en un mar de luz esplendorosa.

Ciego de rabia Dinamion, y mas ciego todavía ante aquella claridad que le quitaba la vista, comenzó á descargar mandobles que hicieron retemblar la tierra.

Empero cada golpe airado caía lejos de Alécia y de su protegido, porque era tan imposible herir de frente aquella luz como mirar de hito en hito el sol y dirigirle una flecha con acierto. Dinamion con esto perdió el juicio, y como en su coraje redoblaba el empuje de los golpes, comenzó á resentirse todo en torno y á caerse por tierra las chozas, los palacios y hasta las columnas del soberbio templo.

Sonaba un golpe y se venian abajo antiguos edificios; sonaba otro y se abria la atrevida cúpula; con otro mas, se desplomó su clave; con otros cuantos todo lo existente bamboleaba y el mundo amenazaba ruina.

Los duendes y la bruja temblaron ante la furia de su Señor.

Todos creyeron sin embargo, que aquella vez triunfaria Seuda de su rival.

Pero entónces como siempre, cuanto mas peligro corrió Alécia mas glorioso fué su triunfo.

De pronto un ruido pavoroso, un estrépito mayor que el de cien truenos, resuena por todo el orbe. El gigante, la bruja y la multitud prorumpen en un gemido y levantan la vista con pavor buscando de dónde viene.

El templo se había desplomado y en vez de su grandiosa fábrica, trocada ya en informe ruina, se levantaban hacia el cielo nubes densísimas de polvo tendiéndose y dilatándose mas y mas á la redonda.

El prodigio era bastante para detener á otro menos iracundo y contumaz que Dinamion, pero este instigado por un gesto provocativo de su consejera y aprovechando la circunstancia de que el polvo de las ruinas amortiguó grandemente la luz con que Alécia protegía al pobre esclavo, empuñó de nuevo el cetro poderoso y levantándole sobre sus víctimas, hizo ilusoria toda esperanza de salvarlas.

V. En aquel trance supremo, cuando todo lo noble y lo sublime estaba á punto de perecer, la loca vió el peligro que corría su marido, subió presurosa al pórtico, y levantando en alto la presea con que la dotó el guerrero cuando la abrió la puerta de su jaula en premio de sus cantares, clavó sobre el aire leve el brazo incontrastable del verdugo.

No en balde decía Pónos que en la isla de Gé ni el gilguero lucía sus dulces trinos en el campo ó en la jaula, sino para un fin grande, benéfico, providencial.

El espectáculo que se ofreció durante algunos momentos á los habitantes todos de la isla fué sublime á la verdad.

—Enhorabuena, exclamó Dinamion dirigiéndose á la mujer. Has salvado á tu marido y me alegro porque me conviene, pero en lo tocante á esa impostora es cosa muy diferente. Tiempo es ya de que acabemos con los temores y sobresaltos que me causa. Mi poder no tiene límites y me rió de leyes y profecías, de encantamientos y misterios. Ahora ha de perecer y perecerá jira de gigante! de la manera mas cruel y más solemne para solaz y entretenimiento de todos nosotros. Llévase la al coliseo; que la encierren en su nicho mas oscuro; prepárense tigres y hienas y leones. Ya veremos si se burla de sus colmillos y sus zarpas. Que se encargue Apénia con su látigo de alambre de los

miseros esclavos. ¡Creyentes! dentro de tres días gozaremos de la fiesta.

La noticia de que la hija de Pónos iba á ser despedazada por las fieras, y esto en presencia de toda la egregia grey, y esto en el inmenso coliseo, llenó á los duendes de esperanza y dió á los próceres los bríos que el desplome del gran templo por unos breves instantes les amortiguara. Los preparativos para el célebre espectáculo se emprendieron con calor y todo fué bullir y mas bullir por espacio de tres días.

El esclavo, como de costumbre, tuvo que recurrir para todo y por todo á su buen génio, y ya se puede suponer cuál seria la amargura de los dos y cuán inconcebible su suplicio, viéndose obligados á labrar y preparar los instrumentos de tortura para la hija del uno y la única salvadora y amparadora del otro. Tales cosas les pidió la bruja que apenas se concibe de qué manera las realizaron, pero tanto era el ingenio de los dos unidos y tal el poder de la vara mágica de Pónos que ninguna de las exigencias quedaba el día fijo por hacer.

En resumen, todo quedó concertado segun dispuso la taimada consejera.

Con el fausto y la pompa de costumbre se dispuso el monarca para bajar al coliseo, y de todas partes acudieron presurosos los innumerables duendes esquiladores de la tierra. En rededor del inmenso anfiteatro todo respiraba animacion y vida. Aquel edificio colosal, si se hubiése contemplado á vuelo de ave, habria parecido un canastillo repleto de cosa dulce, abandonado en medio de los campos, y las comparsas de trasgos largas hileras de hormigas que habiendo descubierto aquel tesoro acudian solícitas y presurosas para penetrar en él por los cien huecos ó entradas de su admirable entretejido.

Las gradas y andanadas se cubrieron de curiosos, y el murmullo de la prévia espectacion se oía á cierta distancia cual el ródar incesante de la mar sobre una playa pedregosa.

Magnífico era á la verdad el golpe de vista del teatro. Perdónese si no puedo resistir al deseo de dar, para bosquejarle, cuatro torpes pinceladas.

VI. La planta del edificio, de figura beléptica, podia contener

cómodamente mas de cien mil espectadores. Por fuera, cuatro arcadas de mármoles se elevaban hasta prodigiosa altura, y una estatua de alabastro ó bronce ocupaba cada nicho. El número de arcos, de pilastras, de columnas, de perfiles y de adornos; su concierto, su elegancia, suspendian á la imaginacion mas soñadora porque imposible era soñar con monumento mas grandioso, ni concebir siquiera cómo podia ser producto de un sér tan flaco, tan ruin, tan diminuto.

Por dentro la sorpresa y admiracion crecian, sobre todo cuando se le contemplaba lleno. Los mármoles, los alabastros, el cristal, las ágatas, el oro y el marfil, se veian profusamente por doquier, así en los muros como por los suelos, lo mismo en bóvedas que en palcos. Ochenta gradas de tan preciosas materias se tendian en anfiteatro en rededor de la arena, y para que la luz no molestase á la revuelta muchedumbre, habia un toldo ó velario de finísima grana, toda recamada de oro, suspendido sobre la rica gradería.

La arena para las luchas y combates estaba tan bien dispuesta y construida, que ya representaba con nímia propiedad jardines y selvas regados por frescos y vistosos surtidores, ya se inundaba como por encanto, y trasformábase en mar sobre cuyo terso espejo buscaba Dinamion treguas á su mortal fastidio haciendo de pescador ó remedando batallas.

Cien mil duendes con las mas variadas cataduras esperaban, pues, el dia señalado, en muy ruidosa ansiedad y vocinglera impaciencia la llegada de su Señor. Al cabo de mucho tiempo, este se presentó debajo de suntuoso sólio, arrastrando un manto como la nieve con bordados áureos y ostentando una corona de roble y de laurel con bellotas y cintillos del susodicho metal. Un silencio respetuoso é imponente sucedió por un momento á la confusa gritería. Dinamion dió la señal para que principiase la funcion, y Alécia apareció en medio del anfiteatro.

Era cóstumbre de, aquel pueblo indómito y audaz saludar la aparicion de las víctimas con voces y gritería: aquella vez quisieron gritar, pero la voz se les detuvo en la garganta.

La hija de Pónos se adelantó serena y majestuosa hasta el medio del circo, y allí tomó la actitud de quien espera con una tranquilidad casi casi indiferente. Su apostura, su traje de supre-

ma sencillez, y sobre todo la misteriosa luz que derramaba por el suelo impuso á la muchedumbre. A los cuantos instantes, todos aguardaban la salida de las fieras con ansiedad indefinible.

Abriéronse por fin las jaulas y salieron un par de tigres, sueltos, ágiles, feroces y sobre todo muy hambrientos. Cuando repararon en Alcía cada uno se retiró cauteloso hácia un extremo del circo, bajaron ambos las quijadas sobre los tendidos brazos, pegaron la barriga en tierra, y con los ojos centelleantes en su víctima, se relamieron las barbas y agitaron pausadamente la cola. Siempre que dejaban de percibir movimiento en la infeliz esclava ibanse arrastrando sin el mas pequeño ruido: luego si por acaso se movia, parábanse de repente y tornaban á su acecho. De esta guisa se colocaron ambas fieras á distancia de un mediano salto. Entónces se les vió concentrar las fuerzas, recoger el aliento, afirmar las cuatro patas y como calcular en movimientos cortos sobre qué parte de la víctima caerian.

Durante aquellos brevísimos instantes, no habia un solo corazon sin latir con violencia; ni á uno solo de los espectadores dejó de parecer cada minuto un siglo.

Tras una pausa de emoción indescriptible las fieras se decidieron y se las vió casi lanzarse en el salto. Entónces Alcía, sin perder su majestuosa calma, dió un paso atrás, y con voz incomparable, señalando con la mano al suelo, dijo:

—¡Acá!

Los tigres destendieron los músculos, cerraron los ojos, y mansa y temerosamente llegaron hasta los piés de la víctima, y sobre ellos descansaron sus cabezas.

El primer grito de la plebe fué unánime de alegría, pero muy luego se sobrepusieron sus despreciables pasiones á todo movimiento noble.

—¡Leones! ¡más tigres! ¡hienas! ¡panteras! ¡elefantes! gritaba desafortadamente en estruendoso desconcierto.

—Que salga Melanio, decia el uno. Que salga á degollar á esos tigres por cobardes.

—Soltar el agua, vociferaban otros. Que los tres sean pasto de nuestros cocodrilos.

El gigante, para complacer á su plebe (soberana solo allí),

mandó abrir todos los antros á la vez y todo el circo se cubrió con seiscientos leones, y tigres, y lobos y cocodrilos.

VII. Mas en aquella, la mejor parte del delicioso espectáculo, entró Fobo por las gradas, llegóse sin parar á Dinamion, y casi sin aliento le dijo en voz que todo el mundo pudo oír: — ¡Señor fuerte y delicioso! Vé cómo abandona pronto tu divinidad los ócios plácenros del regalado circo, y se encierra sin demora dentro del inespugnable alcázar. Desde las montañas por donde sale el sol; desde las selvas que nos envían los hielos y las nieves, avanzan innumerables gigantes, mas altos que tu divinidad aunque de modo alguno mas ilustres ni mas fuertes. Sus clavas y sus frámeas infunden pavor y espanto; degüellan y destruyen, y no se ven hartos de botín y sangre. Vienen á paso de gigante: si tu divinidad omnipotente se descuida, pudieran darla un mal rato. No huyas, majestad divina. ¡Oh! ¡eso no! pero retírate y enciértrate.

Un grito de pavor, unánime, lastimero, interrumpió al buen enano, y tras aquel grito siguióse la confusion mas espantosa. Los sesenta y cuatro vomitorios del grandioso coliseo apenas si podian dar salida á aquella multitud sanguinaria y cruel cuanto cobarde. El gigante terció la régia vestidura y se dió á correr como el primero, mientras Fobo, aflojando riendas á su mal intencionada propension, fué poniendo á cada cual un par de sus antiparras.

Entretanto el sol se habia puesto, y las sombras de la noche comenzaban á envolver los llanos, cuando la tropa duendil dentro ya de las murallas subió en tropel á las almenas para ver si aparecia el enemigo. Ni un bárbaro ni dos, sino mas de dos docenas llegaron antes de cerrar la oscuridad hasta los fosos del alcázar, y viendo que no podian penetrar en su recinto, denostaron audazmente al cobarde y afeminado Dinamion y se pusieron á talar campos, incendiar bosques, destruir huertas y edificios, convirtiendo en polvo y en pavesas los templos monumentales, los pensiles y las maravillas.

Durante toda la noche se vió como de día en el alcázar á la luz de las mil y mil hogueras del incendio.

CAPÍTULO XXI.

En este capítulo (necesario para no interrumpir el curso de la leyenda) se presenta el ejemplo mas grande y mas elocuente que nos ofrece la historia, (la caída y disolucion del imperio romano) para demostrar que no hay grandeza sólida y duradera si no es consecuencia natural de un ciclo entero de progreso, esto es: si no es producto armónico de la riqueza material, de la intelectual y de la moral.

Es indudable que los objetos de este mundo se ven con el auxilio de dos luces. La una, esa clara luz del sol que los ilumina mas ó menos segun sea menguada ó refulgente: la otra, una luz interna de nuestra alma que así los engalana y hermosea si está alegre, como los cubre de negrura cuando en vez de reir llora.

Tan esplendoroso salió el sol á la mañana siguiente de la llegada de los bárbaros como cualquier otro dia, y sin embargo, todo le pareció sombrío á Dinamion, todo era triste para los duendes, porque miraban los campos y veian los azules cielos al través de su pavorosa angustia.

Temblando como mujeres contemplaron el saqueo de sus templos, la profanación de sus altares, la quema de los bosques, la tala de los jardines, el destrozo de mármoles y estatuas, la ruina y destruccion de cuanto tenian por grande, monumental y bello: sin valor, sin esperanza, desesperábanse porque creian que era el fin y término del mundo. Cada cual buscaba en su imaginacion los medios de congraciarse con los vencedores, y mas de un trasego salió del castillo antes del alba para venderse por espía de los suyos. Dinamion se puso á hablar de suicidio mientras Seuda le miraba con desprecio. Compaginaba la muy taimada cien embustes para engañar á los bárbaros, contando con ser su favorita y consejera, como lo habia sido del vencido. Los otros próceres y magnates miraban al rostro de sus Señores como se contemplan los cielos para saber los presagios de una tempestad. Gina cantaba

aunque algo menos; Ántropos trabajaba en reforzar las murallas y las torres, ahondar y desbrozar el foso, reparar las armas y las máquinas, prevenir proyectiles y bastimentos, y por fin, su hijo, sorprendido en las faenas agrícolas no pudo recogerse al castillo y permaneció en los abiertos y no guardados campos, espuesto como lo está siempre el pobre labrador á los insultos y vejaciones de los grandes bandidos que recubiertos de gloria suelen asolar la tierra.

Entretanto seguía la desolacion. Los bárbaros parecian no tener otro objeto que el de destruir. Despreciaban los regalos, no comprendian ni estimaban las obras de las artes, y hasta tenian en menos al agricultor, porque para ellos no habia mas tesoro que sus innumerables ganados, ni el suelo debia producir otra cosa sino buenos pastos y abundante yerba. ¡Qué mucho que la viesen crecer con aficion sobre las ruinas de palacios y entre los mármoles rotos? ¿Para qué necesitaban maravillas los que nunca se cobijaron sino bajo la bóveda del cielo? ¿De qué servian los templos y las aras á aquellos cuyo culto consistia en clavar su espada en tierra y orar ó batallar en derredor? Los vasos y los muebles estaban demás para gentes sin gustos y sin vicios. Comian carne, porque sostenia y aumentaba su pujanza; bebian vino porque les daba mas valor y mas coraje; pero en cuanto á otros regalos y placeres eran tan sóbrios, castos, sencillos y arrogantes como Dinamion habia degenerado en lúbrico, taimado, pusilánime y gloton.

Una sola cosa habia sacado el soberbio Señor de aquel imperio de las doctrinas de Anoya: el estóico desprecio con que miraba la muerte.

Muchos dias y muchas noches se pasaron en trazar planes, cavilar y hacer discursos, cuando lo único que podía evitar la ruina del castillo era el valor y la celeridad.

Unas veces pretendíase contener á los vencedores con alguna órden pomposa, muy preñada de fieros y bravatas; otras con la invencion de un dije ó de un juguete como la corona de oro cuajada de pedrería; pero la fuerza de las cosas se burlaba de los tremendos discursos y de pueriles trampantojos, y Seuda se desesperaba por iracunda é impotente y el imperio se venia abajo.

Cada hora se hacia mas insostenible situacion tan violenta, hasta que á pesar del orgullo despreciativo de Dinamion, pensó en entablar negociaciones con los bárbaros para saber siquiera lo que pretendian. Seuda, quien habia hecho surgir con habilidad la idea, se aprovechó de ella con el fin de acercarse á los enemigos, estudiar su índole y ver cómo los iba dominando. Creia poseer gran tacto para empalmar voluntades, y propuso salir á la cabeza de una brillante comitiva á conferenciar con los gigantes. Como primer paso para deslumbrarlos dedicóse muy solícita á organizar la embajada mas peregrina y mas célebre de todas las embajadas de artificio y relumbron.

A la cabeza iba Alazona, y detrás un sinnúmero de trasgos cubiertos con las joyas y las telas mas brillantes. Todo era colores y colorines, fastuosidad y bambolla. Ella caminaba majestuosamente en medio de la lucida, ó mas bien luciente compañía, y dos de los duendes mas erguidos la llevaban la cola del manto de embajador que se colgó sobre el otro de las cien caretas.

Así salieron á campaña rasa apenas se abrieron las enormes puertas y el puente levadizo franqueó el foso, y así se adelantaron con silencio y majestad en direccion al rancho, mal llamado campamento de los bárbaros.

Felizmente para la bruja (y digo felizmente, porque de otra guisa muy mal lo hubiese pasado) uno de los gigantes mas mozos é inespertos estaba de centinela, y cuando vió venir la comitiva desde lejos, comenzó á dar voces á los demas diciéndoles:

—Allí viene la vieja que siempre acompañaba á Dinamion; aquella que nos engañaba cuando queríamos atacar este castillo.

Como los pulmones de aquella gente descomunal eran por demás robustos, las voces llegaron hasta los oidos de la embajadora, quien se detuvo sobrecogida fingiendo componerse el manto.

No pudo, sin embargo, sostener muchos minutos su mal disimulado fingimiento, porque vió claramente que los enemigos se ponian en pié y empuñaban sus frámeas pronunciando votos nada agradables, ni pacíficos. Los trasgos tambien se apercibieron de aquel bullicio de tan mal augurio, y clavando los espantados ojos en la bruja, buscaban la sombra de un pretesto para volver las espaldas. En este estado crítico para la dignidad de aquella egre-

gia y nobilísima córte, quiso el destino que á uno de los trasgos mas cobardes se le antojase gritar: «¡que vienen!» y apenas resonaron sus malhadadas palabras, cuando séquito y embajadora olvidaron su grave y comedido continente, volvieron sin vergüenza los desencajados rostros, y soltando con nunca vista prontitud mantos, y plumas, y colas, arrojando dijes y penachos, aligerándose de todo, aparecieron como su madre les parió y diéronse á correr con diligencia tanta que los talones les herian en alguna parte. Allí era de ver la descomunal carrera en pelo; allí observar los lábios temblorosos, el mirar de espanto, lo tendido de los cuellos, tal menudear de piernas y de piés. Y todo esto con detrimento del ceremonial tan sábiamente concebido, y todo esto sin respetar preeminencias, ni guardar sublimes ceremonias, ni sujetarse á las importantes máximas de la etiqueta diplomática. El primero era el mas ágil de piés: el último aquel que se quedaba atrás.

¿A dónde corres, Seuda? ¿Qué vértigo te domina, ilustre cuanto sábia consejera? ¿Dónde se fué la augusta majestad de tu talante? ¿Dónde la solemne prosopopeya de tus miradas y tus movimientos? ¿Dónde el poder de tus símbolos? ¿Por qué no remondas la garganta y enderezas á esos salvajes alguna de tus arengas capciosas? ¿Qué teme tu invulnerable santidad? Deten el paso y apela á tus inmortales; deten la carrera y echa mano de tus infalibles sortilegios; ¡Miserable! Corres y no respondes: tu fé y tu confianza ¿no alcanzan mas allá que á tus talones?

Cuando los bárbaros vieron el pánico de la poco antes solemne comitiva, dieron en reír y vocear á los fugitivos, con lo cual acabaron de ponerles alas en los piés, y como á cada grito ó carcajada perdian el tino los que huían, muy luego llegaron al borde mismo del foso sin saber siquiera ni dónde estaban. Tal era su ceguedad, tal su terror á la verdad risible, que el primero cayó dentro, y tras él rodaron todos los demás inclusa la consejera.

Por su desgracia habia dentro del foso, como suele haber en semejantes lugares, un fango bastante desleído, pestífero y adherente. En él pararon de rodar los ilustres elegidos de la céle-

bre embajada, mas no de querer correr, de agitarse y revolverse, por cuyo motivo pusieron como de perlas.

—¡Dinamion! ¡Delicioso Dinamion! ¡Socorro! gritaba Seuda sin saber lo que se decia. Ampara á tu servidora en el mas peligroso de los trances.

Tan ridicula figura hacian los duendes diplomáticos, sepultos como alimañas en el pestilente cieno, que al asomarse los duendes sus amigos á las voces, no pudieron contener la alegre risa y ni acertaban á hablar de puro gozo.

Por fin Dinamion acudió en persona desde el muro y dió órdenes á Ántropos para sacarles de allí.

Algunas horas mas tarde los enemigos llegaron á las murallas y entre rechiflas y denuestos hicieron saber á la guarnicion que colgarian sin piedad á cuántos embajadores le enviara su contrario. Decian que no entendian de treguas y parlamentos, y que el único medio de tratar con ellos era el de rendirse á discrecion. Calcúlese ahora el efecto de aquellas nuevas entre gentes egoistas, ruines y solevantadas por descomunal payura. Cuando Dinamion habló de mandar otra embajada, nadie, absolutamente nadie, se presentó á coherciar como antaño encargo tan honorífico. Dijo repetidas veces, ofreció premios y recompensas, prometió honores y hasta la deificacion en el caso de morir en la demanda; pero los duendes se habian vuelto tan modestos desde el primer susto, que renunciaron espontáneamente aun á la inmortalidad.

—¡Es posible! exclamaba en tono lastimero el atribulado Dinamion. Entre tanto esclavo á quien colmé de favores ¿no hay uno que corra este peligro para salvar mi persona? ¿Tan ruin y desagradecida canalla sois, que por temor á un percance no seguro, olvidais los beneficios de tantos y tantos años? ¿Quién ha de acudirme, quién?

—Yo, dijo una voz suave, grata y armoniosa, y Alécia con su acostumbrada sencilla majestad se adelantó en medio del silencioso corró.

—¡Cómo! exclamó el gigante limpiándose las pestañas. ¡Te ofrecés á correr por mí un peligro.... á morir tal vez!

—Ese es mi deber, contestó Alécia, morir por todos.

—Para tí no tuvimos jamás sino tormentos y persecuciones,

continuó el gigante, ¿cómo te has de sacrificar por tus verdugos?

—No hables de lo que pasó, respondió la hija de Pónos. Todo está ya perdonado.

—Te creía en el campamento de los bárbaros, continuó el gigante. ¿Cómo pudiste salir del coliseo?

—Mi puesto es este porque aquí se llora y se padece, respondió Alécia. Los vencedores rien y no necesitan de mi ayuda. Por eso salí del coliseo detrás de vosotros, penetré en el alcázar por un camino subterráneo que me enseñó mi padre, y esperé tranquila la ocasión para poderte servir. Manda y tus órdenes se cumplirán á pesar de riesgos y peligros. ¡Dichosa yo si con mi sacrificio salvo á la isla! ¡Dichosa si protejo las obras inimitables de mi padre y si consigo que en cambio deis al hombre un poco de bienestar!

El concurso entero, desde Seuda á Dinamion, bajó de rubor los ojos. De buena gana habrían evitado la humillante escena. Tan críticas, no obstante, eran aquellas circunstancias, tanto arreciaba el peligro, que forzoso fué aceptar los servicios de la esclava. Encomendáronla la delicada mision y salió sola, con aplauso unánime, pues creyó la buena bruja íntimamente que aquella vez se veria libre de su rival aborrecida.

No sucedió así, empero. Alécia se adelantó hasta penetrar dentro del temido campamento, y los gigantes que al principio empuñaran con ira sus tremendas armas, se contuvieron ante la dulzura la dignidad y la humilde sencillez de aquel sér para ellos enigmático.

—Salve, mis buenos y queridos hermanos, dijo saludándoles Alécia. La paz sea con vosotros.

Los bárbaros bajaron sobrecogidos los aceros.

—¿Quién eres? la preguntaron.

—Alécia, la hija de Pónos, replicó ella.

—Seas bienvenida, exclamaron todos á la vez. Te conocemos de buena fama porque alguna vez nos visitó tu padre.

—Vengo á pedirós la paz para Seuda y Dinamion.

—Jamás, jamás. Juramos por el contrario colgarles de las almenas.

—No digais tal, exclamó la hija de Pónos. ¿Después de esa

venganza, qué bienes habriais conseguido? Harto castigados están el altivo Dinamion, su soberbia consejera y su malhadado pueblo. La generosidad es el perfume del valor, y vosotros me consta que sois valientes.

Por este estilo fué templando la sábia hija de Pónos la ferocidad de aquellos bárbaros, los cuales al terminar la primera entrevista se sentian influidos por las amables virtudes de la esclava. De comun acuerdo se convino que los gigantes, para satisfacer su amor propio de guerreros y la quisquillosa susceptibilidad de lo que ellos llamaban su honra, penetrarian dentro del castillo en prueba de que se los consideraba como vencedores, pero únicamente para sentarse á la mesa de Dinamion, el cual les ofreceria con este especial objeto un opíparo banquete. Despues habian de volverse al campamento reconociendo á su enemigo como Señor del alcázar y de dos jornadas á la redonda, pero esto á condicion de que arrojara de su lado á Seuda y tomase en su lugar por consejera á la que supo inspirarles tan ardiente simpatía.

Grande fué el chasco de la bruja cuando supo que Alécia volvia sana y salva. Sintió entónces que la odiaba mil veces mas que nunca; pero cuando escuchó las condiciones de paz y comprendió el humilde porvenir que la esperaba, la fué imposible tener la rienda al despecho, y en un discurso como pocos incisivo, se mostró injusta é iracunda, pero tambien hábil y elocuente.

—Comprendo por fin, decia irónicamente apurando los recursos de su diabólico ingénio, la sublime abnegacion, el desinterés fenomenal de esta virtuosísima doncella al ofrecerse por víctima para salvarnos á todos. No parece sino que la ilustre embajadora de todo se cuidó menos de sus intereses y de su persona. Ella es la única que asciende á donde jamás podia imaginarse mientras todos nos vemos precipitados en una sima de humillacion y desventura. ¿Qué es lo que se concede á nuestro Señor, dueño único y legítimo de toda la isla de Gé? Lo que ahora tiene: nada mas, y en verdad que la dádiva compensa con creces el desdoro. ¿Es prudente, es siquiera cuerdo recibir dentro de este inespugnable recinto á unos bárbaros sin fé, que de seguro se proclamarian dueños de nuestras personas si á tanto se rebajase tu débil cre-

dulidad? No, Dinamion, no: antes mil veces la muerte. Acuérdate de quien fuistes y no olvides que mas glorioso es morir buscando á sus enemigos, que víctima de una traicion, sin honra, sin lucha, sin defensa.

El discurso de la bruja produjo en el ánimo de su estúpido Señor el efecto apetecido: su admiracion por Alécia se trocó en encono; rechazó con altivez proposiciones que en su sentir eran humillantes, y poseido de un ardor guerrero hizo comparecer al hombre y le pidió nuevas y bien templadas armas. Quería sobre todo un espaldar que hiciese juego con el peto, porque siendo tantos los enemigos era prudente llevar las espaldas protegidas. Por sentirse débil y delicado, tambien exigió una silla para su corcel que tuviese estribos en que sostener sus desmazaladas piernas. Despues entregó como de costumbre (y aquella vez sin prevencion) la pobre esclava á la iracunda bruja, quien se propuso vengarse cruelmente, cosa que habria puesto por obra si el padre, temblando por su existencia y aprovechándose del trastorno universal, no la hubiera conducido á las escavaciones subterráneas que habia debajo del castillo.

Así que los preparativos estuvieron en sazón y punto, Dinamion tornó á vestir los pesados arreos del guerrero, y aunque con indecible trabajo oprimió de nuevo el lomo de Hipodonte.

Cualquiera que ignorando su estado de atonía le hubiese visto salir por las puertas del alcázar, con la áurea é imperial corona sobre los lampos del almete, le habria considerado batallador invencible. Conservaba la arrogancia y gallardía del antiguo vencedor en mil combates, y su caballo parecia comprender todas las glorias que llevaba.

No se hicieron esperar los bárbaros. Apenas distinguieron á su gallardo enemigo tomaron presurosos las espadas y le salieron al encuentro. A pesar del ódio que le tenían no pudieron menos de admirar su marcial y bélico continente. Rodeábale la aureola de cien victorias y su esperiencia, su equipo, su destreza, le hacian todavía respetable y aun temible.

Por su parte nuestro guerrero reunió en aquel trance supremo su antiguo indómito valor. No le sobrecogió la muchedumbre así como en otros tiempos, ni la temeridad de sus adversarios le im-

pusiera. Metió espuelas á Hipodonte y dió principio á la lid con todo el ímpetu entusiasta de sus días mas gloriosos. Algunos instantes despues estaba rodeado en todas direcciones. Su armadura, su almete, su corcel, su escudo recibian tajos y reverses con la rapidez que caen sobre el inmovible yunque los ligeros martillos de los ciclopes. Los ecos de las montañas atronaban con el pavoroso estruendo: toda la tierra rehilaba. Seuda y los duendes, Ántropos y Pónos contemplaban el combate desde las almenas con oprimidos corazones. Allí se iban á decidir los destinos de la isla: allí se ganaba ó se perdía todo.

En lo mas encarnizado de la pelea se abre y retrocede el tropel desatentado de gigantes, y se vé á Hipodonte romper las apiñadas filas y partir á carrera tendida hácia el castillo arrastrando en pos, enganchado en la estribera por el pié, el cuerpo inanimado del poco antes valiente y soberbio Dinamion.

Un grito de horror y de agonía se oyó estridente sobre las almenas del alcázar.

—¡Muerto! gritaron consternados todos sus moradores. ¡Cayó el coloso! ¡feneció el imperio! ¡Adios mando y sus dulzuras! ¡Adios goces y alegrías!

Durante el pavoroso silencio de tristeza, de terror, de angustia que siguió á estas exclamaciones, se oyó la voz clara y apasionada de la loca Gina que cantaba al son de su pandero lo que en aquellas circunstancias era un horrible sarcasmo y como la moraleja del anterior desenfreno:

Bebed, bebed mortales en mi copa: la vida es esto: lo demás es nada.

CAPÍTULO XXII.

I.—Trabajo moral de Alécia (*la verdad*). Las verdades morales del cristianismo regeneran á la mujer, cuya imaginación y entusiasmo estimulan sus buenas cualidades naturales. —II.—Las malas pasiones de una parte de la humanidad tienden á utilizar las nuevas doctrinas en beneficio ilegítimo suyo. —III.—El hombre vuelve á descarriarse por la exageración de las nuevas verdades. —IV.—Esfuerzos del cristianismo para salvar el imperio. Senda (*la mentira*) principia á mezclar errores materialistas con la doctrina del espíritu. —V.—Escarnio de la fuerza tiránica por los bárbaros del Norte cuya ignorancia ofrece nuevos progresos al error.

I. Al escuchar á su mujer y contemplar la caída de aquel cuya grandeza y heroísmo no pudo menos de admirar, Ántropos vertió una lágrima.

Evocó en seguida á su génio tutelar y le dijo con voz entrecortada por sollozos:

—¿Qué hacemos, mi querido Pónos?

—Estos momentos son de crisis, contestó el génio. Coge á tu mujer y sígueme á las catacumbas que hay debajo del castillo. Allí nos espera mi hija y ella nos aconsejará.

Cuando penetraron en las galerías subterráneas percibieron cierta claridad divina y á su favor se reunieron con Alécia.

—Lo primero, les dijo la enlutada así que les vió llegar, es atender á la cura de la loca. Su enfermedad es del espíritu, y nuestro espíritu se purifica en poco tiempo si tenemos voluntad. Porque así como el cuerpo es perecedero y no recobra aquel miembro que muere ó que se destruye, así puede restituirse nuestra alma á su pristina entereza si nosotros y solo nosotros mismos nos empeñamos en curarla con la penitencia ó contrición.

—¿Qué haremos, pues, con mi mujer? preguntó Ántropos esperanzado.

—Ahora lo verás, replicó Alécia.

Acto continuo, la hija de Pónos pidió á su padre y al hombre una túnica de áspero sayal; arrancó la corona de pámpanos y yedra, quebró el tirso; derramó la copa; hizo girones y astillas el pandero; substituyó la tela tosca á la impudente gasa; dispuso que el cocinero Pir encendiera un fuego bueno con aquellos fatídicos despojos para confeccionar á su calor cierto bálsamo calmante, y por último, despues de habérsele dado á la loca, la encerró sola en una celda, recomendándola que durmiese tranquilamente sobre el suelo.

En seguida evocó á Fanta, y la encomendó el cuidado de la enferma diciéndola cariñosa.

—Cuida mi buena y entrañable hermana de la salud de nuestra loca. Guárdala el sueño blandamente, y hazla que olvide lo pasado para descorrer ante sus ojos el dulce porvenir que nos espera.

Hecho todo esto, nuestros amigos se disponían á penetrar en el castillo para saber lo que pasaba, cuando un relincho vigoroso los detuvo.

—Esa es la voz de Hipodonte, gritó Pónos.

—Salgamos á ver si conseguimos recuperarle, añadió Ántropos. Que no caiga en manos de los enemigos.

Por caminos que solo conocia el génio salieron los tres sobre la falda del monte, al otro lado del foso, ya fuera del recinto del alcázar. Cuando su vista se fué haciendo á la claridad del sol, vieron á corta distancia el cuerpo de Dinamion tendido y sin movimiento. Su noble é inteligente corcel apenas le sintió desplomarse de la silla, atropelló las huestes enemigas, y siguiendo su querenencia le sacó segun vimos á la rastra. Agujoneado por el asombro del bulto y ruido que le perseguian, llegó hasta cerca del castillo y allí se paró por estar alzado el puente. Entónces revolviéndose para buscar alguna entrada, se destendió el estribo, se desprendió el pié, y la pierna cayó con no pequeño estruendo á la manera que cae la ponderosa viga, cuando llevada por obreros dejan una punta en tierra y despiden la otra todos á la vez.

Hipodonte libre, se quiso aproximar á su Señor, tendió el cuello con la crin espeluznada, los ojos centellantes, inquietas las orejas, é hinchadas las narices por fuertes y prolongados resoplidos. Paso á paso se fué acercando asustadizo al cadáver con los

remos temerosos, la cola en arco y el cuerpo como huyendo en direccion atrás. Alargó el hocico, aspiró con trémula avidéz, y (sin razon ni causa) los cuatro cascos redoblaron contra el suelo, giró sobre las piernas y huyó despavorido cual si le persiguiese algun carnicero lobo. Paróse despues de breve y rápida escapada como para reconocer la causa de su espanto, alzó la testuz, olfateó los vientos, tornó á trotar para aproximarse, renovó su cauteloso andar, sus sustos y sus terrores, hasta que despues de algunas idénticas huidas, cada vez mas cortas, se arriesgó á pasear el hocico desde los piés á la cabeza de su amo. Entónces, convencido de que era él, y como incapaz de retener su dolor, alborotó los ecos mas lejanos con un tristísimo relincho.

Este fué el que oyeron Pónos y los suyos en las desiertas catacumbas, y este la causa de salir en busca de Hipodonte.

Quando estuvieron segun se ha dicho fuera vieron que Ándros venia corriendo hácia el castillo.

Gracias al báculo de Pónos, el padre y el hijo pudieron aflojar las hombreras que unian el peto con el espaldar de Dinamion; desciñeron la escarcela; desprendieron de la cabeza el casco, restañaron la sangre que cual fuentes vertian sus heridas, y le rociaron el rostro y le aplicaron á las narices manojos de yerbas odoríferas. Al cabo de un largo rato Dinamion abrió los ojos. En aquel punto, allá en las nubes suspendidas sobre el rostro del guerrero, apareció una de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, y en su centro Elpisa, colosal, inmensurable, sentada sobre el carro de marfil tirado por soberbias águilas, con su dulcísima mirada señalando en direccion á los cielos como para decir á Dinamion que se levantara.

Instantáneamente y por encanto, el herido sintió renacer por todo el cuerpo sus antiguos bríos; hizo un esfuerzo supremo para ponerse en pié, mas quedó con la rodilla izquierda en tierra.

Algunos momentos despues entraba trémulo y vacilante por las puertas del alcázar.

Hipodonte le seguia alegre y retozon cual nunca.

Entre tanto Fanta habia velado el sueño de Gina y apenas la vió despierta cuando agitó sus alas de tornasol y la contó con voz dulce, dulce, dulce una de sus bellísimas leyendas. La recordó su

inocencia y su pudor de otros tiempos; la pintó en rasgos vivos y elocuentes su locura y extravíos, evocó mezclándolas y barajándolas memorias amargas y halagüeñas, consoladoras y punzantes; la hizo vivir en breves momentos siglos, y concluyó diciéndola:

—Concentra tu voluntad. Lloro y olvida.—¿Lo vés?—Es mucha cosa la voluntad. Es el mejor de los médicos para la salud del alma.—¿Quieres ser de nuevo amante y candorosa?—Quiérela con energía, quiérela mucho.—Así.—No recuerdes lo pasado sino para maldecirlo.—Así.—¡Qué felices vamos á ser de hoy en adelante! —Dame la mano y á volar á volar por esos aires azules y frescos y serenos.

En seguida y con la mágia de su estilo tendió á la vista de la mujer un porvenir de ventura, y todavía la estaba enagenando con su vocecita suave, suave, suave cuando llegaron Pónos con Alécia y la hallaron tan tranquila y aliviada que se arriesgaron á presentarla repentinamente á su marido.

La loca clavó en Ántropos los ojos, recordó las ilusiones de la soñadora, se pasó la mano por la frente como procurando poner orden en el confuso tropel de sus ideas, y abriendo cuanto pudo entrambos brazos se arrojó al cuello del esposo diciendo con inefable vehemencia:

—¡Ántropos!

—¡Gina! ¡mi querida Gina! contestó el hombre conmovido.

Se oyó un ósculo apasionado. La mujer lloró por mucho tiempo; inundó en lágrimas el seno de su esposo, lavó en ardiente llanto sus mejillas y se volvió triste pero ya tranquila para alargar en gratitud las manos al bueno, al excelente Pónos.

Habia vuelto á su razón y se sentía con fuerza y con salud para ser como en lejanos tiempos, madre tiernísima, fiel y recatada esposa.

El manto de Alécia mermó en aquel punto y hora el espesor de dos cabellos.

II. Volvamos á Dinamion y subamos al castillo.

Varios dias estuvo sobre su lecho el magullado gigante sin mover brazo ni pierna, pero tales y tan buenos médicos y amigos velaron á su cabecera, que al fin se sintió bastante restablecido, y volvió á ocuparse del imperio y su defensa.

Durante su enfermedad, Seuda se sintió humillada y no cesó de cavilar día ni noche para urdir nuevos enredos y ser á pesar de todo la consejera y favorita.

—Decididamente, se decía, mi rival triunfa por ahora, y ya que los predestinados al mando deben plegarse y amoldarse á todo, aparentemos esas virtudes hoy de moda: mansedumbre, humildad, abnegación. Con estas caretas y otras he de reconquistar mi puesto. El hombre y la mujer son sencillos, mi amo es estúpido, los duendes todos gente maleante, y como no me faltará ocasion de introducir la discordia, unos me creerán por ciegos y otros cerrarán los ojos de puro lince si pongo á mi favor su conveniencia. Ganemos tiempo. ¡La hipocresía es muy gran cosa!

Así habló Seuda: lo mismo que hablaba ayer; como hoy hablará si existe en Gé ó en otra parte. De un modo ó de otro el fin único de sus desvelos era recobrar su perdido predominio.

Con este propósito exageró las prácticas de Alécia y dió torcidas interpretaciones á cada una de sus palabras. Poco antes solo reconocia la materia: al oirla hablar ahora se hubiera dicho que solo existia el espíritu. Su objeto era estraviar porque como todos los ambiciosos esperaba que en hallándose la isla en estado de confusion y anarquía podria ella desempeñar el papel de salvadora.

Ningun recurso olvidó para el buen éxito de sus planes. Vistió á su Anoya de jerga con una tosca sogá por cinturón; la prestó el mas hipócrita de todos sus antifaces; la enseñó á clavar los ojos en el suelo, á cruzar las manos adelante en humildad aparente, y á murmurar y murmurar siempre las mismas oraciones sin saber siquiera lo que se decía. Exaltó á Fanta hasta el punto que Ántropos la tenia siempre sobre el hombro, la veía perseguirle á todas partes, la escuchaba á todas horas y perdía la cabeza soñando en un impracticable misticismo. Por último escitó el celo de los duendes mas ardientes para que Egos, Fobo, Ratimia y el mismo Eidólatros cooperasen activos al estravío del hombre.

III. Cercado por tantos y tan astutos enemigos, ausente de su lado Pónos para atender á los trabajos de su hija, Ántropos débil y crédulo y veleidoso de suyo no tardó mucho tiempo en claudicar.

Luego que Dinamion salió de su convalecencia quiso reponer

los campos en rededor de su castillo, ya que los gigantes barbaros atraidos por los frutos y por el botin recorrian toda la lengua de tierra y se alejaban por entónces. Exigió, pues, á sus esclavos que labrasen la tierra como antaño, reparasen los puentes y calzadas y tornasen á sudar sin tener goce, ni tregua ni descanso.

—Ánimo, dijo Pónos á su protegido cuando este le citó segun costumbre para obedecer á su Señor. Ya has visto lo que ha mer-mado el manto de mi hija. Sigue trabajando como hasta aquí y así prepararás tu redencion.

—Siento decirte, amigo Pónos, replicó el hombre mohino pero con cierto tono de insolente humildad, que hoy no me encuentro con gusto de trabajar y trabajar segun tú dices. Voy viendo claro en toda la maraña de la isla y comprendo que la verdadera cordura consiste en despreciaros á todos.

—¿Qué es esto! exclamó el génio asombrado. ¿Apenas se ha curado tu mujer cuando te encuentro á tí loco? ¿Qué te propones? ¿Qué pretendes?

—Es muy sencillo, contestó el hombre con la mayor indiferencia. Buscar una vida mejor, renunciar á ese trabajo perdurable que me recomiendas desde que vine á la isla.

—Te lo recomiendo porque es tu única salvacion.

—Y lo único tambien que puede descorrer el velo de tu hija para transformarla de esclava en señora y reina.

—No lo niego, pero ¿qué perderiais con eso? Bien viste claramente su poder cuando el templo se desplomó; bien has podido apreciar su bondad y su sabiduría y eso que siguen encantados bajo el velo negro su corazon é inteligencia. ¿Dudas que ella sea la verdad?

—Por lo mismo que lo creo he decidido abandonar el trabajo. Todos repiten las sentencias de tu hija. Fanta las pone en las nubes y hasta Anoya las dice muy lindamente. ¿Quieres que te las recuerde? No hay una que no respire odio y desprecio al trabajo. Ponte primero de acuerdo con Alécia porque mientras no lo esteis tengo que dar mas crédito á tu hija siquiera por lo que tú me has enseñado.

Al oir aquella inesperada salida Pónos le contestó al hombre con voz de profundísimo dolor:

—Grandes y temerosos peligros nos han amenazado antes de ahora, pero todos fueron leves en comparacion del que nos amenaza. Cierto es que mi hija ha dicho que *«antes pasará un camello por el ojo de una aguja que penetrarán los ricos en el reino de los cielos»*; cierto que te ha repetido que *«el último será el primero y que los suyos son los pobres»*; pero Alécia habla el lenguaje de los tiempos porque de otro modo no la entenderian. ¿Qué entendemos hoy por ricos y por pobres? Ricos son Seuda y Dinamion, ricos por el fraude y por la fuerza. Esos son los que no entrarán en el reino de los cielos. Pobre eres tú y pobres los que trabajan: esos serán los primeros. Entiende bien á mi hija y verás que no hace sino repetirme mis consejos en lenguaje mas conciso. Ella y yo procuramos inculcarte la única doctrina para redimirnos, pero en verdad en verdad que eres rebelde en demasia. Trabajo físico ó material primero, trabajo intelectual y casi simultáneo despues, trabajo moral por último; hé aquí los pasos de cada una de esas evoluciones ó ciclos que constituyen las numerosas etapas del progreso. Por los esfuerzos armónicos de tus músculos, de tu inteligencia y de tu corazon irás avanzando poco á poco hácia la mayor suma posible de felicidad en esta tierra. Así has llegado á que mi hija proclame tu igualdad con Dinamion ante las leyes de Teo: así llegarás mañana á ser igual con los Césares ante la ley del mismo Dinamion. Estamos en pleno período de trabajo moral, de esfuerzos del sentimiento y Seuda que comprende á donde vamos, defiende su privilegio de esquilmarnos exagerando la verdad basta convertirla en ruin mentira. No des oidos á sus perversas invenciones.

En medio de plática tan trascendental, un ruido de alarma y de tumulto, un estrépito estruendoso de movimiento y gritería interrumpió al génio protector é indujo al hombre á indagar la causa de aquel estruendo.

Los gigantes bárbaros, mas numerosos que nunca, atacaban el castillo.

Dinamion buscaba su espada, su puñal, su escudo y lanza pero no encontró sino una espada vieja, porque todo lo demas habíalo perdido en la batalla. Entónces llamó al hombre con toda la fuerza de sus pulmones y Ántropos no contestó.

Aprovechando el tumulto, el hombre se había bajado á las catacumbas y se fugaba del castillo.

¡Ántropos! gritaban todos á porfia pero Ántropos no contestaba y Ándros estaba en los campos: ¿Qué hacer en situacion tan crítica y adversa?

IV. El peligro crecia por instantes: Dinamion suplicó á la esclava que se encargara como antaño de las negociaciones con los enemigos, y Alécia, dispuesta siempre á todas las acciones de abnegacion y de sacrificio, salió segunda vez en busca suya.

A la cabeza del puente se encontró con la fuerza principal de los temibles sitiadores.

Cuando los bárbaros contemplaron otra vez aquella aparicion se quedaron como si fuesen de piedra. La luz que circundia á Alécia, á pesar suyo les enamoraba.

—¿A dónde vais? les preguntó la enlutada.

—A tomar ese castillo y á no dejar en su lugar ni la mas pequeña piedra, contestaron ellos.

—¿Sabeis que es obra maravillosa? continuó preguntándoles la esclava.

—Por eso queremos destruirle sin dar cuartel á ninguno de sus moradores, replicaron los jigantes.

—En ese caso, añadió la esclava, tambien venís contra mí y contra mi padre. Es el que sabe hacer los templos, los palacios, los caminos, los vasos y las estatuas.

—Nada de eso necesitamos nosotros, replicaron los bárbaros: ¿Para qué? ¿Para afeminarnos como Dinamion? A nosotros nos bastan nuestros ganados y nuestra bizzarria. Somos libres y nuestro Dios es una pica hincada en medio de una pradera, con árboles en torno por columnas, con las nubes por bóveda y por templo.

—Todo eso está muy bien, insistió Alécia. Ya sé que sois muy fuertes; muy valientes; ¿pero alargais con ello un solo día la vida? ¿Quién os consuela cuando padecéis? ¿Quién os sostiene cuando sois ancianos ó decrepitos? ¿La pica hincada en la pradera? ¡Ah! ¡qué locura! ¡qué locura! No solo de pan vive el hombre y mucho menos de acero, sangre y venganza. Si Dinamion os ofendió vencedle en grandeza de ánimo. Está dispuesto á recibirlos en su alcázar y cumplir lo que pactamos la primera vez.

Entrad enhorabuena en el castillo pero entrad sanos y salvos para ser obsequiados cual vencedores generosos y amigos que saben perdonar.

Como los bárbaros eran sencillos encantóles la sencillez de la verdad y prometieron suspender el fiero asalto si Dinamion les recibia á su mesa y si les permitia tomar en los tesoros del castillo aquello que mas les agradare.

Los sitiados recibieron aquellas proposiciones como una capitulacion salvadora. Dinamion estaba desarmado y Ántropos no parecia.

Era aquel un verdadero conflicto y el gigante hizo venir al hijo para que sustituyera en todo lo posible á su padre. Ándros se dirigió al génio tutelar de su familia. Tomó de acuerdo con él la direccion de todos los trabajos auxiliado por Pir y Báros, y utilizando los pocos animales domésticos que los enemigos no mataran dispuso sobre la marcha un opíparo banquete y los extraordinarios preparativos para recibir en son de triunfo y festejar á los impacientes sitiadores.

No describiremos aquí los usos y las costumbres en la ocasion que vamos refiriendo. En otro libro lo hicimos al detalle para hacer ver de qué manera puede estragarse un gigante con una consejera como Seuda. Lo que haremos será decir rápidamente que los gigantes del norte fueron recibidos y paseados con pompa y con majestad; que pidieron todos oro y un trono y una corona y un manto de púrpura y un cetro; que Seudá aprovechó la coyuntura para embohar á los bárbaros con sus enredos y hechizos; que les regaló é hizo aceptar unos amuletos de inverosímiles virtudes, los cuales amuletos eran unas crucecitas de madera pendientes de un cordón al cuello; que cada uno de dichos talismanes hacian invulnerable al que le llevaba segun aseguraba Seuda; y en fin, que llegados á la sala del festin los sitiadores se quedaron estupefactos ante el lujo y el sibaritismo del sitiado, pero sintiendo al mismo tiempo cierta invencible repugnancia ante aquella manera de comer.

Los toscos habitantes de los bosques no hacian mas que probar manjares y desviarlos con hastío.

—Son unos bárbaros, decia para sus adentros el estragado

Dinamion, al propio tiempo que devoraba cuanto tenia delante. Ahora comprenderán esos imbéciles la distancia que media entre su ignorancia y mi cultura.

—Oyes, le dijo en voz alta uno de los convidados. ¿Comes siempre esta gazofia?

—¡Gazofia? exclamó el gastrónomo.

—Sí, prosiguió el interpelante. Lo único comible en tu castillo es este pan y estas frutas, porque hasta los vinos son vistosos y olorosos, pero no rascan el paladar como la célia que fabricamos nosotros con el trigo ó la cebada.

—Dános á cada uno dos bueyes á medio asar, añadió otro, y quita allá semejantes golosinas.

—Escucha, prosiguió un tercero. ¿Dónde te metes todo lo que tragas? ¿No revientas con tanta mezcla y tanto bódrio?

—Mis buenos y carisimos amigos, contestaba Dinamion encubriendo bajo plácida sonrisa los sustos que le ocasionaban aquellas impertinencias. ¡Cómo se conoce que sois los habitantes inocentes de las selvas! Ya ireis conociendo los misterios de la buena vida; ya aprenderéis á comer cuatro ó cinco veces mas de lo que pueda caber en vuestro cuerpo. Ahora vereis. Os voy á iniciar en uno de los mas útiles secretos, gracias al cual los placeres de la mesa no tienen límite, ni fin. Reparad bien en lo que vais á ver y de hoy en adelante podreis estar comiendo todo el dia.

Concluyendo de pronunciar estas palabras, el depravado sibarita se retiró hácia un extremo de la sala, tendiéndose sobre un escaño y mandó al negro que le urgase é hiciese cosquillas en la traquiarteria (que el vulgo llama gaznate) con las barbas de una pluma de avestruz. Las consecuencias de semejante operacion mejor se pueden calcular que decir pulidamente. Los bárbaros vieron con asombro que su anfitrión, despues de desocupar el estómago, volvía á la mesa con ánimo de repetir.

Quando se persuadieron que aquello no era dolencia, se pusieron en pié y le apostrofaron con menosprecio de esta suerte:

—Tú no eres hombre: eres una bestia, y tratarte como á guerrero seria insigne estolidez. Las palabras que te se dieron no se deben respetar, porque los guerreros respetan á los fuertes, pero nunca á los que de hombres no conservan sino la figura. Habrás

querido envenenarnos y por eso no te atreves á conservar en el cuerpo lo comido. Si fueras lo que antes fuiste, aquí mismo tomaríamos venganza: mas ya que poner en tí la mano fuera mengua, toma y hártate si puedes mientras nosotros usamos del castillo y sus tesoros á nuestro gusto y buen talante.

V. Y así diciendo, cogieron unos este plato, otros aquel y vertieron su contenido sobre el sibarita poniéndole tan lustroso á fuerza de aquellas salsas y de tan variados colores que tendido en su triclinio tomó el aspecto de un mónstruo. Bajo aquella inesperada lluvia de guisos verdes y amarillos, el desventurado estuvo á punto de perecer.

Despues como los bárbaros habian comido poco, pero bebido sin medida, empuñaron sus clavas y con el furor de la embriaguez destruyeron ramilletes y cristales, lo mismo muebles que estatuas. Apoderáronse de cuantas monedas encontraron, cargaron con ánforas, vasos y vajillas; maltrataron á nuestros amigos; persiguieron á los duendes, y durante toda la noche recorrieron el alcázar entregados á la mas feroz y destructora orgía.

Quando se cansaron de destruccion y saqueo se fueron al aposento en donde estaban los regalos que habian exigido á Dinamion é hicieron sendos rebujos con cada manto de púrpura, cetro, corona y sillón. Entónces al rayar el alba salieron á campo raso dando tumbos y trapiés, pero cada cual con su rebujo.

Seuda que todo lo habia observado desde un seguro escondite, batió palmas al contemplar la humillacion de su señor delicioso porque comprendió claramente que todo aquello favorecia su ambicion ofreciéndola camino para vencer á su rival, apoderarse del mando y volver á sujetar la isla á sus leyes inicuas y nefandas.

CAPÍTULO XXIII.

I.—El hombre reniega del trabajo y huye al desierto para entregarse á la penitencia. Anarquía y miseria que su determinación ocasiona.—II.—Alusión á las discordias sobre las imágenes, á Juliano el Apóstata y á los nuevos errores religiosos.—III.—La vanidad de los cenobitas.—IV.—El trabajo aparece aun con el ascetismo mas exagerado. Alusión al extravío de los cristianos en la Tebaida, la Judea, la Siria.—V.—Impiedad y soberbia de los que renuncian al trabajo.—VI.—Los lazos naturales de la familia salvan á la sociedad amenazada.—VII.—El trabajo renace y el hombre labra la tierra con el hábito del fraile.—VIII.—El mundo ha progresado constantemente aunque parezca lo contrario.—IX.—La tendencia de algunos á esquilmar el trabajo ajeno, se manifiesta de nuevo.—X.—Los reyes bárbaros obedecen ciegamente á la superstición.

I.—¡Ántropos! ¡Ántropos! gritaba Dinamion enfurecido, apenas se alejaron sus poco comedidos huéspedes deseoso de pedir al hombre armas con que vengar aquel ultraje.

¡Ántropos! repetían los ecos de las colinas, pero Ántropos no contestaba.

Difficil sino imposible nos seria pintar con alguna exactitud las escenas que siguieron á la desaparicion del hombre. Todo andaba desquiciado y sin concierto á los tres ó cuatro dias. Al quinto, el hambre comenzó á reinar en el imperio y los mas encopetados próceres se ocuparon con desusado interés en averiguar la razon de aquella fuga y el paradero del rebelde.

Íbales mucho en que pareciese pues Ándros no podia satisfacer tantísima necesidad como ya sentian, y Pir y Báros y Ánemos y todos los animales y todos los servidores conquistados permanecian ociosos porque no habia quien les evocara, mandara y dirigiera. Los campos necesitaban mayor cultivo que nunca, ya que los jigantes bárbaros los habian talado con su saña y esquilmando y agotado con su insaciable voracidad. Dinamion estaba en menester de mejores y mas numerosas armas que nunca: Seuda de cruces é incensarios y esculturas. Porque han de saber nuestros

lectores que la tenaz é incorregible consejera tendia siempre á lo mismo variando para engañar á los demás la forma, la materia ó el color de sus amuletos, ídolos y signos. Ahora la daba por las cruces y comprendiendo que así los libros que odiaba cordialmente como las magníficas estátuas alzadas por ella misma á los altares no eran lo mas á propósito para mantener á los esclavos en la supersticion y la ignorancia determinó destruir (como lo hizo) todos los escritos que encontrase á mano y sustituir las obras del cincel y el arte por unas tallas en madera que embadurnó con colores y cubrió de trapos abigarrados y dijes de relumbron.

II. Como era natural y lógico aquel retroceso hácia lo feo (reflejo del error ó la mentira) sublevó el gusto de algunos de los duendes que rompieron y destruyeron todas las nuevas imágenes á medida que Ándros las fabricaba toscamente con los troncos de sus huertas. Entónces Seuda pretendió volver á los falsos dioses y á los sacrificios de otros tiempos pero las estátuas, templos y maravillas del arte habian desaparecido, Ántropos no estaba allí para renovar tanto artístico portento, la primera necesidad de entónces era cultivar la tierra y Alécia conservaba todavía bastante prestigio en el imperio para hacer entender á todos que la verdadera salvacion estaba en las virtudes mágicas del háculo dorado de su padre.

Echáronse todos á buscar al hombre y sin embargo, no lograron dar con él. Hubo momentos en que la creencia general fué que el hombre habia muerto.

Gina era entónces la única que conservaba fé ciega en la vuelta de su marido y contestaba á todos los pronósticos fatídicos.

—Ántropos tiene corazon y es imposible, enteramente imposible que nos abandone.

Entre tanto la soberbia y esplendorosa corte del gigante descendia rapidísimamente hácia la desnudez y el hambre de su primitiva célebre caverna.

III. Por fin el cielo quiso que el trasgo mas ruin, la presumida Alazona, recorriendo los páramos y los desiertos como últimas regiones en las cuales tal vez se pudo refugiar el fugitivo, se sentó á la entrada de una gruta que parecia cubil de carnívoros

lobos. Tenia el espejillo en la siniestra mano y contemplábase en él segun costumbre y á pesar del hambre, con un sin número de dengues. Estando pues el trasgo vanidoso distraido con sus pueriles devaneos, sintió á la espalda ruido como de una culebra entre ramaje y volviéndose de pronto se encontró con Ántropos, ó mas bien con su lívido espectro arrastrándose penosamente sobre las rodillas y las manos.

—¿Eres tú Ántropos? le preguntó Alazona sorprendida.

—Yo soy, contestó el hombre con la voz de un moribundo.

—¿De dónde sales? ¿Cómo te encuentras en tan lamentable estado?

—Aquí me vine huyendo de vosotros, resuelto á olvidarme de todo lo que os enloquece: de oro y de carne, de goces y placeres. Te ví llegar; resuelto estaba á no descubrir mi bien oculto retiro; te ví llegar, y á la vista de tu espejo no fui dueño de un antojo. Quise contemplar los efectos de mi ayuno y penitencia; quise recrearme ante la ruina de este vil y miserable barro, y me acerqué en la confianza de que no te apercibirías.

—Pues, toma, exclamó Alazona. Contempla tu obra. Debes estar ufano y satisfecho.

Ántropos se contempló con fruicion visible, y por primera vez despues de muchos dias brilló en su rostro una sonrisa de satisfacción. ¡Tan cierto es que la vanidad conserva su dominio hasta sobre los mas acuitados corazones! Regocijase con sus lisonjas lo mismo el mendigo cubierto de harapos repugnantes, que el rey pavoneándose en púrpura y corona, porque para aquel es delectacion la lástima que inspira, como para este la envidia y el temor que infunde. ¡Oh, sábia y mil veces sábia naturaleza que das sus goces y compensaciones aun á la infelicidad! ¡Oh, sábia y mil veces sábia naturaleza que así mitigas y endulzas los mas acerbos dolores, los cuidados mas crueles!

—¿Pero qué es esto, Ántropos? tornó á preguntar el duende. ¿En qué piensas? ¿Qué te propones?

—En nada pienso, porque ni para pensar me quedan fuerzas, contestó aquel esqueleto vivo. Nada quiero: nada deseo. Me basta esta cueva por palacio; estos andrajos por túnica y mortaja.

—¡Pobre cuitado! exclamó Alazona. ¿Y no recuerdas con or-

gullo tus antiguas obras? ¿Y ni una sola vez nombraste en estos días á tu amigo y protector, al que te proporcionaba triunfos tan legítimos!

—Por no nombrarle ni he comido, ni bebido. A decir verdad, tal era mi hambre que una ó dos veces he estado por gritar involuntariamente, ¡Pónos! ¡Pónos!

IV.—¿Quién me llama? dijo el del manto azul apareciendo. ¡Cielos! ¿qué veo? ¿Eres tú Ántropos? ¿Aquel Ántropos tan fuerte, tan bravo, tan mañoso? En tan corto tiempo ¿cómo pudiste caer tanto y tan hondo?

—Por distraccion te llamé, contestó el anacoreta sin poder abandonar la postura que tenia. Habia jurado no volver á pronunciar tu nombre. Pero aunque te haya nombrado, no te imagines que volveré á tu obediencia. Desde luego te anticipo que cuanto digas será inútil. Me habeis hecho conocer los peligros que amenazan al que piensa en el cuerpo, en la carne, en la materia, y quiero ser todo espíritu. Quiero depurar, aquilatar mi alma, porque sospecho que solo así he de tocar la suprema bienaventuranza.

—Buen modo de conseguirla, ¡desdichado! exclamó sin poderse contener el génio. Solo así te puedes transformar en bruto. Sal á la luz, refocílate al calor del sol, toma siquiera algunas yerbas y escucha mi voz amiga y paternal antes de acabar de suicidarte. Alazona, al oír que Pónos se preparaba á hablar, salió presurosa para comunicar el hallazgo á sus Señores, y Ántropos trabajosamente se apartó del lóbrego agujero, sentóse sobre una peña al sol, y arrancó maquinalmente dos ó tres briznas de plantas que apenas si pudo masticar. Pónos entre tanto le examinaba con el mayor interés. Vióle sucio, desgredado, flaco, macilento; los miembros cubiertos de miseria, los ojos hundidos, la mirada mortecina, el aspecto estúpido, el aliento penoso. Las costillas se le contaban; sus manos y mejillas se clareaban y traslucian.

Repuesto el anacoreta de la agitacion que le causara el pequeño esfuerzo de salir y sentarse al aire libre, el génio, tomando asiento á su lado y acariciándole una mano entre las suyas, comenzó á interrogarle de esta guisa:

—Vamos á ver amigo de mi alma. ¿Qué te has propuesto con

un proceder tan loco? ¿Será (si nó me engaño) conseguir tu bienestar?

—Antropos hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Pues bien, ¿te encuentras mejor de salud?

—El anacoreta movió lentamente la cabeza á un lado y otro.

—¿Y de espíritu? ¿Piensas mas ó mejor?

—No, porque no pienso, contestó el estenuado. Suele la memoria luchar con cien recuerdos, el corazón con afectos que procuro dominar, la voluntad con mis antiguas pasiones, pero si en riguroso ayuno me resigno, gozo de un dulce y voluptuoso arrobamiento en el cual no distingo sino sombras y visiones; arrobamiento que en mi entender es la suma perfeccion. Entonces oro, porque sé que estoy en una isla maldita y que todos aquí son perversos, y que lo mejor es la mortificacion y la penitencia. Oro, si, aunque sin saber lo que me digo, porque ya no tengo en la cabeza aquella fuerza, aquella energía, aquella claridad de entónces.

Y el penitente lanzó un suspiro á pesar suyo.

—¿Y á eso llamas orar? exclamó Pónos con tristeza. ¡Y tienes por suma perfeccion destruir la mejor obra de Teo, del encantador siempre paternal, entregándote á ese suicidio lento, criminal, estúpido? ¿Quiéres enmendar su obra destruyéndola? ¡Vaya un modo de perfeccionar! Las insidiosas exageraciones de Seuda, las entusiastas de Fanta, están á punto de producir sus tristes frutos pero afortunadamente todos padecen á la par y todos tienen interés en volverte al buen camino. Luchas en balde insensato contra las leyes de la isla, que por cierto no es morada maldita según dices, sino un verdadero paraíso terrenal. No es calabozo ó infierno preparado por algun mónstruo de crueldad y de injusticia, sino residencia hermosa, poética, provista de todos los bienes para el cuerpo y para el espíritu si bien es necesario comprarlos con la moneda del trabajo. Cierto es que tú trabajas y otros gozan, cierto que los males, hijos de tan atroz injusticia, parecen hoy horribles é incurables, pero ten fé en los prodigios que hasta aquí ha logrado esta varita dorada y dia llegará en que alcances esa perfeccion de espíritu á que quieres llegar embruteciéndote. Examínalo despacio y comprenderás que aun esa

sombra de perfeccion moral que te alucina, es en esencia un feo y repugnante vicio, porque te entregas al loco orgullo de Seuda y como ella gozas con la fruicion pecaminosa de aspirar á semidios saboreando *la voluptuosidad de la pereza*. Si crees que por retirarte á esta tebaida, por enflaquecer tu cuerpo con ayunos, lacerar tus carnes con cilicios y hablar frases no sentidas, vas á encontrar la felicidad en recompensa, estás en un grandísimo error, porque pecado, y muy gran pecado será siempre destruir lo que no es tuyo, aunque lo llares *tu salud* y porque *trabajar es orar*, y no hay oracion fructuosa sin trabajo.

VI. Mucho mas habria dicho el buen génio si allá en el horizonte de la tendida y árida llanura no hubiese aparecido como nube la colosal figura del gigante Dinamion llevando á su consejera sobre el hombro. En pos corrian todos los habitantes de la isla, alborotados con las noticias que les llevó Alazona, y jadeando por contemplar al cenobita.

—¡Miserable! exclamó Dinamion fuera de sí cuando llegó. Sígueme á un calabozo del castillo.

—En vano me amenazas, contestó con acento moribundo Ántropos. Ni tus vituperios ni tus iras me harán mover brazo, ni pierna. Nada temo, nada me intimida.

—¡Ira de gigante! gritó desatentado el guerrero. Reniego de mis contemplaciones. O vuelves sin rechistar á tu trabajo, ó juro por mi barba roja.

—No vuelvo. Lo desprecio todo, murmuró aquella sombra de Ántropos.

Dinamion, exasperado, dijo un juramento atroz y levantó la espada para esterminar al cenobita, el cual se arrodilló con mansedumbre pronto á recibir el golpe.

El acero descendió silbando por el aire.

En la mitad de su descenso rápido se escuchó la voz de Gina á lo lejos. Alzaba en alto la joya de Dinamion, y cantaba en tono triste.

El brazo del gigante quedó inmoble repentinamente.

La mujer siguió cantando.

Con las cadencias melancólicas que repetian plañideros los ecos de aquellas soledades, iban mezclados recuerdos sentidos del

amor pasado, temores angustiosos del presente, la alegría de dulces esperanzas y el luto de un porvenir preñado de desventuras. Había en aquellas notas melodiosas una tristeza que llegaba al corazón; había en aquellos conceptos un sentimiento que fascinaba la inteligencia. Aquel canto era una sucesión de suspiros amorosos, de ayes del alma de una madre esposa, envueltos en los melancólicos acordes de una música celeste.

Desde la primera estrofa el penitente pertinaz se había llevado entrambas manos al costado izquierdo, cual si temiera que el corazón estallase. Desde las primeras notas comenzó á descender pausadamente el acero del gigante cuya mejilla se volvió también en dirección á donde sonaba el canto. Las facciones del guerrero fueron cubriéndose con una sonrisa de delectación indefinible. El arrodillado anacoreta también levantó los ojos á los cielos inundados en dulces abundosas lágrimas.

Al sepultarse la última palabra de la cantora en el infinito del silencio, Pónos señaló hácia el lugar de donde vino la plegaria y exclamó:

—Allí está la felicidad, porque allí está el deber y la familia.

—¡Pónos! contestó el anacoreta haciendo un esfuerzo por ponerse en pié: hasta la muerte soy tuyo y ni aun así he de pagar el amor de esa infeliz.

—Sea, prorumpió Dinamion colgándose al costado el noble acero y limpiándose una lágrima con el revés de la mano.

—¡Oh rabia! rugió por lo bajo Seuda retorciéndose las garras. Siempre esa maldecida criatura. ¡Oh! mi venganza será tremenda: mi furor ha de rivalizar con el poder de tus encantos.

Hubo que ver en seguida la manera de trasladar al casi moribundo esclavo y por disposición de Pónos, Ándros salió corriendo en busca de un borriquito.

Seuda entre tanto, para no olvidar sus malas mañas, cubrió con caridad hipócrita las carnes del anacoreta con un ropon casi talar, ceñido con una cuerda de nudos y terminado en capucha.

Durante la convalecencia de Ántropos la isla de Gé padeció tales hambres y privaciones y presencié tantos desmanes, que los mas cuerdos llegaron á dudar con fundamento si seria una morada maldita ó mas bien un cruel y desapiadado infierno.

Seuda, como era de suponer no desaprovechó la ocasión para estender sus errores y apoderarse de la dirección suprema y esclusiva de aquellos pobres y atribulados espíritus.

VII. Afortunadamente para todos, Ántropos recobró pronto la salud, y como la necesidad mas apremiante era hacer que los campos produjesen alimento, él con toda su familia tuvieron que trabajar casi como en los primeros tiempos porque la tierra se encontraba erial y la maleza y las ortigas crecian por todas partes. Dividiéronse entre los tres la tarea. Ándros cuidó del ganado; Ántropos cavó y aró con su ropaje de monje; el rostro de Gina se curtió, sus manos se encallecieron y sus cantares cesaron.

VIII. Aquello fué en el orden material é intelectual un lamentable retroceso, y ningun otro periodo de nuestra verídica historia podría hacer creer con mas razon al miope de entendimiento que el progreso de Ántropos y su familia no habia sido constante y continuado. Las verdades proclamadas por Alécia, cuyo recuerdo era ya imperecedero, compensaban sin embargo aquel atraso porque arraigaban el gérmen del trabajo moral y robustecian definitivamente aquella indispensable armonía entre las tres clases de esfuerzos que tanto recomendaba Pónos.

Lo cierto es que á pesar de algunos otros errores y extravíos, desde este punto negro en apariencia podemos decir que arranca la marcha ascendente de nuestros amigos hácia su codiciada redención.

Continuemos la brevísima narracion de los sucesos.

IX. Mientras los pobres esclavos sudaban como las bestias de carga para restituir á la tierra su fertilidad perdida, sus soberbios opresores comenzaron á discurrir de nuevo sobre los sucesos pasados, presentes y futuros. Muy fácil le fué á la bruja demostrar á su señor los peligros que encerraban las novedades habidas. El velo negro de Alécia habia mermado decididamente sin que todos los sortilegios y ardidés fuesen bastantes á impedirlo. Era evidente que un dia mas ó menos próximo su luz encantaria á la isla y deslumbraria á todos sus habitantes. Entónces no habria mas remedio que trabajar segun sus fuerzas si se queria vivir y gozar. Semejante perspectiva no era, no podia ser, del gusto de aquellos personajes.

Además, era imposible negar que desde la aparición de Alcía se habían desencadenado sobre Gé todas las plagas del cielo. Este hecho al parecer decisivo hacia cavilar á Dinamion; cuando una circunstancia imprevista destruyó los últimos restos de su resistencia y le decidió á seguir en todo los taimados consejos de la bruja.

Todavía porfiaba Seuda para persuadir á su señor diciéndole que la mujer era el mas astuto y peligroso de los animales; todavía le estaba repitiendo que era necesario reducirla á la condicion de una cosa, de un cuerpo sin espíritu, cuando el enano bigotudo penetró en el aposento jadeando como de costumbre. Mientras hizo á sus Señores una docena de reverentes cortesías, y bajó la cabezota hasta tocar con el bigote en el suelo, fuéronse sosegando sus pulmones, y luego que un gesto de impaciencia del gigante le concedió la vénia para hablar, lo hizo con voz campanuda en estos ó parecidos términos:

X.— ¡Albricias, Señor incontrastable! ¡Albricias, ilustre y sábia consejera! Ya no hay enemigos. El grande, el colosal Dinamion torna á ser rey de la tierra: la fama de la astuta, de la previsora Seuda, será de hoy mas en toda su redondez, gloriosa, fenomenal, prepotente. Lo que ha sucedido no tiene ejemplo; aquellos bárbaros célebres, aquellos gigantes truculentos, ya ni son bárbaros, ni cosa alguna. Se han trasformado en maniquies. ¡Escucha y pásmate!

Con mal seguro y vacilante paso, salieron como sabeis de aquí los invasores, y con sus trancos de costumbre se pusieron muy en breve lejos. Desparramáronse por la isla á la ventura. Unos se dirigieron á las montañas agrestes y á los bosques umbrósos, recordando sin duda los muy queridos de su pátria; otros prefirieron acampar en las llanuras, porque siempre en las llanuras y entre yerba vagaron con sus ganados; estos, seducidos por la benignidad del cielo y los azucarados frutos, se pararon junto al naranjo y el olivo; aquellos, por tener vislumbres de agricultores, establecieron sus reales en vegas de doradas mieses. Empero todos y cada uno descansaron su pesada carga, todos deshicieron sus rebujos, colocaron los sillones en las mayores alturas, vistieron la púrpura, tocáronse con la corona, colgáronse la cruz, empuñaron

los cetros de oro macizo, y se dejaron caer sobre sus tronos de oro y de marfil. Mas ¡oh nunca imaginado prodigio! Apenas trocaron las pieles que les cubrían por la púrpura, apenas sustituyó á la clava el cetro, cuando todos se adormecieron sin duda alguna de cansancio. Desde entónces no se mueven sin preguntar: ¿qué dice Seuda? ¿qué quiere Seuda? y como si no tuviesen la facultad de moverse, permanecen graves y ceñudos bajo los sólios de grana, capaces de meter pavor y miedo al que no sepa su trasformacion. Descuellan por su tamaño acá y allá; nada mas, pero ni chistan, ni pestañean, y están como si esperasen tu permiso hasta para ponerse de pié.

—Sea enhorabuena, dijo Seuda, interrumpiendo al enano de puro gozo. Mis cálculos fueron exactísimos. Reconozco la virtud de mis amuletos, de mis crucecitas. Subamos á lo mas alto para recrearnos.

Dinamion siguió á la bruja lleno de curiosidad. Desde las mas altas almenas se veían tres de los noveles reyes, inmóviles como dijera el mensajero. Seuda tendió hácia el mas proximo la gárra.

—Levántate, gritó. Y cual autómata cuyo resorte se oprime, ó figura de movimiento impulsada por un hilo oculto, á pesar de la distancia (que era grande), el rey se puso de pié con su corona.

—Arrodíllate; gritó de nuevo la bruja, y el bárbaro se arrodilló.

—Pega, tornó á gritar la de las cien caretas, y el cetro de oro descendió tan ciegamente, que con su golpe deshizo los mejores sostenes de su trono.

—Lo mismo obedecerán todos y cada uno de ellos, prosiguió la bruja volviéndose hácia su Señor. Desde mi alcázar, los moveré al compás de mis antojos. ¿Qué te parece mi poder? ¿Dudas todavía?

—¡Admirable! ¡admirable! exclamó Dinamion. Nuestro antiguo pacto queda de nuevo consagrado: tú á gobernar y disponer; yo á esquilmar la tierra con los mares en beneficio de los dos. Toda la fuerza, toda la autoridad se vuelve á refundir en tí y en mí. Cuida de que Alécia no intente turbar mis dichas. Pidamos poco nuevo al siervo para que el velo no se acorte. A oprimir y dominar. Venga mi lanza. Dinamion es otra vez Dinamion.

CAPÍTULO XXIV.

I.—Libre la iglesia, aspira al poder. La fuerza se fija en el centro de Europa.—II.—Renacimiento transitorio hasta Carlomagno. El esclavo se convierte definitivamente en siervo.—El poder de la iglesia crece.—III.—Preocupaciones contra la mujer hasta en los padres de la iglesia.—IV.—Nace la intolerancia con la seguridad.—V.—La imaginación aconsejada por el error, inspira á Mahoma el dogma del islamismo. Pretendidas revelaciones islamitas.—VI.—Versículo del Korán en que se revela su espíritu.—VII.—Progresos rápidos de los musulmanes á favor de los cuales los califatos llegan á ser el foco del trabajo.—VIII.—Pavor, miseria y desórden milenarios, verdadero eclipse del trabajo y preocupacion inventada sobre el tema de un versículo del Apocalipsis de San Juan.

I. Restablecidas, unas tácita y otras esplicitamente, las sencillas condiciones del antiguo pacto entre Dinamion y Seuda, comenzó esta á disponer y ordenar con mayor desenfado y mas astucia que nunca.

—Los tiempos han cambiado, se decia. Hay que amoldarse á los tiempos.

El gigante por su parte, libre ya de las acometidas bárbaras que todo lo trastornaban, renegó de la molicie y quiso volver á ser el inculto guerrero de otros tiempos. Tanto rubor sentia al contemplar las colinas, teatro de su gloria y su vergüenza que determinó alejarse en busca de otra comarca que no le recordara sin cesar lo que olvidar queria para siempre. Dejó á su consejera en el castillo; puso á la hija de Pónos bajo su custodia; ordenó al hijo del esclavo que se quedara para labrar los campos, y se alejó en busca de nuevas aventuras en compañía de Ántropos con sus criados y de Gina.

Despues de recorrer las tierras al norte y á poniente, eligió nuestro guerrero una region estensa, llana, feraz, con selvas y caudalosos rios por un lado, las aguas de los mares por el otro, quebradas cubiertas de racimos y otros frutos hácia mediodia. Allí varió de sistema y despues de haber pensado en concentrar

su poder sobre un solo punto, se decidió por todo lo contrario y obligó al hombre á cubrir los cerros y las alturas con un sin número de castillos coronados mas que nunca con matacanes y almenas.

II. Con esto tornó á funcionar activamente la vara mágica de Pónos, y Ántropos fué poco á poco recordando su pericia para volver á ejecutar maravillas de otro género.

Entonces fué cuando Dinamion, durante las fastidiosas horas de la noche, se acordó de aquellos maravillosos libros sobre los cuales le bastaba fijar los ojos antaño para escuchar cantos sublimes y deliciosas leyendas. Recordarán nuestros lectores que Ántropos reclamaba un eslabon de su cadena por cada libro que le pedia su amo. Pretendia Pónos que sin aquel eslabon no podia fabricar el indispensable estilo. Este hecho esplica cómo y por qué en el periodo que narramos les quedase á los siervos uno ó dos eslabones nada mas colgantes de su cinturon de hierro. Porque en los dias mas prósperos, allá en la península del arte y en las célebres colinas, los opresores no median la longitud de la cadena del esclavo cuando sentian la necesidad ficticia ó real de recrearse con un libro: le pedian con su habitual vehemencia y así fueron arrancando con sus propias manos eslabones, en alivio notable de sus víctimas.

Ahora se agregaban circunstancias especiales para hacer que Dinamion desprendiera de buen grado los restos de la cadena. Sentíase reconocido hácia el hombre á quien llamaba siervo en lugar de esclavo; no podia olvidar aunque queria las palabras de dulzura y caridad de Alécia; Seuda estaba lejos y no alcanzaba á destruir los movimientos generosos de su corazón y finalmente sentia la necesidad punzante y habia que satisfacerla.

El hombre volvió á ocuparse de libros y se quedó únicamente con el cinturon de hierro.

Por lo demas la historia de Dinamion fué entonces como siempre monotoná. Lucha á la derecha; combates á la izquierda; talas hácia el norte; devastacion al mediodía. Hoy asomaba un gigante salvaje, cruel, impío y Dinamion le buscaba y Dinamion le vencía; mañana vomitaba el mar tripulaciones sanguinarias y Dinamion pedia naves y tornaba á convertirse en marinero.

Empero, mientras el guerrero obligaba á los suyos á trabajar y progresar si bien muy lentamente y poco á poco, la bruja libre y autónoma (si bien respetando todavía á su Señor y obedeciendo sus mandatos), arreglaba las cosas á su gusto. Sacó sus antiguas y espléndidas vestiduras y echándoselas encima procuró ocultar el manto de las cien caretas; hizo desaparecer á Alécia sin que nadie supiera dónde la había metido; restauró el traje de Anoya dándole una tea para que en ocasiones la encendiera por debajo de la negra capa, simulando así la luz clarísima de la encantada prisionera; mezcló los ritos y ceremonias antiguas con las prácticas exigidas por los tiempos, y organizó una maraña deliciosa de verdades sencillas con imposturas blasfemas, de aspiraciones sublimes con hechizos materialistas, y todo ello con la tendencia marcada de esquilmar sin trabajar porque si bien algunas veces tuvo que obedecer á Alécia para salir de un peligro, en todo tiempo hizo alarde de una codicia sin igual y verdaderamente simoniaca.

Hasta llegó á llamar suyos los campos, huertas y bosques que circuián á las colinas en torno.

III. En medio de tantas satisfacciones el recuerdo y las noticias de Gina la exasperaban muy de veras. Enviaba á Dinamion todos los días un trasgo para inspirarle aquel ódio á la mujer que la devoraba á ella.

Decía y proclamaba que era el verdadero demonio, que dejaría de ser astuta y fementida cuando se criasen cuervos blancos, que debería tratársela como animal y no como persona porque carecía de alma, con otra multitud de necedades de este jaez cuya falsedad los hechos cotidianos demostraban.

El auxiliar más activo de la bruja fué como de costumbre Fanta. Ella inventó los cuentos fascinadores que Anoya predicaba de una manera grotesca; ella arregló paraísos, los pobló de categorías y ángeles, les inundó de luz y música; ella (por una de sus viradas) creó en contraposición infernos. De los horrores sacrilegos, de la sevicia blasfema con que fabricó aquellos lugares de eterna condenación, salieron diablos y demonios que fueron la causa de todo lo que no se sabía ó no se quería explicar.

IV. Gracias á tan activos auxiliares, logró la bruja en parte

su propósito y entre las muchas concesiones que le arrancó á su Señor, fué la principal de todas que se pusiera á cada uno de los siervos por collar, una mordaza para acallar las graves murmuraciones provocadas por su cínica avaricia. Cuando querían quejarse ó decir lo que sentían, el collar cambiaba de posición con un gesto y las lenguas no podían ni moverse.

No obstante, Dinamion se negó á poner mordaza á la mujer. Siguió por el contrario dando oídos á sus cantos y esto provocó la mas trascendental determinacion que imaginarse pudiera. Seuda se decidió á suscitar al gigante un rival valiente y animoso que le impusiera por fuerza lo que él se negaba á ejecutar de buen grado.

Digamos en dos palabras cómo lo verificó:

V. Una mañana llamó á Fanta y la dijo con zalamería:

—Has de saber, amiga de mi corazon, que en las comarcas orientales por donde vagabas con nosotros en nuestros buenos y felices años, hay un gigante buen mozo que delira por leyendas. Es sensual, es entusiasta y si le contaras una de las tuyas, se habia de convertir en héroe.

—No digas mas, exclamó la loca de la casa. Salgo en busca de ese amigo y por quien soy que ha de admirarme y adorarme.

—Escucha, gritó la vieja. Háblale de esa imbécil Gina, de la necia que presume ser tu rival en el arte de contar leyendas. Dile todo lo que tenemos por aquí é incítale á luchar con Dinamion en defensa de nuestra autoridad y nuestro imperio. Dile.....

Seuda se tuvo que callar porque Fanta habia tomado tal vuelo que ya no oía palabra.

Llegó al valle de las inundaciones, cruzó el mar, visitó las antiguas fortalezas y las viviendas antiguas y ya se disponia á regresar perdida toda esperanza cuando encontró lo que queria donde menos lo esperaba.

Era un dia de calor ardiente y bochornoso y Fanta volaba por encima de una region meridional mística, seca y sin verdura. De trecho en trecho descollaban bosquecillos de palmeras, oasis deliciosos de vegetacion lozana que parecian islas de esmeraldas en un mar de aridez sin horizonte. En uno de estos oasis vió el hada á un gigante sentado sobre la yerba y á la sombra. Tenia

las piernas cruzadas, acababa de dormir y aunque despierto soñaba todavía. De barba negra y aspecto majestuoso, parecía una estatua por lo inmóvil.

Fanta agitó de puro gozo sus hermosas alas, cayó sobre el hombro del contemplativo y le empezó á contar esta conseja con su vocecita suave, suave, suave.

—¡Cuán dulcísima es la vida en medio de esta verdural ¡Qué deleitoso bienestar se siente á la sombra de la gentil palmera! ¡Cuán gratamente se respira bañándose en este ambiente tibio y aspirando fragancias y perfumes!—Así debe ser la suprema felicidad: los sentidos gozando sin que el cuerpo tenga que hacer el esfuerzo mas mínimo: la mente soñolienta vagando en voluptuosidad por un regalado edén.—¡Lástima que un gigante como tú haya de moverse para beber la leche de sus camellas y comer la miel de los panales!—¿Por qué no habian de correr por este frondoso bosque fuentes de leche y de miel como corren de agua clara?—¡Oh dulce, dulcísima miel! ¡Oh sabrosa, sabrosa leche!—Confieso, que son dos cosas que me gustan.—Sé donde las hay tan abundantes, que nunca, nunca se acaban.—¿Quieres venir conmigo y las verás manar á borbotones?—Es un verdadero paraíso, ¡maravilloso! ¡maravilloso! —¿Quieres? Pues cierra los ojos para no desvanecerte; escucha, confía y cree.—Así, así, ya verás, ya verás.—Aquí tienes una yegua mas blanca que la nieve, veloz como el rayo de las nubes con setenta y dos pares de potentes alas. En ella van los gigantes elegidos hácia las regiones de sempiterna luz. Oprime sin temor su fuerte lomo, pronto estaremos de regreso.—Hemos de hacer nuestro viaje en menos tiempo que el necesario para ordeñar tu camella.—Ya subimos, ya subimos. Mira: estamos en el primer cielo, todo de plata, y de aquí penden las estrellas colgadas con cadenas de oro, y á su entrada vigila y hace centinela el inmenso gallo blanco, cuya estatura es tan grande, que á tu paso ordinario, allá en la isla de Gé, tendrías que caminar quinientos años para llegar desde los espolones á la cresta: abre los ojos cuanto puedas y contempla tanta maravilla, porque ya llegamos al segundo cielo que está forjado de hierro. Por él pasamos como saeta veloz, y atravesamos el tercero todo de piedras preciosas, y el cuarto que es de esmeralda, y el quinto

que es de oro puro, y el sexto mas admirable que los anteriores, y el sétimo de luz celestial y limpia. Este es morada del supremo encantador, autor de tantas maravillas, y para cantar sus glorias; advierte hácia la derecha el portento de esa especie de ángel. Sus cabezas son setenta mil, y en cada una tiene setenta mil bocas, y en cada boca setenta mil lenguas, y todo esto para decir «Dios es Dios y el creyente su profeta.»—¡No lo entiendo, no lo entiendo!—¿A qué tanta algarabía para decir lo que una lengua sola dice mejor y mas claro?—Misterios, siempre misterios.—Pero en fin, ya hemos llegado á la entrada del pensil y nos falta lo mas árduo, lo mas comprometido.—Supongo, que eres buen ginete,—porque aquel que no sea buen ginete no entra en este paraíso.—¿Ves ese cabello cien veces mas delgado que los míos? ¿Le ves tendido sobre un abismo profundo y espantable, como tiende la araña su hebra primera sobre la boca de un pozo? Pues sobre él has de pasar si fueres bueno, ó desde su altura hablarás de caer si fueres malo.—Advierte que la yegua recoge y pliega sus alas, porque no vale volar, y sus cuatro poderosos cascós han de herir el cabello sin perder el equilibrio.—¡Firmeza y valor! amigo.—¡Qué altura! ¡qué inmensidad! ¡Qué abismos á nuestros piés!—Firme, firme, ya estamos del otro lado.—Mira las fuentes de miel; ahí tienes ríos de leche y otras cosas mas sabrosas que te reservan esas ninfas siempre encarñadas, siempre virginales.—Escucha cómo repiten tu nombre y te llaman dulcemente, diciéndote entre suspiros.... Pero ahora que me acuerdo; ¿cómo te llamas?

El gigante, vuelto en sí de su embeleso al escuchar la repentina pregunta, hizo un movimiento brusco que obligó á Fanta á precipitarse del hombro y cernerse sobre sus alas cual mariposa que abandona el tallo del clavel sacudido por el viento. Al ver aquella aparicion tornasolada, el gigante contestó maquinalmente.

—MOSLEMA. Porque yo soy el creyente y desde hoy el invencible. ¿Y tú? ¿cómo te llamas? ¿quién eres?

—Yo soy.... lo que te se antoje. Hoy tu ángel, mañana veremos. Vengo á revelarte maravillas; quiero hacerte feliz, rico, poderoso, Señor de imperios y de mundos.

—Pues habla, dijo Moslema. Desde hoy te proclamaré ángel

mio. El que no crea que tengo tambien mi ángel, perecerá. Habla y te juro por mi barba negra que tus sentencias serán leyes.

Entónces Fanta le contó bonitamente todo lo bueno y lo malo que habia en el imperio de Dinamion. Hablóle de la mujer con rencor y con desprecio; ponderó la sabiduría de su consejera pero sobre todo le dijo tales cosas de Ántropos y de su génio tutelar que Moslema determinó salir de su apatía y añadir a sus camellos y rebaños las riquezas producidas por el hombre.

Para cumplir este propósito el gigante del desierto convirtió un tronco de palmera en clava y sembró la destruccion y el espanto desde el primer castillo de Dinamion y su caverna hasta los templos colosales del valle de las inundaciones.

Las noticias de un ataque tan feroz, tan imprevisto preocuparon tanto á Dinamion como alborozaron á Seuda quien disfrazó á su criada Anoya con una gilaba blanca y un descomunal turbante y la envió con muchos y riquísimos presentes de embajadora cerca de Moslema. Entre los ricos presentes eran los más dignos de memoria un castan verde y un sable corvo y afilado. Además, le mandaba ricas telas y un rosario en cuyo inmenso medallón se leía el siguiente intencionado versículo:

VI. «La llave del paraíso es la espada: una gota de sangre
»derramada por tan santa causa; una noche sobre las armas y al
»raso, tienen mas mérito que dos meses de ayuno y oraciones.
»Los pecados del que muere en el combate le son perdonados y
»sus heridas exhalan perfumes de ambar y de almizcle.»

VII. Moslema se hizo repetir la lección hasta aprenderla de coro y sus actos correspondieron durante muchos, muchos dias al sanguinario fanatismo que todas y cada una de sus palabras revelaban. Una de las proezas mas famosas de este género fué la destruccion de una inmensa cantidad de libros con que topó en una de sus correrías y que formaban una parte de los penosos afanes que habian ido libertando al hombre de muchos de los eslabones de su pesada cadena.—El gigante del Oriente fijó la vista en los libros y se quedó maravillado al oír tanta máxima y cantos tales y tan dulces. Vaciló en medio de su furia y consultó el caso con Seuda.

—¿Qué te propones vacilando? le contestó la implacable

enemiga de Ántropos y su mujer.—*Si esas palabras están de acuerdo con lo que tú crees y quieres, serán inútiles: si son contrarias debes destruirlas para evitar todo daño. Luego, de todos modos conviene quemar ese cúmulo de libros.*

Así lo hizo y gracias al terror de este sistema sus progresos fueron rápidos. Amenazó seriamente la existencia del imperio, porque se corrió por la costa hácia levante y poniente é hizo suyo el inmenso territorio que destruyendo recorrió. Por la parte de mediodía se atrevió á llegar hasta luchar con Dinamion en su mismísima casa. Rechazado, pero no vencido, tendió un lazo al pobre siervo y le hizo su prisionero.

Bien pronto comenzó á ver Dinamion que la sola posesion de Ántropos, valia mas que su heroismo. A poco tiempo de poseerle Moslema, tuvo armas, y castillos, y riquezas, pero sobre todo libros, muchísimos mas libros que él. Pues apenas se hizo cargo el oriental de sus maravillas y escelencias, cuando se arrepintió de haberles destruido en su ignorancia, desoyó las escitaciones vandálicas de Seuda, empezó á recoger y conservar todos los que Dinamion habia tirado en sus estravíos y á favor de lo que en ellos aprendió, fué adquiriendo aquel saber y esperiencia que deberia haber constituido la superioridad incontestable de quien poseyó por tanto tiempo al hombre.

Nuestro gigante por el contrario, hacia gala de su ignorancia. Disponia, es cierto, de Ándros, pero el hijo no era aun tan hábil como su padre.

Por todas estas razones hubo un tiempo en que Moslema fué superior á Dinamion á consecuencia sin duda de que Pónos visitaba mas á Ántropos que á Ándros.

A las ventajas que hemos apuntado y nada mas, vino á unirse un incidente tan ominoso como memorable. Un nuevo ardid increíble de la bruja puso á la isla de Gé al mismo borde del abismo.

VIII. ¿Qué creerán nuestros lectores que inventó la muy taimada en los momentos que Moslema creciendo pasmosamente amenazaba á la isla? Dificil es que lo adivinen si por ventura no lo saben. En el inmenso arsenal de sus innumerables profecías las hubo siempre de todos los colores y para todos los gustos.

Y por si acaso llegaba la ocasion de no encontrar un testo de autoridad cual ella necesitase habia tenido buen cuidado de dictar todas sus máximas en estilo laberíntico para darlas lo que ella llamó con gran misterio «su exejesis» ó interpretacion sagrada.

Despues que habia hecho decir á las palabras metafóricas lo que jamás quisieron decir, nadie podia replicar y al que rechistaba—una mordaza.

En aquella coleccion incoherente de palabras hilbanadas habia una especie de versículo que corria así:

Y prendió al dragon, y le ató por mil dias, y lo metió en el abismo, y lo encerró, y puso sello sobre él hasta que sean cumplidos los mil dias, y despues de esto conviene que sea desatado por un poco de tiempo.

Interpretando, pues, la astuta vieja las palabras de esta especie de acertijo segun la índole de su perverso ingenio y á su torcida manera, dijo é hizo repetir por Anoya y sus secuaces en infinita variedad de tonos, que aquello significaba el fin del mundo para dentro de cien dias. Al principio Dinamion, los siervos y aun los mismos duendes, se burlaron de la terrible amenaza, pero vieron los altares y los templos colgados de paños negros de orden de la bruja (entónces casi omnipotente); oyeron la profecía dia y noche, y tales cosas escucharon en demostracion del cataclismo, que al fin, como simples é ignorantes, cayeron en el lazo, y lo que es mas, en un inesplicable terror y abatimiento. Olvidáronse de sus planes y ambiciones, despreciaron bienes, medros y esperanzas; y no se cuidaron de otra cosa mas que de prepararse para la general y tremebunda ruína.

Esto, ni mas ni menos era lo que deseaba Seuda. Su ingenio perspicaz sabia sacar provecho donde los demás no encontraban sino calamidades, y para no desperdiciar tan propicia coyuntura, propaló al mismo tiempo que la profecía otra especie para dar á entender que tal vez se salvaran del duro trance final aquellos habitantes que mas dieran.

Semejante ardid le bastó en el estado de los ánimos para apoderarse de los bienes de siervos, duendes y gigante. En vano Pónos quiso demostrar lo absurdo de tan mal urdido enredo; en vano le decia á su protegido con la profunda y sincera conviccion

de su alma: «el gran encantador Teo, es tres veces sábio, tres veces justo, tres veces poderoso; sus obras ni son efímeras ni imperfectas; deja obrar las causas que creara en un principio, con regularidad y con constancia, porque nada hizo entónces sin objeto. Suponer otra cosa es negarle la prevision, la omnipotencia, la sabiduría; por eso nunca echará mano de golpes de grande efecto para destruir lo que él puede y sabe naturalmente enmendar. No téméis, pues, esos cataclismos que salen fuera de un órden concertado y sábio, y acusarian veleidad ó imprevision. Además, un instante suyo es la vida de uno de vosotros, y el golpe mas veloz de su diestra omnipotente, pero siempre generosa, tarda lo que vive una generacion.»

El viento se llevó estas y otras muchísimas razones: Ándros ofreció sus frutos, los duendes colocaron sus mejores dijes sobre las enlutadas aras, y Dinamion llevó al templo como ofrenda votiva y propiciatoria el acero que poco antes quería bañar valiente en la sangre del enemigo de Gina.

En vista de locura tan insigne, Pónos al fin y al cabo se eclipsó. Nadie le llamaba en el imperio y él se guardaba de comparecer.

Durante los últimos dias del fatal plazo anunciado cuando la catástrofe debía ser inminente segun la cuenta de la bruja, hubo las escenas mas desconsoladoras en aquella parte de la isla sometida á Dinamion. Por doquier reinaba el desaliento y la desidia; por doquier se oían gemidos y lamentaciones; por doquier se atropellaban leyes y respetos; por doquier se cometían crímenes y locuras. Ya nadie conocia freno, porque ninguno temia la autoridad del gigante ante una muerte segura.

Tras del abandono vino el hambre; los campos se cubrieron de maleza, los ganados desaparecieron; cometiase todo linaje de maldades por comer, y el amor huyó hasta de la choza de los siervos.

Calcúlese el desenfreno de aquella sociedad descreída y atorrida. ¿A dónde les llevaba Seuda? ¿á dónde? Pero ella comia á dos carrillos, bebía á barba regada y roncaba á pierna suelta. ¿Qué la importaba lo demás?

Tal era el estado crítico de Gé, dias antes de cumplirse el

plazo anunciado por la bruja. Por aquella época era ya tanta y tan fundada la importancia de Moslema, que no podemos por menos de dar en otro capítulo cuenta minuciosa y fiel de algunos de sus adelantos.

CAPÍTULO XXV.

I.—Primeros progresos de los sectarios de Mahoma.—II.—Los molinos de viento y el papel de algodón que algunos suponen fué importado de la China.—III.—Los gusanos de seda, y modo que tuvo Justiniano de traerlos á Constantinopla de la China.—IV.—Armas y tafletes orientales.—V.—La astrología.—VI.—La alquimia.—VII.—La brújula. El magnetismo (*Návaro*).—VIII.—El trabajo se concentra en Europa por la mayor libertad y la superioridad de su moral, sobre todo en lo tocante á la mujer, mitad del género humano.—IX.—El año mil.—X.—Desde que se prepararon las cruzadas, los Señores feudales (representantes de la fuerza), tuvieron que hacer concesiones á sus siervos, las cuales concesiones dieron origen á la clase media. Alusión á falsas decretales de Isidoro Mercator y otras.

Lo primero que había pedido Moslema á su prisionero después que le redujo á esclavitud habían sido buenas armas y un córcel mas ágil y veloz que el viento, lo cual hizo esclamar al infeliz: «Está visto: todos los gigantes son iguales.» Con el auxilio y la paciencia de Pónos satisfizo plenamente á su Señor, quien desde aquel punto y hora tuvo antojos sin cuento cada día.

Bien se puede suponer lo mucho que para darle gusto trabajaria el pobre esclavo. Tuvo que repetir en el desierto los prodigios que antes hizo en otra parte, y si mucho le aminoró su pena la pericia ya adquirida, no por eso dejó de sudar y de gemir y aun algunas veces de mezclar con el sudor lo mismo sangre que lágrimas.

II.—Uno de los adelantos que la necesidad le obligó á realizar fué que trabajara Ánemos el loco. Moslema era medianamente comilon y Báros no podia moler por falta de agua todo el maiz y el

trigo que consumía. Consultó el caso con el génio de la varita dorada, y este le enseñó á construir una torre redonda, con unas velas en cruz al extremo de un árbol que penetraba dentro de la torre en donde estaba oculto Báros. El espíritu del loco Ánemos, acudia á la vista de aquellas velas que parecian alas, se asia á ellas con empeño y dando vueltas y mas vueltas facilitaba al molinero la fuerza y la rapidez indispensable para fabricar harina entre dos piedras.

Otra de las invenciones verdaderamente útiles fué la del papel de algodón. El afan del gigante por libros concluyó con el pergamino disponible. Ántropos bajo la direccion de Pónos convirtió el algodón en un papel escelente para retener sobre él, siempre animados, los cantos y las leyendas.

Hay quien supone que este segundo adelanto (lo mismo que otros dos ó tres que se mencionarán despues) fué sorprendido por Ántropos en una de sus infinitas y penosas correrías en servicio de sus amos. Dícese que en el extremo Oriente vivia un gigante, estacionario, retraido, adusto, especie de nigromante que todo lo hacia y lo sabia. Como el hombre nunca estaba quieto y tan pronto se le hacia trabajar á la una estremidad como á la otra de la isla, tropezó á veces con Sinon y con solo ver algunos de sus primores, los ejecutó en seguida merced al cariño del génio y á su vara. De cualquier modo, y sea de esto lo que fuere el hecho para nuestro propósito es igual: nuestro Ántropos no supo hacer papel hasta por entónces, y el velo de Alécia no mermó la imperceptible cantidad que de seguro mermaria á consecuencia del prodigio, sino hácia la época que vamos refiriendo en la cual segun se vé se realizaban los progresos en Oriente.

III. Es indudable que el gigante Sinon existió en Géy que era un anciano venerable de barba blanca con una sola trenza por cabellera, encerrado entre paredes, pero muy habilidoso. A nosotros nos consta con motivo de la fabricacion de la seda por nuestro hombre, progresó que no hemos mencionado en su lugar por hallarnos distraidos con otras cosas mas graves. Ahora daremos de él cuenta aquí, ya porque sucedió tambien hácia el Oriente, y a porque vamos narrando lo referente á invenciones.

Allá en tiempo en que los bárbaros revolvan el império y en

que Dinamion pugnaba por resistirlos entre guerrero y sibarita, cayó en sus manos un pedazo de brocado tejido por Sinon el viejo y tan prendado quedó con su brillo, su suavidad, su resistencia, su urdimbre, que se empeñó en tener seda y pidió seda al esclavo. Entonces Ántropos tuvo que salir de noche para penetrar desafiando cien peligros en el encierro de Sinon. Allí vió que los gusanos que hilaban los capullos de la seda nacían de unos huevecitos ó simiente como granos de mostaza, y para burlar la vigilancia del habilidoso nigromante cortó una caña hueca, la relleno de huevecillos, regresó al imperio apoyado en aquel háculo, y crió gusanos, y deshiloó capullos y tejió telas de seda que sirvieron desde entónces á la bruja y sus acólitos.

De aquí que Seuda pudiese regalar despues á su protegido del desierto, el famoso caftan verde y el turbante. Si á las dos invenciones mencionadas añadimos el temple de las armas que se hizo verdaderamente damasquino y la fabricacion de tafiletos vistosos para la silla, los arreos y otros usos, tendremos los adelantos principales del período que vamos recorriendo.

Otros trabajos, sin embargo, tuvo que emprender el hombre que nacieron baladíes y se transfiguraron con el tiempo en los que ejercieron mas saludable influencia sobre el negro y tupido velo de la esclava.

Daremos cuenta de dos de ellos aunque sea á vuelo pluma.

Era preocupacion constante de Moslema (sensual y materialista en todo) que el destino de las criaturas estaba irrevocablemente decretado de antemano, ó como él decia cuando se verificaba cualquier acontecimiento, que «*estaba escrito.*» Se empeñó, pues, en que Ántropos leyera en las estrellas todo lo que le habia de suceder en lo futuro.

Este capricho fascinó al esclavo, propenso por naturaleza á dejarse seducir por todo lo maravilloso, y tomó con tal calor las tareas vanas de la astrología que Pónos hubo de decirle:

—Te tengo que obedecer, pero cuenta que si lo hago de buen grado es para que aprendas la posicion y movimiento de los astros, perfecciones aquel saber astronómico que con tanta paciencia te hice adquirir en diferentes épocas y te deleites sin cesar en

vivir la vida de los cielos. ¿Quién sabe si con el tiempo en vez de pronosticar lo imposible por imaginario, vaticinarás fenómenos y cosas, si no de tanta fantasía algo más útiles y provechosos?

Ántropos no hizo caso de la apreciación del génio respecto á la nueva ciencia, y se dedicó con todo ardor á formar la figura cabalística que llamaron el horóscopo, con su cuadrado central y sus doce casas triangulares en rededor.

VI. La otra clase de trabajos que usurparon igualmente el nombre respetable de la ciencia nació con la ocasión siguiente:

Una de las obras de Ántropos que más maravillaron á Moslema al saquear las tierras de Dinamion, fueron las encantadas monedas. Ninguna otra del cautivo produjo en él igual asombro. Por eso deseó poseer un número infinito de ellas; por eso soñó en encerrarlo todo en las cajitas redondas, y como el oro y la plata no abundaban para tanto, mandó al hombre que sin tregua ni demora viese la manera de convertir hasta las piedras en oro.

También acudió Ántropos á Pónos con esta nueva petición, y también trató de disuadirle el génio con esta admirable plática:

—¿Cómo te he de convencer, amigo mio, que esta y semejantes pretensiones tienen mucho de soberbias y algún tinte de sacrilegas? Yo no sé si alguna vez encontrarás una sustancia única, con la cual se formen las demás, pero sí sé que hoy por hoy semejante pretension sería absurda. Te entremetes en un terreno vedado y te contagian sin duda los eternos pujos á divinidad de Seuda. Tu trabajo, Ántropos, es todopoderoso para labrar tu ventura: te hará rico, feliz, sábio y por sus pasos contados concluirá por hacerte libre, siempre que observes las leyes de tu morada y no te opongas á ninguna. De lo contrario, apenas si será trabajo, pues ya te dije antes de ahora que podrias afanarte de tres modos: ó secundando, cumpliendo y auxiliando el objeto del supremo encantador que nos revelarán sus leyes, lo cual constituye el trabajo verdadero, el trabajo fructuoso; ó pasando los dias en frivolidades sin un fin, que es el trabajo baldío; ó contrariando las leyes de la isla y oponiéndote á su curso, que es un afan temerario y un propósito tan insolente como impío. Yo no puedo suponer que tú aspirees á otro trabajar que no sea lo primero, y por esa razon te recomiendo de continuo el estudio de las provi-

denciales leyes, y por esa razon te digo y te diré continuamente que si bien el trabajo material es necesario, el de tu espíritu es de mejor esencia, pues *una* partícula de tu trabajo intelectual vale tanto como las *mil* del corporal que deben de precederle. De aquí esa trasformacion maravillosa en cuya virtud fuiste echando sobre los brutos, sobre Pir, Báros y hasta sobre el impalpable Ánemos las penas y fatigas mas groseras para reservarte las espirituales. De aquí que en un principio trabajaras cien dias y pensaras uno, mientras hoy piensas un dia por cada diez que trabajas, y mañana pensarás cien dias y trabajarás un breve instante. Esta es la prueba inequívoca de tu perfectibilidad y la demostracion palpable de lo indefinido de tu providencial progreso. Sacudiendo poco á poco el sudor grosero de tu frente, vas ennobleciendo tu existencia hasta que tu sér, con la verdad divina, casi se espiritualice. Pero de aquí á meterte á creador hay todavía gran distancia. Tú no puedes crear nada, ni un solo átomo de polvo. Puedes aplicar, modificar, trasformar, apropiiar unas cosas á las otras, pero ¿crear? ¡Qué locura! Pero ¿usurpar atributos que no tienes? ¡Qué delirio! Lo único que podrás crear es *la utilidad* de las cosas para tí, y hé aquí por qué tu trabajo tiene algo de *divino*, y hé aquí por qué la fuente de todo es esta suprema ley. Si pudieses hacer eso que hoy te pide tu tirano, si trocases en oro lo que es barro, si creases un átomo de materia ó de movimiento, no serias el pigmeo que eres y entrarías en la categoria de los dioses. Empero en esta ocasión te repito lo que te dije con motivo de la astrología; si te empeñas en que yo te ayude, lo haré, no para estraviarte tras un ensueño imposible, sino con la esperanza de sacar de tus afanes un conocimiento mas cabal de las leyes de este mundo.

—Hazlo, pues, contestó el hombre, y sea por lo que fuere. A mí me halaga hoy por hoy eso de fabricar oro. Y en fin, ¿quién sabe? Alguna vez te habrás de equivocar.

—Sea como quieras, concluyó diciendo Pónos. Mi destino es obedecerte. Trabaja con nécias aspiraciones y yo procuraré que con lo que hagas se acorte el velo de mi Alécia.

Consiguiente con esta declaracion, entónces como antes y despues, el génio se sometió á la voluntad de su caprichoso prote-

gido. De aquí que Ántropos pretendiera cambiar una materia en otra, hiciese retortas y crisoles, hornillos y redomas, campanas y morteros, filtros, amalgamas y esencias. Y á fé á fé, que á grande ventura debieran tener los suyos en lo sucesivo qué, llevado de aquella tan inaudita temeridad, fabricara cosas semejantes.

Aquellos trebejos fueron lo primero y principal que sacó por entónces de sus elucubraciones, porque en cuanto á plata y oro no pudo obtener un grano; pero tal es, sin embargo, nuestra índole, que muy frecuentemente perseguimos con mayor tesón la sombra que mas y mejor huye, y Ántropos, para no saltar á esta ley de la humana naturaleza, se encariñó para muchísimo tiempo con los secretos mentidos de *la alquimia*. Quería á todo trance saber fabricar oro, ó como él decia, *encontrar la piedra filosofal*, y gracias á una tenacidad muy falta de fundamento, y gracias á los oficios leales del buen Pónos, fué descubriendo en los cuerpos multitud de propiedades capaces de valerle un día bastante mas que el oro que buscaba. No hizo el rey de los metales, pero en cambio aprendió á imitar todo cuanto deseaba. Confeccionó drogas, inventó específicos, halló tintes, reactivos y compuestos, analizó las partículas, sorprendió de vez en cuando su composicion, y hasta creyó en su loca vanidad que estaba en camino para sorprender el secreto de la fuerza creadora de una isla tan encantada como la de Gé.

Por de pronto el tesón y la sagacidad del alquimista hicieron progresar notablemente al arte inestimable de curar.

Todo se enlazaba por lo visto en Gé y todo conspiraba al mismo fin.

No por tener caprichos y deseos cual los anteriores, dejaba Moslema de atender á sus preparativos belicosos para vencer á su enemigo y esquilmar solo la isla. No perderemos tampoco nuestro tiempo refiriendo las marchas, asaltos y proezas del guerrero del turbante. Lo mismo que Dinamion, ni sosegó ni sintió lástima su pecho. Días y aun años pasaron uno y otro asolando las comarcas que les tuvieron por azote, y contados fueron los portentos, de escasa importancia en general, que Ántropos realizó para cumplir su destino. Al fin comprendió Moslema que era una

verdadera necesidad el hacerse marinero y Ántropos le hizo otra nave y hasta gobernó mejor los cambios y arrebatos de Ánemos. Pero Moslema era ambicioso y valiente. Le humillaba tener que seguir la costa como barquero cobarde, y dijo á su prisionero cierto día que le exigiera á Pónos la manera de lanzarse en alta mar y navegar entre agua y cielo.

VII. Segun unos, Ántropos volvió á traspasar las murallas de Sinon y le robó cierto talisman que aquel habia inventado, pero segun otros Pónos hizo que su protegido fabricase un sierpezuela de hierro puro y al toque de su vara mágica la animó con un fluido misterioso, de tal suerte que colocada, tendida y en equilibrio sobre una aguja enbiesta de metal, señalaba con la cola á un punto fijo en el cielo.

— Toma esta brújula ó bitácora, dijo Pónos á su amigo presentándole la sierpe. Constantemente marcará en la misma direccion y sabiendo eso nos bastará saber qué lugares de la isla están á la derecha de ese rumbo fijo y qué puntos caen hácia la izquierda para orientarnos con seguridad y dirigir en plena mar la quilla hácia aquellos que deseemos visitar.

— Te comprendo, contestó el hombre. Vamos á hacer el ensayo.

Obtenida la vénia de Moslema, Ántropos se puso á navegar para estudiar los movimientos de la brújula y se convenció que señalaba de continuo hácia la estrella del Norte. Con la posesion de este sencillo fenómeno, se creyó en estado de lanzarse al mar, perder de vista las costas y dirigir el rumbo de la nave con toda seguridad y acierto.

— ¿Cómo se llama este criado singular que por lo visto es de naturaleza parecida á la de Pir? preguntaba el marinero á Pónos.

— NÁVAGO, le contestó el buen génio, y dices con efecto bien porque este Návago que se oculta en esa sierpezuela y que te ha de servir en adelante con rara fidelidad es pariente muy cercano de tu cocinero.

VIII. Ya se disponia el del turbante á caer sobre su enemigo por donde menos le esperara, cuando se le ocurrió al esclavo que podria regresar al seno de su familia guiado por la sierpezuela. El amor á Gina y á su hijo, el deseo vehemente de volver á las franquicias del siervo, la perspectiva de verse libre algunos días

entre cielo y agua, le decidieron á intentar una aventura apenas concibió la idea. Embarcó, pues, de noche y con sigilo, libros, retortas, horóscopos, crisoles, plantas y piedras, drogas y redomas, algunas gemas y bastantes figuras cabalísticas.

Hecho esto, avisó á su génio tutelar y fijó el día de la huida.

Una hora antes de amanecer, el hombre acompañado de Pónos, largaba todo el velámen. Al apuntar la aurora Moslema apareció sobre la playa, cuando el ánima del loco tiraba asida á las tendidas velas y el casco libre de anclotes y de amarras abatia hácia alta mar lenta y majestuosamente.

—Atrás, cautivo, gritó el coloso al marinero. ¿Por qué te alejas sin mí? ¿Por qué quebrantas mi mandato?

—Me alejo, alto y poderoso Señor, contestó Ántropos, valiéndose de una bocina para remedar la voz estentórea de Moslema, con la esperanza de no volver mas á tus desiertos hasta que desaparezcas. Vuelo á los brazos de mi amante Gina, de esa de quien tú te mofas. ¿Creías que todo tu poder iba á separarme de la madre de mi hijo? ¡Qué locura! Ni tú ni nadie lo ha de conseguir.

—¡Ah! exclamó Moslema, bien me lo decia anoche Fanta cuando estaba desvelado sobre el lecho. ¿Por qué no la creí? ¿Por qué no quemé esa nave? Vuelve esclavo, vuelve, y aquí tendrás sombras, y calor, y perfumes, y ambrosia y te daré el sumo bien, y serás feliz y nada se ha de oponer á tus caprichos.

—¿Y mi mujer? contestó Ántropos por medio de su bocina. ¿Confesarás que es igual á nosotros? ¿será dignificada? ¿será libre?

—¡Ah! eso jamás, jamás, exclamó Moslema.

—Pues entonces, concluyó diciendo el fugitivo, que te hagan muy buen provecho tu calor y tus perfumes. Prefiero los hielos y la pobreza con mi Gina. Adios, Señor sultan. Adios. Memorias y buena dicha.

—¡Oh, rabia! vociferó el del turbante. Armémonos sin demora: venzamos á Dinamion, y cuando sea dueño de la isla, ese pigmeo tornará á ser mio.

—¡Nécio! exclamó Pónos sin poderse contener, Sueña con poseer la tierra, negando sus mejores leyes.

La sierpezucla se fijó y el marinero tomó rumbo con la esperanza en el alma.

IX. Mientras tenían lugar en el imperio de Moslema los acontecimientos referidos, seguía reinando el más espantable y criminal desorden en las regiones de occidente. Por fin llegó el día señalado para la destrucción universal y no parecía sino que todos se habían empeñado en hacer efectivo el vaticinio. La noche antes Dinamion, sus siervos y sus duendes (que se habían reunido todos en las célebres colinas) la habían pasado en ansiedad cruel esperando el tremebundo trance. Pero se descorrieron las pavorosas sombras, la luz del alba tiñó de carmin los cielos, aquietáronse las auras para ver salir el sol, el disco de este apareció esplendoroso sobre el horizonte, el aire se conmovió de placer y de frescura, las flores sacudieron sus lágrimas de aljofar, cantaron los pajarillos, desperezáronse los brutos, y los aterrados habitantes de los alcázares y chozas, vieron que ni el suelo zozobraba, ni de las nubes llovían rayos y centellas, ni el mar airado cubría con impetuosas olas valles y riscos, montes y llanuras.

Cuántos llorarán su temprana muerte, cuántos padecieron durante los cien días ominosos los horribles tormentos de la cruel ansiedad, los infinitos que ofrecieran en los altares sus tesoros, desconfiaron de Seuda y sintieron en sus corazones ira y despecho con ciertos deseos de venganza; pero tan luego como la astuta de las cien caretas vió próxima á estallar la tempestad, y advirtió por los gestos, miradas y murmullos, que iba á expiar sus crímenes sacrílegos, puso los ojos en el cielo, y levantando la voz hipócrita siempre, aunque entónces algo trémula, con su audacia acostumbrada dijo:

—¡Lodos sean los cielos! doblemos las rodillas y demos gracias de todo corazón, porque nuestras plegarias fueron oídas y porque las dádivas de los buenos compraron la salud de todos. ¡Doblemos la rodilla hermanos míos, y no olvidemos en lo sucesivo la virtud de las ofrendas sagradas en toda tribulación.

Al oír aquellas palabras, los circunstantes no supieron qué pensar de tamaño atrevimiento. Afortunadamente para Seuda, al revolver la muchedumbre los iracundos ojos sobre el terso y azulado mar, aperebieron la nave de Ántropos que rizaba velas y poco á poco atracaba.

De pronto todos se sobresaltaron temiendo si aquel casco vomitaria la desolacion temida, porque cuando se espera una catástrofe, hasta el zúmpar del viento nos aterra. Dinamion mismo echó de menos su espada y renegó de haberla colgado creyendo sobre uno de los altares. Detuvo la respiracion y requirió su puñal, hasta que algunos de los duendes prorumpieron en gritos de alegría, y poco despues vió saltar en tierra á Ántropos acompañado de Pónos.

Corrieron lentos desatentados á la orilla para acosar con preguntas á los navegantes sin darles tiempo de explicar áquel arribo tan á punto.

—Lo que tenemos que contarte es largo, dijo el hombre á Dinamion. Subamos si quieres al castillo, y allí, con la debida calma, has de oír cosas que en extremo te interesan.

—Subamos, contestó Dinamion, y todos se encaminaron al alcázar.

Sentado el atónico coloso en una de las mejores salas del castillo, escuchó del lábio de su siervo el minucioso relato de sus estrañas aventuras. Pasmóse no poco con los lances de su cautiverio, y tomando por lealtad lo que no fué sino cariño y amor entrañable á la mujer, prometió á Ántropos mercedes y donaciones si le ayudaba de buen grado á tomar venganza de Moslema.

—Nos encontráis pobres, concluyó diciendo, despues de habernos dejado ricos. Vuestra ausencia fué para mi reino la mayor de las calamidades. Un fin espantable, una ruina inminente nos amenazó, y tuvimos que comprar la vida ofreciéndolo todo en las aras de los templos. Hasta mis armas yacen allí ociosas en ofrenda, y si Moslema viniese sobre mí, solo podria oponer al corvo alfange que me dices, la pobre daga que cuelga de este cinto. A tal estado nos trajo el terror de la terrible profecía. El peligro es grande; la ruina que temimos sin saber de dónde, puede traerla de un momento á otro nuestro contrario en la punta de su lanza. Pedidme lo que querais que yo os lo otorgo, pero fabricad cuanto antes la mas fuerte y mas completa de todas las armaduras. Hoy mismo quiero retar á singular combate á ese bárbaro insolente que se burla de mi valor y se complace en vilipendiar á Gina. Hoy mismo despacharé un rey de armas para dirimir en

campo cerrado todas nuestras diferencias. Si aceptares menester que yo vaya bien armado y que no se olvide precaucion alguna para ponerme al abrigo de sus golpes. Ten en la memoria que en este singular combate se ha de decidir la suerte de la mujer, que es vuestra madre, vuestra esposa y la cantora fecunda que siempre nos inspiró.

X.—Antropos y Andros pidieron tierras y les fueron concedidas; pidieron franquicias, y no les fueron negadas. Habian de poseer campos como suyos, agregar talleres á su choza y ser en ellos dueños y señores, recibir en pago de sus obras monedas de cobre, plata y oro, y antes de ser castigados por los duendes serian interrogados y oidos.

El gigante accedió á todo, y Seudag viéndose rica y poderosa, gracias á la interpretacion de la antigua profecía, no la pesó ver disminuido un tanto el poder de su Señor, fiando á sus malas artes la esperanza de disponer con el tiempo de la mas infalible autoridad, así como iba disponiendo ya del oro y de las joyas de la isla.

—Un pasó mas, se dijo alborozada, y ya veremos quién me tose. Están visto todos, todos son estúpidos. Cuando de esta vez no me han descubierto el juego ¿á qué no puedo atreverme? Forjémos ahora unas cuantas falsas decretales, y fundo el nuevo derecho en mi arbitrariedad y mi capricho. Por de pronto gozo y no trabajo, y despues... ¿después? despues venga el diluvio.

CAPITULO XXVI.

I.—Querrela de las Investiduras.—II.—Armaduras de la edad media. Se aprovecha la descripción del escudo, para recapitular el progreso general de esta leyenda.

III.—Cruzadas. Su resultado final. La heráldica. Trajes como abuso de la necesidad del vestido. Escolástica, y reinado de la filosofía de Aristóteles.—IV.—Alusion al estado actual del imperio otomano.—V.—Andante caballeria.—VI.—Condición de los hijos del trabajo á fines de la edad media. Mayor suma de bienestar general debida al trabajo.—VII.—Astrólogos y alquimistas.—VIII.—Adelantos generales que prepararon el renacimiento.

I. En justo agradecimiento al poco de libertad que Dina-mion otorgó al siervo, este se puso á trabajar é hizo trabajar á

Pir para forjar, modelar, buir y componer la mas completa armadura. Seuda, entre tanto, soberbia con sus riquezas, determinó arrojar el guante y humillar á su Señor aprovechando una disputa célebre sobre cuál de los dos habia de investir al otro con los atributos de su respectiva autoridad. La cuestion parecia pueril en apariencia pero en el fondo entrañaba los destinos del hombre y su familia. Efectivamente, cada uno de los dos eternos opresores de Antropos aspiraban el esclusivo disfrute de cuantos aquel producia, y era de importancia suma para el porvenir que el siervo lo fuese por el acero noble aunque cruel, ó por la ruín y degradante mordaza.

Por fortuna, según iremos viendo en adelante, ninguno de los dos próceres pudo esterminar al otro, porque los dos existian como en mútua dependencia para completarse, pero es lo cierto que entonces comenzó para los habitantes de las célebres colinas un período de preponderancia y del aujo que es menester atribuir á la posesion de Alécia. El poder de la enlutada aun teniendo cabeza y corazón cubiertos era ya tan evidente, que la bruja mas de una vez se defendió y se salvó aceptando y repitiendo sus mismísimas sentencias. Tampoco hay que olvidar que muchas de las insolencias de la consejera pasaban desapercibidas porque Dinamion se hallaba preocupado con abatir el orgullo de Moslema. Ni respirar dejó á su siervo hasta que le hubo terminado la armadura, y grande fué su gozo y su entusiasmo cuando visitó el taller y la vió unida y colgada á manera de panoplia.

II. Allí habia armas ofensivas y defensivas. Las defensivas eran: el almete para la cabeza, con la vista, el nasal y la ventalla; la gola para el cuello; para los hombros las hombreras; el peto y el espaldar; los brazales con sus códeras; aldrones ó góccetes, terminados además con ingeniosa manopla; la culera y pancellar que se unian con los quijotes ó defensas de los muslos, y por fin la rodillera y las grebas que se unian con juego á los escarpes, armados galanamente por detrás con acicates de punta. Las ofensivas comprendian una espada y un montante de dos

manos, dos dagas, una hacha y una maza; tres lanzas para la lid, venablos arrojádizos y bordones para los alardes. Hasta para el colosal Hipódonte había forjado Ántropos unas bardas compuestas de testera, capizana, flanquerías y grupera con su guarda-maslo, pézonerá y pretal, todo de hierro.

Pero de todas las armas defensivas y ofensivas ninguna tenía ni la belleza artística, ni el trabajo primoroso, ni la significación intencionada del fuerte y brillante escudo que del propósito hemos mencionado el último con el fin de describirle.

Su forma era ovalada. Forjado de una sola plancha ligeramente cóncava de hierro dócil, llevaba en su rededor una graciosa guirnalda de laurel y roble con tal primor esculpida, que el viento al parecer podía sacudir y replegar las espesas delicadas hojas. Por los cantos, una orla de figuradas perlas, buidas como el mas pulido diamante, arrojaba en todas direcciones rayos de luz para encerrar el campo de la égida con una línea vivísima de fuego.

Dentro de tan nobles y vistosos límites, veíanse sobre el lado cóncavo del arma un cúmulo de escenas y de cuadros, un hacinamiento de objetos, una muchedumbre de figuras á cual más airadas, pero todo tan acertada y maravillosamente dispuesto, que su conjunto deleitaba y suspendía aun antes de ser examinado, de cerca ni conocida su ingeniosa significación.

Desde el comedio lanzaba un sol esplendoroso sus rayos innumerables sobre todos los seres y las cosas que le circuián. Era como el centro de aquel mundo, la fuente de aquel vivir, el creador de aquellos bellísimos portentos.

Comenzando ahora el exámen de los cuadros por la parte superior de la ancha zona que entre el sol y la guirnalda quedaba, veíanse á la derecha los primeros hombres y mujeres confundidos en las selvas con los indómitos brutos, y tan toscos en su desnudez, tan entregados á su instinto, que apenas si los sexos se reconocían, pues unos y otros procuraban su alimento casi de idéntico modo. Ellos y ellas trepaban por los árboles, arrancaban raíces, buscaban los mariscos, acechaban y sorprendían la caza, y si algun recurso había para distinguir entre aquellos taciturnos y desgreñados salvajes al hombre de su compañera, era la actitud

de los chicuelos que procuraban no separarse del lado de sus madres, algunas de las cuales llevaban á la espalda el reciente fruto de sus libérrimos amores, asomando las frentes deprimidas por entre un tejido de juncos y carrizos. En medio de aquel espectáculo desconsolador, en que el ser mas inteligente se confundia con los mas cerriles, en que el hombre con todas sus facultades empleaba los mismos medios que el mono para conservar la efímera existencia, se vislumbraban entre la espesura de los bosques luchas horrorosas, tragedias inesperadas en que el hombre primitivo ya era víctima del sagaz lobo, del prepotente leon, del tigre traicionero, ó ya moria despedazado á manos de sus hermanos crueles y feroces.

A la derecha de este primer alarde del arte, el hombre era dueño de algunos pacientes brutos en medio de campos menos cubiertos de maleza, mas apacibles, mas risueños. Sendos pastores con sus calientes pellicas, sus cayados y zurroneos, conducian en desordenada reunion rebaños numerosos que tachonaban con su versátil vagaroso andar las verdes faldas del ribazo, para que las mansas ovejas y los triscadores corderillos tronchasen con diente trémulo las suaves briznas de la yerba y las tiernas matizadas flores. Los fieles y vigilantes perros antecogian con rara sagacidad las reses procurando que no se extraviarán, mientras los lobos, impulsados por el hambre, acechaban pacientes desde las zarzas y retamas una ocasion, un descuido para degollar alguna victima y huir con ella sobre el crespo lomo sin cuidarse del ladrar de los mastines, ni del despecho de los rabadanes. A todo el hato seguian pacientemente los asnos tenaces cuanto sufridos, y como en los serones se vieran abrigados con esmero los débiles y friolentos recenales, se comprendia que la fibra de la compasion vibraba pia en el corazon del hombre, así como era evidente que otros sentimientos se enseñoreaban de su espiritu, porque aqui y alli preludiaba sencillas melodias en la flauta rústica, ó tejia á la sombra de los alcornoques coronas de violetas para adornar rendido y amoroso los cabellos ya trenzados de alguna bellissima zagala.

A seguida, y todavia á la derecha, empuñaban los gañanes el pertinaz aguijon para avivar el tardo paso de los bueyes, cuyo

potente testuz arrastraba el corvo arado abriendo anchos y profundos surcos en el seno no esquilado de la madre tierra. La gleba caía al compás de los alegres cantares que el labrador daba al viento apoyándose sobre la esteva, y tras de él, al alejarse, acudían bandadas de pajarillos que se disputaban vocingleros las semillas y los gérmenes sepultos hasta entónces, ó las lombrices y gusanos que tronizados por las rejas y revolviéndose en su agonía, quedaban al descubierto. A un lado los entendidos compañeros arrojaban en movimiento airoso la dorada simiente sobre los surcos derechos é interminables, y un poco mas adelante los dilatados campos de las mieses que cubrían el fértil suelo de la feraz campiña, se rizaban con las auras como se rizan las ondas de los lagos, hasta doblar la rubicunda espiga bajo la segur cruenta del impasible segador. Detrás de este seguían cien robustas aldeanas y espiganderas, las unas para formar los corpulentos haces y colocarlos de pié como otros tantos vigías que velasen por la seguridad de aquel rastrojo, las otras para recoger la espiga suelta y sacar de ella el pan providencial del desvalido. Allá, mas lejos, columbrábanse entre una nube de polvo el animado bullicio de la trilla, las danzas y las fiestas de las eras, y como término de toda aquella actividad, los hondos pavorosos silos, en cuyos antros se conservaban los frutos todo el año, ó los apuntalados graneros que, bajo la pesadumbre del trigo y el centeno, del maíz y la cebada, agobiábanse y crugían.

El hombre por lo visto habia domesticado los primeros brutos con el fin de que le aliviasen en sus mas penosas faenas, y como le quedara tiempo para recrearse con sus amigos y parientes, era ya sociable, jovial y previsor.

Siguiendo con la vista la cadena y trabazon de los cuadros del escudo, venia despues y casi unido al anterior otro no menos admirable y deleitoso. La escena eran anchos y tendidos horizontes de verdes y cuajadas vides. De los pardos é hilachosos troncos, de los sarmientos flexibles pendían racimos negros ó amarillos, y de trecho en trecho descollaban sobre aquel mar de verdura los esbeltos y torneados talles de las ágiles vendimiadoras que sacando los turgentes senos, llevaban sobre las enhiestas frentes, con donaire y con firmeza, cestos de mimbre angostos de pié, pero

de boca en derrame, coronados por los bordes con las uvas y la pámpana. Unas iban, otras venian, pero todas reian y se hablaban sin dejar de llevar la dulce fruta al lagar, situado junto á las bardas del pueblo, en donde una y otra cuadrilla de zagales cantarines separaban la raspa y hacian vomitar á los redondos granos el apreciable licor, el nunca bien ponderado mosto, que andando el tiempo seria bálsamo para sus dolores, consuelo de su tristeza, y divino néctar inspirador de tantas lecciones de entusiasmo, de amor, de poesía.

En medio de huertas y jardines alzábase despues una ciudad activa y populosa. Por todas partes se veian magníficos palacios, y la luz que reverberaba sobre las agujas y las cúpulas de sus altos monumentales templos, la bañaba con una aureola flamígera imposible de mirar, ni mas ni menos que el sol. En rededor de cien gloriosos monumentos, á la par con las alegres estrofas de los artífices y artesanos, gemia la acompasada sierra, el martillo caia sobre el yunque, y el cedro y el ébano se tallaban, y se forjaban el hierro y el acero, y se moldeaban y cincelaban los metales, y el cáñamo se retorcia en járcias ó se tejia en lona, y la lana se trasformaba en púrpura, y del mármol brotaban estátuas casi con vida, y el pincel de los pintores robaba sus tintas y matices al arco iris para representar en el lienzo y en los muros los gratos ensueños de su loca mente, ó los grandes recuerdos de sus almas. Ya no le bastaba al hombre vivir y gozar: sentia hambre de verdad con sed de justicia, y por eso celebraba, eternizaba lo verdadero y lo bello, teniendo aras en su corazón para estos dos objetos preferidos como si fuesen dos divinidades.

A la orilla del mar, al pié del muro, el alto y enderezado pino tendia á todos lados las cuerdas y las járcias cual otras tantas raices que le sujetasen al hondo y flotante casco de la nave, y el valeroso marínero exhalando suspiros, y vertiendo tal vez alguna furtiva lágrima, clavaba los ojos en el cándido pañizuelo que se agitaba sobre el muelle, y se despedia de la esposa y de los hijos (por ventura tambien de casta virgen) para lanzarse temerario entre el furor de las olas, desafiar su braveza y hallar la muerte en abrasados climas, ó enriquecer á su patria con el oro y el marfil, la plata y el estaño, ó con lo que vale mas que joyas y tesoro-

ros: plantas y animales nuevos, flores desconocidas, aves abigarradas, drogas salutíferas y aromáticas especies. ¡Altos y dignos premios de tanta abnegacion, tamaña heroicidad y semejentes peligros! ¡Galardon, sin embargo, mézquino y desproporcionado, si no viniere con otros cuya valía es inmensa; si no le acompañasen las ideas de libertad, de fraternidad, de solidaridad entre los hombres de los varios climas, ideas que parecen ser producto de la inmensa majestad é incontrastable poderío de los mares!

Finalmente, como término de aquella larga é ingeniosa exposicion, estaba el hombre sentado sobre un escelso aunque sencillo trono, y á sus plantas le servian séres desconocidos, criados singulares. Unos eran robustos y tardíos como el hierro; otros como el espíritu veloces y sutiles. Estos iban y venian mientras aquellos á la verdad no holgaban. No solo araban y segaban; no solo pulian y tejian, sino dóciles, incansables, prèpotentes, corrian como el ciervo, nadaban cual la ballena, volaban mucho mas que el sacre para llevar por vientos y océanos ya la abundancia y la riqueza, ya el pensamiento y espíritu de su opulento Señor, y hasta los sones y las armonías del incomparable Tongo. La actitud y el talante del soberano mortal indicaban á las claras que era dueño de la tierra, del agua, de la atmósfera, y que si no dominaba su previsorá inteligencia en regiones superiores, no era por falta de aliento y de ambición, que para tanto y aun para mas tenia soberbia aquel pigmeo; mas ya que su destino le tenia como aherrojado á nuestro planeta, disponía á su sabor de todo cuanto encerraba á juzgar por unos hilos finísimos que partiendo de su cerebro, iban á servir de freno al mundo y sus criaturas: hebras, que así sujetaban al caballo y al leon, como pugnaban por contener y domeñar á los vientos y las olas; que ya arrancaban tesoros á las entrañas del mundo, como llegaban hasta los cielos para precaver los efectos de las estaciones y dirigir el curso asolador del rayo. ¡Sencilla cuanto ingeniosa alegoría con la cual se daba á entender que en aquel último período los brazos del mortal descansarian, mientras su inteligencia, alma de aquella nueva creacion, la daba impulso, forma y movimiento! ¡Admirable manera de cerrar el óvalo del escudo colocando en su parte superior, juntos, pero contrapuestos, el principio y el fin de la carrera del

trabajo humano! La intencion quedaba conocida, el contraste encerraba una leccion sin precio: el trabajo redentor debia transformar al hombre, y así como en un principio su cuerpo pagó con llanto y sangre el precio ineludible de las cosas, despues lo crearia todo su alma espíritu, y si acaso la frente del mortal sudaba, no era en verdad el material sudor de antaño, sino fecundas ideas, sublimes concepciones, sentimientos generosos, en una palabra: *amor y sabiduria*.

Tal era aquel famoso escudo y con tan bella y delicada alegoría se atrevió Ántropos á presentar ante los ojos de sus esquiladores la simbólica historia del progreso, las nobles aspiraciones de su espíritu, sus servicios, su valer y su esperanza.

Dinamion quedó embargado de asombro, estupefacto al contemplar un dechado de perfeccion semejante, por mas que no le entendiese. Faltóle, no obstante, tiempo para sacar á Hipodonte, echarle encima las bardas, vestir la récia armadura, gallardearse sobre la silla, levantarse sobre las estriberas y pasear el campo blandiendo su lanzon ó revolviendo la tizona.

III. Con tan magníficas armas Dinamion buscó á Moslema. Ocho veces se encontraron y ocho veces quedó el triunfo muy en duda. El valor, la sangre fria, las fuerzas de Dinamion se vieron siempre burladas por la ligereza de Moslema, por su rapidez en el ataque, su astucia y su agilidad cuando se retiraba ó huia. Gracias á los servicios del cautivo y de su génio ostentaba el delirante un almete precioso entre la tela del tocado, y una coraza de esquisito temple protegía tambien su ardiente pecho. Su corvo y aguzado alfange no podia cerrar con la espada ó el montante agabilanado, pero blandido por su brazo desnudo, veloz y fuerte daba mucho que temer á Dinamion.

Cansado nuestro gigante de lucha tan sempiterna mandó un heraldo á su enemigo y le propuso decidirla en campo cerrado.

No detallaremos aquí el mas célebre torneo que hubo en la isla de Gé, como lo hicimos sin fortuna en otro libro, pero no podemos menos de decir que Gina contribuyó poderosísimamente al triunfo del caballero cortés de la armadura, retemplando sus músculos y su corazon con el fuego celestial del sentimiento.

Tambien Seuda y sus secuaces quisieron ayudar á su Señor.

Al efecto inventó Alazona la *ciencia* (nada menos) de la heráldica para representar en escudos y escusones proezas ciertas ó soñadas, á fuerza de colores, de signos y de una coleccion incoherente de las mas pretenciosas boberías. Anoya por su parte formó y enseñó con su habitual locuacidad la incompreensible jerigonza que hizo creer á los tontos en la pretendida *ciencia*.

No menos extravagantes fueron las invenciones de los trajes en cuya hechura se malgastó el trabajo de Ántropos para satisfacer el necio orgullo de aquel pueblo insustancial y para que los duendes y los trasgos presenciaran los lances de aquel torneo cubiertos de plumas, galas, bordados, arameles, disfraces y colorines. Entónces fué cuando se agotaron los recursos é inventiva del arte indumentaria; entónces cuando se vió palmariamente que nada habia de inútil en la encantada isla de Gé, pues el guerrero se creció con tan pueriles naderías y á su sombra se creó no sé qué híbrida nocion de honor que sirvió por muchos años para ennoblecerle y dignificarle.

Sin embargo, la mas sublime de todas las fazañas de la bruja fué resucitar las mas famosas doctrinas de las antiguas peroratas de su fiel Anoya. ¡Oh! ¡y cómo se celebraron las primeras! ¡Qué resurreccion tan animada! Los argumentos de la *amiga de la sabiduría* (como volvieron á llamar á Anoya) corrían de boca en boca, y á tal punto entusiasmó su charla vana y sempiterna, que todo era discurrir entre los duendes, ó para hablar aun mejor, todo era disparatar. Hasta el mismo siervo con los suyos estuvieron á punto de contaminarse, y solo las sábias pláticas de Pónos pudieron ponerle á salvo de aquel caos de disputas é inconcebibles abstracciones.

A tal punto llegó á invadir los ánimos de todos la novel insulsa algarabía de nebulosas abstracciones, sofismas, *ergos* y *distingos* que ya no se daba mas demostración, ni se exigia otra prueba que decir sencillamente. *Lo ha dicho la maestra; la maestra lo ha dicho*, y con esto hasta lo absurdo quedaba demostrado.

Seuda no deseaba mas para descarriar á todos y apartarles del estudio de la naturaleza. Tomó de los dislates de Anoya cuanto cuadraba á su propósito; la declaró infalible en unas co-

sas, la contradijo y combatió en otras, y con un ingenio y un acierto, que empleado en otra causa habria producido frutos excelentes, asentó sobre una base en apariencia muy sólida aquel poder sin restriccion, tras del cual venia suspirando.

Volvamos á Moslema y Dinamion.

Despues de una batalla tan reñida que ninguno de los combatientes se tuvo nunca por vencido, ambos apoyaron los hierros de sus lanzones sobre las mesas de los petos, y apretando los puños y los dientes comenzaron á empujar para hacerse perder tierra y ver quién acorralaba á quién. Desde los primeros instantes Dinamion obligó á retroceder á su contrario cuya velocidad retrógrada fué aumentando poco á poco hasta llevarle hácia la mar con gentil compás de piés.

Cuando Moslema se vió cerca de la orilla apoyó la enorme planta sobre los peñascos, inclinó el cuerpo hácia adelante con la desesperacion del que se ahoga, rechinó los dientes furibundo y conteniendo el aliento hizo un esfuerzo último y sublime.

Los dos gigantes se quedaron inmóviles como dos peñascos.

Continuaban, sin embargo, haciendo esfuerzos verdaderamente gigantescos.

Pronto se les vió mover los brazos y tender muy poco á poco las lanzas hácia adelante.

Y á pesar de este visible movimiento, sus cuerpos no se inclinaban, sus piés parecian clavados en la tierra.

Siguieron uno y otro, estendiendo y estendiendo los brazos y las lanzas, y tal y tan inmeso fué su teson y su coraje que Dinamion se creia que estaba cejando al fin Moslema, y Moslema se figuró que quien cejaba era Dinamion. Cuando los gigantes alargando por completo las astas de sus lanzones llegaron á sostenerles por los cuentos, tenian entre los dos un espantable abismo en cuyo negro y hondo fondo se despeñaba el mar con horrisono rugir para colmarle con la espuma de su ira.

La tierra, trabajada por aquel sordo colosal empuje, habia rasgado su corteza.

Dinamion retrocedió; mas no así el fanático Moslema. Aislado, sin vitalidad, incorregible, solitario, dicen que permanece todavía en sus desiertos tendiendo la fuerte lanza hácia adelante, con

cuya punta hiere el aire vano, vociferando *está escrito y lo que ha de ser será*, ni mas ni menos que decia el dia de la lucha celestial.

IV. El mar en tanto, y el tiempo, obreros pacientes y sumisos á las leyes de su hacedor, van socavando el escollo en que yace el del turbante, y aun aseguran que de tal modo le han corrido, que ya se le ha visto vacilar y el coloso recurre de vez en cuando á suertes admirables de equilibrio, deseoso de retardar su caída dentro del insondable piélago que le ha de tragar en breve si los indicios de algo valen.

V. En cuanto á Dinamion, engreído por haber quedado dueño de su campo de batalla se convirtió por algun tiempo en una especie de caballero andante, amante platónico y nada más de Gina, á quien Fanta trastornaba el seso contándole leyendas de fierisimos dragones guardadores de hermosuras sin pareja, gigantes truculentos y castillos encantados. En todas estas leyendas buscaba la loca de la casa el desenlace en el filo del acero y el empuje de la lanza de un caballero cortés parecido pintiparadamente á Dinamion.

Con esto andaba el cuitado alborotando los bosques y las encrucijadas con suspiros de huracan y arengas altisonantes como la siguiente:

—Jigantes y encantadores, caballeros y malandrines, endriagos y fantasmas, non fuyais, que un solo enamorado con ánimo tranquilo os habla, provoca y reta. Venid, bravos campeones, ó traidora y aborrecible canalla. Ni temo el valor de vuestros brazos ni la dañina ponzoña de vuestros encantamientos. Esta banda que me cubre, símbolo de mi esperanza, me ha de tener siempre en pié contra los rudos golpes de vuestra gran malicia ó de mi menguada suerte. Venid os digo y confesad de buen grado ó mal que os pese el empuje de mi brazo, que la dama de mis pensamientos es la mas cabal, mas tierna y mas honesta de todas las fermosuras.

Y en efecto Gina habia regalado á Dinamion una banda de seda verde que llevaba cruzada sobre el pecho y antes de perder aquel dulce talisman, su cortés y temerario dueño habria sacrificado con sumo gusto la existencia.

La mujer, sin embargo, aunque siempre encariñada y entu-

siasta permanecía modesta, humilde y oscura. Era cual fuego sagrado que dá calor al hogar debajo de la ceniza: era el ángel bueno que endulzaba las amarguras, conjuraba los peligros y contribuía al bienestar.

VI. Porque la condición de los siervos había mejorado grandemente de algún tiempo á aquella parte. Ya vimos como en sus varios apuros les concedió Dinamion dones, premios y franquicias. La choza y el campo que la rodeaba eran suyos; reservábanse además una parte de los frutos que en los demás terrenos recolectaban, y por cada producto ó maravilla de su industria concedíanle Dinamion una cajita redonda de cobre, de plata ú oro. Es decir que los Señores principiaban á pagar algunos goces. Poco á poco se fueron haciendo ricos (porque rico es todo aquel que tiene cubiertas sus necesidades) y la tranquilidad y desahogo de la riqueza les ponía en camino y situación de ser mejores.

Al cabo de tan rudas pruebas recogían algún premio á sus afanes; alguno de aquellos premios tantas y tan repetidas veces prometidos por el amoroso Pónos.

Nadie habría reconocido los campos, los jardines, ni mucho menos la apacible vivienda de los siervos. Su cabaña escondida entre un bosque de corpulentos olmos y castaños, encalada esteriormente con su techumbre de teja y sus ventanas con cristales, parecía blanquísima paloma arrullándose sobre un nido de verdura, en cuyos ojos reverberasen los rayos de un sol primaveral y alegre.

El interior de aquella humilde cabaña respiraba la limpieza precursora de la holgura. Allí se veía un saloncito con algunos muebles, un espejo, el torno de hilar perfeccionado y suspendida á la pared la antigua, venerable rueca. Las camas eran de vellones y la ropa, blanca, fina y perfumada. Junto á una despensa bien provista estaba la cocina y al estremo de está el hogar con dos bancos á los lados, la caldera suspendida sobre el fuego y la campana por encima adornada á la redonda de embutidos, tasajos, peces salados y pernils.

En torno de aquella lumbre, durante las horas de la noche, el espíritu del siervo buscaba sus legítimos placeres despues de satisfecha el hambre que provocaba el ejercicio del trabajo. Encer-

rados en su casa y á hurtadillas, sacaban de un viejo arcon tal cual venerando libro de aquellos sustraídos á Moslema; y recordaban lo pasado, y razonaban sobre lo presente y hacian buenos propósitos para el porvenir.

Fanta solía visitar á la familia y unas veces les animaba en sus tareas, otras les sugería medios ingeniosos de resolver apuros y dificultades y otras veces apocaba su ánimo impresionable, sacando de la niebla y de la luz, del zumbido del vendabal y del retumbar del trueno, toda una creacion de sílfides, de ondinas, de elfos aviesos, ó gnomos invisibles.

A tiro de ballesta de la choza, sobre el arroyo que se despeñaba para fertilizar el valle, Báros no solo molía sino que preparaba paños y bayetas en estruendosos batanes. Pir reunió á todos los oficios que tenia ya el de entendido tintorero, y hasta Ánemos parecia como que se habia civilizado un tanto pues agarrado á unas velas redondas y horizontales sacaba en los terrenos de secano un caudal de agua de un pozo.

No hay duda: aquella debió ser la época en que Ántropos comenzó á convencerse que Pónos no le engañaba. La ausencia de los duendes entregados á sus devaneos, las taciturnas cavilaciones de Seuda á quien la sed de imperio devoraba, los amores platónicos de Dinamion, proporcionaron á nuestros amigos algunos dias de holgura y de sosiego, durante los cuales el hombre comprendió toda la dicha, todo el bienestar que su buen génio era capaz de proporcionarle.

VII. Todavía habia mas. Allá en el fondo de la choza, hácia la parte trasera bajo los olmos y castaños, ocultábanse sendas oficinas con telares, y tornos, y artificios, pero una en particular, la mas oculta, era la mas predilecta, y en ella pasaba Ántropos muchas de sus horas libres. ¡Cuántos sueños, cuántas ilusiones no acariciaba su mente desde que traspasaba el umbral de su siempre cerrada puerta! Allí estaba todo lo que se trajo del desierto cuando su atrevida fuga; allí los instrumentos y baratijas motivadas por las exigencias y los caprichos de Moslema. Un hornillo cuarteado por el fuego; crisoles con escorias y pavesas; vasos de cristal y vidrio; redomas y tubos; alambiques, garabatos y tenazas; piedras, raíces y drogas; esqueletos de murciélagos, culebras

y lagartos disecados; libros de los que salvó, tabletas con triángulos y círculos y signos; figuras cabalísticas ó raras; un mortero aquí, una balanza allá, unos fuelles acullá. Aquel era el laboratorio del alquimista, el estudio del astrólogo, porque las lecciones y consejos del buen génio, nunca pudieron disuadirle de aquélla afición pueril, y porque á la postre hubo de tolerársela aquel como cosa inofensiva.

Propóníase el bueno, el escelente Pónos sacar de ella para sus amigos utilidades y progresos.

Mas la pueril debilidad del hombre no se reducía buenamente á buscar como antaño la piedra filosofal, ó á leer en las estrellas los acontecimientos por venir. A semejantes resábios de su cautiverio bajo del gigante fantaseador, habíase contaminado por espíritu de imitación, con la liviandad de los trasgos en materia de ropas y ropajes. Ántropos no se creía en aptitud de soplar sobre las ascuas del hornillo ó de tirar un horóscopo si no autorizaba su personilla con misteriosa vestimenta. A este fin se habia fabricado un ropon negro ó bata rozagante, con sendas pieles de comadreja en los embozos, un capirote ó corozza puntiaguda cubierta de sibilíticos emblemas y unas enormes antiparras, remedo de las de Fobo, con las cuales pretendia ver mejor. Así disfrazado, con la barba por los pechos y una varilla (copia de la mágica de Pónos) entre los súcios y curtidos dedos, figurábase que la sabiduría acudiría mas propicia á sus elucubraciones.

Tal era el traje y tal el singular tugurio en el cual Ántropos pasaba las horas muertas pretendiendo trocar el barro en oro, y averiguar los destinos reservados á los objetos de su amor y su cariño. Por mas que al moler, fundir, combinar y amalgamar corriese tras una fantasma, Pónos hacia que de cuando en cuando sacase por casualidad de sus crisoles y retortas, simples ó compuestos útiles, con no pocas observaciones de valía. Pretendiendo loco averiguar un porvenir sujeto á mil cambios y mudanzas, sus insensatos devaneos le obligaban á estudiar los cielos, y si no leía en lo futuro, en cambio perfeccionaba el astrolábio, espliábbase los movimientos de los planetas y predecía con seguridad la vuelta de las estaciones ó los cambios y las peripecias en la atmósfera y en los elementos. ¡Admirable y sábia fatalidad que

le impelia hácia el progreso, hasta por los mas incomprendibles extravíos!

Dinamion en el entre tanto seguia arrojando con heroismo el guante á diestro y á siniestro. En medio de todo, fué grande ventura que su grandeza no pudiera penetrar en la cabaña de los siervos. De haber sospechado siquiera cuanto allí se contenia, tal vez la hubiera deshecho bajo su iracunda planta.

VIII. No hay para qué decir que esta especie de tregua en las incesantes exigencias de los tiranos del hombre, le permitieron adelantar y perfeccionarlo todo por mas que fuese á hurtadillas. Recordó lo que tenia en olvido; escuchó de nuevo las sábias máximas de Pónos, y á la sombra del escondido retiro volvió á ser observador y pensador, depositó en libros encantados los frutos de su esperiencia, y sintió, en fin, que á la par de astrólogo y alquimista, era médico, industrial, arquitecto, artista, matemático.

Verdad es que á sus antiguos devaneos añadia por entónces el de buscar el *elixir de la vida*, un elixir para vivir eternamente, mas á pesar de estos pequeños extravíos y flaquezas, lo cierto es que Ántropos se iba preparando de un modo providencial para el ejercicio de mayores libertades y al desenvolvimiento majestuoso de próximos y nobilísimos destinos.

CAPÍTULO XXVII.

I.—Servidumbre, intolerancia y supersticion de la edad media.—II.—Pretensiones dogmáticas contra la razon. Leyes naturales que las hacen nulas.—III.—Disensiones y disputas entre el Papado y el imperio. La avaricia del primero, hace comprender al hombre su verdadera tendencia.—IV.—A pesar de la intolerancia, la verdad, ó parte de la verdad se hace evidente y los esfuerzos del hombre varían de dirección. Albores de la filosofía experimentalista.—V.—Empieza á figurar el tercer estado, levantándose contra las inauditas vejaciones de los Señores feudales. Cita de una pena de caza de Borgoña. Papel de hilo.—VI.—Ciudades de tejedores y artesanos flamencos.—VII.—Arquitectura gótica. La envidia (*Petonosx*) se manifiesta desde luego entre los fabricantes.—VIII.—Batalla de Courtrai, primer triunfo decisivo de los obreros sobre los caballeros.—IX.—Invencion de la pólvora y sus efectos. El hombre se iguala con el hombre en el terreno de la fuerza.

I. No vayan á creer nuestros lectores, que todas eran dulzuras para Ántropos y su familia en la época que hemos bosquejado

al concluir el capítulo anterior. Todo menos eso. Comparada su condicion con la del esclavo antiguo, presentaba á la verdad un inmensísimo progreso. Ya no eran *ganado que habla*, tenían mucho de persona porque gracias á la suma incalculable de trabajo con que pagaron cada una de sus varias y numerosas redenciones, se sentían bastante fuertes de cuerpo y de inteligencia para hacerse respetar en algunas ya que no en todas las cosas. Empero todavía estaban lejos de aquella libertad á que aspiraban y tal vez sufriesen mas que en otros tiempos en razon á que su dignidad y su sensibilidad se habían desarrollado. Dinamion les tiranizaba de tal modo que no comían bocado sin darle la mejor parte; no podia moverse sin su venia; ni éste era esposo de su esposa, ni aquel hijo de su madre, ni la mujer otra cosa que un juguete; se les negaba derecho para todo menos para vivir y trabajar, y la crueldad de su Señor llegaba hasta tal extremo que si se hubiesen atrevido á cazar una perdiz, les habria colgado de una encina.

En cuanto á hablar ó pensar, solo podían hacerlo á puerta cerrada, á media noche en el rincon de su casa. A la menor palabra malsonante para los oídos de la consejera, fijábase las mordazas y hasta se obligaba al delincuente á quemarse la lengua con un hierro.

Todo adelanto no pedido, todo progreso espontáneo se reputaba por los opresores crimen de hechicería diabólica y era castigado sin piedad con los mas horribles y nunca imaginados tormentos.

II. Porque Seuda sostenia con una soberbia y arrogancia santas que la razon del hombre era una cosa maldita y que en cuanto á pensar nadie debia permitirse semejante desman en el imperio sin que ella dispusiera de antemano el cuándo, el cuánto y el cómo.

Afortunadamente la bruja ni podia ni sabia pensar todo lo que exigia la hechura y realizacion de los prodigios que su eterna codicia demandaba y la infeliz, como siempre, se agitó de nuevo dentro de un círculo vicioso. ¡No queria que se pensara sobre ciertas cosas y obligaba á los hombres sin embargo á estudiar la naturaleza con sus leyes todas, único libro y únicos preceptos que

pueden revelarnos sin error lo que ella se empeñaba en ocultar! Pero los tiempos se acercaban y en vano sería combatir las sábias leyes naturales de la encantada isla de Géa.

Vamos ahora á referir tres hechos cuya conjunta accion armónica cambiaron profundamente las relaciones recíprocas de todos los personajes de este cuento.

III. Ya hemos dicho que la vieja de las cien caretas se mostraba engreida y altanera hasta el punto de suscitar enemigos á su compadre y Señor. Su pasion por dominar era tan desatentada que olvidó el origen de su poder y riqueza y soñó con que el error y la mentira podrian sostenerse sin la fuerza.

Dinamion por su parte, ofendido é irritado intentó varias veces llegar hasta las colinas para escarmentar á su respetable amiga y reducirla á la obediencia, mas ésta, siempre vigilante, le suscitaba nuevos enemigos, le desvanecia con exorcismos y anatemas y cuándo se veia apurada muy de veras echaba mano de Alécia cuya palabra y virtud fueron en todos los tiempos verdaderamente irresistibles.

Concibese por lo tanto que á favor de tan inveteradas discusiones Ándros consiguiera mucho de la bruja y Ántropós bastante mas de Dinamion.

Sucedió, pues, que estando así las cosas comenzaron á padecer Seuda y Dinamion una verdadera enfermedad. Siempre habian tenido grande apego á las monedas, á las cajitas redondas de cobre, de plata y de oro que segun recordarán nuestros lectores (y algunos talvez lo sepan hasta por esperiencia propia) bastaba tan solo abrir arrojando las tapas por el aire para tener entre las manos aquello que se queria con la única condicion de que estuviese creado.

En la época que vamos refiriendo aquella aficion á la moneda comenzó á ser una enfermedad que en los tiempos sucesivos produjo segun veremos gravísimas consecuencias.

Dados estos antecedentes podemos decir ahora el segundo hecho que hemos indicado.

Seuda tenia á la hija de Pónos en el fondo de un pozo inaccesible en una de sus colinas. Nadie podia llegar hasta la esclava encantada si se exceptúa su padre, y éste gracias á su manto azul.

Era conveniente y hasta necesario que Ántropos llegase á ver y escuchar á Alécia porque ya dimos á entender en diferentes ocasiones que el génio tutelar del hombre si bien lo podia y ejecutaba todo cuando aquél se lo ordenaba carecia de iniciativa propia totalmente. Cuando Dinamion y Seuda pidieron con vivisimas instancias plata y mas plata, oro y mas oro, Ántropos por consejo de su protector manifestó que escaseaban ambos mucho y que solo presumia que abundaran en la colina de las *indulgencias*.

Esta colina era la misma en donde se encontraba el pozo en cuyo fondo padecia Alécia.

Los sempiternos esquiladores del trabajo ageno cayeron en el lazo que se les tendia y accedieron sin dificultad á que el minero penetrara con su zapa hasta las mismisimas entrañas de la vedada colina y diese con la prisionera al fin.

¡Cielos y en qué estado la encontró! ¡Cargada de cadenas, con una mordaza candente siempre sobre el lábio, ni se podia mover y escasamente respirar! El velo negro, siempre sujeto á su frente por el anillo de hierro, habia mermado sin embargo hasta por encima de las manos.

Alécia tenia por fin las manos libres.

IV. Ántropos concibió la esperanza de que alguna vez veria libre su pecho, y en seguida la boca dulce y sábia, y por fin la divina esplendorosa frente.

El siervo arrebató á Pónos su varita mágica, quitó la mordaza y las cadenas á la hija de su protector y la suplicó de rodillas que le dejase oír su voz dulce y celestial.

—Levántate, le dijo dulcemente Alécia. Ya es tiempo que vayas perdiendo la costumbre de doblar la rodilla á cada paso. Aprovechemos el tiempo. Nuestra conversacion tiene que ser muy breve por ahora. ¿Por qué malgastas así los esfuerzos de tu cuerpo, de tu cabeza y de tu corazon? ¿Vas á rivalizar con Anoya por ventura? ¿Qué es eso de piedras filosofales y elixires de la vida? ¿De qué sirven tus devaneos astrológicos que no acortan un ápice este velo mientras tus opresores me atormentan y te esquilman?

—Pero yo, Señora, replicó tímidamente Ántropos, experimento

en mi laboratorio, observo cuando velo para interrogar á las estrellas.

—Trabajas al revés y nada mas, repuso Alécia con dulzura. Antes de ser aprendiz quieres pasar por maestro. Te propones una solución forzada, *hacer* tal cosa y nada mas, cuando lo racional y lógico sería estudiar los elementos con que cuentas y ver en seguida lo que *puedes hacer* de ellos.

—Dime, pues, Señora, dime cómo, y te juro que te he de obedecer, exclamó el astrólogo-alquimista.

—A eso voy y brevemente, prosiguió la hija de Pónos, porque temo que seamos sorprendidos. Escúchame, y graba bien en tu memoria mis palabras. Dos cosas necesita el hombre, solo *para comenzar* á serlo: la libertad de su cuerpo y la libertad de su idea. Sin que desaparezcan para siempre esa argolla que oprime aun tu cintura, y esa ominosa mordaza que te priva de hablar á lo mejor, es imposible que bagas nada digno. El cinturón se quebrantará con armas superiores á las del gigante, armas que te permitan derrumbar el alcázar de la fuerza y convertir tu choza en un santuario. Lo primero es igualarse al tirano en el terreno de la fuerza.

—Muy fácilmente lo dices, interrumpió Pónos, pero mi poder no llega á tanto. Sabes que no tengo iniciativa. Todo lo contrario: si Dinamion pide á mi protegido otro castillo, á la fuerza le he de ayudar á construirle.

—Desconoces ¡oh padre! tu poder, prosiguió Alécia, como le desconocen todos aquellos cuyas facultades son inmensas. Con cualquiera cosa derrumbarás tú el alcázar. ¿Qué deseas? ¿La iniciativa? Yo la tomaré. Coge una piedra blanca como la nieve, otra amarilla como el oro y otra como el carbon negra, muélelas en las proporciones que diré, y con una almorzada de polvo negro que resulte, triturarás alcázares y castillos. Entónces esa argolla tan pesada, verás que se cae de suyo.

—¿Y en qué conoceré ese polvo negro? preguntó Ántropos con una curiosidad que no pudo reprimir.

—En su irresistible empuje, contestó la hija de Pónos.

—¿Y esta maldita mordaza? repuso el hombre temblando de ansiedad. ¿Cómo quitarla?

—Para quitársela, contestó Alécia, no hay sino un medio: multiplicar los libros infinitamente. Hareis con cada uno ciento, y con cada uno de estos, mil.

—¿Pero cómo? exclamó Ántropos.

—Con la cosa mas diminuta y al parecer despreciable; con un granito de lino, un pedacito de hierro y el humo de tu cabaña, concluyó diciendo Alécia. Mi padre te dirá cómo; si tú le dices clara y categóricamente lo que deseas; pero mi verdugo, la cruel Apénia viene. Adios. No olvides que lo primero es encontrar el polvo negro.

Ántropos y Pónos se retiraron con harto dolor de su corazón y no volvieron á ver á Alécia en mucho tiempo porque la bruja la sacó de allí y la encerró en otra parte.

Seguióse esplotando sin embargo el cerro de las indulgencias y Dios sólo sabe los tesoros que produjo.

V. Cuando el siervo salió á la luz despues de su entrevista con Alécia supo que habia sucedido entre Ándros y Dinamion un episodio extraordinario. El gigante tenia una pasión verdadera por la caza, no solo habia obligado al hombre á inventar y construir la ballesta sino que le hizo su alconero, le tuvo dias enteros cogiendo y amaestrando diferentes aves de rapiña y se dedicó con su vehemencia natural á cazar de altanería.

Parece ser, pues, que Ándros habia acompañado á su señor á uno de aquellos pasatiempos ostentosos y que estando sobre un cerro pasó una garza perseguida por uno de los mejores y mas valientesalcones. El mozo sin poderse contener hizo uso de su ballesta con tan menguada fortuna que elalcon y no la garza fué muerto por el bodoque. Entónces Dinamion ciego de rabia condenó al torpe tirador á un castigo que ya tenia anunciado, de increíble y refinada crueldad. Dispuso que al dia siguiente el resto de susalcones devoráran sobre el cuerpo del mancebo una cantidad de carne viva igual al peso delalcon muerto.

Ántropos se horrorizó cuando le contaron aquel lance.

Pero Ándros determinó durante la noche no sufrir ni un dia mas las demasías y vejaciones de los tiranos de su raza y llevando por delante media docena de animales de los mejores y mas útiles se puso en marcha por la tarde en dirección hácia el norte

y á la mañana siguiente ni le encontraron los duendes ni hubo quien diera razon del lugar de su refugio.

Con esto se tranquilizó algun tanto el padre y se puso á trabajar en busca de los dos portentos recomendados por Alécia.

Confeccionó varios polvos con todas las sustancias blancas, negras y amarillas que encontraba, pero no dió tan al pronto con el maravilloso polvo negro.

Entre tanto y á la vez, reflexionó que el lienzo salia de la simiente del lino, deshizo en pasta los trapos y fabricó un magnífico papel muy superior al de algodón.

—Ea, exclamó el fabricante alborozado. Todo requiere un principio. Vamos creando elementos para multiplicar los libros. Puede decirse que este papel ha salido del granito de lino que me dijo Alécia.

Mientras el padre se afanaba así, inspirado y sostenido por las palabras de la hija de Pónos, el hijo se alejaba por páramos y por selvas y establecia su casa en un rincon desapacible, pantanoso, formado de médanos y esteros.

VI.—Aquí, se dijo el muy sagaz, podré yo vivir y andar porque peso poco, pero si viene Dinamion el légamo cederá, y de seguro no podrá alcanzarme. Por de pronto, quitemos esta argolla, resto oprobioso de mi pesada cadena. Quiero ser libre ó morir.

Llamó en seguida al protector de su familia y le pidió su báculo y su ayuda para cubrir la comarca con los edificios, fábricas, portentos y maravillas que por órden de la bruja ó del gigante habia tenido que ejecutar en el imperio.

Esto bastará para que desde luego se comprenda que por arte de ensalmo se convirtieron los pantanos en pradales, los médanos en huertas y jardines; que tras la choza de tabla se construyó la casa y el establo, el invernáculo y la granja. Mas debemos añadir para ser en todo historiadores de conciencia, que entónces fué cuando el antiguo labrador puso por obra una mejora que ya tenia pensada. Este progreso que transformó la agricultura fué el practicar la rotacion en las cosechas, restituyendo así y por medio de convenientes abonos, aquel jugo y fuerza productora que al producir pierde la tierra.

Esto le aseguró desde luego el pan necesario en cada día, y como á pesar de todo la ingrátitud de aquel clima era tal y tan constante que el trigo se doraba apenas, y perecían de frío así la oliva y el naranjo, como el granado y limonero, Pónos, siempre ingenioso, siempre previsor, siempre solícito por el bienestar de la familia del hombre, aconsejó al rebelde que se dedicase á tejer paños y telas, á formar armas y utensilios, á trabajar la lana, el lino, el algodón, los metales, las tierras, las maderas, y le dijo que aprovechando así las muchas horas que se vería prisionero en casa por el rigor de las lluvias ó la abundancia de las nieves, podría con el tiempo ceder sus productos á los duendes de la isla, y aun al gigante Dinamion, para recibir en cambio trigo y arroz, vino y naranjas y aceitunas.

El mancebo con esto trabajó y trabajó y se hizo libre, y feliz y poderoso.

VII. Y no se vaya á creer que todos los productos de su industria fueron útiles y convenientes, sí, pero privados de hermosura. Aunque jóven é inesperto, se había criado oyendo á Fanta, entre las mejores obras de su padre, y las impresiones de los primeros años siempre dejan en el alma huella. Por esto no tardó en sentir pujos irresistibles de artista, aspiraciones de poeta, y es muy digno de notarse que como labrador, como habitante del campo, como amigo de la naturaleza, sus concepciones reflejaron la imágen de los objetos queridos. Así, cuando quiso levantar suntuosos templos, no imitó como su padre, las líneas tendidas y las formas de aquellas construcciones razonadas que recordará el lector, sino que alzó torres puntiagudas como el álamo; bóvedas que se parecían á las de los bosques porque eran como tejidas de ramas y sustentadas sobre derechos y elevados troncos; imitó el apuntado corte de las hojas en las ojivas de las puertas y ventanas; apiñó arranques junto á tierra como manojos de retoños; fué aligerando y acortando los arrimadizos á medida que se elevaban las pilastras, apoyadas en los botareles, á las nubes, del mismo modo que se aclara y se reduce por los altos el ramaje; cubrió el conjunto de flores y hojarasca, de pájaros y brutos asomando por aquí, pendientes allí, ocultos mas allá, como las aves en las copas, como los reptiles entre la maleza; y para que

nada, faltase al caprichoso, sublime y fantástico remedo, quiso que la luz le atravesara cual atraviesan los rayos del sol ó de la luna el aéreo bulto de un bosque, y caló la filigrana de las torres, y subió pasmosamente sus agujas, y cuando los encantados ojos contemplaban aquel poema de piedra, despertaban con su asombro sentimientos apacibles, memorias tristes y tiernas, aspiraciones divinas y celestes esperanzas.

No tardaron en llegar á oídos de Dinamion y de su corte los progresos del fugitivo, su actividad y su riqueza. Todos se maravillaron tanto como Gina se regocijó. El gigante pidió sus mejores armas y Seuda, siempre falaz, siempre artera, mandó para vigilar y descarriar al fabricante á la implacable Petonosa. Este trago sutil y rencoroso, llegó mucho antes que el guerrero á la colonia naciente. Su influencia sobre el ánimo del hijo no tardó en dejarse sentir de un modo muy lamentable, porque Ándros se hallaba triste y aburrido, deseaba la compañía de alguién y aceptó la primera con que se le brindara, aunque no fué la mas respetable y digna.

Mas tarde habremos de ver los resultados de la amistad y comercio de Petonosa con Ándros: por ahora nos cumple dar noticia breve de lo que le sucedió con el gigante.

VIII. Apenas se columbró la grande y brillante figura de Dinamion sobre los confines de la industriosa comarca, que el herrero tejedor cogió un espeque resuelto á perder la vida, y salió á retar al hasta entónces invencible caballero del bridon y la armadura. El iracundo gigante y su fogoso corcel, ó no vieron, ó despreciaron las lagunas, y al llegar á los primeros pantanos, Hipodonte se hundió hasta las rodillas, despues hasta los corvejones, y como el ímpetu de su carrera no le permitia detenerse, y el empuje de aquella masa de hierro le llevaba hácia adelante, perdió el equilibrio al fin, y caballo, y arnés y caballero se derribaron en el fango. Entónces Ándros, atrevido como mozo, se puso sobre el vencido, y con esfuerzo increíble le arrancó de los escarpes sus dos espuelas doradas.

Por esta circunstancia singular llamó á tan fortuita victoria *la jornada de las espuelas de oro*, y la celebró con razon como uno de los mas notables acontecimientos. En ella comprendió

por primera vez que Dinamion no era invencible, y que el ingenio, la diligencia, y el trabajo eran bastantes á vencer las fuerzas de los gigantes.

Las consecuencias de semejante enseñanza fueron de gran trascendencia para el hombre en los tiempos venideros.

Veinte y cuatro horas estuvo Dinamion revolcándose en aquel pantano, y en él con seguridad hubiera perecido, si al ver su muerte tan próxima no se hubiese allanado á tratar con el rebelde. Convínose tras largos dimes y diretes que el mozo conservaría la espuela como en señal de su triunfo, que Dinamion le dejaría gozar en paz de su trabajo, y que en prenda de la lealtad del convenio, el escudo de los cuadros primorosos se alzaria cual trofeo en medio del principal taller.

Ándros quiso tener á la vista para retemplar con ella su teson, aquella historia de bulto esculpida por su padre.

Arregladas de este modo las condiciones de la paz, el vencedor llamó á Pónos, y con su inestimable ayuda logró desembarazar de sus arneses á Dinamion é Hipodonte. Así pudieron salir ambos del trance en que se encontraban, si bien debo decir solo por vía de advertencia, que dejaron bajo el cieno, para no volverlas á recoger jamás, una buena parte de las armaduras, sobre todo del corcel. Cuando llegó Dinamion á su castillo solo llevaba sobre sí el casco sin el penacho, la coraza y espaldar y un brazal con su manopla.

No hay para qué encarecer ahora el despecho del áltivo campador al mirarse derrotado por un villano pigmeo, cuya preza se reducía á trabajar y cuyas manos en vez de blandir la lanza, movían la lanzadera.

La tristeza de su vencimiento hubiérale costado probablemente la vida, si Seuda no le hubiese hecho comprender que su palabra y juramento no le ligaban en cosa alguna, como exigidos por la fuerza de las circunstancias y concedidas á un villano. Entónces se consoló cual si en efecto fuese así, y respiró desastres y venganzas.

Todo fué inútil, no obstante: cuantos ataques intentó contra el mancebo, otros tantos fueron desbaratados por él con el auxilio de Pónos. En una sola ocasion estuvo el artesano en gran peli-

gro, y fué porque, desoyendo la voz de su protector, y desvanecido por la suerte prospera, se creyó un coloso, y con ínfulas de tal hizo que Pir le forjara una armadura, remedo diminuto de la de Dinamion, creyendo imbécil que en ella estaba la fuerza. Embarazado con su pesadumbre, en poco estuvo que no perdiera la vida con la libertad, pues á duras penas salió de los pantanos en los cuales á su vez se hundia. En ellos dejó tambien la cota y el bacinete para no volver á soñar en semejantes defensas, convencido de que la ligereza, la prontitud y la movilidad causan y rinden al hierro y al acero.

El término de este episodio, fué quedar el artesano por rey de la comarca nebulosa que desde entónces se llamó *el taller de las envidias*.

IX. En tanto que tenian lugar estos lances y batallas, Antropo seguia trabajando. De dia vióse obligado á suministrar lo que pidiera el gigante, aprovechando las pocas horas libres para atender á las innumerables exigencias de la bruja. De noche se encerraba en su laboratorio, y encubierto por las sombras molía y mezclaba en distintas proporciones todas las piedras negras como el carbon, blancas como la nieve y amarillas cual el oro. Se afanaba sin descanso tras el polvo negro anunciado por Alécia, y á pesar de sus afanes no veia que le sirvieran de mucho las diferentes mezclas hechas, aunque pasaban de ciento.

Cierto dia encontrábase nuestro alquimista vestido con el ropon, caladas las antiparras, encapillado el cucurucho, y moviendo con gentil compás la mano de su mortero. Dos de los ingredientes tenia ya dispuestos y á ellos agregó el tercero. Mas apenas se verificó la union de aquellas tres materias en determinadas proporciones, y apenas volvió á bailar sobre ellas la mano del almirante, cuando hubo un relámpago y un trueno horrisono, estruendoso, y la techumbre del taller fué arrojada á gran distancia, y las paredes se volcaron hácia fuera, y por el aire salieron con velocidad la mayor parte de los objetos raros y estraambóticos.

Las rodillas del alquimista chocaron una con otra, y estuvo á punto de caer en tierra. Habia cerrado los ojos de pavura, y cuando los abrió otra vez encontróse por ensalmo al aire libre.

Mas no fué esto lo mas estraordinario, sino que muchos de

los trebejos verdaderamente preciosos estaban en su lugar, respetados por la esplosion, mientras las piedras filosóficas, los elixires de la vida, los horóscopos, los vaticinios y otras muchas fruslerías tras de las cuales corrió algún tiempo sin tino, habían desaparecido para no volver. Intactas quedaron las retortas, el hornillo y los crisoles; las observaciones astronómicas, los simples y compuestos útiles, y hasta el mortero y la mano con que á la sazón molía. Los lagartos, sabandijas, horóscopos, elixires y amuletos no estaban en ninguna parte, y para colmo de la maravilla su cintura de hierro, la argolla de su antigua cadena, había caído hecha pedazos dejando su persona libre. Ántropos lo veía y apenas si daba fé al tacto ó á los ojos. Bien le constaba que la isla de Gé era encantada, pero así y todo parecía el suceso un punto mas que encantamiento.

Absorto se hubiese estado un tiempo indefinido, si el estruendo (que habia sido atronador, lo mismo en el alcázar que en la choza) no sobresaltara á todos y bullieran de allí á poco Señores y servidores para averiguar la causa.

El alquimista se hubo de apercebir del rebullificio, y repuesto del asombro acudió á su sempiterno consolador, al bálsamo de sus penas, al alivio de sus cuitas, al siempre fiel y siempre obediente Pónos.

—¿Qué es ello? preguntó el génio al llegar.

—¿Qué ha de ser? contestó Ántropos. Contempla los estragos del polvo negro que me anunció tu hija.

—¿Y por qué te asustas y te sobrecoges? continuó Pónos. Aquí hay un poco de trastorno, es verdad; el trastorno consiguiente á todas las invenciones. Por esto los cortos de vista y flacos de entendimiento, gritan contra lo nuevo siempre. Pero este trastorno y esta ruina, que si se comparan con los beneficios de la invencion (imposibles por de pronto de preveer,) parecen una verdadera calamidad, quedan reducidas á bien poca cosa para los que modifican su marcha al compás de los progresos. ¿Dónde está Gina?

—Felizmente subió esta mañana con provisiones al alcázar, y no bajará sino á la tarde, contestó Ántropos despojándose de su famoso traje y colocando sus prendas sobre un peral.

—Sea enhorabuena, continuó el génio. En ese caso el daño producido por el polvo es poca cosa, y en cambio sus beneficios han de ser incalculables.

El génio del trabajo se cercioró ante todo de que su protegido recordaba perfecta y exactamente los ingredientes, proporciones y composición del polvo negro, mas todavía discurrían sobre el caso cuando llegó á todo correr el negro para decir al alquimista que su Señor le esperaba en el castillo.

Cuando Melanio volvió á tomar el camino del alcázar, el génio volviéndose á su protegido le dijo apresuradamente.

—Ya lo ves, Ántropos: no hay innovacion sin lucha. Ahora no conviene presentarnos á Dinamion con las manos vacías. De seguro que te echaba encima otra cadena. Hagamos de prisa y con toda precaucion un poco de ese polvo negro, y él desarmará su cólera. Vamos, manos á la obra. Ahí tienes todavía tu mortero.

Ántropos, comprendiendo todo lo crítico del caso, eligió y pesó las cantidades precisas de las tres piedrecitas empleadas en la terrible composición, y confeccionó tanto del polvillo negro cuanto cabia en el hueco de la mano.

—Subamos á la presencia del gigante, dijo Pónos cuando vió la operacion concluida. Toma ese polvo y por el camino te diré lo que has de hacer y decir.

Ambos echaron á caminar hácia el castillo.

Tanto para amenizar aquel paseo quanto para instruir y precaver al hombre, Pónos le fué diciendo las excelencias de la novísima invencion, apuntando de pasada que aquel adelanto material al parecer, era en el fondo el progreso moral de mayor bulto que hiciera en toda su vida. Queriale dar á entender que igualado con el gigante en el terreno de la fuerza, desde aquel dia, y solo desde aquel dia, databa la redencion de su espíritu.

Ántropos sin embargo, comprendió poco de aquello porque Fanta habia acudido al fragor de la esplosion y colocándose sobre su hombro le fué contando con su vocecita suave, suave, suave las leyendas brillantes, risueñas y atrevidas que siempre cuenta á toda clase de inventores.

¡Qué más? Hasta Elpisa se presentó en el cielo en medio de su

nube de color de rosa toda bordada de plata, toda recamada de oro.

Hacia el comedio del camino se encontraron con Dinamion que iba en su busca impaciente.

—Ven acá, miserable siervo, gritó Dinamion sañudo cuando les vió bastante cerca. Como tardabas en obedecer mis órdenes, iba en persona para ver si las cumplías. ¿Así te entretienes en pueriles juegos, cuando debieras forjarme esas armas que tanto he menester? Díme, truhan ¿son estos tiempos para jugar á la pelota con tus tejas?

—Señor, le contestó Ántropos con mayor serenidad que la suya de costumbre al hablar con Dinamion; ni jugaba ni olvidé tus órdenes.

—Pues ¿qué hacías?

—Trabajaba.

—Lindo trabajo ¿y en qué?

—En aprisionar el rayo para ponerle á tu alcance. Te traigo un arma irresistible.

—Pero ¿dónde está? ¿dónde está?

—Aquí—en mi mano—mírala.

—¿Te burlas de mí, pigmeo? gritó el gigante rechinando los dientes de pura rabia. ¿Dónde traes esa arma, di, bellaco? ¿Es por ventura invisible?

—Ruégote, Señor, que no te enojés. Aquí en mi mano la tienes. Mírala bien: es este polvo.

Dinamion alargó el cuello hácia adelante, inclinó el rostro y abrió unos ojos tamaños al percibir unos cuantos granos negros que el siervo le presentaba en la concavidad de la mano izquierda. Quedóse como sin comprender una buena pausa, y despues de pestañear diversas veces como para apartar nubes ó telarañas de la vista, levantó la diestra con el índice tendido, y apuntando al polvo negro y alargando poco á poco el brazo, rompió de súbito en estruendosa carcajada, y tanto se regocijó, que apenas si tenerse en pié podía.

Todos los que se hallaban al alcance de bocina se taparon los oídos para no quedarse sordos, pues era aquel reír alegre el mas ruidoso reír que han escuchado los siglos.

—¡Donosa invencion á fé! decia el gigante volviendo una y cien veces á su indómito reir en medio del cual, hasta las lágrimas se asomaron presurosas á las ventanas de los ojos. ¡Donosa invencion! ¡Sublime! ¡Vaya una lanza! ¡Grande escudo! ¡Magnífica armadura! Supongo que para hacerla producir su efecto, habré de coger bonitamente á mis enemigos, suplicarles que abran bien la boca, é introducirles en ella cortesmente cuanto cabe entre el pulgar y el índice. ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Qué ocurrencial! ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí! ¡Donosa, donosísima invencion!

—Rie en buen hora, Señor, exclamó Pónos, mas permite que mi protegido te haga ver los efectos del arma de que te burlas. No es justo rechazar aquello que ni remotamente se conoce.

—Sea como dices, contestó Dinamion. Quiero reirme un poco mas. Hágase la prueba.

Ántropos con esto se aproximó á una peña inmensa de esas que se suelen ver rodadas al pié de las colinas, cuyo tamaño era igual casi casi al de su choza. Metióse debajo de ella, escarbó un hoyuelo diligente, puso en aquella mina el polvo negro y salió mas que de prisá para retirarse á no muy grande distancia. Unos instantes despues hubo un relámpago y un trueno, y la peña atravesó los aires con increíble velocidad yendo por acaso á dar contra uno de los torreones del castillo. Al rudo golpe desplomóse el torreón con gran estrépito, y sus muros, bóvedas y almenas se convirtieron en un monton de ruinas.

Dinamion se puso sério. Restregóse los ojos como para cerciorarse de que no soñaba y luego se le oyó murmurar. «Pues si esa mole me hubiese dado en el cuerpo... ¡adiós casco y escudo y coselete.... A ser posible dirigir la puntería, habria de renunciar á mi armadura.»

—Dí, siervo, prosiguió luego en alta voz. ¿Te atreves á dirigir con igual precision todos tus tiros?

—Me parece, contestó Ántropos, que en queriendo Pónos, con el tiempo, la práctica y la observacion podremos herir una mosca por el aire siempre que se la distinga.

—Entónces, exclamó el gigante, ya á nadie puedo temer. Hazme mucho, mucho, mucho de ese maravilloso polvo negro.

Pensativo por demás entró Dinamion en su castillo por la

brecha abierta en la muralla. Contemplaba atónito el estrago y teniase así por vencedor de enemigos y rebeldes, como por árbitro supremo de libertades, vidas y destinos. En poseyendo aquellos rayos proponiase lanzarlos como las gotas de la lluvia á diestro y á siniestro.

Ántropos tambien, á pesar de cuanto le decia Pónos, creia que poner aquella facultad de destruir en manos de Dinamion era notable imprudencia, y recelaba que guiado, por la bruja llegaría á convertir en pavesas la isla toda, para ser por siempre y para siempre tirano de él y de los suyos. Su temor crecía, crecía á medida que fué fabricando polvo.

Cuando vió llenos de aquel instrumento de destrucción y muerte dos toneles altos como su estatura y en amplitud proporcionados, suspiraba con tristeza y hablando consigo mismo se decía:

—¡Cuánto llanto, cuánto luto encierran esos dos toneles! ¿Qué misterioso destino será el nuestro, que así nos hace trabajar en obras de destrucción? ¡Ah! Pónos, Pónos.

—Tu amo llega, exclamó el génio apareciendo. ¿Has llenado los dos toneles con el polvo?

—Aquí los tienes repletos. La gran dificultad es ahora subirlos al alcázar.

—Eso corre de mi cuenta. Prepárate para grandes acontecimientos.

La voz del gigante que se acercaba corriendo puso fin á su coloquio.

Impaciente Dinamion con la tardanza venia á meter al siervo prisero.

—Vamos á ver, dijo al hombre cuando llegó al laboratorio. ¿Has terminado ya esos rayos y centellas?

—Aquí tienes, Señor, replicó Ántropos, las bastantes para conmover al mundo.

—Pues arriba con ello, á mi castillo.

—Señor, interrumpió Pónos. Todavía habrás de esperar un día. Vé lo que pesan los toneles: Ántropos necesitará tres yuntas para cada uno, y el paso de los bueyes es muy tarde. Si fuese tan fuerte como tú, allí estarían en un periquete.

—Y lo estarán exclamó Dinamion recogiendo ambos toneles con los dedos de la mano izquierda, como quien coge dos vasos. Ningun trabajo me cuesta, y así, sin mas dilaciones, los encerraré en el sótano mas hondo, bajo veinticinco llaves. ¡Ahí es nada! ¡Dos toneles de rayos nada menos!

Y así diciendo dió la vuelta muy ufano á su castillo llevándose el polvo negro.

Pónos cogió al hombre por el brazo y se llevó el índice á los lábios para decirle que esperase en silencio.

Ántropos se quedó estático viendo desaparecer á Dinamion y fijó los ojos en el alcázar.

Pasaron unos minutos, despues otros, despues otros, y la ansiedad del hombre crecia y crecia, y su corazón palpitaba hasta el punto de herirle dolorosamente el pecho. Momentos crueles de duda y de temor fueron aquellos. A los pocos instantes toda su sangre se agolpaba á la cabeza. En unos cuantos momentos sentia que habia vivido siglos.

Por fin un relámpago como ningun otro, una luz que borraba las sombras del mismo sol, surgió del cerro del castillo. Viéronse instantáneamente en alto murallas y torreones, sobre un piélagos de fuego; oyóse casi en seguida el trueno mas espantoso; tembló la tierra, repitieron los ecos de los valles aquella esplosion horrible, y cuando el viento hubo arrastrado el torbellino que veló en los primeros momentos la catástrofe, aparecieron cerro, castillo, torres y altos muros convertidos en monton de ruinas.

El maravilloso polvo negro lo habia nivelado todo.

Bien pronto advirtieron los dos espectadores que algunos escarbando, valiéndose de las uñas y parte de los dientes iban desmenuzando sus descompuertas personalias y que apenas sacaban de entre las piedras los huesos que tenían como en comas echaban á correr desparatidos, desgrahados, ciegos de terror sin propósito sin rumbo.

CAPÍTULO XXVIII.

I. — La invención de la pólvora conmueve y perturba al mundo. — II. — Episodio para amenizar el cuento. — III. — La fuerza bruta pierde casi toda su preponderancia. — IV. — Nueva alianza de las dos fuerzas que explotan el trabajo ajeno en la cual comienza á preponderar la mentira (*Seuda*). — V. — Crecimiento del poder papal. — VI. — Primeros ensayos para imprimir. — VII. — Desaparición de la caballería con la invención de la pólvora. — VIII. — Invención de la imprenta. — IX. — Primeros esfuerzos desalentados de la fuerza y la mentira por destruir la imprenta. — X. — Censura contra la imprenta y establecimiento de la inquisición. Establecimiento de la censura previa. Los hombres auxilian estos ataques con sus rivalidades y odios nacionales.

I. La primera esplosion del polvo negro conmovió de mar á mar á la encantada isla de Gé. Lo grandioso de aquel sacudimiento, su fragor y sus estragos, hicieron enmudecer al alquimista y meditar al mismo Pónos. La sacudida fué á manera de terremoto y todo se conmovió. Apenas si hubo castillo, templo ó palacio que no quedara resentido, todo cuarteado y lleno de arriba á abajo de hendiduras.

Mientras el hombre veía confusamente algunas de aquellas novedades, notó en el polvo cierta especie de hervidero y entre las ruinas bullir como reptiles y aun asomar hocicos, garras y cabezas, á la manera de lo que sucede cuando la pala del arado deshace un numeroso hormiguero ó revuelve un nido de escarabajos. Era evidente que debajo de los escombros agitábanse varios de los duendes, enterrados por lo visto en vida, quienes pugnaban por sacar sus cuerpos á la luz.

Bien pronto advirtieron los dos espectadores que algunos, escarbando, valiéndose de las uñas y hasta de los dientes, iban desembarazando sus descompuestas personillas y que apenas sacaban de entre las piedras los piés, que tenian como en cormas, echaban á correr despavoridos, desgrenaados, ciegos de terror sin propósito, sin rumbo.

Ántropos, desde el primero, no pudo contener la risa; tanto era el lance para ello que hasta Pónos reía de buena gana. Aso- maba un trasgo el empolvado rostro con espresión risible de pavor; agitaba nerviosamente el cuello hasta desprender los brazos; entónces se afianzaba con las garras; agitábase con redo- blado ardor; desprendía poco á poco el corpezuelo, y una vez libre de prisiones, sin tender la mano á sus demás camaradas, sin mirar siquiera atrás, partía como conejo á quien sorprende el huron en la soterrada madriguera y tropezaba y caía y tornaba á levantarse y á correr con ademanes cómicos de susto.

El siervo se revolcaba sobre la yerba con los puños en los vacíos, vertía lágrimas de risa, y en voces inconexas es- clamaba.

—No puedo mas, —no puedo mas.— Este rato compensa muchos sinsabores.—¡Oh, bendito, bendito polvo negro!—Solo siento que no estén aquí para presenciar el lance mi hijo!... y mi...!

II. La risa se le atravesó en la boca: de un brinco se puso en pié.

—¡Y Gina! exclamó con acento de amargura. ¡Oh desventura- do, tres veces desventurado Ántropos! ¿Cómo pudiste olvidar que estaba tu mujer en el castillo?

Y el pobre siervo, con el corazón transido, cayó como una piedra, sin conocimiento, á los piés del consternado Pónos.

El génio se embozó en el manto azul.

Iba en busca de socorro por lo visto. Por el lado opuesto de la ruinas del castillo llegaban Seuda y Anoya.

—¡Qué trastorno! ¡Qué revolucion! exclamó la consejera al con- templar los escombros. ¡Y Dinamion? ¡Cielos! ¿Si habrá perecido? ¡Qué trastorno! ¡Qué trastorno!

En aquel instante una voz triste, doliente, congojosa, pero tan estentórea y fuerte que la repitieron lúgubres hasta los ecos mas lejanos, se oyó que decia poco á poco.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Maldito siervo! ¡Venganza! ¡Ira de jigante! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

—Esos lamentós son de nuestro Señor, exclamó Seuda. Cor- ramos en su auxilio.

Ambas echaron á caminar guiadas por los quejidos lastimeros, cada vez mas próximos y sostenidos, y por ellos llegaron á donde se encontraba el gigante medio sepulto entre piedras y cascotes, á tiempo que acudían otros duendes que tambien habian escapado ilesos de la terrible catástrofe.

Quando estuvieron cerca, Dinamion hizo un esfuerzo supremo y se sentó sobre las ruinas. Levóse las manos ensangrentadas á la cabellera para separarla de su rostro.

Seuda, Anoya y los demás retrocedieron horrorizados.

Su frente vertía sangre.

Habia perdido los dos ojos.

Suzconsejera y sus duendes que le contemplaban sin poder hablar de puro horror, advirtieron que el ciego se puso á palpar las ruinas y que empezó á mover las piedras y á escuchar alternativamente recogiendo hasta el aliento.

—Válanme los dioses, exclamó Seuda por fin. ¿Qué buscas Señor fuerte, invencible y delicioso?

El gigante siguió escarbando y escuchando.

—Pero ¿qué buscas Señor? tornó á preguntar la bruja.

—Qué he de buscar señora mia y muy taimada, contestó por fin Dinamion incorporándose pero sin ponerse en pié. ¿A quién quieres tú que busque sino á Gina?

Y al pronunciar aquellas palabras sacó á la mujer del hueco de un nicho no arruinado, cuyas robustas dovelas la habian servido con su bóveda de salvacion y de escudo.

En aquel instante mismo Ántropos volvía en sí, y como quiera que al presenciar la generosidad de su tirano su corazón se inundó de gratitud y su alma de remordimientos, corrió hácia las ruinas sobre las cuales se hallaba sentado, Dinamion y cayendo de rodillas dijo:

—Perdon, Señor, perdonadme aunque no es mia la culpa, porque en verdad, en verdad, que no fubuyo quien los propuso meter el polvo negro en el castillo. Vuestro siervo soy: mandadme.

—¡Ah villano, traidor y mal nacido canalla! rugió el gigante dejando en el suelo á la mujer. Esta será la última traicion que me hagas.

Así diciendo cogió á tientas una mole enorme y la alzó sobre Ántropos para aplastarle de una vez.

—¡Piedad! ¡piedad! gritó en congoja la mujer, levantando por el aire la presea consabida que súbito se desató del cuello.

Los brazos de Dinamion quedaron inmóviles cual los de una estatua, y sus bríos como enclavados en el aire.

—Sea como tú desees, suspiró el coloso después de una pausa corta. Caro me cuesta tu canto. Pero ¿qué hacer? Ahora que es toy sin vista tu voz será lo único que me solace.

—¡Justos cielos! exclamó la bruja. ¿Es posible que vuelvas á las andadas? ¿Vas á fiarte de nuevo de los que te han puesto como te ves? ¿Así abdicas tu sagrada autoridad? ¿Así intentas comprometer el orden? Vuelve en tí, Dinamion, vuelve en tí.

—¿Qué quieres? murmuró el coloso suspirando. Si antes no pudimos satisfacer nuestras necesidades y caprichos sino por medio del trabajo de los siervos ¿cómo quieres que esterminé al que nos queda? ¿Estás dispuesta á trabajar por tí y por mí?

—Eso no, interrumpió la bruja. ¡Vaya una proposición! Mi ministerio me lo impide.

IV.—Pues entónces?, añadió el gigante. Acabense nuestras disputas. Unámonos para siempre. El siervo manejará por mí y en mi defensa ese maldito polvo negro, tú tendrás la vista en todo y yo destruiré la isla cuando sea menester.

Y poniéndose en pié concluyó diciendo:

—Ven á mis brazos antigua y entrañable consejera. Desde ellos me guiarás á otro castillo mientras Ántropos me vuelve á fabricar los rayos indispensables para castigar al rebelde traidor y hacer sus riquezas nuestras.

Desde este célebre abrazo y estas célebres palabras nunca volvieron á hablar la consejera y el gigante en singular: cuando hablaba cualquiera de ellos decía siempre «*nosotros*».

Después de la invencion del polvo negro principió para los trabajadores una novísima existencia. Sus egregios esquilmadores comprendieron que si Dinamion habia podido hacer hasta allí el primer papel, ahora le tenia que hacer Seuda.

A tiempos distintos, distintos protagonistas.

El primer cuidado de la astuta bruja fué ocultar á Alecia

de tal modo que nadie pudiera saber el estado de su manto pues como ya le observaba ella misma con un esmero increíble, se asustó al cerciorarse en persona de lo que había acertado con la última invención.

Su segundo afán consistió en idear toda clase de arterias para que Ántropos y su familia no se movieran ni respiraran sin su permiso, ni tuviesen pensamiento ó sentimiento alguno que ella no llegara á saber apenas germinasen en su corazón ó en su cabeza. Para privarles de toda iniciativa no solo restableció sus antiguos cruelísimos castigos sino que revisó, modificó, enmendó y perfeccionó su antiguo infierno. Para todo tenía el fuego eterno, el asar eterno, el eterno freír, el eterno descuartizar, el eterno desollar y en una palabra el sempiterno sufrir. Como no quería comprender que los causantes de casi toda la suma de dolor que empañaba la hermosura y la bondad armónicas de la encantada isla de Gé eran ella y su Señor, creó un verdadero sistema complicado de sacrílegas blasfemias en que acusaba en todos los tonos de injusticia gratuita y estúpida crueldad al gran encantador Teo tres veces sabio, tres veces justo, tres veces bondadoso: No contenta con suspender sobre la cabeza de los míseros mortales toda una eternidad de penas y tormentos hasta por los actos más inocentes de su naturaleza frágil, les aconsejó con la palabra y el ejemplo de manera que se descarriasen diez veces en cada hora y creó una especie de prision ó de depósito, verdadero registro de *sospechas pendientes*, en el cual metía cuando se la antojaba á los que ningún pecado cometieron y de allí nadie salía sin soltar una moneda. ¡Sublime é ingeniosísima invención que nadie pudo igualar bajo el punto de vista mercantil!

Finalmente, para que nada faltase á su sistema inquisitorial instituyó como precepto que el hombre, pero sobre todo la mujer, habían de confesarla de tiempo en tiempo lo que hicieran, pensarán ó sintiesen. ¡Bien sospechaba ella que en obligando á hablar á la mujer pocos secretos tendrían en la casa!

VI. Y sin embargo los hubo. Ántropos recordando aquello que le convenia de sus antiguos escesos de alquimista y de mecánico había condensado el humo en negro, había forjado y grabado el hierro, y encerrado á media noche con su génio tutelar pugnaba

por satisfacer la necesidad que le indicara Alécia haciendo con aquellas dos cosas y el papel (fruto del grano de lino) con cada libro conocido ciento, y con cada uno de estos ciento, mil.

No cansaremos al lector con descripciones ociosas que por otra parte puede averiguar si en ello tiene interés. Nuestro propósito es mas alto y por eso hemos de decir aquí los primeros resultados de los esfuerzos ocultos del buen Ántropos. No llegó á producir de un solo golpe cien libros con cada uno y con uno de estos mil, pero construyó una máquina algo tosca por de pronto que le daba diez por uno.

—Adelante, le decia Pónos. Esto es algo y además acuérdate que ninguna invencion sale de tus manos sin defecto. Inventar es como nacer: despues queda el trabajo verdaderamente paternal de enmendar, perfeccionar, corregir. ¡Avante, amigo mio, avante!

Decretada la nueva forma de gobierno, los dos próceres de la isla tocaron á ayuntamiento, y Seuda pasó revista al escuadron de todos sus servidores. Halló que no pocos de los mas tercios y leales yacian enterrados bajo las enormes ruinas.

VII. El gigante tuvo una lágrima y un suspiro para muchos, mas cuando no pudo contener su desconsuelo fué al saber que Hipodonte, su potro colosal, su corcel noble y valiente, tambien habia perecido.

Inmenso fué su dolor en los primeros instantes, y aunque despues se afaná por desenterrar y resucitar al potro, la isla de Gé jamás volvió á contemplar su antigua gallardía, que pereció segun acaba de verse para los siglos de los siglos con la invencion del polvo negro.

Veamos qué hacia Ándros en tanto que tenian lugar en casa de Seuda y Dinamion las anteriores novedades.

En una de las varias ocasiones que le era indispensable llamar á su lado á Pónos, supo por éste y por los duendes (que ya le visitaban con estremada confianza sin duda á causa de su prosperidad) supo, digo, los extraordinarios y nunca vistos acontecimientos.

—Pues yo tambien, exclamó, yo tambien deseo verme libre de esta mordaza que me envilece y oprime.

—En camino estamos para lograrlo, dijo Pónos. No hemos de tardar en conseguirlo.

—Es que yo quiero que sea ahora, sobre la marcha, insistió el desvanecido menestral, y cuando yo quiero una cosa á ti solo te toca obedecerme.

VIII. Pónos entónces le esplicó todo lo que habia adelantado su padre para cumplir el segundo portento indicado por Alécia. Entónces Ándros con una voluntad de hierro y el áureo báculo del génio, perfeccionó de tal manera la tosca máquina de Ántropos que construyó otra casi casi animada que devoraba por un lado resmas y mas resmas de papel, y arrojaba por el otro una verdadera lluvia de libros maravillosos. Tenian alas inquietas y ligeras que les llevaban en todas direcciones por el aire, y mas que libros parecian cajas mecánicas de música porque las palabras que contenian se dejaban de continuo oír lejos y cerca, aquí y allí, arriba y abajo.

Desde las primeras lluvias desaparecieron sin saber por dónde las mordazas así del hijo como de su padre.

Figúrense ahora nuestros pacientes lectores la sorpresa de Seuda y de Dinamion cuando llegaron revoloteando en rededor de su castillo una, dos y tres bandadas de aquellos libros parlanchines. Las mejores máximas de Alécia, los cantos de mayor inspiración de Gina, las lecciones sapientísimas de Pónos, los frutos de la esperiencia antigua salvados y recogidos por Moslema, todo lo que la bruja queria tener oculto y destruir, todo se empezaba á recordar en pleno dia, todo, todo llegaba á los oídos de los habitantes atónitos de Gé para envalentonar y sostener á unos, para acusar y herir á otros.

IX. Aquella inesperada plaga penetró hasta en los salones, morada de la autoridad y del poder. Era muy de ver y muy curioso presenciar la pueril y vana diligencia con la cual gigante y bruja, pugnaron en los primeros momentos por esterminar aquellos molestos huéspedes, el primero con su espada, y armada la segunda con un colosal hisopo.

Al fin hubieron de convencerse que era inútil dar palos de ciego contra aquellos entecillos mas molestos que las moscas. Ya los libros tenian alas y no podian ser habidos como antaño para

repetir las destrucciones en masa de los tiempos de Moslema y otros infinitos.

—Descansemos y pensemos, dijo Seuda á su Señor. Contra semejantes enemigos de nada sirve la ira. Esta es una traicion de Pónos. Averigüemos bien el caso y apelemos á la astucia, al engaño, al fraude.

Lo primero que hizo Seuda fué el examinar por sí el estado del velo de la esclava. Con asombro y con temor pudo cerciorarse la infeliz que habia duplicado la clara luz que despedia porque el manto del encantamiento llegaba ya muy cerca de los codos.

—¡Cielos! exclamó la consejera. Otra media docena de prodigios y se van á ver palpablemente los latidos de su corazon.

X. Veinticuatro horas seguidas estuvo la consejera con la barba sobre las palmas de la mano cavilando y cavilando una série y otra série de enredos, embustes y trapacerías para venir á determinar en conclusion que no habia sino dos remedios contra la invencion de los libros encantados, á favor de cuyos dos remedios se volviesen á enterrar en el misterio de su dogma todas aquellas ideas peligrosas que de balde y sin trabajo ponian al alcance de cualquiera. Estos dos remedios eran: seguir atemorizando á todo el que trabajase y produjese con la amenaza constante de unos castigos eternos, y escitar la envidia y la rivalidad entre el padre y el hijo, la antipatía y la desconfianza entre el esposo y la mujer, y hasta la discordia y el horror entre Ándros y su misma madre.

Formado este plan impio Seuda llamó á sus secuaces y distribuyó entre todos los diferentes papeles cuyo cabal desempeño habia de conducir al resultado apetecido.

Tambien aquí quiso que la auxiliase con su charla la famosa amiga de la sabiduría. Apenas, no obstante, abrió la boca y dió principio á una de sus peroratas que era por lo tanto grandilocuente, sublime, laberíntica, cuando todos comenzaron á reir y aun la misma Anoya se reia.

Esta circunstancia fué tanto mas de admirar y mas notable, cuanto que la panzada y locuaz amiga de la sabiduría iba sacando resábios de coqueta en medio de sus continuas aspiraciones á la reputacion de seria, sesuda, grave. Comenzaba por ejemplo á

engalanar su traje siempre negro con algunos toques blancos en el cuello y en los puños. Este realce artístico y coqueton procuraba Anoya entónces, y procura todavía, que fuese de lino blanco, fino y perfumado.

Pero en fin, ello es que á pesar del traje y del piquito de oro todos en coro se rieron.

La bruja sin embargo no amainó. Estableció una verdadera inquisicion para hacer efectiva y muy reales las penas horriblemente crueles que su inventiva infernal venia predicando hacia tiempo. Hasta allí las habia practicado en detalle; desde que se cercioró del poder irresistible que iban adquiriendo los vasallos se propuso realizarlas al por mayor. Así empezó la página mas cruel de su historia cruefísima.

Por añadidura y como por adorno, sobre este fondo de color de sangre la taimada esquiladora armó á varios de sus duendes con redes de malla fuertes y menudas parecidas á esas que nuestros pescadores llaman redes *de capillo*. Díjoles que se introdujeran con cualquiera pretesto cerca de las nuevas máquinas, y que en acecho noche y dia pescaran cuantos libros vomitasen y no les permitieran volar si repetian una sola palabra mal sonante para sus santos oídos.

Claro está que con aquella prevencion no podian surcar el aire libre sino los libros insulsos, defensores de las nécias argucias de los duendes, ó rematadamente tontos.

Para que Ántropos ni Ándros no ofreciesen resistencia á la maquiavélica invencion fomentó su envidia, su codicia, sus rivalidades con tal arte y maña tan infernal, que hay quien opina que aquellos ódios infundados duran y hacen sus estragos todavía.

Y sin embargo el gran impulso estaba dado: tras de las dos grandes invenciones que acabamos de decir vinieron otras casi tan grandiosas para redimir al hombre de su natural debilidad y reducir á la impotencia á Seuda á pesar de sus enredos y de su célebre cuanto ominosa inquisicion.

CAPÍTULO XXIX.

I.—Los esquiladores del trabajo ajeno, procuran alargar su reinado con la máxima de «*divide y vencerás.*»—II.—La fuerza utiliza la invención de la pólvora instituyendo los ejércitos permanentes.—III.—Preocupaciones que procuran sustituir los zánganos á las sencillas ideas de trabajo, de virtud y de justicia.—IV.—Aduanas.—V.—Gremios, títulos y privilegios para reglamentar y esclavizar el trabajo.—VI.—Los milagros como ejemplo de las aberraciones é ignorancia en materia del trabajo ó sea de lo posible é imposible.—VII.—Las necesidades reales ó ficticias (*pasiones*) arrollan todas las invenciones de la maldad ó de la holganza.—VIII.—El trabajo adivina la América.—IX.—Historia de Cristóbal Colon.—X.—Una mujer (*Isabel la Católica*) vuelve á auxiliar al hombre, gracias á tener personalidad y propiedad.—XI.—Descubrimiento de América.—XII.—Efectos del oro ó de las riquezas que no son producto del trabajo.

I. La zozobra y sobresalto ocasionados por las dos grandes invenciones que acabamos de indicar tenían harto fundamento para que Seuda y Dinamion de día ni de noche descansaran. Desde el momento en que el padre se decidiese á emplear el polvo negro por sí y en beneficio de los suyos, las fuerzas y el valor de su amo ciego no podían luchar con el vasallo.

Por lo tanto el constante afán de los esquiladores entónces, luego y despues, fué ocultar á los obreros de la idea y la materia lo que valían y podían, manteniéndoles separados, desunidos, rencorosos.

Libres ya de las mordazas nuestros hombres, sus amos sin criados bastante valientes y robustos para ponerlas á la fuerza, Ántropos y Ándros serían en breve superiores á la bruja hasta en sagacidad, travesura é inventiva, porque cada uno de sus pensamientos se multiplicaba tan pasmosamente con la invención de la encantada imprenta que se repetía sin cesar aquello de la cola del caballo: cada libro por sí era una crin débil y sin resistencia; juntos en manojo no había fuerza ni medio de romperlos.

Era evidente que los humildes vasallos disponían ya de dos instrumentos poderosísimos para emancipar completamente su

cuerpo en el terreno de la fuerza y para redimir su espíritu en mas sublimes regiones.

Aquí tambien se habia realizado el ciclo providencial revelado tantas veces al obrero por el admirable Pónos: un par de adelantos puramente materiales eran origen y causa de un progreso nuevo para la inteligencia, y este correlativo desarrollo habria de terminar (para dar fruto y ser imperecedero) en un progreso moral proporcionado. El interés de la cada vez mas preponderante Seuda estaba en evitar el cumplimiento de este ciclo. Por eso al entorpecer cuanto podia la accion de los inventos nuevos procuraba sustituir el amor entre la familia humana por las pasiones mas miserables y mas ruines.

Uno de los medios predilectos de que empezó á servirse por entónces, fué inducir al padre á lanzar una bandada de libros dictados por ella misma para herir y mortificar al hijo y hacer que sus emisarios consiguieran otro tanto de este, allá en el prósero *taller de las envidias*.

II. Dinamion por su parte no se descuidó aunque ciego. Exigió de Ántropos una buena cantidad del irresistible polvo, aprendió á manejarle con prudencia é hizo que su vasallo se valiera de él contra sus enemigos y jigantes. Tanto temió que el vasallo le utilizara contra él, que además de obligarle á fabricar en su presencia, le estancó poniendo cien trasgos para vigilar, inquirir y recoger, cargó con paquetes y cartuchos para cada caso y se impuso una guardia permanente, un servicio que cobraba á peso de oro.

No diremos aquí las proezas, que él llamó gloriosas, realizadas con el polvo negro. Repetimos una vez por todas que nuestra historia discurre á mas altura. Empero no podemos menos de indicar que auxiliado por su consejera y servido por el hombre, consiguió que Ándros le reconociese por amigo y protector movido por el deseo de no ser menos que el padre.

¡Oh y cuán crédulos y cuán sencillos fueron en todos tiempos nuestros hombres! Durante muchos, muchos días se gozaron y entusiasmaron viendo como destruía Dinamion periódica y alternativamente el fruto de su trabajo. Cuando la destruccion recaía sobre el hijo se figuraba el padre que habia alcanzado un triunfo:

cuando el hijo lograba que su tirano desbiciera cuanto poseia Ántropos, creia Ándros que su gloria habia llegado al apogeo.

Dicho se está que en estos dias de guerra no se descuidaban en apropiarse lo que mas les convenia ni Dinamion ni la bruja.

En tiempos de paz ya no era tan fácil esquilmar como antes, y sin embargo con unos cuantos ardides se esquilmo. Diremos algo del cómo.

III. Bien recordará el lector que el mas antiguo y mas célebre fué el de inventar palabras grandilocuas vacías de sentido ó viciar la significacion de las mas claras y hermosas. ¿Cómo habia de no echar mano Seuda en la ocasion presente de semejante recurso? Bajo la palabra de *independencia* fomentó el odio entre Ándros y su padre; á favor de la de *prolección* instituyó un sistema singular de trabas, sisas y despojos, y en fin, con la hueca y altisonante de *honor* disimuló flaquezas y mentecateces, ensalzando y glorificando crímenes.

Pongamos algun ejemplo.

IV. Bajo la influencia de la bella palabra *independencia*, Ántropos y su hijo desconfiaban uno de otro, daban oido á cuantos temores absurdos y recelos sin fundamento les sugirieron sus tiranos, y comenzaron á rodearse de murallas, de fosos y de abismos, ambos á más y mejor.

Pero Seuda ansiaba á pesar de todo poseer las telas y los artefactos en cuya elaboracion Ándros era cada vez mas hábil, y de aquí que como siempre quisiera un imposible: el comercio pero no sus consecuencias.

Cavilando, cavilando, dispuso que en los muros construidos por el hombre, como tambien en los fosos y zanjas del ya célebre taller, se dejasen unos cuantos pasadizos muy estrechos á modo de troneras, cuyas prolongadas caras interiores hizo guarnecer con millares de agudos y bien templados anzuelos. Estas especies de puertas eran los puntos únicos para entrar y para salir, y así con esta invencion logró varias ventajas á la vez: la primera que todo el que entraba ó salia, ya en la península, ya en el imperio, se hallaba preso y detenido allí el tiempo que la placia hasta que los duendes al cargo de los anzuelos (duendes por cierto escogidos entre los mas molestos, dormilones, holgazanes, voraces y curio-

sos) venian y registraban al paciente: la segunda que al salir ó entrar ovejas, frutos ó artefactos de una parte para otra, siempre quedaba enganchada la mejor bedija y la tajada mas gorda, pesca que acrecia singularmente los ya considerables esquilmos de la bruja.

¿Quiérese ahora una prueba de cómo sabia disfrazar la muy ladina hasta los escesos mas odiosos bajo palabras de muy distinta significacion?

Héla aquí:

Todo el mundo convendrá en que no puede haber cosa mas *torcida* que un anzuelo. Pues bien: Seuda llamó á cada uno de los innumerables á que acabo de aludir, *un derecho*.

V. Todavía no bastaron fosos, muros y garabatos para aquietar los recelos de los tiranos del hombre. El enemigo á quien con razon temieron mas, fué Pónos, y de aquí que los astutos opresores buscaran la manera de prohibir á sus vasallos el trato continuo y libérrimo con el génio tutelar de aquella isla. Pero como por otro lado no pudiesen vivir y satisfacer sus necesidades reales ó ficticias sino por medio de los prodigios de su vara, decretaron que para hacer cada cosa se necesitaba cédula ó diploma suyo. Hasta aquí la cosa era nada mas que contraproducente: el ingenio pervertido de la consejera pronto la convirtió en absurda. Porque nació la ciencia oficial y los mejores y mas autorizados pergaminos se estendieron á favor de duendes que no sabian hacer la menor obra. La tendencia ingénita de Seuda á contrariar las leyes naturales la llevó al empeño de querer hacer artista á quien nació para artesano, ó árbitro infalible en todo á quien todo lo ignoraba. Contra viento y marea, sin embargo, se fomentó una pasion verdadera por títulos y diplomas. Cuanto menos utilidad tenia un duende, tanto mas pergaminos ostentaba y hasta los verdaderos obreros creadores de cuanto bueno existia y que por lo tanto no necesitaban cédula, se vieron obligados á tomarla y aun á tener mas de una. Con esto, todo se reglamentó y creyeron los esquilmadores que los hombres no se podian mover sino cómo y cuándo se les antojara. Si el trabajo que debia hacerse era sencillo, corriente, fácil, Ántropos ó Ándros tenian que solicitar cédula simple de aprendiz; si se trataba de obra mas per-

fecta solicitaba y pagaba cédula de maestro ó de oficial; para curarse un rasguño no se le dejaba proceder sin diploma de doctor, y en fin, no era dueño de saber lo que le convenia y ajenas inteligencias discurrían por él en cada caso.

VI. Verdad es que estas inteligencias eran las de sus Señores que aun incapaces de producir nada nuevo iban hasta pretender que ejecutaban milagros. ¡Milagros! Es decir: ¡la suspension ó el trastorno de una ley ineludible, natural, por el solo efecto de la voluntad de una criatura! Un dia se decia al padre que se habia cortado la cabeza el hijo y que cogiéndola pulidamente bajo el hombro se habia andado una jornada. Otro dia se contaba al hijo que Ántropos se habia tirado de una torre y que solo con alargar la mano Anoya le suspendió en el aire hasta que su maestra la dió permiso para hacerle descender poquito á poco.

¿Pueden darse mayores simplicidades? Y no obstante los hombres se las creían.

En cuanto á Gina, puede decirse que aquellas milagrerías formaban su entretenimiento. Puesta otra vez bajo la direccíon de Anoya, oyendo á algunos discutir por órden de la consejera la existencia de su alma, solo podia moderar el fastidio que la causaba la elocuencia de aquel sér, prestando oídos á las invenciones y locuras de la siempre caprichosa Fanta quien urdía por entónces sus leyendas sobre los temas milagreros de la célebre rival de Alécia.

Convengamos, pues, sin vacilar, que la familia del hombre fué desde el principio al fin una singular familia. ¿Quién habia de creer que los autores de portentos admirables tuviesen tan ligero el seso y tan frágil la sublime inteligencia?

VII. Por fortuna suya y aun de todos, las diferentes leyes de la isla se cumplían sin remedio en su tiempo y su sazón, y transcurridos muchos dias entre los trabajos útiles y los fútiles devaneos, comenzó á sentirse una muy vehemente é incontrastable necesidad. Los Señores y sus vasallos querían oro y mas oro, los unos para sus placeres, los otros para sus empresas. Ántropos manifestó á su buen génio esta necesidad que le aquejaba y sucedió entre los dos el pequeño diálogo siguiente:

—Ya lo ves, amigo Pónos. Me hace falta mucho, mucho para

poder desarrollar mis últimas invenciones, todo lo que yo quiero y me propongo. Verdad es que ya no vivo en una choza sino casi casi en un palacio. Poseo algo mio aunque espuesto todavía por la rapacidad de Seuda y los arrebatos belicosos del guerrero. Poseo monedas, libros, muebles, máquinas, mi laboratorio y casi casi mi persona. Pero en cambio mis necesidades han crecido de un modo fenomenal y entre todas ellas las hay incontrastables. Por ejemplo: duéleme de una manera insufrible que Gina no me pertenezca. Escucha á Anoya mas que á mí, y por momentos, al contemplar con dolor su indiferencia, dudo si Seuda tendrá razon cuando la niega espíritu ó un alma. Quiero ser cabeza de la familia, dueño de mi casa y tener libertad siquiera dentro de ella, y como ya me persuado que el desarrollo material ó la riqueza es el fundamento de los desarrollos superiores quiero que me digas dónde hay oro para ir allá en su busca.

VIII.—La cosa no es imposible, contestó Pónos, y por mas que yo no apruebe cierta tendencia que noto en tu peticion, si podemos interesar á tus señores en la empresa Návago nos conducirá á los tesoros que sospecho existen por la parte opuesta de la isla. Porque has de saber amigo Ántropos que esta isla de Gé es una bola y que dentro de su redondez contiene, como has podido ver ya, otras islas y tierras de todas formas.

—Pues yo manifestaré el proyecto á nuestros amos y si logro que Fanta les haga una leyenda sobre la tierra del oro, estoy seguro que nos han de dar permiso para atravesar los mares y con eso volveremos á respirar el aire puro y vivificador de una completa libertad.

IX. Efectivamente, Ántropos desde aquella hora hizo saber á la bruja y al gigante que si deseaban remediar la escasez de plata y oro, menester seria que le permitiesen volver á navegar. En un principio, ninguno ni paró mientes en aquel anuncio, mas poco á poco hubo quien le creyó digno de ser examinado, y entónces comenzó entre los duendes y el hombre la mas singular disputa.

Es el caso que un cierto doctorzuelo, quien gracias á una cédula especial tenia encargo privativo de saber cuanto los mares habian y contenian, se rió como un bendito cuando supo aquel proyecto y trató de sueño y de locura la existencia de otra tierra.

Oyéronle reir sus demas colegas; oyóle tambien Anoya, y como la risa suele ser entre los nécios enfermedad de contagio, á poco de proponerse el atrevido viaje, todos los apergaminados, con muy pocas escepciones, reian y mas reian. Ántropos insistió con calor en su propósito por instigacion del génio; irritáronse los doctorcillos, picóse grandemente su amor propio, y sabido es que cuando el amor propio se sublewa hasta los sábios impecables de nuestras corporaciones niegan la luz si de negarla se trata. Asi por una puerilidad, los duendes de cédula y saber ingénito se declararon contra todo viaje de esploracion ó descubierta, fuerte y obstinadamente.

Apretaba, no obstante, la escasez. Seuda y el ciego Dinamion no podian vivir sin oro y plata, y con el objeto de ver si conciliaban las dificultades, convocaron un cónclave numeroso en el palacio de Anoya.

Allí se reunió la flor y nata de la ciencia insular, y allí se debatió el proyecto con calor extraordinario en presencia no solo de la bruja y el gigante sino tambien de todos los demás duendes. Eran entónces, como lo son ahora, la vanidad y ostentacion patrimonio de los autorizados de peritos, y desde el primero hasta el último de aquellos doctos bienaventurados querian hacer alarde de su gallardía en el decir, y de su desenvoltura en perorar. Para satisfacer este deseo no hubo una sola criatura á quien no se convocara, y hasta la reclusa Gina, detrás de unas triples rejas, presenció el célebre certámen.

Empezó la profesora demostrando que el mar era un despeñadero, circunstancia evidente segun ella, pues no habia sino mirar la nave al alejarse y se veria desaparecer, lo primero el casco y lo último el remate de las velas. Si Ántropos se alejaba de la costa ¿cómo habia de volver á subir la cuesta líquida?

En seguida, otro doctor con su diploma sobre el pecho tiró líneas y mas líneas, arregló el mundo á su antojo, inventó leyes, sacó de su mollera principios inconcusos y probó satisfactoriamente (al menos para sus amigos) que lo de las islas doradas era utopia de la mente y desvarío de un loco.

Otro tercer doctor enteco y atrabiliario anunció un descubrimiento cien veces mas peregrino que el que se queria acometer.

Este descubrimiento tenia, sin embargo, el mérito de ser suyo es decir: que era hijo de una inteligencia con privilegio especial para decir y hacer aquel y otros disparates. Allá en los comedios de la tierra habia (según el doctor enteco) una línea de fuego que nadie podia atravesar, y si el vasallo se aventuraba á los mares, el casco bajaria despeñado hasta allí, con lo cual siendo de madera arderia sin remedio con todo el que fuese á bordo.

—Eso sí, eso sí, gritó el concurso entusiasmado. Eso es ciencia. Todo eso lleva camino. Pero ¿islas? ¿islas como estas? Ántropos está loco.

A todo esto y mucho mas replicaba Ántropos con la luz del saber de Pónos y la energía de su propio convencimiento, pero su voz era ahogada por la mas estravagante algarabía, hasta que impaciente al fin con tales mentecateces no pudo menos de preguntar quién de los doctores habia navegado, cuál observó por sí semejantes cosas, y cómo se sabian sin que nadie las hubiese visto.

Al oír aquellas palabras atrevidas, todo el grave y circunspeto doctorado, exclamó echando espumarajos por la boca.

—¡Empírico! ¿te atreves á pedirnos nuestros títulos? ¡A nosotros avezados á sentenciar sin apelacion en estas hondas materias! Ahí los tienes, mentecato.

Así diciendo comenzaron á llover sobre el pobre hombre pergaminos en copia tan increíble que habria perecido ahogado bajo su peso (y solo aquel que lo ha experimentado sabe si pesan como plomo) si Gina, que vió desde las rejas el peligro de su esposo, no se hubiese acordado de la joya que Dinamion la dió despues de abrirla la jaula. Sacóla, pues, apresurada, la levantó por alto y dijo:

X.—¡Socorro Dinamion! Te conjuro para que me escuches, por la virtud de esta joya. Aunque sea falso cuanto dice mi marido ¿qué pierdes con que se vea? ¿Y si triunfase en su teson? ¿No te entusiasmas con lo sublime de la hazaña?

—¡Vasallos! gritó el gigante. Guárdese cada cual su título que es una cosa excelente, y que le haga buen provecho. La legalidad quedará á salvo. Por fortuna no se ha exigido hasta aquí diploma para descubrir islas. La mujer tiene razon. La nave volverá á la

mar, y en ella irán para custodiar al hombre una docena de vosotros. Silencio, pues, y aparéjese sobre la marcha el leño. A la mar antes y con antes.

Tres días despues ya estaba pronta la nave; uno mas necesitaron los preparativos, y el quinto fué el señalado para emprender aquella memorable empresa.

XI. Sentimos no poder narrar cual se merece aquella célebre navegacion. Con la proa de continuo hácia occidente, internándose cada vez mas con el corazon tranquilo en la imponente inmensidad del mar, Ántropos no soltó el timon dia ni noche hasta descubrir la tierra.

Los trasgos, por el contrario, se acobardaron á menudo y hasta quisieron obligar al hombre á virar y dar la vuelta, aterrados ante su valor que proclamaron ser locura.

Ántropos les pidió un plazo y ellos se avinieron á continuar mas bien por lo que le temian que por tener la mas pequeña esperanza.

Por fortuna antes de espirar el plazo descubrióse la deseada costa. ¡Qué espectáculo tan maravilloso se ofreció al asombro de la tripulacion cuando tras una noche de angustia la aurora fué alumbrando velozmente aquel país encantado, nuevo y vírgen! Tan cerca se pusieron de la playa que Ántropos podia distinguir hasta los frutos de los árboles; por esta razon sintió un asombro indefinible al distinguir aves, plantas, brutos y reptiles que en nada se parecian á los que estaba acostumbrado á ver. Empero si la vejetacion era como ninguna exuberante, si las tintas eran muy oscuras, y los contrastes de luces y de sombras fuertes, habia otras circunstancias mas dignas de admiracion. Las piedras de los altos riscos, los guijos de la mar, las rocas que rasgaban con sus puntas la verde y matizada alfombra, eran jaldes, eran de oro puro, cuyo color y reflejos arrojaba sobre aquel país un cierto viso fúnebre, amarillo.

—¡Oro! ¡Oro! ¡A tierra! ¡A tierra! gritaron los codiciosos duendes. Atraca para que toquemos el metal precioso. ¡Oro! ¡Oro! llenemos la bodega toda. Ya no habrá escasez jamás. Todos seremos felices. ¡Oro! ¡Oro! ¡A tierra! ¡A tierra!

El génio permitió en efecto que la proa tocase á un promon-

torio. Sobre él saltaron y por él dieron en correr los duendes, y el hombre se disponia á seguirles é imitarles.

—Detente, le dijo Pónos. Antes de saltar en tierra será cuerdo prevenirte contra un peligro que preveo. Este metal es peligroso. Aquí tiene el oro una virtud maravillosa: si fijas por largo tiempo la vista en él y si no combates con pujanza su particular fascinacion, te pondrá en inminente peligro de trasformarte en metal.

Y á fé á fé que la prevencion de Pónos no pudo ser mas oportuna. Desde que los duendes saltaron en tierra, mientras caian las anclas y en tanto que daba á su protegido este paternal consejo, aquellos no apartaron los ojos ni un instante del oro que con tanto afan buscaban. Fascinados por completo fueron trocando su natural color en amarillo, sus cuerpos de sutiles y ligeros se convirtieron en duros mazacotes, y duras y frias se hicieron sus facciones, y duras y frias sus entrañas.

Al observar aquella nunca vista metamórfosis, Ántropos no se atrevia á dirigirles la palabra hasta que les oyó hablar y percibió que se movian cual si nada les hubiese acontecido.

—¡Qué prodigio! se atrevió á decir por lo bajo á su protector. No hay duda que parecen de oro, pero no debe ser sino apariencia, y esa singular metalizacion no pasará de la piel.

—No tal, le contestó el génio; sus entrañas, su seso, su corazon, todo se ha trocado en oro.

—En todas partes hay prodigios, contestó el hombre, mas por quien soy, que este no es el mas pequeño. ¿A quién no pasma y maravilla, que vayan y vengan, y vivan y respiren unos séres que son materia despreciable desde los piés á la cabeza?

Con estas y otras reflexiones por el estilo Ántropos cargó la nave del metal tocándole con temor y apartando de él la vista cuanto pudo. Despues metió á bordo, con mucho menos recelo y bastante mas aficion, tal cual planta exótica, las frutas mas dulces y las avecillas mas pintadas, y volvió en redondo la tajante proa para dirigir su derrotero hácia el hogar siempre amado.

La travesía de ida habia sido mas feliz que la de vuelta. En aquella, Pónos hizo notar al hombre ciertas corrientes de viento que soplando la mitad del año en una misma y constante direccion, muy mucho les favorecian; pero al regreso aquellas venas

atmosféricas se hallaban muy alteradas, y una mar brava y fuertes huracanes, casi les hicieron zozobrar.

La pericia de Ántropos, la vara mágica de Pónos triunfaron felizmente de todas las averías y los navegantes pisaron sus hogares para escitar con sus relatos la admiracion de todo el mundo.

Aquel regreso con sus riquezas y noticias produjeron entre el gigante, la bruja y sus vasallos la mas desatinada alegría. En los primeros momentos algo les sobrecogió que sus semejantes hubiesen perdido la morbidez de las carnes, la alegría de los ojos y el arrebol de la mejilla, pero la vista del oro disipó su primer susto y á poco todos envidiaban la rígida, espetada y amarillenta catadura de los bienaventurados que hicieron el peligroso viaje.

De aquí sin duda que en lo sucesivo todos se disputasen á porfía la fortuna de hacer aquella navegacion, y tanto y con tal ahinco procuraron contemplar la ISLA DEL ORO, que en algunos tiempos de mi historia todos los habitantes de Gé tenían mas de metal que de carne. Todavía hoy, si hemos de creer las relaciones de viajeros muy verídicos, parece que el número mayor de aquellos conservan en algunas regiones de sus encopetadas individualidades grandes y muy visibles manchas amarillas, circunstancia que prueba hasta la evidencia los grandes estragos hechos desde entónces por aquella horrible metamórfosis, la cual dá mucho en qué pensar y discurrir á los sábios contemporáneos.

Por oposicion á esta alegría general, grande fué la sorpresa de los doctos condenadores de la expedicion por imposible, mas no pasaron dos lunas sin que Anoya y los demas doctores demostrasen palmariamente en sus cátedras y paraninfos que la cosa era óbvia y aun trivial, que si antes no se descubriera la Isla del Oro, fué por la torpeza ingénita del practicon; que la cosa era axiomática para sostener el equilibrio del mundo, con otras muchas sublimidades que probaban la anterioridad, superioridad, universalidad, espontaneidad é infalibilidad de su ciencia.

CAPÍTULO XXX.

I.—La reforma y sus míseros orígenes.—II.—El renacimiento. La pintura al óleo. La armonía musical.—III.—Bienestar material con el aumento del capital europeo.—IV.—Adelantos en la física, las matemáticas y los sistemas de cálculo. Nace la ciencia moderna hija de la filosofía experimentalista. Esperanza de una nueva era.—V.—Mayor libertad del espíritu. El hombre se persuade que su libertad y su felicidad están en vencer á la naturaleza, dominándola en sus leyes, (leyes que para la ignorancia son *misterios*) y se propone estudiar per la observacion, los cielos, su planeta y la vida universal.—VI.—Para el hombre, una gran parte del trabajo material se habia convertido ya en la época del renacimiento en trabajo de su inteligencia y de su corazon.—VII.—Reforma Gregoriana del almanaque.—VIII.—Invencion del telescopio.—IX.—Astronomía.—X.—La imaginacion hace principal papel en la induccion científica.—XI.—Descripcion general de la tierra.—XII.—Sistema de Copérnico triunfante.—XIII.—Mercurio, Venus y la luna. La naturaleza no puede estar encerrada en nuestros estrechos moldes.—XIV.—Marte, órbita de los planetas telescópicos, Júpiter, Saturno, el espacio, el tiempo.—XV.—Error de la idea que acerca de la creacion se formaron todos los pueblos. Los cometas.—XVI.—Abatimiento producido sobre la humanidad por la verdad astronómica. El trabajo armónico es lo único que puede corregirle.

I. También los navegantes recibieron despues de saltar en tierra sorpresas inesperadas. Durante su navegacion habian acaecido en Gé trastornos extraordinarios.

Dice un adagio muy vulgar «riñen los ladrones y descubrense los hurtos» y aunque es vulgar el adagio ninguna otra sentencia pudiera explicar con tamaña exactitud la causa de la revolucion habida.

Recordarán nuestros lectores cómo en una célebre ocasion, Ántropos logró visitar á Alécia allá en el fondo de un pozo. Los tesoros que encerraba el «cerro de las indulgencias» fueron la causa eficaz que le permitiera contemplar la luz y la hermosura de la entónces perdida hija de Pónos. Pues bien: las considerables adehalas que restaban de aquel cerro se repartieron segun parece por la bruja con bastante parcialidad entre estos ó los otros duendes. Los perjudicados *protestaron* en alas de su codicia y Egos y Apénia y Petonosa interesaron al hijo para que defendiese á todo trance aquella ruidosísima protesta.

Es claro que Dinamion con un enjambre de duendes sostenia la infalibilidad de su consejera, sobre todo en materia de reparto, pero los protestantes se dieron bastante maña para apoderarse de la divina Alécia y aunque la hicieron hablar poco, aquello poco bastó para equilibrar las fuerzas y poner en duda la victoria.

Todo estaba revuelto y trastornado en Gé cuando llegaron nuestros navegantes, mas la revuelta y el trastorno fué en aumento hasta mucho despues de su llegada, viéndose una vez mas en aquel desatinado imperio al hijo armado contra el padre.

Y ¡cosa singular! En medio de aquella guerra fanática y cruel se centuplicó la actividad de los vasallos é imposible nos seria referir la multitud de prodigios materiales, intelectuales y morales que acortaban sin cesar el velo negro de la esclava.

II. Para competir con las ideas libres y atrevidas á favor de las cuales los rebeldes protestantes procuraban ganarse partidarios, Seuda y Dinamion determinaron humillar su rudeza, ignorancia y grosería, resucitando las obras admirables de otro tiempo. Ántropos fué á la península del Arte, desenterró estatuas y fragmentos, rebuscó libros, se quitó la vida para recomponer ó hallar los cantos inspirados de su mujer, las leyendas sin rival de Fanta, las pláticas ingeniosas del sábio y profundo Pónos, trajo todas aquellas maravillas á la luz del Occidente y bebiendo en ellas entusiasmo é inspiracion á raudales, inventó la magistral pintura al óleo, trasladó al lienzo no solamente lo real sino las concepciones inmateriales de su fantasía y para que nada faltase á aquel período admirable de renacimiento artístico, literario y filosófico, sacó á Tongo de la flauta, le manifestó sus nuevas necesidades en la region del sentimiento, se transformó la melodía en armonía y las notas hasta allí sueltas y aisladas se confundieron con tan delicado amor que la isla se estremeció en sus cimientos á impulsos de una fuerza misteriosa pero deliciosamente sentimental.

Aquello era en todo un verdadero y magnífico *renacimiento*.

III. Aunque los vasallos seguian pugnando ciegos en dificultar todo comercio entre sí, surgió de la envidia ruin que les incitaba á aislarse, tal y tan ardiente emulacion que seria risible intentar siquiera la narracion de los prodigios efectuados, no dire-

mos en un libro sino en una regular y rica biblioteca. Además de los portentos artísticos que acabamos de indicar, los activos y diligentes vasallos hicieron sendas travesías en busca de plata y oro, sin que por un instante siquiera cesasen los prodigios de la vara mágica, ya edificando monumentos; ya pintando, ya esculpiendo, ó ya procurando cultivar eriales, ahondar puertos, abrir vías y veredas ó inventar artefactos y tejidos. Las exigencias de Seuda y de su gente por un lado, de Petonosa y la suya por el otro, no parecían tener término; y todos querían un palacio, y dentro del palacio muebles, joyas, frescos, esculturas; y le querían sombreado por bosques peregrinos, recostado sobre flores, cercado de huertas y jardines, y los canales habían de regar aquellas, y los surtidores y las fuentes embellecer estos caprichosamente. Así es que en todas direcciones se trazaron arrecifes cómodos, y por ellos bullía sin cesar la población desde el centro de la isla hasta los abrigos y puertos de la costa.

Calcúlese ahora si la vara mágica de Pónos haría como nunca maravillas.

IV. Calcúlese también el sin número de observaciones curiosas y de hechos á cual mas útiles que con semejante práctica supo atesorar el hombre. Perfeccionó los métodos para calcular; halló la ley segun la cual se formaban las cantidades con los ápices infinitamente pequeños; determinó las últimas leyes de relacion entre las formas; sujetó á reglas la pesadumbre y equilibrio de las aguas; pesó hasta el aire y aprovechó el vacío. Del péndulo sacó el reloj; con un prisma analizó la luz. Estudió las dilataciones y transformaciones de los cuerpos; midió las fuerzas, su intensidad, su direccion, y aprendió á regirlas, anularlas, darlas empleo conveniente y mantenerlas en equilibrio. Aplicó sus grandes adelantos, así á las soberbias construcciones, como á los muebles y utensilios de utilidad ó de lujo, y en fin, en su hidrópica sed por sorprender los secretos de la naturaleza, fué sintetizando en una sola idea los infinitos fenómenos descubiertos por la práctica, ó lo que es lo mismo, empezó á percibir la admirable y armónica sencillez de las eternas leyes de este mundo.

El gérmen de la verdadera ciencia aparecía en la tierra; por

mas que apareciese fraccionado, gracias á la fé que el hombre habia adquirido en la esperimentacion.

Quando Ántropos en alas de su ingénita curiosidad exigió de Pónos que le dijera si descubriria alguna vez el misterio de la isla, para concluir de molestarle con su sempiterno «¿y despues?», apareció sobre un cielo de zafir una nube de color de rosa toda bordada de plata, toda recamada de oro y desde su centro la celestial Elpisa envió dulcemente á sus oidos dos palabras moribundas: su *quizás* y su *mañana*.

Pero no adelantemos los sucesos esponiéndonos á que algun sábio cronólogo tire nuestra leyenda con desdén porque hemos adelantado ó atrasado una fraccion de segundo en el reloj de los tiempos. Por mas que nuestros años (y aun los siglos) sean rápidos segundos en la medida de la eternidad, ajustémonos en lo posible á la nimia sucesion de las miserias de Gé como cumple á verdaderos espósitos de la fama popular, y gusto soberano.

El adelanto mas trascendental de la época á que nos referimos fué sin disputa la facilidad que tuvieron los vasallos para conversar con Alécia y escuchar tal cual leccion de las suyas. En la mas célebre ocasion de aquellas, el hombre preguntó á la hija de su génio amigo, qué le faltaba y qué debia hacer para acortar del todo el ominoso manto y conseguir su deseado desencantamiento. Alécia le contestó:

—Para acabar de descorrer este velo que me cubre el rostro, para limpiar mi frente hasta del menor vestigio de encantamiento maléfico, convendrá que sin levantar cabeza realices tres hazañas. *La primera será contar una por una las estrellas. La segunda penetrar en las entrañas de un granito finísimo de arena y que allí busques un mundo. La tercera aprender el lenguaje misterioso de plantas, de brutos, de reptiles.* Si llevas á buen fin y á cabal consumacion las tres hazañas que te impongo, conquistarás nuevos y nunca vistos servidores; con su auxilio concluirás de trasformar la isla, y con ellos podrás adelantar en mucho tu definitiva redencion. Pero ¡cuidado con lo que haces! No te dejes arrebatat por tu impaciencia, y recuerda que todo fruto fuera de sazon es tan amargo como dañino, y que si el alcacér se corta en verde habrá que esperar á otro año antes de

que se doren las espigas. Bueno es hacer mucho, pero vale mas hacerlo bien.

Tan luego como el trabajador alborozado puso en cononocimiento de su génio amigo las palabras de su hija, exclamó aquel con entusiasmo.

VI.—Despues de poseer el polvo negro con la encantada maravillosa imprenta; despues de contar con las riquezas de la isla del Oro, y la libertad con que nos brindan las discordias de los protestantes, solo me faltaba saber lo que has oido de Alécia para anunciarte que ha terminado tu tercer etapa en la marcha progresiva de tu redención porque desde hoy trabajarás *un* dia pero podrás pensar *otro*. Hoy comienza tu cuarta etapa, buen Ántropos, y hemos de hacer lo posible porque sea muchísimo mas breve que la tercera. ¿Te acuerdas los dias y los años que han transcurrido en la amargura desde que diste forma material al pensamiento haciéndole imperecedero? Pues desde entónces venias pensando *un* dia pero trabajando *diez*. Ahora te repito que has de pensar tanto como tú trabajos. Esta es la fórmula de tu progreso en esta tierra: emanciparte del trabajo material, transformándole en los de tu inteligencia y sentimiento.

Acababa de pronunciar aquellas palabras Pónos, y el hombre meditaba todavía acerca de su significacion, cuando un emisario del gigante vino á decirle que su Señor le ordenaba comparecer.

VII. El motivo de aquel llamamiento súbito era que los Señores de la isla habian advertido cierto error nada despreciable en el cómputo de los tiempos.

El año no habia sido bien medido todas las veces que Ántropos se ocupó del calendario. Ahora se le exigió de nuevo que le midiera con toda exactitud para distribuir los dias y los meses convenientemente.

Advierta el lector ahora, cómo las necesidades imperiosas de los Señores de la isla les impelian á lanzar al hombre á mas altos descubrimientos, por mas que al propio tiempo, ó despues, pugnaran por destruir lo que ellos mismos crearan.

Nuestro trabajador universal, se convirtió de astrólogo en astrónomo y no solo satisfizo la exigencia de sus amos sino que re-

cordando el primer trabajo que acababa de imponerle Alécia dijo á su padre aquel deseo y sin contemplacion alguna le exigió que le ayudase á recorrer los espacios celestes infinitos.

VIII. Pónos hizo al hombre que fabricase un espejo encantado por el toque de su vara mágica. En este espejo se reflejaban los cielos con pasmosa exactitud.

—Es necesario, dijo al obediente artífice, ocultar nuestro prodigio de los duendes y de Seuda. Si se enteraran de su objeto le destruirian. Hagamos un tubo de metal tamaño como el tronco de una encina. En él ocultaremos el espejo y aun así y todo los duendes y sus Señores nos han de mortificar no poco cuando trasluzcan que nos ocupamos de algo útil. Metido dentro de esa máquina verás los astros reflejarse en ella con nimia fidelidad; todos pasarán por delante de su boca y al paso y con asiduidad podrás contarles.

Hízose todo segun fué indicando el admirable Pónos, y nuestro hombre se encerró dentro del tubo de metal una tarde de verano de las mas estrelladas, mas apacibles y tibias.

IX. Apenas se puso el sol ya estaba con los codos sobre sus espejos. En toda la noche dió la menor señal de vida, y su protector hubo de penetrar en la máquina para ver lo que se hacia ya muy entrada la mañana.

Hallóle á su gran sorpresa dormido profundamente hasta el punto de tener que sacudirle de los brazos para lograr que se pusiera en pié.

—¿Qué es esto? le preguntó el génio. ¿Así cumples con los preceptos de mi hija? ¿Crees por ventura que las grandes cosas se logran roncando á mas y mejor? ¿Así piensas tomar cuenta de los innumerables astros de los cielos? ¿Así presumes que se descorra nunca el negro velo de quien te ha de hacer feliz?

—Cállate Pónos, cállate, exclamó el hombre sonriendo. No imagines que dormí toda la noche. La aproveché mejor de lo que tú crees. Si me he dormido cuando salió el sol, fué por estar con gran fatiga, pues no es para menos el viaje increíble que te contaré. Vámonos ahora de aquí, busquemos bajo la sombra de los árboles abrigo contra los rayos del sol, que ya agobian y

molestan, y aunque tu sabiduría sea mucha, estoy seguro de maravillarte.

Haciéndolo sin tardanza, como decía el astrónomo, y sentado sobre la verde yerba, á la sombra de un naranjo, Ántropos remondó el pecho suavemente, y principió á contar de esta manera:

—Apenas me dejaste dentro del tubo encantado, cuando fijé la vista en sus espejos, y durante un largo rato no supe lo que pasaba por mí. ¡Qué magnificencia, Ponos! ¡Una playa sin limites, infinita, en la cual cada grano de arena era un mundo, era un sol de pura luz! Me sentia desvanecido ante aquel cúmulo de estrellas cuya mayor parte nunca sospeché. Las veia cerca, brillantes, rápidas, redondas; mi cabeza zozobraba al contemplar la inmensidad, y aunque recelaba que mis fuerzas no bastaban para abarcar su conjunto, todavía me sentia engrandecido y elevado.

X. Estando, pues, en este inefable arrobamiento, principiada una y otra vez, y una y otra vez perdida la cuenta de los puntitos de luz que pasaban como meteoros por el campo del espejo, escuché dentro del tubo una vocecita suave, suave, suave y me ví frente á frente con la sutil y vaporosa Fanta.

—¿Qué haces? me dijo en su tono de costumbre. ¿Qué miras? ¡Vaya una locura! Si te quieres enterar de los misterios de esa bóveda tienes que confiarte á mí. Ven si gustas, aprieta muy bien mi mano y lancémonos por el infinito para que veas de cerca esas gemas que tachonan el manto de la noche, y que son muy otra cosa de lo que parecen.

Maquinalmente y sin sentir, alargué á Fanta la mano, y en el instante salimos disparados por el tubo con una velocidad que yo no te sabría describir.

¡Ay Pónos! ¡Ignoro cómo lo resistieron mis ojos y mi cabeza! Aquella loca me arrastraba mil veces mas veloz que el águila, sin miramiento, sin tino.

De un solo bote atravesamos la atmósfera que es el aire sutil, que respiramos, amaneció rápidamente; volvimos á ver el sol en plena noche, y yo eché una mirada furtiva sobre esta tierra tan querida que dejaba con pesar.

XI. Como sabes, mi querido Pónos, ya sospechábamos hace tiempo que nuestra isla era simplemente un globo, tanto porque son redondos nuestra luna y nuestro sol, cuanto porque redonda veíamos también la sombra de nuestra tierra cuando caía sobre el albor de la última. Por esta razón no me sorprendió mucho ni nada cuando ví el mundo que acababa de dejar, rodar como una inmensa bola. Pasaban ríos, tierras, mares á mis piés, en silencio, suavemente, con grandiosa majestad, y entónces ví que giraba en el vacío sobre dos ejes de plata y que la estension del Océano era doble cuando menos que el tamaño de las tierras firmes.

Desprendíanse de un eje como dos racimos de montes, llanuras é islas para caer con simetría á un lado y otro del globo, como dos manchas oscuras en la mar, como dos algas secas flotando sobre sus olas, cortados aquí y allí por hilos de agua, horadados por charcos y lagunas, confusos, caprichosos, desiguales.

Con gusto me habria entretenido en rebuscar nuestra vivienda, de haber volado con menos rapidez, pero solo tuve tiempo para ver una cosa que me aterró. A lo largo del racimo de montes mas estrecho, esparcidas sobre las crestas de los mismos, habia cientos de espantables bocas vomitando llamas y horrible y espantable fuego.

Nuestro globo parecia arder por varias partes.

¡Cuántos temores no cruzaron entónces por mi mente! Mas seguimos volando y pronto contemplé á la tierra flotar liviana en el espacio como esas burbujas de jabon que algunas veces suben con el viento. Sorprendióme entónces la mudanza sobrevenida en su apariencia, pues advertí que era en todo y por todo una burbuja. Su corteza, este suelo que nos parece tan firme cuando nuestra planta le hiere con ridícula altivez, era á mis ojos frágil, insegura. Las montañas, los valles, las llanuras, los dilatados riscos, las aguas, los volcanes, todo con la distancia se igualaba, allanaba y confundia para formar una película tersa, deleznable, azul, la cual armonizando con los blancos filetes de las empinadas cumbres reflejaba la luz y daba al pequeño globo un aspecto delicado y cristalino. La vista mas lince, la atención mas sostenida no podria percibir en él la menor rugosidad, y en comparacion

de las microscópicas desigualdades que se percibían, la piel de esas naranjas es mil veces más rugosa. Y ahora se me ocurre que nuestro globo visto desde lejos tiene además otra semejanza con esta deliciosa fruta. En dos opuestos lados, arriba y abajo como si dijéramos, sobre sus ejes de plata, la tierra pierde su redondez sensiblemente y está así como achatada, mientras que en medio de estos dos achatamientos se advierte á guisa de compensación una panza venerable.

—¿Qué es esto, me atreví á preguntar á Fanta para dar principio á la conversacion, sin la cual no hay como sabes fructíferas ideas? ¿Es posible que ese solidísimo terreno que pisamos sea una capa elástica, perecedera, ténue y henchida tal vez con algun vaho sutil y delgadísimo?

—¡Vaya si lo es! me contestó. Por eso rehila á veces y te sobrecoje de terror con lo que tú llamas pomposamente un terremoto.

Y Fanta soltó una carcajada que te confieso no me dió maldito el gusto. Por disimular mi enojo seguí diciendo y preguntando.

—¿Temblará así la corteza cuando la hiera ó sacuda alguna mano poderosa para demostrar su ira?

—No tal, me replicó mi acompañante. ¡Qué amigos sois vosotros de soñar causas ocultas! ¿Creéis que en las cosas de por aquí arriba hay tramoya como en las farsas de los histriones? El universo que ahora ves tiene sus leyes, el encantador que hizo su máquina la dió cuerda para los tiempos perdurables; cada resorte obra en sazón, cada pieza obedece al movimiento; nada ni nadie torcerá su marcha, y no se necesitan cambios imprevistos, mudanzas advenedizas que solo cuadran bien en las miserables y transitorias obras de microscópicos pigmeos. Tu tierra tiembla porque es un cascaron roto en cien partes, formado con ceniza tibia, y porque está henchida de fuego.

—¡Justos cielos! exclamé. No es posible lo que me dices. ¿Cómo habíamos de existir sobre un poco de ceniza, apenas apagada sobre un abismo de fuego?—Pues ello es así, me contestó, y si no cuando volvamos á ese globo procura tú averiguarlo. Mas no te entretengas tanto con ese átomo de polvo, añadió Fanta con desprecio. Mira las maravillas que tenemos en rededor.

XII. Calló y miré. ¡ Ah Pónos, Pónos! ¡ Cómo te he de describir la admiración que inundó toda mi alma cuando aparté la vista de nuestra pequeña tierra, y atónito la paseé por el magnífico universo! El sol estaba en medio con su luz y su hermosura; su grandeza era tanta que mas de un millon ó dos de globos como este nuestro, amontonados y confundidos, no llegarían de seguro ni á igualarle. ¿ Cómo te daría yo una idea del tamaño relativo del sol y de este su satélite? Toma en una mano un granito de pimienta y en la otra una de esas piedras redondas de los rios, grande como nuestras dos cabezas juntas: comparando estas dos cosas, vislumbrarás su respectiva magnitud. Y cuenta con que nuestro sol está muy lejos de ser el mayor de los que pueblan el espacio. Tal como es, giraban en su torno hasta ocho ó nueve planetas que yo viera, muy varios en sus grandores y á muy distintas distancias. Dos habia entre la tierra y el sol. Los demás estaban mas distantes, y sin embargo, todos se movian en rítmicos movimientos guiados por una mano misteriosa, retenidos por cadenas invisibles.

A petición mia enderezamos nuestro vuelo al sol para ver desde su centro lo que yo llamaba ya nuestro sistema planetario.

XIII. Imposible nos fué acercarnos hasta donde yo queria por temor de perecer como un par de mariposas. Fanta temió que sus alas se chamuscasen allí, y por esta razon hicimos alto sobre el primero y mas cercano á él de los planetas.

De todos modos observé que aquel inmenso foco, por mas que procurase estar inmóvil, rodaba sobre sus ejes de fuego, y que al contener como Señor á sus satélites, y al obligarles á girar por una senda constante, cambiaba de posición, como hago yo con los tirones de la cuerda cuando doy picadero á un bravo potro.

Pecia yo de sed y pedí sin saber lo que decía un poco de agua. Entónces mi compañera me dijo que en aquel globo no la habia, como tampoco otras muchas cosas que gastamos por acá.

—El licor con el cual se riega aquí, añadió despues, trasportado á nuestra patria se convertiría en un verdadero metal.

Deslumbrados por la brillantez de aquella luz y medio muertos de calor, nos dispusimos á abandonar el inferior planeta que pisábamos, que por cierto me pareció diez y siete ó diez y ocho

veces menor que nuestra tierra, y al verificarlo advertí que por todas partes bullían en sus valles profundísimos unos seres que el contraste entre la luz vivísima y sus sombras caliginosas, no me dejó distinguir desde un principio.

—¿Qué es eso que se mueve en este globo? pregunté á Fanta al levantar nuestro vuelo.

—Esos, me dijo, son los homrecillos que le habitan; su tamaño está en proporción con el de su morada; y es lástima que aquí haga tanto calor porque ellos y sus animales gustosamente te divertirían. Su cuerpo es duro como el hierro; la tierra que pisan es tan densa como el oro, y á pesar de su fibra prodigiosa viven buscando el fresco en profundas cortaduras al abrigo de montañas cinco veces mas erguidas que las mas altas de nuestra tierra.

—¡Qué cosas me cuentas! exclamé. ¡Hombres de hierro y ríos de metal y terrenos como el oro! Todo eso es absurdo. ¿Qué materia había de contener el líquido de aquellos ó penetrar éstos?

—Otra mas dura y refractaria, contestó el hada impasible.

—Eso no puede ser, repliqué. ¿Puede haber nada mas duro que el diamante?

—¡Siempre orgulloso y soberbio! me contestó Fanta. ¡Imaginas por ventura que lá imposibilidad ó posibilidad se tasa y mide en el universo por lo que sucede en aquel punto imperceptible que apenas distinguimos desde aquí?

Volví la cabeza hacia la tierra, y cuando ví claramente el miserable pápel que hacia entre los demas astros me quedé mudo y corrido de vergüenza.

Fanta sin duda lo advirtió. Como es tan amiga de prodigar sus consueles, volvió á usar la palabra y dijo:

—Las leyes de tu pequeña morada no son sino un retazo muy mezquino de las del universo. ¡Medrados estariamos si no se extendiesen estas mas allá! Tú, por ejemplo, no puedes concebir hielo en la lumbre, y en ese planeta hiela en los puntos mas ardientes. En prueba de ello dile á Pónos en llegando, que te enseñe á sacar hielo del fuego y estoy segura que lo hará. Otro ejemplo todavia. Siempre dices blanco como la nieve, y cuando ves caer copos aseguras que hace frio. Pues en ese pla-

neta, tan vecino del sol abrasador, nieva en verano y nieva nieve negra.

—¿Y para qué? pregunté. —Porque la naturaleza siempre sábia, me contestó mi acompañante, con una sola ley hace cincuenta prodigios. En tu tierra es blanca la nieve porque se trata de abrigar contra el frío: aquí es negra por ser el objeto suyo hacer fácil el enfriamiento. Pero no filosofemos. Mira hácia adelante que vamos de vuelta á casa y pasaremos junto al segundo planeta.

—Considera bien lo que me dices, contesté á mi guia: Esta burbuja es á lo que creo nuestra tierra.

—No tal, me contestó Fanta: se parece mucho, mucho, pero aquí se siente mas calor y sobre todo repara que no la acompaña como á la nuestra una luna. En cambio rueda embozada en las gasas y tules de su atmósfera para dar sombra á sus habitadores que por la misma razon son los mas visionarios, melancólicos y contemplativos.

Ví en efecto que allí todas las cosas se parecian á las de nuestro globo, y como al pasar advertí que los hombres y animales eran de lejos semejantes á los nuestros, no hice empeño por detenerme, y á poco volábamos entre la luna y la tierra. Entónces reparé en una multitud de circunstancias que antes habian pasado desapercibidas. La luna era una cosa muy pequeña, cubierta casi de nieve, menos en algunos valles muy profundos, en los cuales cultivaban todavía algunas plantas sendos hombrécitos albinos, vaporosos, con ojos como granates, con barbas blancas hasta la cintura. Nada he visto jamás mas venerable. Segun me dijo Fanta aquellos prójimos estaban hechos á prueba de resfriados, pues vivian la friolera de mil años.

—¿Aquí no hay nubes? exclamé.

—Es claro, replicó el hada. La luna no tiene atmósfera, no la rodea ningun aire.

—¿Que no la rodea el aire! torné á exclamar maravillado.

—Ninguno, continuó mi compañera. Por eso no hay ruido, ni oírás una voz sobre este globo.

—Luego ¿cómo pueden vivir? ¿Cómo se entienden?

—Viviendo y entendiéndose. Tú necesitas la voz y á ellos les

basta la mirada. ¿Vas otra vez á empezar con tus axiomas é imposibles? Discute de lo que conoces allá en tu vivienda pero no te jactes de comprender jamás todo lo que contiene el universo.

Con esta exclamacion de Fanta me callé para recordar con pesadumbre mis sueños de por aquí.

Muy grato me fué, no obstante, presenciar la cortesía de la luna cuyo respeto hácia nuestra morada es tal, que no solo la acompaña á todas partes, girando en torno suyo lo menos trece veces en un año, sino que la dá muy urbanamente el rostro. Nuestro planeta, ufano con tener quien le atiende y quien le alumbra, gira en derredor del sol en ese espacio de tiempo, y ya porque dure en él el impulso de la mano que le lanzara, ya porque su obesidad le obligue á bambolearse como se bambolean los gordos y panzudos, ya porque una simpatía oculta le mueva á saludar á sus demas compañeros, ello es lo cierto que su eje inclinado en un sentido se mueve con suma gracia y lentitud en redondo como se mecía el peon cuando le bailaba mi hijo.

—Parece que vacila nuestro globo, dije en alta voz. ¿No ves?

—Es posible, contestó el hada, aunque dudo que lo veas.

—¿Por qué? torné á preguntar.

—Porque tu vista apenas alcanzará los solemnes movimientos de estos astros. Ese cuneo de la tierra, tarda veintiseis mil años en cada vuelta.

—¿Es posible? dije. ¡Tanta duracion!....

—¿Qué quieres? prosiguió Fanta, todo se hace grave y sosegadamente á semejantes alturas.

—Luego insistí, todos esos globos están empezando su movimiento primero.

—¡Qué fatuidad! exclamó Fanta jocosa. Eres de ayer y quieres que el universo lo sea. ¡Siempre creyéndote único! ¡El primero y el último de los séres! ¡Y todo esto en presencia de esta inmensidad!

Te confieso. Pónos que aquellas exclamaciones me humillaron sobre todo encarecimiento.

XIV. Por dicha mia nos hallábamos á la altura del cuarto de los planetas algo semejante á un rubí. Era pequeñuelo como el que vimos junto al sol, pero de mas frescura y mas poblado.

Quise poner en él la planta, y mi sorpresa fué mucha cuando al hacerlo me sentí tan ágil que saltaba doble de mi altura, la cual era bastante para brincar por encima de sus mas copudos árboles, porque estos y los animales eran allí diminutos. La sacudida que produjo en el planeta y el destrozo hecho al caer en sus ciudades pusieron en conmocion un ejército de séres nunca vistos, pero que hablaban y gesticulaban. Al sentir el terrémoto salieron todos espeluznados de sus casas; mas despues de haber sabido con seguridad lo que era, me cercaron con valentía atacándome con armas y proyectiles. Afortunadamente los tales proyectiles, bastante duros para atravesar su cuerpo, no produjeron sobre el mio sino ligeras contusiones. Enemigo no obstante de turbar la paz de nadie, dí la mano á mi compañera y proseguimos por los espacios etéreos.

—Cuidado ahora con nuevas imprudencias, me dijo Fanta cuando estuvimos fuera del cuarto planeta, sobre todo mientras estemos dentro del espacio que vamos á atravesar.

Con efecto, fuimos á poco por una region sembrada de peñascos ó moles mas ó menos grandes, que segun la espresion de Fanta constituian el *polvo de los cielos*. Y polvo era en verdad junto á las masas de tanto y tanto mundo, aunque algunos granitos vi tan gordos que habian tierras de sobra para fundar mas de un reino.

En medio de este *polvillo* divagaban en torno del sol y á conveniente distancia unos cuantos centenares de pequeños mundos menores que nuestra luna, unos fluidos, otros secos y no pocos componiéndose y formándose.

De buena gana hubiérame entretenido con algunos. ¡Eran una moneria! ¡qué hombrecillos ó mas bien homunculillos! ¡qué casitas caladas ó torreones! ¡qué carrozas y caballos! ¡qué trajes y ceremonias! Para mi hijo allá de edad de tres años, apenas si hubieran sido juguetes.

Entre aquella lluvia de montes que pasaban como flechas, temí terminar mis dias hasta que despues de mil sustos y peligros nos hallamos en las inmediaciones del planeta grande. ¡Aquel si que es planeta, Pónos! Ya sabes que entiendo algo de medidas y que tengo un ojo como un cómpas. Pues apostaria que se nece-

sitaban mil y quinientas tierras, por lo poco, para formar su volúmen. ¡Oh y todo lo demás en él es en proporcion magnífico! Cuatro satélites le atienden como cuatro soles, y su rodar es tan garboso, que ni las nubes le siguen, y como se quedan atrás dispersas y rezagadas adornan su inmensa faz con penachos anulares á guisa de cinturones.

La grandeza de aquella morada, la estabilidad y réctitud con que flota en el espacio, la armónica disposicion y concordado movimiento de sus cuatro lunas, me incitaron á vencer la repugnancia de Fanta, y casi contra su voluntad sentamos en él los piés. Frio tuve cuando su suelo oprimí, pero tales cosas contemplé que muy luego me olvidé del frio. ¡Valganme los cielos y qué terror se apoderó de mi alma, cuando ví caminar hácia nosotros unos cuantos de sus habitantes! No sabré decirte su estatura, porque confieso que perdí mi poca serenidad. Sí te diré que eran inmensamente mayores que el colosal Dinamion. Su voz en mis oídos sonaba como un ruido sordo, un tronar lejano, sin que pudiese percibir las diferencias de sus acentos ni la inflexion de sus palabras. Hablaban poco y comprendian al vuelo. Su plática debía versar sobre el sol y las estrellas, porque señalaban á menudo hácia la bóveda celeste.

—¿Qué dicen? la pregunté á Fanta.

—Hablan de vosotros los habitantes de los demás planetas, y el mas alto que parece ser para sus amiguitos lo que Pónos en nuestro globo es para tí, les dice cosas que no entiendo entre otras claras y evidentes.

—Dime siquiera alguna de esas últimas, volví á insistir.

—Eso haré yo de buena gana, me dijo mi fiel intérprete. Estos seres no necesitan tubos encantados como tú. Con solo abrir bien los ojos alcanzan hasta los límites del mundo, y como su altura es tanta, todo lo abarcan y lo dominan. Ven á los demás planetas de muy regular tamaño: ninguno de sus movimientos y cuneos se les oculta, y en proporcion á su vista es la claridad y comprension de su rara inteligencia. Repará sino en la forma, tersura y extraordinario desarrollo de sus frentes. Ese que perora esplica á su compañero las ventajas de su mundo y de sus gentiles personas sobre los y las demás. A lo que parece las grandes diferencias,

los rigores de los climas proceden de lo mas ó menos inclinados que están los ejes de estos globos con respecto al sol, por cuya circunstancia, esté en el cual nos hallamos y que es el más enhiesto y erguido de cuantos obedecen á aquel astro, goza sempiternamente de una continúa primavera. Lo grande, lo maravilloso, es que aquí como en tu tierra y lo mismo que en esa infinidad de mundos, todo es perfectamente armónico, y el menor cambio y mudanza en un cualquiera accidente, dá distinta disposición, forma, grandeza y contestura al conjunto. De aquí que por no torcerse este gran globo ni inclinarse oblicuamente, reciba del sol los rayos calurosos con igualdad en todo tiempo y sobre todos y cada uno de los puntos de su superficie; goce de un clima sin mudanzas; se vean sus habitantes no agobiados como tú por la ley dura del trabajo; vivan felices y contentos sin edificar viviendas, tejer vestidos ó cultivar mieses ni jardines, y lo que importa mas que nada, dediquen sus luengos días al cultivo de sus ricas facultades, buscando con amor la verdad, única fuente de todas las cosas buenas. Como rueda con celeridad pasmosa y dá una vuelta iluminado por sus cuatro lunas, en la tercera parte del tiempo empleado por tu globo en girar sobre su eje, apenas si la noche existe y la vista perspicaz de estos grandes y privilegiados séres se conserva y afina maravillosamente durante toda su existencia. A esto contribuye no poco la duracion de su vida, igual á ciento veinte de las tuyas, porque cada uno de sus años contiene doce de los nuestros y el número total que viven es tambien mayor en la misma proporcion. Considera tú ahora el grado de sabiduría que alcanzarán estos amiguitos con más sentidos y mas perfectos que tú (pues has de saber que tienen medios para palpar y contemplar el espíritu, con mayor nimiedad que tú mides, pesas y analizas la materia), con menos necesidades, de esas necesidades crueles que alejan las mejores almas de la contemplacion sublime; con una inteligencia que percibe lo que tú jamás vislumbrarás; con una vida tan larga para acabar sus estudios y con todos los medios proporcionados que le suministran las leyes admirables de su admirable planeta. — Ahora comprenderás, concluyó diciendo Fanta, la razon por qué no entiendo la mejor parte de sus coloquios. ¡Hablan de

séres, y relaciones, y modos de sér, y consecuencias, y atributos no inteligibles para mí! Lo único que te sé decir es que el que lleva la palabra concluye siempre atribuyéndolo todo á una causa única (en lo cual á mi ver no va descaminado), pero haciendo además su minuciosa descripción sin que se le olvidé un pelo, razón por la cual vendrás en conocimiento de que estos magníficos Señores tienen también sus flaquezas, y que no contentos con las muchas ventajas de su tierra y de su organización, se echan á soñar de cuando en cuando en cosas que se hallan fuera de su alcance.

—No tuve valor para escuchar más, querido Pónos. Me sentía tan débil, tan raquítico, tan humilde al lado de los soberbios planetícolas, que triste y pesaroso la dije á mi compañera.

—Vámonos de aquí: esta atmósfera me ahoga, me siento empuqueñecido; vámonos de aquí.

Así diciendo hice por mover las piernas para alejarme cuanto antes, pero á mi grande aturdimiento hallé que cada una pesaba catorce tantos. Me sentí como petrificado, no podía mover brazo ni dedo; veía, sentía, pensaba, y con todo, era una verdadera estatua. Entónces comprendí como desde que pisé aquel gran planeta sentía una gran fatiga cual si estuviese oprimido por un peso enorme. Hasta para mover la lengua había tenido que hacer extraordinarios esfuerzos.

—Y, bien, exclamó Fanta maliciosamente. ¿Dónde se fueron aquellos axiomas que tuviste por universales? Tan solo por ser esta pelota algo mayor, pesan aquí más los cuerpos y te ves convertido en una estatua que, sin embargo, siente y piensa. ¿Cree-rás después de esta lección que hay nada imposible para quien todo lo puede? Pero vamos, añadió, con bondadosa amabilidad. Dame la mano que para mí no hay pesos ni atracciones.

Tócóme al hablar así y salimos por los aires.

—¿Dónde vamos? la pregunté cuando me vi fuera del planeta colosal.

—A ver otros tres por tres estilos maravillosos, me contestó. El primero casi tan grande como el que hemos visitado, tiene mayores maravillas, y entre ellas una muy particular que desde aquí se distingue. Es un anillo incomprensible que le circuye

como pantalla redonda, ó mas bien como esas golas almidonadas, dentro de las cuales sepultan los trasgos, nuestros amigos, sus graves y reverentes cabezas.

—Bastante he visto, interrumpí de mal humor. Nos alejamos del sol; hace cada vez mas frio, y tengo gana de concluir.

—Considera lo que te pierdes, insistió ella. Este globo del anillo tiene ocho lunas por ahora. Y digo por ahora, porque no satisfecho con las que tiene, fabrica en estos momentos otra. ¡Es cosa digna de verse! Ocho tiene tambien el que le sigue, y el mas lejano y último tan solo una. Solamente por ver los delicados albinos en algunos de ellos, se pueden sobrellevar unos cuantos estornudos.

—A pesar de todo, insistí, vámonos á contar pronto las estrellas.

—¡Qué locura! exclamó Fanta parándose en el espacio. ¡Tú sabes lo que pretendes! Bien dice Pónos: nada hay mas atrevido que la ignorancia. ¿Te imaginas por ventura cuál es su número sin fin? No tiene voces tu lengua para espresarle. ¿Concibes siquiera las distancias entre los astros á la vista? ¿Quieres que de ellas procure darte una idéa sumamente vaga? Contempla cómo giran en rededor del sol estos ocho ó nueve mundos: fija tu mente en la tierra. ¿No te pasma su velocidad? ¿No se confunde tu comprension si quieres hacerte cargo de la distancia que recorre en una sola vuelta? Una sola vuelta que tú á marchas forzadas no darías en cuarenta y cinco mil años. ¿Concibes bien esa velocidad? ¿Cuarenta y cinco mil veces mayor que la tuya? Pues para llegar á aquella estrella brillante, que es quizá *la mas cercana*, tendria nuestro globo que mantener su pasmosísimo andar en línea recta por espacio de doscientos mil años.

—Es que nosotros iremos mas de prisa, volví á insistir. Si quieres estoy seguro que habremos de caminar como dos rayos de luz, y la luz camina más que la tierra.

—¡Ceguedad! exclamó mi guía. Mucho camina la luz pero no basta. Las distancias aquí pueden cansar á la luz. Por lo visto no comprendes el infinito en el espacio. Tentaré de demostrártelo. ¿Te hiciste cargo de la distancia entre la tierra y el sol? ¿Ese camino que tus mejores caballos no andarian en dos millones de

jornadas? La luz la recorre *ocho veces* en una hora. ¿Abarcas esa velocidad de la luz? ¡Andar ocho veces en una hora el espacio para recorrer el cual necesitarian cien años sin descansar el águila ó la golondrina! Pues bien: montado en la punta de un rayo de luz tan infinitamente rápido, todavía no llegarías en diez años á esas estrellas más próximas, y á las demás ni en ciento, ni en mil, ni en cien mil.

—Esas son invenciones tuyas, la dije: descabelladas imaginaciones.

—No lo por mi vida, repuso la soñadora con una formalidad que me pasmó. Eso no es sino el primer paso en la senda del infinito. Para llegar la luz (cuya traslacion te parece á tí instantánea) á la nebulosa aglomeracion de estrellas que distingues detrás de todas, há menester cuando menos—¿sabes cuántos años?

—Un millon.

—Confíesote, buen. Pónos, que aquella aseveracion concluyó de anonadarme.

—A poco la dije:

—Entonces renunciemos á ese viaje.

—Segun parece, dijo Fanta, empiezas á comprender que cuanto te digo no es cuento. Entre esos puntos tan brillantes los hay bastante grandes para sacar de su lumbré un millon de nuestros soles. Todos tienen en rededor sus planetas, y estos sus lunas ó satélites; todos son centros de mayores ó menores aglomeraciones, y así como cien mundos poblados de séres, cubiertos de maravillas, giran sin cesar en torno suyo, así estos millares de millares de variadas aglomeraciones giran en torno de un punto misterioso con leyes que desconocemos.

—Lo que me dices, contesté, es casi demasiado para mi inteligencia. Renuncio por ahora á su investigacion y exámen; pero contemos las estrellas.

—¿Estás loco? tornó á preguntar. Tú no comprendes el infinito en el tiempo. Estás viendo que tu vivir no alcanzaria para llegar á las primeras, que despues de estas hay otras mil á mas distancia, y despues miles de millares, y tras estos, millares de millones, y en seguida un número inefable, el infinito, y ¡te empeñas todavía en averiguar su copia! Figúrate los millones de granos de

arena que se necesitan para formar el sol. Pues imagínate que un millon de soles así formados cae acompasadamente á cada pulsacion que dé tu sangre por espacio de un millon de años. ¿Abarcas el número de granos de arena que así llegarían á juntarse? Pues semejante número de aquellos átomos sería al de las estrellas lo que la gota de rocío es al agua de todos los mares juntos. ¿Te empeñas todavía en la empresa de contarlas? ¿Te alcanzarían cien vidas?

No habia medio de contradecir y así me contenté con esclamar asaz mohino.

—Pero ¿qué digo yo á la hija de Pónos? ¿Cómo la digo el número de las estrellas?

—Muy fácilmente, repuso el hãda; la dices que su número es el *infinito*. Además de que la intencion de Alécia no fué hacértelas contar, sino que te enterases de estas maravillas.

—Está bien, dije por salir del paso. Volvámonos á la tierra.

Francamente: me sentia anonadado. ¡Yo que no sabia siquiera los axiomas de la ciencia universal; yo que ni aun tenia voces para expresar lo que estaba tan lejos de ser el infinito, presumia á cada paso dominar lo que es el infinito en todo!

XV. ¡Ay! ¡Pónos, Pónos! He vivido hasta aquí como un salvaje. Figúrate que muchas veces me decía yo á mí mismo: «mi familia es la única en el universo; para mí se ha creado especialmente la tierra con sus auras y sus flores; para recrear mi vista sirven las estrellas; el sol para traerme el dia con la aurora; la luna para embellecer mis noches.» Y ahora me encuentro á dos por tres, y apenas salí de casa, con ese inmenso luminar que tal vez esté poblado, una bolita pequeña cubierta toda de imposibles; otra que se equivoca con nuestro globo y le aventaja en belleza; ancianos de barbas blancas en la luna; hielo en el fuego; nieve negra; planetícolas gigantes que me tendrian por un bicho en embrion; globos con ocho lunas; millones de sistemas planetarios, y despues el infinito, y todo poblado, todo lleno de séres pensadores, creyéndose cada cual el único.

Me preguntaba á mí mismo qué era aquello, y ni aun sabia donde estaba, cuando en aquel mismo momento un cuerpo singu-

lar por lo sutil, con una cola desmesuradamente grande pasó tan cerca de nosotros que á la verdad me alarmó.

—¿Qué es eso? exclamé sin poderme contener.

—Ese, me dijo Fanta, es un cometa cuya cabellera, segun ves, se mide por millones de jornadas. Parecen algo, y ¿sabes lo que son? Nadas visibles.

—¡Nadas visibles! dije para mí: ¡Y yo comienzo á sospechar por lo que veo que soy un algo invisible! ¡Prodigios, siempre prodigios!

—Esos al menos, añadí, no estarán poblados.

—No me atreveré yo á decir tal cosa, contestó Fanta muy seria. Aquí nada hay inútil, ni muerto, ni imposible.

—¿Pero cómo podrian existir seres sobre eso que llamas *una nada*?

—El cómo nó lo sabremos ni tú ni yo, replicó mi compañera, pues si le supiéramos seríamos lo que no podemos ser. Pero mira bien en torno y dime si no es posible que los cometas encierren tales maravillas que nó acertara con ellos la fantasía mas extraordinaria.

Volví entónces la cabeza y todos mis sueños se desvanecieron ante la grandiosidad de aquel espectáculo que empezaba á comprender. ¿Qué era el espacio? ¿aquel espacio en que la luz se cansaba sin llegar al fin en uno, dos y cien millones de años? ¿Y el tiempo? Allí donde hay movimientos de nuestro pequeño globo, movimientos que son sus *pulsaciones*, pero que tarda cada una *veintiseis mil años* ¿qué significan estas mias, unas cuantas de las cuales constituyen mi vivir?

Mira Pónos: he descansado, he dormido, y todavía nó sé lo que me pasa.

Pesaroso y taciturno volví á deshacer el camino hácia la tierra sin escuchar apenas los mil propósitos de mi locuaz acompañante. Cuando íbamos á posar la planta sobre nuestro pequeño globo se nos ocultó la luz del sol que inunda gloriosamente el espacio. De súbito nos sumimos en la noche y en la sombra. Estábamos en nuestra atmósfera y la opacidad del globo servia como de pantalla.

Volví entónces á mi tubo; fijé la vista en los espejos encanta-

dos, otra vez torné á contemplar la imágen de los mundos que habia recorrido, y mareado en un piélago de ideas y de imaginaciones me rendí al sueño cuando el disco del sol asomaba por el horizonte. Tu cuidado amigo Pónos, ha vuelto á sus sentidos y á la realidad á un hombre muy diferente del que se metió en el tubo ayer.

—¡Brava historia es en verdad la que me cuentas! dijo Pónos cuando vió que Ántropos habia concluido. ¿Estás seguro de que toda ella no es un sueño? Sospeché, segun roncabas, que habias pasado bien la noche.

—Por quien soy, exclamó el hombre con la mayor formalidad que cuanto te he referido es tan cierto como lo que tú puedas contarme. ¿Si quieres que te crea á tí, por qué tú no has de creerme?

—No te impacientes, mi buen Ántropos, añadió el génio con nunca vista dulzura. Te tengo ya por veráz y sé que tu buen juicio ha llegado á distinguir lo falso de lo verdadero. Quédese eso de ver la mente una cosa y decir otra los lábios, para la ominosa Seuda. Lo único que me infunde alguna desconfianza es que hayas ido á ese viaje en compañía del hada parlanchina. Ya te dije, sin embargo, y sabes tú por esperiencia, que tiene grandes recursos cuando quiere, y puede ser que esta vez haya estado seria, formal y sesuda. Ahora dime la impresion que han hecho sobre tí las novedades contempladas, y qué fruto has sacado de tu escursion por el cielo.

XVI.—La impresion ha sido desconsoladora; el fruto sumamente amargo. Contándose los mundos habitados por millones, y por millones tambien sus maravillas y sus habitantes ¿qué significa en el conjunto mi morada, y qué significa yo? Mi alma se inunda de admiracion ante la omnipotencia que creó el universo infinito, pero aquel sér creador nó puede acordarse jamás de esta mísera criatura. A medida que crece él, me reduzco yo á la nada. Y ante esta idea, de todo dudo, me siento abatido y todo para mí es indiferente. ¿Qué significan aquí esas cosas que me enseñas? ¿Para qué el amor? ¿De qué sirve el deber? ¿Qué importancia tiene la virtud? ¿Tendrá influencia por ventura que yo obre mal ó que yo obre bien para descorrer el velo de tu hija? Y despues

de descornado. ¿Qué? ¿Para qué me habia de sacrificar? ¿Será quizá por la gloria? Y ¿qué gloria es esa, y qué buen nombre que aunque llene con su fama de costa á costa esta isla, nunca llegará á oídos de los millones de seres que viven lejos de mí, ni á las generaciones innumerables que me precedieron?

— ¡Ay Ántropos, Ántropos! le interrumpió el génio, cogiendo al hombre una mano entre las suyas. Si esa impresion no fuese pasajera, si yo no tuviese medios de borrarla de tu mente, si no comprendieras algun dia la gloria, la bondad, la solitud de Teo el creador de todo, aquí mismo maldeciria el tubo encantado que te proporcioné y hasta el trabajo que mi pobre hija te impuso. Pero sé que los otros dos trabajos que te restan han de darte la fé que necesitas y por eso fio al porvenir el éxito, y ahora me contentaré con decirte brevísimas palabras. Estás en un error, amigo mio. La certidumbre adquirida de la existencia de una multitud de mundos mas importantes que el nuestro, mas repletos de maravillas, la completa y armónica trabazon de este *gran todo*, debe contribuir á ensanchar y ennoblecer tus ideas haciéndote vislumbrar que aunque diminuta eres una ruedecilla de la máquina y que por lo mismo te se destina á algun fin. Del conocimiento de esas maravillas cuya grandeza te abate, debes sacar una conviccion sin precio y una virtud provechosa. La conviccion, es que forzosamente hay alguien que vive ese infinito del tiempo, que recorre ese infinito del espacio, que regula ese infinito de aglomeraciones, que dicta ese infinito de leyes de armonía. La virtud, es la noble y santa humildad para que nunca te domine la soberbia. Has visto el mundo á cierta altura y te has sobrecojido al descubrir que tu morada es una burbuja, un átomo de polvo, un poco de ceniza tibia. Debiáste coasolar, no obstante, que un sér tan grande como el arquitecto del universo te haya creado para alguna cosa dándote esa razon admirable que te permite vislumbrar su obra. Has comparado tu pequeñez con la creacion, y te cubres con tu desprecio propio. Espera sin embargo. Media comparacion está hecha: aguarda la otra mitad. Es preciso consolarte porque malo será siempre que te creas mucho, pero no es menos pernicioso que te confundas con la nada. Procuraremos restablecer el equilibrio en ese tu trabajo armónico. Hoy por hoy

ten muy presente en tu memoria el sentimiento de tu pequenez, y cuando el orgullo, á fuerza de comparaciones te ciegue para perderte, recuerda la inmensidad de los cielos.

CAPÍTULO XXXI.

I. — Intolerancia de la iglesia. Galileo. — II. — Alusión al origen de los Estados-Unidos de América, cuna de un trabajo en condiciones de libertad. — III. — Incredulidad, fruto de desengaños. Los lazos naturales del sentimiento vuelven al hombre al buen camino. — IV. — Reaccion monacal que tiende á separar á la mujer de su mision. — V. — Alusión á Santa Teresa de Jesús como tipo de la monja perfecta. — VI. — Aparentes injusticias. Parábola para probar que una gran suma de males de que nos quejamos, son obra nuestra. — VII. — Invencion del microscopio. — Siguen los errores balancistas y proteccionistas como consecuencia ineludible de otras perturbaciones de las leyes naturales. — VIII. — Adelantos fisico-químicos. — IX. — El fuego ó si se quiere, *el calorico*, fué el auxiliar principal en estas investigaciones. — X. — La materia, su porosidad, las fuerzas que entraña la misteriosa elaboracion de los cuerpos. — XI. — Ley de los multiples y equivalentes, fundamento de la química. — XII. — Fenómenos de cristalización. — XIII. — El hombre aspira á esplicar la formacion de la tierra. — XIV. — Origen comun de los llamados hasta aqui fluidos imponderables. — XV. — Los progresos fisico-químicos tienden á ensoberbecer al hombre. — XVI. — Semejante desvanecimiento solo puede corregirse abarcando la creacion entera por medio del trabajo armónico.

I. O Ántropos no dió á su escursion por las regiones de los astros toda aquella importancia que debia, ó lo mucho que le preocupaban sus descubrimientos no le permitió guardar el conveniente sigilo. Los resultados de su viaje se llegaron á traslucir entre los duendes, discutióse mucho y fuerte sobre la posibilidad ó imposibilidad del caso, y como era fácil preveer, llegaron las noticias del suceso corregidas y aumentadas á oídos de la consejera. Porque las noticias son como las bolas de nieve: cuanto mas ruedan mas abultan, á medida que se alejan de su origen, crecen. A peticion de la sublime Anoya, Seuda obligó al astrónomo á comparecer ante su autoridad, le interrogó, oyó asustada de sus

lábios la sencilla y candorosa relacion de sus celestes aventuras, y se quedó aterrorizada ante lo grave de aquellas revelaciones.

¿Qué significaban? La bruja no lo entendia; pero un presentimiento lúgubre la estaba diciendo á voces que aquello era el principio y nada mas de peligrosas novedades. Toda su vida habia pugnado por establecer la inmovilidad sobre una base de diamante; toda la vida, desde la fecha mas remota, tenia ódio mortal al movimiento. ¿Podia ahora admitirle ni aun en las estrellas?

No dejaba de sospechar la muy taimada, si seria verdadera la revelacion del hombre, pero para ella no era la cuestion el descubrir lo verdadero: considerada la cosa por el prisma de sus intereses, quedaba reducida á que Ántropos y su familia debian tenerla á *ella* por la verdad infalible, y pues ella negaba el movimiento, ni Ántropos ni su familia debian creer ni mas ni menos que lo que ella proclamaba como artículo de fé.

Así pues, Seuda y su siempre fiel Anoya, la una por hipocresía, la otra por ignorancia, tapábanse los oidos mientras seguia hablando su vasallo, y presas del mas santo, del mas bendito horror, gritaban como de costumbre á falta de buenos argumentos.

¡Que desvario! ¡Que sacrilegio! ¡Que escándalo!

En seguida, y por pronta providencia, encerraron al astrónomo atrevido en el mas espantable calabozo para que no volviera á ver el sol, y despues de juzgarle y sentenciarle con todo el solemne, grandioso y simbólico ceremonial que la bruja tenia reservado para las grandes ocasiones, se le hizo saber que para salvarse de la hoguera no tenia otro remedio que retractarse solemnemente en público.

Horrible fué el combate que en lo mas íntimo de su alma se dieron la dignidad y el interés del infeliz obrero astrónomo para decidir si era preferible perder la dulce vida á mentir en la conciencia, ó tomando las cosas por mas alto, si convenia pronunciar algunas palabras vanas que se llevaria el viento y que no habrian de cambiar un ápice en la esencia de las cosas ni estorbar en lo mas mínimo el constante desencantamiento de la hija del buen Pónos.

Por fin se decidió á humillarse y apareció en el pórtico de un templo, descalzo, con la cabeza rapada, la sogá al cuello, una vela

verde entre las manos y se arrodilló y besó el disfraz de Anoya y por un arranque de entusiasmo que no pudo dominar exclamó al ponerse en pie:

—«*Y sin embargo se mueve.*»

Seuda pareció no haber oído aquella frase temeraria. Era prudente no llevar las cosas al extremo; la protesta se perdió entre el murmullo de los duendes, y lo principal según aquella quedaba conseguido, esto es: la retractación.

Se creía, pues, de nuevo inviolable.

Pero la buena consejera se olvidó de destruir algunas leyes naturales, como las propiedades del cristal y de la luz, á cuyo favor la vista del gentil astrónomo penetró en lo infinitamente grande y seguiría penetrando más allá.

Dióse por desagraviada y se propuso agobiar al delincuente bajo el peso de los trabajos más rudos para evitar que pensase en las cosas de allá arriba.

II. Ya que vamos narrando á vuela pluma la intolerancia de la consejera, tenemos que hacernos cargo de un hecho como pocos importante, provocado por aquella su pasión idiosincrática.

Por las mismísimas razones que vedaba al padre toda investigación celeste, hizo que sus duendes emisarios molestasen sin cesar al hijo si trataba de elevar su espíritu á alguna elucubración análoga.

Ándros luchó y peleó hasta donde tuvo fuerzas para defender la libertad de su conciencia, pero abrumado y perseguido doquier, formó una resolución heroica y después de construir una nave y de meter en su bodega los instrumentos y conquistas de hasta entonces, cruzó los mares y desembarcó sobre las costas septentrionales de la Isla del Oro. En sus bosques vírgenes, en las augustas soledades de sus selvas, lejos de Dinamion y de la bruja, gozó desde aquel día la dulce libertad que le hizo sabio, y rico y poderoso, y aunque no pueda decirse que se vió libre de trasgos y de duendes, perdieron estos gran parte de su prestigio por carecer á tal distancia de su principal apoyo.

Semejante emigración ejerció en lo venidero una influencia decisiva en los destinos del hombre, no tanto por lo que Ándros pudiese auxiliar á los suyos de hecho, cuanto por el ejemplo vivo

que daba al mundo á todas horas de los milagros posibles por la libertad del trabajo inteligente.

Volvamos ahora al protagonista principal, al jefe nato de los que en Gé trabajaban y producian.

III. Varios dias pasó Ántropos despues de su humillacion trabajando mas que de costumbre, y sin embargo, noche y dia le desazonaba el ámago del descreimiento. Aquella impresion penible, adquirida entre los astros, no era fácil de borrar. Él, que se creyó siempre *mucho*, veia que era *bien poco* y al caer de toda la altura de su orgullo queria arrastrar consigo al universo sustituyendo el caos y la casualidad á un orden cuya grandeza le asombraba.

Felizmente para la isla de Gé las enfermedades por lo general no nos impresionan hasta que las reconocemos en los demas, y Ántropos que otra vez se despeñaba por el abismo profundo de sus primeras impresiones tuvo que acudir, y acudió gustoso, á cuidar de su mujer porque comprendió que estaba á punto de perder el juicio como antaño.

IV. Nunca, jamás habia renunciado Seuda al propósito de convertir á Gina en un instrumento dócil para sus traidores planes ya que no la conviniese ó se la permitiese esterminarla. Desde su última y forzosa reconciliacion con el gigante, no solo la mareó segun dijimos á fuerza de peroratas grandilocuas de Anoya sino que dándola otro filtro de los que ella confeccionaba hábilmente, la tenia encerrada en la mas completa reclusion á fuerza de tornos y de rejas. ¡Rejas y tornos fabricados por el hombre mismo!

El nunca bien amado Pónos llamó la atencion de su protegido, con tacto esquisito y paternal, sobre aquel peligro nuevo, y el esposo saltando por encima de obstáculos y estorbos llegó con ánimo resuelto hasta la reja de la celda.

Hierros inquebrantables sellados en la piedra le separaban de Gina para siempre.

Imposible me sería describir el dolor y la ansiedad con las cuales el infeliz se asía de aquellas rejas, y pugnaba en loco frenesí por arrancarlas. En vano fueron, no obstante, su angustia y su desesperacion. Golpeó los hierros con los puños hasta que les salpicó con sangre; daba voces; vertia llanto de rabia, y ya se

disponia á renunciar a la empresa, cuando Gina se dejó ver allende de las rejas, en un estado tan mísero que puso término á su frenético golpear, á sus iras y á sus voces.

V. Venia cubierta con un áspero sayal, arrastrándose sobre las rodillas como un informe cuadrúpedo. Traia colgante al cuello una mórdaza, á la cintura un rosario, y venia comiendo trabajosamente un manojo de yerbas ó legumbres.

Largo tiempo se miraron bajo el imperio de muy distintos afectos. Ántropos era todo tristeza y lástima. Gina debilidad suma, olvido y estólida indiferencia.

—Habla, por nuestro amor, exclamó el hombre. ¿Quién te ha traído á ese estado?

La mujer alzó los ojos trabajosamente y contestó en débil voz.

—Yo.

—Eso es imposible, gritó Ántropos sacudiendo como un leon las rejas. ¡Tú! ¡La inspirada cantora! ¡La tierna madre de mi hijo! ¡La pura fuente de amor que tantas veces me salvó con su frescura! No, eso es imposible. ¿Qué sucede aquí? Habla por nuestro amor.

—Sucede, contestó la mujer, que me convencí de que Anoya está en lo firme. Soy un sér defectuoso é imperfecto. Mi cuerpo es una máquina desarreglada, y debo corregir sus ímpetus, aminsonar su poder, enflaquecerle con dietas y con mortificaciones.

—¿Te has vuelto loca otra vez? gritó el hombre retorciéndose las manos frenético de indignacion. ¿Quién eres tú para enmendar las maravillas de este mundo? ¿Quién eres tú para perturbar sus sábias armonías? Si conservas la memoria, recuerda nuestra existencia y nuestro amor.

—Cesa, cesa, exclamó la mujer entre abatida y doliente. El fuego de tus palabras me trastornan y desvanecen. Todavía conservan estos mortales despojos una buena porcion de su maldad. Quisiera no haberte oído y *muerdo porque no muerdo*.

—¡Válgame los cielos! pedazo de mi corazon, ¿por qué no puedo arrancar estas prisiones y salvarte sin perder momento? Ven acá, compañera de mis gustos y mis cuitas. ¿Por qué pretendes suicidarte? ¿Quién ha de amar á tu hijo? ¿Así renuncias á

todos tus deberes; así quieres matar las nobles emociones, los levantados afectos que te fueron dados para un fin providencial? ¿Son quizás Seuda y Anoya mas dignas de ser oídas que el hombre que te adoró y el hijo que llevaste en tus entrañas?

—No por quien soy, exclamó la prisionera alzando la frente con orgullo. Seuda no puede compararse á ti. Esa desgraciada no sabe amar. *Si Seuda fuese capaz de amar dejaría de ser Seuda.*

—Pues no digas una palabra mas, se apresuró á decir el hombre. Esas bastan para condenar tu pueril locura. Si el amor es el alma del mundo ¿qué haces aquí encerrada y á qué mónstruo quieres agradar lacerando esa hermosura? Recuerda uno de los mejores consejos de nuestro buen amigo Pónos. Creada fuiste vaso frágil y quebradizo que encierra un perfume de vida, flor cuyo aroma siempre nos eleva. ¿Quién te ha dado autoridad para romper el vaso y derramar el perfume en la triste morada de la muerte? Adios Gina, adios. Corro á trabajar y trabajar para sacarte de aquí. Cuando tus enemigos vengan de nuevo á degradarte, repíteles esas palabras. *«Si fueseis capaces de amar, dejaríais de ser quien sois.»*

Ántropos envió á su esposa un ósculo de amor con ambas manos, y ella, como regenerada por el fuego de sus frases, arrojó la mordaza con las yerbas, clavó convulsivamente las yemas de los dedos en el muro, se levantó como una sombra y con sonrisa inefable de placer y de ternura le devolvió con la diestra todo su sér, toda su alma, en otro beso apasionado.

Muy breve rato despues, Ántropos estaba al lado de su protector.

—Es menester, le decia con vehemencia, que Gina vuelva á ser mia. Tú me has enseñado que ella y yo formamos un solo individuo de la especie. La mitad mas sensible de mi sér, no debe, no puede ser de nadie.

—Esa es una verdad cada dia mas palmaria, contestaba el gé-nio; pero en primer lugar los errores no se corrigen en un dia y juego, ¿no tienes tú alguna culpa de lo que sucede? Recuerda que todas las leyes de Gé van encaminadas á la mas severa y rigurosa justicia.

VI.—No lo veo yo así, interrumpió nuestro hombre despechado. La enseñanza de mi experiencia es al revés. Cuando mi hijo huye, se rebela, desconoce esas leyes inmutables y provoca contra mí nuevas penas y rigores; cuando mi mujer se deja ofuscar por la cháchara de Anoya y se aparta de la familia y dificulta con su separación mi triunfo, ¿qué justicia es esa que me hace lastar á mí los errores de otros, las ajenas culpas.

—Comprendo lo que me quieres decir, contestó Pónos un tanto sério y meditabundo, y voy á ver si puedo contestarte. De nuevo debo decirte que las leyes de esta isla, aunque encantada, tienen todas y cada una de ellas su objeto providencial. Existen para que se verifique alguna cosa á la fuerza y sin remedio. Cuando este objeto cae inmediatamente dentro de las fronteras y alrededores de tu pequeña inteligencia, le ves, le tocas y reconoces su justa sabiduría, pero cuando pertenece á regiones muy mas altas, dejas de abarcar su utilidad, y si te causa dolor clamas contra su injusticia. Esto ni mas ni menos es, amigo Ántropos, lo que te sucede ahora. No percibes por qué, ni para qué te habia de alcanzar el castigo de ajenas culpas, y por lo mismo dices que es injusto. Examinemos el caso. ¿Crees tú que al sentir una pena ó un dolor procurarás con afán hacerla desaparecer? ¿Buscarás alivio? ¿Dejarás remedio?

—Claro está que sí, contestó Ántropos.

—Si por ejemplo, continuó el génio, tuvieras una fuente favorita con pura y rica agua de pié, y andando el tiempo creciesen en sus bordes plantas ponzoñosas y al beber el agua te amargara ¿que harías?

—Es muy sencillo, tornó á contestar el hombre. Arrancaría las plantas de raíz, limpiaría los bordes todo en torno, y volvería á la fuente su pristina pureza y claridad.

—¿Y no te parecería, volvió á preguntar el génio, que el agua cobraba aquel ámago desagradable para obligarte á mirar por la limpieza y perfecto estado de la fuente?

—Sí tal, replicó Ántropos, y tan lo creo que sin este y otros semejantes sinsabores ningún progreso habría hecho, ni salido hubiera del estado de salvaje.

—Pues ven acá, ciego con ojos y sordo con oídos ¿no comprendes que los tuyos son fuentes de las cuales manan tus grandes y legítimos placeres, y que debes cuidar con mucha más razón de que en sus almas no se arraiguen plantas de frutos ponzoñosos? Al ver que sus errores te alcanzan y que los tuyos les hieren de rechazo, ¿no comprendes que hay una voluntad superior á la tuya, la cual quiere que todos seáis unos, lo manda, lo impone, te lo exige? ¿Vislumbras la *ley de solidaridad* que os enlaza á todos, absolutamente á todos, para vuestro bien?

—¡Ah, ah! exclamó Ántropos. Con esa especie de parábola has abierto un mundo á mi razón. Me propongo examinar á esa nueva luz un sin número de lances que en el fondo de mi mente me parecían horribles injusticias; pero si tienden á reunirnos á todos, á que reine en la familia la paz con la concordia, tendré que confesar una vez más que esta isla encantada es en verdad admirable y te bendeciré á tí que me descubres sus arcanos. Cobro con esto nueva fé. Comienzo á ver que todos somos solidarios. Ea, pues, buen Pónos. Las obras como tú dices son los mejores discursos. Sospecho que con ellas salvaré á Gina únicamente. Veamos qué debo hacer para concluir el segundo de los trabajos de Alcía.

VII.—Mientras estuviste ausente, le dijo entónces el buen génio, he dispuesto á prevención cuanto necesitas para darle cima. Es un verdadero talisman. Aquí le tienes.

—¿Qué es eso? ¡Un ojo! exclamó Ántropos.

—Un ojo de cristal, contestó Pónos.

—¿Y para qué? replicó el hombre. ¿Soy yo por ventura tuerto?

—Y ciego también muy á menudo, continuó el génio. Por eso necesitaste el ojo inmenso del espejo para alcanzar á las estrellas, y por eso has menester ahora de estos ojos diminutos para ver los mundos que se encierran en la nada. Tomándole en la mano verás cuanto te se antoje; mermarás á la par suya de tamaño hasta el punto que te conviniera, y volverás á tu sér y él volverá á su grander únicamente con que tú le sueltes.

Ántropos, movido por un deseo invencible de salvar á su mujer, arrebató el ojo maravilloso de manos de su protector.

En el momento, por uno de aquellos incomprensibles fenómenos de la isla de Gé, se sintió empequeñecido y que se achicaba, se achicaba, se achicaba. Con valiente corazón apretó entonces el puño para que el mágico instrumento no se le fuese; y á poco tenía la mitad de su tamaño, y luego la cuarta parte, y en seguida la pequeñez de un granizo, y sin saber cómo ni de qué manera, Pónos le vió desvanecerse bonitamente como se deshacen los granizos.

Con esto el hombre se perdió de vista.

—Es bueno, es valiente, es entusiasta, exclamó entonces el génio. Vencerá porque se apasiona de lo bueno y de lo bello. Su triunfo no puede estar lejano. Veamos mientras examiná los prodigios de ese granito de arena, de persuadir á su hijo. Urge destruir con maña este ódio que tiene dividida á la familia. Es necesaria su reconciliacion. Sin estar todos unidos, será imposible que triunfen.

Con tan laudable propósito Pónos se embolsó en el manto azul y se trasladó cerca de Ándros á quien visitaba diariamente y de continuo. Hízole sabedor de los progresos de su padre y hasta participe en sus afanes y sus glorias; mas á pesar de todos sus esfuerzos no pudo desarraigar de su alma de una vez y para siempre sus preocupaciones y flaquezas.

A todas las verdades inconcusas contestaba el mozo con la necia algaravía que le habían inculcado Filoctesia y Petonosa. Reforzaba los muros, fosos y anzuelos; hablaba de independenciam y proteccion, y se asustaba como un bendito á la sola idea de que su padre le inundase de vinos, trigo, naranjas ó aceitunas poco menos que de balde.

Digamos en puridad que Ántropos en las cuestiones análogas estaba casi tan loco, porque tambien le aterraba la calamidad posible de que Ándros mas hábil que él y mas rico en minerales y en máquinas le pudiera *regalar* los arados, herramientas y tejidos que necesitaba para labrar sus campos.

De todos modos algo adelantó el buen génio con sus demostraciones prácticas, y como conocia tan perfectamente las leyes de la encantada isla de Gé, es fama que exclamó en aquella coyuntura:

—El tiempo y yo contra todos. Estos protegidos míos son entes incorregibles. No escuchan otra voz ni otros consejos que los amargos y duros del implacable dolor, ni aprenden y se corrigen sino á fuerza de sudor, de lágrimas ó de sangre. Si no fuera por la dicha de contemplar el rostro de mi hija era cosa de cansarse y de dejarles.

Volvió en seguida á casa de Ántropos, pero se halló que estuvo dias y dias dentro del grano de arena. Esperó con paciencia sin embargo hasta que el hombre reapareció por fin.

VIII. El génio acudió curioso al primer llamamiento de su protegido, y en una estancia modesta, sencilla, pero cómodamente alhajada, platicó deliciosamente. La sala tenia un ancho corredor que daba al campo, y por los claros de la yedra que cubrían sus esbeltas columnitas, veíanse frondosos valles, colinas pobladas de viñedo, bosques de olivos y naranjos, arroyos corriendo hácia la mar, y los nevados picos de las montañas azules.

—Cuéntame, decia el génio á su amigo.

Ántropos se repantigó en un cómodo sillón y sin hacerse de rogar satisfizo á la pregunta de la siguiente manera:

—Cuando hube asido con valor el ojo maravilloso, ese talisman sin precio que me ofreció tu solicitud, comencé segun sabes á mermar sin que yo mismo supiese á donde tamaña merma pararía. Esto, francamente, me sobresaltó. Dominé á la postre un tanto aquel primer y natural asombro, y me encontré sin saber de qué manera al pié de un inmenso monte. Los objetos que me rodeaban jamás los habia visto; dejé de comprender los sonos á mis oídos familiares y en cambio distinguia otros nuevos que hasta entónces me fueron imperceptibles.

Por fortuna, segun iba reduciéndome en grandeza, no separé la vista de tu cuerpo, y gracias á esta precaucion, involuntaria á la verdad, comprendí que aquel empinado monte era ni mas ni menos el grano pequenísimó de arena.

Mi vista se habia ido enturbiando para los objetos grandes, pero afinando en un grado no creible para los diminutos ó pequeños. Así tus facciones se trocaron en manchas indeterminadas, como las sombras de los picos sobre lejana cordillera; tus piés

perdieron despues su forma, y como no los abarcaba en conjunto, los veia cual montañas altísimas llenas de rugosidades. Desde mi invisible pequenez, para mis ojos microscópicos, tu bulto y tu sombra eran lo incomprendible, lo infinito. Tu cabeza por alta, por lejana, entraba en las regiones del misterio. En rededor, por el contrario, advertí millares de objetos y de séres cuya existencia nunca ántes pude sospechar. Algunos animales me daban pavor por su tamaño, sus formas y su fuerza. Nunca ví mónstruos semejantes; se devoraban unos á otros, y sus rugidos me aterraban al tiempo mismo que tu aliento y tu voz zumbaban en mis orejas como el distante vendabal ó el confuso trueno que se pierde lejos en las nubes.

En frente, sobre la falda del grano transformado en monte, habia infinidad de grutas y de bocas. Me parecian espantables, mas á trueque de huir de aquellos peligros, metíme sin vacilar por cualquiera de las mas cercanas.

IX. Juzga ahora de la sorpresa que esperimenté cuando á los pocos pasos ví que hácia mí se dirigia mi antiguo herrero y cocinero Pir. Holguéme del hallazgo porque tal vez podria serme útil, mas hallábame muy lejos de sospechar toda mi buena fortuna.

Ya sabes que los servidores estraordinarios que me proporcionaste siempre fueron obedientes pero mudos. Ni Báros, ni Pir, ni Tongo hablaron jamás palabra. Pues bien, ¿cuál no fué mi admiracion cuando acercándoseme el cocinero con la mayor urbanidad me dió en corteses frases la mas cordial enhorabuena?

—¿Cómo tú por aquí? le pregunté.

—Entro y salgo en todas partes, me contestó muy atento. Todo cuerpo suele ser mi casa. Lo mismo me cuelo por los metales mas duros que duermo a pierna tendida en el consabido trozo de madera.

—¿Y conoces bien estas regiones? le pregunté.

—Tanto, dijo, que si quieres dejarte guiar por mí, has de ver cosas que te maravillen.

—Ya te sigo, le repliqué sin vacilar.

—Sea en buen hora, añadió. Vamos primero poco á poco para que tu vista se acostumbre á estas tinieblas.

Así diciendo, comenzamos á divagar juntos por aquel enmarañado laberinto.

X. Muy luego pude observar que aquella mole estaba toda atravesada de arriba abajo, de atrás hácia adelante y de derecha á izquierda, por un número sin fin de espaciosas galerías, á las cuales llamaba mi guía *poros*, y lo que mas me sorprendió fué encontrar á cada paso (y figúrate cómo serian estos cuando yo me paseaba dentro de un grano de arena) grupos de séres diminutos, casi imperceptibles pero asaz diligentes y afanosos.

Para que formes una idea del grandor exacto y verdadero de aquellos singulares séres, recuerda que me habia reducido á una pequeñez tal y tamaña. Imagínate si puedes el grandor que tendrían los finos vellos del dorso de mi mano: pues en la punta de uno de estos vellos habrian podido estar unas cuantas docenas de aquellos trabajadores. Yo no puedo darme cuenta del cómo yo los veia, sino achacándolo al aumento prodigioso del ojo nunca bien ponderado de cristal. El tamaño diminuto de aquellos séres microscópicos me sorprendió sobre todo encarecimiento, y mi sorpresa hubo de crecer de punto cuando me persuadí que habia séres reales por el mundo todavía mas pequeños, con entrañas, y venas, y sangre en circulación, sangre compuesta de infinitas gotas cada una de las cuales podia trasformarse en sutilísimos vapores.

Alcanzábaseme bien que aquello era relativo, pero tambien me preguntaba á mí mismo qué era *la nada* y no sabia qué decir.

¿Qué hacen aquí, pregunté á mi cocinero, estas imperceptibles sabandijas?

— Habla con mas comedimiento, me replicó: no estamos en casa propia. Estos obreros mudos, al parecer sin voluntad, son aquellos que Fanta llamaba *gnomos*.

— ¡Ah! ya caigo, exclamé entónces. Fanta me habló de ellos cuando me preciaba de alquimista, pero yo creí que eran mayores.

— Fanta, contestó Pir con cierta gravedad muy cómica, siempre exagera cuanto dice, y gracias si no lo inventa. Ayuda con sus leyendas pero puede estraviar. No hay otros *gnomos* sino los que tienes á la vista.

—¿Pero qué hacen: cuál es su oficio? le pregunté con insistencia. Fanta me dijo que atormentaban al incrédulo...

—Dale con Fanta, exclamó Pir impaciente. Cuando vé un fenómeno y no le entiende, en vez de inquirir delira. De aquí tanta creacion fantástica. Nosotros, sin embargo, sabemos que nada hay tan maravilloso como la verdad. ¿Pueden compararse aquellos *gnomos* con estos que están en todas partes, se afanan noche y día, hacen plantas y diamantes, y agitan todos los cuerpos de la tierra?

—¡Qué me dices! exclamé. ¿Y cómo hacen los diamantes y las plantas? Yo creí que los cuerpos no se podían fabricar; recuerdo al menos que cuando tuve pujos de alquimista me empeñé en hacer tal ó cual cuerpo y jamás pude lograrlo.

—Eso sería, me dijo Pir tomando el aire autorizado del maestro, porque no habrias estudiado las leyes inmutables de su composicion, ó porque te empeñarias en fabricar los que llamamos cuerpos simples.

—¿Y qué son cuerpos simples? torné á decirle.

—Aquellos que no son compuestos, me contestó con gravedad.

Te juro que no quedé muy enterado, pero proseguí diciendo:

—¿Con qué componen estos *gnomos* esos cuerpos que me dices?

—Con los cuerpos simples, contestó Pir con impaciencia. El diamante por ejemplo, con el carbon. Hasta ahora conocen seis ó siete docenas de ingredientes con los cuales lo hacen todo, pero es de esperar que con el tiempo se hagan cada vez mas hábiles y logren elaborar aquello que se les antoje con una sola materia.

Pir calló y yo callé. Despues de un rato le dije:

—Quisiera presenciar de cerca sus procedimientos.

—Pues prosigamos la visita, me replicó, y calla, observa y aprende.

XI. Efectivamente, dimos unas cuantas vueltas por allí y á cada una crecía mi admiracion y asombro. Algunos de los *gnomos* median los vapores ó los vahos impalpables con medidas de una

materia que no pude adivinar. Las medidas usadas por cada gnomo no eran iguales en cabida, antes cada cual podia emplear la suya. Lo único que noté es que se usaba la misma para cada operacion. Con una medida de un vaho ó de un gas mezclaban dos, tres ó mas de otro. Hacíase la mezcla por ensalmo y resultaba del nuevo cuerpo compuesto un número exacto de la mismísima medida empleada en la operacion.

Pero este número exacto de medidas era de un compuesto diferente en olor, color y volúmen, á cualquiera de los ingredientes primitivos.

Así elaboraban toda clase de vapores ó de espíritus, de líquidos ó sólidos que les daba gana. Alguna vez mermaba mucho la mezcla, como te puedes figurar, pero si hacian gases ó vapores siempre resultaba un número exacto de las medidas en uso.

Otros gnomos se valian de balanzas muy preciosas y con ellas pesaban los líquidos y los sólidos. Para componer los diferentes cuerpos hacian un número de pesadas de tal ó cual ingrediente, despues le añadian dos, tres, cuatro ó mas pesadas *iguales* de otro, y en un periquete salia de sus manos una materia nueva con color y contestura original y propia. Estos gnomos eran no menos hábiles que los fabricantes de espíritus, y aunque variasen la magnitud de las pesadas y usaran gran número de cuerpos simples, el peso resultaba ni mas ni menos igual al de los simples empleados. En cuanto al tamaño de las pesadas, podia ser arbitrario, con tal que fuese igual en cada operacion ó compuesto.

Largo rato permanecí con embeleso contemplando la habilidad de aquellos entes y la sabiduría de la ley que les regia admirable por ser independiente de todo lo convencional. Viles fabricar lo mismo la sal de nuestra mesa que el diamante preciado por los duendes; así las rocas de las montañas, como las tierras de los valles. Todo allí marchaba con tal orden y concierto que era una máquina movida sin cesar por una fuerza invisible, un taller perfectamente organizado, en donde se trabajaba con amor, así de dia como de noche. Los materiales parecian venirse á la mano de los gnomos; cada porcion se agregaba á aquella con la

cual tenía afinidad ocupando su puesto con tal tino que en el menor fragmento del compuesto se encontraban siempre las mismas proporciones de los simples que en el todo.

XII. En fin, ¿qué más he de decirte? Hasta tal punto obedecía la materia á la voluntad de aquellos entézuolos, que á veces con solo presentar como patron un cristal á ciertos líquidos, ellos solos formaban sin manipulacion mil y mil otros enteramente semejantes. Cambiábase de patron y cambiábase de forma. Allí ví hacer topacios y rubíes, y perlas, y cristales, y mármoles, y malaquita, y el ébano y el marfil, y todo en fin cuanto conozco y admiro.

Después de esto, amigo Pónos, no te burlarás de mí cuando te diga que estoy en camino para sorprender el secreto de la naturaleza y de crear desde hoy en adelante todo cuanto se me antoje.

—Poco á poco, interrumpió el sesudo génio. Sigue llanamente tu relato y no te metas en honduras. Cuando concluyas la historia hablaremos de esas y otras esperanzas. Por ahora cuidado no vayas á desgraciar con la soberbia los buenos frutos de tu viaje. Acuérdate de los cielos.

—Eso haré yo de buena voluntad, prosiguió el hombre un tanto desconcertado. Los buenos frutos de mi viaje no han parado aquí, pues todavía me queda muy mucho por relatar.

XIII. Examinadas y comprendidas las para mí novedades de los gnomos, lo demás que visité con Pir, aunque en extremo sorprendente, ya no me maravilló gran cosa. Me se figuró que toda la maravilla de aquel inmenso taller se fundaba en las dos reglas de composicion que he dicho. ¡Es mucha isla esta! me decia. ¡En todas partes movimiento! ¡En todas partes agitacion y vida! Ayer habitantes en las estrellas; hoy prodigios en los átomos. ¡Y yo creia inerte la materia! Pues si esto es así ¿qué contendrán las entrañas de nuestro globo? ¿Sabes tú, Pir, algo de esto? ¿Penetras alguna vez á grandes profundidades?

—Y tanto, me contestó el hábil manipulador del fuego. Cuando quiero abrazar á mi hijo, á la fuerza tengo que andar por debajo de la tierra.

—¡Cómo! le interrumpí. ¿Tienes un hijo? Vamos, cuéntame esa historia.

XIV.—Nosotros, me dijo entónces Pir, somos varios hermanos de muy distintos gustos y aficiones, pero de idéntica naturaleza. A mí me dió por trabajar y hacer y deshacer, y como sabes me dediqué á manejar las llamas y los tizones á mi antojo. Quise deber mi posicion al trabajo y la erré de medio á medio. En las islas donde hay Seudas, y Dinamiones, y duendes, el trabajo dá pan pero no mando. Mi hermano mayor, mas listo y de mas brillantes cualidades, aspiró desde el primer día á ocupar una alta posicion, y sin renunciar al dominio de la tierra determinó establecerse por de pronto allá en las nubes. Con él se fué el tercer hermano, mozo tambien como ninguno brillante y á quien ama con tan entrañable cariño que apenas si se separan. No te cansaré con la prolija enumeracion de toda mi parentela, ni mucho menos con una circunstancia hoy por hoy incomprendible.

—¿Y qué es ello? le interrumpí muerto de curiosidad. Indícamela siquiera.

—Es, prosiguió mi cocinero, el que somos todos uno aunque parezcamos varios, ó si prefieres la espresion, que somos varios hermanos y un solo ente verdadero.

—No entiendo un ápice de esa jerigonza, le volví á decir.

—Consiste, añadió, en que no entiendes los misterios. Sin embargo, este tal vez lo entenderás algun dia si llegas á tratar con grande intimidad á mi familia.

—Sigue, te lo suplico, con tu historia, le dije entónces. Me va interesando sobre manera.

—Pues bien, prosiguió Pir: has de saber, segun iba diciendo, que el principal de nosotros es mi hermano mayor, el cual debe indudablemente su supremacia al don de la palabra. ¡Es mucha cosa tener la lengua espedita! ¡Cuántos hacen su fortuna por tenerla sin moderador ó como si dijéramos, porque tienen por lengua una tarabilla! De aquí que él nos dominara siempre con su sonora voz de trueno. Los demas muy al revés, somos silenciosos, taci- turnos. Yo sobre todo nunca hablo fuera de aquí. Soy como debe ser el buen obrero: mudo mientras se trabaja.

—¿Y cómo se llaman esos hermanos tuyos? le pregunté.

—Al mayor, siguió diciendo Pir, le decimos todos Glós, con- traccion familiar de su verdadero nombre que no es otro sino

Ángeles. El segundo se llama Fós, cuyo apelativo como ves no admitia contraccion. ¡Oh, y estos nombres breves, rápidos, les cuadran á las mil maravillas! porque uno y otro son vivos como el mismo rayo.

—¿Y tu hijo, le dije entónces? Cuéntame algo de tu hijo.

—Mi hijo, continuó cada vez más animado mi cocinero Pir, lleva por nombre el de PIRÓN, y al dárselo tuvimos en cuenta que significara no solo su cuna y ascendencia sino tambien las altas dotes que le adornan. Porque hágote saber, que él no será tan sutil como nosotros, pero es forzado como nadie, y cuando se divierte por allá abajo sacude con sus hombros la pesadumbre de la tierra. Esos terribles terremotos, origen de tanta angustia para tí y los tuyos, no tienen á veces otro origen.

—¿Pero cómo vive así enterrado? ¿qué come? ¿Cómo se mantiene? pregunté.

—¡Ah! exclamó el padre de Pirón. No le falta ni espacio ni alimento. En las entrañas del globo se encierran cien mundos que te sorprenderian, todo lo cual es gran fortuna, porque mi hijo devora mas que yo y bebe tanto como Bárros.

—¿Pero qué bebe?

—Agua por lo general, aunque no despreciaría el vino.

—¿Y qué come?

—Come lo que yo: de todo, pero principalmente unos árboles y unas plantas que hay debajo de la tierra, negros como la misma pez.

En otro tiempo, de seguro que al oír hablar de árboles y plantas negras, me hubiera reido del absurdo; hoy, sin embargo, despues de saber por Fanta que hay nieve de aquel color, y que tú no lo tienes por imposible, soy mas prudente y me callé. Despues de un rato, le dije á Pir:

—¿Y podría yo llegar hasta allí?

—¿Por qué no? me contestó. No veo por qué no habrías de llegar si perforases pozos hondos.

—¿Y no querrian entrar á mi servicio tus hermanos, ó cuando menos, Pirón? torné á preguntar.

—Holgárame yo de ello, exclamó Pir. Toda vez que debo obedecerte no quisiera ver á los demas burlándose de mí por libres.

Pero ¡ah! mi amo y señor: tú no sabes lo que pides y deseas. Mucho es la virtud de la vara mágica de Pónos, pero nada puede á mi entender contra los demas miembros sutiles de mi singular familia.

—Allá lo veremos, exclamó á la sazón el génio.

—Pues eso mismo dije yo, contestó Ántropos. Y dichas esas mismísimas palabras, salió del grano de arena; solté en tierra el ojo admirable de cristal, y tornando en breve espacio á mi natural sér y grandor, aquí me tienes si cabe todavía mas atónito que cuando volví del cielo.

—Y sea enhorabuena, le dijo Pónos con afabilidad, pero quisiera yo saber ahora qué impresion traes de tu viaje y qué fruto piensas sacar de él.

XV. — En primer lugar, exclamó Ántropos con entusiasmo, vengo contentísimo con lo que he visto. Ya sé las leyes para formar y constituir los cuerpos. Con ir tomando nota de las mezclas, los simples y sus proporciones estoy seguro que todo lo he de fabricar, pues la dificultad se reduce á conocer los ingredientes. ¿Y quién sabe lo que *crearé*? La materia es á mi entender lo que hay de importante para el hombre. Mi mision aquí sospecho que es manejarla y de aquí el sentirme ufano, orgulloso y arrogante. Soy su natural Señor, y en todo lo tocante á ella, soy omnipotente. Esos imperceptibles séres cuya existencia apenas puedo imaginar desde que he vuelto á mi estatura, me obedecerán en todo. ¿Qué son en comparacion mia? He nacido para dominar al mundo, para darle la perfeccion, para enmendar lo que ande de través y hasta para crear cuanto quisiere.

XVI. — ¡Válgame, exclamó Pónos, y qué desvanecido te veo! Por lo visto has olvidado las estrellas. Has comparado tu pequenez con la nada y te figuras gigante. Siempre te sucederá lo mismo. *Serás mucho cuando te compares: muy poco si te consideras.* ¿Qué has de crear infeliz, si en tu mano no está crear la menor cosa? Ayudado por los nunca vistos servidores puestos en la isla á nuestra disposicion; obedeciendo ciego mis órdenes, podrás aplicar, trasformar, descomponer, reconstruir, pero eres impotente para crear un átomo, ni tampoco para destruirle. Tu necio orgullo nunca será creador; su mérito único es el de imitar, y esa

que llamas tu ciencia se reducirá á copiar lo que tengas ante los ojos si acaso aciertas á comprenderlo. Ya los animales de esta isla te dieron magníficas lecciones; casi toda tu habilidad y tu saber verdaderamente útil se la debes al pez y al bruto, al ave y al insecto. El castor, el mono, la cigüeña, la abeja, la hormiga, el caballo, el perro, todos te han enseñado algo, y aunque tu razon despues lo haya ennoblecido, no es menos cierto que el gérmen de las mejoras se debe á los maestros y ejemplos que la naturaleza te proporcionó. Ahora mismo ¿cómo procederás si pretendes fabricar los cuerpos? Primero habrás de inquirir á fuerza de observacion lo que sucede en los granitos de arena, y harto has de hacer para que tu torpeza logre remedar lo que allí tan cumplida aunque misteriosamente sucede.

—Por quien soy, exclamó Ántropos al oír aquella plática, que me dejas grandemente maravillado. En verdad que ese no fué tu lenguaje cuando me viste abatido ante la inmensidad del universo.

—El mismo, replicó Pónos. Entónces procuré alentarte infundiendo en tu corazon la dignidad, la confianza, la fé; si bien recomendándote que te mostraras humilde. Ahora combato tu soberbia y te recomiendo nuevamente la templanza sin querer decir con ello que te hayas de arrancar del pecho el sentimiento digno de tu verdadera posicion. Quiero que te repitas sin descanso: *«Soy poco si me considero; mucho cuando me comparo.»* Estás entre el infinito grande, y el infinito pequeño. A un lado la inmensidad que te se escapa por inmensurable; al otro la inmensidad que se desvanece por diminuta. Eres como el eslabon que une y liga el infinito con la nada. Ni tan poco que puedas abatirte, ni tan mucho que debas ensalzarte. Pero esta misma mediania de tu puesto indica que tu mision es principal, que tus deberes son ineludibles. Verdad es que no obedeces á ciegas cual todas las demas criaturas á las leyes de fatalidad; verdad que por un acto bondadoso del que te creó eres el único que tiene libre albedrío. En tu mano está desconocer las ordenanzas de la isla ó rebelarte insensato, mas como no seria justo que lo hicieras impunemente, cada rebelion te ha costado, cuesta y costará una pena. De otro modo ¿cómo era posible que el creador de ese infi-

nito que ni siquiera comprendes dejará á uno de los elementos de su obra en omnimoda libertad para perturbar su armonía? Y aparte de estas consideraciones elevadas, ¿cuán negra ingratitud sería pagar el don de la inteligencia, el beneficio del libérrimo albedrío con la rebeldía y la locura? ¿Sería justo corresponder á la bondad de quien armonizó sus fines y tu vivir haciendo alarde ufano de orgullo y desobediencia? ¿Sería cuerdo devolver á quien mas puede, retos necios por halagos? ¿Sería leal faltar á la confianza que en tí se depositó? Todo esto, amigo Ántropos, quiere decir y significa lo que ya en tantas ocasiones te tengo manifestado y dicho: *toda ciencia se encierra en el conocimiento de las leyes de la isla, toda virtud en acatarlas, y todo culto en cumplirlas.* ¡Sencilla y sábia doctrina y única que te hará feliz! Cifra tu orgullo y tu dignidad en esto, porque tal es tu mision. La mia es allanarte el camino. De todos modos celebro que tu aventura te haya proporcionado esta preciosa enseñanza, y que además nos dé luz para acometer ahora hazañas no menos nobles, pues hágote saber que esa tu curiosidad por enterarte de los secretos familiares de tu cocinero Pir, tengo para mí que nos ha de ser muy útil. Ella nos abrirá la puerta á muy valiosas conquistas.

—¿Qué intentas? preguntó Ántropos á su protector.

—Grandes novedades, contestó este. Ya las sabrás á su sazón y su tiempo.

CAPÍTULO XXXII

I.—La fuerza empieza á ocupar un lugar secundario en este mundo.—II.—Insensatez de la mayor parte de las guerras. Destrucciones periódicas. Imbecilidad de su gloria.—III.—Ciencias naturales y biológicas. Adelantos en la botánica, zoología y fisiología. La cadena zoológica de la vida.—IV.—A medida que se abarca mas y mas la creación, crece el sentimiento moral.—V.—El problema de la vida. El progreso.—VI.—Episodio que engalana el cuento, haciendo ver de paso que las leyes naturales, siempre irresistibles, son mas enérgicas cuanto mas se comprende la naturaleza, y que en vano se intentará arrancar á la mujer á su mision. Contra toda voluntad humana será esposa, será madre, obedeciendo al amor inmenso é infinito que anima al universo entero cual fuente inagotable de sentimiento, de vida, de armonía.

I. Acaso estrañarán nuestros lectores que hablemos del valiente Dinamion con mucha menos frecuencia que al principio de este cuento. Comprenderán no obstante semejante cambio si reflexionan sobre la índole de nuestra historia y recuerdan que el tiempo produce en todo trascendentales mudanzas. No solo preponderaba Seuda por los tiempos que vamos relatando sino que Ántropos y su familia hacian mejor papel é iban ocupando mas y mas la atencion de todo el mundo.

No se crea por esto que el gigante estuvo ocioso un solo dia, pues aunque ciego y todo casi nunca descansó, y sus proezas siempre heróicas fueron tantas y tan grandes que con ellas se han llenado cientos y miles de volúmenes.

En primer lugar habia como siempre en Gé, gigantes numerosos que turbaban la paz de cuando en cuando y luego las discordias de Ántropos y de Ándros reclamaban á las vegadas su valentía y su accion.

II. Ya hemos dicho que tanto el padre como el hijo se alarmaban al pensar en las inundaciones de productos, y para hacer imposible tamaña calamidad procuraron seguir ambos el siguiente consejo de los duendes.

—El remedio, decían á cada cual, está en que nada le sobre á tu contrario. Para eso, ofrece á Dinamion diariamente una buena parte de lo tuyo y á la sombra del menor pretesto verás como principia la campaña y destruye en pocas horas todo lo que tu enemigo haya acumulado en años.

Los nécios trabajadores lo hacian con efecto así y gozaban alternativamente con quedarse en cueros vivos, pero..... con una corona de laurel sobre la frente.

En semejantes ocasiones, lo mismo que cuando se trataba de gigantes de otras tierras, Dinamion era tan bravo como antaño porque ya se había acostumbrado al polvo negro, y además sus vasallos le auxiliaban lindamente siempre que se trató de destruir.

Figúrense, pues, nuestros lectores al invencible Dinamion batallando y destruyendo de continuo, y digámosles nosotros de qué modo y por qué medios realizaron los hombres el tercer trabajo impuesto por la encantada y sábia Alécia.

III. Tratábase como dijimos en su tiempo y su lugar de aprender el lenguaje de los infinitos séres dotados de vida ó si se quiere organizados. Pues bien: el hombre y su protector recorrieron la escala de las plantas, y allí y en todas partes la encontraron. Sobre los hielos perpétuos, en el fondo de las aguas, sobre las inmobiles rocas, arraigados en los valles, reconocieron que la faz de la tierra estaba cubierta de un sin número de séres organizados, desde el musgo al cedro, que se desarrollaban y vivian con funciones y atributos tan curiosos como necesarios. Sensibles únicamente á las diferencias de los climas ó los cambios de tiempos y estaciones, los mas se vestian de galas para celebrar la primavera y se desnudaban de ellas con admirable tino y precision á la llegada del otoño. Desde las plantas mas embrionarias que se confundian con las piedras, hasta aquellas que por su sensibilidad y movimientos se acercaban á los animales, la escala era una, sin solucion, infinita.

Se necesitaba toda la inteligencia de Pónos para vislumbrar la vida de algunas que hasta salian incólumes del fuego, mientras otras se estasiaban ante el sol con lento y acompasado giro, cerraban sus corolas por la noche, aprisionaban como en un cepo

los insectos que se atrevían á esquilmarlas, retiraban y replegaban sus hojas al primer contacto, y en una palabra, tenían finísimos aunque muy pocos sentidos como si fuesen seres animados.

En todas ellas existían ambos sexos, y estos, confundidos al principio en un individuo mismo, se distinguían y separaban cada vez más; siendo esta separación tan admirable y las relaciones entre machos y hembras tan visibles, que donde faltaban unos ú otras, aquella especie perecía.

Aun hay más: en algunos ríos y en la estación de los amores, vieron algunas especies que quebrantaban su cadena de raíces y recorrían el espacio casi como un animal, porque ellas subían primero sobre la superficie al sol, y ellos flotaban en pos para unirse con sus compañeras y pasar la luna de miel sobre las aguas. En seguida las esposas fecundadas tornaban á lo más hondo con el instinto de la maternidad, y allí daban ser y vida á su numerosa prole.

Confundiéndose por su inmovilidad con las yerbas y las plantas observaron á seguida los últimos animales que además de crecer y de vivir arrojaban los primeros imperceptibles rayos de un crepúsculo de voluntad. El organismo de estos seres era ya más determinado y de mayor complicación, aunque todavía muy sencillo. Distinguíanse en ellos órganos parecidos á los de las plantas, sin ser tan en embrión, y desde los pólipos dudosos y los mariscos en sus conchas, hasta los brutos más inmediatos al hombre, el individuo iba adquiriendo más voluntad, mayor independencia, más espíritu, á medida que su organismo se perfeccionaba complicándose. Desde la piedra al amianto; desde este á la sensitiva; desde la sensitiva al pulpo; desde el pulpo aprisionando su presa con los tentáculos que remedan una flor, hasta los simios atrevidos, inquietos, imitadores y procaces, seguía la unidad progresiva de la serie vital, y *Ántropos* se molestó no poco para retener en la memoria la multitud de especies, de familias y de géneros.

Afortunadamente muchos llamaron su atención por notables particularidades, y estos le sirvieron como de puntos de partida. Ya fué la *broma* ó *taraza*, porque taladraba en el agua la madera y se parecía á la *carcoma*; ya los *caracoles* paseando su

cárceles retorcidas, ó con conatos de navegantes; ya un pez con pújos de volador; ya un ave con piel y hocico de bruto; ya un cuadrúpedo paradógico con pico de ánade; ya la ballena tan enorme como inofensiva; ya el cienpiés con cuatro pares de ojos, envenenador de oficio; ya la tortuga nunca diligente por confiar en su coraza; ya el águila altanera cuya vista desafía al sol, ó ya el condor remontándose por encima de las nubes. Formas y caracteres, usos y costumbres, facultades y lenguajes, todo lo estudió nuestro hombre y todo le llenó de maravilla. Comprendió que la materia mineral se trasformaba y agregaba, y que al parecer *crecía*; que las plantas además de trasformarse y de crecer estaban dotadas de vitalidad, *vivían*; que los animales sobre crecer y vivir *sentían*, y que él y los suyos eran los únicos que crecían, vivían, sentían y *pensaban*. El pensamiento, pues, la razón era en su sentir el atributo por excelencia. Y esta inmensa superioridad no lo era solo en relación con el mundo exterior á su persona: el hombre y todos los suyos eran los únicos que pensaban *que pensaban* y sentían *que sentían*. Una atmósfera de vida bañaba por doquier al mundo, atmósfera de vida que penetraba la materia para desvanecerse en sus entrañas y conmoverlas y modificarlas de un modo imperceptible, ó agitarlas y animarlas con energía pasmosa, pero aquella vida tomaba solo en él la forma del pensamiento ó de sentimientos reflexivos.

Al anochecer de un día de verano y á tiempo que la luna se asomaba por Oriente, Pónos preguntaba al hombre:

—¿Vas sacando algun provecho de nuestras escursiones y fatigas?

IV.—No lo sabes tú bien, contestó Ántropos. Los hechos que observo, las particularidades y diferencias, me instruyen y me entretienen, pero el conjunto, amigo Pónos, me dá mucho en qué pensar. Yo que en sueños muchas veces quiero determinar las leyes del universo y los atributos de esa voluntad omnimoda que le rije con sabiduría tanta, me pierdo en conjeturas y cavilaciones porque toco la vanidad de mis deseos. No, yo no puedo adivinar los atributos de un poder tan incomprendible. Y la última razón que en todas cosas llevo á darme es la muy poco satisfactoria de que *es así* porque *es así*. Esto no satisface mi

soberbia, pero sospecho que con el tiempo me ha de inocular *la verdadera fé.*

—Sea enhorabuena, exclamó Pónos. No en balde sospechaba yo que el tercer trabajo impuesto por mi hija te habia de apartar así del abatido descreimiento como de la escéptica soberbia. Dices bien que nada te dará mas fé que el dominar ese conjunto armonioso y penetrarte de su sabiduría. Y esa fé será la verdadera, porque no tendrá los ojos del alma ciegos, sino todo lo contrario.

—Enhorabuena digo yo tambien, replicó Ántropos, pues hasta ahora te confieso que el sentimiento religioso que siempre me acompañó en la vida, que jamás pude desterrar del pecho, carecia de un punto sólido de apoyo aunque tuviese direccion. Contemplaba la naturaleza y sentia la necesidad de adorar á alguna cosa tan finita y tan pequeña como yo, y de aquí que el gran encantador Teo haya estado casi siempre en singular caricatura. Mas con el ojo de aumento y el diminuto que me has dado, el infinito se me presenta en dos direcciones á cual mas maravillosas: el universo no tiene término creciendo, el universo no tiene término menguando. ¡Y en todas partes hay vida! ¿Qué es la vida, Pónos? ¿Qué es la vida?

V.—Si quieres estudiar ese problema sigue observando, sigue trabajando. No caigas en los dislates de Seuda, no escuches en cuestion tan importante á Fanta. Y sea cual fuere el resultado de la paciente indagacion que tu curiosidad exige, no vayas á dudar de Teo porque te creó átomo invisible del para tí invisible todo. Advierte ahora de paso cómo se cumple una vez mas el ciclo del progreso natural que tantas veces te he dicho. Acabas de confesar que tus ideas religiosas pertenecieron hasta aquí á la region del sentimiento. Medita cómo se ha desarrollado éste á la sombra de tus progresos materiales y de los progresos de tu inteligencia. El trabajo material, intelectual y moral es uno é indivisible. Quien pretende separarlos ataca la obra de la creacion, obra sábia, previsorá, perfecta y por lo tanto sagrada. Pero no es esta noche para que estemos ociosos. A fin de terminar este tu tercer trabajo, quiero que asistas conmigo á una gran fiesta que dentro de breves horas van á celebrar las flores.

—¿Qué me dices? exclamó Ántropos.

—Lo que oyes, replicó el génio. Ya nada te puede sorprender, pero quiero solazar tu ánimo y deleitar tu fantasía.

—¿Y á dónde habremos de ir? insistió el hombre.

—Donde yo te lleve. ¿Vienes? concluyó diciendo Pónos.

El hombre y su protector, despues de requerir el ojo de cristal y el manto azul, echaron á caminar en direccion á los jardines.

VI. Desde la casa de Ántropos al gran palacio de Anoya no había grande distancia. Una hora despues de salir nuestros amigos de la primera, se encontraban detrás de los magníficos jardines que rodeaban al segundo.

—Por aquí entraremos, dijo Pónos señalando á una puerta pequeña pero forrada en hierro, que daba por detrás al campo.

—Como quieras, contestó el hombre, ni sé dónde me llevas, ni lo que pretendes.

—Sígueme y bien pronto lo sabrás, replicó Pónos.

Tocó entónces con su vara la ferrada puerta, y cedieron los hierros y los cerrojos.

Nada podía igualar la amenidad y hermosura de aquellos fresquisimos pensiles. Los granados, los naranjos, los limoneros tendian sus bóvedas odoríferas por encima de las calles, y los espacios entre estas se hallaban poblados por toda clase de plantas, de frutales y de flores. Aquí saltaban las fuentes en caprichosos cristalinos juegos; allí serpeaban arroyos sobre guijos de cien tintas y bellas conchas de nácar; mas allá las aguas se confundian en un lago sobre cuyos bordes los sauces tétricos parecian aguardar pacientes á que la luna se asomase entre las nubes para mirarse en los cristales diáfanos y puros.

Cuando penetraron en el jardín, no pudo menos de esclamar el hombre.

—¡Qué ambiente, Pónos! ¡Qué aromas!

—Eso que tú llamas aromas, olor, perfumes, son las voces de las flores. Es la hora en que despiertan á la vida y la conversacion. Hoy es dia de gran fiesta, y por eso hablan todas á la vez y saturan las auras con su aliento. Cobijate lo mejor que puedas debajo del manto azul, para que no se aperciban de nuestra pre-

sencia aquí y sorprenderemos de este modo los secretos de estos séres. No te separes de mí. Busquemos un escondite y establezcamos en él nuestro fugaz observatorio.

Siguieron los dos curiosos cautelosamente hácia el centro del jardín, pero al dar vista al palacio, notaron que una ventana inferior, ó mas bien un tragaluz con reja baja, despedía ciertos resplandores ténues é indecisos, los cuales sin saber por qué les fascinaron desde luego.

—¿Qué miras? preguntó Ántropos á su acompañante.

—Lo mismo que tú, contestó aquel. Me sorprende aquella luz á estas horas.

—Quisiera saber quién está velando, continuó el hombre. Acercuémonos un poco.

Algunos minutos despues ambos miraban al través de las triples reforzadas rejas.

En medio de una celda tenebrosa, á la luz de una lámpara tosca y moribunda, estaba Gina en frente de un clavicordio cruzadas las manos y en actitud de lucha y de dolor. Por sus mejillas lívidas y demacradas corria abundoso llanto, y de sus lábios salían muy angustiosos suspiros, imperceptibles murmullos, que se estrellaban tristemente contra los hierros de la reja.

Al cabo de un corto espacio, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—No puedo mas. Esta lucha me destroza el pecho. ¡Ántropos! ¡Ántropos! ¡Oh natural é ingénita perversidad!

—Voy á llamarla, exclamó el hombre.

—No hagas tal, le contestó el génio. Es preciso aprovechar tan propicia coyuntura. Sígueme sin pérdida de tiempo y deja á mi prudencia lo restante.

Pónos, al decir estas palabras, arrancó á su protegido de la reja, y aunque con harto trabajo le condujo á un laberinto delicioso de flores, de arbustos y de troncos.

—Escóndete aquí y espera, le dijo el génio, y aunque veas lo que vieres, no has de salir de tu escondite hasta que yo te haga una señal.

Despues de esto, y cuando vió que Ántropos obediente se ocultaba entre el ramaje lo mejor que pudo, Pónos volvió junto á la reja é imitó el suavísimo susurro de las auras, hasta que Gina

volvió el rostro. Entónces el génio en apagados acentos la llamó pronunciando una y otra vez su nombre.

—¿Quién me llama? contestó por fin la sin ventura: ¿Quién pronuncia mi nombre y le pronuncia sin rencor, sin menosprecio, sin ódio?

—Yo, Gina: Pónos, el protector de los tuyos: ¿Quieres salir á respirar el aire libre y la fragancia de las rosas y de los claveles?

—¡Ojalá! exclamó Gina suspirando.

—Pues acércate, continuó Pónos tocando los fuertes hierros con su vara. Ya tienes franca la salida.

La mujer, sin hacerse de rogar, atravesó trémula la brecha y se apoyó vacilante sobre el brazo de su amigo.

—¡Ay! ¡Pónos! dijo apretándole la mano con gratitud. Este desahogo me devuelve las fuerzas y la vida. Jamás me pareció tan deliciosa la noche. Pero ¿á qué vienes tú aquí?

—Vengo, la respondió el génio, á presenciar las fiestas de las flores.

—¿Qué dices? exclamó Gina. Pues ¿las flores tienen fiestas?

—Las tienen, replicó Pónos, porque viven y se entienden; celebran enlaces y alianzas; se unen en amor, y en las tranquilas horas de la noche es cuando se pueden admirar tantos y tan tiernísimos misterios. Vengo, pues, porque me deleita su estudio y contemplacion.

—¡Es posible! exclamó la mujer toda sorprendida y alborozada. ¡Quién hubiera sospechado semejante cosa! ¡Si yo lo hubiese sabido! ¡Yo que amé tanto las flores! ¿Me permitirás ver algo de lo que me dices?

—No tengo inconveniente alguno, continuó el génio. Nos colocaremos donde podamos observar sin ser descubiertos. Nos haremos invisibles con mi manto azul. Yo te tocaré en los oídos y en la frente con mi vara y comprenderás el lenguaje de las flores.

Así diciendo, y sin que de ello se apercibiese la mujer, Pónos la llevó junto al laberinto en donde se encontraba Ántropos. Cubriéndola entónces con el manto azul, se callaron y observaron.

Largo trecho hubieron de estar los tres en una inmovilidad

completa: Ántropos detrás del ramaje, y Gina desvanecida debajo del manto maravilloso. Al cabo comenzaron á notar movimiento entre las plantas, y sorprendieron acciones misteriosas, y escucharon un lenguaje dulce.

Lo primero que les asombró fué que allí se veían ellas y ellos; jóvenes y ancianos, criaturas y matronas. De un mismo tronco nacían numerosos individuos cuyo conjunto formaba un todo armónico con las gradaciones de la edad, la simpatía de los sexos, los afectos del compañerismo. Notábanse también relaciones de familia, afinidad de costumbres, semejanza de gustos y tendencias. Al propio tiempo, otros grupos no menos innumerables, demostraban entre sí frialdad, respeto ó alejamiento. Aquello era un nuevo mundo compuesto de misteriosos seres con vida, dotes y afecciones finísimas, muy ténues, muy delicadas.

Los niños alzaban los cálices al cielo y procuraban crecer mucho, ensanchar mucho, oír mucho, sentir mucho. Los jóvenes se miraban embelesados y pugnaban por unirse en alas de una atracción misteriosa, irresistible. Las matronas y sus esposos volvían las corolas hácia oriente, y en medio de sus placeres cubríanse de lágrimas sus galas. Los ancianos doblaban los pedúnculos, dejaban caer en desaliento las marchitas y arrugadas hojas, y con faz triste y meditabunda se inclinaban á la tierra hácia la cual se sentían atraer.

Ante aquel novísimo espectáculo Gina olvidó su encierro, las pláticas de Anoya, las amenazas de Seuda.

— Parece que se entienden, exclamó.

— ¡Y tanto! contestó Pónos. Su lenguaje es como ves nunca oído; cambian entre sí sus aromas y así gozan y simpatizan. En cambio de su inmovilidad, como compensación á las cadenas de raíces que las sujetan al suelo, sus almas vagan por el aire, y se buscan, y se aman, y se confunden. De esta suerte cada familia se burla del espacio siendo inmóvil, y todos sus individuos obran de consuno á pesar de la distancia.

— ¿Tienen por ventura entrañas como nosotros? preguntó la mujer cada vez con mas regalado asombro.

— Si bien se mira, replicó el génio, encierran el embrion, la sombra, el incipiente esbozo de nuestra organizacion. Su vida es

el crepúsculo matinal de nuestra vida. En sus cuerpos se pueden descubrir dedos, y piés, y venas, y otros órganos.

—Me sorprenden tus revelaciones, exclamó Gina. ¡Quién había de sospechar que esas estrellas de los campos, esas delicadas galas que desde la infancia amé, encerraban tanta vida, misterios y prodigios tales! ¡Qué animación! ¡Qué armonía!

—Esta noche, añadió Pónos, se agitan algo mas porque celebran la vuelta de la dulce estacion de los amores.

—Pero ¿qué hacen tan innumerables individuos? ¿cuál es la ocupacion de este sin número de familias?

—Todas viven principalmente para el amor. Su deber es engalanar la tierra, y sin amor no hay galas ni hermosura. Esto, sin embargo, cada familia tiene sus tareas y deberes. Observa sino cómo esas cándidas flores del preciado lino celebran el nacimiento de sus hermanas nacidas humildemente en su auxilio para aumentar las hebras innumerables que formarán despues la blanca túnica. El nardo y el azahar producen suaves perfumes; el peral y el guindo frutas; el anís y el comino confortantes; el guisante y la patata harina; remedios la sálvia y el sérpól; consuelos la adormidera; ponzoña la cicuta y el felandrio, y el ranúnculo y acónito, bálsamos que pueden ser venenos. El girasol tiene sus ínfulas de astrónomo, la dionea conatos de cazador y el mirto se estasia en la contemplacion del infinito. Todas esas flores, como ves, trabajan, todas hacen algo útil, algo bueno, alguna maravilla. Pero lo que mas te asombrará será saber que todas, absolutamente todas esas plantas, desde la grama al castaño, viven y trabajan para velar sobre tu existencia, sobre la de tu esposo, sobre la de tu hijo. Vuestro aliento consume y emponzoña al aire, ellas sin cesar se purifican y con una abnegacion verdaderamente maternal traigan todo el veneno de la atmósfera para salvaros la vida. Vé, pues, con cuánta razon las llamaste por instinto hermanas. ¿Sabes ahora qué fuerza misteriosa les dá aliento y entusiasmo para hermohear el suelo, embalsamar el aire y sostener con sus productos á los demas séres de este mundo?

—¿Cuál? preguntó Gina asombrada.

—El amor, contestó Pónos. La flor que no obedece á esta ley fecunda y creadora, es una gala ociosa, un adorno estéril. El loto

místico en el río, las régias flores del maíz de agua en el lago, la palmera del desierto, la madre selva del bosque, el tomillo de la sierra, el tierno lirio del valle, esta con luz de la aurora, aquella entre sombras y tinieblas, todas aman con pasión, todas obedecen á ese afecto que confundiendo sus almas les obliga á la obediencia y les premia con el placer, porque entre ellas no existen Seudas que las enseñen á ser rebeldes y suicidas, bajo el hipócrita antifaz de una humildad sin objeto, con el temerario propósito de enmendar la obra de su creador, ó con la ingratitude sacrílega de pagarle sus bondades contribuyendo á destruir sus obras.

Gina se quedó profundamente absorta fluctuando entre encontrados pensamientos.

Pónos la dejó meditar un breve espacio y para distraerla prosiguió:

—Repara ahora en una de las escenas infinitas que por todas partes surgen. Escucha: voy á obligarte á seguir con atención un episodio con sus visos de novela. ¿Ves esa rosa sin par, con ese color en la mejilla, símbolo de pasión, de salud y de hermosura? Pues vive tan erguida y tan ufana porque es un cuerpo con dos almas. Ella y el esposo de su corazón se hallan confundidos y han mezclado en el mismo cáliz sus deseos y sus esperanzas. A pesar de esto, aquel clavel, de muy distinta familia, se empeña temerario en requerirla de amores. Sin duda el infeliz conoce su insólita temeridad, y por eso tiene el semblante encendido con el fuego del amor ó el rubor de la vergüenza. Un muro impenetrable de espinas y de abrojos resguarda al objeto de sus desvaríos; cien dolores, mil peligros le amenazan, y sin embargo, su pasión puede más que peligros y dolores, y osado envía en perfume á la reina de su sér los pedazos de su alma.

Repara también como á pocos pasos del clavel saca entre tallos y briznas la corola una dulcísima violeta y vuelve hácia el clavel su hermoso rostro, y en silencio le consagra su pureza, sus ilusiones y su fé. Entre ella y el amador median como ves cien pensamientos amigos y serenos, los cuales si se aperciben del frenesí del clavel, ninguno sospecha tan siquiera la apacible adoración de la violeta humilde.

La fiesta sigue sin embargo, y el verjel se anima y el bullicio crece. Hazte cargo con cuánta solicitud se acercan todos á la rosa y rinden párias á su hermosura, y la pagan el tributo de su admiración, y la proclaman reina del pensil. Aquí tambien la naturaleza introdujo escepciones que completan la armonía, ejemplos que evitar para enseñanza de todos. Muchas de estas demostraciones son sinceras y verdaderas, pero ¡cuántos afectos menos nobles no se mezclan con ellas á la par! Porque aquí tambien hay almas infelices que no saben apreciar la valia inestimable de ese amor con el cual les dotó el cielo. La procaz ortiga (siempre envidiosa de cuanto dá dulce fruto, aunque sea su escelsa hermana la higuera) se gozó en herir á todo el mundo y por eso todos huyen. Parece triunfar por un momento cuando la abren ancha calle, mas al fin se la mira relegada en la triste soledad de los lugares incultos. La vana y ostentosa peonía se figura nécia ser rival de la reina del pensil, y mírala cual se engríe y pavonea para que brille su vistosa hojarasca sin perfume.

¿Mas á qué fin te molesto con mis observaciones? concluyó diciendo el génio. Para comprender estos misterios lo mejor es gran silencio y mucha paz. Aquí la tienes: medita.

La mujer nada replicó, siguió agitada y observando. Vió que en todas las familias se multiplicaban al infinito los enlaces, que ninguna flor tenia á pecado amar cuando amaba á su pareja y era su amor casto y puro, y en fin, á fuerza de observar y discurrir, presa la mente de cien dudas, la pobre cayó en una alucinacion calenturienta y prestó á las flores movilidad y todo se animó á sus ojos y las plantas iban y venian.

Entónces se imaginó que avanzaban en procesion vistosa para congratular á la reina de la hermosura. Un amaranto soberbio, amoratado de puro engreido, caminaba á la cabeza de un coro de campanillas rompiendo la marcha al son de suaves é imperceptibles acordes. Grupos alegres de alelies rodeaban al tulipan y la azucena, las margaritas ensalzaban su candor mientras los jazmines les envidiaban alegres, y el jacinto y el narciso confundian en amigo abrazo su regocijo incomparable. La menta y el romero esparcian perfumes por el viento, y por fin á uno y otro lado, á vanguardia y retaguardia, iban hileras de farolillos los cuales para

iluminar la carrera llevaban en sus corolas un gusano de luz resplandeciente.

Aquella nunca vista procesion bullia por entre una apiñada muchedumbre, sirviéndola de toldo las anchas copas de los árboles; sus troncos, de columnas; de alfombra, el fresco y menudo césped. La yedra se agarraba á los olmos con sus gárfios para adornar todo el tránsito, las enredaderas colgantes de sus zarcillos formaban graciosísimos festones entre las tobas de la lila, los corimbos del geranio, las espigas y panochas de otras flores, y estas y mil otras plantas trepaban aquí y allí para asomarse embebidas por entre la odorifera espesura y ver la fiesta peregrina.

La reina de los verjeles mientras tanto recibia los sencillos plácemes rodeada de su opulenta familia. Protegiéndola del relente de la noche estaba el manzano, el guindo, el acerolo, y á sus piés, y ofreciéndola dulcísimo tributo, la humilde regalada fresa.

Llegaron una tras otra las flores innumerables del pensil, y para cada una tuvo la rosa un halago ó un perfume. El único desatendido fué el clavel. Entónces, furioso de despecho, el infeliz se arrojó sobre un aguijon agudo, y tornando su carmin en amarillo, dobló el tallo con las hojas para caer en los brazos de unos amigos pensamientos.

Un rayo de luna que atravesó entre dos nubes vino á caer sobre la pobre violeta. Brilló una lágrima sobre su corola; palideció el color de su pequeño cielo, y se reclinó sobre el regazo amoroso de la constante siempreviva.

Ante el espectáculo de aquella fatídica tragedia la sensitiva se replegó y se contrajo, y Gina, quien sabemos era sensible como aquella flor, dió sin poderse reprimir un grito.

Al oírle las flores todas volvieron á su inmovilidad, veláronse las escenas y Pónos la dijo en su tono de costumbre:

—¿Qué es eso, Gina? ¿qué te ha sucedido?

—No lo sé, contestó ella toda conmovida. La contemplacion de estos misterios me trasportan á otro mundo. ¡Cuán distinto es esto de lo que me enseña Anoyal! ¿Dónde está ese valle de lágrimas, esta tierra maldecida, con cuya pintura mata mis ensueños, mar-

chita mis ilusiones, apaga mi generoso entusiasmo? Si la perfeccion y la virtud están en el padecimiento y en la fealdad, ¿por qué todo cuanto nos rodea es tan bello y amoroso? Estas escenas me han trastornado. Siento que arde de nuevo en mi corazon la llama que un día me hizo venturosa y con los nombres de Ántropos y Ándros vibran de nuevo las fibras de mi sér que Seuda en vano procuró rasgar.

—¡Gina! exclamó Ántropos todo trémulo y dando un paso para salir de la enramada.

Pónos le contuvo con su báculo, y la mujer, que habia oido aquella voz, continuó:

—¿No lo oyes, Pónos? ¿No has oido su voz? Me llama, Pónos, me llama. ¡Ah! Yo no puedo mas. Esta delectacion que siento me dice la senda que he de seguir. ¡Maldita sea Anoya! ¡Maldita su letal doctrina! ¡Maldito todo aquel que procure destruir tanta armonía, tanta perfeccion! Perdon, Ántropos, perdon por haberte olvidado un solo instante.

—¡Gina! exclamó de nuevo el hombre sin poderse contener.

Gina se volvió, y comprendiendo á la luz clara de la luna la emociion de su marido, no tuvo fuerzas ni aliento para decir otra cosa sino ¡Ántropos! y caer anegada en lágrimas de placer sobre el seno de su fiel esposo.

Sosegadas algun tanto las inefables emociiones de aquel singular encuentro, los tres actores de la escena nocturna que precede pensaron en lo que harian.

Su determinacion fué pronta porque el hombre y la mujer juraron no separarse jamás, y favorecidos por el silencio de la noche regresaron á su casa resueltos á arrostrar las consecuencias del atrevido y memorable rapto.

CAPÍTULO XXXIII.

I.—Movimientos políticos de los tiempos modernos. Síntesis práctica de las revoluciones de Inglaterra y Francia, en las cuales la fuerza cede á la fuerza.—II.—Época que se podrá llamar *constitucional* y cambios que produce en las relaciones sociales.—III.—Síntesis de muchos presupuestos europeos.—IV.—Dos errores capitales modernos.—V.—El remedio de todo abuso está en el trabajo armónico, es decir; en el desarrollo de los esfuerzos materiales, intelectuales y morales.—VI.—Globos aerostáticos y su porvenir.—VII.—Descubrimientos geológicos. Génesis científico.—VIII.—La explotación del carbon mineral prepara la conquista del vapor.—IX.—Invencción de la máquina de vapor, ó mas bien de *calórico* (*Pirón*) que por eso se figura hijo del fuego (*Pír.*)—X.—Aplicaciones del vapor. Navegacion al vapor. Caminos de hierro.

I. ¿Quién que tuviere en la conciencia una sombra de sentimiento de justicia estrañará por ventura que el hombre aspirase ya á ser libre despues de los prodigios creados por el soplo de su espíritu, conservados al calor de su sentimiento y regados tan profusamente con su sudor, sus lágrimas, su sangre?

¡Oh libertad, libertad; don del cielo, tres veces dulce, tres veces sacrosanto! ¡Con cuánta fruición, con cuán entusiasta sinceridad cantaríamos ahora tus divinas escelencias, si con ello no temiéramos herir á algun piadoso lector! ¡Cómo procuraríamos pulirte, ennoblecerte y limpiarte de esas manchas, disfraces y atavíos con que afean diariamente tu hermosura los mil funámbulos políticos!

Empero, además del pulso y parsimonia que nos hemos propuesto en la leyenda, recuérdannos los vocablos último y penúltimo aquel consejo de Maese Pedro á su aprendiz cuando don Gayferos intentaba libertar á su esposa Melisendra del poder del rey Marsilio: «no nos metamos en *contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles.*» Sigamos el canto llano aun en presencia de los títeres que hoy tenemos á la vista (¡y Dios sabe si son títeres!!!) hasta terminar el cuento.

La evasión de la mujer cundió por toda la isla con la rapidez del rayo. Desde luego llegó á los oídos de Seuda, quien la dió tanta importancia que casi casi maltrató á la carcelera Anoya.

Acto continuo se dirigió á Dinamion y le hizo presente la necesidad de castigar con rigor al atrevido vasallo.

El antiguo guerrador sintió renacer su belicoso entusiasmo al escuchar de lábios de su consejera que era necesario herir con hierro y castigar con fuego. Brotaron, sí, algunas lágrimas de sus apagados ojos recordando los tiempos en que veía, pero el instinto de cada ser se sobreponé á todo al fin y al cabo, y el del jigante batallador era talar y destruir, aunque no pudiera ya gozarse como antaño en la contemplacion de sus tristes y feroces obras.

En diligéncia sin igual, armado lo mejor que pudo, seguido de un ejército duendil, se fué sobre la casa de Antropos para intimarle una rendicion incondicional.

Grande fué entonces el apuro del vasallo. No habia perdido el tiempo en fabricar armas y defensas, pero la lucha era desigual y aun temeraria.

El coloso se presentó prepotente sobre los linderos de los campos del rebelde para destruir su casa. Las cosas habian llegado á tal estremidad que no habia sino entregarse ó combatir.

Cuando vió el hombre que sus enemigos pisaban ya las lindes de su hacienda, hizo señal de parlamento, se adelantó con heroico valor y les dijo lo siguiente:

—¡Insigne Dinamion! ¡duendes ilustres! vuestro esclavo antiguo, vuestro siervo despues, el que hoy llamaiis vuestro vasallo, os quiere dirigir su voz antes de que traigais sobre vosotros mismos nuevos peligros, mayores escarmientos. Yo, he sabido hartar vuestra hambre, vestir vuestra desnudez, saciaros de placeres, entretener vuestros ócios. He sudado noche y dia, nunca he tenido uno solo de descanso. Atravesé los bosques y desiertos, desafié las iras de la mar, sufrí el dolor y la amargura, domesticqué brutos, reduje á la obediencia á mónstruos, inventé artificios, realicé maravillas, y en una palabra, trabajé mientras vosotros holgábais. Pues bien, podria trastornar la isla, y sin embargo, dispuesto estoy á trabajar. No me pesa que goceis, pero quiero que se me respete. Decís que vuestro es el gobierno su-

perior; séalo en buen hora, pero confesad que yo también debo tener algo mío. Gina es mi mujer, es la madre de mi hijo, es hueso de mis huesos y carne de mi carne. No quiero verla juguete del error y la mentira. Deseo que sea el ángel de mi casa. Mandad y disponed de mí. Dispuesto estoy á obedeceros, pero dejádmela y permitid que dentro del santuario de mi hogar sufra conmigo, me anime, me consuele. ¿Negareis tan poca cosa en cambio de tanto beneficio? ¿No reconocereis en mí siquiera este derecho?

— Ira de gigante, exclamó Dinamion frenético é iracundo. ¿A nosotros condiciones? ¿A nosotros amenazas? ¿Hablar así de derechos como si vosotros los tuviéseis? ¿Atreverte procaz y fermentado á tus años naturales? El fuego y el acero te van á dar á conocer esos que llamas tus derechos.

Y el héroe de la fuerza, tan ciego de razón como de vista, se lanzó sin vacilar hácia el punto en que aun vibraba el acento débil y sumiso de Ántropos.

Pero los tiempos habian ya pasado en que el hombre temblaba ante el gigante, y evitando sus tajos y reveses sembró delante de él el polvo negro, el cual pisado por el ágresor, oprimido por su pesadumbre, dió con su mole colosal en tierra.

Entónces Fobo por primera vez le puo sobre los ojos un par de sus antiparras, y tal era la virtud fenomenal de las tales antiparras, que Dinamion ciego y todo comenzó á ver claro como nunca.

Veía peligros, derrotas, humillaciones y desastres.

— ¡Ciudadano! gritó á su antiguo pária. No tengo el menor inconveniente en dejarte trabajar en libertad siempre que hagamos una nueva constitucion para el imperio, y que en ella respetes de buena fé los legítimos poderes.

— Sea como dices, contestó el hombre siempre confiado y crédulo. Discutamos esas cosas, que yo no quiero sino la paz para los míos, y que el trabajo sea la medida de merecimientos y preeminencias.

— Manos á la obra, concluyó diciendo Dinamion al levantarse. Guia hácia el palacio de mi consejera, y allí redactaremos de comun acuerdo la nueva constitucion.

II. Antes de llegar los recién reconciliados ya estaba enterada Seuda por los duendes de todo lo sucedido.

Abrió de par en par las puertas del salón más capaz y más suntuoso de su casa, hizo que Anoya se vistiera su traje negro más flamante, y se caló sobre el rostro la más grave y diplomática de todas sus cien caretas.

Al penetrar en el salón con aire triunfante Ántropos, la bruja se puso en pie con Anoya y sus hechuras para gritar una y otra vez:

— ¡Viva la libertad! ¡Viva la libertad! ¡Viva la libertad!

Nuestro obrero se quedó en el dintel estático. Diez veces le tuvieron que invitar á que tomase asiento junto á sus antiguos amos. ¡Tal fué la sorpresa que sintió por el cambio inaudito y no esperado de la astuta consejera!

Pero era crédulo, confiado y en ciertas cosas ignorante, y se creyó como un bendito la conversión de la bruja.

Por compasión hácia nuestros lectores omitiremos el relato de la magna discusión que se entabló en seguida entre el esquilador y el esquilado. Seuda brilló en primera línea; Anoya de cuando en cuando se hizo aplaudir ruidosamente por sus altisonantes peroratas; Dinamion, acostumbrado á mandar, defendió el campo bruscamente, pero al fin con bravura y con franqueza, mientras Ántropos (novel en aquellas lides) todo se lo creyó de buena fé y aceptó el *nombre* de las cosas, por las *cosas* mismas.

El nuevo régimen constitucional sonaba que había de ser así: un jefe depositario de la fuerza (como si la fuerza no debiera reemplazarse en buen acuerdo por la justicia y el amor), tres poderes supremos en equilibrio inestable y una caja común para los gastos que interesaban á todos, cuya caja habría de tener dos llaves, una en poder de la bruja y otra que se reservase quien todo lo producía.

En cuanto á lo primero ¿quién había de ser depositario de la fuerza como no fuese Dinamion?

Dinamion quedó nombrado.

Con respecto á los poderes que según lo convenido habían de ser independientes y verdaderos poderes para equilibrar su acción, dar á cada cual según sus obras y permitir obrar las leyes

de este mundo sin quebrantarlas ó torcerlas, la bruja tuvo maña é ingenio suficiente para convertirlos en lo que ella convertía todo: en una tramoya complicada, oscura, baladí, por medio de la cual se apropiase, trabajando poco ó nada, la mayor cantidad posible de todo cuanto produjeran Ántropos y Ándros.

Los tres poderes cacareados se convirtieron en tres satélites del poder. Cuando una frase del convenio era tan clara y evidente que no podía dejar lugar á dudas, la inimitable consejera se ofrecía á esplicarla y comentarla, y por medio de un pequeño reglamento hacia de lo blanco negro y de lo negro blanco.

Obedeciendo á igual tendencia y con el mismo propósito se propuso esterilizar las máximas mas fecundas del fecundo Pónos y las leyes mas benéficas de la encantada isla de Gé. Secundada admirablemente por sus duendes corrompió la asociacion, consiguiendo que aquellos dirigiesen la cosa mientras el hombre la pagaba. Esplotó en mil formas y maneras la credulidad, el entusiasmo, el amor, y para decirlo de una vez, convencidos duendes y Señora de que el reinado de la fuerza habia muerto, siguieron obedeciendo á su aversion ingénita hácia la pena y el trabajo dedicándose á esquilmar á los demas con todos los recursos *legales* de la astucia, ó el fraude ó la mentira.

¡Válganos el cielo y qué invenciones tan sagaces puso en plánta para que sus hechuras y sus duendes hicieran que trabajaban pero viviesen bravamente del presupuestó comun!

III. Pero la mas ingeniosa trapacería de la vieja de las cien caretas fué la solucion práctica que dió al tratado en lo tocante á la caja. Parecia que el infatigable obrero habia alcanzado cuando menos una ventaja muy justa, porque segun lo pactado cada cual habia de contribuir en proporcion á sus haberes. La bruja principió por señalar á Dinamion, á sí misma y á cada uno de los duendes lo bastante y lo sobrante para saciar su voracidad, satisfacer sus caprichos y burlar los azares de la suerte. Despues de esto entregó al hombre el diseño cabalístico de la caja comun, que este ejecutó paciente creyéndole una gran cosa. Era á manera de un embudo muy larga y muy angosta por arriba, mas corta pero mas ancha por abajo. Colocada de pié cerrábala por la parte superior una tapa muy sencilla cuya llave se entregó

religiosamente á Ántropos. Por allí tenia que verter poco á poco pero continúa y trabajosamente el valor de todas las maravillas de la vara mágica de Pónos. Por debajo y hácia el fondo tenia una trampa escotillon con una llave muy grande y muy complicada que Seuda entregó al gigante. De este modo la llave del trabajador servia para *meter*, así como la del gigante y la de la bruja era la única para *sacar*. Y por mas que Ántropos alguna vez introdujese el brazo por arriba, era preciso que la caja estuviese muy repleta para que alcanzara á tocar algunas pocas monedas.

Inútil es añadir que Seuda y Dinamion procuraban sin cesar tener el arca vacía.

IV. Verdad es que tanto el hombre como su hijo no estaban completamente limpios de errores ni de abusos. Dos sobre todo eran tan inconcebibles que solo se pueden explicar diciendo que el trato con la bruja y con los duendes les habian contaminado.

Ni siquiera se acordó al estender el pacto constitucional de mencionar una palabra sobre Gina. Juguete de mil temores ridículos, fundaba su dignidad en tener á la mujer casi en condicion de esclava. Hacíala coser y hacer calceta, y si en alguna coyuntura mostró ella aficion á discurrir, aseguraba el muy nécio que aquello era patrimonio suyo y vedábala el saber con los mismos argumentos que á él se le vedaba Seuda. En cambio permitia muy orondo que Anoya entrase y saliese por su casa para llenarla los cascos de impiedades, y lo toleraba así, solo porque le daba la razon y fomentaba con adulaciones su miserable esclusivismo.

Otro abuso cometió también el hombre, siempre débil, siempre vano, siempre veleidoso. Habia pedido á Seuda y á Dinamion que le entregaran á Melanio, y desde el dia en que fué suyo le hizo trabajar casi lo mismo que al buey en las faenas agrícolas, y en aquellas regiones insalubres que ponian á prueba al mas robusto. Tratábale como una cosa, cual le trataron á él en un principio el gigante con su consejera, dando por toda razon de su injusta tiranía la fortaleza y robustez del negro.

En vano Pónos le puso ejemplos delante: su codicia y su egoismo le cegaban, y por conseguir dos ó tres goces supérfluos de ningun modo necesarios á la vida, convertíase insensiblemente

en un verdugo impasible. ¡Pasmosa contradicción entre sus dichos y sus hechos, que nos demuestra á las claras cuán lejos estaba Ántropos de tener juicio cabal y cuánto le quedaba que aprender!

V. Por muy sencillos que fuesen nuestros amigos, algún día tenían que aperebirse del papel que estaban desempeñando, y no es cosa sorprendente que al cabo de bastante tiempo le dijese el protegido á su protector:

—Veo mi querido Pónos que á pesar de tus continuas promesas, siempre soy poco mas ó menos el esclavo de otros tiempos.

—Eso no es exacto le interrumpió el génio. ¿Por qué, no eres ya dueño de tu cuerpo que es la mas sagrada de todas las propiedades? ¿No gozas de bastante libertad en cuanto á los principales de tus movimientos? ¿No trabajan tus músculos bastante menos, y discurren y sientes bastante más? ¿Por qué vacilas, hombre de poca fé? ¿Qué te amilana? Si Seuda y Dinamion te engañan por que discurren mejor, el remedio es harto fácil.

—¿Cuál?

—El mismísimo de siempre: trabajar y trabajar, el discurrir bien y cuerdamente. Todavía te falta en el orden material mucho que hacer, en el intelectual bastante mas, y en el moral casi todo. Sigue trabajando armónicamente si quieres que no te esquilmén.

—¿Pero cómo conseguiré yo eso?

—Por las etapas que ya sabes. Recuerda que tu cocinero Pir te ha revelado la existencia de su apreciable familia y que su conquista puede darte una série de servidores nuevos que rediman mas tu cuerpo, ensalcen tu inteligencia y preparen el camino para aquilatar definitivamente el sentimiento de tu sér hácia lo grande y lo infinito.

—Sea como tú dices, contestó el hombre obediente. ¿Cuándo apresamos y reducimos á obediencia á Pirón, á Glós, á Fós, es decir, á toda la familia de mi cocinero Pir?

—Cuando quieras, contestó Pónos, pues ya es llegado el momento.

—Mañana, concluyó diciendo el hombre. No puede haber paz ni sosiego para mí hasta pagarte tantos beneficios con el feliz desencanto de tu hija Alécia.

—Pues tú dirás, replicó Pónos. Habla y serás obedecido como siempre.

—Que me place, dijo el hombre. Quiero subir á las nubes en busca de la familia del insigne Pir.

VI. Así requerido Pónos, hizo construir á Ántropos un globo muy grande, abierto por debajo, que rellenó con humo, y á favor de cuya ligereza ascendia hasta las nubes dentro de un cesto de mimbre.

Sin embargo, como el humo se enfriaba muy de prisa, apenas tenia el hombre espacio para tender una ojeada por las regiones de los vientos y esto con grandísimo peligro. La bajada era veloz y todos los paracaídas que idearon, con dificultad le defendieron las piernas.

De aquí que al génio se le ocurriese cerrar el globo enteramente y henchirle con un vapor muy sutil. A favor de este adelanto, ya pudo permanecer el hombre un rato mas á grande altura, y como no encontraba por ninguna parte á Glós, á Fós, ni Pirón, dióse á observar las nubes y los aires y á compaginar leyes y conjeturas sobre la atmósfera y sus meteoros.

Trascurridos muchos dias en aquel aparente pasatiempo, Ántropos le dijo á Pónos.

—No consigo lo que busco y estoy perdiendo mi trabajo. Es preciso que mudemos de sistema.

—Haremos lo que tú dices, y si te parece bien buscaremos á Pirón por las indicaciones de tu cocinero, pero no creas que tus subidas por el aire, y los hechos que observas y atesoras, son enteramente inútiles. Algun dia te serán de gran valía.

—¿Y para que? preguntó el aeronauta.

—Para cuando quieras imitar al pájaro.

—Efectivamente, exclamó nuestro hombre. Muy á menudo les envidié las alas á las aves.

—Pues en comenzando tú á envidiar alguna cosa, de seguro que me la pides en breve, y gran milagro será si yo no acierto á conseguírtela. Dejemos esto de volar á un lado, que ya llegará el momento de que te se antoje. Desde mañana empezaremos á cavar hasta saber dónde reside Pirón. Tengo yo tambien curiosidad por verle.

Desde el otro día, con efecto, el hombre y su protector comenzaron á hacer un hondo pozo en la tierra. Se proponían recorrer sus entrañas en busca del hijo de Pir para cautivarle y cautivar á sus hermanos. Al poco tiempo el pozo llegaba á grandísima profundidad, y á su favor descubrieron regiones tan maravillosas que aunque acerca de ellas no haya de decir sino palabras muy breves, merecen que estas se digan antes de pasar mas adelante.

VII. El hombre, acompañado del génio de la vara mágica, penetró en la corteza terrestre por el pozo que hemos dicho, desde el día señalado.

—¿Qué tienes? preguntaba Pónos á su protegido cuando hubieron bajado por el pozo á una profundidad tan grande que se ahogaban de calor.

—El aire me falta, contestó Ántropos, y además me siento desvanecido, porque para llegar hasta aquí he visto cosas no soñadas, y no acierto á darme buena cuenta de cómo se sostienen estos mundos subterráneos con sus portentos increíbles.

—Yo te lo diré, prosiguió el génio, valiéndome de un símil asaz humilde, pero exacto. Figúrate que la corteza de la tierra (la cual como sabes es redonda) está formada de capas concéntricas, ni mas ni menos que una cebolla colosal. Entre cada una de estas capas se encierra un mundo diferente, y esos mundos son los no soñados á que aludes. Uno de los mas antiguos le tenemos á la vista, y ya que el calor no nos permite ahondar el pozo, de él arrancarán nuestras investigaciones, é iremos ascendiendo poco á poco para ver si en alguno tropezamos con Pirón.

—¿Y cuál es la causa de semejante calor? tornó á preguntar Ántropos. ¿Es por ventura aquello que me dijo Fanta cuando contemplé la tierra á vista de ave, y será posible que nuestro globo esté henchido, segun decia, de lumbre?

—Ni mas, ni menos, contestó Pónos. Es como viste, una burbuja, un inmenso huevo relleno de lava ardiente, pero cuyo cascaron es cien veces mas frágil que el de uno de gallina si se tienen en cuenta ó se comparan sus respectivos tamaños. Sobre ese cascaron tan frágil fundais vosotros vuestros sueños de grandeza. Vamos ascendiendo, sin embargo, pues no es este sitio para

razonar: busquemos al hijo de tu cocinero, y de paso observa y reflexiona.

Sin mas conversacion, sin mas tardanza, nuestros dos exploradores comenzaron á recorrer aquellos soterrados mundos, y aunque su escursion no tuvo por entónces éxito, los descubrimientos que verificaron fueron de tal naturaleza y contribuyeron de tal modo al logro de sus deseos, que se me ha de permitir los enumere á vuela pluma.

Sobre la primera capa de aquella que llamaba Pónos colosal cebolla, no habia rastro de viviente. La temperatura era insoponible, las tinieblas caliginosas, la atmósfera pesada por demas. Se respiraban vapores de carbon, de azufre, de mil sustancias deletéreas, y además no habia ni asomos de agua, aunque en su lugar como el caldo interno abrasador, con su continuo hervidero, sacudia la mal formada corteza y la rompía en cien puntos, brotaban aquí y allí fuentes de lumbre y arroyos de metales líquidos.

Huyendo de aquel infierno, los geólogos se subieron encima de la segunda capa. En su rededor era la atmósfera algun tanto menos mortífera y menos tenebrosa, si bien no contenia plantas ni animales, porque era casi toda un inmenso, profundo, caliente y semilíquido lodazal. Por estas razones pasaron á la tercera.

Allí todavía se respiraba bastante carbon y azufre, pero los charcos tenian agua tibia, y en ellos crecian ovas y fucos, y aun agitábanse sus gotas con los despaciosos movimientos de insectos microscópicos en embrion.

—Aquí parece que hay vida, se aventuró á decir Ántropos.

—Ya lo creo, contestó Pónos. Vida la hay en todas partes. Repara en esas esponjas que viven sobre pedernales. Fija la vista ó aplica mas bien el ojo maravilloso que te dí, y verás multitud de musgos y animales invisibles que empezaron á trabajar hace unos millones de años.

—Pero ¿qué podian hacer esos *nadas* vivientes? preguntó el hombre.

—Se ocupaban y se ocupan en hacer montañas.

Ántropos calló para meditar.

Tampoco allí podía haber esperanza de cautivar al hijo del cocinero, y así protector y protegido siguieron el curso de sus observaciones soterráneas.

Al visitar los otros mundos superpuestos y progresivos, fueron notando que su ambiente era para ellos cada vez menos mefítico, la atmósfera mas templada; que el suelo se endurecía de uno á otro, los mares y los ríos abundaban, y el número de conchas, algas, animales y vegetales era cada vez mayor y mas extraordinario cada vez. En algunos predominaban las conchas y los caracoles; en los siguientes los reptiles ó las plantas, y tal había enteramente cubierto con vegetación monstruosa y exuberante. Palmeras jigánteas helechos arborescentes veíanse en estos por doquier, y las numerosas familias de troncos altos y robustos estaban por lo general cubiertas de escamas exagonales como si hubieran querido protegerse contra la acción de un aire cargado de peligros. Aquella nunca vista vegetación encerraba los lagos y lagunas con un tejido verde oscuro, casi negro, circunstancia que hizo sospechar á Ántropos si aquel sería el alimento de Pirón, segun lo dicho por Pir, como tambien lo sospechó á la vista de algunos troncos tronchados cuya madera era de color de pez.

La naturaleza había procedido en todo, de lo pequeño á lo grande, de lo sencillo á lo complejo.

En las capas superiores eran mas y mas numerosos y extraordinarios los brutos que habitaban los mares y la tierra. Grandes fueron los sustos del pobre Ántropos al recorrer aquellas cálidas regiones. Ya se encontraba con enormes elefantes de portentosos colmillos, ya con colosales roedores de paso tardo y de aspecto feo ó espantable, y ya rozaban con su cabeza las alas de horribles mónstruos parecidos al murciélago, aunque tantas veces mayores, que si le hubiesen cogido con la zarpa le habrían devorado cual devora el buitre al corderillo ó el gavilan á la paloma.

Cada vez que veía sacar por encima de las templadas aguas el prolongado pescuezo de algun mónstruo ó venir hácia él un lagarto ó una salamandra de cincuenta á sesenta pasos desde la cola al hocico, temblaba de puro miedo y los cabellos se le ponian de punta.

Si fuera yo á referir todo lo que observó maravillado, todo

lo que le produjo admiración, no acabaría en un siglo, y así me contentaré con decir como en otras ocasiones, que habiendo salido de las regiones antiguas sin haber dado con el criado que buscaban, hicieron repetidamente la mismísima escursión sin alcanzar mejor éxito.

Hasta recelaba el hombre si se habría burlado Pir de su credulidad.

—¿Cómo se han formado, solía preguntar al génio, ese sin número de mundos?

—En varias y muy lejanas épocas, le contestaba su mentor. Este planeta fué arrojado por Teo en el espacio como una gota de cera derretida, y cuando comenzó á enfriarse la película esterior formó la primera de las capas que hemos visto. El aspecto esterno de nuestro planeta fué entónces poco mas ó menos el de un infierno de lumbre, y así permaneció un espacio de tiempo, para tí incomensurable, pero continuaron lentamente las diarias modificaciones y aquella primera película se enterró bajo la segunda. No siendo ésta tampoco el fin de la obra del gran encantador, la echó encima la tercera con conatos de plantas y animales, y siguiendo de este modo en la hechura y perfección de su obra, hoy mismo trabaja y trasforma como antaño sin que se sepa cual será su paradero, aunque sospecho, y no sin razón, que la tierra se ha de enfriar como se enfrían los viejos. En este caso los hielos la cubrirán un día cual cubren ya á nuestra luna por ser menor y mas breve.

—¿Y tardará eso mucho en suceder? preguntó Antropos.

—Regularmente mucho mas, contestó Pónos, de lo que tardaron en formarse las capas conocidas de la colosal cebolla.

—¿Y cuánto es eso? insistió el hombre.

—Poca cosa, concluyó diciendo el génio: trescientos ó cuatrocientos millones de años.

Antropos se quedó mudo procurando comprender lo que significaba aquella duracion del tiempo.

Se habia creído gemelo de la creación y se encontraba de pronto con casi la eternidad.

Despues de un rato continuó.

—Una duda temerosa se me ocurre: segun lo que acabas de de-

cirme, yo tambien, y todos los animales de mi tiempo desaparecerán de sobre la haz de la tierra para ser sustituidos por una nueva creacion. ¿Qué creacion será esa?

—¿Quién lo sabe? contestó el buen génio, pero si como es posible la lógica sucesion de las mudanzas no ha de terminar en ti, los séres que te sucedan serán á no dudarlo mas perfectos. Quizás entónces los séres superiores serán casi todo espíritu. Abandona sin embargo por ahora tamañas cavilaciones y pensemos en la empresa que tenemos entre manos. Lo importante es encontrar á Pirón.

—¿Y qué haremos para apoderarnos de ese mónstruo? ¿Cómo sorprenderle en esa inmensidad?

Pónos reflexionó alguna cosa, y contestó con su resolucion de costumbre.

VIII.—Presumo que no hay sino un solo medio por mas trabajoso que parezca. Este medio es sitiar á Pirón por hambre sacando esos inmensos bosques subterráneos y poniéndolos sobre la superficie de la tierra, para que salga tras ellos y podamos acometerle.

—Esa es obra de gigante exclamó Ántropos.

—Pues es la que vamos á emprender sobre la marcha.

Segun lo dijera Pónos, así se hizo. Con un teson á prueba de imposibles comenzaron á estraer del hondo pozo los troncos enteros de las palmeras de azabache, cantidades inmensas de los helechos jigánteos, y hasta las yerbas menudas prensadas por los montes y el calor mas duras que se prensa el heno para formar el almiar!

A poco de comenzar la estraccion de aquellos inmensos bosques, ya tuvieron noticia los infatigables minadores de que Pirón salia á flor de tierra para ver sin duda quién se llevaba la provision de su despensa y dónde. Entónces Ántropos evocó á Pir de su leño, le permitió que se hiciese mas gigante que hasta allí y le previno que comenzara sin demora un cepo ó trampa de hierro, muy fuerte, muy resistente, dentro de la cual se proponia cautivar al hijo del buen herrero.

IX. Fué aquel cepo una de las obras mas ingeniosas de los tres ingeniosísimos personajes que en ella trabajaron. Su princi-

pal artificio era una puerta abriéndose hácia el interior, espedita y fácil á la entrada, pero resistente é inquebrantable para la salida. Llenóse este cepo de agua fresca y púsose junto al alimento negro. Llegó Pirón, comió bien, sintió sed, y cuando en toda seguridad entró en el cepo para ahitarse de agua fresca, se encontró cautivo y sin poder huir.

A la mañana siguiente Ántropos y Pónos pudieron cerciorarse de que Pirón estaba dentro de la trampa.

Muy al pormenor podria yo contar ahora la dificultad y los apuros del hombre hasta domeñar aquel terrible y espantable mónstruo. Indómito y feroz en un principio, el solo ruido, las sacudidas solas que producía dentro de la coraza férrea causaban pavor y espanto al mas valiente. En su briega sin igual, en sus jigantes convulsiones rompió el metal que le oprimia; sacó cuatro remos poderosos, dió al aire una trompa erguida, desde cuya estremidad brotaba un blanquecino aliento, y en fin, sacó la cabeza y hubiese huido para siempre si Pónos con un valor superior al de todos los héroes habidos y por haber no le hubiera dado un coscorron con su dorada vara mágica.

Desde aquel momento Pirón quedó sujeto á la voluntad del hombre, y sin embargo, apenas si se atrevia éste á tocarle ni á acercarse. La catadura del criado nuevo era en verdad mas imponente que la del mismo Dinamion, y sus fuerzas y la celeridad de sus movimientos no tenían en la isla cosa que se les pareciese. Un solo ojo, pero ojo que parecía de sangre, brillaba en su ennegrecida testuz; la boca respiraba llamas, y el ruido de sus pulmones conmovia el suelo, y sus resoplidos alborotaban los ecos todos de lejanos valles.

No obstante aquel aspecto que imponia, Ántropos se fué atreviendo poco á poco, y por consejo de su protector hizo y le puso dos fuertes riendas de hierro. En seguida subió sobre el lomo de la fiera, y poco le faltó para perecer bajo su inmensa pesadumbre, pues al sentir la carga relinchó Pirón y nuestro hombre sobreco-gido por aquella voz aguda, enérgica, estridente, tembló, retrocedió y cayó al suelo desde su fuerte y anchurosa espalda.

X. Tras una y otra prueba, uno y otro ensayo, huyó todo temor, y el mónstruo se dejó guiar y gobernar con la mansedumbre

de un cordero. Allí fué entónces el asombro y maravilla. El nuevo criado todo lo hacia, para todo tenia la mas pasmosa aptitud. Ensayósele primero en la estraccion de los bosques subterráneos á fin de proporcionarle que comer, y sus zarpas poderosas rasgaron el seno de la tierra como rasga el leon las carnes del cervatillo, y sus brazos se alargaron, se alargaron, y sacó de los abismos cuanto le pidieron, y puso á la luz y al aire las entrañas de la isla, sus joyas y sus tesoros. Probósele á seguida en competencia con Bárros y molió mas y mejor que el antiguo molinero. Lo mismo hacia la obra fina que la tosca; sus miembros así forjaban los metales, hendian una montaña ó aserraban los troncos de los cedros, como hilaban hebras casi invisibles y pulimentaban una aguja. Sin cansarse trabajaba todo el día, y sin el menor cansancio le sorprendia la luz del sol tras las vigiliass de cien noches.

Con un criado de semejantes facultades y otras muchas que prudente callo, menester será haber benevolencia con el hombre si se creyó por un momento prepotente. ¿Quién podia resistirle ya? Pirón era casi un salvador, pues sobre todo lo dicho hacia dos cosas increíbles. Corria triple que el gamo (y esto tambien sin cansancio ni fatiga) y metido en una nave bogaba diestro y veloz, no siendo ya indispensable engañar con la blanca lona el alma de Ánemos el loco. Contra las olas y los vientos, contra corrientes y mareas, iba á la isla dorada para traerse montes de oro en la vigésima parte del tiempo necesario en un principio.

Muchas y muy sorprendentes particularidades habia necesariamente de tener un mónstruo tan sin pareja; pero la mas singular de todas era, que al correr por los llanos y los montes dejaba tras sí una estela como cuando bogaba por el mar. Habia sin embargo poca semejanza entre una y otra estela: la del agua se borraba con el viento, mientras que la terrestre consistia en dos habas de hierro que se adherian al suelo, como se pega la baba del caracol por doquiera que arrastre su movible casa. Aquella estela férrea nunca desaparecia, y de aquí que á poco que se movió Pirón desde una á otra comarca, la isla de Gé se vió cubierta de rastros, envuelta por doquier en hilos, testimonios fehacientes de la actividad del mónstruo.

CAPÍTULO XXXIV.

I.—El error, hijo de la rutina científica, duda de la invención del vapor y hasta le niega.—II.—Forma única bajo la cual pueden defenderse los diplomas para trabajar.—III.—La fuerza de las necesidades generales se sobrepone á toda oposición.—IV.—Albores del libre cambio.—V.—Conquista de la electricidad (*Glós*) y de la luz (*Fós*). Alusión al experimento de Franklin.—VI.—Fotografía ó trabajo de la luz.—VII.—Telégrafo eléctrico, ó trabajo de la electricidad.—VIII.—Conatos del monopolio hasta del telégrafo.—IX.—Primeras tentativas para establecer el telégrafo trasatlántico. Reconocimiento y estudio de los mares. Campana de buzos. Escafandras. La imaginación alienta como siempre tan difícil é importante empresa.

I. Ante la fama de Pirón que de hora en hora pasmosamente crecía, Seuda se sintió alarmada y se propuso inutilizar en lo posible el poder y la pericia de su feliz y afortunado dueño.

Comenzó como tenía de costumbre entónces por negar rotundamente la conquista. Pirón era un mito y nada mas; no merecía ni la honra de discutirse.

Aleccionada en estas dudas Anoya, discurrió por todas partes apostrofando con severidad y hasta llamando *cabezas ardientes* (vulgo locos) á cuantos creían en la invención, pero con preferencia natural al hombre que la había dado á luz. En sus reverendas cátedras pronunció diferentes peroratas que hoy nos parecerían deliciosas. Negó que el hijo de Pir pudiese atravesar la mar y con efecto—la cruzó. Llamó juguete baladí á su correr y sus babas, predijo que nunca correría lo que corría un mal can y efectivamente, — sin cansarse, dió la vuelta al mundo. Entónces para mortificar al inventor quiso que sus servidores con diploma se encargaran de la educación del mónstruo, y declaró que en adelante nadie fuera osado á dar un paso en la tierra, á penetrar en sus entrañas ni á discutir acerca de Pirón sin su título correspondiente.

II. Cuando llegó á oídos de Pónos todo aquello, se contentó con decir á su protegido:

—No hagas caso de las ridículas pretensiones de esa nécia, ni te se ocurra envidiar los pergaminos cual si te dieran mas pericia. Docto será el que sepa y nadie mas; hábil y creador aquel á quien la luz de Teo iluminare. Esos títulos y distinciones, segun los dan la bruja y su criada, sirven para acuñar sábios de falsa ó de muy pobre ley, no son sino privilegios para que puedan existir con tu trabajo los duendes incapaces de ganarse el pan. Enhorabuena que se diere cédula á todos los que comercien con sus servicios como doctos; pase porque se les diese despues de poner á prueba su aptitud; no me opongo á establecer un signo para evitar fraudes y supercherías, pero dése la cédula y el signo al sábio, al iluminado, sin preguntarle *dónde* ni *cómo* adquirió su saber ó su intuición, sino lo que *puede* y lo que *sabe*. Porque te hago saber que los pergaminos los podrá dar el favor y la parcialidad, pero el génio y el talento solo les concede el cielo y únicamente crecen y se perfeccionan viviendo en mi compañía.

III. Por fin, todos, amigos y enemigos, hubieron de rendirse á la evidencia, y la bruja llegó hasta entusiasmarse con el nuevo servidor del hombre por las mismas consideraciones que lo hiciera cuando se trató de otras conquistas: no atendió sino al lucro que la resultaba, y gracias á su egoísmo el hombre pudo seguir haciéndose cada vez mas fuerte.

Esta propension innata é irresistible á satisfacer todas sus necesidades y caprichos tenia por la costumbre tanta fuerza, que apenas si Dinamion y Seuda recordaban el dilema fatal que era ley ineludible. Con la conquista de Pirón, el velo de la esclava Alécia mermó ante los ojos de los dos célebres esquilmadores hasta dejar su corazón casi libre, y sin embargo no pudieron renunciar á la mayor suma de goces que presentian ávidos y exigieron del mecánico que el monstruo fuera y viniera y tornara para envolver el globo todo con cien redes de sus babas de hierro maravillosas.

IV. Aprovechando semejante predisposición, Ántropos se puso en las mejores relaciones con su hijo, y si los anzuelos, y los muros y los fosos no desaparecieron por completo, se dejaban der-

rumbar poquito á poco, sin que á ninguno de los dos se le ocurriese reponer aquellos que de puro viejos desaparecían.

—V. Nuestrós dos amigos comenzaron á ver claro desde el punto y hora en que volvieron á comunicarse sus ideas y sus esperanzas. De común acuerdo decidieron redoblar sus incesantes esfuerzos, y pidieron al génio tutelar de la familia que les proporcionase los servicios de Glós de Fós y de cualesquiera hermanos del nunca bien ponderado herrero y cocinero Pir.

—Si eso haces, tornó á decirle nuestro hombre segun su antigua costumbre, seré ya completamente feliz y nada mas te pediré.

—¡Siempre y siempre con lo mismo! exclamó Pónos. Siempre deseando hoy, mañana nunca satisfecho. Cuando haya puesto á tus órdenes esos nuevos servidores, querrás otros, y otros, y otros. Lo difícil será encontrarlos, pero en fin, ya tengo imaginado el medio de atacar á Glós por mas que segun te dijo Pir se haya subido á las nubes.

Apremióle entónces Ántropos para que le dijese el medio de conquistar al terrible habitante de las nubes, al que tenia voz de trueno, y Pónos le aconsejó cariñoso en los términos siguientes:

—¿Recuerdas entre los juguetes con los cuales divertí la infancia de tu hijo uno á que se aficionó muy mucho, y que llamábamos *una cometa*?

—Sí, recuerdo, contestó Ántropos.

—Pues bien, hemos de hacernos otra igual. Con su ayuda has de cautivar á Glós, y esto te probará una vez mas que para el hombre de ingenio nada es inútil aquí.

—Confieso que si no te esplicas, volvió á interrumpir Ántropos con impaciencia, me voy á desesperar sin entenderte.

—Escucha con atención, le dijo Pónos, lo que debes hacer hoy: mañana lo comprenderás. Es preciso fabricar una cometa con su cuerda y rabo; colgarla un cesto en la cola, hacer dos guantes de cristal, una red ancha de seda y algunas púas á guisa de agudas picas con uno de los metales nobles. Subirás en el cesto por el aire; colocarás en sus bordés las púas metálicas y agudas; calzarás los guantes de cristal, y con la sedosa red ese nuevo servidor podrá ser tuyo.

—¿Pero cómo? ¿en dónde? ¿de qué manera? insistió el hombre impaciente.

—Ya lo sabrás cuando acometas la empresa, le contestó su buen génio. Por ahora prepara lo necesario.

Ántropos obedeció, y en nada de tiempo presentó al buen Pónos una cometa grandísima, cuyo rabo terminaba en una cesta de mimbre; una docena de aguzadas púas; la red de seda pedida, y unos guantes de cristal tan maravillosamente dúctiles, que en nada embarazaban los movimientos de los dedos.

—Está bien, le dijo Pónos, métete con tus preparativos dentro de esa cesta. Cuando estés sobre las nubes, saca en rededor las puntas de las varillas y espera pacientemente inmóvil. Glós, que es la misma curiosidad, se acercará poco á poco hasta posarse sobre las brillantes púas. Échale entónces la red: ten cuidado con los guantes, porque te prevengo que todo lo devora y lo destroza, menos la seda y el cristal. Por no destruir estos dos objetos, que ejercen sobre su sér virtud de fascinacion, se dejará prender, y hasta encerrar dentro de un frasco ó redoma.

—Pero todo eso, interrumpió Ántropos, parece un cuento y nada mas: ¿Por qué ha de destruir el hierro Glós y sin embargo respetar la seda?

—Por lo mismo que tus demas servidores tienen otros gustos y caprichos. Hoy por hoy solo te puedo decir que *es así* porque *es así*. Cuando te familiarices mucho, mucho, con esa familia de criados impalpables tal vez te espliques el *por qué* de hoy, pero te preguntarás otro *por qué* mas remoto. Lo positivo es que sin estas costumbres caprichosas de tus servidores no los podrias conquistar.

—Sea como dices, pero yo no he de parar hasta saber la razon de estas simpatías, antipatías, desaires y preferencias. Ahora estoy á tu disposicion: haz de mí lo que quisieres.

—Valor, Ántropos, valor, concluyó diciendo el génio. No olvides lo que dijo Pir sobre los truenos y el rayo. Si acaso te sobrecogieren, acuérdate que son la voz y el arma del que desea cautivar, voz y arma que esos novísimos talismanes fácilmente inutilizan.

Tal era la confianza que Pónos habia logrado inspirar al hom-

bre, que este, metido en la barquilla se dejó elevar (sufriendo mil sacudidas) á una prodigiosa altura. Atravesó primero una region húmeda y brumosa de vapores blanquecinos. Con la luz crepuscular que llegaba hasta allí dudosa y muerta, apenas si vislumbraba á cortísima distancia. Pronto atravesó aquellas capas de nubes para encontrarse de súbito en una region espléndida, en una verdadera gloria. Era un mar de pura luz desleída en un aire fresco y puro. Una bóveda azulada sin una sola sombra que empañase su celestial armonía, se tendía en grandiosidad sobre su cabeza, contrastando singularmente con el Océano majestuoso de leve y cándido algodón que rodaba por debajo de su cesto sus dóciles y veleidosas olas.

Segun afirmó Ántropos despues, jamás se habia presentado mas inopinadamente á su mirada un espectáculo tan sencillo y tan sublime.

Después que hubo colocado sobre los bordes de su barquilla las púas segun las prevenciones de Pónos, permaneció largo tiempo embelesado con el rodar de las nubes, pero haciendo conjeturas acerca de los fenómenos metereológicos de aquellas altas regiones. Habíase acostumbrado á observarlos en sus ascensiones con el globo, ya comenzaba á comprender su importancia para conquistar la atmósfera y en aquella ocasion, dando por cautivo á Glós, soñaba con dominar las regiones impalpables, y con volar como un pájaro. Lo único que de vez en cuando le recordaba el objeto de su ascension, eran algunos tirones que daba Pónos á la cuerda por medio de cuyos tirones se entendian y comunicaban.

Finalmente, en premio de su valor y su paciencia, pero sin ver cómo ni por dónde, el hombre al fin contempló sobre las púas un sér tan descomunal, que de puro asombro le dejó sin movimiento. Repúsose, no obstante, y arniándose de bravura heroica, arrojó la red de seda é hizo la señal á Pónos para que sin tardanza le bajase.

Y bien necesitó en aquel descenso grande valor y sangre fria. El aprisiondo Glós soltó la voz que era un verdadero trueno; sus ojos despidieron chispas; sus golpes le herian tan cruelmente que al parecer le trituraban los huesos, y aquella luz le cegaba, y

aquella voz estentórea rodando de nube en nube, con su fragor le ensordecía.

Por fortuna tardó muy poco en bajar y Pónos menos aun en tocar al prisionero en la cabeza con su báculo. Desde aquel instante cesó el furor del cautivo y su braveza se trocó en docilidad y mansedumbre. Un ¡ay! profundo escapado de lo íntimo del alma, que sonó como un chasquido, fué la postrera señal del sentimiento que le causara su cautividad.

Entónces pudieron hacerc cargo protector y protegido de su delicada, sutil y vaporosa contestura. Su fisonomía revelaba una poderosa inteligencia; sus ojos arrojaban una luz tan clara como la del sol, y en varias partes de su cuerpo, en sus hombros, sobre sus talones, agitábanse veloces ó plegábanse invisibles infinitos pares de brillantes alas.

Contemplándolas estaban todavía, cuando volando por los aires vino otro sér tan ligero y tan descomunal como el prisionero Glós, y se arrojó exhalando tiernísimos sollozos en los brazos de este.

—¿Qué es esto, hermano mio? exclamó el cautivo; ¿por qué vienes así esponiéndote á perder la dulce libertad?

—Juntos nacimos, respondió el recién llegado; juntos vivimos, eternamente juntos y juntos pereceremos. ¡Ah! ¡cruel destino, infausta estrella la de nuestra raza ilustre! ¡Haber de ser criados de un pigmeo! ¡Esclavos nosotros! ¡Esclavo nuestro hermano Pir! ¡Esclavo el fuerte Pirón!

—Huye Fós, huye, insistia el primogénito. Conserva al menos tú la libertad y tal vez algun dia volvamos todos á gozarla.

—En vano te afanas, en vano, en vano, contestaba con firmeza Fós. Mi resolucion es irrevocable. Sigo y seguiré tu suerte.

En aquel punto Pónos le tocó en la cabeza con el áureo báculo, y ya aunque lo hubiese pretendido no podia emanciparse.

En presencia de la escena entre los dos hermanos, Ántropos se enterneció y les dijo en voz blanda y afectuosa:

—No os apesadumbreis, hermanos amorosos, ejemplares amigos, dechado nunca visto de fraternal amor, que yo prometo trataros como quien sois y no os emplearé jamás en oficios ruines ni serviles. Quiero muy al contrario consultar vuestras inclinaciones,

vuestros gustos. Decidme lo que sabeis hacer y dejo á vuestra conciencia lo demas, porque tengo la seguridad de que tan luego como conozcais á Pónos le amareis y le respetareis, y procurareis leer en sus miradas sus deseos para servirle y complacerle.

—Yo, dijo Glós, soy como mi hermano, diestro en infinitas cosas, pues mas que en nada, en el saber está la nobleza y no en la cuna; pero mi grande aficion es viajar y discurrir. Lo primero lo hago con tal celeridad que apenas gasto en ello tiempo, y en cuanto á lo segundo dicen que soy elocuente. Además de estas habilidades tengo otras que puedes ir reclamando con el tiempo.

—¿Y tu hermano Fós? preguntó el hombre. ¿Qué sabe?

—Su mérito principal, continuó Glós, estriba en su aficion á la pintura. Ahí donde le ves con esas melenas rubias como los rayos del sol, ese lapiz en la mano y ese cartapacio al hombro, es un artista sin rival. Ponle á prueba cuando quieras y te has de quedar absortomo.

VI. — Haz mi retrato, exclamó Ántropos dirigiéndose al pintor.

Este no dijo palabra, pero con la velocidad del pensamiento abrió la cartera, pasó el lapiz por encima y presentó al hombre un trasunto de su fisonomía, exacta hasta el punto de creer el pobre tonto que se miraba á un espejo.

—No es mala en verdad la prueba, exclamó Pónos dirigiéndose á su protegido. Si Glós va y viene con la rapidez que Fós, por quien soy que tienes dos servidores como ni soñar pudiste.

—Pongámosle á prueba tambien, replicó el hombre.

—¿A dónde quieres mandarle?

—Ante todo á casa, para decir á mi mujer este triunfo. Que vaya en busca de Gina y la diga que tenemos un par de criados más.

VII. Sin esperar nuevas órdenes, Glós el aligero, desapareció.

Ántropos y Pónos se miraron. Quisieron hablar, pero antes de desplegar los lábios estaba su correo ya de vuelta.

—Tu mujer, le dijo al hombre, vertió una lágrima al escuchar el mensaje, y apenas acertó á decir (pues tanta era su emocion): «¡Es mucho hombre mi marido!»

—¿Cómo es posible, preguntó Ántropos estupefacto, que hayas ido y que hayas vuelto? Eso para mí es incomprendible. ¿Preten-

des quizás burlarte? Quiero otra prueba y otras mil. Vuelve y pregunta á mi mujer cual es su primer deseo.

El correo fué y vino en menos tiempo que se dice, y contestó que el deseo principal de Gina era que Alcía, la hija de Pónos, la encantada por la bruja Seuda debajo de un velo negro, se viese libre de su encantamiento.

Otras varias veces hizo viajar Ántropos á Glós, y satisfecho y convencido al fin, tomó el camino de su casa.

No tardaron en circular de boca en boca los nuevos triunfos del hombre. El despecho de Seuda acreció con esto sin medida, al paso que se aumentaba la admiracion de su pueblo, aunque muchos recelaban.

Con todo, una y otros quisieron ver al artista que retrataba tan maravillosamente, y Ántropos dió á conocer á sus Señores sus raras inestimables prendas. Hiciéronse uno y dos, y veinte, y cien retratos, todos sin tacha, todos fidelisimos, por mas que vociferasen lo contrario los tuertos, los horribles, los gibosos.

Cundió como una epidemia la manía y afan por retratarse; todos querian legar á la posteridad sus gracias y perfecciones. Alazona sobre todo se metió á propagandista. Por consejo del duende del espejillo y de las plumas, hasta los trasgos mas humildes se retrataron en tres posturas ó actitudes, cada cual de estas en tres diversos tamaños, y cada una de las nueve susodichas reproducciones con tres diferentes tintas. De esta suerte, aun los últimos y mas modestos legaron á sus sucesores los veinte y siete retratos, y durmieron á sus anchas desde entónces, pues con semejante precaucion quedó completamente asegurada la tranquilidad de sus biznietos y choznos, quienes de no hacerse así, de seguro se habrian atormentado en compaginar las gracias y las perfecciones de tan perfectos y graciosos personajes.

En medio de estos pasatiempos (y nótese que hasta los pasatiempos iban sirviendo ya para algo) Pónos no olvidaba el fin y objeto de todos ellos, y á medida que presentia mas cercano el completo desencantamiento de la hermosa Alcía, procuraba entusiasmar cada vez mas á sus protegidos con la verdadera gloria de tan magníficos triunfos. No así la astuta Seuda. Como era de esperar y de temer, discurrió de qué modo reglamentaria, para es-

clavizarlos, á los dos nuevos servidores. Por fortuna la cosa no era fácil. Acudió primero á Dinamion y le pidió que esterminase á los hermanos ó les hiciera prisioneros, pero Dinamion contestó con un suspiro:

—¿Crees por ventura que estamos en aquellos tiempos en que bastaba mi fuerza, mi clava y mi valor para imponer nuestra voluntad omnimoda? Ni aun puedo siquiera ver esos entes de que me hablas. ¡Qué digo ver! ¡Si mi entendimiento no los puede concebir! Siendo como tú los pintas, me servirán á mi también, de consiguiente por egoismo ó por necesidad hay que tolerarlos Seuda.

—Pero señor, insistía la bruja con cierto tono de desesperacion, ¿hemos de sucumbir sin hacer un esfuerzo último y supremo? Si el destino nos condena á trabajar de cualquier modo ¿no es mas heroico y mas noble destruir la isla y perecer en sus escombros?

—Qué sé yo, amiga. Qué sé yo. Encerrado en esta oscuridad eterna, pienso y cada día que pasa dudo mas cual es la verdadera nobleza y el verdadero heroismo: si el mio ó el de esos pigmeos. Esas leyes naturales deben ser invencibles cuando Dinamion y Seuda si no se encuentran vencidos, poco falta.

—¡Qué blasfemias, justos cielos! exclamó la bruja. Para mí no hay virtud ni nobleza, ni heroismo fuera de mi autoridad, de mi infalible autoridad. Niego esas leyes que tú llamas naturales, y espero que alguna santa inspiracion me haga descubrir un filtro para convertir á esa familia toda en dóciles instrumentos que satisfagan mis necesidades infinitas, pero sin aspiraciones tuyas personales.

—Eso es pura y simplemente absurdo, concluyó diciendo Dinamion con cierta irónica sonrisa.

VIII. Consultó entónces con sus doctores la despechada consejera pero por mucho que aguzaron todos el ingenio no encontraron otro arbitrio mas que el de poner á Glós un collar de casabeles. El objeto de imponer al mensajero aquel adorno ruidoso fué saber cuando salia ó cuando entraba. Con semejante trampantojo creyeron poder vigilar todos sus pasos y de consiguiente los de Ántropos.

Esta pequeña cortapisa contristó al buen padre porque desca-
ba y confiaba restablecer la perfecta y cabal union de la familia
valiéndose de su aligero criado. Pónos le reanimó diciendo:

—Para todo hay remedio menos para la muerte. Burlaremos la
cortapisa de la bruja.

—¿Cómo? preguntó el hombre.

—De un modo sencillo por demás. Los cascabeles suenan claros
y vibrantes en el aire, mas no se oyen en el agua.

—¿Qué intentas? interrumpió Ántropos.

—Decir á Glós que vaya á la isla del oro por debajo de los
mares.

—¿Cómo es posible? Se ahogaría.

—No tal, concluyó diciendo Pónos. Lo mismo y tan velozmente
camina Glós por las aguas, como por las nubes, y para conven-
certe de ello, ahora mismo nos vamos á hacer la prueba.

IX. Efectivamente, Pónos y su protegido se trasladaron á las
orillas del mar, pusieron á Glós dentro del agua, y le despacha-
ron con un mensaje para Ándros. A la gran satisfaccion de Án-
tropos, el correo fué y vino en un instante, y el collar de casca-
beles no dió la señal de alarma á los espías de la bruja.

—Bravísimo, exclamó el hombre. Ya veo que no hay Seudas
que puedan luchar contigo. Mandemos otro recado, quiero poner-
me de acuerdo con Ándros sin mas tardar.

Dióse con esto otra comision muy delicada al buen Glós. Este
se zambulló con su natural presteza, pero no regresó ligero como
de costumbre. Pasó un minuto y no vino, pasó una hora y no vol-
vió, pasaron dos y no parecía, pasaron cuatro y Pónos mismo era
presa de dolorosa inquietud. ¿Qué habia sucedido? ¿Qué pérdida
tan irreparable no era aquella?

Así trascurrieron las pocas horas que aun restaban de aquel
sol, y así tambien la noche en ansiedad indefinible. Por la maña-
na, Pónos y el hombre idearon cien inventos para penetrar en el
Océano en busca de su perdido mensajero. Primero fué una cam-
pana, que vuelta boca abajo, y sumergida, encerraba buena por-
cion de aire puro, el cual no pudiendo escapar de aquel encierro,
contenia el empuje de las aguas y servia para la respiracion del
hombre que iba dentro.

Esta invencion se declaró insuficiente y tosca, por ser imposible en ella recorrer el fondo de los mares.

Despues ensayaron un vestido impermeable que permitia al hombre andar por el fondo de la mar bastante desembarazado y suelto, pero la distancia era mucha, la estension del fondo inmensa, y Ántropos se cansaba y tuvo que renunciar á hacer la esploracion á pié.

Estos y otros ensayos parecidos solo sirvieron para dar á conocer al buzo algo de aquellas regiones. Vió que contenian riscos, montes y llanuras cuales los de tierra firme; encontró bosques y prados; observó séres que se arrastraban entre plantas y otros que nadaban por arriba como vuelan las aves por el aire.

—Sabes Pónos, dijo al salir un día el buzo, que me entran ganas de esplorar estas comarcas. Este debe ser un nuevo mundo. ¿Quién sabe las riquezas que puedo sacar de aqui? ¿Cuánto no contendrán esos campos y esos montes dos veces mas estensos que los de la tierra, si es verdad lo que yo ví cuando viajé por los cielos? ¿Quién sabe dónde se estará Glós recreando ni qué delicias le detienen? Si volviera al fin y al cabo, quizás que me las diria, porque confieso que mi curiosidad no tiene límites.

—Yo te las diré por él, dijo una vocecita suave, suave, suave. ¡Ah! tú ignoras los misterios de ese mundo submarino. ¡Qué creaciones! ¡Qué maravillas! Figúrate que Glós pasaba diligente, como camina sin cesar—como una flecha—cuando escuchó una voz dulce, vibrante, simpática, fascinadora, que le atrajo á sí, como la culebra al pajarillo. Sin poderse resistir, torció presuroso el rumbo, y fué á dar en medio de un coro de sirenas.—Tú no sabes lo que son sirenas, esas hijas de la mar, con sus crenchas relucientes, sus coronas de algas, sus senos pérfidos y sus celestiales melodías. —¡Ah! quiera el cielo que jamás lo sepas. ¡Pobre del bajel incauto que oiga su canto divino! Le irán fascinando, fascinando hasta dar con él en los escollos. Entónces, cuando le vean dar contra las peñas, unirán al vendabal sus carcajadas.—Plegue al cielo que no las oigas tú, que no las oigas.—Pero volvamos á Glós.—Vióse, pues, segun iba diciendo, en medio de un coro de sirenas, quienes le acariciaron y festejaron, y cogiéndole en volandas en alegre y juguetona corea, se le llevaron bogando, suave pero velozmente.

—En un abrir y cerrar de ojos, se vieron á la puerta de un palacio; pero qué palacio! Como los que hay únicamente en el fondo de los mares. Algunos de sus muros de esmeraldas dejaban pasar la luz sin que la vista penetrase á su través: otros eran de rubies, otros de clarísimos topacios. Los tabiques de diamantes eran los únicos que permitían vislumbrar el interior, aunque velado por cambios y quiebras caprichosos. Todo era allí movible, mudable, incierto, vacilante. El pavimento de nácar estaba taraceado con caracoles y perlas; la techumbre y cielo rasos, cubiertos todos con escamas; escamas de plata y oro, azules como la mar, carmines como el granate, verdosas y hasta negruzcas, innumerables, relucientes, confundiendo, desvaneciéndose. Allí sin lámparas, sin sol, una luz crepuscular despierta una ilusion tras otra, y el beleño de seductoras armonías embarga la razon del que la escucha para sepultarle en éxtasis infinito. En aquel dulce arrobamiento, el infeliz encantado espera siempre un mañana,—ó lo que es igual,—un nunca.—Pero allí la arena es oro y los pedruscos diamantes, y todas las algas pan, y los sargazos azúcar, y de los peces:

—Calla bachillera, calla, exclamó Pónos al oír á Fanta, que así se había aparecido sin saber cómo ni por dónde. Si te dejo continuar, nadie sabe lo que eres capaz de urdir, porque en dando suelta á tus imaginaciones, no hay para tí leyes, ni miramientos, ni obstáculos, ni imposibles. Ven en buen hora mañana cuando mi amigo tenga que hacer otra invencion. Tu ayuda será de gran valía entónces. Hoy no se trata de inventar sino de un trabajo de paciencia y tengo demasiado interés en que Glós pueda atravesar el océano para escucharte ni un instante.

Dicho esto, Pónos acompañó á su protegido hasta su casa y ambos caminaron pensativos porque no habían recuperado el mensajero.

Ántropos á pesar de Pónos, se sentía fanatizado con la leyenda de Fanta y juraba no parar hasta ver las maravillas que la loca refiriera.

CAPÍTULO XXXV

I. Primeras exploraciones de los mares.—II.—Riqueza y fecundidad prodigiosa del océano.—III.—Telégrafo trasatlántico.—IV.—Dudas y deseos de nuestros días, injusticia de las primeras y soberbia pueril de los segundos. Últimas deducciones lógicas de la ciencia moderna.—V.—Creciente confianza de la humanidad en el trabajo y la ciencia, y empresas que mas inmediatamente debe intentar.—VI.—Gran transformación contemporánea de trabajo material en trabajo intelectual y sentimental.—VII.—Movimientos de conciliación entre las naciones. Esposiciones universales. Fin de los tiempos positivos para nosotros.

I. El pequeño contratiempo que sufrió el obrero entusiasta é incansable en la educacion del interesante Glós, le tuvo toda la noche sin poder pegar los ojos.

A la mañana siguiente decidió salir sobre el lomo de Pirón para registrar los mares. Requirió en su consecuencia el auxilio de la vara mágica, hizo preparativos como nunca, y preocupado con lo atrevido y difícil de la empresa preguntó á su génio tutelar: —¿Pero cómo, de qué modo será posible que penetremos con la vista hasta el fondo de esos mares cuya profundidad es tan inmensa?

—Déjame todo eso á mi, contestó el génio. Llevaremos á bordo buenas sondas, á cuya estremidad pondremos el ojo maravilloso que te reveló tantos misterios, y á su favor podrás escudriñar hasta los últimos rincones.

Entre Pónos y su protegido no habia ya sino decir y hacer, y por eso sin tardanza metieron á Pirón dentro de una inmensa nave, dejóse caer la sonda, llevando en su estremidad el ojo maravilloso, y bogaron mansamente para tener tiempo de reconocer y de observar.

—Bien puedes ir diciendo en alta voz cuanto descubras por ahí, le dijo Pónos al hombre cuando le vió todo atento á las indicaciones de su sonda.

—Que me place, contestó el observador: escucha bien, porque tantas y tales maravillas veo, que no he de tener espacio ni palabras para nombrarte dos ó tres de cada mill. Aquí, junto á la misma costa, comienzan los bosques y praderas submarinas. Están formadas de algas, confervas, ulvas.... ¡qué sé yo! ¡Válame y cuánta exhuberancia! ¡Qué variedad! Este es un nuevo mundo abierto á nuestras conquistas. Estos son bosques mas espesos que los terrestres. Una vegetacion tan rica cuando menos. A su sombra se mueven los cangrejos y mariscos, y los pececillos nadan como vuelan en la tierra de flor en flor las mariposas. Otros peces mayores y no menos brillantes ni plateados, bogan serenos por el mar como nuestras aves por el aire. Por lo visto, ni tienen frio ni calor. Viven en un clima siempre el mismo, y su oído debe ser tan delicado como perspicaz es la vista de las aves. Bien dije yo muchas veces que nadie tenia tanto bienestar como los peces en el agua. ¡Qué espectáculo tan nuevo y tan magnífico! ¡Qué campiña tan variada y singular! Aquí veo praderas deleitables, rocas y hielos cubiertas de musgos y plantas microscópicas; allá valles vestidos de innumerables y vistosas cintas verdes; mas lejos montañas con verdaderos bosques sobre conchas de tornasol y guijos de oro y de nácar.

—Pues ahí se crian las perlas, interrumpió Pónos.
—Con efecto, prosiguió Ántropos, veo algunas ostras con ese precioso adorno. Las hay que se hallan cubiertas de berruecos y de aljófares.

—¿Y qué otras maravillas ves? tornó á preguntar el génio.

—Las veo á cientos, á miles, á millones, contestó el marino. Tantas son, que no acierto á cual dar la preferencia. Necesitaré muchos, muchos años para clasificarlas. Las hay tan diminutas, que ni se perciben; y las hay tan enormes que me espantan. Entre otras, por ejemplo, veo volcanes como los de tierra firme. ¡Pero qué volcanes! ¡Qué estrépito! ¡Qué borbotones! ¡Qué bullir y conmovirse las aguas! ¡No ha de evaporarse el mar, con fuego por debajo y con el sol por encima! Vamos, aquí se pierde la

mente. Ahora me acabo de convencer de que nuestro mundo es un cascaron lleno de lumbre.

—Pero á todo esto, continuó el génio, ¿no encuentras á nuestro Glós?

—Hasta ahora no le veo, y á la verdad que será muy difícil dar con él en estos laberintos y espesuras. ¿Para qué pueden servir tantas cosas, tantas plantas? ¿Serán juegos y caprichos de la naturaleza?

—No empieces ya á ser ligero, volvió á decir el grave y sesudo Pónos. Además de mantener hoy esa vejatacion una multitud de séres, llegará dia en el cual de esas ulvas tan vistosas saquen tus descendientes un abundoso alimento. Repara sino en los útiles sargazos que exudan una especie de maná, como aquel que en el desierto te sostuvo.

—Pues si hallásemos un dia modo de segar estas praderas y convertirlas en pan, exclamó el hombre, por quien soy que han de producir bastante mas que... ¿Pero qué nube, sombra ó bulto se adelanta rápido hácia aquí? Ya llega, ¡ya lo veo. ¡Son arenques! ¡Qué millares de millares! ¡Qué millones de millones! Es imposible que la nave atravesese su impenetrable falange. ¡Cuántos años no habrán sido necesarios para criar tan innumerable grey!

—No lo creas, dijo á la sazón el génio. Con solo decirte que cada hembra puede dar el sér á cincuenta mil hijuelos, comprenderás que el Océano todo se convertiria pronto en una masa de arenques, si no hubiese quien los destruyera. Repara con atencion si no viene detrás y les persigue su natural enemigo.

—Por este lado, continuó Ántropos, veo una, dos, tres ballenas de aquellas que en nuestras travesías vemos flotar arrojando chorros inmensos á prodigiosa altura. ¡Cómo avanzan abierta de par en par la boca, y se tragan millares, y acorralan la innumerable muchedumbre sobre la playa y contra los escollos!

—Pues allí les espera otro peligro, interrumpió el génio. Otros pescados medianos devoran sus huevecillos, sin darles tiempo á que se formen en peces. Por mas que la fecundidad de esos pobres animales cubra las olas con su lechecilla, otros se tragarán generaciones enteras, y pocos arenques saldrán de tanto huevo.

—Casi, casi, continuó Antropos, sin dejar de escudriñar el seno de las aguas, la voracidad de esos destructores nos hacen un gran servicio, porque de no ser así, me temo que con el tiempo la navegación sería imposible.

—Pues aun hay otros pescados, cien veces, mil veces mas fecundos. Uno solo recuerdo en este instante, el abadejo ó bacalao, cuya hembra lleva por lo regular nueve millones de huevos. Así es, que si no fuese por el esturion que los devorará hasta con gula, llenaría los mares mucho mejor que el arenque. El agua es un mundo inagotable. Cada partícula encierra mil gérmenes de vida, gérmenes que nacen y se agitan en las gotas.

—Ya sospechaba yo, añadió Antropos, la potencia procreadora de las aguas. Ahora sin embargo, crece mi admiración y asombro, pues estos pólipos diminutos que trabajan á mi vista formando islas madreporicas, montañas y cordilleras con sus vistosos corales, ni sé de dónde provienen, ni adivino la ley que les enseña á formar esas ramas, esos arbustos, esas flores de sangre. ¡Ah! ¡cuán pequeña parece Fanta al lado de la realidad! ¡Qué poesía! ¡Qué sublime poesía! La verdadera poesía es el magnífico poema de la verdad, de la naturaleza. ¿Me quieres explicar su misterioso trabajo?

—Puede decirse que esos entecillos ayudan á formar el mundo, contestó Pónos, lo mismo que aquellos otros que descubriste en tus exploraciones subterráneas, le formaban hace millones de millones de años. Repara que el fondo, ó mas bien la base del océano, es de cadáveres de caracoles microscópicos, de animalitos que tenían un ánfora por casa pero un ánfora tan imperceptible que en el hueco de tu mano puedes colocar mas de tres millones de ellas. ¿No recuerdas los montes formados de esos seres microscópicos que en algunas ocasiones te he dado á conocer? Pues el trabajo que tienes á la vista, quizás sea el dia de mañana lo que constituya otra cordillera altísima. En el agua del mar buscan y toman la materia para sus pasmosas construcciones. Abi tienes como lo infinitamente grande nace de lo infinitamente pequeño, como sigue en el mar esa continua circulación de la materia que constituye la vida del universo, ese movimiento eterno, incesante, misterioso dentro de cuyas evoluciones un sér se transforma en

otro, y lo que fué mármol es atmósfera y planta y animal y después hombre, y el átomo impalpable penetra en el seno de la tierra, en las alturas de las nubes, en las profundidades del océano. ¡Materia y movimiento! La vida es un movimiento fecundo.

—Así es en verdad, continuó el hombre. En todas partes la vida, en todas el trabajo, el movimiento. Para el creador de semejantes maravillas hasta lo absurdo es sencillo. Lo *imposible* solo existe para mí.

Una conmoción súbita y enérgica puso fin á los razonamientos de Ántropos.

III. En aquel momento mismo, Glós apareció sobre cubierta.

Nuestros navegantes le interrogaron acerca de su desaparición, y por sus noticias y contestaciones aprendieron el modo y manera de mandarle á todas partes sin esponerse á sufrir el disgusto y la ansiedad de la pasada interrupción.

IV. Durante la pequeña travesía para volver á su casa, el dueño afortunado del alígero Glós volvió á interrogar con el mayor interés á su protector y amigo en los términos siguientes:

—Vamos á ver, amigo mío: no me contento ya con obedecerte y confiar en tu innegable omnipotencia. Siento, como tú dices, una necesidad que si bien no es nueva me acomete tan imperiosa, tan irresistible que me será imposible progresar si no la satisfago.

—Dí cual, le interrumpió el génio.

—Al poseer hoy los servidores y máquinas que poseo, y al contemplar cómo se defiende Seuda y de qué modo nos esquilma, tengo momentos de desfallecimiento y llego á dudar de todo. ¿Se descorrerá alguna vez el velo de tu hija? ¿Llegará el día en que se repartan las satisfacciones por la medida de las obras de cada cual?

—Vuelve la vista por todo el camino andado y ten valor, ten esperanza, obrero de poca fé. Acabas de ver cómo los animalillos infusorios construyen montañas y continentes, y tú que tienes espíritu ¿dudas todavía si tu trabajo será providencial?

—Pues esa es justamente la duda que me acavila. ¿Qué es materia? ¿Qué es espíritu? He visto á los átomos inanimados moverse, casarse, divorciarse, buscar otros compañeros como si tuviesen

voluntad. He visto pequeñas agregaciones de moléculas obrar con mejor acuerdo y surgir gérmenes, plantas, animales, eslabones todos de una cadena que principia en los profundos senos de la tierra, en los senos mil veces mas profundos de la eternidad, pero que de forma en forma, progresiva é incesantemente se ha venido completando hasta contar entre sus eslabones últimos á nosotros y á esos millones de mundos que giran armónicos por el infinito. La materia siempre la misma, pero el espíritu no. A juzgar por lo que tengo á mi alcance, este se perfecciona y alambica indefinidamente. Sus primeros albores se advierten en las relaciones de un átomo con otro átomo, porque allí nace el movimiento. Estos movimientos se complican ordenadamente y sin solución de continuidad, del mineral á la planta, de la planta al pólipo, del pólipo al animal y del animal á mí. ¿Pero es posible que sea yo el último eslabon de la cadena? ¿Qué seres portentosos existirán en otros mundos? ¿Qué nuevas organizaciones superiores poblarán nuestro planeta cuando yo desaparezca de él? Hasta mí la cadena sigue majestuosamente sin interrupcion. ¿Es posible que de pronto la corte una mano oculta para volver á empezar? Por eso, Pónos, mi inteligencia se desvanece y dudo, y creo y me abato y me glorifico.

—Vamos despacito, contestó Pónos pensativo, porque el asunto lo merece. ¿Te importa mucho saber todas esas cosas?

—Y tanto como me importa, exclamó Ántropos. Quiero saberlo para arreglar mi conducta á lo que en definitiva haya de ser.

—De manera, continuó el génio, que si conocieses á dónde te conducia el papel que estás desempeñando, trabajarías ó nó trabajarías.

—Es evidente. Está claro. ¿Para qué me habia de afanar si el resultado no es el que imagino?

—Pues ahí tienes por qué el gran encantador Teo obrará con su sabiduría infinita si no te revela jamás lo que pretendes. ¿Cómo quieres que te ponga á tí, átomo de su grande obra, en situacion de entorpecerla? ¿Te dura todavía aquel loco desvario de creerte el primer personaje de la creacion, pretendiendo que se cuente contigo para todo? ¿No te basta vivir, pensar y sentir con la persuasion, con la evidencia de ser actor privilegiado en una obra

divina? ¿Crees que todo en esta obra es grandioso y admirable?

—Sí creo.

—¿Crees que el infinito en el espacio, el infinito en la armonía de esos innumerables mundos, el infinito en la ordenada elaboración de la vida, el infinito en la eternidad del trabajo pueden ser manifestaciones sin causa? ¿No crees que la creación pregona la existencia de una causa?

—Sí creo.

—¿Y puedes citarme un solo hecho natural que no esté dictado por una paternal prevision, por una bondad infinita? ¿No crees por el contrario que los principales males de este mundo, esos males que constituyen un verdadero infierno para castigar la ignorancia de sus leyes ó tu desobediencia y rebeldía, son obra de Seuda, de Dinamion y de todos los que pueblan esta isla, sin esceptuarte á tí mismo?

—Eso se me resiste todavía, contestó el hombre. Han variado mucho mis ideas sobre el bien y sobre el mal, pero aun no puedo creer lo que me dices.

—Pues yo te anuncio desde ahora, continuó el génio, que no puedes ser feliz, que no amarás á los tuyos con toda la fuerza del amor, hasta que semejante doctrina sea para tí artículo de fé. Pero sigamos y respóndeme.

—¿Crees al menos que en tu pequeña morada predomina la bondad del creador pará con la criatura?

—Sí creo, y eso es lo que por instantes me inspira suma confianza, me anima y me tranquiliza.

—Pues eso te basta, porque en ese sentimiento tiene que descansar la verdadera fé. La creación es tan inmensa que no la puedes abarcar en conjunto con tu inteligencia limitada. Por eso has fraccionado la *ciencia única é indivisible*, (recuérdalo bien, *indivisible*), en una multitud de fragmentos mutilados, á cada uno de los cuales le das el nombre del todo. Este trabajo de análisis parcial es indispensable pero te descarria. Día llegará en que aspiremos á formular la gran síntesis, aspiración que constituye el objetivo de tu progreso moral, el premio de las últimas etapas del progreso. Si quieres lograr esta aspiración seriamente, con sinceridad, no hay mas camino que el que te tengo trazado. Todo

trabaja en el mundo. Tu trabajo es material, intelectual y de sentimiento. Si te niegas á cumplir con tu mision, si perturbas este trabajo armónico que te compete, si le perturbas *en tí ó en los demas*, el dolor será el castigo, porque no es justo que el infusorio espiritual use impuné de su libre albedrío para detener la misteriosa elaboracion, vida del universo inmensurable.

—¿Pero cuando logre vislumbrar la ciencia única, cuando en medio del murmullo y confusion de tan variados lenguajes, escuche la palabra de unidad que me revele el enigma, seré completamente feliz?

—Si alguna vez desaparecen Seuda y Dinamion, si *nadie* se opone á las leyes físicas, intelectuales y morales que obran providencialmente sobre tí, serás feliz si tienes fé, y esta es imposible que te falte mientras te entregues al trabajo armónico para leer las páginas del libro de la creacion tendido en rededor tuyo. Pero abarcando todas sus páginas Antropos, entiéndeme bien, *todas*. Porque en ese libro no hay nada irrelacionado, y su esencia es la solidaridad. ¿No has observado esas circulaciones eternas de la materia que constituyen la vida del universo? El agua del océano se evapora, sube, borda la nube que impelida por los vientos deposita sobre las vertientes de los montes la lluvia ó la nieve para formar el arroyo, el río, y volver al seno de los mares y tornar á evaporarse y á subir y á circular. Los mares disuelven las montañas, y nace el animal imperceptible, y toma del mar los átomos de los montes, y labra con ellos su anacarado palacio y con millones de millones de palacios reconstruyen la montaña. Tú robas al aire uno de sus componentes y vuelves al aire otro que te mataria si las plantas y las flores respirando amor, no robarán el veneno al aire, le purificasen, creciesen con aquella ponzoña, y despues de una existencia de un dia, alimentasen con sus despójos al animal y el animal te alimentase á tí, y ambos entregárais vuestros cuerpos al aire y á la tierra para formar y robustecer á las flores y á las plantas. En todas estas circulaciones constantes, todo se eslabona, todo es solidario, ni un solo átomo se rebela contra los demás y por eso existe esa divina armonía. Solo tú, ó mas bien Seuda y Dinamion, átomos tambien aunque de otra especie, os empeñais ciegos en desconocer vuestra mútua depen-

dencia, vuestra solidaridad, y por eso sois los únicos que padecéis verdadero dolor. ¿Quereis destruir el dolor? Reconoced que sois solidarios como todo. En una palabra amaos.

V.—¡Ay Pónos! ¡admirable Pónos! No hay sér que resista a tu elocuencia. Ya tenemos las costas á la vista, y supuesto que el único medio de llegar al reinado del amor es trabajar, mañana seguiremos trabajando hasta desencantar, como debo hacerlo en justa gratitud, á la hija de tu corazón, á la desgraciada Alécia. Quiero construir un pez que me lleve por el fondo de los mares; quiero conquistar la atmósfera y surcarla como un pájaro; quiero seguir educando á todos mis servidores y que ninguno cese en producir nuevos prodigios. Hasta el músico Tongo ha de trabajar en algo práctico y tangible. Prepara tu vara mágica porque voy comprendiendo mi mision, quiero acabar de tener fé y llegar hasta los límites de lo posible.

VI.—Que me place, dijo Pónos. Veo que está terminando otra etapa de tu progreso. En estos últimos años trabajaste tantos dias con la inteligencia como con el cuerpo, pero á contar de mañana tus servidores ejecutarán mucho mas trabajo material y tú pensarás diez dias por cada uno que trabajes, andarán solos por fin la lanzadera y el cincel para vergüenza del Seudá. Y no creas que se reduce á esto tan maravillosa transfiguracion. Tu trabajo sentimental no ha hecho sino germinar aisladamente hasta ahora. Hay que relacionarle ya, dándole el lugar que le señalaron las leyes naturales. Pues prepondera el trabajo del espíritu, tus esfuerzos sentimentales se desarrollarán á la clara luz de la verdad, y con ella se robustecerán como crecen con la luz del sol las plantas vivificantes ó las flores de perfecta hermosura. Desde hoy sentirás armónicamente con los tuyos en progresion ascendente. Tu sentimiento adquiere fuerza de correccion sobre los extravíos de tu inteligencia. Lo bueno principia á confundirse con lo útil. Regocijémonos porque asistimos al silencioso nacimiento del *trabajo armónico*. Las tres cuerdas de tu sér dan por fin sonos acordes. ¡Dichoso el dia en que las auras terrenales se estremezcan con las sublimes armónicas vibraciones de esa lira misteriosa!

Desde que el hombre comenzó á entender lo que Pónos le decía y pudo contar libremente con los servicios de Glós preparó

con actividad desconocida los medios de entenderse con su hijo y realizar la amorosa union de la familia.

VII. Para ello ideó cien arbitrios á cual mas ingeniosos, merced á los cuales multiplicáronse las entrevistas, los planes y los conciertos. Pero el mas célebre de todos, fué sin disputa el proyecto de establecer un gran mercado, un bazar inmenso con todos los productos del trabajo de nuestros amigos. La avaricia concupiscente de la bruja y de los trasgos cayó en el lazo sin dificultad, y el permiso se concedió por Dinamion y por la bruja con tan general aplauso, que Glós y Fós y Pirón fueron los héroes de la época.

Ántropos levantó un edificio ideal y en él depositaron padre é hijo las flores y los frutos de su afanosa existencia. Era, mirado desde lejos, una ampolla diáfana como el cristal recostada sobre una alfombra de verdura. Su tamaño inmenso, su forma graciosa, su ejecucion atrevida, su conjunto maravilloso y fantástico. La luz penetraba en todas direcciones dentro del recinto; bajo sus etéreas bóvedas se estaba como al aire libre, sin temor al frio ni á la lluvia, sin que el polvo empañase la belleza de los tesoros que encerraba.

Al entrar en aquel palacio de hadas, cortado al parecer en el corazon de un solo colosal diamante, la vista absorta, queriéndose fijar en mil prodigios á la vez, concluía por desvanecerse. ¡Oh y cómo brillaba allí el poder irresistible del fecundo Pónos!

Allí las gemas y el cristal, las rocas y los metales, las piedras y maderas de cien tintas, el nácar de las conchas, las fibras de las plantas, las pieles de los brutos, las gomas de los árboles, todo lo material, en fin, tomando formas infinitas, modificado de cien maneras, aplicado á necesidades y caprichos, modelado, pulido, combinado, se veia ya en muebles de lujo y ornamento, ya en indispensables utensilios é invenciones, ya en máquinas utilísimas no menos que extraordinarias. El diamante, el zafiro, el ametista, la esmeralda, la perla y el rubí; el ópalo, el topacio y el jacinto, engarzados ó incrustados en el oro y en la plata, ornaban preseas deslumbradoras, artísticas ó indispensables. Los tintes robados á las plantas, piedras ó animales, manchaban primorosamente la lana, el algodón y la seda, cuyas hebras ténues

y sutiles, se veían convertidas en tejidos de singular hermosura. El cobre se equivocaba con el oro, el hierro brillaba en todas partes casi á la par de la plata; y en manos del diestro mecánico ó artesano, ya se hallaba convertido en un instrumento quirúrgico de temple y forma esquisita, ya en remedo de animales, cuyos miembros prepotentes así cardaban, hilaban ó tejían, como aserraban, pulían ó forjaban; así cosían una túnica de vírgen, como jugaban con naves que apenas si podía sustentar el Océano. La esponja, el corcho, el ébano, el marfil, la arena convertida en vidrio, la arcilla cocida en porcelana, nada había sin su aplicación, nada que no llenase una necesidad, nada que no satisficiese un goce. Habíanse puesto á contribucion para aumentar el catálogo de los portentos, el mar, los campos, los abismos de la tierra, la luz del sol y hasta la sutileza del aire; habíase casi apurado la virtud de la varita mágica, sacando de todo lo tosco, feo é informe, dechados de perfeccion, hermosura y gentileza. Aquí una tierra se convertía en un metal aun más precioso que el oro; allí la arena en un ojo de cristal para penetrar en mundos invisibles; mas allá la ponzoña más activa en bálsamo de salud. Granos y frutas de perfecta madurez estaban al lado de un aceite como el ámbar, de vinos que eran néctares, de esencias y perfumés, de medicamentos y triacas. Y luego venían las aves, los peces, los brntos, los reptiles. Y detrás remedos de todo, representaciones de todo; cuadros que se confundían con lo vivo, estatuas con vida al parecer. Y todo esto entrañando misteriosamente destellos de la inteligencia, el calor del corazón, pedazos del alma del obrero. Para el que sabía analizar cada una de aquellas invenciones, todas las ideas buenas, útiles, sublimes, estaban allí representadas, incorporadas á la materia, envolviendo á la materia. Aquellos innumerables productos eran la prueba tangible del progreso material, pero ni Dinamión, ni Seuda, ni los duendes sospechaban los adelantos del espíritu que todo aquello suponía.

Los últimos y mas preciados prodigios de aquella incomparable exposición, se debían como era natural á los dos hermanos Glós y Fós. El primero había copiado en cobre las obras maestras y los bajo-relieves de Ántropos artista. El segundo con su afición á los colores y á la luz, analizó la del sol y reveló al hombre la existen-

cia de metales en aquel globo de fuego, enteramente desconocidos para él. Y como Pónos había inoculado á Ántropos una verdadera manía acerca de la unidad de la creacion, buscó dichos metales en la tierra y dió con ellos por fin.

En prueba de que esto no era una fábula, allí estaban entre los demas productos para confundir á los incrédulos.

Tal fué el efecto de aquel alarde de riqueza, de poder, de ciencia, que varios trasgos y duendes siguieron el ejemplo que les diera Fobo en la última caída del gigante, y se sometieron incondicionalmente á los autores de tanta maravilla, abandonando el servicio de Seuda y de Dinamion. Petonosa trocó en emulacion la envidia que inspiraba, y Egos aconsejó muy cuerdamente á sus víctimas de antaño.

La célebre consejera se alarmó con esto tan profundamente que ella tambien quiso tener sus asambleas y sus conciliábulos. En unas y otros desempeñó como de costumbre un papel principalísimo la fecunda y atrevida Anoya. Para que nuestros lectores vean que en todos tiempos fué la misma, ponemos á continuacion por vía de ejemplo y nada mas, un pequenísimó trozo de su elocuencia de entónces.

— «Señores, decia en cierta ocasion, arreglándose sobre los morros sus indispensables pero ya elegantísimas antiparras. La solución analítica del complejo problema psicológico que nuestra superior inteligencia está llamada á resolver en virtud de su autonomía ingénita, puede considerarse subjetiva ú objetivamente. Procediendo por reflexion podremos deducir los grados de receptividad que en sus estados animicos tiene en absoluto el yo para abarcar juicios sintéticos.

«En efecto, Señores, ¿qué es el yo? El yo es el todo y es la nada, es lo infinito y lo finito, lo insustancial y lo corpóreo, lo invisible y lo evidente, el tiempo y el espacio, el creador y la criatura. En su modalidad potente y transitoria, fatídica y congénita, fatal, libérrima, trascendental, el yo es el yo, y las indubitables funciones noológicas de esta sublime condicionalidad es la prueba inconcusa, fenomenal, científica de su exactitud estética.

«Es evidente por otro lado, Señores, que el yo pone el no yo como limitado ó determinado por el yo; que el yo se pone á sí

» mismo como limitado ó determinado por el *no yo*, luego se deduce lógicamente que el *yo* y el *no yo* puestos en el *yo* por el *yo*, se limitan recíprocamente.

« Probado así lo utópico y sensible de ese empirismo casuístico, cuyas funciones psicológico-autonómicas no es dable sintetizar al intelecto, entremos de lleno ya en la magna cuestión que nos ocupa, para sacar inmaculada de la razón pura y creadora, la causa de las causas, la síntesis de la síntesis, la ciencia en fin, única, piramidal, divina. »

El estilo de la criada más fiel y más decidida de los esquiladores era el que acabamos de esponer con ligerísimas variantes: *palabras, siempre palabras*. Su fondo el mismo de siempre: el *vacio*.

Y sin embargo, ¡había quien la escuchaba! ¡había quien la aplaudía!

Las cosas llegaron, no obstante, á una situación tan crítica, que no bastaron los paliativos ordinarios y Seuda determinó dar el gran golpe y acabar de una vez con lo que tanto la mortificaba. Congregó á puerta cerrada á sus principales próceres, negó el progreso, soñó con destruir las obras de Ántropos y Pónos, anatemizó las leyes providenciales de la isla, agotó el arsenal de sus antiguos sofismas y puerilidades, mas á pesar de sus *inmaculadas concepciones*, ni Pirón se detuvo en su trabajo, ni se entregaron á la ociosidad Báros, Ánemos ó Pir, ni Glós cesó de correr, ni su hermano de pintar y entusiasmar.

Por fin, diz que los esquiladores de la encantada isla de Gé proclamaron de autoridad propia su indiscutible infalibilidad, y que este paso temerario hizo inminente un rompimiento y un combate final, definitivo.

Pero es el caso que los anales verídicos, nimios, fehacientes de los cuales hemos extractado nuestro cuento (que es como la quinta esencia de los anales susodichos) terminan en esta página sin que todos nuestros esfuerzos por saber en qué paró tan linda historia nos hayan facilitado los datos para concluirla. En vano revolvimos crónicas y tradiciones. Lo que buscábamos no se encuentra en parte alguna. Es necesario que esperemos hasta ver lo que averiguan y deducen otros que vengan detrás.

Todo lo que nos es posible hacer en pro de la curiosidad de quien nos haya leído, es concluir nuestro modesto libro con un trabajo concienzudo de adivinación sobre la suerte de Ándros, de Ántropos y Gina, debido á uno de esos sábios incomparables de nuestra época á quienes basta su cerebro, un granito palpable ó impalpable y atisbar un solo rayo de luz para construir en, sin, por, sobre y con él, leyes, dioses, verdades y universos. Consagramos respetuosamente el siguiente y último capítulo, á este trabajo inmortal.

CAPÍTULO XXXVI.

Conclusion. Lucha final de todas las opiniones y sistemas cuyo resultado es la aparición de la verdad. El paraíso terrenal no está en los tiempos pasados sino en los tiempos venideros, porque siguiendo el hombre estudiando, dominando y respetando la obra divina, la riqueza creada le emancipará del trabajo muscular, su inteligencia comprenderá la locura y la maldad de entorpecer las leyes naturales que rigen á la materia, al espíritu, al sentimiento, y robustecida con la ilustración en fé, se someterá hasta por egoísmo á la ley universal de amor.

Segun las profundas investigaciones, las hipótesis alambicadas y los cálculos sublimes de nuestro sábio filósofo, cuando la intransigencia y el rencor ciego de Seuda hicieron perder toda esperanza de concordia, Pónos, pacífico hasta entónces, aconsejó á su protegido que se armara y presentase batalla á sus esquiladores.

No tardó Seuda en apercibirse de la actitud hostil de la familia, y desechando las repetidas proposiciones de paz con que el prudente obrero la brindara, no solo entusiasmó al gigante en su defensa sino que por un arte de hechicería, que el sábio á quien debemos este final de leyenda no ha conseguido averiguar, evocó el espíritu y resucitó los cuerpos de todos aquellos que en nuestro sublunar planeta profesaron sus doctrinas en el transcurso de los pasados siglos, y se los llevó vivos en carne y en hueso á la encantada isla de Gé. Allí los disciplinó, y como su número aparecía en verdad infinito, Pónos comprendió que los servidores de Ántro-

pos eran pocos, aunque buenos, y se decidió también á venir á nuestras tierras para evocar, resucitar y requerir el apoyo de los que entre nosotros profesaron con sinceridad la doctrina del trabajo. Fué aquello un verdadero día del juicio en que los mortales agitadores en un tiempo de pueblos y naciones, y que dormían el sueño de la muerte, surgieron del seno de la tierra con sus virtudes y miserias. Con estos resucitados formáronse dos ejércitos antagónicos, y después de cien escaramuzas que se omiten para no cansar, las huestes que se disputaban el dominio de la isla de Gé se encontraron frente á frente cubriendo los montes y los llanos con su muchedumbre.

Al lado de Seuda y de Dinamion estaban los que han abusado de la fuerza para arrebatar lo ajeno, para matar y destruir, interpolados con los maestros en el fraude y la mentira que prostituyeron su alma espíritu con el mismo miserable objeto. Allí volvieron á aparecer y rebullir los faraones y sacerdotes de Egipto, los déspotas y sátrapas de Oriente, los mónstruos que imperaron sobre Roma, los que mas tarde deshonraron en aquella célebre ciudad una mision tan santa como civilizadora, los jefes de todas las hordas bárbaras que apagaron el incendio de su devastacion en sangre. El inglés concupiscente Enrique VIII junto con el español fanático Felipe II, mandaban legiones de profetas materialistas como Mahoma, de filósofos como Epicuro y Hobbes, de escritores como Maquiavelo y Holbach, de hipócritas y santones, de místicos y filosofastros, de gente en fin que á trueque de vivir y de gozar así hubieran bebido sangre humana en honra de Moloch dentro los muros de Tiro, como hubieran quemado incienso al sol orillas del Eufrates, girado en danzas coribánticas, encendido el fuego sacro de los persas ó adorado los animales inmundos en las pródidas llanuras del intermitente Nilo.

Al lado de Antropos latian los nobles corazones de todos aquellos que obraron, pensaron ó sintieron noblemente por el trabajo y para el trabajo material, intelectual ó sentimental. Confucio y Sócrates, Timoleon y San Luis, Aristides y Papiniano, Marco Aurélio y Washington, dirigian las falanges de los obreros del bien, desde el inventor desconocido de la palanca ó del molino hasta el alquimista de la pólvora, el padre de la imprenta, el can-

tor de la belleza ó el mártir de la verdad. Píndaro y Orfeo, Hipócrates y Newton, Cervantés y Sheaspeare, Fidias y Apelés; Keplero y Ciceron, Miguel Angel y Copérnico, Cadmo y Lavoisiere, Colon y Wat, Galileo y Eratóstenes, se veían confundidos con Inocencio III y San Vicente de Paul.

Alli estaban Pir, y Báros y Pirón, y Fós que tomaba nota y trasladaba al papel los movimientos del campo de batalla y Glós, cual jefe de estado mayor, comunicando las órdenes por medio de una falange innumerable de libros alados y parlanchines. Tongo entusiasmaba con los sentidos acordes de su flauta y de su lira, y la mujer á retaguardia elevaba ferviente una plegaria para arrancar á los cielos el triunfo de sus amigos.

A la salida del sol, Dinamion arengó á sus partidarios con palabras que le inspiró su consejera cuya síntesis venia á ser su frase última, pues la concluyó diciendo:

—Compañeros, *«huelga ó muerte.»*
 Ántropos hizo lo mismo por inspiracion de Pónos, y sus palabras finales, fueron, *«trabajo y libertad.»*

Tremendo fué el encuentro. Las dos huestes parecian dos serpientes que se enroscan y se agitan, dos torrentes que se embaten, dos nubes que se confunden. Por una y otra parte igual ardor, igual encarnizamiento. El fragor era horrisono; los gritos, los ayes, los gemidos se oían por encima del fragor. Dinamion sin vista sobrepujaba sus ínclitas hazañas anteriores; Ántropos sobre Pirón, por otra parte, doquiera que se encaminaba abria brecha.

Yo no sé decir el tiempo que durara aquel primer ataque. Tal fué que á pesar del teson y de los bríos, unos y otros llegaron á estar faltos de aliento y todos á una vez y como por comun inteligencia se retiraron hácia atrás y se apoyaron jadeantes sobre los aceros y las picas.

Entónces una luz diez veces mas brillante que la luz del sol, una luz *sin sombras* inundó la cruenta y encarnizada lid. Los fatigados combatiétes volvieron los ojos en su busca y vieron venir rodando por los aires una nube de oro y de zafir tirada por dos soberbias águilas, y sobre ella de pié, sencilla, majestuosa, la hija de Pónos con la alba túnica flotante, con una antorcha fúlgida en la izquierda y la diestra levantada en son de mando

como para imponer silencio y reclamar obediencia. Su abundosa cabellera iba oprimida por el férreo anillo cuya negrura destacándose de entre los manojos de luz que brotaba de su ancha y levantada frente, acrecía su majestad con el adorno sencillo de una severa corona.

Llegó así Alécia á colocarse en medio de los dos ejércitos, y mientras el de la bruja cayó aterrado de espaldas, Ántropos y los suyos doblaron maquinal y respetuosamente la rodilla.

—No mas, exclamó la antigua esclava. Mi encantamiento concluyó. Ántropos ha cumplido el número necesario de portentos. Principia ya mi reinado. En mis dias no ha de haber lides ni horrores. Así, duendes implacables, no creais que con mi luz vengo á dejaros sin vista. Os deslumbrarán mis resplandores hasta que á ellos os acostumbreis. Haré justicia á todo el mundo. Donde haya arrepentimiento inútil será el castigo. Desde hoy no hay siervos y Señores: solo hay prójimos y hermanos, trabajadores y holgazanes, justos é injustos, malavenidos ó buenos. Levantaos y escuchad.

Alécia hizo al llegar á este punto una brevísima pausa para dar á cada cual lo suyo y dictar las reglas y las leyes por las cuales se habia de gobernar la isla.

En aquel pequeño intervalo se oyó á Gina que murmuraba entre lágrimas de placer al levantar entrambas manos y entrambos ojos hácia el azul de los cielos;

— ¿Será verdad, justos dioses?... ¿Habrá por fin justicia para mí?

Al pronunciar estas palabras apareció la muda sonriendo desde su nube de color de rosa toda bordada de plata, toda recamada de oro, y se escuchó en el espacio un acento que decia dulcemente:

— ¡Mañana!... quizás!... mañana!

Prosiguió en seguida Alécia hablando y obrando como reina de la isla. A una señal imperativa que hizo con la antorcha que llevaba, desaparecieron los resucitados y volvieron á sus tumbas. Entónces señaló á cada uno de los personajes de este cuento que agitaron la isla con sus luchas, el puesto que les correspondia por la voluntad del gran encantador Teo. A todos ellos trazó el

circulo dentro de cuyos limites podian ejercer su mision providencial sin peligro para el hombre. Dinamion quedó encargado de la defensa de todas las conquistas legítimas del trabajo y de la seguridad del trabajador, pero á las órdenes de éste; los duendes de vigilar y advertir cualesquiera peligros ó estravíos. Solo á Seuda se la impuso un castigo singular: despojósele de su manto de las cien caretas y apareció tan fea y tan horrible que desde entónces todos la arrojaron de su lado y ella vivió huyendo por las comarcas pobres de la isla. Con esto Anoya (que no podia vivir sin tener amo) siguió cual perro á la familia de Ántropos como servil y miserable que era.

Alécia concluyó disponiendo que el recuerdo de aquella célebre victoria se perpetuase eternamente en un monumento sin igual.

Para que así fuese tornó á agitar su antorcha esplendorosa, y en medio del campo de batalla surgió una lira impalpable de mil cuerdas, en forma de corazon, cuya grandeza se perdió en los cielos del mismo modo que surge el arco iris en las nubes despues de la tempestad. Cuando las auras retozaban entre aquellas cuerdas de armónicos colores, los nombres de todos los discípulos de Pónos que combatieron con Ántropos resonaban mansamente por toda la redondez de la isla.

El hombre, que no tenia poder para improvisar tamañas maravillas, pidió buenamente á su génio tutelar le permitiese celebrar su triunfo con un opíparo festin. Señalóse el dia siguiente para celebrarle, y cuando todos los convidados se encontraron reunidos, Ántropos les dijo con la jovial sencillez de un verdadero anfitrión:

—Ea amigos míos. Vamos á saborear el fruto de nuestros trabajos. La mesa de la abundancia nos espera. ¿No te parece á tí, Anoya, que es justo que comamos ya?

—Proposición subjetiva, contestó la célebre bufona incorregible en aquello de aparecer científica á puro ensartar vocablos. La idiosincracia de mis potencias anímicas no es antagónico-repulsiva á las concepciones esotéricas.

Una carcajada alegre, contestó á los dislates de la antigua profesora.

—No así convulsos agiteis los músculos del tronco y hagais

repercutir gozosos la laringe. Hagamos una hipótesis, ó mas bien hipotesicemos...., pero no; mi aparato gastro-digestivo se halla exhausto de pábulo vital, y el cúmulo alimenticio de sustancias nutritivas que acabo de examinar, provoca mis funciones de asimilacion.

— ¡Bravo! gritaron alegremente los interpelados. Bien por ese modo archi-científico de decir que tienes hambre y que la mesa puesta nos aguarda.

— A la mesa, pues, exclamó el hombre. A la sala del festín. Allí encontraron á Pónos con su hija, y ambos, lo mismo que el jóven Ándros, salieron á recibir y abrazar á Ántropos y Gina.

Era la estancia un cenador espacioso abierto sobre los jardines, con luz de todas direcciones. Cuatro fuentes de mármoles y jaspes azotaban el aire del estío con vistosos é irisados juegos, de los cuales caía el agua desde alto cual menudo polvo para esparcir la frescura en el ambiente. Ojivas y rosetones, filigranas y arabescos adornaban los calados muros, al través de cuyos huecos y de enramadas odoríferas perdíase la vista en el mar terso y azul, recreábase en el ameno valle y la pradera, cansábase siguiendo los cambios de la bruma sobre la montaña, ó seguía embebecida el argentado curso de los ríos que fecundaban las llanuras.

Por una disposición muy ingeniosa, los cuatro lados de la sala tenían por alto grandes rasgados lunetos, y por sus anchas aberturas penetraban las ramas del naranjo y cinamomo, del limonero y el jazmin, en cuyo torno se enroscaban las enredaderas para colgar sus tallos y sus flores. Centenares de avecillas revoloteaban desde las hojas á las fuentes, desde las fuentes á las ramas, entre las cuales mil pintadas mariposas libaban el néctar de los tiernos cálices.

Sobre esta enramada deleitosa tendíase el ancho techo, lienzo bellissimo dentro de primoroso artesonado, y que representaba con admirables tonos y figuras el viaje de Ántropos por los planetas en compañía de Fanta. El efecto que hacia por entre la horrasca aquella pintura sin igual era á la verdad maravilloso.

Tal era el salon levantado sobre un redondo altozano circuido de rosas y azucenas, de mirtos y de laureles, cuya hermosura

descollaba por encima de verdes bosquecillos, en donde asomaban graciosamente á los bordes de estanques y de arroyos grupos bellísimos de estatuas que por lo inmóviles parecían escuchar el manso ruido del agua entre la yerba.

En medio del encantado cenador ofrecíase una mesa mas encantada todavía. Ovalada de forma y nada breve, veíanse sobre ella un cúmulo de manjares, adornos, joyas, y prodigios como nunca se vieron antes ni despues. Bárros, y sobre todo el cocinero Pir, habian agotado los recursos de su rara habilidad. Un grupo de ninfas en el centro, dominando la ancha mesa, vertian de narcaradas conchas innumerables hilos de agua perfumada dentro de un tazon enorme de cristal de roca, al través del cual veíanse nadar entre las ovas pececillos de oro y de carmin. En torno y con cierta gradacion, altos y vistosos canastillos brindaban la uva transparente, la acridulce piña, el plátano sabroso, la húmeda pera, el abridor y el durazno, la ciruela y la pavia. Entré los tintos racimos escondia su sonrojo la manzana, y las guindas y cerezas caian enmarañadas al desgaire como sartas de rubíes, sobre el orondo melon, las naranjas y los limoncillos. Y todo esto entre musgo y violetas, y todo esto artísticamente presentado con singular gracia en la disposicion, con un desórden aparente y natural, con notable armonía en el conjunto.

A uno y otro estremo de la abrumada tarima, levantábanse despues dos nunca vistos trofeos. El uno parecia contener todas las carnes de la tierra, el otro, todos los sérés del agua. Allí el buey y la ternera, el gamo y el lechón, la gallina y el faisán, la perdiz y la becada, el zorzal y la zarceta. Aquí el esturion y el rodaballo, las anguilas y el atun, la trucha y el salmonete, la lamprea y el salmon, el lenguado y el besugo. Allí una montaña verdadera en cuyas vertientes se veia multitud de cuadrúpedos menores y aves de toda estacion durmiendo ó descansando sobre un fondo de legumbres, y en cuya cima un ostentoso pavo real lucia las galas y tornasoles de su brillante plumaje. Aquí una série de cascadas cuyos rebalses contenian peces nadando en las salsas mas gustosas para terminar al pié en una roca fingida de ostras, conchas y mariscos sobre los cuales los cangrejos y langostas aparentaban arrastrar su vestidura de Tiro, en cuya cir-

cunstancia así como en su ingénita tendencia á marchar siempre hácia atrás, se parecen á los Césares.

¿Qué decir de la hortaliza que entre la fuente central y los trofeos llenaba los espacios de la mesa? ¿Qué de aquel campo de legumbres en donde abundaban el guisante azucarado y las no menos dulces remolachà y zanahoria, la cándida coliflor, la encendida berenjena, el repollo corpulento y el espárrago erguido cual enjuto? ¿Qué de los quesos, y dulces, y golosinas, y pastas, y conservas? ¿Qué de los vinos aromosos que en cristales invisibles teñian los rayos de la luz en amarillo, en ámbar, en amaran-to, en rojo y trascendian delicias, incitativos, frescos, espumantes?

Despues de los abrazos de costumbre la familia contempló la mesa y se quedó como absorta ante aquella abundancia y su primor. ¿Por dónde se habia de encentar un dechado como aquel?

Pónos comprendió la perplegidad de sus protegidos, y dirigiéndoles la voz les dijo afable como siempre.

—Acercaos, hijos míos; llegad á la mesa de la abundancia. No teneis sino alargar la mano y desear. En ella encontrareis la satisfaccion de todos vuestros legítimos apetitos. Obra es de vuestro trabajar; con él os apropiásteis la variedad que contiene. Gozad de ella sin recelo, porque hasta el lujo puede tolerarse en semejantes ocasiones cuando es producto del trabajo.

En aquel momento, Tongo, que sin duda esperaba la señal con la flauta en una mano y la lira sobre la cadera, hinchó la estancia de melodiosas armonías y de cadencias suaves y melí-fluas, con tal primor y tal arte, que imitaba pasmosamente el conjunto confuso de variedad de instrumentos y aun coros de mancebos y doncellas.

Así animados nuestros amigos, sucedió con su primer respeto lo que con todas las cosas: se desvaneció, y muy pronto hicieron alarde para gustar del banquete del mismo voluble afan de su temperamento impresionable.

Una circunstancia maravillosa como todas las de la isla, contribuyó á darles insaciable confianza: no solamente encontraba cada huésped en aquel mágico festin sus gustos y sus deseos con solo alargar la mano, sino que apenas se hacia alguna brecha en un manjar, un ramillete ó una canastilla, cuando llenábase por

ensalmo el hueco con una nueva vianda, otra fruta ú otra flor.

Llenáronse muy luego las anchas transparentes copas, alzólas chispeantes la alegría, y apenas se empezaron á escuchar chistes, y sales, y conceptos, cuando apareció Fanta de pié en un extremo de la mesa.

—¡Fanta! gritaron los hombres y la mujer. ¿Cómo tan tarde? ¿Qué es de tí? No puedes presentarte mas á tiempo.

—Amigos, contestó el hada soñadora. No creais que en estos dias os perdí de vista ni un instante, pero — ya vereis — estábais tales y de tal modo que no hubo manera de abrazaros. Ahora me trae aquí la algazara del banquete, que por cierto se oye muy bravamente desde lejos. — ¡Y qué ruido! — ¡Qué fascinación tan grata tienen para mí los ecos lejanos y confusos de las risas!...

—Toma una copa y preside, exclamó el mozo sin acordarse que estaba Alcécia delante.

Los demas le miraron y la miraron, pero la hija de Pónos, comprendiendo la mirada se puso en pié y dijo á la soñadora:

—Nada mas natural, nada mas justo. Ocupa la cabecera, Fanta, que á tí te corresponde de derecho el presidir, cuando se trata de alegres desahogos.

—Yo era de parecer, amigos míos, de que se hiciese una cosa antes de dirigiros mi voz, exclamó el hada con su vocecita suave, ocupando la cabecera sin hacerse de rogar, y dirigiendo una mirada de malicia á Anoya, la cual sin respirar siquiera engullia á dos carrillos en el último puesto del festin.

—¿Cual? exclamaron todos á la vez.

—Que como prólogo ó introito, contestó Fanta suavemente, nos echase nuestra amiga Anoya una gentil perorata.

Anoya levantó los ojos de su plato con tal espresion de asombro, de disgusto, de mal humor, y hasta de ira, que todos los concurrentes dieron suelta largo rato al mas alegre reir.

Cuando cedieron un poco los chistes y los epigramas, Ántropos arrebató una copa y exclamó:

—¡Elpisa! A tí y á tus consuelos.

—Mañana, contestó la muda.

—Mañana, murmuró el hombre, bajando la copa pensativo. Es verdad... ¡Mañana!

Luego clavando los ojos en Alcía con expresión inquieta de recelo, volvió á decir ensimismado:

—¿Y mañana?... ¿Y después?...
—Descorre el ceño por hoy, le contestó la hija de Pónos leyendo su pensamiento en sus ojos. Goza y rie á tus anchuras. Quiero complacerte una vez mas para que tengas confianza y fé. Mañana en este palacio, vislumbrarás el destino de toda tu descendencia.

Ántropos se tranquilizó. Tornó á reinar en el festin la alegría, y hasta las altas horas de la noche no buscaron los mortales el apacible sueño y el reposo en el amigo y delicioso lecho. A la mañana siguiente, un sol esplendoroso y radiante encontró en la cama todavía á nuestros perezosos del festin. Levantáronse sin embargo ligeros de cuerpo y alma, y Ántropos, y Ándros y Gina se apresuraron á recordar á la hija de Pónos su promesa del día anterior.

Condújoles complaciente hácia una estancia cuyos muros eran de magníficos espejos, les invitó á ocupar cómodos sillones, á uno y otro lado suyo, y cogiendo la vara de oro de su padre tocó la mas espaciosa de las lunas y en el momento apareció en su fondo un panorama deleitable, de singular animacion, de nunca imaginado embeleso: el panorama del trabajo armónico.

La tierra cubierta de hombres y mujeres se habia convertido en un paraíso terrenal en que los mortales pensaban tanto como sentian, y sentian tanto como pensaban porque una multitud de servidores ejecutaban obedientes el trabajo material, hasta el punto de que el mismo Tongo se habia convertido en amanuense y escribia la palabra apenas salia de los lábios. Unos sureaban los aires sobre pájaros gigantes, otros esquilaban los mares dentro de peces que les permitian recorrer su fondo. Todos creian confiados, y un espíritu de amor animaba á la severa justicia para remunerar á cada cual segun sus obras.

Todo era paz, todo amistad, todo concordia.
—Ya lo estás viendo, dijo Alcía. Ahí tienes la última etapa de tu peregrinacion en la tierra. Mira en este otro espejo qué toco con la vara mágica para evocar los orígenes de tu familia, y calcula el camino andado desde la infelicidad de esos salvajes hasta la

dicha de ese paraíso terrenal con que te brinda el porvenir. Aquí está lo pasado: ahí contemplas lo futuro. Aquí apenas si pensabas un instante para trabajar con tus músculos *cien días*: ahí tus sucesores piensan y sienten *cien días* para un instante que trabajen. Calcula la gratitud y el amor que debes á mi buen padre por tan magnífica transfiguración.

Ántropos permaneció meditabundo y silencioso largo rato sintiendo que su corazón latía con doble violencia, pero poco á poco frunció el ceño, su semblante se anubarró y sin parar mientes en el paraíso terrenal que reflejaba el espejo, preguntó á la gentil Alécia con verdadera ansiedad:

—¿Y después?

—Crece en el valle la pintada florecilla, continuó Alécia con voz de mayor dulzura, y para refrescarla y animarla cae en su cáliz desde el cielo la clara gota del rocío. Así vive galana, y adorna fragante el valle, hasta que el sol abrasador la agosta, y su tallo con sus galas palidecen. Entónces las hojas, el cáliz, las raíces vuelven á los inmensos senos de la tierra. La gota de rocío, los colores, se evaporan, suben por el aire, se pierden en el infinito de los cielos. Los niños dicen que la flor se trasforma en mariposa; los ancianos tiemblan y meditan. ¿Quién descifrá jamás el enigma pavoroso? Así fué y así será. La flor volverá á esmaltar y embalsamar el valle una primavera y otra, y sin embargo, nadie sorprenderá la paleta en donde toma sus matices, el laboratorio misterioso de su fragancia balsámica. Sueña todo lo que quieras, porque los sueños son la luz y la sombra de la vida, pero no emponzoñes los raudales de tu fé con la soberbia satánica de una insolente curiosidad.

Ántropos y Gina suspiraron. *Sus almas sentían anhelo de algo infinito*. Muy luego, empero, despejéronse las nubes de sus frentes al soplo de la felicidad. Olvidáronse después de sus dudas y temores para no acordarse alegres, sino del paraíso de promisión vislumbreado en el espejo, vivieron mucho y cuerdate, y cubrieron con su descendencia á Gé, la isla maravillosa y encantada.

EPÍLOGO.

¡Oh pacientísimos lectores! ¿Habeis entendido el cuento? Pues permitid que añada aquí cuatro palabras que sean como su corolario.

Habeis visto que dejando á un lado las mil hipótesis que pudiéramos formar acerca de su creacion, el hombre aparece en este libro como el último eslabon de la cadena de los seres, con una organizacion la mas complicada pero la mas perfecta de esa innumerable série morfológica que arranca en el átomo material movido por lo que hoy llamamos fuerzas quimicas, y en la cual de forma en forma se encarna misteriosamente lo que por fin llega á ser sentimiento, inteligencia, espíritu. Le habeis contemplado débil, inerme, rodeado de peligros, el último de los animales si se le considera como tal. Comparadle con el hombre de hoy, con el ciudadano de las naciones mas civilizadas y de seguro que el progreso os ha de parecer maravilloso.

¿Qué impulso inicial, qué fuerza viva creciente le dió aliento para recorrer camino tan largo y trabajoso?—una sola: la fuerza de sus necesidades.

¿Por qué medios ha logrado satisfacer estas en sus múltiples manifestaciones?—con uno solo: con el trabajo.

¿Y qué es el trabajo?—el trabajo se confunde con el movimiento. Donde hay movimiento hay vida. Por eso es admirable la concisa definición de Santo Tomás de Aquino: «*la vida es un movimiento fecundo.*» En ninguna parte existe la inmovilidad; todo bulle desde el átomo á la estrella; en cualquier punto del tiempo ó del espacio se trabaja, y de aquí que el trabajo es la primera ley fatal del universo.

Tal es la concepcion filosófica del asunto apenas enunciado en este libro. Si le profundizamos un poco aparecen inmensos horizontes, retrocediendo sin cesar grandiosamente hácia los tiempos que fueron, hácia los tiempos que serán.

Esta leyenda, cuya forma alegórica nos fué impuesta por la vasta grandeza y la sublime poesia del asunto, trata sin embargo de un átomo pequeño del trabajo universal, del microscópico trabajo humano.

Empero si este trabajo es en verdad homeopático comparándole con el trabajo infinito de la creacion, no puede negarse que es por otra parte el que mas nos interesa. Laudable será por lo tanto haber presentado un análisis y una síntesis de él al sentido común, ó sea á las inteligencias virgenes.

No hay cuestion mas importante para la única felicidad que es dado conseguir en esta tierra, y por eso nos hemos afanado en hacer comprender que el trabajo humano se transforma á medida que luchamos con la naturaleza y la vencemos para arrancarla la revelacion de sus admirables leyes: Por eso con la historia universal en una mano y el saber científico de nuestros tiempos en la otra, hemos demostrado:

1.º Que el hombre, débil, inerme, impotente pero con necesidades materiales, intelectuales y morales ha tenido á la fuerza que progresar indefinidamente;

2.º Que una causa previsora y rebosando bondad preparó de antemano tres categorías de medios en admirable gradacion y á la altura de su impericia é ignorancia en los diferentes tiempos de la vida para que él se redimiéra, á saber: las máquinas animadas que llamamos animales, las máquinas inanimadas producto de sus esfuerzos, y las fuerzas naturales que aplicadas á estas últimas ejecuten el trabajo rudo— fuerzas que la ciencia moderna se atreve ya á definir cual modos de movimiento;

3.º Que gracias á esta prevision y á esta bondad, nuestro trabajo muscular se transforma en trabajo anímico, en movimientos de la inteligencia y del sentimiento, que son como los dos polos de nuestra alma;

4.º Que el progreso humano se reduce á la série de formas sucesivas de esta gradual transfiguracion;

5.º Y finalmente, que en las sociedades libres (manifestaciones supremas del elemento moral de nues-

tro sér) esta transfiguración se va realizando por el trabajo armónico para resolver los aparentes enigmas de la filosofía práctica y demostrar de una vez que lejos de haber antagonismo entre los intereses materiales y morales, una ley de solidaridad providencial enlaza las cosas y los espíritus preparándolos así al bienestar en la tierra y á mas dulces y mas elevadas esperanzas.

No quiero decir una palabra mas. El asunto es tan vastísimo que ocupará con el tiempo la preferente atención de la humanidad entera tan luego como se convenza de que toda ciencia se reduce al conocimiento de las leyes de Dios por el trabajo, y todo culto al cumplimiento de estas leyes resumidas en una sola y gran ley cuya espresion es el ideal tras el cual corremos.

Entre tanto no he podido resistir la tentación de dar á luz las páginas que anteceden para retemplar la fé de esas moléculas humanas que obedecen con buena voluntad á las sábias y providenciales leyes de este mundo. En su seno nacieron siempre las ideas salvadoras, de su seno brotó en todos los tiempos la pura luz de la verdad, en ellas encontrará tarde ó temprano simpatía la doctrina que revela al hombre su verdadera y única importancia y que preparará el terreno para fundar sobre bases sólidas el edificio social haciendo que consuenen bien las leyes transitorias, variables y sofisticas del hombre, con las eternas, inmutables y magnificas del creador.

Para los sencillos de ánimo escribí y por eso quiero concluir diciéndoles :

¡Discípulos del trabajo! Hay en el fondo de los mares un marisco humilde, tan humilde que ni á nombrarle me atrevo. Aprisionado entre dos conchas feisimas, sin libertad para moverse, se vé por el destino condenado á ser como una parte y nada mas del peñon que le sustenta. Cuando abre al agua y á la luz las puertas de su mazmorra, las corrientes adversas que le embaten suelen introducir hasta su lecho un grano duro de arena que le hiere, le punza y mortifica. Entónces el desdichado, sin medios para evitar aquel martirio, cubre el fragmento con lágrimas, trabaja y llora sin descanso, y así rodea el torcedor con puro y brillante aljófar.

Aquel dolor ignorado, silencioso, envuelto en llanto de nácar, es con el tiempo la perla, asombro de los salones, adorno de la gracia y la hermosura, envidia y pasmo de próceres y principes.

¿Quién asignará el valor de la joya que labrais vosotros, entrañando vuestros dolores y angustias en la sangre de las venas, en el sudor de las frentes y en el llanto de los ojos que es la sangre de vuestra alma?

Esperemos, confiemos, trabajemos. Ayer era el hombre un salvaje desnudo, feroz, supersticioso; hoy es un sér razonable, benévolo, ilustrado. Ayer le acobardaba el frio, le agobiaba el calor; hoy viste la lana del Tibet, las pieles de la Laponia; se alberga en palacios donde reúne el cedro del Libano, el mármol de

Garrara, el hierro inglés, la seda de la India, el oro de la Australia. Ayer vivía en perpétuo temor víctima del reptil, atormentado por la fiebre del pantano; hoy ha barrido los monstruos doquiera que domina, ha destruido la vibora y la serpiente, ha regado y saneado la tierra, ha purificado la atmósfera. Ayer solo contaba para el siguiente día con el agua del arroyo, alguna que otra raíz, ó la presa problemática de su pericia cazadora; recursos todos bien escasos del estéril terreno que pisaba; hoy cubre su mesa la miel de Grecia, los frutos azucarados de un nuevo mundo, los vinos de la Iberia, las carnes del Norte, los peces de los mares, las especias del Asia. Ayer se veía aislado casi sin familia, ni sabía donde dirigirse, ni acertaba á salir de la selva ó páramo que le vió nacer, solo podía atravesar en un día lo que vuela la golondrina en un minuto, estaba como encadenado á la tierra, era poco mas que el pólipo; hoy tiene sendas trazadas por todas partes, recorre mares y continentes dejando atrás al águila en su vuelo, y no hay rincón de mar ó tierra que no pueda visitar muchas veces durante su cortísima existencia. Ayer no tenía mas ideas, mas sentimientos que los feroces instintos de su hambre; hoy conoce las leyes del mundo físico, maneja como quiere la materia, pretende averiguar cuanto tiene relacion con el mundo moral, á todo aspira, comunica instantáneamente su pensar y su sentir á los antípodas, y tal es la expansion de su alma espíritu que casi le parece el rayo, tardo mensajero de su pensamiento. Ayer nadie venía en su ayuda, con

nadie podía compartir su pena y su alegría; hoy todas las razas, todas las generaciones comienzan á ser solidarias, y hasta nuestros nietos que todavía no han nacido, nos prestan (gracias al crédito, gracias á esta nueva manifestacion del trabajo) su óbolo con verdadera caridad para las grandes obras con que preparamos su total emancipacion. Ayer insultaba estúpido á la *causa de las causas* adorando los ídolos de barro, los animales inmundos y hacia un Dios de cada cosa; hoy se estasia ante la sublimidad de la creacion, comprende la variedad en la unidad y aunque renuncia al prurito necio de ver, oír y palpar sin veneracion y sin respeto á su creador, no puede dudar, aunque quisiera, de su existencia, de su bondad, de su poder, y levanta su espíritu hácia lo infinito y absoluto con esperanza, con fé, con caridad, pero sin locas é inveteradas aspiraciones.

Bajo la direccion de Pónos, las privaciones y las economías de las generaciones anteriores, ese inmenso capital de lágrimas, de sudor, de sangre, ha convertido al mundo estéril y rebelde en una morada deleitosa, en la cual por medio de la division del trabajo todos acuden con buena voluntad á la satisfaccion de las necesidades de sus semejantes. No hay mas que crear algo útil, algo bueno; no hay mas que trabajar en beneficio de la humanidad trabajando noblemente para si (armonía que desconocen los pobres de entendimiento) y todo hombre recibirá el pedazo de metal redondo que encierra como por encanto todas las satisfacciones, lo

mismo que encerraba los males de este mundo la antigua caja de Pandora.

Concluamos ya. En medio de bienestar tan halagüeño, vislúmbrase la época en que todo hombre será nuestro hermano, ninguno nuestro señor irresponsable.

¡Tal es la obra de Pónos! *Bendito sea el trabajo.*

meta contemplacion del finamiento. Conocimiento de los
 climas. Alcores de la aristocracia.—Conquista de la pri-
 mera esclavitud. Elcano.

CAPÍTULO IV.—Desde que la humanidad llegó á entender to-
 das las ventajas de la propiedad; desde que se
 convenció de que el único camino para adquirir la pro-
 piedad, se dividió en dos clases: unas, sencillas,
 de corazón, que se refieren á trabajar para gozar; otras,
 astutas ó perversas, que determinan gozar, pero haciendo
 trabajar á sus semejantes. División de la tierra, desde la
 invención, y todas las pasiones personificadas en el presente
 capítulo, representan á estos, mientras Antropos y su fa-
 milia representan á los primeros. Comienza

INDICE.

PÁGINAS.

PRÓLOGO.

CAPÍTULO I.—I. Aparicion del hombre prehistórico sobre la tierra personificado en *Antropos* y *Gina*.—II. Su primer estado.—III. Su primera necesidad, *el sustento*.—IV. Primera manifestacion del trabajo simbolizado en *Pónos*.—V. Vagas insinuaciones de lo que es nuestro planeta (*Ge*) para la humanidad.—VI. Las necesidades son la fuerza impulsiva de la actividad humana; y solo se pueden satisfacer por medio del trabajo (*Pónos*).—VII. Libertad amplia del hombre en la cuestion de trabajo.—VIII. Desde el primer instante aspira el hombre al bienestar, y este solo se consigue con el trabajo.—IX. Segunda necesidad de nuestra especie, *el albergue*.

CAPÍTULO II.—I. Inferioridad física del hombre respecto á los demas animales.—II. Alusion á las pasiones. Tercera necesidad, *la defensa*. Primer arma, producto de poco trabajo.—III. El miedo (*Fobo*) y su mision providencial.—IV. Estado salvaje, vagaroso. Época del pedernal ó sílex.—V. Cuarta necesidad, *el vestido*.—VI. Principio de las fábulas de los salvajes, como señal del nacimiento de la fantasía.

CAPÍTULO III.—I. Quinta necesidad, *la propiedad*.—II. Expansion de nuestras necesidades.—III. Sobresaltos de la propiedad. Un adelanto, impone otros. El perro.—IV. Con la primera paz del alma aparece la esperanza (*Elpisa*).—V. La riqueza relativa del período pastoril, dan lugar á la familia, y esta fortifica la esperanza.—VI. Nuevos adelantos. La tienda. Instrumentos de cobre. La canoa. Pri-

mera contemplacion del firmamento. Conocimiento de los climas. Albores de la siderolatría.—Conquista de la primera acémila. El asno. 19

CAPÍTULO IV.—Desde que la humanidad llegó á entender todas las ventajas de la propiedad ó la riqueza; desde que se convenció de que el único medio para adquirirla era el trabajo, se dividió en dos clases antagónicas: unos, sencillos de corazon, que se resignaron á trabajar para gozar; otros, astutos ó perversos, que determinaron gozar, pero haciendo trabajar á sus semejantes. Dinamion (*la fuerza*), Seuda (*la mentira*), y todas las pasiones personificadas en el presente capítulo, representan á éstos, mientras Ántropos y su familia seguirán personificando á los primeros. Comienza aquí la lucha que constituye el fondo y la clave de la historia humana. Condiçion de la verdad (*Alécia*) cuyos verdugos, la ignorancia (*Anoya*) y la crueldad (*Apénia*), la ocultan al universo. 31

CAPÍTULO V.—I. Vislumbra el hombre en el estado pastoril los principios de la astronomía y de la historia natural.—II. El objeto providencial de nuestras necesidades es hacer cernos progresar.—III. Primera indicacion de las necesidades ficticias ó deseos caprichosos.—IV. Primera manifestacion de la música (*Tongo*) en la flauta pastoril.—V. La música.—VI. El canto acompañado de palabras.—VII. La vanidad ó soberbia (*Alazona*) induce á la mujer y al hombre á renegar del trabajo, hasta que un dolor ó un castigo les advierte y les corrige. 37

CAPÍTULO VI.—I. Divididos los perezosos de la tierra en dos grandes categorías, los fuertes y los astutos, *Seuda* (personificacion de éstos) prepara sus primeros dogmas para dirigir y dominar á aquellos.—II. Primeros conatos de falsa religion.—III. Alusion, como ejemplo y nada mas, á los antiquísimos oráculos, por ser la prueba de mejores fortunas.—IV. La fuerza y la mentira hacen alianza tácita para obligar á trabajar al humilde y gozar ellas.—V. Domesticacion del caballo.—VI. Apropiacion del fuego y carácter maravilloso del agente natural, *el calor*, (*Pir*). 49

CAPÍTULO VII.—I. Transformacion de los medios de vivir producida por la conquista del fuego (*Pir*).—II. Descubrimiento de otros metales y principios de la industria. Alfarería.—III. El hombre fija su morada y se hace agricultor.

- IV. Origen de la aldea.—V. El trigo. Progreso de la agricultura.—VI. Invencion del arado.—VII. Las máquinas y su objeto providencial idéntico con el de los animales y agentes de la naturaleza.—VIII. Descubrimiento del hierro.
- CAPÍTULO VIII.—I. Nueva demostracion (con motivo de la revolucion producida por el hierro) de la manera cómo el hombre se redime del trabajo corporal en provecho del desarrollo de su inteligencia.—II. Invencion de algunas herramientas ó pequeñas máquinas de hierro.—III. Con la formacion del pueblo, toman vuelo las malas pasiones entre los fuertes ó astutos.—IV. Progresos en la aplicacion del peso ó la pesantez (*Báros*).—V. Digresion poética para poner de relieve el ascendiente que la imaginacion iba tomando sobre el hombre, y poder de esta facultad (*Fanta*).
- CAPÍTULO IX.—I. El egoismo del hombre, exagerado y mal dirigido por las demás pasiones suyas, convierte á su compaña en vil esclava.—II. Invencion de la luz artificial para prolongar la vida.—III. El desenfreno de las pasiones prepara al hombre para la servidumbre.—IV. La mujer se hace hipócrita y falaz en justa y natural defensa.—V. El hombre, admirado ante el valor de los mas fuertes, labra, aconsejado por el miedo, sus propias cadenas. Época heroica.—VI. Los vicios precipitan la degradacion del hombre. Principio de la esclavitud.
- CAPÍTULO X.—I. Fin de los tiempos prehistóricos y principio de los históricos, en cuya aurora la fuerza es la única y suprema ley y Seuda (*la mentira*) pugna por tomar ascendiente en el gobierno.—II. El trabajo, visible ó invisible, jamás abandona al hombre.—III. Ley admirable para el progreso del hombre.—IV. Otra ley admirable de progreso que encierra para los opresores un dilema, el cual unido al explicado en el capítulo IV constituye la clave de la historia.—V. Injusticia ó quebrantamiento de la ley moral que dá origen al triste drama, á la angustiosísima hecatombe de la historia antigua.
- CAPÍTULO XI.—I. Oscuridad de los primeros tiempos.—II. Invenciones ó adelantos que nos ofrecen los primeros imperios. La minería.—III. Primeras construcciones sociales.—IV. Primeras habitaciones fortificadas.—V. Primeras instituciones religiosas.—VI. Consecuencias de la

servidumbre favorables al progreso.—VII. Que la historia humana no debe ser la estéril cronología que hasta aquí, sino la síntesis filosófica de la lucha del hombre para dominar y conocer á la naturaleza por medio del trabajo á la vez que el estudio de las necesidades, pasiones y escarmentos que le han encaminado, encaminan y encaminarán á progresar fatalmente. 102

CAPÍTULO XII.—I. Alusion á las emigraciones de las razas más enérgicas del Asia central, hácia la India y hácia Egipto.—II. Principio de los sistemas filósofo-teológicos con alusion á la India como ejemplo. La síntesis de estas alegorías es que todos estos sistemas *á priori* se formaron con un grano de verdad y un mundo de imaginacion, y se impusieron al sentido comun gracias á un lenguaje laberíntico ó incomprendible.—III. Sistemas de castas.—IV. Comercio de trueque.—V. Invencion de la moneda y alegoría de su virtud para comprar. Su trascendencia social para el progreso. 107

CAPÍTULO XIII.—I. Egipto.—II. Fortificaciones simbolizadas en una que es el alcázar de la fuerza con ligera alusion á la Fenicia.—III. La fuerza asocia al caballo y crea la caballería (*Hipodonte*).—IV. Primera nave. Aplicacion del viento (*Anemos*). Alegoría del estado primitivo de la atmósfera (*Atmosa*) y su purificacion por la electricidad.—V. Obras del hombre en Egipto.—VI. Las inundaciones del Nilo obligan á cultivar y perfeccionar la geometría y la aritmética.—VII. Los sacerdotes egipcios procuran ocultar la ciencia haciéndola misteriosa. Los geroglíficos. La soberbia sacerdotal y la ambicion de los guerreros dan origen á las inmensas construcciones de la arquitectura egipcia.—VIII. Las tres clases de trabajo con relacion á su resultado: trabajo fructuoso ó *fecundo*, trabajo *útil* y trabajo nocivo ó *ruinoso*. 118

CAPÍTULO XIV.—I. Imposibilidad de detallar el cuadro inmenso de la historia filosófica fundada en la naturaleza.—II. Ciencia sacerdotal del Egipto.—III. Moisés conoce la verdad parcial de su época entre los sacerdotes de Egipto.—IV. Huida de los israelitas de Egipto.—V. Aparicion parcial de la verdad moral entre los judíos en el desierto.—VI. El hombre, por ignorante, vuelve á caer en manos del error, guiado por la idolatría.—VII. Decadencia del

sistema de castas. La esclavitud como progreso.—VIII. La fuerza y la mentira se entienden.—IX. Invención de la púrpura y del vidrio en Fenicia.—X. Progresos marítimos y comerciales de los fenicios.—XI. Estension de la moneda y de la escritura. Baal. Moloch. Trabajo en general.—XII. Ciclo natural del progreso. 114 130

CAPÍTULO XV.—I. La Grecia.—II. Alusión á Atenas y su puerto.—III. En Grecia como en todas partes la fuerza y la mentira se sobreponen y se entienden pronto, para explotar el trabajo ajeno en una ú otra forma.—IV. El gineceo. Alegoría de la condicion de la mujer legítima entre los griegos.—V. Casamiento griego.—VI. A consecuencia de los ritos religiosos surge tambien la arquitectura he-
lénica.—VII. La arquitectura en progreso.—VIII. El arte provoca un doble progreso intelectual y moral.—IX. Res-
tauro dado en las naciones antiguas al esclavo con alusión á una locura religiosa mas, é influencia de la música que tambien progresa estimulando el sentimiento. 142

CAPÍTULO XVI.—I. Heroismo guerrero en Grecia.—II. La medicina cultivada por necesidad.—III. Influxo del entusiasmo bélico sobre la imaginacion de la mujer.—IV. La mujer toma parte entre los griegos en las cuestiones que preocupan al hombre, y logra por este medio dar principio á la obra de su rehabilitacion como persona.—V. Principio del dote ó el peculio de la mujer.—VI. Comienza la antropología en Grecia. Alusión al sacrificio de Sócrates.—VII. Perfeccion de la escritura. 154

CAPÍTULO XVII.—I. Siglo de Pericles en Atenas. Dichos de Aristides y de Platon.—II. Pintura.—III. Escultura.—IV. Adelantos y estado del Ática.—V. Música.—VI. Ciencias exactas.—VII. Ignorancia de Platon en materia de trabajo. Errores y decadencia.—VIII. El libre vuelo de la imaginacion creó no solo la mitología, sino la parte principal de los sistemas filosóficos, y el mal consiguiente á las afirmaciones *á priori* fué el escepticismo. Mitología. Filosofías. Thales de Mileto. Anaximandro. Anaximéno. Pitágoras. Zenon de Citium. Antístenes y los cínicos. Heráclito. Demócrito. Escépticos. Epicuro.—IX. Prepárase la expedicion de Grecia en Asia.—X. Discurso célebre de Aristóteles.—XI. Expedicion de Alejandro Magno. 168

CAPÍTULO XVIII.—I. Roma.—II. Primeros tiempos y costumbres.—III. Primer puente sobre el Tiber.—IV. Productos del trabajo etrusco.—V. Afición de los primeros patricios á cultivar personalmente sus campos.—VI. La *virtud* y la *piEDAD* de los romanos no eran sino egoísmo.—VII. La riqueza de Roma fué la pobreza del resto del mundo.—VIII. Períplo de Hannon el cartaginés, que dió vuelta al África: La raza negra (*Melanio*).—IX. Origen de las noticias sobre el *Garila*.—X. La mujer que en Roma principi6 por ser matrona y madre de una raza de héroes, concluy6 por convertirse, gracias á falsas doctrinas religioso-filosóficas, en una criatura tal que por decoro se la presenta loca. 177

CAPÍTULO XIX.—I. La depravacion de la mujer en Roma por efecto de los errores epicúreos, es la causa principal de la decadencia del imperio.—II. Los romanos toman las artes y los conocimientos de los griegos. Molinos movidos por el agua.—III. Invencion del arco de medio punto y de la bóveda.—IV. Principios de la ciencia del derecho.—V. Corrupcion de Roma. Gula histórica de Heliogábalo, Cómodo y otros. El C6nsul de Calígula.—VI. Correccion del calendario.—VII. Los bárbaros amenazan el imperio.—VIII. Soberbia imperial histórica. Aparicion de la verdad en moral bajo la forma del cristianismo en medio de la locura y desenfreno de los tiranos del mundo. 184

CAPÍTULO XX.—I. Alarma de los esquiladores de la tierra ante las verdades proclamadas por el cristianismo.—II. El cristianismo profundamente revolucionario, entonces, atacaba la religion, el derecho y la propiedad de la sociedad pagana.—III. La verdad solo halla simpatía en el esclavo.—IV. Las persecuciones dirigidas contra la verdad, sirven para arruinar mas fácilmente lo edificado por el error ó la fuerza.—V. La mujer auxilia eficazmente el progreso de la verdad porque tiene ya personalidad y peculio propio.—VI. El coliseo de Tito.—VII. Invasiones de los bárbaros del Norte. 195

CAPÍTULO XXI.—En este capítulo (necesario para no interrumpir el curso de la leyenda) se presenta el ejemplo mas grande y mas elocuente que nos ofrece la historia; (la caida y disolucion del imperio romano) para demostrar que no hay grandeza sólida y duradera si no es consecuencia natu-

ral de un ciclo entero de progreso, esto es: si no es productivo y armónico de la riqueza material, de la intelectual y de la moral. 203

CAPÍTULO XXII.—I. Trabajo moral de Alcía. (*La Verdad*). 212

Las verdades morales del cristianismo regeneran á la mujer, cuya imaginacion y entusiasmo estimulan sus buenas cualidades naturales.—II. Las malas pasiones de una parte de la humanidad tienden á utilizar las nuevas doctrinas en beneficio ilegítimo suyo.—III. El hombre vuelve á desearse por la exageracion de las nuevas verdades.—IV. Esfuerzos del cristianismo para salvar el imperio.—V. Seuda (*la mentira*) principia á mezclar errores materialistas con la doctrina del espíritu.—VI. Escarnio de la tiránica por los bárbaros del Norte cuya ignorancia ofrece nuevos progresos al error. 212

CAPÍTULO XXIII.—I. El hombre reniega del trabajo y huye al desierto para entregarse á la penitencia. Anarquía y miseria que su determinacion ocasiona.—II. Alusion á las discordias sobre las imágenes, á Juliano el Apóstata y á los nuevos errores religiosos.—III. La vanidad de los cenobitas.—IV. El trabajo aparece aun con el ascetismo, mas exagerado. Alusion al estravío de los cristianos en la Tebaida, la Judea, la Siria.—V. Impiedad y soberbia de los que renuncian al trabajo.—VI. Los lazos naturales de la familia salvan á la sociedad amenazada.—VII. El trabajo renace y el hombre labra la tierra con el hábito del fraile.—VIII. El mundo ha progresado constantemente aunque parezca lo contrario.—IX. La tendencia de algunos á esquilmar el trabajo ajeno, se manifiesta de nuevo.—X. Los reyes bárbaros obedecen ciegamente á la supersticion. 223

CAPÍTULO XXIV.—I. Libre la iglesia, aspira al poder. La fuerza se fija en el centro de Europa.—II. Renacimiento transitorio hasta Carlomagno. El esclavo se convierte definitivamente en siervo.—El poder de la iglesia crece.—III. Preocupaciones contra la mujer hasta en los padres de la iglesia.—IV. Nace la intolerancia con la seguridad.—V. La imaginacion aconsejada por el error, inspira á Mahoma el dogma del islamismo. Pretendidas revelaciones islamitas.—VI. Versículo del Korán en que se revela su espíritu.—VII. Progresos rápidos de los musulmanes á favor de los cuales los califatos llegan á ser el foco del tra-

- bajo.—VIII. Pavor, miseria y desorden milenarios, ver el verdadero eclipse del trabajo y preocupacion inventada sobre el tema de un versículo del Apocalipsis de San Juan. . . . 233
- CAPÍTULO XXV.—I. Primeros progresos de los sectarios de Mahoma.—II. Los molinos de viento y el papel de algodón, que algunos suponen fué importado de la China.—III. Los gusanos de seda, y modo que tuvo Justiniano de traerlos á Constantinopla de la China.—IV. Armas es y tafletes orientales.—V. La astrología.—VI. La alquimia.—VII. La brújula. El magnetismo (Náutico).—VIII. El trabajo se concentra en Europa por la mayor libertad y la superioridad de su moral, sobre todo en lo tocante á la mujer, mitad del género humano.—IX. El año mil.—X. Desde que se prepararon las cruzadas, los Señores feudales (representantes de la fuerza), tuvieron que hacer concesiones á sus siervos, las cuales concesiones dieron origen á la clase media. Alusion á falsas decretales de Isidoro Mercator y otras. . . . 243
- CAPÍTULO XXVI.—I. Querrela de las Investiduras.—II. Armas maduras de la edad media. Se aprovecha la descripcion del escudo, para recapitular el progreso general de esta leyenda.—III. Cruzadas. Su resultado final. La heráldica. Trajes como abuso de la necesidad del vestido. Escolástica, y reinado de la filosofia de Aristóteles.—IV. Alusion al estado actual del imperio otomano.—V. Andante caballero.—VI. Condicion de los hijos del trabajo á fines de la edad media. Mayor suma de bienestar general debida al trabajo.—VII. Astrólogos y alquimistas.—VIII. Adelantos generales que prepararon el renacimiento. . . . 253
- CAPÍTULO XXVII.—I. Servidumbre, intolerancia y supersticion de la edad media.—II. Pretensiones dogmáticas contra la razon. Leyes naturales que las hacen nulasy.—III. Disensiones y disputas entre el Papado y el imperio. La avaricia del primero, hace comprender al hombre su verdadera tendencia.—IV. A pesar de la intolerancia, la verdad, ó parte de la verdad, se hace evidente, y los esfuerzos del hombre varían de direccion. Albores de la filosofia experimentalista.—V. Empieza á figurar el tercer estado, levantándose contra las inauditas vejaciones de los Señores feudales. Cita de una pena de caza de Borgoña. Papel de hilo.—VI. Ciudades de tejedores y artesanos flamencos. . . .

—VII. Arquitectura gótica. La envidia (*Petonosa*) se manifiesta desde luego entre los fabricantes. —VIII. Batalla de Courtrai, primer triunfo decisivo de los obreros sobre los caballeros. —IX. Invención de la pólvora y sus efectos. El hombre se iguala con el hombre en el terreno de la fuerza. 267

CAPÍTULO XXVIII. —I. La invención de la pólvora conmueve y perturba al mundo. —II. Episodio para amenizar el cuento. —III. La fuerza bruta pierde casi toda su preponderancia. —IV. Nueva alianza de las dos fuerzas que esplotan el trabajo ajeno en la cual comienza á preponderar la mentira (*Seuda*). —V. Crecimiento del poder papal. —VI. Primeros ensayos para imprimir. —VII. Desaparición de la caballería con la invención de la pólvora. —VIII. Invención de la imprenta. —IX. Primeros esfuerzos desalentados de la fuerza y la mentira por destruir la imprenta. —X. Censura contra la imprenta y establecimiento de la inquisición. Establecimiento de la censura previa. Los hombres auxilian estos ataques con sus rivalidades y ódios nacionales. 284

CAPÍTULO XXIX. —I. Los esquiladores del trabajo ajeno, procuran alargar su reinado con la máxima de «*divide y vencerás*». —II. La fuerza utiliza la invención de la pólvora instituyendo los ejércitos permanentes. —III. Preocupaciones que procuran sustituir los zánganos á las sencillas ideas de trabajo, de virtud y de justicia. —IV. Aduanas. —V. Gremios, títulos y privilegios para reglamentar y esclavizar el trabajo. —VI. Los milagros como ejemplo de las aberraciones é ignorancia en materia del trabajo, ó sea de lo posible é imposible. —VII. Las necesidades reales ó ficticias (*pasiones*) arrollan todas las invenciones de la maldad ó de la holganza. —VIII. El trabajo adivina la América. —IX. Historia de Cristóbal Colon. —X. Una mujer (*Isabel la Católica*) vuelve á auxiliar al hombre, gracias á tener personalidad y propiedad. —XI. Descubrimiento de América. —XII. Efectos del oro ó de las riquezas que no son producto del trabajo. 293

CAPÍTULO XXX. —I. La reforma y sus míseros orígenes. —II. El renacimiento. La pintura al óleo. La armonía musical. —III. Bienestar material con el aumento del capital europeo. —IV. Adelantos en la física, las matemáticas y los sistemas de cálculo. Nace la ciencia moderna hija de la

filosofía experimentalista. Esperanza de una nueva era. — V. Mayor libertad del espíritu. El hombre se persuade que su libertad y su felicidad están en vencer á la naturaleza, dominándola en sus leyes, (leyes que para la ignorancia son misterios) y se propone estudiar por la observacion, los cielos, su planeta y la vida universal. — VI. Para el hombre, una gran parte del trabajo material se habia convertido ya en la época del renacimiento en trabajo de su inteligencia y de su corazón. — VII. Reforma Gregoriana del almanaque. — VIII. Invencion del telescopio. — IX. Astronomía. — X. La imaginacion hace principal papel en la inducción científica. — XI. Descripción general de la tierra. — XII. Sistema de Copérnico triunfante. — XIII. Mercurio, Venus y la luna. La naturaleza no puede estar encerrada en nuestros estrechos moldes. — XIV. Marte, órbita de los planetas telescópicos, Júpiter, Saturno, el espacio, el tiempo. — XV. Error de la idea que acerca de la creacion se formaron todos los pueblos. Los cometas. — XVI. Abatimiento producido sobre la humanidad por la verdad astronómica. El trabajo armónico es lo único que puede corregirle. 304

CAPÍTULO XXXI. — I. Intolerancia de la iglesia. Galileo. — II. Alusion al origen de los Estados- Unidos de América, cuna de un trabajo en condiciones de libertad. — III. Incredulidad, fruto de desengaños. Los lazos naturales del sentimiento vuelven al hombre al buen camino. — IV. Reaccion monacal que tiende á separar á la mujer de su mision. — V. Alusion á Santa Teresa de Jesús como tipo de la monja perfecta. — VI. Aparentes injusticias. Parábola para probar que una gran suma de males de que nos quejamos, son obra nuestra. — VII. Invencion del microscopio. — Siguen los errores balancistas y proteccionistas como consecuencia ineludible de otras perturbaciones de las leyes naturales. — VIII. Adelantos físico-químicos. — IX. El fuego ó si se quiere, *el calórico*, fué el auxiliar principal en estas investigaciones. — X. La materia, su porosidad, las fuerzas que entraña la misteriosa elaboracion de los cuerpos. — XI. Ley de los múltiplos y equivalentes, fundamento de la química. — XII. Fenómenos de cristalización. — XIII. El hombre aspira á esplicar la formacion de la tierra. — XIV. Origen comun de los llamados hasta

aquí fluidos imponderables.—XV. Los progresos físico-químicos tienden á ensoberbecer al hombre.—XVI. Semejante desvanecimiento solo puede corregirse abarcando la creacion entera por medio del trabajo armónico. 327

CAPÍTULO XXXII.—I. La fuerza empieza á ocupar un lugar secundario en este mundo.—II. Insensatez de la mayor parte de las guerras. Destrucciones periódicas. Imbecilidad de sugloria.—III. Ciencias naturales y biológicas. Adelantos en la botánica, zoología y fisiología. La cadena zoológica de la vida.—IV. A medida que se abarca mas y mas la creacion, crece el sentimiento moral.—V. El problema de la vida. El progreso.—VI. Episodio que engalana el cuento, haciendo ver de paso que las leyes naturales, siempre irresistibles, son mas enérgicas cuanto mas se comprende la naturaleza, y que en vano se intentará arrancar á la mujer á su mision. Contra toda voluntad humana será esposa, será madre, obedeciendo al amor inmenso é infinito que anima al universo entero cual fuente inagotable de sentimiento, de vida, de armonía. 347

CAPÍTULO XXXIII.—I. Movimientos políticos de los tiempos modernos. Síntesis práctica de las revoluciones de Inglaterra y Francia, en las cuales la fuerza cede á la fuerza. II. Época que se podrá llamar *constitucional* y cambios que produce en las relaciones sociales.—III. Síntesis de muchos presupuestos europeos.—IV. Dos errores capitales modernos.—V. El remedio de todo abuso está en el trabajo armónico, es decir: en el desarrollo de los esfuerzos materiales, intelectuales y morales.—VI. Globos aerostáticos y su porvenir.—VII. Descubrimientos geológicos. Génesis científico.—VIII. La explotacion del carbon mineral prepara la conquista del vapor.—IX. Invencion de la máquina de vapor, ó mas bien de *calórico* (*Pirón*) que por eso se figura hijo del fuego (*Pir.*)—X. Aplicaciones del vapor. Navegacion al vapor. Caminos de hierro. 361

CAPÍTULO XXXIV.—I. El error, hijo de la rutina científica, duda de la invencion del vapor y hasta le niega.—II. Forma única bajo la cual pueden defenderse los diplomatas para trabajar.—III. La fuerza de las necesidades generales se sobrepone á toda oposicion.—IV. Albores del libre cambio.—V. Conquista de la electricidad (*Glós*) y de la luz (*Fós*). Alusion al experimento de Franklin.—VI. Fotogra-

fía ó trabajo de la luz.—VII. Telégrafo eléctrico, ó trabajo de la electricidad.—VIII. Conatos del monopolio hasta del telégrafo.—IX. Primeras tentativas para establecer el telégrafo trasatlántico. Reconocimiento y estudio de los mares. Campana de buzos. Escafandras. La imaginación alienta como siempre tan difícil é importante empresa. . . . 376

CAPÍTULO XXXV.—I. Primeras exploraciones de los mares.—II. Riqueza y fecundidad prodigiosa del océano.—III. Telégrafo trasatlántico.—IV. Dudas y deseos de nuestros días, injusticia de las primeras y soberbia pueril de los segundos. Últimas deducciones lógicas de la ciencia moderna.—V. Creciente confianza de la humanidad en el trabajo y la ciencia, y empresas que mas inmediatamente debe intentar.—VI. Gran transformación contemporánea de trabajo material en trabajo intelectual y sentimental.—VII. Movimientos de conciliación entre las naciones. Esposiciones universales. Fin de los tiempos positivos para nosotros. . . . 388

CAPÍTULO XXXVI.—*Conclusion.* Lucha final de todas las opiniones y sistemas cuyo resultado es la aparición de la verdad. El paraíso terrenal no está en los tiempos pasados sino en los tiempos venideros, porque siguiendo el hombre estudiando, dominando y respetando la obra divina, la riqueza creada le emancipará del trabajo muscular, su inteligencia comprenderá la locura y la maldad de entorpecer las leyes naturales que rigen á la materia, al espíritu, al sentimiento, y robustecida con la ilustración su fé, se someterá hasta por egoísmo á la ley universal de amor. . . . 401

Epílogo. . . . 413

Esta obra, que es propiedad del autor, se vende en Madrid en la librería de *Baylly-Baylliere*, plaza de Topete, al precio de 8 reales cada ejemplar.

Los pedidos se harán á dicha librería ó directamente á las oficinas del autor, calle de la Bola, núm. 3, cuarto principal, remitiendo su importe en carta franca.